

Francisco Umbral

Trilogía de Madrid Memorias

Autobiografía de Madrid,
de Galdós a Tejero, en la mejor prosa
del gran cronista de nuestro tiempo.



Vasta memoria imaginada, autobiografía de Madrid, quizá. Umbral ha hecho en este libro la memoria creadora de todo un siglo madrileño, un siglo arbitrario que para él comienza en Galdós y acaba, de momento, en Tejero. Nombres, famas, infamias, gentes están en este libro, hasta llegar a un punto sin retorno de la creación en que ya no se sabe si Madrid relata a Umbral o Umbral relata a Madrid. La secreta articulación del libro nos da una historia más profunda de lo que alguien llamó «la farsa del madrileñismo», a la que Umbral se apunta entre el sarcasmo y la ternura. «Los tranvías», «Los alucinados» y «Los cuerpos gloriosos» son los tres libros que constituyen, y que damos en un solo y riquísimo tomo, esta «Trilogía de Madrid».



Francisco Umbral

Trilogía de Madrid

ePub r1.0
Titivillus 23.01.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Trilogía de Madrid*
Francisco Umbral, 1984
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Iba Quevedo, sin mover las pestañas, repasando tiendas, ojeando tablillas y construyendo la descuadernada greguería de oficios que hay en la Red de San Luis; y a veces miraba con un ceño tan desagradable, que más terrible se hacía con lo airado que con lo difunto. Yo también marchaba a su izquierda, confuso y atolondrado el cerebro de discurrir el motivo, la ocasión y el modo de venirse Quevedo a la Corte.

Porque si era para saber el orden o confusión de su política y los estragos de su república, sin cansarse en pasearla, lo pudiera ver desde su mansión. ¿Para informar a los bienaventurados? Ociosa venida. ¿Para avergonzar a los miserables precitos de que hay hombres en la carrera de la salvación tan malos como ellos? Excusada diligencia, pues unos y otros se lo tienen sabido.

DONDIEGODETORRESVILLARROEL

PRÓLOGO

Puente de los Franceses, puente de los Franceses, ya nadie pasa, ya nadie pasa, ay Carmela, ay Carmela, y bajo el puente de los Franceses pasaba ahora, Madrid sesenta, el agua esquelética del río, la mierda de la sierra, el oro del Club de Campo, el Club de Golf, el Hipódromo y otros clubes, el oro como mierda repartida, la mierda como acuñado oro madrileño, ay Carmela, ay Carmela, y venía un verano de ribera quemada, las riberas de nada, porque agua no venía, servidumbres de El Pardo, el rebeco locuaz y silencioso, muerto a telerrifle, noticia de «interés humano» para los periódicos de la tarde, la sangre del rebeco, una sangre inocente y no visible, río abajo, qué coños de río, ay Carmela, ay Carmela, pies perdidos y sueltos de productor con la baja, alpargatas en vacaciones de verano, solas como dos lanchas en la orilla, y las ratas de río, tranquilas, gordas, feas, impresentables, y los gatos hermosos y tiñosos (la tiña los hacía más tigres, un poco tigres, les atigraba la tiña), matando ratas con garra justiciera dulce y mínima, y un muerto de feria bebiéndose la botella del último San Antonio, ya idos los carruseles, la máquina de probar la fuerza y esa noria gigante que mareaba el cielo y mi cabeza mareada de escritor novel sin cuatro duros, ay Carmela, ay Carmela, cómo he venido aquí, cómo llegué hasta allí, hasta aquella bajura, éstas son mis memorias de escritor novel, Madrid de los últimos tranvías, un siglo de tranvías muriendo como esquifes en la altamar del hormigón, allá, por allá arriba, donde el asfalto municipal y espeso se recalentaba, se reblandecía y era un mar de los Sargazos madrileño, lleno de grumos, un mar de los Sargazos con meloneros, heladeros, putas y gitanos payos, o sea quinquis, ay Carmela, ay Carmela.

El parque Sindical, mandando luz de pobres, cansancio, cobre falso, vacaciones letales, entre el légamo verde que habían orinado, distinguidas, allá, muy más arriba, las señoritas bien del Club de Campo, las niñas de Serrano, las esbeltas mujeres que orinaban chanel número impar, tras hacer unos cuantos agujeros en el golf, a la hora en que los niños de mi barrio, los niños de la orilla de un río sin agua, niños fluviales en seco, quemaban la maleza por sentirse incendiarios, despertaban en su cuerpo párvulo un revolucionario cruzado de cherokee de la tele, y más abajo, un poco más abajo, mucho más abajo, unas madres lavaban, aldeanas, los pecados del mundo y la ropa de toda la semana, y más abajo, aún, los pescadores del puente de Segovia, como rentistas falsos que embozaban el ocio con la caña, o lo hacían más ostensible, pescaban un pez de estroncio/90 en la represa fluvial del señor alcalde.

Allá arriba, de pronto, de tarde en tarde, como rumor de la ciudad, a cuya espalda estábamos condenados, como el niño de espaldas a la clase y las ventanas, el rumor del tranvía de la Florida, ráfaga roja o amarilla, rojo de toro, amarillo juanramoniano, brochazo de luz y velocidad, dando una vuelta como de violín en la glorieta de entrada al puente, arrepintiéndose de su aventura y lejanía, volviendo a la ciudad, al centro, a los viejos trayectos acerados, gritones, delgadísimos. El rumor de tranvía (como los tranvías del cielo, desde allá abajo) peinaba mi cabeza de veintitantos años, escritor novel, ya digo, como un peine que la madre madrastra, la ciudad, marimacho de las uñas sucias, como de otra ciudad dijera el ya citado JRJ, pasaba por la braña revuelta de mis ideas o mi falta de ideas, artículos, lecturas, libros, colaboraciones, cosas, algo hay que hacer, coño, algo hay que hacer.

Yo tenía un brazo cansado, el derecho, desplomado desde el hombro, una algia, nada, una algia, decían en el Seguro, y escribía con esfuerzo, a mano, miniaba mis artículos, mis cuentos, en la mañana occidental y suburbial, junto a un río sin agua, a espaldas de un barrio madrileño, goyesco, popular, sanantoniano, florido, con petardos de sidra, melones de verbena y agua dura, que ya no era aquella agua fina de Lozoya, de cuando recién llegado a la ciudad, como una mano femenina, una infanta borbónica —canal de Isabel II— lavándonos la cara a todos los parias de pensión, a todos los hombres de barba sorda y corazón realquizado.

De espalda, sí, a un viejo barrio que estaba de espalda a la ciudad, perdido en la Bizancio caediza de ladrillo visto, por la que bajaban, como serpientes sagradas de un metal falso y verde, las cañerías y los canalones. Doblemente remitido a las traseras de la ciudad que quería conquistar (qué palabra), por la enfermedad y la periferia, por la enfermedad periférica, escribía unas mañanas y otras salía, en el tranvía de la Florida, a vender lo escrito, que casi siempre retomaba muerto, seco, desmentido por un redactor-jefe, invendido, en el tranvía de vuelta.

Domingos del Hipódromo, cuesta de las Perdices, donde yo había ido alguna vez, con el fotógrafo Basabe, sabio, escéptico y dado un poco a la priva, a hacer ese reportero triste del joven reportero que quiere servir a los lectores una vida brillante, deslumbrante y cambiante que él sólo ha entrevistado, y que ha de elaborar luego en el monacato de la pensión o en aquel piso entrebajo, confuso de gitanos, catastrófico de crepúsculos, en que yo vivía por entonces. Domingos del Hipódromo, las mujeres de los grandes de la política, del despotismo dudosamente ilustrado, todas de pudor y ostentación (ah las ostentaciones del pudor), y, del otro lado, como otro rebaño, encontrándose y desencontrándose en el bar, en la tribuna, en las sillas, las amantes de los mismos prepotentes, hombres de un militarismo paisano, de un paisanaje firmes, o sea las actricillas, las modelos, las choricillas, las que llevaban joyas quizá más falsas que su rival en la legalidad, pero joyas que les lucían mejor, porque tenían sobre todo la joyería y la pedrería de su juventud, su desvergüenza, su equívoco y su gracia bien vestida y canallita. Estar, estaban riquísimas.

Sonreían a distancia, por encima del rojo campan de la tarde, a la indignación sepia de las legales, que las miraban también a distancia, por encima de sus abanicos de luto y contienda, y comprendí en seguida que aquella era la verdadera pugna de la tarde, no la de los caballos, pero aquello no se podía contar —ay— porque la censura, o sea la censura, mayormente la censura.

Eran todos importantes.

Y aunque no lo hubieran sido.

Luego, en el invierno, volvían a encontrarse las mismas, la legión honesta de las multíparas con visita fija a El Pardo y la legión volvoreta de las putitas, no ya al costado esbelto, griego y fugaz de los caballos, sino en las salas de subasta cara del barrio de Salamanca, entre Fortunis falsos y cosas desechadas de Moreno Carbonero, y la puja se establecía en el cuerpo a cuerpo del dinero, cuando una y otra —santa esposa y amante— estaban contendiendo por una misma pieza (jarrón Ming o Sorolla malo), las dos con el mismo dinero, el dinero del empresario/político/ideólogo del sistema, esa furcia creará que además me va a humillar en sociedad, aquí en mi terreno, entre los míos, entre gente decente de toda la vida, y le subían ardores de menopausia o pre al escote y al rostro asalmonado del buen vivir, mientras la viborilla de perfil persa y origen menestral comentaba con otras viborillas, luciendo el último modelo prestado por Herrera y Ollero, se va a enterar esa gorda, se ha creído que porque tenga la papela me va a dejar a mí de pobre y hacerme de menos, faltaría, tiene que agradecerme, encima, que no me coja yo al triste de su marido y me lo lleve a Tailandia para toda la vida, que si no fuera tan triste y tan cirrósico ya me lo habría llevado, bueno, o lo que tenga.

1/LOS TRANVÍAS

En un Madrid absurdo, brillante y hambriento.

VALLE-INCLÁN

Domingos del Hipódromo, tardes de gran pamelita y una nueva clase protofranquista que vivía la madurez, la estabilidad y la plenitud de sí misma, Madrid año sesenta, y Basabe que, cuando los caballos estaban lejos, lámina inglesa contra el azul incongruente de Velázquez, decidía irse al bar a tomar una ginebra gordons:

—Ahora nos vamos al bar a tomarnos una ginebrita gordons.

—Basabe, que nos perdemos la entrada en la meta.

—Qué vamos a perder. Tú en esto eres muy nuevo.

Y nos perdíamos la entrada de los caballos en la meta.

—No te preocupes. Hay muchas carreras. Cogemos otra llegada. Tú es que eres muy nuevo.

Volvíamos a las inmediaciones de la carrera, volvían los caballos a disminuirse a lo lejos, como en un grabado anglosajón, y volvía Basabe a la ginebrita gordons.

—Éstos todavía tardan mucho en llegar. Vamos a tomarnos una ginebrita gordons, hasta el bar, que si no esto se hace largo.

—Pero si ya hemos tomado una, Basabe.

—¿Tú es que eres hombre de una sola ginebra? Pues vaya una mierda de periodista.

Y nos perdíamos la llegada de los caballos a la meta. Así toda la tarde. No sé si alguna vez tomamos fotográficamente un caballo entrando el primero en la meta. A mí me gustaba el bar, no por la ginebra gordons, sino porque el bar era un poco como el cuartel general de las modelos, de las choricillas, que se iban allí, aburridas de la carrera, «qué aburrido se divierten los ricos», a conjurarse contra sus amantes y las mujeres de sus amantes.

A Basabe lo enterramos, años más tarde, no sé si a causa de la ginebra gordons del Hipódromo o de lo mucho que trabajó como retratista de toda una época española. La cosa fue por Chamberí y su mujer me dijo que decía:

—Esto ha llegado demasiado pronto. Demasiado pronto.

Lo patético es que tenía razón.

Los caballos del Hipódromo han seguido orinando su espuma de cerveza Manzanares abajo, hasta el puente de los Franceses, ya nadie pasa, ya nadie pasa, ay Carmela, ay Carmela. Las modelos, las putillas y las cabecitas locas y boquitas pintadas del Hipódromo han seguido orinando su orina fresca y perfumada, «como derramando una miel dulce», que dijo el poeta, en los servicios del Hipódromo, Manzanares abajo, hasta el puente de los Franceses, quieren pasar los moros, ay Carmela, ay Carmela. Las infanzonas violentas y matriarcas del franquismo ilustrado han seguido orinando su orina fuerte, sangrienta y sulfúrica en el Hipódromo, Manzanares abajo, hasta el puente de los Franceses, puente de los Franceses, quieren pasar los moros, ya nadie pasa, ya nadie pasa, ay Carmela, ay Carmela, justo delante, o casi, de mi piso entrebajo de por entonces, Madrid sesenta, cuando yo escribía cosas toda la mañana, con la cabeza refrescada por un aura de orina y Casa de Campo, o toda la tarde, en el incendio y el crepusculario de aquel piso de ladrillo visto, y luego salía a venderlas, en el tranvía de la Florida o en otro (rojo toro o amarillo/Juan Ramón), a los periódicos, las revistas, las redacciones y las agencias de prensa. Publicar no me publicaban nada, pero me iban conociendo, que ya era algo. Basabe, ya digo, murió de la ginebra gordons y prematuramente con estas palabras sensatas:

—Esto ha llegado demasiado pronto. Demasiado pronto.

El Club de Campo era otra cosa. Al Club de Campo me había llevado Flor, marquesa apócrifa de las Landas del Guadalaviar, cabeza romana y trágica como de una piedra hermosa comida por el vicio (esos vicios secretos de la piedra). A Flor, alta, insegura,

apresurada, borracha, enamorada, acelerada, operada, la había conocido yo en Oliver, el pub intelectual de Adolfo Marsillach, Madrid primeros sesenta, una noche en que venía muy histérica porque en Liria le habían cerrado la puerta:

—A mí es que nunca me habían cerrado la puerta en Liria. Soy la marquesa de las Landas de Guadalaviar.

—Apócrifa —sugirió Cuco Cerecedo, dandy galaico y desplanchado que hoy ya está muerto.

—Cabrón. Galleguiño de mierda.

Y esto quizá la decidió por mí, que no había dicho nada.

Flor, marquesa apócrifa de las Landas del Guadalaviar, «sólo soy mi melena con canas y el riñón que me falta», tenía la estatura que en España, o más exactamente en Madrid, sólo han tenido algunos ricos, y tenía los ojos locos y bellos, la nariz quebrada de insultos nocturnos en su belleza de estatua de fuente, la boca besadora y malhablada, las manos inseguras, largas, fumadoras, y la conversación lenta, susurrante, drapeada de historias y mentiras de la gente bien, decires de palacio (El Pardo) y minuciosas enfermedades familiares.

Al Club de Campo (cuando lo nuestro fue una cosa formal, formalizada) me llevaba algunas mañanas, en el coche ministerial (era amiga/amante/confidente de un ministro de El Pardo), y allí estaba yo como con una tía mía fastuosa, incestuosa y todavía hermosa. En el Club de Campo había copas de golf, copas de hípica, copas de polo, copas de natación, copas de tiro, copas de todo, en oro, plata, platino y otras falsedades. En el Club de Campo había mapas de España, de la provincia, del Imperio, mapas de todas las épocas y estilos, como si aquella gente necesitase mirar mucho los mapas para no perder la idea de patria. También había muchas cornucopias, unas cornucopias que nunca supe si eran decorativas o efectivas, pero que ponían en los salones una tensión bizarra y como romántica de duelo inminente. En seguida venía algún delfín de la Banca ociosa o algún viejo amor de Flor, marquesa (apócrifa) de las Landas del Guadalaviar, y ella nos presentaba, pero a mí me daba mucha vergüenza de mi trajecillo de ojo de perdiz, mi *foulard* hecho una braga y mis zapatos fatigados de andar por Madrid, de redacción en redacción, ofreciendo los originales, de modo que sacaba un libro y me ponía a leer, mientras ellos hablaban de sus cosas —Marbella, Pepe Moreno, todo eso—, hasta que comprendí que la lectura no estaba bien vista en el Club de Campo, despertaba sospechas, y entonces decidía irme al gran ventanal, por donde veía como en cinemascopio a los lejanos jugadores de golf.

Procuraba siempre avistar alguna jugadora esbelta y joven para seguirle los hoyitos, ya que el golf en sí mismo me ponía letárgico. Como decían las putillas del Hipódromo, qué aburrido se divierten los ricos.

Al día siguiente, con todo ese material, en mi cuarto fluvial refrescado de las meadas de tres millones de madrileños, o torrefacto del crepusculario proletario y nada nerudiano, procuraba hacer, con todas aquellas experiencias, reportajes, crónicas, artículos, cuentos, cosas, pero había que quedarse en el ambiente, una cosa de ambiente, porque estaba la censura, claro, oh, sí, naturalmente, ah, no me diga usted más, indeseable, pero necesaria, la censura.

* * *

Don Ramón María del Valle Peña (Valle-Inclán) estaba, derramado de sí, reunido en sí, en la Cacharrería del Ateneo, como un resumen desconcertante de España, entre Quijote y Quevedo, entre intelectual y golfo, entre místico («ejercicios espirituales» de La Lámpara, con más humo que luz, como dijera Juan Ramón) y pagano, de un paganismo dudoso, improbable y con botines de piqué no siempre níveos. Don Ramón María del Valle Peña (Valle-Inclán) se envilecía de ese olor a sopa de estudiantes y opositores que ha tenido siempre el Ateneo de Madrid, incluso en la biblioteca, pese a ser la segunda de la ciudad, después de la Nacional, pues que los lectores, eruditos y

menendezpelayos se cuecen en su salsa, en su sopa.

Don Ramón fumaba unos cigarrillos turcos y femeninos, ensayando un dandismo inútil y estéril en aquel Ateneo Científico, Artístico y Literario de carreteros (Unamuno había llamado a José María Carretero «el carretero audaz», ya que como *Caballero Audaz* se había popularizado/ridiculizado en sus novelas, que ignoraban la sintaxis y dudaban siempre entre el erotismo y el sentimentalismo: después de la guerra hizo mucha novela rosa de clase bien, para que le fueran perdonados por los masacradores sus pecados pornográficos de juventud/egolatría).

Valle, sí, era un dandy pobre entre carreteros literarios que llamaban yegua a su mantenida, creyendo que con eso ingresaban en el naturalismo de Zola.

Había, por entonces, la serie Zola —Trigo, Olmet, Carretero— y la serie Paul Morand: Zamacois, Blasco Ibáñez, Aunós (sólo que este último se manejaba con «negros»).

Don Ramón había visto claro que el cosmopolitismo es la rama turística de la literatura y no conduce a ninguna parte. De modo que mete a su D'Annunzio en la ría de Arosa y a su Barbey y su Villiers en Madrid, entronca con Quevedo y lo canalla (incluyendo en lo canalla a los citados Olmet o Carretero), hospeda para siempre a los segundos románticos franceses en la posada del Peine, donde moría todas las noches don José Gutiérrez Solana, pintor de entierros, con un peine atravesado en el corazón, y comprende que una joya verbal no es sólo nenúfar, sino también perdís.

Él va a escribir de una corte de los milagros llena de señoritos perdís, pero aplicándole a la rusticidad manchega una óptica de joyero de la rué de la Paix y «dejándose de bernardinias», como le aconsejara Ortega.

Sólo que sus bernardinias, ahora, eran sagitarias y mortales.

—¿Y usted qué quiere, joven?

—Hacerle una entrevista para provincias.

—Pepe Ortega ha escrito sobre la redención de las provincias. Las provincias no tienen redención.

(Es falso que don Ramón cecease: yo le he hecho algunas entrevistas, a más de esta que cuento, y no ceceaba nada: su ceceo ha quedado como la homosexualidad de Sócrates, en una hipótesis de trabajo para los que no quieren trabajar en serio.)

—Entonces ¿qué tienen que hacer las provincias, don Ramón?

—Incendiar Madrid.

(Aquello era toda una exclusiva y se iba a vender bien en provincias y en todas partes.)

—Baroja.

—El otro día lo he encontrado en la calle de Alcalá y venía del heraldólogo de recoger su árbol genealógico. No te jode el anarquista.

—Galdós.

—Una vez se paseaban Baroja y él por la periferia. Al llegar al límite del casco urbano, uno de ellos dijo: «Volvámonos, esto ya no es Madrid.»

—¿Cómo se llama esa figura, don Ramón?

El Ateneo era una mitología flotante de óleos del XIX y estatuas malas, como un naufragio en el mar del olor a sopa.

—Eso se llama provincianismo.

—Cuentan los cronicones que usted ha reventado estrenos teatrales de Galdós.

—Es un viejo que sólo mira la peseta. Tiene calculado lo que va a darle, en reales, cada *Episodio nacional*. La historia de España no se escribe a cuproníquel.

—En El Pardo hay un Tirano Banderas, don Ramón.

—Todo estaba previsto en el libro mío que usted ha citado, joven. Y en *El ruedo ibérico*, del que ya ha salido algo. Lea usted *El ruedo ibérico*, joven.

Don Ramón se dilapidaba/reunía, por tiempos, en el hondo sillón del Ateneo, aunque era más él en un duro banco de pasillo, escuetamente forrado de peluche.

—Esto del Ateneo ahora dicen que es del Opus Dei, don Ramón.

—La Iglesia y la Inquisición enmendaron a Cervantes, y yo escribo mucho mejor que Cervantes.

Esta industria de las entrevistas inventadas parece que iba funcionando, la cosa se iba vendiendo, quizá porque los cuerpos gloriosos interesaban más, ya, en aquel tardofranquismo, que los cuerpos furiosos de los gladiadores contra los leones abatidos y cansados del pueblo.

Don Ramón del Valle-Inclán, marqués de Bradomín, quedaba en la Cacharrería del Ateneo —cobres cansinos entre las penumbras del saber sobrante—, tomándose una gaseosa de bolita.

Aparte el descubrimiento de que los cuerpos gloriosos eran un filón periodístico en nuestro eterno y nada egipciaco culto de los muertos, yo había descubierto, concéntricamente a esto —y más importante—, que Madrid no es una ciudad sucesiva, sino simultánea, que Madrid está dándose siempre todo entero, de golpe, como una mujer que se desnuda a desgarrones.

En cada piedra blanda y Carolina de Colmenar, dorada por el medio resol de la resoleada tarde, hay, había una populosidad de siglos, de gentes, de motines, pronunciamientos y asonadas, de modo y manera que en la luz de estraza de Madrid está o estaba todo presente (como dicen los científicos que un día podremos ver a Julio César y Napoleón en la televisión retrospectiva de las vibraciones lumínicas, con los mismos cuerpos y almas que tuvieron: la Biblia y los Evangelios se va viendo que no son más que ciencia/ficción).

O sea, que esta presencia total de Madrid en Madrid, esta totalidad del presente, este estar todo Madrid lleno de Madrid, siempre y a todas horas, era lo que más asombraba y gustaba al joven escritor novel de provincias, y la simultaneidad de Madrid era, o me lo parecía, el secreto hallado de la ciudad, y no sólo un recurso de don Ramón (que, como digo, se había quedado en el Ateneo tomándose una gaseosa de bolita) en *El ruedo ibérico*, libro que los críticos de trayecto corto (de la solapa de los libros a su propia solapa ensopada de sopa) habían despachado descargadamente como «modernidad» (el *Manhattan Transfer* de Dos Passos, que don Ramón, evidentemente, no conocía). La simultaneidad, a Valle, no se la da Dos Passos —qué blasfemia— ni nadie, sino que se la da, sencillamente, Madrid.

Él ha sabido ver antes y mejor que nadie la simultaneidad del poblachón manchego que iba para gran ciudad (entre otras cosas, por haber sabido elegirse a sí misma capital del liberalismo español, contra los foralismos periferiantes), y eso es lo que lo hace moderno (superado su «modernismo»).

Galdós y Baroja hacen la novela sucesiva, en que las cosas van ocurriendo y siendo presentadas por su orden (más ocasional y perezoso en Baroja, más riguroso en Galdós).

Valle hace por primera vez la novela simultánea, en *El ruedo ibérico*, a la par, sí, de los norteamericanos, pero por intuición del jadeo de una ciudad, y no por mimetismos imposibles. Al escritor novel de la periferia que era yo, le indignaba que de Valle sólo funcionase el teatro, porque lo montaba Tamayo con Nati Mistral mostrando un seno franquista en el Bellas Artes, en tanto que los que iban todas las tardes a revolverle el café a Baroja le decían a uno que Valle sólo era un modernista/esteticista.

¿Se ha escrito en España la novela de la modernidad, si no es *El ruedo ibérico*? ¿Quién ha hecho el prodigio —los galdobarojianos menos que nadie, por supuesto— de convertir el cronicón del XIX en una de las grandes novelas de la modernidad, que abre caminos en España (caminos que nadie sigue) como Joyce o la Woolf en la literatura anglosajona, como Musil en la alemana, como Proust en la francesa? El simultaneísmo, la ausencia de protagonista (Joyce transmuta al héroe en antihéroe, pero viene a ser lo mismo), el sentido coral de la novela es algo tan moderno y vigente que los españoles aún no lo hemos entendido.

Si Valle no hubiera hecho, además, teatro, hoy sería un «modernista» olvidado o un *arcaizante* como Ricardo León: la culpa y el daño de todo esto lo tienen, naturalmente, los críticos, nuestros críticos, que son camastrones y ágrafos.

Escribí algunas de estas cosas en un artículo para una revista, a poco de haberme encontrado a don Ramón en la Cacharrería del Ateneo, con sus cigarrillos turcos y su gaseosa de bolita (el simultaneísmo mágico/histórico de Madrid permitía estos encuentros, aparte mi industria de las entrevistas inventadas, que luego se verá más y mejor). Escribí algo de esto, digo, para una revista, y el redactor-jefe, tras echarle un ojo, lo glosó con este comentario:

—Vaya usted a ver a don Pío. Hágale una entrevista a don Pío. Don Pío es noticia.

Don Pío había publicado *Comunistas, judíos y demás ralea*, un libro fascista que le había muñido Giménez Caballero, quien entonces andaba por el Paraguay erigiendo iconos misionales, y don Pío se embozaba en EGC, pero cobraba derechos y no renunciaba al libro. Don Pío, claro, era noticia.

Don Eugenio d'Ors, cuando viene a Madrid, arrojado de su Cataluña por haber robado unas plumas y unos palilleros en una institución catalana, hace revisión de los ingenios de la Corte y dice que Valle se ha limitado a perpetuar en sí, ya adulto, el uniforme colegial de los estudiantes de Coimbra.

D'Ors practica un reduccionismo sobre la compleja personalidad de Valle, reduccionismo y diagnóstico que no carecen de perspicacia, pero, como la vida es irónica y boomerang, el propio D'Ors exteriorizaría más tarde su Goethe interior y frustrado vistiéndose de Goethe en un baile de disfraces de su amiga —y mía— la marquesa de O'Reilly, en su palacio de la calle Mayor (palacio que ha ardidido por los días en que escribo este cronicón de un Madrid intemporal, *posible e imposible*, simultáneo: afortunadamente, nuestra amiga ya no vivía en el palacio). Aparte esto, hay que decir que toda personalidad social fuerte es, generalmente, la exasperación de un rasgo, casi siempre un rasgo de infancia: por ejemplo en Baudelaire, que confiesa que el genio no es sino la infancia recuperada, y cuyo dandismo indumentario (y quizá también el otro) resulta de exasperar y secularizar uniformes y rigideces colegiales de una infancia con padrastró militar.

Nadie escapa a sus padrastrós.

Valle-Inclán, pues, el que yo conocí en aquel «Madrid posible e imposible» de Juan Ramón (la colina de los chopos), en aquel Madrid intemporal, con el 98 alimentándose de gaseosas de bolita y panes zurbaranescos de Azorín, y los caballos del *Madrid* y de *Cocherito de Madrid* alimentándose de torrijas, Valle-Inclán se había hecho un dandismo peculiar entre los cigarrillos turcos de la princesa de Caramán-Chimay y la chalina demasiado grande que volaba aún en el viento atlántico de Coimbra (donde, seguramente, él nunca había estado, aunque más que de Coimbra habría que hablar de Santiago).

Dandismo es sublimación: del colegio, del uniforme, del edipismo, de lo que sea. (Sólo es dandy el militar que sublima su uniforme en otra cosa, o que se inventa un uniforme personal para morir, como Byron.) He aquí la sutil relación dandy/milicia, no ajena a Baudelaire, y que está en Vigny, en D'Aurevilly, en Valle-Inclán. El caballero de la mano en el pecho, del Greco, no es todavía un dandy, porque el retrato es un retrato de clase, más que de individuo (descartada la tesis ramoniana de que se trata del autorretrato del pintor).

El dandismo lo iban a inaugurar, sin ese nombre, algo más tarde, Quevedo y John Donne, en España e Inglaterra respectivamente.

Pero el caballero de la mano en el pecho es el esbozo (esbozo, aunque como cuadro esté muy terminado) de todo el dandismo venidero, sin que le falte la empuñadura lujosa y cazoleta de la espada, que vincula lo civil con lo militar.

A Valle, por no usar espada, sino paraguas de aldeano gallego para reventar los

estrenos de Galdós, le dejaron sin un brazo.

Dandismo es un brazo de menos y saber llevar ese brazo que no se lleva.

Pocos años más tarde me encargarían, para una colección divulgativa, un librito sobre Valle: cien páginas y cinco mil pesetas en mano. Hice noventa y nueve páginas y renuncié a los derechos posteriores. La editorial, Epesa o algo así, era de Sánchez-Bella y Ruiz-Giménez. Se ve que estos dos políticos católicos desventraban a los artistas adolescentes con igual aplicación y eficacia que cualquier comerciante fenicio. Lo malo es que, hecho aquello, se me quitaron las ganas para siempre de hacer el libro interminable que yo podría haber hecho sobre don Ramón, que constituye, con Quevedo y Gómez de la Sema, la Santísima Trinidad laica de la modernidad española. Uno (y más adelante hablo de ello) aún creía en los encargos.

El gozne en que gira la obra de Valle, del modernismo de Moréas y Rubén al esperpentismo madrileño, es el libro de las guerras carlistas, tan leído por mí desde la infancia. En esa trilogía está aún el deslumbramiento literario y local por el carlismo, y el cuidado de la palabra preciosa. Pero la acción es ya cinemática, simultaneísta (preludios del *Ruedo*) y en la prosa se infiltran los primeros canallismos, que en Valle deslumbran como joyas que fueran cuchillos.

Todo esto y más tenía yo que decir de Valle (pero nunca me lo iban a publicar), cuando le vi o me lo inventé en la Cacharrería del Ateneo, tomándose una gaseosa de bolita para hacer, en la tertulia, una dialéctica que a veces también era un poco gaseosa.

* * *

Yo era el que había llegado de provincias, en el atardecer temulento, en un autocar gris y mareado de su propio motor, entrando en las luces de Madrid a esa hora en que los neones eran una villanía desconcertante que le llevaba a uno a buscar, como por dentro de un romance alfonsino, las luces de gas, las farolas y los faroles de gas, que era lo más antitotalitario que podía encontrarse aún en Madrid, ya que el totalitarismo detenía el tiempo, y los farolones de la plaza de Oriente, por ejemplo, habían visto o inventado, con su imaginación de gas, la muerte de Larra, Espronceda conducido entre gendarmes, las bazas de espadas, los milagros de la Corte, una época isabelona y liberal en que los anarquistas morían a gritos, los poetas morían ciegos y los románticos eran, como dijo alguien, «la forma literaria de la revolución». Yo era el que había llegado de provincias a la tiniebla verde de la Moncloa, donde nos paró el autocar, como si las Españas rurales y provincianas no se atrevieran a entrar más adentro de la capital. Yo era el que había bajado la calle de la Princesa, con una maleta de soldado en la mano (sin haber sido jamás soldado), o había subido el ferial ancho y nocturno de la Gran Vía, impulsado por el viento alegre del Guadarrama, como una cosa que me daba ánimos, y había ido a parar a la calle de la Madera, vieja, honda, larga, estrecha, resonante aún al maderamen que le dio nombre, maderamen por donde cojeaban los siglos y paseaban las putas, y hasta podía oírse el paso cojituerto de Quevedo, que cita esta calle alguna vez. Al farolero, el hombre del gas, el que iba con la pértiga al hombro, como sereno despertador de las farolas, me lo crucé un día, recién llegado, e hice con él, tras él, conversando con él, el itinerario turístico de los faroles de gas del último Madrid, itinerario que a veces se enriquecía de turistas avisados y me servía para un cuento o un reportaje, hasta que pasaba el tranvía férreo y vertiginoso, como una góndola de acero en seco, dejando todos los faroles en incertidumbre de llama u oscuridad total.

Calle de la Madera, pensiones de viajantes de comercio y transformistas de la Gran Vía, que andaban todo el día en pijama por la casa, como unos oficinistas con la baja, hasta que hacían el transformismo supremo de vestirse un frac bajo la gabardina para irse a trabajar a J'Hay o Pasapoga. Uno se quedaba tardes enteras soñando la literatura, el fracaso, la soledad, el miedo, la escasez, aquello, hasta que el adolescente con luz de provincia salía de dentro, en un arranque, y se iba de la cocina al teléfono

del pasillo, marcando un número que se sabía ya de memoria como una espinela, y quizá lo era:

—¿Está don Vicente Aleixandre, por favor?

Porque, más que la luz, era el deslumbramiento primero y fuerte de la poesía lo que uno quería encontrar en aquel Madrid de relojerías a plazos y pensiones donde la malta fornicaba con el nescafé en lo más profundo y húmedo de la despensa, incestuosamente, llenando todo el pasillo con el olor de aquel incesto.

—Por favor, ¿está don Vicente Aleixandre?

Pero seguramente no se decía así, no era ésa la manera, la contraseña, aquello sonaba nada convincente, improvisado, gratuito y aldeano.

Habría que decirlo de otra forma, aprender a decirlo o renunciar. Porque del otro lado llegaba una voz femenina, ajada, confusa, cansada, indiferente, leve, que decía cualquier cosa y colgaba.

Lo que experimentaba uno entonces, más que otra cosa, era alivio. Alivio, tranquilidad, sosiego, paz. Bueno, ya has hecho algo en Madrid, me decía. «Esta tarde he llamado a casa de Aleixandre», podría contarle a alguien, si tuviera alguien a quien contárselo.

¿Y qué le habría dicho yo al poeta claro? Nada, tópicos, torpezas, vaguedades. Porque lo que uno buscaba no era hablar con él, ni siquiera a él, sino esa luz retrospectiva y presentísima (quizá en este superlativo esté su influencia literaria). Un fognazo de pureza y pasado, de adolescencia y palabras en incendio.

Pero Madrid, patria natural de aquellos escritores (Aleixandre estaba incluso en la guía de teléfonos, entre joyeros y publicitarios), Madrid, ay, año sesenta, no eran ellos, sino una rueda de tres millones de solitarios en compañía, con tranvías como cangilones y faroles de gas, en el mapa de los Austrias, que iba encendiendo el sacristán de la ciudad. Allí, en la cocina, con oscuridad total y relampagueo blanco de las televisiones del patio, a solas, es cuando me volvió, involuntaria y grande, la luz de *La destrucción o el amor*, sólo porque, desde el teléfono de la pensión, untuoso de manos, había llamado en vano al poeta, para nada.

Arroz a la cubana con plátano frito. Todo aquel forro triste y angosto de la Gran Vía olía a arroz a la cubana con plátano frito, sabía a arroz a la cubana con plátano frito, y en el restaurante La Luna, de la calle de la Luna, daban arroz a la cubana con plátano frito, de una del mediodía a tres y media de la tarde y de nueve de la noche a once y media, y allí estábamos todos (todos los que no comíamos en la pensión, todos los que no comíamos de la maleta familiar, todos los que aún comíamos algo), comiendo arroz a la cubana con plátano frito, que era una cosa dulzarrona, intragable, indigesta, indispuesta, un cemento de arroz y fritura, azucarado y mezquino, para matar el hambre con la náusea.

Arroz a la cubana con plátano frito. Días, semanas, meses de arroz a la cubana con plátano frito, a eso sabía Madrid, a eso olía, a eso sabía la gloria, la fama, el cine, el periodismo, la mierda (los retretes de los restaurantes económicos estaban perfumados, por la cercanía de la cocina, de arroz a la cubana con plátano frito), y todos masticábamos el sabor de nuestro fracaso previo, de nuestra tristeza previa, de nuestro previo cansancio, masticando arroz a la cubana con plátano frito (quizá llevase asimismo un huevo pálido, pequeño, barato e insípido, a veces), y Madrid era la Babilonia del arroz a la cubana con plátano frito por las calles del Barco, Valverde, Luna, Madera, Ballesta, Peligros, a la sombra neoyorquizante de la Telefónica, de todos los edificios de la Gran Vía que empezaban ya a ser precatálogo y muy Chicago años veinte, y en cuyas traseras estábamos nosotros, los escritores noveles, los periodistas sin carnet ni escuela, los seminaristas de paisano que habían venido a Madrid para una operación y se habían quedado, los maestros nacionales que habían venido para unas oposiciones, los habían suspendido y también se habían quedado, los cubanitos/gusanitos que llegaban huyendo a nado de la revolución de Fidel,

recientita nomás, y que vivían a la sombra clemente del mulato Gastón Baquero y de los comedores de Auxilio Social (que no se abrían desde la posguerra, y ahora les daban a los gusanitos un potaje recalentado de entonces, un rancho fascista de antaño), y el día de la semana que no abría Auxilio Social, allí estaban los cubanitos, en el forro urbano/suburbano de la ciudad, comiendo arroz a la cubana con plátano frito, que a lo mejor el plato lo habían traído ellos, por el nombre mismo, y la Gran Vía, perfumada de puta y Guadarrama, tenía un revés hediondo de arroz a la cubana y dulzarrón plátano frito.

Pero en la subida de la Gran Vía, a mano derecha, estaban Miguel Mihura y Edgar Neville, en Chicote, escribiendo sus cosas a la hora en que aún no habían llegado las putas del vermú, que eran las que trasnochaban de día, como hubiera dicho Quevedo, y más adelante, encima de Espasa-Calpe, estaba Concha Lagos, una poetisa cursi que daba de merendar a los líricos de juegos florales los miércoles por la tarde (café y pastas, copita de ojén), haciendo sus poemas de enferma, hablando de Anselmo Miguel Nieto, que la había pintado cuando los dos eran jóvenes, y concursando a todos los premios nacionales José Antonio Primo de Rivera y Francisco Franco, como una Gabriela Mistral teñida, anabolena y sin talento.

Y subiendo un poco más, a mano derecha, estaba la redacción de *La Codorniz*, con Chumy Chúmez y Herreros haciendo su humor de un surrealismo mesetario e inspirado, y por todas las cafeterías con nombre de rancho americano estaban los guionistas de cine escribiendo sus guiones, y en la calle de Jacometrezo estaba don Ángel Ganivet escribiendo su *Idearium*, entre la sífilis, el latín, el patriotismo granadí, el granadismo patriótico, las mulatas y el suicidio, y ya al final de la Gran Vía, o sea al otro lado, en la plaza de España, en la Torre de Madrid, estaba Luis Buñuel escribiendo el guión de *Viridiana*, tuerto, ciego, genial y bruto, o sea que la Gran Vía era para mí como el rascacielos de la literatura, y por eso me gustaba pasear un poco la Gran Vía, por eso y por ventilar el olor de arroz a la cubana con plátano frito, qué asco.

Una vez me llevé una meretriz jovencita y embarazada de la calle de la Ballesta, pero resultó que estaba abarraganada con el taxista que nos conducía y, luego, su desnudo y su preñez olían igualmente a arroz a la cubana con plátano frito, de modo que yo creo que salí huyendo del arroz a la cubana con plátano frito, sólo por el olor y el sabor, hacia otra zona de Madrid, altillos del barrio de Salamanca, un sotabanco de portera (los hijos de la portera se habían ido a trabajar a Alemania y la portera estaba en el San Juan de Dios, loca, enferma o presa, o sea que el casero, el rentista —un barrio de rentistas y una filosofía de rentistas— había decidido alquilar también aquello, y sacarle una mensualidad, a algún estudiante pobre). ¿Usted es un estudiante pobre? Sí, señor, yo soy un estudiante bastante pobre. ¿Y qué estudia usted, siendo tan pobre? Periodismo. ¿En la escuela esa que hay? Sí, claro, en la escuela. Bueno, yo no leo más que el *ABC* y me parece que de todos modos los periódicos no traen más que mentiras, o sea que no sé para qué tanta escuela, lo que hace falta es que le pague usted todos los meses al administrador, sí, señor, claro, y se iba a pasear por Serrano, el rentista, que Serrano era una calle de mucho pasear a mediodía, sobre todo los rentistas y los hijos de los rentistas, que se tomaban gambas al ajillo, gambas a la gabardina, gambas rebozadas (parece lo mismo, pero no lo es) y gambas de todas las maneras, con cerveza, siempre con cerveza, mejor marcas nacionales, a ser posible, e invitaban a las chicas de Serrano, a las niñas de Serrano, que siempre estaban invitadas por el hijo del rentista o por el rentista mismo, y que eran unas gachises finas, esbeltas, yeguales, como británicas, pero en mejor, una cosa entre las modelos del Hipódromo y los propios caballos que ganaban las carreras, y a mí me gustaban mucho, pero no había nada que hacer, un material importante, pero sólo buscaban un guardiamarina o un ingeniero de caminos, canales y puertos para casarse en seguida, porque soñaban un porvenir en cinerama, lleno de caminos, canales y puertos exóticos.

Tardarían años en descubrir que el matrimonio tiene pocos caminos, sólo dos o tres canales y ningún puerto, o sea que no lleva a ninguna parte. El barrio de Salamanca no olía a arroz a la cubana con plátano frito, porque cada barrio de Madrid tiene su olor, esto era lo primero que había yo descubierto, y así como el barrio del Manzanares, entre la ermita y el puente de los Franceses, ya nadie pasa, ya nadie pasa, ay Carmela, ay Carmela, olía a orina de caballo del Hipódromo y estroncio/90, el barrio de Salamanca era aún un barrio con botines que olía a gambas a la plancha y cerveza fresca.

Incluso las comidas en los tabernones que hay o había perpendiculares a Serrano y Velázquez, eran mejores que las de la calle de la Madera o de la Luna, porque sabían así como a las sobras de las comidas buenas que se comían arriba, en las casas de los rentistas, y uno almorzaba entre los mecánicos y los criados de la guapa gente de Serrano, que eran unos mecánicos y unos criados vestidos con ese uniforme particular de los particulares —uniforme de chófer, de valet—, un uniforme que no quiere decir nada, desconcertante, ni siquiera uniforme de ordenanza de banco, y ya para la hora del café entraban los porteros de los alrededores a ver la televisión, que era una cosa que estaba recién inventada en España y se veía mucho (luego se vería más, pero en otro plan).

Para contar las cosas por su orden, mejor será decir que los porteros, a la hora del café y la copa de soberano, entraban a jugar la partida con los mecánicos y los valets de casa grande, mientras que sus mujeres, las portereras, llegaban un poco más tarde, remolonas y como con miedo de entrar en el santuario de los hombres: venían a ver la televisión, ellas sí que veían muchísimo la televisión, todo lo que podían, mientras que los hombres sólo le echaban una mirada a aquel cine pequeñito, que era como un Nudo a todas horas, por encima del farías que se estaban fumando.

Barrio de Salamanca. Un barrio con botines que olía a cerveza y chanel. Como yo no tenía ninguna escuela a la que ir, ni de periodismo ni de nada, en lugar de quedarme en el altillo, leyendo o escribiendo, mirando por la tronera el escote de la vecina que regaba los geranios como un edelweiss menestral de los Alpes urbanos, me iba a la calle.

Me iba a la calle porque me presentía vigilado por el rentista, por el administrador del rentista, por el portero que no había, por la portera que tampoco, por el hijo del rentista, por toda una espiral de vecinos de toda la vida, una espiral descendente/ascendente de abriguitos de garra, trenkas universitarias, uniformes de coronel, minifaldas adolescentes y gloriosas, melenas sólo de sol, velos de beata con alfilerón negro, cofias de cocinera montaraz y servil y bigotitos dignos y paramilitares de funcionario ennoblecido de quinquenios, ese jovencito nuevo, el del altillo, está todo el día en el altillo, no sale para nada del altillo, y siempre saca y mete libros, ¿no será un rojo, un promaoísta o un espía?, ¿un espía de quién?, de los rusos, de quién va a ser, que parece usted tonta.

O sea que me iba a la calle, al Retiro, por las mañanas y en el Retiro hacía tertulia con don Benito Pérez Galdós, que estaba allí en piedra, ciego, tocando con mano tórpida su propia estatua, «se parece, se parece», que es lo mismo que le había dicho a Victorio Macho cuando la terminó, juzgando sólo por el tacto, que para entonces ya estaba ciego, se parece, joven, se parece, sí, don Benito, es el realismo galdosiano llevado a la piedra, lo que yo llamo el realismo galdobarrojo, ¿cómo dice, joven?, nada, perdone, que Baroja y usted son pedernales e insoportables, sólo que Baroja es más arenisca, se deshace entre las manos, y usted, por si fuera poco pétreo, está acuñado por Victorio Macho, que es un Rodin palentino sin grandeza y yo le he hecho un reportaje en su casa de Toledo, y me pareció un cursi, dice que la mujer es una guitarra de carne, don Benito, y usted dice que Tristana «tenía una boquirrita», y de una joven que tiene boquirrita a mí no me interesa ya nada de lo que le pueda pasar,

para qué hablarán los escultores, don Benito, qué brutos son, y para qué hablarán ustedes, los novelistas, qué brutos son ustedes, qué grandes escritores si no escribieran, como dijo Proust de Balzac, o si supieran escribir, me está usted faltando, joven, le estoy haciendo una entrevista a una estatua, que es una novedad, y se lo venderé a una revista de derechas, porque hoy las de izquierdas están en el socialrealismo, en Lukács y todo eso, y usted es sagrado para ellos, le estudian a usted como Marx estudió a Balzac, pero ni usted es Balzac ni ellos son Marx, y también le estudian a usted del otro lado, don Benito, que hay una universidad norteamericana que tiene una revista dedicada exclusivamente a estudios galdosianos, si es por el XIX, más les valía estudiar directamente la historia de España, castellano no van a aprender de usted, con eso de la «boquirrita», que es de viejo verde y cursi con empleo en Aduanas, no de gran novelista del siglo, y de Baroja tampoco se fíe mucho, que vive ahí un poco más arriba, detrás de la Academia, y dice de usted que a usted sólo le interesa la peseta y que los *Episodios* los tenía calculados en reales^[9], no sé si Baroja vive o ya se ha muerto, pero le aseguro que dice eso, y Ruano, uno que todavía vive y está ahora mismo en un bar de Recoletos, haciendo artículos, dice que a veces le ve a usted por Argüelles y que parece usted un maestro de obras, yo he visto la placa que le han puesto en Hilarión Eslava, en la casa donde usted vivió; de aquella foto que le hicieron con el perro, a mí lo que más me gusta es el perro, don Benito, usted parece un Gogol hortera, o sea que ya tenía mi entrevista con Galdós o con la estatua de Galdós (él siempre fue granítico, impermeable al calado del idioma, de modo que venía a ser lo mismo). No había perdido la mañana, era una exclusiva de venta segura en cualquier semanario de derechas (no había otros: en el de izquierdas, *Triunfo*, a mí ni me abrían la puerta, nunca supe muy bien por qué, anda ahí que les vayan dando), en la entradilla, los que me la comprenden, pondrán que fue un nefasto anticlerical, pero que a la hora de la muerte pidió los santos auxilios, como todos los librepensadores españoles, y que se los dio, caritativamente, el padre Félix García, al que también había entrevistado yo en la residencia de frailes de la calle de Columela, y luego le había visto en la tertulia de Ruano, sotanillo de Teide, cuando César decía «hoy me duele el tranvía que pasa y hasta el que no pasa», y el padre Félix, que vivía en la mentira y presentaba sobrina rubiales, escribía artículos contra la defensa de la mentira que hacía el escritor del Teide, ignorando siglos de filosofía, el fraile, esto de Galdós es dinero seguro, unas quinientas con descuentos, que venga Basabe a hacer las fotos a la estatua, don Benito no se mueve de ahí, y el tranvía amarillo de Recoletos pasaba efectivamente, a toda aspirina, por sobre la cabeza mareada del articulista, dejando una estela primaveral, juanramoniana, albertiana y municipal de espuma de aire en el aire, de espuma de aire en el cielo, de urgencia, recurrencia y eterno retorno para nada. Yo iba loco por escribir la entrevista con Galdós.

* * *

El simultaneísmo de Madrid está en que los reyes godos se encuentran todos en la plaza de Oriente, de pie, poniendo posturas como de la baraja.

El simultaneísmo de Madrid es que los heterodoxos de don Marcelino están todos en el cementerio civil (del que luego hablaré, al que luego acudiré, ay), haciendo corro en cipresal de parados.

Madrid es que los cojos de muleta tengan mucha familia. Dandismo es la exasperación de un rasgo personal a costa de todos los otros. Madrid eran los fotógrafos al minuto que todavía querían perpetuarme a la puerta del Retiro (y yo, tonto de mí, que siempre me he sentido póstumo, me negaba). Aquel Madrid del sesenta era una ciudad con muchos maniqués de peluquería y muchos ciegos del cupón. Los últimos organillos tenían ya ruedas de bicicleta y tocaban *sapere di mare, sapere di te*, en lugar de los viejos chotis de un arnichesismo cadáver que sólo Lauro Olmo, el hombre del barrio de Pozas (donde hoy se levanta el Corte Inglés de Argüelles), trataba de galvanizar en La

Córrala, con su tristeza de boxeador pacífico, su nariz frustrada y sus golfos de bien.

Madrid eran los muchos niños que le sobran a Madrid.

Y las verbenas de San Antonio de la Florida (la primera verbenas que Dios envía, como escribían *Estampa/Crónica* antes de la guerra), con la barraca del humor, el tío larguísimo con piernas de madera y una greca de jubilados en el murete del río.

He hablado del Manzanares y quienes lo habitábamos, en el primer capítulo de esta trilogía, y al río del Heráclito/Mayalde volverá este libro y volveré yo, si hay tiempo, paciencia y clemencia. Madrid eran las *cajafortes* de la calle de Alcalá, como escribía la prensa italiana que denunciaba entonces nuestra dictadura, quizá por curarse mejor del recuerdo de la suya. Madrid eran esos Bancos neoclásicos con un toque Churriguera, híbrido de Portalada del Hospicio y Wall Street.

Madrid eran los vendedores de curtiduría en Atocha, el palacio falsomudéjar del *ABC*, en la Castellana, el paseo del Prado, con el museo enfrentado al edificio del Sindicato Único (palacio de Invierno/Verano, en ladrillo visto, del ministro fascista José Solís), y Madrid era, sobre todo, el espacio en blanco que dejaban los vendedores de carteles de toros, entre los nombres de Aparicio y *Litri*, para intercalar el nombre del turista gilipollas que compraba uno.

Era fácil averiguar quién había tenido la idea de reunir a todos los reyes godos del colegio en aquella hermosa plaza, de pie y en piedra blanca, pero la ignorancia es siempre más lírica que el lirismo, y que la geografía, por supuesto, de modo que uno prefería no consultar. Mas, para el niño de provincias recién llegado a la Corte, aquello era encontrarse la vieja y tediosa lección de todas las tardes lluviosas de la infancia, levantada de pronto en piedra/luz.

Suponiendo que fueran los reyes godos, claro, los de la plaza de Oriente.

*En la tarde parda y fría
de invierno, los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.*

Este fragmento del típico poema de Machado, con todo su encanto narrativo y su dudosa lírica, me venía a la memoria cada vez que iba a sentarme a la plaza de Oriente, por distraer mis ocios de joven paseante en Cortes, por leer un poco, mirar a las criadas o escribir un artículo apoyando el papel en un periódico. (O un poema, lo que saliese.)

El encabalgamiento que se observa en esta estrofa de don Antonio tiene toda la sugestión de todos los buenos encabalgamientos poéticos, que no sólo resultan naturales y nada contra natura, sino que contribuyen a la eficacia difusa del poema: «... los colegiales estudian. Monotonía.» Siempre me ha parecido que la asignatura de aquellos estudiantes era efectivamente la monotonía. La monotonía de la lluvia tras los cristales. La monotonía de la enseñanza de España en cualquier instituto de provincias o universidad central.

¿Por qué no crear una gran asignatura nacional y genérica con el nombre de *Monotonía*? Incluso llegué a escribir un artículo sobre esto, que era, evidentemente, una crítica oblicua a la política educativa del Régimen, pero se me devolvió por iluso y difuso: yo estaba haciendo literatura.

—Demasiada literatura, joven.

—Ah, claro, usted disculpe.

Es lo más resplandeciente de la vida.

Recuerdo que vi esta segunda función (o tercera, o lo que fuese) de Lauro, con Sandra y Manrique de Lara, un domingo por la tarde, evadidos los tres del Café Gijón (Marañón decía que hay que escribir *Café/establecimiento* siempre con mayúscula, para diferenciarlo de la infusión).

Salimos derrotados por la derrota de nuestro amigo.

Pero yo había visitado a Lauro alguna vez en su alto y lóbrego piso de Pozas, que tenía

una luz dudosamente alegre.

En *La pechuga* se dice, entre otras cosas: «Ahora a dormir en la turca. Y sin un turco.»

Con estos retruécanos no se cargaba uno al Tirano Banderas de El Pardo.

Lauro estaba en su torre de marfil viejo, que era torre de hojalata, pero torre de escritor ético, puro en el sentido moral, más que en el artístico, y yo realmente encontraba en su casa lo que había dejado en la mía, o en mi pensión.

Luego, el Ayuntamiento desahució a todo el barrio «por razones higiénicas, de salubridad y bien general», etcétera, cuando lo cierto es que iban a hacer solar para irnos grandes almacenes.

Los alcaldes del cuarentañismo eran muy redichos y elocuentes, y tenían respuesta para todo. Lauro Olmo hizo gran campaña pública y de prensa sobre el tema, pero un día vinieron las excavadoras con dentadura de dinosaurio y masticaron la tierra de enterrar gatos, las palanganas lañadas y las cuartillas con tachaduras de Lauro Olmo.

No masticaron a Lauro Olmo porque había salido a echar una carta en la cercana estafeta de Serrano Jover.

Lauro y su mujer se fueron a vivir a la ciudad de Los Ángeles, en la carretera de Andalucía, entre las Manufacturas Metalúrgicas Madrileñas de doña Carmen Polo de Franco (una industria ruinosa que se fue a la mierda con todas sus lámparas y apliques de cobre falso: el INI absorbería pérdidas) y los cementerios de automóviles, con un avión viejo en lo alto de un palo, como reclamo.

En el barrio de Los Ángeles, Lauro y Pilar, su mujer, conocieron a una vieja enamoradiza que se iba todas las mañanas a la fuente o brocal de los jubilados a hacer conquistas y luego los forzaba al amor imposible de la tercera edad.

El barrio quería denunciar a la vieja solitaria, sentimental y salida, pero Lauro y Pilar intercedieron por ella.

Y yo me preguntaba por qué no escribía Lauro estas cosas.

La conquista de lo inmediato, la visión aguda para lo más visible, es rara cualidad que no suele darse sino en algunos escritores y pintores (nunca en particulares, que creen siempre que «lo interesante» está en otra parte). ¿Le faltaba a Lauro esa visión de lo que estaba viendo? No sé. Uno a Lauro le quería, y hubiese deseado para él mayor suerte.

Lauro Olmo era el hombre/límite entre la luz y la sombra, entre lo permitido y lo prohibido. Después o detrás de él habla ya una legión de condenados, que constituía el llamado «teatro del silencio» (quizá por mimetismo y contraposición a la *Iglesia del silencio*, en la URSS), y cuyos nombres eran Gómez Arcos, Ruibal, García Pintado, Matilla, el luego famoso Arrabal (primeramente estrenado, con *Los triciclos*, por el Pequeño Teatro Dido, de Josefina Sánchez Pedreño), Martínez Mediero, Martín Recuerda y otros. Jóvenes de suéter y sonrisa carcelaria, adultos prematuros y homosexuales, eran casi todos ellos hombres de teatro, en efecto, y constituían un *off/off* madrileño que algunas noches se movía en un colegio mayor o en Amigos de la Unesco.

Ruibal llegó a estrenar algo, en función única, en el Marquina.

Iban pasando del exilio interior de los cafés al exilio exterior de París o Puerto Rico. Su teatro se movía siempre, indubitablemente, dentro de la órbita de Franco y el franquismo, como el teatro griego dentro de la mitología.

Hacían un teatro contra Franco como en Grecia se había hecho un teatro contra los dioses, aunque de eso el pueblo no se diera cuenta.

Lo que pasa es que nuestros *maudits* no eran griegos.

Veía uno *Rabos*, de Ruibal, y se quedaba callado, porque no había que decirlo, pero la verdad era que no nos había gustado nada. Sabíamos que había un teatro de protesta política —Brecht— y un teatro de vanguardia —la trilogía Ionesco, Beckett, Adamov—,

sabíamos que el teatro había pegado un salto, en el mundo, y ese salto nos fascinaba, como el de Nijinski, que llega a quedarse un instante detenido en el aire.

Detenido milagrosamente en el aire del absurdo, el grito o el sueño, el teatro del mundo nos fascinaba, por ese salto mágico, y nuestros autores prohibidos, nuestro teatro del silencio, nos decepcionaban, leídos o entrevistados en representaciones que se borraban en la noche.

Quiero decir que teníamos puntos de referencia, que estábamos al tanto, y que si nuestro teatro del silencio no nos gustaba, ni como silencio ni como palabra, esto debía de ser por algo.

Con sus melenas de Cristos regionales, sus calvas fluidas de pederastas o su hermetismo de futbolistas de tercera sin suerte, aquellos hombres eran los mártires admirables y voluntarios que ni siquiera pretendían dar el paso hacia la luz que había dado penosamente Lauro Olmo, sino que se ennoblecían de sombra y una como clandestinidad consentida.

Hubo incluso un profesor extranjero que hizo un grueso libro sobre todos ellos, de bastante difusión en el mundo, y esto los consagraría entre la *intelligentzia* internacional y las logias de la vanguardia. Pero el teatro es un hecho bruto, directo, una colisión con el público, de modo que las leyendas previas, que pueden servir para el triunfo de una novela o un libro político, en el teatro no sirven de nada. El teatro (que a mí, por otra parte, sólo me interesaba relativamente, pues que no tenía nada que ver con mi carrera personal de escritor) es una cosa atroz que se mueve siempre entre la hostilidad de los dioses (Franco, Zeus, todos los dioses son siniestros) y la veleidad de las muchedumbres. El público (al menos el público español) no quiere que gane o pierda el protagonista, en el teatro, sino el autor, como Valle-Inclán, según creo haber contado aquí, quería que fracasasen Galdós o Benavente, y como otros, luego, querían que fracasase Valle.

Descubrí, en efecto, que el teatro, en Madrid, era un toreo de salón donde lo más vivo, emocionante, real, anticonvencional que podía pasar, era que el autor saliese cadáver a saludar, sostenido por la primera actriz, como el torero que, entre la enfermería y el hospital, verde ya de gangrena verde, se pasa un momento por la plaza a despedirse del público.

Y esto no sólo en Madrid, contra lo que digo, pues el siglo XIX recuerda el estreno del *Hernani*. Como aquí recordamos el estreno de *El divino impaciente*. El teatro y los toros tienen en común que son un espectáculo que está pasando de verdad, con un actor tembloroso delante del decorado y un autor desesperado detrás del decorado.

Con una madre rezando en casa, por lo que se refiere a los toros, y un hombre que se ha vestido de oro y anacronismo para mecerse en el deseo de muerte del inconsciente colectivo de la plaza.

Los novilleros herméticos y los banderilleros fondones y trágicos de nuestro teatro del silencio antifranquista, se estaban muy tiesos en la silla del café, como don Tancredo en la plaza, esperando el cornalón militar.

Haciendo dontancredismo, que es la forma de paro que tiene el artista en España.

Lo mío, sin ir más lejos, no era sino un dontancredismo disimulado de idas y venidas y sentadas como las que he contado, en la plaza de Oriente o en otro sitio menos oriental.

Yo estaba de sobra en Madrid, pero me quedaba.

* * *

La entrevista con Galdós se vendió sólo regular, esto es literatura, joven, hay que hacer cosas vivas, hablar con la gente, es que la gente, o sea los ministros, no se dejan, cómo que no se dejan, sí, que no se dejan, la censura, digo, que sólo quieren cuestionario por escrito y luego lo contesta una mecanógrafa con máquina eléctrica, citando discursos del Caudillo, ¿es que tiene usted algo contra los discursos del

Caudillo?, no, nada, claro, pero tampoco queda natural, queda un poco de piedra, el Caudillo, además, Ortega les hacía entrevistas a las estatuas, en París, Ortega era un rojo, hágale usted una entrevista a una estatua ecuestre del Caudillo, si tanto le gusta eso de la piedra, ande, España está llena de estatuas ecuestres del Caudillo, ¿por qué no le hace una y me la trae?, no sé, por las respuestas, las respuestas las saca de los discursos del Caudillo, ya se lo he dicho, Editora Nacional, si es que no leen ustedes nada y luego quieren ser periodistas, total quinientas con descuentos, lo de Galdós, como yo había previsto.

La espiral encerada de la escalera de mi casa, en el barrio de Salamanca, la bella espiral de pasamanos de oro y cera virgen en las viejas tarimas, la espiral/escalera, inestable e inclinada como una torre de Pisa pequeñoburguesa y por dentro, la espiral de tarimas de sol contra las que se habían dejado la matriz desprendida varias generaciones de porteras, golpeando con el pie y una bayeta, por sacar el brillo, la espiral subía hacia mi altillo, se cerraba/encrespaba en torno a mí, ese joven del altillo, no acaba de gustarme ese joven, ¿quién, el del altillo?, claro, quién va a ser, dígame usted, de qué familia es, a qué colegio ha ido, por qué entra y sale tanto, qué va, si se pasa los días en el altillo, bueno, pues por qué se pasa los días en el altillo, yo lo denuncié a la policía, o a mi cuñado, que estuvo en Brunete, puede decirse que las criaditas jóvenes, las primeras doncellas, la que bajaba a por café al Roma, que estaba casi enfrente, y lo subía en equilibrio por la espiral, con mucho temblorcillo de senos, las esbeltísimas muchachas yeguales y erráticas, predestinadas a un porvenir de caminos, canales y puertos, todo ese personal, puede decirse, sí, estaba conmigo, pero las multitudes del astracán, las élites del abrigo de garra, las virilidades glorificadas de quinquenios, la portera que no había, servil como todo el que lleva generaciones viviendo y muriendo de los señores del primero o el principal, toda esta gente oscura, que olía a genciana podrida y perrito calvo y meado, estaban contra mí, no les gustaba nada aquel joven silencioso del altillo, que ni siquiera saludaba (esta guerra vecinal la adivinaba o intuía yo, la olía por los patios interiores, con la lombarda del mediodía, más que nada), ¿pero paga la mensualidad, por lo menos?, pagar sí que paga, pero vaya usted a saber de dónde saca el dinero, porque giros no le vienen, a lo mejor es el oro de Moscú, eso, el oro de Moscú, ¿y cómo se lo mandan?, hombre, no le iban a mandar el oro de Moscú por giro postal, también usted es que es más buena que el pan, y se veía que en lugar de buena habían querido decir tonta.

Antes o después, habría que irse de aquel barrio con olor a dioríssimo y gambas a la plancha, de aquel barrio de polainas y botines y tranvías (los tranvías, quizá, eran también las últimas polainas de Madrid, amarillas).

—Y además, que sube fulanas al altillo.

—¿Fulanas?

—Hombre, supongo.

—¿Pero usted las ha visto?

—No, pero es de natural. Y si no las sube, será que se trata de algo peor.

—¿Es que hay algo peor que las fulanas, mamá?

—Calla, hija, calla, a qué abismos nos lleva un intruso en la casa.

—Yo he visto, la otra noche, detrás de la puerta, una joven como arreglándose la falda

—dijo la portera que no había.

—Era yo, que se me había soltado una media —dijo la hija pequeña y rubio/violín del funcionario aureolado de quinquenios—. Habíamos quedado en el Roma con la panda para tomar un café.

Pero la espiral se emboscaba de silencio y las mirillas giraban, bien engrasadas, como la celada de oro de cada piso, para ver subir o bajar al incómodo joven del altillo.

—¿Se ha propasado con las primeras doncellas?

Hubo un coro más bien decepcionado de primeras doncellas. No, el joven del altillo no

se había propasado. Lo que digo, será un vicioso. Tenía que ser un vicioso, el joven del altillo (o sea yo) porque las primeras doncellas están para propasarse. O un poliformo perverso, dijo el médico de enfermedades leves que vivía en el principal derecha y tenía su consulta en el principal izquierda. ¿Poliverso poli qué? Poliformo perverso.

Hubo un rascarse el alma por todo el inmueble, una comezón en el vecindario, como si los hongos venenosos y las setas malignas estuviesen invadiendo la espiral de cera de oro y pasamanos inclinado con la inclinación justa y bellísima de la Torre de Pisa. O como si una legión de leprosos homosexuales, o de homosexuales con lepra, hubiera violado a los hermosos segundones del médico, del funcionario, de la viuda.

De modo que, antes de que el rentista/casero con polainas de piqué subiese a despedirme por poliformo perverso, por rojo, maoísta, maricón, violador enfurecido e hipógrifo violento y calderoniano, le dejé la mensualidad a la portera que no había y me fui en busca de otro barrio madrileño, de otro olor, de otro planeta de acacias y tranvías donde seguir comiendo con los porteros de casa grande e inventando colaboraciones para los periódicos o las agencias de prensa, azarasas y subterráneas, salvo las nacionales. Barrio que fue el de Argüelles y pensión que fue (altillos no había) la de los portugueses, un mundo manuelino de exiliados de Oliveira Salazar y del mariscal António Oscar Fragoso de Carmona, que salía en los Nodos con mucho plumeraje, exiliados políticos, intelectuales, universitarios, gente que prefería estudiar medicina en Madrid o gente que soñaba largamente, en la soñarra caliente, penumbrosa y hambrienta de la pensión y de Argüelles, con el salto a Brasil, Brasil, la tierra donde yo te conocí, donde mi amor te declaré, donde en tus brazos me entregué, Brasil.

Aquella pensión era el manuelino, una Casa de la Troya en Coimbra, janelas verdes en la imaginación de los exiliados, comida manuelina, ropa manuelina, acento manuelino, fados manuelinos en la radio o en la hora unánime del afeitarse, cuando una Amalia Rodrigues, vista sólo en las portadas de los discos, armonizaba una nostalgia atlántica y apática, que a mí no me decía nada, y flotaba toda ella, mujer de luto natural y pelo, por la casa con perros manuelinos, por la manuelina pobreza de los purés fríos, el whisky falso, el alma ojival y la tristeza de un pueblo que se deja espantar la caza hacia Galicia, de noche, cuando los furtivos galaicos se la roban y matan alegremente.

Tanto manuelino, tanta dulzura, tanta bondad, tanto jarabe en lugar de whisky, tanto jarabe en lugar de rebeldía y lucha, la verdad es que le estragaban a uno el apetito para comerse aquellas hojas de árbol empanadas, así que me quedé muy delgado, pese a los bocadillos vespertinos de Olga, una criada extremeña del barrio que no se llamaba Olga, naturalmente, se parecía a Carmen Sevilla en jovencita y me metía mano en el cercano parque del Oeste.

—Pero qué flaco estás, hijo. Nunca me había gustado a mí un hombre flaco.

Me puse malo de delgadez, lujurias de la Olga y hojas de árbol empanadas, y el portugués que estudiaba para médico venía todos los atardeceres a la cama, con el patrón manuelino, y me daba friegas en la espalda desnuda, friegas de whisky bueno, chivas y esas cosas, que el whisky lo tenían para las friegas y a la hora del whisky bebían jarabe. Escribí poco, aquella temporada, por miedo de haber perdido garra, como se decía entonces, estilo, fuerza. Por miedo de que me saliese manuelino.

Y me repetía yo, en aquella pensión de Argüelles por la que transitaba, repartida eucarísticamente en retales de saudade, el ánima de Amalia Rodrigues, lo que Eugenio d'Ors escribiera de Valle-Inclán: que toda la estética personal, indumentaria, de Valle, no era sino una prolongación de la estética convencional y colegial del estudiante de Santiago de Compostela.

Uno, dándole siempre vueltas a sus escritores en la cabeza. A mí esto de D'Ors me parecía, ahora, un reduccionismo. No tanto que D'Ors, naturalmente, no comulgase en el esteticismo astroso y dandy del gallego, como que le molestaba el protagonismo de éste en la vida madrileña, cuando el protagonista pretendía ser él, imponiendo un

apolineísmo mediterráneo y novecentista al revuelto y caliente Madrid.

Los escritores, aquí, se han pasado la vida devorándose unos a otros, como tiburones, y yo no quería entrar en esa devoración, pero sabía que, antes o después, tendría que entrar, porque a lo que no iba a renunciar era a mi vocación de escritor, que no era una vocación, sino que era yo mismo. Se suponía que el modelo Compostela era el modelo Coimbra, y que, por lo tanto (siempre en versión implícita y dorsiana del D'Ors expulsado de su Cataluña original: realmente era de Cuba o así, con todo el atalaje de bien plantadas, Gualbas de mil voces, Lidias de Cadaqués y Sijés de las islas griegas), y que por lo tanto Valle-Inclán era —según Juan Ramón Jiménez dijese de Antonio Machado— «un poeta un tanto aportuguesado». No está claro, en España, lo que Galicia le debe a Portugal ni lo que Portugal le debe a Galicia (quizá esté claro que los gallegos son astutos y los portugueses cándidos), pero en aquella pensión manuelina de Argüelles aprendí, mucho antes de visitar Portugal, que el manuelismo y el amalismo (de Amalia Rodrigues) eran el lastre sentimental de ese pueblo paredaño.

Por entonces, el pueblo paredaño había reforzado su dictadura con la dictadura de El Pardo, y se hablaba mucho, en los Nodos y en los editoriales de prensa, del Bloque Ibérico, que era una cosa que se había hecho como para defender en bloque las esencias peninsulares, pero que a los españoles no nos emocionaba nada, y supongo que a los portugueses tampoco. Uno, en sus casas de pensión, se limitaba a leer a Teixeira de Pacoaes, Fernando Pessoa y otros poetas de la modernidad portuguesa, comprobando cómo, cual dijera Nebrija, la lengua es compañera del Imperio y, como ni nosotros ni ellos teníamos ya Imperio para defender la lengua (España libraba por entonces la guerra de Ifni, enviando a Carmen Sevilla para enardecer patrióticamente a los soldados, que por cierto se la quisieron tirar sobre la marcha), ocurría que nuestros poetas —incluso un genio tan personal y ubicuo como Pessoa— no eran sino un eco pálido de los grandes movimientos europeos de vanguardia (vanguardias que a su vez las reiterativas guerras mundiales habían mandado, en Europa, a tomar por retambufa, por más que Marinetti cantase el fascismo y Apollinaire el liberalismo francés). Con lo que vino Sartre y se sacó el *engagement*.

El *engagement* de mis cincuenta provincianos —ahora estábamos en los sesenta y en Madrid— no era sino el cabreo humanístico de un gran escritor francés contra el poco caso que los políticos, los militares y el personal nos hacían a los escritores. Aleixandre decía en España, no lejos de mi casa de huéspedes manuelina, que la poesía es comunicación, y Sartre decía en París, sentadito en las rodillas de Simone de Beauvoir, en los cafés, que el hombre es un compromiso burgués, sustituyendo el compromiso burgués por el revolucionario, en el cual el escritor, el intelectual, resultó igualmente inútil y sobrante.

Lo poco que escribía, en aquella pensión manuelina que podía amanerarme o manuelizarme el estilo —no sé qué hubiera sido peor—, lo escribía a mano, que máquina no tenía, y luego me iba a la academia Santa Bárbara, en la calle de Fuencarral, cerca del Tribunal de Cuentas, academia en la que estaba vagamente matriculado en mecanografía, y en la que, aparte detentar (ostentar sin derecho) una vieja máquina Underwood durante una hora (lo suficiente para pasar mis originales a máquina), robaba los folios El Galgo y el papel de calco, pues entonces yo sacaba copia de los bocetos de libro que iba escribiendo, como parece natural.

Nunca pagué nada en la academia Santa Bárbara, y que Dios y santa Bárbara me perdonen. Iba hasta allí en el Metro de Tribunal, que siempre ha sido un Metro entrañable y como hogareño, y la convivencia con aquellos opositores, con aquellas chicas que iban para taquimecas, como la que va para estrella de Hollywood (hasta me salió alguna novia, a la que había que acompañar a sus lejanos Carabancheles en un tranvía de trayecto arriesgado), aquella convivencia con opositores a bancos y juventud menestral me convertía por un rato en el joven sencillo, opositor y bailón que ellos eran,

y esto me llenaba de las saludes del pueblo.

Pero volvía a salir del Metro, en Argüelles, después de los transbordos correspondientes, o dejaba el tranvía de vuelta, tan oreado de barrios viejos y nuevos, como un tranvía que cruzase las civilizaciones y las culturas de Toynbee, al que yo leía mucho por entonces, de prestado o de robado (un poco mecánica su teoría de la expansión-plenitud-decadencia, respecto de los imperios), y lo dejaba también en Argüelles (aquel Argüelles de los primeros sesenta, reventón de flores en la nerudiana casa de las flores), con olor encerado a manuelino en la pensión, a la hora de la cena, cuando yo me quedaba tirado en cualquier parte, de sobremesa, y los oía hablar, horas y horas, mientras bebían jarabe (ya he dicho que el buen whisky de las colonias o del comercio con el Inglés era sólo para las fricciones catarrales), comprendiendo que eran los saudadosos no sólo de un Portugal dictador, sino los saudadosos de un Imperio, de unas navegaciones, de un Camoes, de un pasado, y la criada, también portuguesa, entraba y salía, convertida por la penumbra en una Amalia Rodrigues fregona, cuyos fados nos llegaban desde la cocina, envilecidos de fregoteo y transistor.

Un pueblo que bebe jarabe y guarda el whisky para las afecciones catarrales es un pueblo al que ya no se le arregla en la Historia.

* * *

Madrid eran las escobas más altas que los niños que barrían con ellas. Madrid —año sesenta— era el jardincillo esparcido, como rompecabezas verde, fragmentado, entre las tejas de viejos alfares que ya no existían. Madrid eran los que se bañaban en la playa de Madrid, vana y pretenciosa Invención del alcalde sempiterno, conde de Mayalde, a quien un día me tocó hacer una entrevista. El conde se había presentado una mañana en la alcaldía sin desayunar. Le subieron el desayuno de un bar de Mayor, cercano a la Casa de la Villa, y a partir de entonces, durante años, el hombre del bar pasaba todos los meses factura (que se le abonaba, naturalmente) por los desayunos del señor alcalde (unos treinta al mes), si bien el señor alcalde nunca había vuelto a desayunar fuera de casa. Una tarde el fotógrafo Leal (ya muerto, como Basabe) y yo nos fuimos en un coche a la finca/dehesa del conde y su mujer, que era criatura un poco hombruna, siempre de zajones y caballo.

Me dieron la paliza explicándome todo lo del campo y el toro, que a mí me la traía bastante floja, casi tanto como los mismos e ilustres camperos; Leal hizo muchas fotos (era un gran profesional), y tuvimos un rato de chimenea campestre, porque era el invierno soleado de Castilla.

Mayalde fue el virrey madrileño de los sesenta y tuvo Madrid abandonado, terroso y feo.

Mayalde hizo una playa de Madrid, como venía diciendo (y no sé si lo he contado ya en estas *Memorias/Trilogía* o lo volveré a contar), que era un buche de agua entre dos presas provisionales, con todo un tenderete provinciano de islitas, palmentas y manigüitas, como unas Bahamas horteras.

Allí iba yo algunos domingos por la mañana, con mis compañeros de pensión, a ligar dependientas. Cuando podíamos, nos colábamos en el cercano parque Sindical o charca del pobre, gran realización del Régimen donde todo el *lumpenproletariat* madrileño se lavaba los pies, que eran, según hubiera escrito Miguel Hernández, si le hubiesen dejado vida para entonces, «un olor de herramientas y de manos».

Con las niñas del parque Sindical se ligaba menos porque iban en familia, y el proletariado, en casa, es muy conservador, aunque luego, echado a la calle, contra Napoleón o contra Franco, sea el pueblo más revolucionario del mundo.

Mayalde —ay— no era Napoleón, ni siquiera Franco.

Madrid era el lañador con sus lañas, sus orinales, su bicicleta y su pregón. Madrid eran las terrazas de los cafés, de febrero a octubre, ciudad partida en dos: los que trabajan y los que se sientan a mirar. Madrid era el asno de Apuleyo cargado de botijos de barro,

del mismo barro del cual Dios dicen que hizo al primer hombre. Por eso el botijo, si uno se fija, dura justo lo que la vida del dueño.

Cuando un madrileño moría, el perro aullaba en su tumba, el botijo se hacía cachos (tanto va el botijo a la fuente: y los botijos son más duraderos que los cántaros: quizá porque el botijo es fiel al hombre fiel, y el cántaro es fiel a la mujer infiel, quebradiza).

Madrid era ver pasar el tren por Entrevías, con los chabolistas y las palomas negras de carbonilla, un poco como las palomas de Londres, pardas de *smog* (en otro tiempo). En Entrevías tenían unas palomas tradeunionistas, que aún Marcelino Camacho no se había sacado (de la cárcel, como un Gramsci de fresadora) Comisiones Obreras. Madrid era Felipe III haciéndose sus justas de bronce, con el sol, en la plaza Mayor, y Felipe III era, sobre todo, la manera que tenían los turistas de confundirle con Felipe IV, que está en la plaza de Oriente, plaza monárquica donde más que nada han vivido republicanos, de Azaña a Bergamín. Madrid era el despacho de billetes de la plaza de las Ventas, cuando no había billetes ni despacho ni ventas, ni Ventas, ni toros ni nada, porque era invierno.

Madrid era, sobre todo, ese porrón de vino a través del que se veía Madrid, rojo de vino, un Madrid vináceo, cuando a uno, habitante ya de la periferia y las verbenas, le hacían beber en porrón. Claro que Madrid era también no saber la diferencia entre smoking, chaqué y frac, pero la primera vez que vi claro —oscuro— Madrid, e incluso concebí estas *Memorias* trilógicas con un cuarto de siglo de anticipación, fue cuando vi Madrid, circularizado y ventrón, vináceo, a través de la lupa gorda y popular de un porrón de Valdepeñas.

Bebiendo en porrón en el atardecer de las verbenas comprendí de pronto el problema del socialrealismo literario, que era lo que se llevaba en el año sesenta. Los socialrealistas, que bebían mucho en porrón, por hacer obrerismo, nunca habían tenido la intuición de mirar Madrid a través del telo de vino que queda en el culo grueso y como granulado del porrón.

Quiere uno decir, más o menos, que literatura es ver las cosas a través de otra cosa.

Literatura es ver las cosas a través de un vino.

El vino de la inspiración, el vino de la imaginación, el vino de la memoria, cuando menos (que es el que a mí me embriaga ahora, siquiera sea la memoria lírica o forma/límite de la memoria, que llamamos ya imaginación).

Los socialrealistas. López-Pacheco. Hacían la novela de la mina, pero ahí está la mina, que siempre es mejor, como Antoñito López pinta la botella de vino, con técnica de Velázquez, más el lirismo que no tenía Velázquez, en la casa como de pueblo que ha conseguido montarse al norte de Madrid (muchos tapetes de hule a cuadros). Pero, luego, Antoñito vuelve a la botella y descubre que siempre es mejor que el cuadro, tiene más calidades, y me lo dice o decía por aquellos entonces:

—Mira, Umbral, siempre hay más cosas en la botella.

Esto plantea nada menos que el problema de la validez del arte. Si la realidad es siempre superior al realismo, sólo queda el cinismo de tío Oscar —«la niebla sólo cae sobre el Támesis desde que lo dijeron los lakistas»—, o el arte/arte que ya no quiere imitar/superar la naturaleza. Los socialrealistas, siendo tan rojos, habían caído en el vicio burgués de imitar la naturaleza para tenerla en casa —cuadros y libros—, que siempre es más cómodo. La novela de la fábrica. Ahí está la fábrica, que de todos modos resulta mejor y más convincente. Si lo que querían era dar testimonio, el testimonio lo da mejor un informe macroeconómico.

El socialrealismo no era revolucionario, sino solamente antifranquista y notarial. Para arrojar al rostro de la dictadura una realidad agresiva tendrían que haber visto esa realidad modificada por el color violáceo de un porrón de vino, como yo veía Madrid. El porrón me enseñó que yo nunca iba a ser socialrealista, lo que me valdría, a su vez, que en los cafés literarios me llamasen señorito, y también en algunos periódicos de

provincias, que viene a ser la misma cosa provinciana. Cela no hace socialrealismo, porque Cela es un escritor de estilo.

Cela aplicaba a palabras como «culo» o «cojones» el mismo tratamiento que Rubén había aplicado a «nenúfar». Era un modernista, un estilista. El estilismo no está en las palabras, sino en la manera de usarlas. Por eso Cela no procede del desvencijado Baroja (aunque él lo dijese para borrar sus huellas), sino del acendrado Valle. Delibes (de cuyo periódico románico/romántico había huido yo hacia la peripecia madrileña) tampoco era socialrealista, por las mismas razones. Yo no tenía muy claro a quién admiraba o seguía Miguel, pues que tampoco él lo decía claro, ni se deduce de su obra, pero el estilo manda en él más que nada, y eso lo descalifica como socialrealista, pese a los temas, y le califica como gran escritor de asuntos y prosas.

El que había conseguido la síntesis estilo/asunto, prosa/compromiso (todavía decíamos *engagement*, de las lecturas de Sartre), era Ignacio Aldecoa, que se estaba en los bares con buen whisky, o en casa de Domingo Dominguín, haciendo un humor lento y doliente, de chico rojo del SEU (yo le había leído las primeras cosas en *Juventud* y *El Español*, de Juan Aparicio, aparte una revista campamental que hicieron en las milicias universitarias). Ignacio (le tuteo porque fui contertulio suyo, e incluso amigo, en Madrid, Valladolid e Ibiza) tenía un flequillo caído que le dejaba siempre un poco colegial, como el chico de Vitoria que no había salido foralista, sino socialista.

Ignacio tenía la sonrisa amarga y partida, el escepticismo del que cuenta ya con su muerte (escepticismo que los mezquinos atribuían a la mezquindad —falsa— de su éxito sólo relativo o minoritario) y el whisky lento, sabio y elocuente.

Me habían enceguecido sus prosas de aquellas revistas, sus libros de cuentos, *Víspera del silencio* (de donde quizá salió *Tiempo de silencio*), su síntesis conseguida, al fin, mejor incluso que en los italianos, entre la denuncia social y la *calité/calité*, como un Baroja que supiera escribir, sin caer jamás en el ciclostil retórico. (Como un Baroja que hubiese leído y estudiado a Hemingway, cosa que, naturalmente, no había hecho Baroja.) Ignacio Aldecoa sí había mirado Madrid, primero a través de un porrón de vino —Madrid cárdeno— y luego a través de un vaso de whisky: Madrid de oro tostado y falso.

Ignacio era un escritor.

De entre los cuentistas de la generación de Aldecoa (aunque fuese mayor en años), se me entresaca Meliano Peraile, con el pelo siempre blanco y en caracolillo de futbolista sobre la frente (jugaba al fútbol con sus hijos, los domingos por la mañana), la pipa de escritor británico pobre de las trade unions, y sus artes de practicante (me puso algunas inyecciones para la vista, haciéndome mucho daño) y profesor de literatura. Meliano estaba entre el estilismo y el marxismo.

Había sido miliciano o cabo o algo, en el ejército de la República, y me enseñaba fotos de aquello. A su lado casi siempre había una sombra femenina, dulce, callada y como esproncediana.

Meliano se iba algunas mañanas a Teide (él entendía bien el escepticismo liberal y monárquico de González-Ruano) y se sentaba en la mesa de enfrente, a escribir sus cuentos. César escribía muy de prisa y Meliano muy despacio (esto no sé si lo tengo contado ya en otra parte), pero yo creo que a la postre era igual: la literatura tiene o no tiene su velocidad interior, su tempo, más que su tiempo, independientemente de los minutos o las horas en que haya sido escrito cada folio.

En cualquier caso, de prisa o despacio, la literatura no conduce a nada.

Alguna vez me paré a reflexionar sobre la facilidad del uno y la dificultad del otro. Ambas cosas venían a ser la misma.

Eran dos estilistas y, cuando se es un estilista, el tiempo se riza en la pluma, de prisa o despacio, hace sus aljamías y se va.

El estilismo es el gran onanismo literario y no creo que se haya inventado nada más

eficaz para pasar el rato, para pasar la vida.

El estilismo es el eterno solfeo de la literatura, algo así como si Rubinstein se hubiera quedado para siempre en el solfeo, llegando a ser un virtuoso genial del solfeo.

Estoy seguro que Rubinstein, sin necesidad de aprenderse a Chopin, habría podido meter todo Chopin, todo Beethoven y, por supuesto, todos los románticos, en un rato de solfeo, porque el intérprete genial genializa lo que hace.

Cuando toca (tocaba) Rubinstein, da igual que sea Chopin lo que suena, o que sea el solfeo y otros dorremifás. Literatura es eso, iba viendo yo: meterlo todo en la fórmula más sencilla (el artículo, por ejemplo), hasta exasperar la fórmula, hacerla saltar, convertirla en otra cosa.

El artículo o el relato corto.

Quiere decirse que en arte no hay más que intérpretes. En arte no hay creadores. Los colores estaban ahí, el idioma o la música son creaciones colectivas y anónimas. El creador más radicalmente creador no es sino un intérprete afortunado, un virtuoso del instrumento que le esperaba: paleta, música o idioma.

Beethoven es el gran intérprete de la música (en otro tiempo habría que haberlo escrito con mayúscula). Lo que toca Beethoven no es el piano, sino la música, arpa intangible que nos ha legado el misterio.

Lo que pulsa Quevedo no son sus temas, sino ese instrumento, ese arstón enorme y delicado que es el castellano.

Y lo mismo Valle, a quien yo había entrevistado en el Ateneo.

Y tantos otros.

Meliano o César, que eran los que tenía delante.

Berceo, Balzac, Galdós, Baroja, escriben mal, no pulsan el idioma ni son pulsados por él. Interesan como sociólogos, psicólogos o historiadores. Gustan a quienes no gustan de la literatura. No tienen un instrumento.

Algunas de estas cosas le había dicho yo, quizá peor dichas, a don Benito Pérez Galdós, en mi entrevista a su estatua de piedra, levantada en el Retiro por Victorio Macho.

Quizá la distinción esté en que romántico, desde Homero, es el que tiene un instrumento, y clásico el que sólo tiene una preceptiva. (Fuera de esto, sólo quedan las tinieblas exteriores, la documentación y el barullo, entre los que se incluye el galdobarojianismo.) Los socialrealistas no tenían un instrumento.

Quiero decir que los socialrealistas habían despreciado el idioma (porque el idioma los despreciaba a ellos, naturalmente), y entonces se puso de moda escribir mal, como si eso fuera más revolucionario. Pero Marx, Engels y Maiakovski escriben bien.

Todas las revoluciones las han propiciado grandes estilistas, como Voltaire.

Meliano Peraile no era Ignacio Aldecoa, sino el Ignacio *otro*, porque casi todos somos dúplices por fuera, aparte de ser múltiples por dentro. O quizá lo he formulado mal y Aldecoa era el Meliano *otro*. Hoy, un cuarto de siglo más tarde, viene a dar igual.

Hacia las dos, cuando César enroscaba la pluma, se metía las cuartillas en el bolsillo y pedía un taxi, Meliano cerraba también su pupitre del bar/sotanillo y nos íbamos él y yo u coger el tranvía, que paraba un poco más abajo.

* * *

Como era ya mucha saudade y las entrevistas a las estatuas no daban para trasladarse al Ritz, me fui adentrando en las profundidades de Argüelles, calles como Fernández de los Ríos, punzón Este/Oeste, que arranca en lo verde de la Universitaria (o a la inversa) y muere en el revuelto y caliente Chamberí.

La nueva pensión era, mayormente, un antro de homosexuales porteños, nacionales, locales, autóctonos y exóticos, todos de gafas negras y torso desnudo, hasta aquel don Fernando que se metía en mi cama cuando yo no estaba, a leer, y me lo encontraba cuando llegaba destrozado de la calle.

Iba yo a la cocina a decírselo al patrón:

—Que don Fernando ha vuelto a meterse en mi cama.

—Don Fernando paga puntual.

—Yo también.

—Entonces es cosa de ustedes.

Y en este plan.

Había los homosexuales viejos, que trataban de cercarme a mí, y había los homosexuales jóvenes, casi adolescentes, que hacían sus reuniones de media tarde, con poleo y yerbas Hipantes, trayendo cada uno —venían muchos invitados— su perrito tranvía, asqueroso y también un poco maricón.

Mi única salida era bajarme a un cine de sesión continua y programa doble, a pasar la tarde, hasta que se fuese toda aquella gente nauseabunda. Eran tan finos que me daban asco.

La homosexualidad, por mucha literatura que se le haya puesto alrededor, a mí siempre me ha oído a mierda, y contra eso no hay nada que hacer. Lo decía André Bretón: «Persia, siempre Persia. El gran error es el error griego.»

Y, a lo mejor, en el error griego incluía el vicio griego, que ha gozado del celestinaje cultural desde Platón a Erasmo, desde Montaigne a André Gide, pero que a mí me parece que queda mejor sin celestinaje, como en Genet o Cernuda. La homosexualidad es un menester que obliga a dar el culo, de modo que lo menos que puede hacerse es dar también la cara.

Así las cosas, digo que a mí me olía como un poco demasiado a mierda aquella pensión, de modo que huía de las orgías juveniles tanto como de los acosos seniles, y hacía monacato de la habitación/celda que conseguí a lo último del pasillo, espacio solo y vertical para mí solo.

Como ya creo haber contado en otros libros, allí escribía reportajes para *Vida Mundial*, de Manuel Cerezales, sordo, inteligente y cristiano, y críticas de poesía para *Poesía Española*, del insustituible e inolvidable José García Nieto. Primero me pensaba mucho las cosas, luego las escribía a mano —despacito y buena letra, don Antonio, que el hacer bien las cosas importa más que hacerlas— y por la tarde me iba a la academia Santa Bárbara, en la calle de Fuencarral, para ponerlo todo a máquina, robando máquina, folios y calcos.

También escribía algún cuento lento, demorado, estático, una mera construcción verbal, para mi futuro libro de relatos *Tamouré*, o bien un cuento dialogado, rápido, poético, entre gentes sencillas y líricas, a lo Saroyan, que por entonces aún era moda en España. A mi monacato —los vicios que uno no practica pueden convertirle a uno en virtuoso, cuando no tiene sus propios vicios a mano— venía a verme la hija del patrón, Inesita, que era una chica ni guapa ni fea, que debía de estudiar en alguna academia de cultura general, y de la que a mí me gustaban las piernas reborondas y desnudas, más que otra cosa.

—Anda, déjame un libro, tú que tienes tantos —me decía Inesita.

—Bueno, tengo veinte o veinticinco.

—La biblioteca esa que quemaron, hijo.

—¿La de Alejandría?

—Sí, la que fuese.

Y tomaba un libro cualquiera de mi anaquel (el pequeño paquete que me acompañaba de pensión en pensión), se sentaba en la cama y se ponía a leer.

El sol del ventano daba en sus rodillas puras, blancas, eucarísticas, como dos hostias de bulto, y yo, sentado en la silla, en la única silla que tenía, le miraba las rodillas y me decía que no me habría costado nada besar a aquella criatura en las rodillas, lo que sin duda la habría sorprendido, pasando luego a besar sus labios y hasta su pelo. Las mujeres están acostumbradas a que el hombre discurra por ellas de arriba abajo, de

modo que la trayectoria de abajo arriba, que yo he seguido mucho, las desconcierta, las halaga o, por lo menos, vuelve del revés su sistema erótico y, con eso, su sistema moral. Está todo hecho.

Pero me había propuesto cumplir mi monacato de prosa y poesía cada día, en medio de las orgías de mierda de aquella casa. El amor sáfico, el amor entre mujeres, nos fascina y desconcierta a los hombres, porque le sacamos puntas estéticas y porque la mierda no entra en eso para nada. Pero el amor entre hombres, cosa igualmente legítima, huele a mierda, qué le vamos a hacer, y de ahí le viene un humorismo rudo de calendario.

En aquella orgía perpetua de homosexuales demasiado jóvenes o demasiado viejos, todos como ángeles con las alas lastradas de mierda, Inesita y yo éramos como el refugio de la virtud, la virgen necia de rodillas purísimas y el escritor ascético de mesa de pino (el «pino cuadrado», dijo el redicho de Calderón), que nos habíamos reunido en el monacato de aquella celda final por huir de todo. Nunca le rocé a Inesita ni una de sus fieles rodillas.

Y tenía dos.

El arroyo Abroñigal, todo de planetarios y hogueras, era la media elipse de barro que recorría Madrid de Sur a Norte, curvándose blandamente por el Este, cerca del cementerio de la Almudena, por donde la plaza de toros, el sanatorio de los toreros y las cuevas de los gitanos.

Sacromonte madrileño de uralita yanqui de Torrejón, que la uralita es de los March, pero la fórmula debe venir de USA o así, cueva de momias, cromañones de cada mañana, que nos quitábamos las vendas del sueño para salir a conquistar el hambre de cada día, sitio a donde yo fui a parar tras la expulsión de Argüelles, movida por los manuelinos, los maricones y los cobradores de letras de banco.

Porque en lo que yo había reparado es en que el movimiento continuo de Madrid, tres millones de zascandiles por entonces, es un movimiento centrífugo, y quizá esto se veía mejor que nada en los tranvías, que iban cangiloneando gente del centro a la periferia.

Madrid desaloja al que no vale, al que no sirve, al que no marcha. Madrid es ciudad darwiniana que selecciona al más apto o al más cabrón, y contra eso no hay nada que hacer. Los demás nos íbamos yendo, en tranvía, en Metro o a pie, hacia las paredes de la cartografía, contra los límites municipales, hasta topar con las tapias del cementerio o con las cuevas del arroyo Abroñigal, que no llevaba nada de agua —hubiera sido un escándalo, el agua, entre aquella gente acuñada en la ética/ascética de la miseria, como un río con pepitas de oro—, y que era como el Cañón del Colorado de lo madrileño, con los traperos como cherokees, en lo alto de las laderas, y nosotros como magdalenenses, en lo profundo del barro, el polvo, el fuego y los gallineros. Yo me levantaba temprano, cogía el tranvía y me iba a la estación del Norte, que estaba fría y con olor a churro envenenado, a recoger el paquete de *El Norte de Castilla*, periódico que luego repartía en tranvía por los quioscos del centro.

Bueno, lo convenido era que lo repartiese otro, pero en los momentos malos, como aquel del arroyo Abroñigal, lo recogía y repartía yo mismo, por quedarme con el veriderón que mandaban al mes y firmando un recibo en falso. Lo que me daban por las colaboraciones era una mierda que no permitía otra cosa, y las entrevistas a las estatuas sólo se vendían a las revistas literarias, por su propia naturaleza. Las revistas literarias ya se sabe que no pagan, como su nombre indica. Desde entonces hasta hoy, y ha pasado como un cuarto de siglo, he decidido que les pueden ir dando mucho por rasca a las revistas literarias, que son las leproserías del que sólo se cobra en una vanidad de radio corto. Por lo que se refiere a las de la resistencia, como ya he dicho, ni siquiera giraban la mirilla de latón dorado para decirme que no. Se conoce que había que tener un carnet o algo.

No te jode.

Pero yo vivía en el arroyo Abroñigal, con los gitanos y los cromañones, y ellos, los de la resistencia oficial tolerada, estaban cada noche en Oliver, con Flor, la marquesa (apócrifa) de las Landas del Guadalaviar, abarraganada con un ministro de El Pardo que tenía la mujer, o sea la legal, con las dos tetas cancerosas, llenándose el hígado de whisky hasta tenerlo reventón.

Yo esperaba que se fuesen muriendo de mear whisky chivas para ser yo la oposición. Y lo más curioso es que llegó el momento, siglos más tarde.

El arroyo Abroñigal despertaba temprano, del mismo ruido de los tranvías y el Metro. Los tranvías nos pasaban por la cabeza, peinándonos el último sueño (como luego en el Manzanares), y el Metro nos pasaba por el duodeno, dándonos ganas de hacer una necesidad, para lo cual no había sino salir a la luz de percal de aquel verano, acuclillarse junto a una piedra y exonerar el vientre frente a una cabra de tribu que en seguida venía a examinarnos, doctoral y erudita, como si la especie rara y a extinguir fuésemos nosotros y no ella. (A extinguir por los cantazos de los niños.)

Se publicaba todos los domingos un cuento en el periódico de Valladolid. Mandé un cuento muy bueno, «La excursión», en mi peor momento, y se me devolvió. Se conoce que lo mío era repartir periódicos.

Una vez metido en tarea, el arroyo Abroñigal ponía todos los niños a cagar, todas las niñas a hacer pis contra la caliza (las niñas hacen un dulce y violento pis de estatua danesa, aunque sean pobres), todas las mujeres a lavar la ropa en calderos y todos los hombres a buscarse la vida por Madrid, subiendo las rampas del arroyo, hasta el asfalto, a gatas y como podían.

Una vez metido en tarea, el arroyo Abroñigal ponía a todos los viejos al sol, para que les diese el sol en la perlesía, y algunos iban durando mucho, que se conoce que el sol les sentaba para la perlesía, mientras que las viejas no. Las viejas llevaban mejor sus perlesías, cánceres y cosas, como de jóvenes, que la mujer es bestia más sufrida y amantísima.

El arroyo Abroñigal, por aquella parte de las Ventas del Espíritu Santo, tenía tres fiestas mayores en su calendario no escrito ni colgado de ninguna cocina, que no había cocina, a lo más infiernillos, como el mío, que un día lo llevé a empeñar, por el hambre, luego lo contaré, quizá.

Estas tres fiestas eran los entierros, los toros y las verbenas. Como se ve, y al igual que en los tristes trópicos de cualquier bujarrón francés, por ejemplo Lévi-Strauss, que por entonces aún no había llegado aquí, ni mucho menos, como se ve, digo, cualquier comunidad primitiva es muy poco primitiva, y se ajusta al eterno retomo del tiempo que vuelve siempre para nada: los entierros eran fiesta cotidiana, los toros (en la inmediata plaza Monumental de las Ventas) eran fiesta de temporada y las verbenas no eran sino la prolongación folklórica de lo uno y lo otro, como dice un escritor checo que él idioma, cuando se queda sin contenido, se toma folklore. Los entierros de niños pequeños venían muy de mañana, como en un carrito de helados pintado de blanco, como si el niño estuviese haciendo una primera comunión sobre ruedas y comiéndose un helado de vainilla, que son los más de derechas, dentro de la caja. Los entierros importantes pasaban a mediodía, con todo el solazo, con el calor poniendo un Egipto de ladrillo en la solemnidad, faraonizando un poco al muerto, o pasaban a primera hora de la tarde, hacia las cinco, con una lentitud verde y fresca del que sabe que se va a su casona solariega para toda la vida, y les da a los pobres del arroyo Abroñigal una última lección de compostura, de saber estar, de saber morir.

Los entierros eran un espectáculo como de pueblo, que avillanaban un poco la Villa, sólo que en los pueblos se ve pasar pequeños terratenientes, señorucos que se han quedado tiesos jugando al chámelo o caciques de la Virgen, y allí, en las Ventas del Espíritu Santo, veíamos pasar generales, marquesonas y hasta ministros de El Pardo.

Los niños y las mujeres gateaban por las cuestas velozmente, para ver el entierro. Hasta las viejas gateaban con las uñas o con una cachava, con esa cosa de brujas que tienen las viejas madrileñas desde Goya.

A los viejos, en cambio, los viejos de la perlesía, había que subirlos entre varios, con silla y todo, para que vieran el entierro, aunque, una vez arriba, disfrutaban butaca de primera fila, pues la butaca la llevaban incorporada (una vieja silla de enea o un beato sillón frailerero de alguna mudanza) y la primera fila se les cedía de natural.

Las familias más previsoras subían al viejo en brazos, desde temprano, y un niño tiraba de la silla. Allá arriba dejaban al perlésico, laminado de tranvías, para que se enterase de todo y no diera guerra.

—Arriba está el abuelo, viendo pasar muertos, que eso distrae mucho.

¿Y qué mayor alegría puede esperar ya un muerto vivo que ver pasar a un muerto muerto? Mayormente, si el muerto era de cuatro motoristas y muchas coronas, que en eso se veía la grandeza del Régimen, el buen rumbo que llevaba todo y cómo El Pardo no se desmelenaba por nada, cayese quien cayese, porque El Pardo no dependía de los hombres vivos o muertos, sino de una inmanencia que no sabíamos bien lo que era. Yo, sentado entre un abuelo perlésico y una niña mongoloide que olía a gladiolo extranjero, la Envidita, me preguntaba cuántos hombres importantes, cuántos prohombres tenía aquel Régimen, o lo que fuese, y si es que nos íbamos a pasar la vida en una cueva de tierra, viendo pasar ministros embalsamados, presidentes de las Cortes y generales.

Los municipales sólo paraban el intenso tráfico de Ventas —hasta los tranvías paraban— para los toros y para los entierros políticos (que los otros entierros, los particulares, iban perdidos entre el tráfago, y el coche del muerto era como un taxi un poco raro, negro, que había perdido su única corona allá por Manuel Becerra o así).

Yo era el que, sentado en el bordillo de la acera de Ventas, frente a la plaza de toros, con Envidita, la niña mongoloide que olía a gladiolo extranjero, había visto pasar las últimas carrozas negras con cuatro caballos y una mano de curas, diciendo un latín de latón aromatizado por la orina de los nobles brutos, devuelto a sus orígenes militares, con los grandes generales y los cabos de la Guardia Civil todos mezclados, emplumerados, despaciosos, y un Voltaire enlutado haciendo de cochero.

Luego, un día, empezó lo de los coches negros, largos, raudos, del Parque Móvil del Ministerio, para los grandes muertos, con el rollito de la bandera española, metálico y desplegado, una muerte urgente, como si el muerto fuera a hacer su última gestión.

Y esto, claro es, acabó con el espectáculo, la honesta diversión del pueblo, el latín de latón, los curas, los generales y los municipales de plumero lento en la tarde, como un ave del paraíso un poco mustia. Ya veíamos pasar la muerte como si fuese la vida.

Los perlésicos y las brujas de Goya dejaron de disfrutar.

Y Envidita, la niña subnormal, con los ojos en las sienas (qué adorable aquella separación) y un olor a gladiolo extranjero, me pedía que le comprase una mirinda, porque tenía sed y se aburría.

* * *

Madrid era el hombre de los ratoncitos mecánicos en la acera, plaza de la Independencia, el último mantón de Manila en las verbenas de la chopera del Retiro, el maniquí viejo en venta, tirado en la acera, media mujer surrealista y sin cabeza, como de Magritte o Max Ernst, Madrid eran las chamarilerías/panaderías, las tapias sin nada que por entonces inspiraban a todos los Tapiés del abstracto entre judaizante y oficializado, Tapiés/tapia, los pantalones que no talaban las canillas, las freidurías de Cuatro Caminos, los poyos que cerraban algunas calles innecesariamente, ya que además solían ser calles/acera, con bordillo a la entrada y a la salida, sin tráfico rodado posible, la estación de Delicias, encartelada de carteles taurinos y nombres de toreros que parecían recibir a los viajeros del tren como si Madrid no fuese más que una gran

corrida monumental y goyesca (a lo mejor lo era), los jubilados que se llenaban de briznas de tabaco las uñas rotas, al liar la picadura, y las posadas que había de la plaza Mayor para abajo, todas en torno a la mítica posada del Peine, de la que se hablará (o no) en esta *Trilogía*, con don José Gutiérrez Solana dentro.

El abstracto. El arte abstracto me parecía la situación límite del arte, el punto de llegada, la terminal de la pintura, desde Altamira hasta el cubismo. El abstracto pintaba la pintura: Pollock y Motherwell en Estados Unidos, De Kooning en Europa, Tápies y Clavé en Barcelona, Viola en Madrid.

Dentro de mi pasión por la pintura, el abstracto me parecía la pintura pura, la pura pintura (seguramente lo es), y el propio Ortega, en sus últimos años madrileños (y de vida), lo había explicado con una pierna de moza de Goya:

—Esto no es una pierna, señores. Esto son unas líneas magistrales y gratuitas. Esto es un blanco lleno de colores.

Ortega, que prenuncia la deshumanización del arte, veía aún más claro, dentro o fuera de su propia claridad, hacia el final de su vida, que el arte siempre ha sido una «deshumanización» (aunque pinte seres humanos), en el sentido en que Leonardo la definió como cosa *mentale*. Tiziano dice que el atardecer es la hora de la pintura. No creo que con esto se refiera solamente a una cuestión técnica de luz, sino precisamente a esa desrealización que la luz einstenianamente deteriorada del atardecer transmite a las cosas.

O sea que pintura sería pintar las cosas cuando son menos ellas.

Y literatura, claro.

Cuando son menos ellas: cuando están en trance de transmutarse por sí mismas (por la luz o la sombra o el tiempo, si es que no es lo mismo) en otra cosa. Escribir, pintar, hacer arte, es sorprender la cosa en su momento metafórico.

Las cosas (las personas) tienen al menos un instante a lo largo del día —el atardecer, según Tiziano— en que son extrañas a sí mismas.

Es cuando el universo comulga con el universo, cuando la transvaloración natural de todos los valores se opera por sí sola.

Había que pintar la entropía y la sinestesia. Más que utilizar la sinestesia escribiendo (traslación de las palpitations de un sentido corporal a otro), sorprender la sinestesia que se opera en las cosas, el tizianismo de la vida.

Eso era el arte abstracto, tan vigente en los sesenta (por voluntad de los marchantes internacionales y porque parecía un arte desideologizado, propio a la distensión política internacional del momento). Eso era el arte abstracto: pintar la ausencia de las cosas, más que las cosas, pintar ese momento, ese vacío que ha dejado la cosa para transformarse circunstancialmente en otra, sin ser aún la otra cosa.

Algunos títulos de Manuel Viola lo expresaban bien: *Cadáver del invierno*, *Hermano del silencio*, etc. ¿Qué hay menos «pintable» que el silencio? El hermano del silencio.

Así había visto yo Madrid, como ya se ha dicho, a través de la lupa vinácea y gorda de un porrón, mientras lo mantenía en alto para beber, en las verbenas: transmutado por un atardecer de vino que hubiese complacido a Tiziano. (Aparte de que estas cosas solían ocurrirme, asimismo, al atardecer, cuando Madrid puebla su cielo de ángeles sucios, vírgenes de estroncio/90 y mitologías comerciales en hierro, efebos y caballos, en la cúpula de sus grandes edificios precatálogo.)

Sí. Mejor que hacer metáforas, sorprender el momento metafórico de las cosas o las personas (en las mujeres es muy visible).

Lo que pasa, en realidad, es que las buenas metáforas son las que responden a un proceso metaforizante del mundo. Si no, todo se queda en ingenio literario. Esto, referido a la idea de Jung del subconsciente como «acontecimiento» interior que pugna por expresarse, significaría que en esa expresión de lo interior y sus acontecimientos, que es la escritura, la escritura misma se torna acontecimiento y acontecer.

Porque expresa el acontecer del mundo (la continua metaforización) y porque «acontece» en un hombre o le convierte en acontecimiento. También y sobre todo, quizá, porque la escritura es acontecimiento en sí misma, es el pasar de los muchos camellos de un idioma, con sus chepas adunadas, por el ojo de la aguja o de la pluma del escritor. O es, a la inversa, el espectáculo de un solo hombre adueñándose de toda la creación milenaria, colectiva e ingente de un idioma, subjetivizándola, como si un solo violín se adueñase de toda la música.

Esto tiene algo que ver con lo que se ha dicho antes sobre el creador como intérprete (de toda la música universal, de todas las lenguas babélicas, de todas las bibliotecas de todas las Alejandrías, e incluso de los hermosos lenguajes del fuego en que ardieron).

Qué lejos, pues, estas cosas, del socialrealismo repetitivo, que al renunciar a la subjetividad (la luz tizianesca del atardecer es la «subjetividad» del mundo), renunciaba a la eficacia.

Y precisamente en nombre de la eficacia.

Era difícil para el artista adolescente recién llegado de provincias, para el joven de escasos medios literarios, luchar con esto y contra lo otro, máxime cuando «lo otro» —teóricamente, torpemente— lo habían secuestrado los intelectuales del franquismo, que se obstinaban en ofrendarle a Franco una cosa que él, con mejor sentido que ellos, rechazaba por innecesaria para su gestión: una filosofía, una versión del mundo.

—El señor de El Pardo, mudo y duro, sabía que los bordados conceptuales para tapices de palacio acaban escondiendo a un traidor con su cuchillo. Mejor cuatro tópicos para soltarlos en la plaza de Oriente, gobernando el país mediante el asambleísmo, que era un despotismo ilustrado de farolas alfonsinas de las que había en esa plaza.

Sánchez Mazas, Laín Entralgo, Foxá, Ridruejo, Tovar, Torrente Ballester, Eugenio d'Ors, una serie de intelectuales conversos, reconversos o avenidos, habían querido darle a la dictadura un poco de historicidad, ya que no juridicidad.

Pero lo que había hecho el general, exactamente, era todo lo contrario, o sea secuestrar la Historia, hacerla inviable, detenerla mientras le durase a él la vida.

El franquismo, iba yo viendo por entonces, era él mismo inviable porque no se inscribía en la Historia, sino que la ponía entre paréntesis. Probablemente, Franco buscó durante todo su mandato, más que una manera de legitimarse ante el pueblo (se consideraba legitimado por la guerra y la Victoria), una manera de insertarse en la Historia.

Esto era paradójico, porque la Historia la había secuestrado él previamente. Él mismo se había puesto entre paréntesis y como tal iba a quedar o desaparecer. Su verdadero mausoleo serían las dos curvas de un paréntesis.

Pero la preocupación de Franco por insertarse en la Historia, ya en vida (no debía confiar mucho en la posteridad), quedaba patente en los diversos intentos que hizo —referéndumes, plebiscitos, seudoleyes— para conferirle juridicidad a lo suyo.

Los analistas extranjeros y algunos españoles tomaban esto como burdos ensayos de mimetismo democrático. Pero Franco no creía en la democracia y la condenaba a diario. En esto era coherente.

Hacia donde iban sus leyes fundamentales y sin fundamento no era hacia el democratismo europeo, sino hacia la Historia.

Por eso se hacía tanto periodismo «histórico» por entonces, que generalmente estaba tomado del Espasa, y por eso, quizá, lejanamente, mis entrevistas inventadas y recreaciones del pasado eran ambigua, pero no hostilmente, recibidas en algunos medios. «Todo es bueno para el convento», dijo el fraile.

Y llevaba al hombro una puta.

Rafael Sánchez Mazas, con gafas gordas y nariz corvina, se estaba en el hotel

Velázquez, calle de Velázquez, escribiendo artículos eruditos y literarios, sobre los griegos o los romanos, para el *ABC*.

Rafael Sánchez Mazas le dijo una vez a Eugenio Montes:

—Con todo el trabajo que te has tomado en fingir una cultura, podrías haberte hecho una cultura de verdad.

Eugenio Montes, en *El viajero y su sombra*, hace la crónica lírica y reaccionaria de la Europa fascista o prefascista, y la hace a favor, naturalmente. Eugenio Montes era como un Voltaire gallego de derechas que, ya en la vejez, vuelto a Madrid, buscaría mi elogio y amistad, sin conseguir una cosa ni otra.

Laín Entralgo estaba en esa trilogía de repetidores que quería hacer de él un Marañón, de Julián Marías un Ortega (mientras Ortega dialogaba en París con las estatuas, como un *clochard* filosófico), y de Aranguren un Unamuno. Pero Aranguren, quizá, era el que menos entraba en el juego, y después de criticar la misa como «una gimnasia litúrgica», hizo lo posible porque le echasen de la cátedra y se fue exiliado a los Estados Unidos.

Agustín de Foxá, el conde de Foxá, diplomático y cornudo, aguantaba bien el vuelo de un artículo, y los hacía muy lujosos, pero se embarullaba en la novela. Su *Madrid de Corte a checa* es un *Ruedo ibérico* de derechas, que decae en seguida (estaba proyectado como trilogía). A Foxá, para escribir *El ruedo ibérico*, seguramente le sobraba un brazo.

Quizá el derecho.

A Dionisio Ridruejo le hacía yo entrevistas en su casa de la calle de Ibiza, agobiado él de estufas y suéters de cuello vuelto, que seguramente le iban bien para el corazón (nunca había sospechado yo, en aquella mi juventud, que el corazón pudiera craquelarse de frío, como una fruta).

Dionisio Ridruejo hizo una poesía correcta, perfecta, deshumana, aunque con voluntad humanista, acogida siempre a las seguridades del soneto (cuando hace verso libre es una calamidad), y este maquinismo/mecanismo de sus versos le lleva a escribir a Gabriel Celaya:

*Al llegar al soneto tres mil trece
la máquina Ridruejo se detiene.*

Le pedí un prólogo para la reedición de mi primer libro, el de Larra, y jamás me lo hizo, me daba largas. Teóricamente, quien estaba más en su rollo político era Tierno Galván, también expulsado de la cátedra, pero Ridruejo me mostraba fotos de prensa de Tierno, fotos que encontraba ridículas, y se burlaba.

Hizo una monumental y arbitraria *Guía de Castilla la Vieja* (en sustitución del proyecto que el editor catalán le había encargado a Cela), y suprimió Valladolid, aunque los dos tomos son monumentales y magistrales. Cobró veinticinco mil pesetas por tomo.

También hizo una finísima traducción del *Cuaderno gris*, de Josep Pía, con ayuda de su mujer, que era catalana. Quizá lo mejor de Ridruejo, visto hoy, sean sus *Cuadernos de Rusia*, cuando estuvo en la División Azul creada por Serrano Suñer y capitaneada por Muñoz Grandes, con Leopoldo Panero y otros poetas y escritores, como el entonces inédito Ydígoras, un boxeador de la literatura que luego conseguiría cierto nombre con *Los hombres crecen bajo la tierra*.

Antonio Tovar, cuya leyenda era que había sido el traductor de Hitler/Franco en la entrevista de Hendaya, aquel fracaso ferroviario del fascismo, se fue luego a la Alemania democrática, de profesor, para tomar de académico. Cuando publiqué mi *Travesía de Madrid*, llena de sexo en libertad, profirió en su crítica de *Gaceta Ilustrada* un puaf de asco. Torrente Ballester estaba en las cafeterías de la Gran Vía, por las mañanas, desayunando como un ciego solitario que lo veía todo, y yo le hacía entrevistas.

Torrente llevaba un carterón negro con los ejercicios corregidos de los chicos del

instituto y, quizá, las comedias y novelas que nadie había entendido en aquella España de Adolfo Torrado y José María Gironella.

Torrente era crítico teatral del *Arriba* y hombre de gran cultura, pero la gloria, o eso que llaman tal, sólo le llegó de viejo.

Hacia la novela realista y cronológica a lo Roger Martin du Gard, hasta que descubrió la imaginación, del mismo modo que yo la había descubierto a través del tello de vino del fondo del porrón, en las verbenas, que me daba un Madrid vináceo, fantástico y eficaz.

Eugenio d'Ors, como creo haber dicho, fue expulsado de Cataluña por robar unas plumas y unos palilleros —u otra cosa de poco momento— en una institución catalana. Se vino a Madrid, pero Madrid estaba tomado por Ortega, y D'Ors tuvo que escribir en *Blanco y Negro*, *El Debate* y sitios así. D'Ors era de derechas por voluntarismo, por un dandismo mal entendido (no había descubierto, o no quería, el dandismo de izquierdas), pero jamás de aquella derecha «jamón» y vaticanista donde escribía.

Madrid nunca entendió a D'Ors, como antes no había entendido a Gabriel Miró. Peor para Madrid en ambos casos.

Que se joda Madrid.

* * *

En Ventas, frente a la plaza de toros, había una báscula municipal donde por las mañanas observaba yo, mientras esperaba el tranvía, un cierto mogollón de fielato, usos y consumos, una cosa municipal de pesaje y mercadería.

Por la tarde, la gran báscula estaba sola, clausurada, quieta, con su aguja, gorda y caligráfica, en posición vertical. Era cuando Envidita, cogida de mi mano (vuelto yo de repartir periódicos, visitar redacciones y entrevistar estatuas, dormido de una buena siesta de sudor y tierra), quería que la pesase en la báscula del fielato, en la báscula municipal, que tenía puestos unos candados grandes y medievales, como los del sepulcro del Cid. Envidita, naturalmente, no veía aquellos candados, y se asombraba de que yo la cogiese en alto, la depositase en la plataforma de tablas de la báscula y la aguja no se moviese.

Primero parecía divertirla el juego, ese no pesar nada, que era como no existir, algo que iba muy bien con su naturaleza inocente, pero luego comprendí que ella llevaba, muy dentro de sus afueras, la conciencia de ser subnormal, y esta no existencia, esta gran báscula que se negaba a pesarla, este quedarse de pronto sin peso específico, mirando para arriba, esperanzada, la aguja ancha e inmóvil, no hacían sino hundirla en la no existencia que realmente era su vida.

Le mostré los candados:

—Mira, la báscula está cerrada. No puede moverse.

Pero no comprendía, le había entrado la aprensión y el miedo. Creía que yo la engañaba.

Lloró de sus ojos de pájaro pérsico, cada ojo en una sien, con aquella adorable distancia de uno al otro, espacio de entrecejo o frente donde estaba toda la pureza de su alma sin peso. La cogí en brazos y la llevé a pesar a una farmacia de Alcalá.

—¿Qué va a ser?

—Pesar a la niña.

—Súbala.

—¿Cuánto hay que meter?

—Una peseta.

Cogí a Envidita en brazos y la puse en la usual báscula farmacéutica.

Ella no se atrevía a subir sola. Tenía miedo del chisme o miedo de no pesar nada. Metí una peseta rubia y Envidita pesó treinta y cinco quilos y medio.

—¿Y eso es mucho?

—Está muy bien para tu edad.

Le compré pastillas de goma con la otra peseta que me quedaba y nos fuimos a pasear por la avenida Donostiarra, cogidos de la mano. Envidita había tomado conciencia, mediante el peso bruto, de su persona.

Lo que los psiquiatras de la infancia no consiguen, mediante altos precios y largos tratamientos, de los niños subnormales, lo había conseguido yo de la mongoidal Envidita mediante una peseta rubia. (Más otra de pastillas de goma.) O sea, eso que Rof Carballo (del que me había hecho casi amigo yendo a hacerle una entrevista a su consulta de la calle de Ayala) llamaba «una pérdida de identidad». Los mongoidales tienen perdida para siempre la identidad. Bueno, también algunos genios del periodismo, de la política y la literatura la tienen perdida para siempre, pero se van defendiendo mediante las mentiras y el medio whisky con mucho hielo. Como no era cosa de darle a Envidita medio whisky con mucho hielo (era el caso de la resistencia intelectual de Oliver, casi todos con la identidad perdida en Carabanchel), yo lo había hecho mucho más fácil: pesándola.

Envidita se lo aprendió para siempre. Ella pesaba treinta y cinco quilos y medio. Al subirse a la plataforma, había visto cómo la báscula de la farmacia, aquel extraño ser con un ojo elíptico que le ocupaba toda la cabeza, hacía girar sus agujas hasta pararse en unos números que ella no sabía leer. Pero, frente a la impasibilidad de la báscula municipal, aquel giro de aguja era para Envidita de toda garantía.

¿Y cómo tomamos los demás conciencia de nuestra identidad, con tanta frecuencia perdida? Pues así, a peso. Uno se siente más uno cuando coge unos quilos. Yo empezaba a ser yo a las nueve en punto de la mañana, cuando el tren expreso me arrojaba el paquete de periódicos a repartir.

El peso grato de una digestión o el peso frío y tirante del trabajo nos devuelven la identidad de nosotros mismos. No funcionamos los llamados normales con mucha más finura de concepto que los subnormales.

Envidita, la niña mongoidal de seis años, era hija de un groseto del arroyo Abroñigal, casado por lo legítimo con una groseta. Tenían otros cuatro niños, pero todos saludables. La Envidita había salido así. En el arroyo había otros mongólicos que —hijos de grosetos, de cromañones, quiquis o gitanos— jugaban todos juntos. Luego explicaré este enredo de razas en la cuenca roja y atroz del arroyo Abroñigal.

Los toros, en la plaza Monumental de las Ventas, empezaban por la primavera y terminaban por el otoño. Eran para nosotros una larga y hermosa temporada. Íbamos de línea secante y humana a la circunferencia neo/neomudéjar de la plaza (por fuera), como los que iban al Bernabéu, también por fuera, a cantar el gol.

Lo que más recuerdo fue una corrida de la Beneficencia o cosa así, corrida goyesca en la que intervino la duquesa de Alba, como rejoneadora, como caballista, como algo, con traje campero. La duquesa de Alba, que un siglo más tarde sería muy amiga mía, y me tendría siempre el agua a punto, a la temperatura justa e incruenta para mi faringitis, no era por entonces sino una mitología en cuatricromía (respétemos la cacofonía, que algo expresa, algo inexpresable) y me gustó verla entrar en la plaza a caballo, vestida de mayoral.

O de caporal, no sé.

Los toros eran para nosotros, los del arroyo Abroñigal, la entrada a los toros, como la ópera era la entrada a la ópera para otros madrileños peatonales, y como el mar es la orilla para los niños que jamás han navegado ni van a navegar, por ejemplo Envidita. Quiere decirse que en un país de castas, en un país feudal y patriarcalista, como España, los ricos son en sí el espectáculo de los pobres, y que al pobre, mucho más que los toros, le interesa y divierte la entrada de los toros, porque hace sociología a ojo y admira/odia/critica lo que está viendo. Cuando la pérdida de las colonias, en el 98, todo Madrid se metió en los toros, en la circunferencia arabigonacional, como en la espiral del caracol, mientras *Aguilerón* (don Alberto Aguilera, hoy con calle, que en

mis sesenta era *boulevard*) le hablaba al pueblo que no había. Bueno, pues aquel público de una tarde del 98 era el mismo que seguía en la plaza, por los siglos de los siglos, y los mismos eran los toreros y hasta los varilargueros, porque en los toros, fiesta sin tiempo que fijó para siempre don Francisco de Goya y Lucientes, en sus tórculos de sombra, lo único que se renueva son los caballos, cuando el personal pide más caballos, y yo he visto un caballo viejo y ciego (además de tuerto por el trapo) correr huyendo del olor a toro y estrellarse contra la barrera circular de la plaza, al otro extremo, dejándose los sesos fuera, y no las tripas, como suelen, y la espuerta de cal ya prevenida, que dijera el afedericado y maravilloso Federico, por epitafio la sangrienta luna, que dijera el otro don Francisco (de Quevedo y Villegas) y que parece que aquí no pega, pero sí que pega, son dos de los más grandes endecasílabos de la literatura española.

Una vez que me colé a los toros, con Envidita de la mano, lo que vimos fue a muchas damas elegantes con sombrero tejano, que era la moda, cuando esperábamos ver muchas toquillas y madroños, y al cura Llanos en un palco, comiéndose un bocata y bebiendo cerveza, bastante aburrido.

Los toros no tienen nada que ver con la realidad de la España real, y por eso son tan españoles. El fútbol es una barbarie que sirve para echar los flatos de la digestión excesiva, o excesivamente mala, pero los toros son la misa mayor y circular de lo español, de la españolidad, una misa donde además se puede llamar cabrón al cura, o sea al torero, sin que pase nada.

Allá por el mil novecientos cuarenta y siete, la afición rugía en Linares llamándole a Manolete ladrón e hijo de puta. A los cinco minutos le cogía *Islero* y le situaba en el terreno imparcial de los muertos, o sea, la espuerta de cal ya prevenida, tanto para Manolete como para Sánchez Mejías como para Lorca (que parece también un torero empitonado por la furia circular del español sentado). Uno, si es un poco consciente, no tiene su edad, sino la edad del siglo, de modo que yo por entonces tenía sesenta años, y no veintitantos, y del siglo *xx* español me lo sabía todo, por no hablar de los anteriores, pero esto no era para explicárselo a Envidita, que, con su alma de gladiolo extranjero, sólo encontraba incomprendible, infernal y temeroso que allí dentro, en la plaza, se asesinase un ángel con cuernos como alas, o sea el toro.

Yo le haría reportajes, por aquellos años, a Antonio Ordóñez, al *Platanito*, al *Cordobés*, que de algo había que ir viviendo y pagando los frecuentes pesajes de Envidita, para que no tuviese una crisis de identidad, pero la verdad es que los toreros me parecían mucho menos inteligentes y mitológicos que los toros. Ordóñez, una vez, en su lejana finca, me llevó a dar de comer a los toros bravos en un caldero, con su hija Belén, entonces una niña, y amé eso que Ortega define como «el lucero que se abre en la pupila de la vaca», y comprendí para siempre que los animales son los depositarios de nuestra infancia y que al toro no se le torea porque sea bravo, sino que es bravo porque se le torea. Así las cosas, más adelante contaré mi amistad con *el Platanito*, hombre más de la mitología suburbana y tranviaria de Vista Alegre que de la gran mitología de las Ventas, de la que don José María de Cossío (bizco, homosexual y con los dientes verdes) me dijo una vez, almorzando en Valentín:

—Mire usted, Umbral, aquí en España, los que somos algo, todos somos una gran familia.

Se decía que él era un bastardo real, cosa que a mí me parecía bien o me daba lo mismo, pero sospecho que estaba justificando su bastardía belfona. A Envidita le aburría aquel jaleo de los toros, con olor a sangre, altramuces y torraos, de modo que volvimos poco.

Las verbenas venían por el ferragosto, claro, con el teatro Chino de Manolita Chen. Manolita Chen era una española teñida que se había casado con un chino viejo y menudo que era algo así como un zapatero de portal de Hong Kong. En el teatro Chino

de Manolita Chen había atracciones, variedades, tiorras de mal gusto, niñas de ombligo virgen, maricones, sarasas, pederastas, travestís, realizadas, modernas, ilusionistas, graciosos y coros y conjuntos, que era lo que más aplaudía el personal, aparte ese número tan fino (el teatro Chino de Manolita Chen siempre tuvo un público distinguido que sabía apreciar lo fino) en que el ilusionista le quitaba la alianza a una honesta casada de la calle de Elfo, vestida de domingo con el traje de la boda, ácido ya de tiempo, haciendo reaparecer el precioso anillo matrimonial, entre la incertidumbre de la pareja y la curiosidad del público, en el interior de una naranja intacta, que cortaba limpiamente con un cuchillo para buscar el oro falso del matrimonio entre la pulpa.

Las verbenas cuando se ponían bien era por la noche, con las churrerías, que siempre dan un humo espeso y barroco, como una alegoría, y los carruseles y el tiro al blanco, donde se pone de manifiesto la buena puntería del español para llevarse por delante otro español (no he encontrado nunca mejor explicación sociológica del guerracivilismo nacional).

Primero las verbenas eran con charanga, los mismos músicos de la plaza de toros, los de las corridas, que tocaban de noche en su sitio, bajo unas bombillas como de cocina, y la plaza de toros estaba abierta al público como una plaza de vecindario, y la gente se paseaba por el ruedo, hacía consumiciones, lo miraba todo y ponía los niños a hacer caca en el graderío, o pis, que lo que más les gustaba a los niños era mear desde el tendido más alto y ver luego cómo el arco leve de su meada caía en cascada y rebote, con bonitos efectos, de unas piedras en otras, salpicando a los verbeneantes. Las niñas, sin estas posibilidades de montar un espectáculo de agua y luz, sin esta capacidad del hombre para la naumaquia, orinaban en cuclillas, detrás de un burladero, como Envidita, y en la noche de la verbena se fraguaban muchos complejos de castración y envidias del pene que Freud no conocería nunca, porque Freud iba más bien poco por las verbenas de Ventas.

Uno que iba mucho, en cambio, a comer gallinejas y tocar la poderosa curvatura a las mozas, era don José Gutiérrez Solana, acompañado de su crítico, exégeta y coleccionista Sánchez-Camargo. Como nadie sabía que el señor Gutiérrez estaba muerto hacía algunos años, y que además era pintor y famoso, el gentío de Vallecas sólo veía en él un caballero simpático, popular, quizá algo arruinado, visitador de los porrones del pueblo, las gallinejas y los bailes de criadas. Era un señor venido a menos, sin duda, pero se veía que el traje había sido bueno, aunque lo llevase un poco gastado. Con él iba, como he dicho, Sánchez-Camargo, con gafas negras y bigotillo y una amable cara de desesperación absoluta. Se veía que era el parásito de don José, como el crítico es siempre el parásito del creador, pero lo llevaba con dignidad.

Años más tarde supe que a Sánchez-Camargo se le habían quemado todos los Solanas y luego dijeron que él se suicidó. Había damas de provincias, periféricas a lo cultural, que le admiraban mucho. Con las visitas de Solana a las verbenas de Ventas hice un par de artículos/reportajes que se vendieron muy bien, ilustrados con cuadros verbeneros del propio Solana, y todos los redactores-jefes me dijeron que había situado con mucha propiedad a don José en la noche agosteña de Ventas, bajo la elipse de la verbena, «como si estuviera vivo».

Yo me abstenía de explicarles que había alternado, efectivamente, con Solana vivo, porque uno lo que quería, claro, era vender el reportaje. Y Solana, ya digo, se vendía bien, porque la teología de El Pardo, mansueta y pálida, necesitaba mucho de un arte violento, popular y moderno al mismo tiempo, por darle al mundo una imagen culturalmente vigorosa. Solana, hombre apolítico o de derechas, había pintado lo popular sin entrar, como Goya, en filosofías de clase o sociedad, de modo que se usaba para todo, junto a don Daniel Vázquez Díaz, que en su chaletito de María de Molina hacía un cubismo aplicado, acartonado y aburrido por el que lo mismo pasaba (todo reducido a cartonaje casi industrial) el hermetismo de Manolete, el indigenismo de

Rubén Darío o el lirismo picassiano de un niño con un pájaro.

Una noche, ya tarde, cuando Envidita se había ido a dormir y la feria había echado sus lonas sobre los carruseles, tomándolos una tribu animal, antediluviana, descomunal, informe y silenciosa, don José Gutiérrez Solana cantó para cuatro melómanos como Pepito Quereda, Perico Beltrán y yo, más la atención inmensa, nocturna y montuosa de los grandes bultos de las lonas. Cantó algo de la *Traviata*, muy mal, con voz fuerte y desgobernada. Le aplaudieron mucho, aunque yo sabía que lo que ellos apetecían era un poco de flamenco por hacer palmas.

Nunca conseguí bajar a Solana al arroyo Abroñigal. Se volvía siempre al centro en el último tranvía, con Sánchez-Camargo o con un hermano loco que tenía y que siempre le acompañaba. Yo veía alejarse aquel tranvía, ya camino de las cocheras, quizá, llevando en sí la mentira de un muerto, la idea de un reportaje, la consecuencia natural de todo lo mucho que yo había leído y visto del pintor. El buen éxito del primer artículo me animó a hacer el segundo. Así se iba uno haciendo una pequeña firma periodística, mediante un periodismo que ya los más auspiciadores llamaban «diferente».

Y en arte y literatura no se puede hacer nada «diferente» si no se miente un poco (Solana vivo).

Un poco o mucho.

* * *

Madrid eran esos letreros de las calles, en azulejo, que el Ayuntamiento, con cierta sensibilidad, había respetado, colocando encima la placa de metal con el nombre cambiado o idéntico de la calle, pero más legible. Madrid era el Café Gijón con las ventanas abiertas.

Madrid era la taberna taurina de Antonio Sánchez, en Mesón de Paredes y, sobre todo, dentro de la taberna, el agujero que tenía en el medio el asiento de las banquetas. Madrid eran los acordeones de la calle de Echegaray, las puertas claveteadas de las Descalzas Reales, la calle de Barquillo, todavía con el circo Price como una casa de locos, los rojillos tomando el sol de la depuración en la plaza del Conde de Barajas, los primeros globos tubulares o priápicos, ya no redondos, el maderamen de La Córrala, como la realidad atroz que desmiente al decorado de sainete madrileño, los capas de la Casa de Campo, el camel que se podía comprar suelto, por pitillos, en la Gran Vía, y cosas así.

He hablado del simultaneísmo de Madrid. Eso de que el azulejo del callejero de antaño conviva en la pared leprosa con la aseada placa municipal de hogaño, es simultaneísmo madrileño.

Góngora y José Hierro podrían haberse dado cita (como quizá en este libro) en la misma esquina, ya que había también indicación para el peatón perdido de los siglos.

Madrid eran los primeros motocarros, o las vespas que había importado en exclusiva y monopolio el marqués de Villaverde, yerno de Franco, cirujano a quien vi operar en la Concepción, para un reportaje, con un joven obrerete del Seguro a pecho descubierto y una rueda de chicas de Medicina en la lucerna.

El marqués miraba para arriba, les figaba las piernas a las chicas, hacía chistes o cantaba. No dudo, aquí y ahora, de su pericia, pero aquel obrero con el pecho abierto a primera hora de la mañana me merecía un respeto que al marqués/cirujano, no.

Me lo dijo un ayudante del quirófano:

—Salga a vomitar al jardín, joven.

Y salí.

Madrid era, aparte el último organillo, ya con ruedas de bicicleta, del que se ha hablado aquí, el último organillo con ruedas de carro, y por esta locomoción aldeana del piano del pobre de ciudad, entreveía yo, como en otras cosas, lo que Madrid seguía teniendo de cimarrón entre Corte y cosecha.

Madrid, claro, era el Rastro de los domingos, con la humanidad dividida en dos: los

ricos de la euforia franquista que compraban antigüedades recientes envejecidas con perdigones (en otro capítulo cuento de cuando fui profesional del Rastro), y los pobres que se compraban unas botas de soldado que había conseguido licenciarse sin devolver las botas.

Madrid era la plaza del Progreso, glorieta y despeñadero hacia los sures, y que ahora se llamaba de Antón Martín o cosa así, quizá Tirso de Molina, porque fray Téllez de Guevara centraba la plaza, en estatua, no sé si porque doña Blanca de los Ríos, especialista en el fraile coñazo (y a la que aún pude entrevistar viva y nunca entrevisté, por desinterés —se me daban mejor los muertos—), vivía o había vivido por allí. Pero en Progreso, de donde parte Mesón de Paredes, estrecha y populosa como un cuchillo entrando en un nido de alegres víboras, calle en la que está registrado mi nacimiento, distrito de la Inclusa (lo que no quiere decir que uno sea inclusero, aunque casi), pero en Progreso, iba diciendo, había vivido don Ramón del Valle-Inclán, o quizá vivía aún, como instalado en el remolino más secreto de lo madrileño, para escribir *El ruedo ibérico*, y al que una vez fui a ver allí, después de la entrevista fingida del Ateneo, y me dijo:

—Busque usted la luz, joven, y enciéndala, que yo es que no sé dónde se encienden las luces eléctricas.

¿Exageraba su dandismo decimonónico ignorando la electricidad, temía ya el calambre del siglo xx? Yo qué sé.

Madrid del año sesenta era la transición de las amas, añas y ayas a las niñeras, y de éstas a las «señoritas de niños», que eran una especie de institutrices indígenas para la nobleza franquista que comerciaba en grúas, *export/import*, con la protección de algún fáctico. El Egipto de Nasser era nuestro mayor y mejor cliente.

Madrid eran las casas baratas y viviendas protegidas que inauguraba García Carrés, generalmente para los conserjes de Sindicatos (el plural, aquí, me parece que sobra, pues que el Sindicato era único y muy poco sindical, aunque muy sindicalista).

Madrid son esos entrejudíos que van mezclados con el pueblo madrileño —¿qué es, quién es el pueblo madrileño?—, y cuyas caras adivinaba yo en el Metro o en el tranvía, más que nada.

Uno, claro es, miraba más a las mujeres, y concretamente a las chavalas, de modo que, sin llegar a las filosofías en el tranvía de don José Ortega y Gasset (a quien hubieran esposado como un delincuente sin billete en cualquier tranvía madrileño), sin llegar a eso, digo, uno hacía étnica de tranvía, y adivinaba la morisca remota, fina y adolescente, con los ojos que nos parecían goyescos y requemados de luz negra (también Goya se había encontrado esos ojos madrileños, y los había pintado), o la judiaza escueta, calavérica —qué fina y picassiana calavera—, de perfil bellísimo, difícilísimo, equilibrado por algún ancestro cantabroastur.

O el arabismo de algunas canarias de pelo desesperadamente negro, ojos cuajados en negrura, sonrisa fina y cuerpo esbelto como para llevar túnicas de arena y viento del desierto.

Eran niñas que iban a la Facul o a despachar en una droguería, que un tranvía era una góndola municipal y colectiva en la que había de todo y los amores —sólo mirada— se enredaban entre sí como las góndolas, al paso vertiginoso o cansino de la ciudad de pedraza carlotercista y hormigón franquista.

Madrid año sesenta eran las primeras antenas de televisión sobre la añosa teja de los alfares manchegos.

Madrid eran los mozos de pueblo en quienes aún no había entrado Madrid: no hay cuidado, que en algunos intelectuales llegados de provincias, con la Victoria, tampoco había entrado Madrid, ni entraría nunca, que seguían escribiendo en la prensa de la capital para ser leídos por el alcalde de su pueblo.

La fijación del pueblo es mala y le lastra a uno mucho para triunfar en Madrid.

Esto me lo repetía yo todas las noches, de rodillas junto a la cama, a la hora de mis oraciones laicas. Antonio Iglesias Laguna estaba en *La Estafeta Literaria*, con inmensa calva tostada, lacónico de estatura, minucioso de letra, lento de prosa, mucho en lecturas, abrumado por las sucesivas abrumaciones de la derrota nazi, su derrota literaria personal, el alemán que había aprendido en la Alemania de Hitler, el amor/complejo/odio que nos tenía a los jóvenes noveles que llegábamos con marcha y la autoridad de su esposa teutona: jóvenes noveles llegados con marcha: De Pablo, esteta y cineasta de pasador en el cuello, que murió en accidente de coche, en seguida; José María San Juan, novelista y reportero, premio Nadal, que murió de sarcoma en una pierna, a más de los testículos que le secaron en el hospital, con las radiaciones; Domingo Paniagua, onubense que cubrió periodísticamente la traída a España de Zenobia y Juan Ramón, muertos (estuvieron una noche encofrados y al raso, en algún pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme, camino de Huelva/Moguer): Paniagua era el mejor de todos y primero le pegó la gota y luego la trombosis cerebral, con lo que se paseaba por los pasillos de la Concepción arrastrando un cable que le salía del cerebro, como una cabra pacífica y gorda de su hondo Sur, y diciendo que estaba hecho un mulo, siendo como había sido tan lúcido y con tan buena prosa. (Esto de estar hecho un mulo se lo había oído por la radio a Toni Leblanc.)

Antonio Iglesias Laguna, íbamos diciendo, censor y crítico literario (qué rara y fácil fusión/confusión entre estos dos oficios, entonces y siempre), primero nos retenía un libro durante un año, en censura, y, cuando salía de censura, con las correspondientes cicatrices y maculaciones, lo elogiaba en sus críticas y lo aprovechaba para cantar la liberalidad del Régimen. Se enamoró de Mariola, una adolescente rubia, bella y loquitonta que andaba por los cafés y las redacciones, se fue a vivir con ella a un alto piso de Embajadores y, una noche en que la esperó hasta el alba, en vano, escribiendo sus novelas de un humor forzado/frustrado —*Sostenes para la guerra* y así—, a las ocho de la mañana enroscó la pluma, llamó a unos cuantos amigos por teléfono, despertándolos, nada, que me voy a suicidar, quería despedirme, se tiró desde el octavo piso de la casa barata y vivienda protegida inaugurada por Girón, García Carrés o el que fuese, y reventó sorda y sórdidamente contra los baldosines de la acera. Berlín había entrado en él mejor que Madrid.

Madrid lo reventó de mañanita.

Antonio Iglesias Laguna, antes de reventar casi silenciosamente sobre una acera de Embajadores, era un callado y ejemplar funcionario del franquismo, que a las nueve de la mañana estaba en su pequeño despacho del Ministerio de Información y Turismo (Ministerio ministeriado siempre por Fraga, en espíritu, fuese quien fuera el ministro), con el bulto de libros que se había leído la noche anterior (originales mal encuadernados o libros que las editoriales presentaban ya impresos, «para hacer más fuerza»: parecía como que era más difícil cargarse un libro ya hecho, un objeto industrial, que un montón de páginas mal pegadas por la esposa del escritor, en la cocina, por la noche, con el engrudo de la desesperanza).

Después de sus informes minuciosos y consultas a media voz con el jefe inmediato superior, quizá un bocata en la cafetería del Ministerio, planta baja, museada de hermosas y reprimidas mecanógrafas con el pecho reventón y el novio en los ojos, Antonio Iglesias Laguna seguía su ejemplar jornada hasta las dos o las tres, traje de cuadros, corbata desasistida.

Almorzaba en casa, con la alemana y los hijos, y luego se iba en tranvía a *La Estafeta Literaria*, a escribir sus artículos, críticas y cosas entre el tornado de Luis Ponce de León y la locuacidad dispersa e inatendida de Juan Emilio Aragonés, que usaba mangas con lorzos (estaba siempre en mangas de camisa), porque todas las tallas le venían grandes o porque no había encontrado su talla. En otro libro dije que Juan

Emilio bebía coñac o anís, ya no recuerdo, mientras escribía en la vieja y lubricada Underwood. Luego, él me rectificó personalmente, de modo que me da igual lo que bebiera.

Antonio Iglesias Laguna sólo hacía cortas salidas al bar, como ya he dicho, más o menos, para tomar una copa con los jóvenes valores o promesas (todos muertos, salvo uno mismo, que tampoco es muy seguro que ande vivo).

Parecía, al principio, que Antonio Iglesias Laguna tenía mucho que hablar con uno, pero luego no hablaba nada, en el bar, no sé si por timidez, cautela o cerebración inconsciente.

Muy tarde, ya, cerca de las diez, salía de la revista, poniéndose una gabardina tesa, y se iba a casa (orillas del Manzanares, como yo mismo), o a alguna cena oficial.

Antes, naturalmente, de su amor tardío, desesperado, oscuro, como una sombra sobre el oro de Mariola, por la chica loquitonta y bellísima.

Así vivían, como Antonio Iglesias, muchos escritores/funcionarios del Régimen, que se habían vendido por un sueldo miserable, o que en realidad no se habían vendido, sino que estaban en lo suyo.

Como cobraban poco, no tenían mala conciencia de enchufados.

Lo que más me interesaba de estos individuos, que quizá he arquetipizado en Iglesias Laguna, era la confusión real, no maligna, entre crítica literaria y censura.

Lo que me parece es que no está tan claro lo uno y lo otro.

Aquellos funcionarios de Fraga hacían la censura como una ilustre labor intelectual. Lo suyo era un discernimiento entre lo español y lo antiespañol. Raro y difícil discernimiento, pero era así. Más que como inquisidores, funcionaban como exégetas.

Me parece que la Inquisición ha funcionado así en todos los tiempos y países.

El expurgador llega un momento en que no sabe ya si persigue aberraciones ideológicas o aberraciones de estilo.

Esta confusión, por otra parte, le gratifica y tranquiliza mucho.

Es obvio que no trato de justificar a nadie, sino de entender/explicar al monstruo en su monstruosidad. ¿Puede haber algo más apasionante? Uno —ay— es, y quizá ha sido siempre, entomólogo de monstruos. «Mis queridos monstruos», que dijo el otro.

Cuando la lechuga pisada refrescaba la fresca mañana, cuando un friso de mataderos que a aquella hora parecían como dulcemente pintados por Turner (o mejor por Elstir, el pintor inventado por Proust a partir de Turner), sólo que todo ello pasado por Solana y Pío Baroja, cuando el albérchigo pisado ponía la hora tempranera resbaladiza y perfumada, cuando el Gran Sur madrileño comenzaba a trabajar, Antonio Iglesias Laguna, germánico de Hitler y no de Schiller, mucho más fanático del orden que de la libertad romántica, se tiraba muy naturalmente desde un octavo piso.

Un octavo piso de viviendas protegidas o no por don José Antonio de Girón y Velasco, o por don Manuel García Carrés, o por don José Solís Ruiz, la carcajada del Régimen. Las vecindonas madrugadoras y ventaneras que sallan a la compra, lo encontraron horrible.

Los regadores de las ocho dudaban si regar un poco, por higiene y decoro municipal, aquella sangre ya forense.

* * *

Algunas mañanas, con Envidita de la mano, cogíamos el tranvía que pasaba por Ventas y subía por la carretera de Aragón. Nos bajábamos cerca del cementerio civil.

Este cementerio, por entonces, era algo así como la leprosería de los muertos, pero no le faltaban sus flores laicas y frescas a Salmerón, «que dejó la presidencia por no firmar una sentencia de muerte», ni a Pablo Iglesias, el tipógrafo elocuente que había hablado en las mañanas del Retiro, los domingos, para otros tipógrafos y para el poeta Machado. Un día me presenté en una revista con un reportaje sobre aquellos mítines/tertulia de Pablo Iglesias, y el redactor-jefe me dijo:

—Todos los socialistas están muertos. En España seguro que no volverá a nacer un socialista. Eso es una fantasía tuya. Procura escribir sobre la realidad.

La realidad eran las copas de Europa del Real Madrid, los festivales de San José Obrero en el Bernabéu y *el Cordobés* pegando el salto de la rana o cazando con los señores de El Pardo. La realidad era el Nudo y yo los Nodos solía perdérmelos cuando llevaba a Envidita al cine, a media tarde, porque era sesión continua y nos metíamos a media película, y durante el descanso y el Nudo salíamos al vestíbulo o a la calle, plaza de Manuel Becerra, a comprar pipas para seguir viendo a la Marisol o al Joselito.

Las mañanas del cementerio civil eran una paz de totovía, lápidas austeras de los de la Institución Libre de Enseñanza y la legión extranjera de los muertos, o sea japoneses y mormones que habían fallecido en España y no hubo más remedio que enterrarlos fuera de sagrado, en Madrid, porque a lo mejor el difunto no tenía para el pasaje de vuelta.

Envidita, la niña mongoidal con alma de gramínea extranjera y los ojos en las sienes, como un fauno de un Picasso orientalizante, cogía flores entre las tumbas, ignorante de la muerte. Los subnormales y los perros son doblemente niños, porque se enteran de la muerte aún menos que los niños normales, que siempre acaban por enterarse de ese truco negro de la vida.

—¿Y cómo se llaman estas flores, oyes?

—No lo sé, Envidita. Yo sé poco de flores.

—Entonces ¿por qué venimos aquí?

Estaba a punto de decirle que por los muertos, pero, claro, no se lo decía.

Y Envidita iba haciendo su ramillete. Una flor que había dado, inopinada y amarilla, la Institución Libre de Enseñanza, una flor que había dado el cuerpo corrupto/incorrupto de Pablo Iglesias, una flor que había nacido de la barba panteónica de Salmerón. Ya está bien con que los evangelios laicos redentores del hombre y sus fanatismos se resuelvan en la gavilla inocente de una niña mongoidal y pacífica. Pasaba un reactor de Torrejón, llenando el cielo de caligrafía y desgarrones. Pasaba una bandada de pájaros hacia el otro cementerio. Pasaba una cigüeña, altísima, hacia su campanario, como doña Berenguela hacia sus almenas.

Pasaba la mañana.

—¿Y por qué no vienen otros niños a este jardín, oyes? —me preguntaba Envidita.

—Ya ves. Los niños son muy raros.

—Sí que son raros.

Nadie iba nunca a enterrar a nadie al cementerio civil. La portera de los muertos, con escoba y pañuelo en pico por la cabeza, al principio no nos dejaba entrar, hasta que le di diez duros, diez duros que me hacían a mí mucha falta para bocadillos de calamares, que era lo que me compraba en la calle de Infantas, cuando andaba zascandileando por el centro, por no caerme de hambre.

Pero entrábamos ya cuando queríamos:

—Oiga, que esto está cerrado.

—Meta usted la mano por la verja y usted mismo abre por dentro.

—Gracias.

Luego, la portera de los muertos desalojados del cielo se ponía a barrer mucho ese atrio de polvo que tiene el cementerio civil. No sé para qué hacía aquellas nubes de polvo, que volvía a posarse, más o menos, en su sitio.

A lo mejor era por justificar un poco el jornal, ya que aquellos muertos ilustres y malditos no daban ningún trabajo y se estaban muy quietos, incluso con la boina puesta, lo cual no dejaba de ser una falta de respeto a la muerte. El cementerio civil, por aquellos entonces, Madrid sesenta, era un fresco reducto de ateísmo puro y calmo, de muerte laica, natural y buena, un huerto sin otra Melibea que la República o la Libertad o la Democracia o cualquiera de aquellas musas decimonónicas por las que

habían luchado y escrito los señores de las lápidas. Envidita, de vez en cuando, venía y me daba a oler una flor. Yo pensaba en la historia de España y en mi instrahistoria particular, sentado en el pico de una tumba. Luego nos íbamos, cogidos de la mano, a tomar el tranvía de vuelta.

Otras mañanas, yo me llevaba un libro al cementerio, y leía sentado en una tumba, a veces hasta echado en el fresco mármol, mientras Envidita iba cogiendo flores. La masonería histórica y difunta se había convertido en un pradillo de margaritas. El socialismo clasista y tipográfico era un azar de llores rojas y amarillas. La Institución Libre de Enseñanza daba más hierba que otra cosa. El liberalismo nefando (que decían los discursos de El Pardo y los editorialistas de porcelana) se había quedado en un triángulo de violetas imperiales. Envidita hacía ramos un poco incoherentes, gavillas de ternura sin sentido, y me los traía.

—¿Éste me ha quedado bonito?

—Muy bonito, Envidita.

Una vez metí una flor en un libro y esto le gustó mucho a la niña.

De pronto había comprendido para qué servían los libros.

Por asco del socialrealismo dominante y de los críticos ideológicamente piorreicos que lo auspiciaban (sin comprometerse demasiado, por otra parte, en sus contenidos últimos, llevados solamente por el vértigo *meuniére* de la moda), yo lo que solía llevar al cementerio eran libros como *El mundo de Guermantes*, de Proust, en la remota edición de Espasa, traducción me parece que de Pedro Salinas —¿se ha estudiado la influencia proustiana en la poesía de Salinas, finísimo traductor de Proust?; aquí no se estudia nada que valga la pena—, y aquel mundo de fiestas y jardines, con el oro de los apellidos suavemente ensombrecido por la penumbra de las murallas, era una cosa que me distraía mucho en aquel Guermantes pobre de los muertos.

Lo que pasa es que Proust —como ocurre con todo escritor conmocionante, en la juventud, y quizá después— me inquietaba mucho respecto de mi propia creación venidera. Proust había encontrado un camino único y personal.

¿Podía ser aquél mi camino?

Cuando uno se plantea realizar el modelo literario de otro, uno, si no es tonto, sabe que su plagio consciente, deliberado, voluntario, disciplinario, dará en seguida cosas personales, las cosas de uno mismo, mucho más modestas, seguramente, que las del maestro, pero, como digo, las cosas de uno. Se roba, en literatura, cuando se tiene conciencia de que el botín va a quedar transfigurado por el acto mismo de robar, por el «estilo de robar», diríamos, que tenga cada uno.

El que plagia tal cual, no plagia, sino que traslada. Y, naturalmente, en el traslado suele perder muchos muebles por el camino. Los mejores.

De modo que se parte de un modelo sabiendo que se le va a traicionar en seguida, y esa traición es la *fidelidad* a dicho modelo, ya que la mera traslación, como digo, a más de ociosa, suele ser envilecedora para ambas partes. Aunque no sé a qué venían estas reflexiones, ya que mi fidelidad a Proust era (y ha sido siempre) meramente teórica. A mí me fascina perderme en la minucia proustiana, y el pasado y la memoria son para mí tan enriquecedores como para él, pero mi escritura (genialidad aparte), nada tiene que ver con la suya.

Si tuviera que encontrarle un modelo francés a mi escritura de entonces y de siempre, ya que con la francesada nos hemos metido en juerga, creo que este modelo sería Baudelaire y no Proust. Baudelaire opera por síntesis (metáfora) y Proust por análisis.

La metáfora, en Proust, es un exquisito drapeado de su prosa analítica o demoradamente descriptiva; «abrimos una ventana llena de sol como desvendando una momia egipcia». La metáfora, en Baudelaire, es todo el sistema. Mi sistema era más baudelairiano que proustiano, operaba por síntesis (de ahí que leyese más a los poetas que a los prosistas).

Los socialrealistas, curiosamente, estaban más cerca de Proust (al que seguramente no habían leído) que de la propia poesía social, pues creían en la descripción honesta de las cosas, y la metáfora, en su rudeza literaria de escritores de tesis, les parecía un lujo, un jarrón Ming de la escritura, una cosa de señoritos. La diferencia estaba (aparte infinitas diferencias de calidad) en que los socialrealistas eran descriptivos por honestidad: el naturalismo era su forma de honestidad literaria, artística. El descriptivismo, en Proust (que ha hecho la obra más exenta de lastre ético de la literatura universal), es lúdico, subjetivo, y al final no nos da sino el tapiz de su propia sensibilidad. No quiere reflejar el mundo con probidad, sino reflejar su mundo, reflejarse él en el mundo.

Por lo que a mí se refiere, tardé en comprender que la devoción proustiana era una devoción de lector, más que de autor, y que mi cerebro funcionaba por síntesis, imágenes e «iluminaciones en la sombra», como hubiera dicho Alejandro Sawa (que a lo mejor andaba enterrado por aquel cementerio). Porque el escritor novel sabe muy bien que tiene unos caudales (lo sabe incluso cuando no los tiene), y lo que ya larda más en aprender es cómo invertirlos. El medio, la moda, los críticos, el ambiente, la época, las propias lecturas, a lo mejor azarosas, desconciertan mucho. Es como el que hereda de golpe y no sabe qué se hace con el dinero. Uno, novel y adolescente, toma en seguida posesión de sus talentos. Lo que no sabe, luego (y esto sólo lo enseñan los años), es qué hacer con ellos. El novel sabe que es escritor, pero no sabe qué escritor es.

De modo que en mí convivían el narrador y el poeta, y yo sabía ya que eran dos inquilinos imposibles, que antes o después habría que decidirse por ponerle los muebles en la calle a uno o al otro.

Han tenido que pasar muchos años, y ahora que escribo esta especie de memorias literarias hechas tanto mediante el recuerdo como mediante la imaginación (la imaginación es la forma lírica de la memoria), es cuando empiezo a estar bastante seguro de que la escritura sintética del lírico, la escritura metafórica, también puede servir para narrar algo, para narrar nada, para narrar la nada, que es todo. Para narrar. Lo que pasa es que hay que partir de una metáfora general, previa y múltiple. (Una metáfora que no sea múltiple es sólo una comparación.) Así, hay o habría la novela/suceso, la novela/tesis y la novela/metáfora. La novela/suceso la han hecho los Dumas, padre e hijo, Galdós (no hablo del impresentable Baroja, aunque esté enterrado en este cementerio civil), Balzac y más gente. Son novelas/cantera, novelas que acumulan realidad para que luego alguien las estudie como podría estudiar la realidad misma. Así es como Marx estudiaba a Balzac, y acertaba.

La novela/tesis ha sido siempre fanática, en la izquierda o la derecha. La novela/tesis está en Tolstói, Goethe, el padre Coloma y el socialrealismo. Nace larvada, puesto que no nace de un suceso o una imagen, sino de una idea, o sea del esqueje de un ensayo. Es un monstruo antediluviano que se ha confundido de género, una especie a extinguir. La novela/metáfora es el *Quijote*, son las novelas de Kafka y, por supuesto, de Proust, aquel tomo viejo de Espasa que yo tenía entre las manos y que me había regalado en el Café Gijón Pepe Gallego Díaz, gran matemático republicano y exiliado con quien revolvimos un día su piso señorial del barrio del Prado, donde los falangistas habían hecho una especie de sopa de libros sobre la tarima. (Pepe murió a poco, en accidente de carretera.)

Don Quijote puede ser el Cid, la caballería andante, la burla de la caballería andante, el Imperio, la burla del Imperio, un hidalgo con pretensiones, la burla de la hidalguía. Puede ser todo eso y lo es. Muchas cosas a la vez, pero como posibilidades desarrolladas (explícita o implícitamente), porque si no el invento no vale. Proust monta su gigantesca saga sobre una o varias metáforas, que van girando como planetas en la elipse kepleriana del libro. La magdalena, los espinos, la sonata, la pintura de Elstir

—¿Turner?—, el hombre como metáfora de la mujer y a la inversa. El mundo de Guermantes como metáfora del mundo. Venecia como metáfora de otra Venecia ideal, platónica (cuánto platonismo en Proust). Si antes he dicho que las metáforas verbales, en este autor, son sólo como un drapeado del tejido narrativo (al que Ortega llamara «tupido»), ahora debo decir que el sistema novelístico/memorialista de Proust es meramente metafórico.

Monta su gran saga sobre unas cuantas metáforas y las va desarrollando mediante el análisis y la descripción morosa/minuciosa. Como él mismo diría, sus metáforas se abren y estiran en la narración como lotos o flores de papel japonés en el agua. Gracias a estos penetrales metafóricos, mucho más que por pudor sexual/homosexual, Proust hace, como me parece haber dicho, la obra más puramente exenta de contenidos morales de la literatura occidental. Ni siquiera se trata de que su obra sea inmoral. Es, sencillamente, que la moralidad no es un valor ni una alusión (en todo caso, alusión irónica de algún personaje) en los miles de páginas que escribió. Esto, ya digo, lo da el partir de un gran supuesto metafórico y desarrollarlo. Cuando se parte de una tesis —la novela/idea/contraidea—, se cae en el ensayismo y el fanatismo.

Todo esto que escribo ahora no es sino el desarrollo de las notas marginales que iba tomando en el libro mismo, en el viejo tomo de Proust/Salinas, mientras el muerto cambiaba de postura en el sepulcro donde yo estaba sentado y Envidita quedaba natural como un gamo entre las flores y los cadáveres, porque nadie es subnormal sino respecto de la «normalidad» social que le rodea.

La dubitación Proust/Baudelaire (lo digo mediante esta enorme pedantería, por abreviar) es la que me llevaría precisamente al artículo de periódico y el relato corto, dos géneros que, como el soneto, permiten y exigen la dialéctica síntesis/análisis, metáfora/descripción. Aparte el dinero escaso, pero inmediato y usadero, que estos géneros me daban.

Pero han pasado siglos, sí, hasta que he comprendido que basta arrojar una metáfora a la prosa fluvial, como el que echa una flor al río, para que sus pétalos se extiendan y distiendan, para hacer un libro en prosa (muchos libros en prosa) que sea una sucesión de metáforas desarrolladas (la metáfora verbal no tiene aquí otra misión que desarrollar o visualizar la metáfora situacional), como una alfombra de nudos es una sucesión de nudos.

Envidita, la niña mongoidal y fáunica, picassiana, lírica y desdichada, cogiendo las flores que crecían entre las tumbas de los muertos históricos, y que ella no sabía que eran muertos ni históricos, Envidita, digo, suponía en sí y en su situación, una metáfora situacional que sólo después de varias vidas —ahora— sería yo capaz de desarrollar malamente.

En el tranvía de vuelta, ella iba aferrada a sus flores con una mano y a mí con la otra.

* * *

Traía yo, entre las cuatro cartas de recomendación, una para un tal Adolfo Suárez, desconocido y mítico, diluido en la propia vulgaridad de su nombre y prestigiado como secretamente entre el falangismo.

Este Suárez parece que dirigía una cadena de emisoras como del Frente de Juventudes o así, aunque su carrera política se proyectaba ya más lejos.

Ya que no de mi voz literaria, que nadie quería escuchar, iba yo a vivir de mi laringe, si podía, pues que había sido locutor en provincias. La carta para el tal Suárez iba ya tomando la forma de la cadera que no tengo, de tanto ir y venir al despacho donde él nunca estaba.

Una mañana, entrando yo en el portal de la emisora, por detrás de la Gran Vía, reconocí al personaje por cómo le abrían la cancela dorada del ascensor. Subí corriendo la escalera de mármol para coincidir con él en la puerta del piso, y tras él pasé hasta su despacho. Era un hombre joven y moreno que iba dejando tras de sí

como un rastro de autoridad o seguridad. Debieron de pensar, incluso, que yo iba con él, porque nadie me dijo nada.

Sentado ya en su mesa, levantó hacia mí sus ojos claros con la sorpresa de encontrarse ante él un desconocido de aspecto entredudoso, y no cualquiera de los lacayos habituales. Le eché la carta blanca y arrugada sobre la carpeta de cuero negro. Yo diría que la leyó a través del sobre, en un instante.

—Que quiero ser locutor.

(No mucho más que mi voz estaba yo dispuesto a prestar a aquel invento.)

Se levantó, dio la vuelta a la mesa y vino hacia mí.

—Necesito algo, estoy sin trabajo, he sido locutor, tengo experiencia, que me hagan una prueba, quiero trabajar.

—No puede usted pedirme nada así a tenazón.

Recuerdo la palabra, vieja palabra castellana, abulense: *tenazón*.

Me cogió de un brazo, con asustante energía, y me sacó del despacho.

Bajé la escalera de mármol como si me hubieran dado una bofetada. Estaba acostumbrado a negativas blandas, confusas, dilatorias. Era la época en que el Opus Dei llevaba algunos años de reinado cultural y político, tras haber desplazado a la Falange. Por la presión de aquella mano en mi brazo, por el rigor de aquel hombre, por la sequedad de su voz, comprendí que, según los rumores más auspiciativos, el llamado Movimiento estaba volviendo —pronto estallarían el caso Matesa, desarbolando la política y la economía del Opus—, y que había hombres de una energía nueva para hacerse con el poder.

Llevaba en la mano mi vieja cartera de cuero, con recortes, cartas y artículos, y la miré como si no fuese mía.

La Gran Vía volvía a acogerme, inerme y devuelto, sin nada que hacer, salvo sentarme en un banco a mirar los cartelones de los cines y las piernas de las mujeres, Siempre me levantaba unos momentos antes de que los transeúntes comenzasen a echarme monedas.

A tenazón. De modo que a tenazón. Aquéllos no eran los modales cremosos y misales del Opus Dei.

Algo iba a pasar.

A tenazón sacaría aquel hombre de ojos claros, siglos más tarde, del Consejo Nacional del Movimiento, plaza de la Marina Española, a todos los consejeros falangistas, uno por uno. A tenazón.

A tenazón quitaría las inmensas flechas de los Reyes Católicos, el yugo de Alcalá, 44.

A tenazón le sacarían a él de su despacho de presidir la historia de España. A tenazón.

Qué hermosa palabra castellana, qué fuerte, qué de herrero o herrería.

Un aumentativo de tenaza, supongo.

A tenazón se ha hecho muchas veces la política española. En un tiempo posterior a estas *Memorias*, siendo Suárez presidente del Gobierno, algún café nos tomamos en el bar de las Cortes o en la barra de un hotel de provincias. Jamás se acordaría del joven y asténico locutor presunto que había sacado de su despacho a tenazón. A tenazón le ha tratado la Historia. Pero aquella energía de la mano con guantelete de poder sobre mi delgado brazo, aparte la humillación personal, me reveló, ya digo, que el Movimiento/franquismo estaba volviendo, con la *prosperity* yanqui o el reciclaje que nos llegaba de ella.

Los economistas del Opus ya no eran tan necesarios. Aparte de que habían fracasado. El franquismo pegaba otro quiebro y la leyenda populista del Movimiento, incluso de la Falange, volvía a ser necesaria. Llevé por Madrid aquel guantelete de hierro y dolor, sujeto a mi brazo, invisible, durante unos días.

De Florentino Pérez Embid no sé si he hablado ya en estas *Memorias*. Reinaba en el Ateneo de Madrid, en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander y en la Editorial

Rialp, incluido el premio Adonais de poesía joven, que consiguió ir apagando, enmorteciendo, con sus criterios más asépticos que escépticos. Quizá desde el pietismo se puedan hacer finanzas, pero, desde luego, no se puede hacer poesía. Para eso habría que llegar al misticismo, y el misticismo no es lo contrario del ateísmo, sino, precisamente, lo contrario del pietismo.

Floro Pérez Embid (sus íntimos, o quienes se pretendían tales, siempre le llamaban Floro), masculino de flor que no le iba mal, dada su condición sevillista, floeante, optimizante, y su prosa con voluntad de estilo, entre los Quintero y un lorquismo tardío de derechas, tocado de ensayismo balmesiano con peor prosa que Balmes (si esto fuera posible). Floro Pérez Embid andaba siempre entre un mayorazgo de hermosos segundones de la piedad y la cultura *européista* del Opus: para ellos, Europa era Gabriel Marcel frente a Sartre, Péguy frente a Merleau-Ponty, Charles Maurras frente a Manuel Azaña.

Vestido de gordo vergonzante, con trajes de buen corte anodino y finos chalecos de punto, Floro se ilustraba de sortijitas valiosas en las manos de priora redicha, y entre él y sus muchachos se comían las merluzas más exquisitas de Madrid, en los restaurantes más caros, poniéndose conspiratorios y clericales frente a la zafiedad franquista que los rodeaba, y que debía parecerles una ordinariez cuartelera de sexo y un machismo fascista de sangre.

Floro hizo *Atlántida*, editada por Rialp, una revista cara y vagamente periódica, que quería ser algo así como la *Revista de Occidente* del pensamiento español de derechas, donde aparecían los exhumados Donoso Cortés o Vázquez de Mella, más el triángulo metafísico y planeante de Menéndez Pelayo (no sé si ya tocado del anís), junto a Millán Puelles y otros pensadores de la casa. Aparte la mediocridad literaria de los empeños, cualquier clase de pensamiento era imposible dentro de una preceptiva católica que desemboca siempre en el irracionalismo de la fe. Todo artículo y ensayo de la industria cultural del Opus/Floro, que la tuvo, terminaba apelando a la Inefabilidad, el Misterio, la Fe y otras palabras del irracionalismo conservatista y no creador. Uno pensaba que para este viaje cielista/pietista no hacían falta las alforjas de papel couché de una carísima revista de *pensamiento*.

No se piensa en couché.

Floro llegó a ser un mecenasseudorrenacentista y escaso de la cultura/incultura madrileña que se sentía *posterior* al Régimen, más que ajena. O sea, que se estaban preparando el futuro. Una vez me mandaron a hacerle una entrevista a Pérez Embid en Rialp, calle de Preciados.

Nos recibió al fotógrafo y a mí en la sala de juntas de la editorial y, para las fotos (el fotógrafo era Garrote, que luego pasó a *Pueblo*), se quitó el jersey fino que llevaba debajo de la chaqueta.

—Para parecer más delgado —me dijo.

Elogió mucho la juventud, la estatura y la simpatía de Garrote, que salió convencido de que aquel señor era un bujarrón. Yo, sin mucho fervor, procuraba explicarle que no.

Con todo este manejo cultural, el Opus se estaba haciendo —creían— un sitio en el futuro de España, para después de la muerte de Franco.

Si otros habían copado la Banca o la prensa, Floro iba a por la cultura en estado puro, como Fleming a por la penicilina en el hongo, virginal.

Floro se veía que era un hombre desasosegado de virginalidades.

El grupo Laín/Marías/Rosales/Ridruejo les parecía algo así como el búnker liberal (y qué peligroso y librepensador eso de liberal) consentido por el franquismo, los depositarios de la cultura anterior a la guerra, los que podían encarnar la Sapientísima Trinidad Unamuno/Ortega/Marañón.

(Aranguren, ya por entonces, empezaba a despegarse de este grupo liberal, en vida y obra, y era, para Floro, según le oí decir, más que un rival peligroso, un rojo

irrecuperable y del que, por lo tanto, se podía prescindir.)

El catolicismo inconforme de Aranguren/Valverde era lo que más los desconcertaba. Areán, crítico de arte abstracto del Opus, explicaba en Santa Catalina que las manchas y caligrafía —pintura pura— de Foutrier y sus pequeños cuadros, estaban denunciando la invasión de Hungría por los soviéticos, en los cincuenta. Floro reinaba en ese mundo de gratuidad confortable, abstractos extranjeros y merluzas a la vasca, absolutamente concretas y pre/Cézanne. Floro murió pronto.

Fraga llegó puntualmente a la exposición de María Antonia Dans.

La puntualidad es la moral externa en los hombres de moralidad contradictoria.

La exposición, primeros sesenta, Fraga ya ministro de Información de la cosa, era en Santa Catalina, la sala privilegiada del Ateneo, en su actividad pictórica, y que llevaba José Luis Tafur, de quien los pintores, sin conocerle, hablaban con una sacralidad extraña en ellos: el pintor es iconoclasta casi por necesidad profesional: tiene que empezar por la negación de cinco siglos de arte, para instalar en el hueco su caballete, y eso le lleva a negar luego, en la vida, todo lo demás.

María Antonia no había llegado —mujer y galaica— y el ministro daba vueltas a la sala y los paisajes pintados, llevando tras de sí, como los cometas, una estela de ujieres, secretarios, expertos, entendidos y mirones. El ministro no quería irse, sin duda, antes de haber saludado a María Antonia, la dulce pintora con quien, a más del paisanaje, le unía una larga amistad. Pero la Galicia naïf de la pintora ya se la sabía de memoria (aunque ignoro si Fraga hace/hacía una lectura diagonal de los cuadros, como de los libros).

Sólo Fraga y Girón han tenido personalidad definida, entre los noventa ministros de Franco. Alguien escribió que habían sido noventa —fueron más—, y que todos se caracterizaban por su mediocridad, que la prensa llamaba discreción.

Al hombre breve y longevo de El Pardo le molestaban las estrellas, los grandes improvisadores y los conversadores brillantes. Por eso nunca le hizo ministro ni casi nada a Emilio Romero, y no por sus putas y sus toreros, como se ha dicho.

Romero quiso ser la locuacidad del Régimen, de un bloque mudo de tiempo *ahistórico*, y eso le perdió. Fraga también era locuaz —incluso contra Romero—, pero con una apariencia de tecnicismo y un proyecto, siempre, entre sus palabras sobrepilladas unas a otras. Romero era mera nostalgia.

Fraga hablaba consigo mismo, y no con sus áulicos, mientras le daba vueltas al pequeño cubo de la sala de exposiciones.

Yo, en un rincón, periodista asténico y sin carnet, lo miraba todo.

Como temía cualquier cosa —pregunta inesperada del ministro, patada en el culo, algo—, me salí a la puerta para mirar si venía la pintora.

Era muy entrada la primavera, finales de temporada, y María Antonia Dans, acalorada y veraniega, venía muy despacio por la acera de sombra, con los catálogos de la exposición, todavía frescos de imprenta, sin duda, apretados contra los pechos. Me parece que Fraga no se enteró nunca, afortunadamente, de la deliciosa lentitud de su amiga:

—Hola, Umbral.

—Hola, bella. Ahí tienes al ministro, hecho un búfalo.

María Antonia sonrió con la malicia blanca de sus dientes hermosos, sanos y provocadores.

Se dieron un convencional beso en la mejilla, el ministro y la pintora.

Contrastaba la deflagración de venas y sudores que era el rostro de Fraga con la morenez dorada y armónica de María Antonia.

—He venido puntual, como es mi costumbre.

—Perdona, ministro, hijo, pero vengo de la imprenta de recoger los catálogos.

Al fondo, los verdes infantiles y los amarillos femeninos de la pintura de María Antonia.

—Esto ya lo he visto todo.

—Lo ves otra vez conmigo, *home*.

María Antonia, como todas las gallegas, tenía, sobre sus recursos femeninos, el recurso de la fabla galaicolatina, cuando quería ponerse de dulce. Era una sobrefeminidad que le daba la raza a su inagotable —¿excesiva?— feminidad femenina.

(Nunca fui amante de María Antonia: yo lo lamentaba entonces; ella lo ha lamentado luego. Hay que verlos venir, tía, parece mentira.)

El ministro se fue en seguida en el coche que le esperaba. El beso de ella —convencional, social— le retenía un poco, pues que se le había ido el enfado (a Fraga se le van pronto, y por ahí asoma un hombre no tan malo como su máscara política). María Antonia y yo nos quedamos, en el frescor de Santa Catalina, sentados en los escalones, hablando de cualquier cosa.

(Requiriéndome ella de madura, siglos más tarde, pude —y no sé si quise— tomarme revancha y botín renovado en su hija Rosalía, aún más bella, y encima rubia, que le salió comicante.)

* * *

María del Té era alta, delgada, con hombros anchos de atleta joven y quizá masculino. María del Té tenía la melena ni corta ni larga, descuidada y adorable, los ojos más vivos que grandes, la nariz corta y recta, la boca larga, desbordada de risas e ironías inteligentes, el cuello largo, las manos grandes de fumadora precoz, los pechos excesivos y la infancia, todavía —diecisiete años, la niña— en su piel de flor.

A María del Té la conocí en Teide, el café/sotaniillo donde escribía Ruano, una mañana en que no estaba el maestro. Habían ido ella y otras estudiantes de Letras a repasar un poco, allí, los ejercicios. María del Té era una niña bien del barrio de Salamanca, que había salido, como casi todas sus hermanas (los hermanos, no: curiosa revolución de la mujer en España, a partir de los sesenta), contestataria, como se decía por entonces, progre, liberada, precoz y dada a hombres. María del Té fue mi amor.

—¿Y tú también eres poeta, como éstos?

—¿Por qué te burlas de los poetas?

—Son unos redichos.

—Pero tú siempre andas con Píndaro y toda la panda.

—Los clásicos eran otra cosa.

—Unos palizómetros.

—Tú porque no has estudiado humanidades.

—Afortunadamente.

(No creía yo que se pudiese ignorar las humanidades «afortunadamente», pero había que epatar.)

—Pues eres una mala bestia.

—Vale.

—Pero escribes bien.

—Porque no leo a los griegos, todos llenos de mitología, ni a los romanos, que sólo sabían escribir Derecho.

—¿Nos damos una vuelta?

—Claro.

Salimos del sotaniillo de Teide al mediodía madrileño de las acacias.

Como no había ido César, parecía que se podía «faltar a clase». No hice cuento ni artículo ni nada.

Comimos en La Estrecha, una taberna que había en Almirante, esa calle corta, llena de modistos maricones y cesteros con cataratas. Luego tomamos café en El Comunista.

—¿A las niñas del barrio de Salamanca no os esperan en casa a las dos para comer bajo la autoridad del reloj de columna?

—Siempre estás haciendo greguerías.

—A ver.

—He llamado diciendo que me quedaba a comer en la Facul, que había perdido el autobús.

—Olé tus cojones.

—Pagamos a medias, que la criada me presta.

Los hijos de la burguesía franquista se mantenían así, sisando a las criadas sisonas de don Ramón de Mesonero Romanos, porque Franco echaba muchos discursos, pero pagaba poco al personal. Ya había visto María del Té que yo no tenía chapa.

—Tú no tienes chapa, hijo.

—Espera que triunfe, María del Té.

Y se reía de mi fe ritual en mí mismo.

El Comunista, que se llamaba sencillamente «Tienda de Vinos», calle de Augusto Figueroa, paralela a Almirante, continuación de Prim, todas ellas entre Barquillo y Hortaleza, por detrás del Gijón, El Comunista, digo, era un sitio con mostrador de cinc, comedor de carteles toreros y cuadros naïfs, interiores de cocina y casa particular.

Todavía me parece que está abierto, y sin tocar, un cuarto de siglo más tarde.

—¿Y eso de María del Té?

Era, sin duda, una burla generacional de las hermanas al nombre aristocrático de la niña, que no se me ocurría cuál pudiera ser. A María del Té no la he olvidado ni olvidaré jamás. Hasta creo que le dediqué algún libro entero, clandestino, lírico y fundamental, que nadie ha leído.

—Es que la madre me tenía para servir el té a las visitas: «María, el té; María, el té.»

Los jueves, cuando la criada salía, me refiero.

—Ya.

—A cambio de servir el té, la criada me presta pesetas. Se conoce que a mí, en casa, me veían más criada que a las demás. Y María del Té suena muy parecido a mi verdadero nombre.

Pero mucho más poético, claro, aunque no se lo dije. Fumaba con sus manos de chico baloncestista y bebía vino tinto de El Comunista, María del Té. Escribo ahora esto, de viejo, y puedo llorar por ella. O por mí.

Aquella muchacha parecía que estaba firmada para mí, como las farolas de Madrid están firmadas en hierro por Fernando VII e Isabel II.

Bebíamos valdepeñas sabiendo que estábamos bebiendo el vino que bebía Felipe IV en las comidas.

Después de comer nos fuimos —nos íbamos— al Retiro, al Campo del Moro, a las Vistillas.

María del Té, con todo su golpe de Filosofía y Letras, y con toda su progresía anarcoide y contrafamiliar, era una contestataria que amaba Madrid.

—Los extranjeros son unos coñazos. Yo me he tirado algunos extranjeros y son unos coñazos. Hablan un castellano de niños pequeños, parecen tontos, y hay que estar diciéndoselo todo a gritos.

(María del Té —ay—, algunos años más tarde, se marcharía a vivir al extranjero, casada ya con otro, cuando yo creía que Madrid y el madrileñismo de la niña me la certificaban aquí para siempre.)

Nunca se sabe.

Se lo dije una vez, cuando se echó novio de boda:

—¿Y cómo es él?

—Lo más parecido a ti que he podido encontrar.

A qué dandismo sencillo y entrañable puede llegar la mujer, cuando quiere (cuando ama), contra los tratadistas que niegan el dandismo femenino.

También íbamos mucho al Viena, un café que había en Martín de los Heros o por ahí,

detrás del Manhattan pequeño, hortera y grande de la plaza de España, con el edificio España y la Torre de Madrid ya terminada (yo la había visto construir en los últimos cincuenta, mirando para arriba y experimentando ese vértigo desde abajo que experimenta el que mira demasiado alto). El Viena (donde luego han puesto un restaurante caro, en ocres y espejos) era el característico café de barrio madrileño, como el de las Salesas, por ejemplo (adonde iba don Antonio Machado, y adonde le hice una entrevista: luego hablaré de todo eso). El Viena tenía peluche como pelo de ratón, en los divanes, estudiantes de Argüelles y del cercano colegio de los Maristas, estudiantinos que luego salieron un poco fascistas, casi todos, por cierto, y que a mí, cuando me veían pasar, sin meterme con nadie, me gritaban:

—¡Rojos a Moscú!

Pero yo no estaba muy seguro de ser rojo (las revistas «rojas» de Madrid no me publicaban nada e ignoraban mi nombre siempre y en todo: hasta que me descubrieron, tarde, claro, que se jodan).

En cuanto a lo de Moscú, me parece, sin haber estado nunca, una especie de Telefónica madrileña escarchada, con todas las líneas interceptadas por el frío y con pinganillos de hielo en sus cables, a través del inmenso país (quizá de ahí la incomunicación en que dicen los rusólogos que vive Rusia, respecto de Occidente: el frío congela las noticias). Demasiado frío para mi pobre garganta, siempre con el cuchillo de un hielo hipotético rozándome el cuello largo (de joven se tiene el cuello largo: ahora ni sé).

El Viena tenía grandes espejos desgarrados por el tiempo, parejas de maduros, de esas que nunca se casan, sin que nadie se lo impida, salvo que él o ella tengan una madre tullida y varicosa, que era lo más frecuente.

En el Viena, por las mañanas, no había nadie. A primera hora de la tarde se repasaban los temas de la Facul, luego se hacían manitas, a la caída de la tarde iban llegando las parejas entradas en arrobos de tiempo y, en general, se jugaba mucho al parchís.

La casa ponía parchís si uno iba siendo asiduo.

Un día montaron una televisión junto al mostrador, que todavía era la televisión en blanco y negro, y siempre había un grupo de señores mirando a Franco, que inauguraba cosas, y las señoras, de abanico, ensaimada y rímel en el orzuelo, también miraban, a través de las cabezas con caspa de sus maridos. Al fondo, un friso griego y mediocre de adolescentes de ambos sexos, como distanciados del Régimen (la televisión era el Régimen), besándose al descuido o preparando los logaritmos despejados de un futuro en el que ya no iba a haber Franco.

María del Té me llenaba de su perfume infantil y su tabaco macho, me tocaba mucho la cara y las manos con sus grandes manos de baloncestista o así, y me besaba en la boca, con su boca larga de diecisiete años, cuando nos miraba todo el mundo y a mí me daba más vergüenza.

A media tarde nos encamábamos, alguna vez, en la buhardilla que tenía en Argüelles el novio imposible (ella no le quería) de una hermana de María del Té. Esta hermana era menuda, lista, demediada, irónica y atroz. Una María del Té con menos gloria corporal y más violencia contestataria. Es curioso cómo por los hermanos y las hermanas de una mujer va uno completando su imagen, o la va fragmentando, y aprende a contrastar lo que esa mujer amada tiene de personal y lo que no es sino mera herencia o adherencia familiar.

A veces, este conocimiento resulta decepcionante. La criatura única de nuestro amor sólo es un resultado familiar. A veces, el conocimiento es enriquecedor porque, como digo, nos entrega la persona total, con su genealogía inmediata e incluso remota, entreadivinada.

Este noviete de la hermana listísima de María del Té era un señorito extremeño que estudiaba Letras, hacía poesía social, vivía con su madre, vendía olivares, iba en moto

y estaba entre panderetero de la tuna y marxista dominical. Su buhardilla acumulaba un poco de todo esto que digo, pero a María del Té y a mí, a solas en el alto y mínimo palomar de Madrid/Oeste, nos daba igual.

Íbamos allí al descubrimiento de nuestros cuerpos, y primero aquello era una cosa tectónica, que a ella le daba risa (la risa es patológica o nerviosa, negativa, en asuntos sexuales), hasta que nos fuimos encontrando un poco más en la complicada y enredada asignatura del cuerpo. María del Té, tan activa en las caricias, en cines y cafés, era pasiva y tímida en la cama.

Les pasa a muchas mujeres jóvenes. Y María del Té era una adolescente.

Su liberación verbal, tanto «estoy hasta los cojones de la familia», «estoy hasta el coño de ese profesor de mierda», no se correspondía exactamente con una liberación interior, real.

Les pasaba a todas las de su generación, las progres y contestatarias de los sesenta. No sólo no se correspondía, sino que sustituía con la liberación verbal a la verdadera, que siempre es más cómodo.

El cuerpo de María del Té era grande, cálido, fuerte, como una ola de juventud venidera en el mar adolescente de aquellos pocos años femeninos. Todo lo que yo podía necesitar.

En ella aprendí por primera vez el sabor del tabaco en la boca de una muchacha. Y me gustó.

Algunas mañanas, después de lo de los periódicos, viajaba yo, a través de Metros y tranvías, cruzando Madrid como mil ciudades, cruzando mil ciudades enhebradas en una sola, me iba hasta la Complutense, a la Facultad de Letras, por buscar a la niña.

En estas largas travesías era cuando más y mejor veía yo que hay un Madrid moro (y no sólo en el Campo del Moro o en la morería de Cansinos-Assens, del que luego hablaré), como hay un Madrid árabe o andaluz, en esa coincidencia de las calles de la Cruz y de la Victoria, una Sevilla triangular y mínima, y un Madrid judío, del que ya he hablado, y un Madrid cristiano y godo saliendo de misa en cada una de las mil iglesias, y un Madrid republicano, laico, ateo, constitucional de la primera Constitución, que estaba en los cafés de barrio escribiendo cosas impublicables, o en las tabernas del paro, leyendo conspiraciones ciclostiladas.

Todos estos Madrises —lo que un casticista habría llamado Los Madriles— no eran sucesivos, sino recurrentes, mareantes, volvían siempre y me daban, como ya se ha dicho aquí, el simultaneísmo de la ciudad rumiante, que está siempre rumiando lo mismo en su pesebre de siglos. Por no hablar del Madrid caraqueño o el Madrid precatálogo, neoyorquizante y muy años treinta, de la Gran Vía.

Un día me tiré en marcha del tranvía universitario, frente a la Facul, y vi la tropa de los grises, la asamblea de los caballos, el torpor de los colores, las casamatas del silencio y los grupos de estudiantes. Los de Letras se habían manifestado contra lo de Grimau y los grises habían tomado la Facultad a caballo. Me metí en el mogollón, seguro de que María del Té estaba dentro, divertida y exaltada. Era la misma escena parada y gris —mañana sin sol—, como del pintor Genovés, que yo había visto desde el coche de la condesa apócrifa o lo que fuese de las Landas del Guadalaviar, cuando cruzábamos hacia el Club de Golf. Aunque eso quizá no hubiese ocurrido aún. Pero los recuerdos más litográficos son los del futuro.

—El carnet de Facultad, joven.

El gris era gordo, terso y tenso.

—No soy de esta Facultad, pero voy a entrar.

—Pues de cuál.

—De ninguna. Soy periodista.

—Fuera periodistas. A la mierda los periodistas. ¿De qué periódico?

Esto era ya otro gris, enérgico y triste.

—Del *ABC*. El propio ministro nos pide información de lo que ha pasado.

—Pase.

(Yo no mentía: Franco solía enterarse del franquismo por los periódicos.)

María del Té, estaba en el bar, que era en aquel momento una cosa asamblearia, luminosa y jovencísima. Nos besamos en la boca y la saqué de allí. El tranvía universitario de regreso acuchillaba chopos momentáneos como vitrales de una primavera en plata. Íbamos cogidos de las manos, felices, a almorzar en cualquier tabernón.

El tranvía, que huía sólo de unos cuantos grises en lo gris, era como si huyese de toda la dictadura.

* * *

Al Café de las Salesas había ido yo en tiempos —parecía que hacía tanto tiempo— a entrevistar a don Antonio Machado, que se estaba allí rezando el rosario de los dedos. ¿Hacía cuentas, contaba versos, qué coños hacía?

Era un solitario que movía mucho los dedos, por debajo del mármol de la mesa, en aquel café hoy desaparecido. Nunca me atreví a entrevistarle, no sé por qué, ni a inventarme una entrevista con él, como con Galdós, Valle o Solana. Don Antonio Machado daba como respeto.

Debía ser por el sombrero.

Don Antonio Machado tenía un sombrero duro, pero no duro de fieltro, sino duro de piedra, como si se lo hubieran hecho en Gredos, tallado en la roca, y se comprendía que con aquello en la cabeza no podía pensar.

Quizá por eso tenía que contar sus pensamientos por los dedos.

A mí el que me gustaba era Juan Ramón Jiménez, la madre de la poesía del siglo, suponiendo que Machado hubiese sido el padre. Juan Ramón lo dijo un día, en su terraza de General Oráa, en la tertulia amistosa del atardecer:

—Antonio es un poeta un tanto aportuguesado.

A mí se me cayó de las manos la *Segunda antología*, tan malva, no de la decepción, sino de la precisión, porque el juicio era exacto y asesino como todos los de JRJ, tan grande poeta como crítico.

Desde aquella tarde, en casa de Juan Ramón, yo iba al Café de las Salesas por ver o verificar el aportuguesamiento de don Antonio, o más bien por borrarlo con la mirada, pero lo cierto es que lo que se ha tomado por quejido andaluz, en Machado, o por duro lamento silencioso y castellano, se vence siempre un poco del lado de la saudade.

La melancolía de Juan Ramón —«nostalgia aguda, infinita, de lo que tengo»— era cruel y ensañada consigo misma. Machado, tan austero/entero, con su sombrero de voladizo de piedra, ejercita secretamente —o no tan secretamente— la autocompasión, y eso, a fin de cuentas, es antidandy y siempre da así como un poco de asco.

A Machado, que ha quedado como estatua y rotonda de poeta ético/cívico, le gustaban las niñas, Leonor y las demás, las *madrecitas en flor*, como a Nabokov, lo cual no es malo, sino lírico y vicioso.

Su soltería/viudedad insistente yo creo que se explica por eso.

Las señoras de su edad le debían dar tanto asco como a cualquiera con sensibilidad de ingle, y a Leonor sólo se la encuentra una vez en la vida, como Dante encontró a Beatriz, y para nada.

Por eso estaba solo don Antonio en el Café de las Salesas, y le miraba yo, pero no me salía el acercarme y hacerle la entrevista, porque la entrevista, por entonces, suponía sumisión/admiración, y yo así como admiración no le tenía mucha, literariamente, a don Antonio Machado.

Claro que yo le había hecho una entrevista a Galdós, por ejemplo, bestia negra de mi literatura, entrevista que queda reseñada en esta *Trilogía*, pero que es inventada, como en su momento se dice. Don Benito estaba ya en piedra, y Machado, por el

momento, de piedra sólo tenía el sombrero.

Años más tarde, el escultor Pablo Serrano, de gafas cuajadas y barba roja, le hizo un busto prodigioso a Machado, pero se lo hizo sin sombrero, * porque comprendió, con esa comprensión intuitiva y muda de los plásticos, que el sombrero de piedra era lo que le impedía pensar a don Antonio, en los últimos tiempos. El tener un hermano pisaverde, don Manuel, le permitía a Machado hablar siempre de sí mismo en plural, como los Papas, y en el plural incluía a su hermano.

Manuel Machado pasaba mucho por la calle de Apodaca, era algo así como el sevillano más sevillista de Madrid. Del modernismo se le había quedado el sonsonete, y del satanismo verleniano, algún barullo bajuno de tablao.

Nada.

En Fornos estaba don Marcelino Menéndez Pelayo, que hacía la ruta del anís, de sus múltiples anises perleros, y una vez que quiso sacarle una caricatura Bagaría, se levantó para pegarle.

—¿No sabe usted que yo estoy ya en los billetes de quinientas pesetas?

—Nunca he tenido un billete de quinientas pesetas. Y además, me parece que es moneda franquista.

—Y hasta hay una Universidad, en mi tierra, que lleva mi nombre. Déjese de caricaturas, heterodoxo.

(Desde aquello, Bagaría murió con la esperanza de verse incluido entre los *Heterodoxos* del polígrafo, pero no.)

La ruta del anís de don Marcelino Menéndez Pelayo era un itinerario que le daba bien la vuelta al Madrid de aquel entonces, y dejaba cerrado el círculo que, como nos enseñaron en la escuela, no es sino una sucesión de puntos, ninguno de ellos situado igual que el anterior. El punto final con que don Marcelino cerraba el círculo, era ya un último anís canalla, ni mono ni nada, que le alborotaba el pelo hirsuto, le descolgaba la perilla de Lope sin inspiración y le cerraba esos ojos de lechuza tomista que abre en los billetes azules de quinientas.

Era la hora en que iban cayendo todos los genios que le dan marcha al siglo:

Rubén, llorando lágrimas de pippermint de puta sobre sus entorchados de embajador, en el hotel París, Puerta del Sol.

Don Marcelino, durmiendo el anís cabezón en un sueño de meretrices como criadas santanderinas, sumisas, blancas y buenas.

Don Santiago Ramón y Cajal, desnudándose en un prostíbulo como lo desnudó Victorio Macho —siempre la intuición de los artistas, tan burros— para retratarle en piedra en el Retiro, mirándose en un estanque, entre el Narciso que nunca fue y el romano decadente que tampoco fue. Pero don Santiago, aparte sus infames charlas de café y su histología genial, que hacía con el abrigo puesto, en un laboratorio que tenía algo de estudio de pintor, según lo entreví, don Santiago, digo, había sido un Nobel putaño, y quién no lo era entonces, con las españolas tan estrechas/estrictas.

Las decentes, claro.

Galdós, *privándose* de vino albañil mientras calculaba en reales el rendimiento de sus *Episodios*. Le interesaban más los reales que Napoleón en Chamartín.

Machado, dándole al «vino amargo de las tabernas», escribiendo para Guiomar, o sea Pilar de Valderrama, una casada viuda/madrileña, una señora cursi y poetisa, porque, aunque a uno le gusten las niñas, las niñas huyen de los ancianos con sombrero de piedra y además de estatua, y entonces hay que apañarse con la madura menopáusica y entusiasta que le escribe cartas picudas a uñó.

Un senado de ancianos, ya digo, de glorias nacionales e internacionales, de Rubén a Cajal, desplomándose a la misma hora, uno tras otro, cuando don Francisco de Goya salía de la Quinta del Sordo (el sordo era él) a pintar su crepúsculo goyesco y ocre sobre el crepúsculo azul y falso de Velázquez. Si no se estudia cómo Goya emborriona

a Velázquez, en reyes y crepúsculos, cómo le borratajea y suprime, no se ha estudiado nada de la pintura española, que es, con mucho, la mejor del mundo.

Yo recorría Fornos, La Granja, La Fontana, El Prado, las Salesas, Recoletos, el Lyon, tantos cafés de Madrid, bares de hotel y bares americanos de la Gran Vía —un cubismo de espejos y martini—, por ver la caída de las cabezas más importantes y cerebrizantes de la hispanidad degollándose una tras otra, al filo del alcohol, entre las ocho y las nueve de la tarde/noche.

Hice un artículo sobre aquello. Macho había retratado a Galdós en granito, con la manta que suponía dentro, entre los pies pedestres y pedáneos, un brasero de portera de la calle del Sombrerete.

Macho había retratado a Cajal, en granito o lo que fuese, como después del polvo con la puta de la calle de Echegaray o Huertas, media sábana al hombro y un inclinarse a mirar, hipocráticamente, cómo la meretriz se lavaba los bajos y se ponía la faja. Los hombres somos mirones y lo que más nos gusta del amor es cuando ella empieza a girular desnuda por la habitación, o a vestirse, que es casi tan indecente como desnudarse, o mucho más. Ya lo dijo Eugenio d'Ors:

—La Maja más indecente de Goya es la que está vestida, claro.

Sí, hice un artículo con aquel vencimiento vespertino de las cabezas poderosas que inauguraban el siglo, como piedras miliare, y con la ruta del anís de don Marcelino, airoso y ridículo en su capita, vergonzante en su golferío de polígrafo de los anises, ruta circular que, por los cafés que he citado y otros, dejaba muy anudada la tarde y la ciudad. Pero en *La Estafeta Literaria*, que la llevaba Pérez Embid con sus efebos rosariales del Opus Dei, me dijeron que más respeto con don Marcelino y que iba a ser el centenario o algo y que por qué no hacía una cosa erudita para el centenario.

A tomar por retambufa con la erudición, Florentino, hija.

Lo que había que hacerse era un Azorín, claro. Raúl del Pozo, pastorcillo de Cuenca, gitano de la buena prosa, reportero por libre, se arrancó un día a la barra del café y el ligue de la media tarde para irse a ver a Azorín, en ese momento de desesperación que teníamos los reporteros sin suerte, yéndonos a lo más fácil o lo más difícil, al golpe seguro. Yo también tuve una tarde ese momento de alma crucial y vocación fatal, y me fui a ver a Azorín.

Azorín vivía en la calle de Zorrilla, detrás del Parlamento, e iba mucho al cercano cine Gong, en Marqués de Cubas, y jamás entendió el cine, porque el cine iba demasiado rápido para su prosa lenta.

Por ejemplo, recuerdo que le gustó mucho *Candilejas*, de Chaplin, que es ya un Chaplin malo, el Chaplin peor, sentimentalón de camerino y con toda la cursilería contenida de toda la vida, desmadrada al fin por la edad. Escribía Azorín que el sombrero tejano de Gary Cooper era un sombrero extremeño, y aparte de que esto no nos inquietaba en exceso, Azorín no ajustaba su prosa tartamuda a la prosa veloz del cine. El cine Gong ya ha desaparecido.

La casa de Azorín, entre restaurantes alemanes, trasera del Parlamento, como digo, era una casa como de médico ya sin consulta, sosa, fría, aburrida, impersonal, con algo de pensión fina.

Azorín salía, después de un rato, como el caballero estable de aquella pensión (siempre vivió de pensión en su propia casa), y uno tenía la imagen del ascensor de peluche y espejo, dentro, y aquel señor también le parecía a uno de peluche y espejo. El silencio atronaba los silencios de la casa.

—Usted empezó de anarquista y hasta se hacía fotos de albañil.

—Aquel Madrid con la cuarta de Apolo, de cuando llegamos a Madrid...

Había disecado la vida en dato. Le quedaban a Azorín unos cinco años de vida, y cuando Castillo-Puche hizo un reportaje de su entierro, en el *Blanco y Negro*, lo tituló «El último del 98».

Yo creo que el 98 ya no vivía en él, la tarde que lo visité.

—Usted hizo unos reportajes sociales sobre el problema andaluz.

—Nosotros nunca dejamos de recorrer España y devolver la idea de lo español a nuestros contemporáneos. Cuando Cavite...

Azorín hablaba en *nos*, como Machado y como los Papas, sólo que Machado incluía en el *nos*, domésticamente, a su hermano el banderillero, y Azorín no estaba claro si incluía a todo el 98, que él mismo se había inventado, o tenía su individualidad por una trinidad santísima sólo denominable en *nos*. Azorín inventó el 98 como los más mediocres de una generación inventan siempre el grupo, buscando la salvación generacional, ya que no confían mucho en la salvación personal. Ni Baroja ni Valle ni casi nadie creía en eso del 98. Azorín vivo era un cadáver exquisito que bastante erudición soltaba para estar muerto.

—Usted es el único del 98 que ha tragado el franquismo.

—El escritor se levanta al alba y se pregunta por el tiempo. Sólo existe el tiempo, la memoria. La memoria es la personalidad.

Sí, claro. Pero, en una exposición nacional de bellas artes, Zuloaga había concurrido con un retrato de Franco embanderado de España, équite sobre fondo de borrasca. El cuadro lo pusieron los organizadores en habitación aparte, por respeto o por higiene, y cuando Azorín llegó a hablar, se guardó su discurso sobre el conjunto de la muestra, se metió en el cuarto con Franco e improvisó un dificultoso discurso sobre los héroes y los césares a caballo. No se atrevió a ignorar la ignorancia.

Azorín en el 98 y Gerardo Diego en el 27 son los únicos que aceptan a Franco.

Lo dice el verso de Gerardo:

Huevo de águila: a Franco nombro.

Hay curiosas afinidades entre Azorín y Gerardo Diego, a quien traté mucho: ambos empiezan de vanguardistas, ambos son secos, tímidos, ascéticos, con audacias de gran tímido, ambos quieren conciliar clasicismo y vanguardia, ambos son silenciosos en sociedad y lacónicos en las entrevistas. Sólo que Gerardo es muy creativo en el verso y Azorín nada creativo en la prosa. Ambos hacen una obra desproblematizada donde España ya está resuelta por inmanentismo.

No hacen crítica ni siquiera glosa. Sólo hagiografía.

Yo estaba en casa de Azorín, frente a Azorín, por única vez en mi vida, y era como si estuviese entrevistando al muerto mientras el entierro se organizaba, abajo, con desorden de guardias, escritores y ministros.

El muerto, naturalmente, era lacónico.

Azorín pasó de caballero estable de esa pensión que es la literatura, donde se han hospedado bohemios tonantes como Villaespesa y vascos definitivos como Blas de Otero, a muerto honorario del azorinismo oficial.

Mi entrevista/crónica salió muy mellada por la censura, ya que Azorín era «el único 98» que podía presentar el franquismo. El silencio de Azorín —toda su obra es un silencio obvio y soso— se concentraba en aquella tarde de dentista retirado que ya no saca dientes.

Yo veía claro en el espejo que al muerto le quedaban cinco años de muerte.

O sea de vida.

* * *

Anecdotario madrileño en números romanos en que las casas de placer eran como viviendas protegidas, con el charco a la puerta y las vecindonas a la husma.

A los estraperlistas de la posguerra les sucedió el hombre quemado por el sistema, el bonzo del Régimen, el que, habiendo sido ya ministro o presidente de un banco oficial, vivía del, erario público, hacía sus negocietes en Valmoral y frecuentaba los lugares prohibidos entre la tertulia en Bellas Artes y el estreno de Alfonso Paso, con la santa esposa. Luego estaban los espacios intermedios, ambiguos, la tierra de nadie y de

todos, como Pasapoga, adonde se podía llevar a la familia en cena de matrimonios, y adonde se iba solanas a ligar una meretriz que se decía hija de notario —qué cabras locas les salieron las hijas a todos los notarios—, para una hora de encierro, media de cama y diez minutos de sexualidad circense.

A dieciocho pesetas la copa, con más nocturnidad que alevosía, el violín de Bernard Hilda hacía aún de aquel Madrid de los sesenta una Viena emputecida, bombardeada y neoclásica. Villa Romana y Villa Rosa eran las dos catedrales de la noche retrospectiva, hasta que un Elvis Presley de Vallecas asesinó por la espalda a Bernard Hilda, clavándole un crucifijo del padre Llanos, y empezaron en el Price dominical y matinal los festivales de rock que en seguida iba a prohibir la «autoridad competente» (pleonasma que descubría un fallo freudiano, ya que no había por qué concebir autoridades incompetentes).

Lejos de todo esto, cuando Chicote, en la Gran Vía, era el pajar con espejos en que perdían su virginidad legendaria las mozas con inquietudes de todos los pajares de España, lejos del jazz comercial de Pasapoga o el jazz intelectual y conspiratorio de Villamagna, allá por el Viaducto, adonde llegaban sólo unos organillos que ya no llegaban, don Gaspar Núñez de Arce, vestido como un funcionario judicial que se vistiera de Lope de Vega, se cruzaba con Rafael Cansinos-Assens, y no se saludaban ni se conocían, pero Núñez de Arce, el vallisoletano, el castellano viejo, había oído el arpa de Bécquer —«suspirillos germánicos»—, del salón en el ángulo oscuro, salón de casa de los señores de Luzón, donde estuvo de ilustre huésped, y Cansinos seguía oyendo melopeas en yiddish, de vuelta de sus cafés antirramonianos y competitivos, o de la editorial donde trabajó, la del señor Aguilar, que le explotaba en traducciones y prólogos, hasta que le dejó reventado y muerto como un Cristo gordo, escandalosamente judío y sin otra cruz que el rectángulo de mármol del Depósito de Cadáveres. Años más tarde, esos jóvenes que siempre están descubriendo cadáveres en el armario, y que eran amigos del hijo tardío de Cansinos, hicieron una tertulia en memoria del escritor, en un café desmemoriado, y acudió la viuda, a la que saludé con un respeto más literario que social, pero al final pasaron la gorra o el platillo, dejé cuarenta duros, saludé de refilón a Antonio Ferres, antifranquista que seguiría sin triunfar después de Franco, y comprendí que los recuerdos literarios cuestan caros y que por ese dinero aún habría podido invitar a merienda y cine a María del Té.

Pero este Madrid disperso me daba su simultaneidad, de la que ya se ha hablado aquí, en determinados cuajarones de tiempo, como la cola del Cristo de Medinaceli, por primavera, entre el Palace y la calle de Huertas, al filo de la calle de Cervantes (donde lo que está es la casa —apócrifa— de Lope de Vega: más simultaneísmo).

El besapié de Medinaceli reunía a Emilio Carrere, último costumbrista de un Madrid que él creía parisino de los tiempos de Villon, a don Ramón Serrano Suñer, que procuraba encontrarse/no encontrarse allí a su cuñada, doña Carmen Polo de Franco, a un director general que nunca estuvo (murió en una casa de lenocinio, le vistieron los amigos y las putas, se lo llevaron a la viuda y le dijeron que el infarto le había dado en la cola del besapié). Emilio Romero bajaba un momento de su cercano diario *Pueblo*, que por entonces ya no estaba en Narváez, y yo no sé si se asomaba por hacer sociología de cola, porque le sacasen una foto por purgar sus pecados de ingle, que no son pecado, ante la familia reinante del Caudillo, con un beso frío al frío pie del Cristo, húmedo de saliva, horadado de devoción, temeroso de superstición.

El marqués de Villaverde, en la cola del besapié, con Carmencita Franco, dando por una vez para todo el año, en la foto de prensa, la imagen de familia modelo que vendía el Régimen, y los que ya no eran ministros, borrados de la Historia por un motorista, procurando reaparecer ante la Señora, porque allí el pie lo ponía el Cristo, pero quien se aparecía o no era doña Carmen, como la de Lourdes en Lourdes. Jordana de Pozas, Juan Aparicio, Robles Piquer, Fernández Sordo, López Rodó, Carrero Blanco,

López Bravo, el padre Félix García, todos en la cola, disciplinantes y disciplinados, uno con el tostado de la guerra, otros con la lechigada del pietismo, otros con la sotana trabucaire, las familias políticas del Régimen, en espectro callejero y muestrario fiel. El pueblo, más que a hacer cola, iba a ver la cola.

Fray Domingo Fernández Villa, minucioso de candelas y candilejas, atendía a todos y daba piedad y respeto, información sobre el Santo Cristo:

—Mire usted, señor Solís, la imagen data de la primera mitad del siglo XVII. Pero qué le voy a contar yo al señor ministro...

El Cristo, adentro, tenía una belleza macho con melena hembra de raya al medio, un poco como la de Dios Padre, orla de espinas, manto morado con ramajes y espirales de oro, armónium de luces, un crucifijo delante y un sol falsamente románico detrás, con cuatro ángeles viriles de pelo corto, como falangistas (sin duda, un mural contemporáneo, extemporáneo y madrileño). La imagen viene de la plaza de Mámora, en el Sur árabe, católico y visionario. La cabeza, sobre todo de perfil, es una buena talla. Las puntillitas del cuello de la camisa contrastan con el cordón/cordel que le hace reo de muerte/vida, o mozo de cuerda que se llevará al cielo nuestra alma de baúl.

—Nuestro Jesús, en poder de los moros, fue nazareno arrastrado por las calles y bajó al foso de los leones —explicaba un fray a la Señora.

—¿Como los primeros cristianos?

—Como los primeros cristianos, siendo Cristo.

Sonreía el fray de su juego de palabras, y corría por toda la cola un estremecimiento de indignación remota, voluntaria, vaga, por la impiedad de los moros, que en buena hora echó Franco de su escolta (aunque alguno ya había hecho fortuna en ella).

Por otra parte, poco peligro había corrido el Cristo de palo ante las fauces de los leones africanos y hasta puede que arríanos.

Parece que Valdés Leal estuvo allí, de fotógrafo de prensa, o se lo inventó, y cuenta en óleos cómo Jesús es arrastrado por las calles de Mequinez, entre la turba/enturbantada. El cuadro fue propiedad de la Fundación Ducal Casa de Medinaceli, y un día lo vería yo salir, cuando tiraron el palacio, en Colón, para levantar un rascacielos, entre grifería de oro, cosas persas y Goyas, como en esta *Trilogía* se contará.

—Jesús Nazareno estuvo en Tetuán y Ceuta.

Ante esta precisión del fray, algunas dignidades de la Casa Militar de Su Excelencia tenían casi un ademán de cuadrarse, porque el moro había empezado a reivindicar esas ciudades como marroquíes, precisamente a Franco, Cid de aquellas tierras y sólo tierra.

Hay una leyenda en monedas de plata por la que se sabe/no se sabe lo que los trinitarios pagaron por la imagen, pero esto no lo explicaba el fray, discreto en cosas de cepillo, ánimas y monedas.

Las manos bendecidoras, atomatadas por el tiempo, que estropea los lacres y barnices, torcidas por la artritis de la madera, se presentan maniatadas por grueso cordón que es como la metáfora, la estilización de la soga que sufriera el Cristo, pues parecería impiedad, a un catolicismo decorativo, como el de aquellos veinticinco años, presentar un esparto a devoción.

—Nuestro Padre Jesús volvió a España pasando por Sevilla —explicaba el trinitario.

Este obligado paso andaluz le pareció muy bien al ministro Solís, que asentía riente, como si Dios hubiera estado de huésped en su casa.

Nuestro Padre tiene escapulario al pecho y las borlas de los cordones le cuelgan casi hasta los pies. Miguel Marañón le hizo de lejanía y caseína, en 1947, por encargo, dentro del muralismo de los cuarenta, que aplicaba casi un realismo socialista a los temas del cielo.

Los pintores de Biosca y el Café Gijón no tenían otra referencia.

Juana Mordó, entonces muy joven y muy francesa, con los ojos claros y preguntadores, procuraba encontrar al que se saliese de ese camino corto y cerrado. Pero se ha hecho vieja buscándolo. Y ahora ella misma es un Toulouse-Lautrec estilizado por Matisse o un Matisse acanallado por Toulouse-Lautrec, con el pelo blanco teñido de blanco, la sonrisa inteligente y el cigarrillo en la mano. El fray se lo decía a la Señora:

—Pero ese fresco o cúpula lo tienen los santos padres en Algorta. Si un día se digna la Señora...

Algorta, Vizcaya. Las provincias duras y malditas del Alzamiento.

El fray acababa de caer en indiscreción con tanta cháchara de erudiciones.

La cola, primero estremecida de piedad, luego militarizada de Imperio, finalmente medrosa de imprudencia, inició un rosario colectivo y espontáneo, por borrar con su ferrocarril de letanías la grave falta del trinitario.

El padre Félix García se deslizó al oído de la Señora, enriquecido de las sutiles orejas de encaje de la mantilla negra:

—El rosario es homenaje a la Virgen. Estamos en la cola del Hijo. No parece devoción adecuada.

Se había enmendado un error con otro error. La Señora, al terminar un misterio, guardó su rosario de plata en el hondo bolso negro. La devoción se dio por terminada. Hubo desconcierto en la cola. Los más auspiciadores explicaban.

Y qué bien arreglamos estas cosas en España. «La Señora ha estado en su sitio.»

El cautiverio y rescate de Nuestro Padre Jesús (siempre en palo, siguiendo una peripecia paralela a la de Jesús de Galilea, pero de truco) pasa por lienzos anónimos del XVII, por interrogaciones que se levantan de la Historia como gruesos serpentones y por la iglesia de San Martín, en Trujillo, Cáceres, adonde el Cristo se reproduce con escena medieval, según el fray. El todo Madrid recibió al Cristo, cuando por fin llegara a Madrid, y allí estuvo Mariana de Austria, como ahora estaba la Señora, ni Austria ni nada, parroquias de San Martín y San Sebastián.

—Los franceses bombardearon la capilla de Jesús —les explicaba el fray a José Félix de Lequerica, embajador de España en Washington, y a don Manuel Aznar, que habían ido juntos al besapié.

Lequerica tenía nariz de loro y orejón de elefante, pero era listo, vasco y señorito. Aznar parecía un vinatero entre Bilbao y el Abra. Ambos habían traicionado —o corroborado— su señoritismo liberal, su liberalismo señorito, cuando Franco los nombró cosas, porque sin duda les gustaba el papel de golfos ilustrados de un Régimen sin ilustración. Por la sonrisa *mondaine* de Lequerica y la adustez ajendada de Aznar, el fray iba viendo que aquellos dos enciclopedistas secuestrados por el franquismo sabían mucho más que él de aquello y de todo.

De modo que se calló.

Juan Álvarez de Mendizábal, romántico y rizado, desamortizador y afrancesado, motiva el traslado del Cristo a la parroquia de San Sebastián, por salvarlo de los poderes laicos, carolinos y extranjerizantes. Todo lo que entonces se llamó «volterianismo», llegando en su ápice humano a corporalizarlo en el ministro conde de Aranda.

Así las cosas, Pastora Imperio, viuda de toreros vivos, la más grande del cante y el baile, presidenta ausente del Madrid nocturno de los colmaos (tuvo uno en la calle de los Jardines), sagrario laico y femenino de los dioses del flamenco, se ponía la mantilla en su casa y bajaba por la Castellana, a pie (la gente ya no la conocía mucho), hasta la cola de Medinaceli.

Isabel II devuelve el Cristo a su actual capilla, los capuchinos se encuentran a Cristo en una esquina, como una víctima de los grises, y el padre Llaveneras, escapando al pintor Sigüenza, piensa y comprende que aquella tiene que ser la devoción de Madrid, popular y aristocrática al mismo tiempo, porque aquí sólo ha funcionado, como en las comedias de Lope, lo que es fusión festera de aristocracia y pueblo, o de monarquía y

pueblo. Los capuchinos derribaron la vieja capilla con sus propias manos y piquetas. Don Luis Fernández de Córdoba y Salabert, duque de Medinaceli, tenía los ojos claros y las manos abaciales. Entre un hombre así y unos frailes con piqueta, el Cristo estaba tan preso como en tierra de moros. (Doña Casilda Salabert y Arteaga se vestía de reina para estar en casa y mandar por la compra a la cocinera.) En la basílica que María del Té y yo visitábamos, por distraernos un poco, cogidos de la mano, había un esquinazo con Cristo Salvador de Víctor de los Ríos, leonés que había entendido a su manera (no lo había entendido) una especie de cubismo románico o románico del cubismo que dejaba tiesos y paralelos en piedra los pliegues de las túnicas, gracias a lo cual tenía muchos encargos religiosos, pues la Iglesia española, por entonces, quería estar al día en arte, como lo había estado la del Renacimiento.

—¿Es que no ha traído Franco un nuevo Renacimiento? —me preguntaba, irónica y niña, María del Té, apretándome una mano.

Durante la guerra civil el Cristo hizo vida de sótano, comiendo queso o dejándose comer por la carcoma, como que era de madera de pino o así. Nos salió un Cristo muy andarín, como el de los Evangelios, que había estado en Francia, Suiza y, como ya se ha dicho, en África. Y por toda España, claro. O sea que, cuando le besaban los madrileños, jerarquías y pueblo, besaban en su pie desnudo, con sandalia de polvo, mucho sabor de caminos, y esto les hacía más verdadera la emoción. Jesús entró en Madrid entre palmeras de domingo de ramos, manos alzadas falangistas y niñas de primera comunión, con el primer dolor de mujer en el cuerpo: los zapatitos de charol blanco que les apretaban.

La mujer empieza a ser mujer por los pies. El 14 de mayo de 1939 el Cristo recorría las calles madrileñas entre farolas, héroes paramilitares y una estela de seguros médicos que había en los balcones, porque el Seguro Obligatorio de Enfermedad, gran realización socialista de José Antonio Girón, aún no había tenido tiempo de nacer.

Una vez dentro de la iglesia, a mí lo que más me llamaba la atención eran los sepulcros en mármol de los duques de Medinaceli, y María del Té llegó a sentarse en uno de ellos, como si fuera un banco de piedra del Retiro, hasta que vino un señor asacristanado a decirnos que qué herejía era aquella. De no ser por el señor asacristanado, María del Té y yo habríamos hecho manitas en aquel banco/sepulcro como solíamos hacerlas, efectivamente, en el Retiro.

El órgano nos echaba por encima sus mares de música y agua morada, había mitras y vitrales de un cubismo entre Vázquez Díaz y la ineptitud. Subía una humedad de cripta contra la humedad musical del órgano. Hedían desde algún sitio las llagas de san Francisco. El crucifijo de los toreros, de García Irurozqui, parecía crucificado en una cruz de madera de cama. Ezequiel Pérez Agua, pocos años antes, le había puesto unas diademas a las espinas del Cristo. Ya digo que el pietismo de la época era mayormente decorativo, sin concesiones al proletariado de los Evangelios. El escapulario de los trinitarios, sin tenerlo ni merecerlo, parecía que nos ahogaba un poco el pecho, como un parche Sor Virginia. Era la adoración del primer viernes de marzo, claro, y la Señora ya se iba. El padre Villalobos, con perfil hebreo y banderita e insignia al pecho, sobre el hábito, vivía una populosidad de miembros de la Junta de la Esclavitud. Todavía el Cristo, en Viernes Santo, salía por Madrid precedido de bellísimas adolescentes de capa roja:

—Me gustan esas niñas, María del Té.

—Eres un cerdo.

El Cristo llevaba una vida de velas, viudas y milagros. Las cuarentonas le visitaban descalzas y arrastrando cadenas. Vivían su orgía sadicoanal sin saberlo. Un señor avanzaba de rodillas por la cola. Quería llegar de rodillas hasta la imagen. Pero mantenía conversación con los de atrás y delante, que se inclinaban un poco para hablarle. Ida la Señora, Lequerica huyó a pie hacia el Palace, a su habitación de la

cuarta planta, a descansar irónicamente de tanta santidad, y a don Manuel Aznar, periodista, empresario, banquero, embajador y caimán viejo, lo llevaba un coche negro al hotel Velázquez.

* * *

Lo más que le podía pasar a un escritor novel llegado por entonces a Madrid era encontrarse a don Mariano Rodríguez de Rivas, homosexual como el Greco (si es que el Greco pintaba homosexuales, que yo creo que sí), en su Museo Romántico, queriendo hacerle pasar a uno por el arpa becqueriana del salón en el ángulo oscuro, y no la que había creído ver Núñez de Arce en el palacio de los señores de Luzón, Vistillas/Viaducto.

Mariano Rodríguez de Rivas había muerto hacía pocos años, y por eso mismo era tanto más peligroso, pues nunca se sabe uno las tretas de los muertos. Yo, por entonces, visitaba algo el Museo Romántico, muy al cuidado de Rodríguez de Rivas, y bajo el patrocinio, me parece, de Vega-Inclán. El museo es falso como un duro sevillano del conde de Romanones, y se le despegaba la hoja de plata vieja como se les despegaba a aquellos duros, y el sumiller decía que todo lo de la sala de Larra era auténtico, pero yo me había ido con Gigi Corbeta, el gran fotógrafo italiano, rubio y gigantomáquico, al paseo del Prado, 16, domicilio del último Larra, quien nos mostró la autenticidad de la levita y la camisa (sepia ya la sangre del suicidio salpicado), para fotografiar aquello y sacar la portada de un libro sobre el romántico, que era el motivo de mis visitas al museo. Pero don Mariano, vivo o muerto, ya digo, se deslizaba entre las vitrinas:

—Un joven romántico, no me diga.

—Pero usted tose mucho, don Mariano.

—Los románticos tosemos, joven.

—Pues se va a morir de la tos, ya ve.

Era como un romántico apócrifo de función de teatro. Un sentimental, sensible y sensitivo, que se obstinaba en escribir y no sabía escribir.

Se puede ser sentimental, sensible y sensitivo y no tener una sintaxis propia. Es otra cosa.

—Vámonos, Gigi, que este romántico me quiere perforar.

—De modo que un libro sobre Larra, señor Umbrales...

—Perdón, Umbral. Y de señor nada, que no tengo edad, como la Cinquetti. Señor, quizá, después de mi libro.

—Oh, el joven.

Era así de maricón, el pobre.

Don Mariano Rodríguez de Rivas había estado en las primeras horas del fascismo romántico español, antes de la guerra, y ahora, con los suyos en el poder, llevaba aquello como su casa/museo.

Se había quedado en el romanticismo decorativo.

—Lo que usted no sabe, don Mariano, es que el romanticismo es de izquierdas, frente al neoclasicismo.

—Ahora ustedes, los jóvenes, andan todos en la cuestión obrera, aunque sean intelectuales y gente bien. Eso me alegra. Sí, me alegra.

Parecía un mal actor disfrazado mal de romántico.

Gigi no paraba de hacerle fotos.

—¿Y por qué me hace tantas fotos este joven?

—Este joven es italiano y le vamos a sacar a usted en la prensa amarilla de Milán, diciendo que es el Larra reaparecido, una especie de Manzoni español.

Era inteligente y entró en el juego.

—Oh, Manzoni. ¿Y la peste?

—La peste ha sido la guerra civil, don Mariano. Aquí hemos inventado nuestras propias

pestes históricas, que son las guerras civiles.

No sé si le gustaba Gigi o le gustaba yo, pero el tío nos parecía un cursi, aparte lo bien que explicaba el museo, como que era su casa.

—¿Lee usted mis artículos, joven?

—Sí. Lástima que quienes saben tantas cosas no saben escribir.

—No le entiendo, perdón.

—Que aquí en España sólo escribimos bien los analfabetos, o sea los que no sabemos nada. Por ejemplo, Berceo, Larra, que ha leído cuatro cosas en francés, Valle-Inclán, que no ha leído nada, Lorca, que intuye el surrealismo más que estudiarlo, como intuye a Góngora sin leerlo (quien lo lee es Dámaso Alonso), y yo mismo, qué le parece.

—Es usted deslumbrante, joven.

—Pero lo que pasa es que aquí no tragamos, ni el italianini ni este cura, o sea que muy buenas, don Mariano, que las fotos ya están hechas.

Tísico, arrugado y vicioso, quería quedarse con nosotros. Sonaba el arpa falsa, perfumaba el jardín falso y romántico, destellaban las pistolas de Larra, que eran de anticuario, y salimos de allí, recuerdo, a la realidad de loza, cruda y violenta, de la calle de Fuencarral. Tomamos el tranvía.

—No te jode la maricon —le decía yo a Gigi, que iba envolviendo en trapos todas sus máquinas.

Rafael Sánchez Mazas, con gafas muy gordas y franelas de calidad, estaba en su casa de El Viso, y yo creía que iba a hablarme mucho de los griegos, del trirreme, del Renacimiento, de Fiesole y de todo eso, en la entrevista, pero sólo hablaba de Dios, sólo de Dios, y a mí estos señores que hablan tanto de Dios siempre me han parecido una vara y, sobre todo, algo que no va conmigo, porque Dios es un copón de oro y yo tenía y tengo el alma de pobre del pobre español, del español pobre.

—Pues muy bien, don Rafael, las fotos en el jardín yo creo que han quedado muy propias.

Y nos fuimos a coger el tranvía que bajaba por Serrano.

Eugenio Montes paraba poco en Madrid. Le cogimos Gigi y yo entre corresponsalía y corresponsalía. Eugenio Montes, cabeza fina de gallego quizá vagamente judío (de ahí su fascismo autopurificador), había sido ultraísta con César y Gerardo, en los veinte: «Los árboles nos contemplan con las manos en los bolsillos.»

Luego entró en la duda nada metódica de Giménez Caballero, Ramiro Ledesma y Primo de Rivera (hijo). Se hizo falangista. Corresponsal del fascismo en toda la Europa fascista, escribió *El viajero y su sombra*, recopilación de crónicas, entre otros libros, y a mí se me había quedado aquello de que «estrofa es lo que vuelve».

De modo que me había quedado cierta curiosidad por conocerle.

No hay gallego que escriba mal el castellano, como que tienen pegado el latín a la espalda. *Ateneo*, revista como de Juan Aparicio o así, había dicho de Eugenio Montes: «Maestro sin cátedra, ministro sin cartera, porque no la quiere.»

Y daban una foto de él con las solapas subidas, lo que le hacía cosmopolita e inapresable. Cuando le entrevistamos, resultó preso de todos los tópicos de la cultura tópica —ya he contado lo que le decía Sánchez Mazas respecto de su falsa cultura—, y comprendí que del ultraísmo (que era una versión/Viaducto del vanguardismo parisino de Apollinaire), este hombre había venido al tradicionalismo literario y político, más la violencia fascista, que no es sino la crispación de las *creencias* cuando alguien, orteguianamente, les enfrenta unas ideas. Muchos años más tarde, ya embalsamado Eugenio Montes por la Academia, para la muerte (o embalsamado por la muerte, para la Academia), le traté de tú a tú y, como quizá se ha contado en esta *Trilogía*, buscaba mi amistad y adhesión con esa adhesión senil y baboseada de los viejos. En Valentín/Félix le daban unos cocidos berroqueños, de homenaje, que yo creo que le empujaron un poco a la tumba. Aquí, el que no muere de fracaso, muere de éxito: viene

a ser igual.

Agustín de Foxá, conde de lo mismo, se estaba en el palacio de Santa Cruz, Ministerio de Asuntos Exteriores, plaza de Santa Cruz, por sobre los escaparates con trajes de novia muerta y los botijos gordos como él, aunque los botijos no tenían título.

Le cazamos en un despacho cualquiera de ese Ministerio de grandes escalinatas de catedral frustrada, porque él era un hombre de paso, no quería despacho ni papeles, dentro de la diplomacia, e iba de embajada en embajada como Rilke «de existencia en existencia» (que le escribe desde Toledo a una princesa europea).

—Cuba ha inventado la sobremesa.

—Ah.

La conversación de Foxá, gordo como un niño rico al que le han concedido demasiados helados de vainilla en la infancia, porque para eso era condesito, era una conversación que él hacía así, a saltos de ingenio, de frase en frase, como sus artículos de la tercerita del *ABC*. Con *Madrid de Corte a checa* quiso hacer un *Ruedo ibérico* de derechas, pero le faltaba marcha y le sobraba un brazo, para ser don Ramón. La prueba es que no pasó del primer volumen, y lo tenía planteado como trilogía.

Le pregunté una cosa que se preguntaba mucho en las entrevistas:

—¿Cuándo le hubiera gustado vivir?

—En la Edad Media. O en el Renacimiento, quizá.

En todos ellos lo mismo: la huida de la Historia, cuyo presente, sin duda, los ruborizaba como escritores. Mi querido García Nieto iba de Garcilaso, y Agustín de Foxá, según anoté entonces, de un como Boccaccio refinado, pasado por Leonardo y los sonetos de Shakespeare. Se refugiaban en la literatura. Les daba como asco la vida. La vida que ellos y sus curas y soldados nos habían traído.

Estos escritores que digo, más otros como ellos —Mourlane Michelena (un pequeño D'Ors de *Hoja del Lunes*), Pemán y el propio Ruano—, constituían lo que Guillermo Díaz-Plaja había llamado La Escuela Romana del Pirineo, con más sonoridad que exactitud.

Son una generación intermedia e indecisa, no clasificada ni cualificada, que triunfaron en el artículo y se frustraron en el libro. Teniendo tan dentro y tan en torno la idea medieval del Todo, se perdían en pequeñas nadas y no hacían una obra totalizadora.

El propio D'Ors, maestro de todos ellos, habla durante su vida entera de La Obra Bien Hecha, pero se dilapida y trocea en infinitas glosas, logrando malamente sistematizar su pensamiento.

Este diletantismo literario, este hacer el cuadro de caballete, naïf y cultísimo (hay un naïf de la cultura como hay una cultura naïf), este esnobismo, les impidió pasar del bodegón al gran mural, del caballete a la gran cúpula. Foxá, ya digo, cuando lo intenta, hace un *Ruedo ibérico* incompleto, manco (y no precisamente de la hermosa manquedad valleinclanesca), y plagiarlo. ¿Por qué, si eran buenos escritores, y algunos muy cultos, no han dejado nada? Yo a esto lo llamaría señoritismo.

Eran los nuevos ricos de un Régimen que los soportaba como candelabros de lujo en la repisa del cuarto de banderas. Podían hacer lo que les diese la gana, y por eso no hacían nada. El escritor no escribe cuando quiere, sino cuando «debe», cuando lo necesita para comer o, más sencilla y crudamente, para ser.

Ellos ya eran.

Los consagraba previamente un Régimen que no trajo a España la paz, sino la Victoria, Victoria cantada ominosamente —y supongo que onerosamente, que alguna calderilla hay que soltar siempre— por todos, desde Emilio Carrere, un Verlaine funcionario que daba risa, un Villon del Café Varela que daba pena (artículos suyos el primero de abril, en el *Madrid* de los Pujol), hasta Gerardo Diego, el 27, la Santísima Trinidad Panero-Rosales-Ridruejo (el mejor y más silenciado era el cuarto hermano Marx, o sea Vivanco), del 36, y los José María Alfaro de la posguerra.

Franco, aparte frustrar tantas cosas en España y en la Historia, frustró una generación de grandes prosistas que, obligados a ganarse la vida, a hacerse un sitio (e, incluso, a defender su derecha contra la izquierda), hubieran dado grandes cosas. Pero toda consagración es un secuestro.

El cuarentañismo los había consagrado porque necesitaba valores y porque necesitaba, sobre todo, tener a los valores egiptologizados, momificados. Franco no se fiaba de ellos, ya lo he dicho, y ahí está su famosa frase:

—La característica soberbia de los intelectuales.

En una entrevista que le hacen en *Crónica* o *Estampa*, no me acuerdo, cuando era el generalito sepia y petimetre del pregolpe, confiesa que su autor es Valle-Inclán, y sin duda se refiere al Valle carlista, legitimista, foralista.

Más que lo literario, le interesaría aquella saga entre romántica y reaccionaria, llena de Barbey D'Aureville, D'Annunzio y un Verlaine de derechas.

Lo cierto es que yo visitaba/entrevistaba a aquellos hombres, me inventaba la verdad, porque su verdad era un poco decepcionante, y, como me había planteado en provincias el artículo como medio de vida y guerrilla urbana al mismo tiempo, temía caer en lo mismo que ellos, pero del otro lado.

Hoy me da igual haber caído o no.

Eugenio d'Ors, como se ha dicho, era el maestro de todos ellos y, exiliado de su Barcelona novecentista por robar unos lapiceros y sacapuntas de una institución autonómica, se viene a Madrid y es el que visita una mañana al nuncio, otra mañana al embajador alemán, otra mañana al presidente de la Real Academia y otra mañana al director de *ABC*.

No perdía el tiempo don Eugenio, en Madrid, pero Madrid tenía un príncipe intelectual, que era Ortega (el príncipe siempre frustra a toda su generación, periféricos incluidos), y don Eugenio tuvo que hacer filosofía periodística en *El Debate*, que era la hoja parroquial de la vasta y ágrafa parroquia española, y vida social en el *Blanco y Negro*, que era la acuarela gacetillera de un mundo alfonsino, manuelino, cursi, que vivía de ver pasar al príncipe de Asturias, lentamente, intemporalmente, en su Hispano-Suiza, con chófer áulico y un hermoso galgo heráldico tendido en el estribo.

Los coches, entonces, tenían estribos. Las plazas de toros, también. Y los caballos y los trenes. Madrid apenas si tuvo estribos para Eugenio d'Ors. Ya se ha dicho en estas *Memorias* que peor para Madrid, que se joda Madrid. Don Eugenio intrigaba y trataba de conquistar Madrid.

El príncipe de Asturias se veía que los despreciaba a todos, y hacía bien.

* * *

Galindo Herrero, de manoletinas, vida presurosa y muerte prematura, era el que nos echaba una mano a todos, en los momentos peores, desde sus dineros trilaterales de la Telefónica. Radio Madrid era de los Garrigues y ahí no se entraba ni con destornillador.

Las chicas de Sepu unos decían que putañeaban y otros que no, pero, en todo caso, siempre había fila de macarrillas esperándolas por la parte de atrás, a las siete, en Desengaño, leyendo el *Marca*.

En Jacometrezo (el Jácome Trezo), seguía Ganivet, granadino y mediocre (Lorca es granadí, que es otra cosa, otra clase), escribiendo los trabajos de Pío Cid, que era él mismo, y curándose en el retrete de la pensión la sífilis que le había colocado la mascarita/mascarita cuarterona, un martes de carnaval.

La Mariblanca, aguadora en piedra que fue de la Puerta del Sol, tenía el cuello empalmado y una mano de menos, pero yo iba a los desvanes municipales, de vez en cuando, a tocarle una teta de piedra fresca y joven, como cerciorándome de la juventud madrileña.

Madrid, según el mapa de Teixeira, era un poblachón manchego que siempre había

crecido a lo ancho, natural, y ahora crecía a lo alto: rascacielos con tejas de aldea. Toda ciudad es una Atlántida de aparición horizontal. Por los tranvías y los Metros andaba Julio Aumente, homosexual y poeta, cordobés y amigo de Fernández Figueroa, teorizador hiperbóreo de *Índice*, buscando Adonais proletarios.

Mi cara le sonaba de los cafés de artistas, y sin duda temía meter el pie, o sea que me dejaba en paz. Ay tarde de otoño llena de sol de Madrid, café de mis sueños donde yo te conocí, ay mil ochocientos qué lejos ya estás de mí, todo pasó como una luz que yo apagué ya.

Los bujarrones eran muy dados a habaneras.

Hablando de bujarrones, don José María de Cossío, risa verde de ranita bizca, era reinona en el planeta de los toros, formando trilogía ilustre y sabia con Domingo Ortega —pelo blanco, gafas negras, recuerdos de don José— y con Díaz-Cañabate, el Caña, que chancleteaba sus zapatos con las conteras pisadas, zapatos de hombre solo que se arregla en casa como puede. Eran el senado decisivo en la Monumental de las Ventas. La tarde clara de otoño madrileño, en Platerías tomaba yo café, con un vestido gris entrar en el salón te vi, y al verte tan bonita me puse junto a ti. Don José María me lo dijo una vez, siendo él presidente del Ateneo:

—Mire usted, Umbral, aquí en España somos todos una gran familia: toreros, aristócratas, escritores, todos de la familia. Créame.

Lo decía, quizá, porque se roneaba que los Cossío eran bastardos de los Borbones.

Luego me pidió que le hiciera un manuscrito literario en su libro/facistol de grafologías ilustres en la España moderna. Esto me consagraba un poco. «De la biblioteca me han arrancado la página de *La casada infiel*, de Federico: este pueblo bárbaro no se merece la libertad.» Se refería, con el posesivo, a la biblioteca del Ateneo, claro. Alfonso XII volvía de los toros, Julián Gayarre cantaba en el Real, y todo yo temblé, mi amor, y en sueños de ilusiones, mi amor te declaré.

—¿Y se llevan el poema por admiración literaria o para meneársela, don José María?

—Pero qué lozano de lenguaje. Es usted un joven lozano, Umbral.

Salí del Ateneo sintiéndome algo así como la lozana andaluza.

La habanera viene sonando a través de los domingos de varios siglos. Quizá Madrid tenga alma de habanera. Por los aleros de la plaza Mayor, las ocas de la vecindona de buhardilla y la parra de tejado (había otra, en el Rastro, resistente como un Cascorro de lo vegetal) ponían un anacreontismo insólito, saneado de estroncio/90 de Torrejón de Ardoz, en la litografía Habsburgo del recinto. Yo me sentaba allí a tomar una cocacola helada y a pensar en las cosas que me había dicho el otro Cossío (don Francisco era más amigo mío, escribía mejor y hacía sus artículos en Chicote, iluminado por el fuego de su pipa).

José García Nieto hacía sonetos en la Casa de la Panadería, por llenar de algo sus horas de oficina municipal, en la plaza Mayor, frente a la estatua ecuestre de don Felipe III, que, entre Garcilaso, Quevedo y Villarroel, no miraba al poeta ni de soslayo. En aquella plaza, los soldados eran labriegos vestidos de girasol.

La oca equilibrista, el poeta preceptista, el soldado versicolor y calentorro. García Nieto quería imponer la música de Garcilaso en un tiempo de chachachá. La oca de los aleros, entre geranios, tenía más lirismo madrileño y consuetudinario que todos sus cisnes.

El Wall Street de la calle de Alcalá, Banesto, Hispamer, Bancobao y algunos otros, tenía lunes y viernes negros en que se le salían todos los rollos de las computadoras por las ventanas y el peatonal franquista andaba, camino del bocata en Sol y el bocata/calamares (café/bar Flor, aún con violinistas menopáusicas, enamoradas de Soutullo y Vert, sin saber muy bien si eran uno o dos, como Daoíz y Velarde), por sobre aquellas cintas de papel egiptologizadas de números con un error inicial de cinco céntimos, que se remonta a la fundación del banco (como el error general de la IBM se

remonta a un centavo de más o menos que han arrastrado las computadoras desde cinco generaciones).

El Bosco en Wall Street. Los bancos acuñaban en frío la moneda prestada. En el Prado, don Francisco el Sordo, alias Goya, se erguía en estatua sobre una cifra, menos compleja y más lírica que la de los bancos o *cassafortes* de la calle de Alcalá, como decía la prensa italiana antifranquista. El Museo del Prado es un ancho pajar, un museo que no nos merecemos los madrileños, bailones, vacilones y saltatumbas. Don Paco Goya vino a Madrid desde Fuendetodos, en el Aragón empujador, y aquí aprendió la técnica del tapiz antes que la gramática (que no la aprendió nunca: los genios son muy burros), la técnica del golpe de Estado por la vía del arrivismo (que no me lo saquen con be, *please*: viene de arriar, no del *Arriba*) y la técnica de las duquesas, aunque la de Alba, Cayetana de hoy, antes de ser tan amigos como somos, me mandó un día carta en papel rayado y sobre azul, por aquellos entonces, como de criada a soldado (deliberada y proustiana sencillez de los nobles), replicando a una crónica mía donde se glosaba la aparición, según noticia de agencia, de la cabezota de don Paco junto a un chapín femenino que bien pudiera ser de la duquesa. Luego he sido muy amigo de Cayetana (en el segundo o tercer libro de estas *Memorias* se hablará de ella), y hoy pienso que tiene más archivos que yo para saber si el aragonés violento, sordo y genial se beneficiaba a su antepasada o qué. Hay en esto mucha literatura.

Como en todo.

Pero la literatura no es sino la forma lírica y adivinatoria de la verdad.

Don Paco el Sordo, alias Goya, se hace un porvenir con su cuñado o yerno o lo que fuese, el tan nombrado Bayeu, pintor de Corte que hasta sale en el billete del franquismo.

Bayeu le mete a Goya a hacer cartones en la Real Fábrica de Tapices, que es una manera de funcionariado artístico, hasta que comienza a tener celos de él, porque es el genio y porque va para pintor de Cámara. Es el caso Mozart/Salieri. La pugna entre el talento y el genio, siempre inquietante y dramática.

El talento es el que lo tiene todo, menos eso que hay que tener, Bayeu en la pintura, Salieri en la música, y el genio es el que anda desvalido, sin otra cosa que su genialidad.

No hay que decir que la genialidad se impone siempre, sino que no se impone casi nunca. Se impone más el talento social.

Yo me iba a las mañanas del Prado, sin entrar en el museo, por ojear suecas (de Francia para arriba, todas suecas, y alguna caía), y me sentaba frente a la estatua de don Paco el Sordo, alias Goya, por reflexionar la gloria y ventaja del que viene a Madrid a triunfar y triunfa, no ya en Madrid, sino en el mundo.

—Que el que tiene una moneda, la cambia, don Paco.

—¿Y usted tiene moneda, joven?

—Está por ver, don Paco.

—Ay estos hijos.

Goya comprende un día que su cuñado/yerno le engaña, le envidia y lo que quiere es salir en los billetes de Franco. Goya se sabe o no se sabe que se beneficiaba duquesas, pero la de Benavente, celosa siempre de la de Alba, incendia un día su palacio, en Cibeles (lo que hoy es Ministerio del Ejército) por dar que hablar y extremar rivalidades. Goya, entre los desdenes ducales y las intrigas familiares, se mete en su taller más negro, embriagado de sombras, y hace los aguafuertes, donde está la crueldad de España (luego estilizada un poco mundanamente por Picasso), la plaza partida, el garrochismo nacional y el descenso de la fiesta, de los Felipes que alanceaban y daban cañas a los toros, en la plaza Mayor, a los capas del hondo sur que vienen a ser reyes, como mucho, en el Gayango de la calle de la Cruz, para matar

con gallinejas las hambres andaluzas de siglos. Clavé, García-Ochoa, todo el impresionismo francés, Delacroix, el baudeleriano Delacroix, el abstracto de Feito y el aguafuerte de Picasso, son Goya, qué le vamos a hacer. Yo alternaba con los pintores del Gijón y de Biosca, Escuela de Vallecas, y veía que no habían salido del regazo macho de Goya. Don José Ortega, retomado, explicaba cómo una pierna de puta de Goya era abstracto, aparte la anécdota Fernando Vela le glosaba diligente.

En la plaza de Oriente estaba José Bergamín, embohardillado, esperando el anochecer para bajar a cenar en uno de aquellos tabernones del barrio de Ópera. Bergamín, perfileño y feo, se inicia con el arranque de Unamuno, creyendo que basta con dar la vuelta a las palabras, a los conceptos, a las frases, para obtener una verdad luminosa. Pero, como todos los epígonos, es un incontinente: Y, en este caso, el incontinente de un incontinente, que ya lo era el propio Unamuno. De modo que su prosa se hace mareante y Jorgito Cela, hermano de Camilo, me lo dijo una vez, cuando él era redactor-jefe de una revista donde colaboraba Bergamín:

—Lo que es bonito son los originales a mano que nos manda. Como los artículos no los lee nadie, porque don José es ilegible, yo he propuesto al consejo de redacción dar los originales directamente, fotografiados. Tampoco se entiende nada, pero haría bonito.

Esta ironía, muy de los Cela, esconde o manifiesta una gran verdad: que Bergamín escribió para hacer bonito, más que para decir cosas, como su maestro Unamuno y como todo escritor, a fin de cuentas, incluidos los filósofos e ideólogos (sobre todo los filósofos e ideólogos). Sólo que en un filósofo, o en un místico (Unamuno/Bergamín) esto es mayor escándalo, ya que parecen buscar una profundidad un poco repugnante y que, además de repugnante, no existe.

Bergamín hacía la estética de la profundidad y uno ya prefería la estética de la estética. Entreverado de exilio y visitas, Bergamín había encontrado muy cómoda la incomodidad de su vida.

Con el veintisiete, tampoco tuvo suerte Bergamín. El veintisiete está entre la deshumanización de Valéry (muy pronto madrugada por Ortega) y el surrealismo, que es la manera lírica de la irresponsabilidad, de la escritura irresponsable. Bergamín, con su carga de Cristos y agonías, como una procesión de Semana Santa, no entra en el 27, aunque le corresponda esa generación cronológicamente.

Para 98 puro, ya le sobra estética. Para 27 puro, le falta belleza pura y le sobra casticismo de Dios. Con su *foulard*, que no tenía otra función que ocultar las sogas de la vejez en el cuello, su nariz larga, insolente, y su prosa de ida y vuelta (*deidayvuelta*, para que sea más mareante), Bergamín era el castellano errante, fábula que oponer a la del judío, todo un ejemplo cívico para nosotros los jóvenes, pero un mal ejemplo literario, y de estos malos ejemplos huía yo, en mi moral meramente sintáctica, como de la lepra: Bergamín tiene algo de leproso y santo Job de la literatura contemporánea. Comía, comía siempre, con el apetito insondable de los delgados y los que no tienen un duro, y decía frases como ésta, sobre cierto Papa:

—*Le durmieron* en el Señor.

Bergamín había hecho *Cruz y Raya*, pueril desafío a Ortega y su acorazada *Revista de Occidente*. A *Cruz y Raya*, Juan Ramón la llamaba «la revista del más y el menos», porque incluso iban estos signos aritméticos en la portada. La revista de más o menos. Blas de Otero lo dijo de Unamuno:

—Unamuno es una carraca.

Si Unamuno es una carraca, Bergamín es el cofrade cansado que hace sonar la carraca por las calles últimas del aldeón católico.

Lo que pasa es que un genio genera una generación para frustrarla. El ensayismo de Ortega da una generación de ensayistas, o dos generaciones, y todas se frustran hacia Ortega o huyendo de Ortega.

Ya se ha hablado aquí de la frustración madrileña de D'Ors, que brujulea por Madrid,

que vivaquea en tomo de la gran pecera azul, abierta y hermética de la *Revista de Occidente* y sus tertulias.

Contra el cataclismo/Ortega se frustran, igualmente, Pérez de Ayala o Marichalar. Siendo muy jóvenes, Pérez de Ayala se lo dice un día a Ortega, con halago envenenado:

—Cada día escribe usted mejor. Llegará usted a escribir como su padre, el señor Ortega Munilla.

Por esta frase sale ya la rivalidad/frustración de Pérez de Ayala, que el tiempo confirmaría. En la generación inmediatamente posterior, se frustra Bergamín, que quizá ha elegido a Unamuno para hacerse fuerte en don Miguel como en un castillo, en lo que don Miguel tenía de berroqueño, contra los ejércitos múltiples y alegres de Ortega. Bergamín se pone toda la vida la armadura/Unamuno.

Y se defiende de Ortega, claro, pero es Unamuno quien le devora.

Bergamín, en una clandestinidad consentida, cenaba en tabernones esnobs, entre fotos antiguas que le rendían homenaje sepia y muchachas en flor, busconas de la cultura, hijas de familia sin padre cultural, padre que suplían cogiéndole las manos de torero antiguo a Bergamín.

La plaza de Oriente era como la canción redonda y alfonsina del anochecer. Bergamín se asomaba al ventano y luego bajaba a cenar. Dónde vas, falso Unamuno, dónde vas, triste de ti. Bergamín murió en el 83.

* * *

El siglo XIV, en Madrid, es el siglo de la lepra. El siglo XV, el siglo de la epilepsia. Y el siglo XVI, el siglo de la sífilis. En 1723, nueve hombres, en Madrid, son quemados por matrimoniarse con mujer que había apadrinado con ellos, a efectos sociales, algún recién nacido, o por comer carne en viernes. La plaga del siglo XVIII, y de todos los anteriores, es la Inquisición. La *Gaceta Literaria* (iberoamericana: internacional) de Giménez Caballero se presenta en los años veinte, como quincenal y madrileña, a treinta céntimos con subdirección de Guillermo de Torre (quien, sordo de exilio, casi se me moría en los brazos, siglos más tarde, en el Gijón), y visado de la censura de Primo de Rivera. Entre los nombres manejados, Pío Baroja y Moreno Villa. De esa revista de vanguardia iba a nacer, años más tarde, el fascismo español. El fascismo es la lepra, la epilepsia, la sífilis y la inquisición del siglo XX.

Los dictadores hispanoamericanos —una herencia del cesarismo latino— eran recibidos en la plaza de Oriente como en el corral áulico del Alzamiento. Los moros de la escolta de Franco eran más negros y asiatoideos contra la piedra pálida del palacio. El marqués de Villaverde andaba por el salón Gasparini, con el italiano de las vespas (de las que el marqués era concesionario en España), mientras Franco saludaba a las multitudes de autocar, bocata y jefe local del Movimiento. (La Falange se había quedado, sí, en una especie de servicio de urgencias y recaderismo del Régimen.)

A los turistas se les decía que la cola del caballo de Carlos IV, que galopa la plaza, había sido calculada por Miguel Ángel Buonarrotti para compensar y permitir el caracoleo del bicho, que tiene las patas delanteras en alto. Yo me soñaba chalecos de tisú de oro, pero sólo tenía un niky de Sepu para los entretiempos. Larra moría sobre el regazo de sor Patrocinio, la Monja de las Llagas, la Historia era un niño llorando dentro de una carroza y Nuria Espert quiso representar *Los dos verdugos*, de Arrabal, y se fue a ver a Robles Piquer, rubiasco, engrandado, parpadeón y educadote:

—Es usted muy valiente, señora, pero yo soy una locomotora y le voy a pasar a usted por encima.

Una frase que parecía de su cuñado.

El cuñado, en España, ya se sabe que es una categoría política.

Hasta que la pierde, claro. O la renuncia. Un cuñado superlativo, don Ramón Serrano Suñer, se presentaba en la firma de mi primer libro para que se lo firmase. Había sido

el interlocutor válido de Hitler cuando yo, niño, me alimentaba de cáscaras de naranja. Ahora era, según Vázquez Montalbán, «un anciano pulcro».

No sentía yo ningún rencor personal ni histórico por aquel anciano pulcro (que tenía al lado a su mujer, hermana de doña Carmen).

Quizá, la falta de rencor histórico le ha incapacitado a uno para la política.

Más vale.

Tronaba Cristo sobre Madrid. Por la carrera de San Jerónimo se subía hacia el Ateneo o las Cortes: encrucijada del hombre público, la cultura o el poder. El Viaducto, catedral del racionalismo arquitectónico, venía muy bien contado en los libros de Corpus Barga, alias Andrés García de la Barga.

Escribí un artículo en *La Estafeta Literaria* (claroscuro emparentamiento con la extinta *Gaceta* que he citado antes) sobre un libro de Corpus, y me escribió desde Lima, donde era director de la Escuela de Periodismo de la Universidad. Era el descubrimiento de un gran exiliado y de un gran escritor (tío de Gómez de la Serna, sobre el que hizo brillantes crónicas en París).

Sus cartas me venían en tinta malva, enjardinadas de vejez, caligrafía y barroquismo. Nos escribimos mucho. Su gran libro es *Puerilidades burguesas*. Luego, empezó a venir a España en zapatillas (porque venía de incógnito y porque su corazón y su enfisema le hinchaban los pies y no le permitían usar otro calzado).

Yo le iba a buscar a casa de su familia, en Ortega y Gasset, y paseábamos mucho, a primera hora de la tarde. Era un viejo entrejudío, entreirónico, entremuerto.

«Mire usted, Umbral, en el *Tenorio* hay frases para todo.» «El deseo por la mujer nunca se pierde, aunque se pierda la capacidad sexual.» Luego, cuando le descubrió (tarde, como siempre) la izquierda exquisita, que ni es izquierda ni es nada, el viejo no volvió a acordarse de mí ni me citó jamás (tantos elogios escritos a mano, que conservo) en sus declaraciones sobre la nueva literatura española. No es que los viejos sean irnos cabrones, pero comprendo que la vejez es una cabronada. A mí, de aquel señor, ya sólo me iban interesando sus libros y su enfisema. El señor no me interesaba nada. Con el enfisema dialogué mucho.

Pero el peatón oficial del Viaducto era Rafael Cansinos Assens, como quizá ya se ha dicho aquí. Cansinos, cansado y caballuno, como un Wilde moro o un judío que hubiese leído a Wilde, era el que pasaba del Madrid oriental al Madrid occidental, y la grapa que unía ambos madrides era el Viaducto.

Cansinos tuvo la amistad de Borges, pero cuando Borges venía a España y preguntaba por Cansinos, ya muerto, esto no era sino una manera de defenderse de la actualidad literaria española, que ignoraba y despreciaba, más que una fe literaria o una pasión de juventud:

—¿Y qué le parece a usted la novelística de Cela y Delibes, maestro?

—Qué bueno Cansinos, qué bueno —decía el falso ciego y falso sajón.

—¿Y el ensayismo postorteguiano de posguerra?

—Bien, bien. Pero qué bueno, Cansinos, ¿no?, qué bueno Cansinos.

—¿Y el teatro político de Buero Vallejo?

—Estoy ciego para el teatro, pero qué bueno Cansinos.

No había manera de hacerle una entrevista al Nobel frustrado y ciego de Baires. Un día, en un hotel, entre locutores de radio y gánsters del mundo editorial, estuvo facilón, indigno y desigualdradamente dandy, como un ciego español (él no sabía cuánto tiene o tuvo de ciego español, entre la picaresca y el cupón: no le faltaba más que el perrillo, y un perrillo parecía haber entre sus piernas, haciéndoselas temblar con su temblor). O sea que Cansinos.

Entre la Biblia y el modernismo, Cansinos escribía cosas como *La que tornó de la muerte*. Sus memorias no son lo mejor que hizo, pero las memorias y los diarios íntimos son la salvación genérica del escritor sin género. Martínez Sierra le publica una

obra de salmos, que él aún escribía con esa *pe* incómoda —psalmos—, *El candelabro de los siete brazos*.

Nace en Sevilla y no cuenta Madrid por fuera. Sólo habla de interiores. Las memorias tienen fecha de 1957 y él sigue traduciendo del árabe y del ruso (quizá sólo del francés) para el señor Aguilar, que, como ya se ha dicho aquí, sin duda le explota. Perderá su casa de la Morería. Hará corro con Villaespesa, Carmen de Burgos, Juan Ramón, los Machado, el canario Tomás Morales. Es la época en que Hoyos y Vinent lleva calzas para seducir poceros y Juan Ramón se mete en el sanatorio del Rosario para seducir (poéticamente) monjas.

El 98 y las verdaderas vanguardias —Ramón— apenas le saludan.

Hay que saber todas estas cosas de Cansinos y otras gentes —Corpus, Huidobro, Ramón— para entender el Viaducto, que es la pasarela literaria de los escritores de Madrid cuando eran escritores y no funcionarios de las letras: funcionarios de la izquierda o de la derecha, qué más da, viene a ser lo mismo.

* * *

Don Carlos Arias Navarro le había puesto un estanco a una hermana suya, soltera o viuda, en la calle de Ayala, esquina a otra calle.

Aparte la mucha venta de tabaco en un barrio tan confortable, don Carlos Arias Navarro había dispuesto que algún Ministerio o Dirección General le comprasen todos los efectos timbrados, papel de barba, etc., a su hermana, con lo que el estanco se convirtió en uno de los grandes negocios del barrio, y su bandera española, pintada sobre la madera de las puertas (estancos madrileños, nacionales, tan bellamente retratados por Alcain), se iba volviendo una bandera reventona, henchida por el viento próspero del negocio.

Don Carlos Arias Navarro decían que había sido algo en Málaga, después de la guerra, y que se había cargado a mucha gente, cuando las depuraciones. De pronto vino a Madrid, de alcalde, e hizo muchas prosperidades y reformas, conducentes todas, mediante el enjalbegado de la fachada madrileña, a ocultar la lepra interior de los edificios, las burocracias y la vida.

Puso alcorques en la Gran Vía y fumigadores profesionales, con mono blanco, en los autobuses, contando, quizá, con que el madrileño se lavaba poco.

Un madrileño amigo mío, Eduardo Marco, de origen valenciano, pese a que sí se lavaba, me lo dijo una vez, cuando tomábamos un autobús y veíamos fumigar al fumigador:

—Este alcalde, Umbral, no hace más que mariconadas.

Fumigar a los madrileños en sus autobuses y tranvías. La mejora no podía ser más humillante. El hombre que había fumigado la rojez de los rojos, en Málaga, por procedimientos más cruentos, decidió fumigar la miseria de los madrileños, en Madrid, como aspergiándonos de nuestra escasez, nuestra hambre y nuestra falta de agua. Don Carlos se hizo popular.

Bajo el alguacilazgo de Arias Navarro se edificó la llamada Torre de Valencia, esquina a Menéndez Pelayo, quizá por tapar con su altura algunos fascistas que vivían detrás.

Pero lo que taparon fue la perspectiva de la Puerta de Alcalá, nada menos que la Puerta de Alcalá, que, vista desde Cibeles o más lejos, quedaba empastelada, con su neoclasicismo carolino, contra el rascacielos —rascacielos, hubiera dicho Miguel Hernández, como se recuerda en este libro— hortera de la Torre de Valencia.

Esto es lo que hacían los hombres que amaban Madrid y habían ganado una guerra para salvarlo. En los amenes del franquismo, el tardofranquismo y el posfranquismo, Arias Navarro fue presidente del Gobierno (habiendo sido ya ministro de Interior, que era lo suyo), lanzó el famoso «espíritu del 12 de febrero», que era una vaga proclama de no cambiar nada para que nada cambiase, pero llorando.

Muerto Franco, Arias Navarro nos leería repetidamente por televisión el supuesto

testamento político del general, y aquí sí que hizo planto. Cada vez que los rumores y contrarumores se llevaban el país al fondo, con un Régimen que ya no existía, don Carlos salía por la tele volviendo a leer el famoso testamento.

O mandaba que echasen el video.

Era su arma política. La única.

Le quitaron en seguida, claro, pero aún Fraga quiso reciclarle para su primera alianza democrática y electoral.

Almorzando yo con Fraga, Ruiz Gallardón y otros, en una marisquería, en época preelectoralista, se nos acercó el señor

Guerrero, hermano del maestro Guerrero y empresario de cines de la Gran Vía: ,

—Le felicito a usted, don Manuel, por haber incluido a don Carlos en su grupo.

Preséntele todos mis respetos.

Buena hostia se dieron luego.

Y no hay aquí ninguna clase de secreta gratificación personal, sino la constatación de cuán lejos estaba Fraga de la calle española, aunque ya había dicho, para entonces, aquello de «la calle es mía». Y era suya. Pero, con frecuencia, lo que menos conocemos es lo *nuestro*.

¿Han comprendido estos hombres de la guerra que lo que empezaba en España era otra cosa? Me parece que no.

Don Carlos tenía un sobrino que le salió como un poco ácrata, y una vez que estaba en Carabanchel, quizá como preventivo, la familia pidió a don Carlos (éste no tenía hijos) que intercediese por él:

—Tiene las uñas manchadas de sangre —parece que dijo.

Según Cuco Cerecedo, cronista irónico, galaico, socialista y un poco dandy, de los políticos en general y de Arias en particular, don Carlos había sido conocido como *Carnicerito de Málaga*, en sus tiempos de represión.

No sé si es ingenio espontáneo del pueblo o ingenio literario de Cuco, que le sobraba (murió joven y malogrado).

Pero también me interesa aquí, más que el chisme, la transvaloración mental del hombre que, habiendo firmado muchas sentencias de muerte, repudia a un sobrino por un delito menor, sin duda, diciendo que «tiene sangre en las uñas» (a lo mejor era de limárselas). Es decir, que la muerte burocrática, el homicidio legal nunca ha sido crimen, o casi nunca, para los poderes de derecha/izquierda, mientras que el delito no burocratizado, aunque menor, es el gran delito que hay que castigar.

Han sustituido moral por burocracia. Han burocratizado su moral. Esto, como digo, pasa en la derecha y en la izquierda, pero más en la derecha. Transvaloración nietzscheana de todos los valores.

El estanco de Ayala, por supuesto, sigue agotando las pólizas a diario.

* * *

José María Ruiz Gallardón, hijo del Tebib Arrumi (Ruiz Albéniz), periodista de derechas que hizo sus últimas crónicas en el *Madrid* de los Pujol, era abogado e incluso no sé si notario. José María Ruiz Gallardón había estado en la cárcel por aquellos cincuenta/sesenta, como oposición monárquica al franquismo o algo así. Era tan fácil ir al trullo, en aquellos años en que la pasma cazaba a derecha/izquierda, que a mí me pareció más cómodo no ir.

José María Ruiz Gallardón tenía un hermano del Opus Dei, que era el hermano serio, bueno e invisible (yo no lo vi nunca), y que no quería saber nada de su José María jurisperito y golfo, cuando le llamábamos diciéndole que estaba malo (se le suponía, por las damas más anabolenas, un endroque de anfetás y whisky, en algún hotel de Barajas, con puta, pero esto nunca llegué a creérmelo).

Por un camino solitario

la Virgen Madre sube

y va camino del Calvario

envuelta en negra nube...

No había nadie, entre la gallofa madrileña de derechas, que cantase *La Dolorosa* y otras zarzuelas como José María Ruiz Gallardón.

Su padre no había sido precisamente lo que se llama un estilista, pero sí, al menos, un periodista fecundo, de modo que llegó a decirse del que escribía cartas muy largas, a la novia, por ejemplo:

—Escribes más que el Tebib Arrumi.

Como tiempo antes se había dicho «escribes más que el Tostado», que efectivamente se tostó en su escritura, como debe tostarse el escritor, san Lorenzo de la literatura, siempre en la parrilla del alfabeto. José María nunca pasó de diletante, aficionado, escritor de domingo, *amater* o periodista político de ocasión, en las letras como en la zarzuela.

La profesionalidad, que es la única manera previa de la genialidad, es lo que más cuesta.

José María Ruiz Gallardón, para cuando yo le conocí en algunas casas bien de Madrid, adonde iba uno a hacer la crónica social (y sobre todo la crónica interior para el futuro), era un hombre de mediana estatura, con el pelo gris que se le revolvía fácilmente, engolfándole un poco las gafas notariales, la risa picoteada y la conversa redicha.

... y en su cara morena,

flor de azucena

que ha perdido el color...

Ni Pedro Lavirgen, ni Terol ni nadie cantaban la zarzuela, por entonces, como José María después de las cenas, bien bebido y bien fumado.

Lo mejor era cuando llegaba a la parte cómica y balanceada de la zarzuela:

Me da mucho que pensar

el hermano Rafael...

Este balanceo musical lo llevaba muy bien el barítono/tenor (centáurico también en esto, como en la política y en la vida), pues que él mismo tenía una pata seca, una pierna coja, de resultas de un grano que el doctor, médico de toreros, dandy analfabeto de baudelaires y cirujano de enfermedades leves, le diagnosticó como una bobada:

—Un grano, hombre, un grano, vete a la mierda.

A los pocos días, tenía la pierna gangrenada, y solamente un ultimísimo procedimiento pudo hacer el milagro de que se la secasen, en lugar de cortársela, de modo que una pierna se le volvió de madera, pero, cuando menos, de madera carnosa de la propia carne, con raíces y nudos del propio cuerpo.

Zúmel era algo así como presidente de la Asociación de Médicos Escritores, pero se conoce que las enfermedades no las veía así a ojo clínico. Quizá veía mejor las erratas.

Ruiz Gallardón estuvo una temporada de crítico literario del *ABC*. Cuando yo saqué *Memorias de un niño de derechas*, él explicó en la crítica, con indudable y envidiable sagacidad: «Umbral a mí no me engaña, porque lo conozco bien: éstas son las memorias de un niño de izquierdas.»

Lo peor de la prosa de JMRG —alguna vez se lo expliqué por escrito o de palabra— era toda la charcutería tipográfica que les metía a sus artículos (que a partir de un tiempo ya sólo fueron políticos, y siempre violentos):

—Mira, José María, te sobran signos de admiración/interjección, puntos suspensivos, interrogaciones, asteriscos, paréntesis y cosas. Toda esa chatarra de imprenta es el recurso de quienes no saben escribir. En una buena prosa, la admiración, la interjección, la perplejidad, todo tiene que ir implícito en el texto, pues eso es escribir: ondular el discurso de matices interiores. Poner puntos suspensivos está al alcance de cualquiera. Puedes poner hasta veinticinco, aunque lo correcto, en todo caso, es poner tres. Y en cuanto a signos de admiración, para alumbrar como con velas una verdad que te parece haber descubierto, también puedes poner hasta tres de cada lado. Pero

lo mejor es que la verdad alumbre por sí misma, sin interjecciones ni cirios. Aunque yo, cuando le decía esto a RG, sabía cómo escritores grandes, y muy profesionales, habían abusado de estas cosas, y ahí están los signos admirativos de Juan Ramón, para comunicarnos un éxtasis que el poema nos comunica de sobra. Aquella lejana vez que le visité en su terraza madrileña, estuve a punto de decírselo al maestro, pero no me atreví, claro.

Por otra parte, en el continuo espigar de su obra, yo creo que el último JRJ tendía mucho a eliminar todo ese mazorral de la elocuencia decimonónica.

A Ruiz Gallardón, por su parte, se la traían muy floja mis observaciones tipográficas (ni siquiera estilísticas, ya que sus escritos no daban lugar a ningún estudio de estilo).

Él seguía siendo cojo y tenor, como un marinero de zarzuela:

Por un camino solitario

la Virgen Madre sube

que va camino del Calvario

envuelta en negra nube,

y en su cara morena, flor de azucena

que ha perdido el colooooor...

Andaba siempre, yo creo, un poco de novias encubiertas y desgraciadas, sobre todo cuando le dieron algún cargo del que no sé si en serio se hizo cargo.

Luego entraría ya, decididamente, en la fraternidad de don Manuel Fraga Iribarne (lejano de sus encuentros y esperas en Santa Catalina con María Antonia Dans). José María fue, sin duda, quien me preparó un almuerzo con Fraga, al que ya me he referido (luego he tenido otros), en una marisquería madrileña que era como vivir dentro de un inmenso cubito de hielo. Creían que uno era un chico loquito, espabilado y con buena prosa, al que quizá se podía convencer.

Y dejamos de cenar gratis en buenas casas gracias al prestigio zarzuelero de José María y a mi preprestigio de chico peligroso y un poco como rojales, no creas, o sea.

Los mejores prestigios se gastan y las marquesas que echan bien de cenar son olvidadizas, tornadizas, versátiles y hasta cachondas a destiempo.

* * *

Esas tardes del Retiro, en pleno mes de noviembre, me dan la impresión romántica de un mundo que desfallece, y éstas eran las tardes del Retiro por las que se paseaba don Pío Baroja, que un día fueron unos poetas falangistas a verle, después de la guerra, y les dijo:

—Yo, antes, bajaba un poco ahí al Retiro, a pasear, pero ahora, con esos cabrones de falangistas, no salgo nada.

Ni se había fijado en los correajes.

Sin embargo, Muller y yo llegamos a tiempo de hacerle la foto famosa, con boina y crepúsculo, una foto con frío sepia por los paseos del Retiro.

Muller era como centroeuropeo o así, con el pelo en arranque brioso, como si fuera a tener una gran melena que luego no tenía. Muller era un centroeuropeo, o quizá un báltico, con los ojos hinchados por la tristeza, la nariz hinchada por el vino y la cámara fotográfica cargada de sentimiento.

Yo me sentaba en un banco del Retiro y veía pasar a Baroja. Un día, Muller le hizo la foto. A subir al piso del novelista, en la calle de Alarcón, no me había animado yo nunca, porque era un escritor que no me interesaba mayormente. De niño leía, en la pequeña biblioteca de casa, *El nocturno del hermano Beltrán*, que es un dramón malo (no un melodrama: melodrama es un drama con música, y a Baroja le falta la música de la palabra).

A mitad de la novela, cuando se cansa de hacer novela, se limita a poner el nombre del personaje, en versales, y la frase que dice, como en las obras de teatro. O sea que a Baroja todo le daba igual, y, en algunas novelas, una página comienza con la descripción de un personaje, y a media página volvemos a encontrarnos la misma

descripción, porque el autor no relee y ya se le ha olvidado lo que lleva escrito, lo que acaba de escribir. No entro en la escombrera literaria que es el estilo de Baroja. Basta con señalar estos descuidos laborales (los hay a cientos en su obra) para comprender que no sentía ningún entusiasmo por lo que estaba haciendo, o, en todo caso, sentía el entusiasmo de la acción, que le arrastraba hacia un imposible clímax, como arrastra siempre, en la literatura y en la vida, llevándose todo por delante.

llegible.

Esas tardes del Retiro, en pleno mes de noviembre. No se ha detenido a imaginar «muriendo el mes de noviembre», o «cobres del mes de noviembre» o cualquier otra cosa que, con la sorpresa literaria o el halago del oído, haga legible aquello, sino que se ha quedado en el tópico tórpido y tupido: «en pleno mes de noviembre». Lo que habría dicho absolutamente cualquiera. A esta vulgaridad resobada de siglos le llaman los críticos «frescura de primera mano».

Pero ya sabemos que, en el lenguaje, lo que viene de primera mano es el manido tópico. Me da la impresión romántica de un mundo que desfallece. Del mismo modo que lo definido no entra en la definición, no se hace un poema romántico, aunque sea tan baratero como éste, definiéndolo de «romántico» desde dentro del mismo poema.

Baroja ignoraba que la idea de romanticismo —la idea o la emoción—, de dramatismo o de lirismo, ha de obtenerla el lector misteriosamente, porque poesía es lo tácito, literatura es lo tácito; la emoción estética, literaria, es la emoción no nombrada. Baroja era un novelista remendón que no sabía nada de esto, claro. Noviembre en un gran parque siempre nos da, seamos poetas, pavos reales o guardas del parque, la impresión de que el mundo desfallece. En Baroja, pues, hay tópico conceptual y tópico expresivo. Aquel anciano era una cancioncilla ripiosa y con abrigo y boina, horrible boinilla.

Ruano, que tanto quería a Baroja, me lo dijo una vez:

—Desengañese usted, Umbral: todo el que lleva boina es un hijo de puta.

Estaría pensando en algún lumpen lamerón y sisón. No en el proletariado de boina ni en su querido Baroja. Pero yo, con la ingenuidad insolente de la provincia, se lo dije:

—Baroja.

Me miró de golpe, con sus ojos saltantes, como pensando, joder con el muchachito, pero no dijo nada y siguió escribiendo.

En el Baroja que yo veía pasar por el Retiro había un panadero que panificaba libros de Caro Raggio, un anarquista de derechas y un señoruco que quedaba como de pueblo, paleta, no sólo en París, sino en Madrid. Todo sobrepuesto y mal encajado, como un paquete humano y literario mal hecho. Su último admirador fue Hemingway, que no sabía castellano y no se enteraba de lo mal que escribía el maestro. Leía sus novelas como si viera una película. Hemingway, que se había pasado la guerra en el Madrid rojo, en Chicote (un Chicote emparedado de sacos terreros que cerraban las ventanas a la Gran Vía), bebiendo ginebra y escribiendo crónicas del frente, volvió a la España de Franco y Antonio Ordóñez, como gran amigo de lo español. Luego se ha sabido que tanta amistad no era sino espionaje doble, escorado más bien a favor de la CIA. Al Régimen le interesaban aquellos últimos 98, Azorín y Baroja. Azorín era el orden y Baroja el aparente desorden. Dos pequeñoburgueses que redimían un poco con su individualismo, la regimentación de la vida española. Esas tardes del Retiro, en pleno mes de noviembre. Hay que joderse. Aquí es que se queda por cualquier cosa.

Hasta daban ganas de no quedar.

* * *

La noche en que llegué a aquella teoría de cafés literarios que era Madrid, me los encontré a todos sentados en el Flor de la Puerta del Sol, ya en la confluencia con Alcalá, café/apeadero con orquesta de señoritas y zócalo de provincianos en la barra, que parecían haber llegado a la Villa y Corte en diligencia.

Daoíz y Velarde tomaban su café de muertos en un velador como una losa funeraria, entorchándose de churros. Larra se le había escapado a Rodríguez de Rivas (ya entrevistado en estas *Memorias*) de su Museo Romántico, y le sacaba brillo, en un diván, a su pistola. Don Federico Carlos Sainz de Robles sostiene que murió casualmente, limpiando el arma, que se le disparó.

Gabriel Miró, con la cabeza grande, los ojos demasiado claros y la chalina que ya no llevaba nadie, hacía su prosa manual a mano, en un rincón, y se retiraba pronto, porque él tenía un empleillo burocrático y debía madrugar algo: Azorín también lo tuvo, una Dirección General o así: estos levantinos líricos nos han resultado siempre muy arreglados y económicos, en la literatura.

Emilio Carrere se había venido andando desde el Varela, que estaba imposible de matrimonios de sábado cenando ensaladilla rusa (ya no «nacional»), con su calva, su pipa de Popeye, su ojo loco y su capita. Confiaba en que los provincianos embarrados de la barra le reconocerían, pero los provincianos le confundían con don Federico García Sanchiz:

—Se conoce que don Federico, en las conferencias, se pone peluca —los oía que decían.

En el Varela de Carrere había quedado Eduardo Alonso, poeta y hombre de negocios, autor de *Tickets de café*, que dejó las transacciones para arruinarse en la literatura, como otros se arruinan en la ruleta. Y en Madrid, bajo el cuarentañismo, estaba prohibida la ruleta. Tuve la tentación de hacerle una entrevista a Carrere, que era, digamos, el más popular. Y la popularidad es siempre un equívoco, como había dicho Larra en el artículo del día anterior. Porque los provincianos de la barra, ya se ha contado, confundían a Carrere con García Sanchiz (como siglos más tarde me ha ocurrido ver que, en los restaurantes, confunden a Aranguren con Alberti).

—¿Cómo no está usted en su sagrado Varela, maestro? —le pregunté a Carrere.

—Siempre es incómodo cenar bajo la propia lápida.

La nueva empresa del café, en efecto, le había puesto una lápida a Carrere en el sitio donde se sentaba, como un medallón, con lo que se iban quedando sin el Carrere de verdad. Tuvo que morir.

Salvador Jiménez, murciano y ruanista, estaba allí, moreno de orillas, fácil de prosa y verso, y pronto nos entendimos. O me entendió, que era lo que me hacía falta. Víctor de la Serna, hijo de Víctor de la Serna, comilón, gordo, sabio, entre Saussure y Brillat-Savarin, cordial, humanísimo, me invitó a cenar, pero no a colaborar en *Informaciones* (jamás me invitaría), cosa que yo le hubiese agradecido mucho más. Cuando escribo estas *Memorias*, ha muerto ya, con el cerebro invadido de tristezas y agua sucia. Lorenzo Goñi y Suárez del Árbol, genial y sordo —«como Goya», claro, decían los simplificadores de la cultura—, hacía dibujos en una mesa, para el *ABC*. Antes había ilustrado el *Juventud* falangista, exponía en Afrodiseo Aguado y era un prodigioso dibujante que hacía un Madrid de gatos, palanganas viejas y criadas tetonas. En los primeros tiempos, *Fantasía* de Juan Aparicio, se firmaba Suárez del Árbol, que sin duda quedaba como más heráldico y de derechas. Goñi, absolutamente sordo, estaba siempre con su mujer, que era su lazarillo, porque no se ha escrito nada sobre los lazarillos de los sordos, mucho más pacientes y sufridos que los de los ciegos. Con el ciego, al menos, se puede hablar, y toda la picaresca española (no sólo el *Lazarillo*) es un fabuloso monólogo con un ciego: la monarquía, el Imperio.

Julio Camba, que vivía en el Palace y había cenado en Lhardy, se acercó unos momentos al bar Flor (que en realidad era café), con unos amigos banqueros —sólo le interesaba el dinero, como a todos los solterones solitarios que se van a morir pronto—, a tomar un té de cuando estuvo de corresponsal del *Arriba* en Londres, y a escuchar la orquesta de señoritas: menopáusica teñida de estropajo, plis a plis; matrona de escote viudo, al piano; y en otros instrumentos, ancianas rizadas de tenacilla, con olor a

abrótno macho, que era lo que se daban todas las viejas. Parecían floraciones de mi tía Socorro, la de León, y era una vergüenza que aquellas señoras tan formales y tan mayores estuvieran allí a aquellas horas, entre bohemiazos, tocando instrumentos, y eso tan lascivo de Soutullo y Vert, *La leyenda del beso*, que era una cosa que ponía muy cachondos a los recién llegados por Príncipe Pío, Atocha, Pulgas, Delicias o el coche de línea, todavía con esa erección mecánica y banal del hombre que lleva muchas horas sentado.

Madrid, que yo había soñado tantas veces en la provincia como la capital de los escritores —los únicos hombres que vivían de otra forma, al margen de las transferencias y las habilitaciones, o eso creía yo—, el Madrid de mis sueños tipográficos y adolescentes, era aquel sentimentalismo de Soutullo y Vert, el dandismo desplanchado y homosexual de Rodríguez de Rivas (que entró mucho más tarde), la melena leonesa e indiana de García Sanchiz (que también acabó por entrar, como en un Platerías del siglo xx o en un Café Gijón equivocado), el perfil judío y locuaz de Sainz de Robles, que por las mañanas estaba corrigiendo legajos municipales, entre la Mariblanca y las carrozas del patio (un museo abandonado que era réplica local y modesta del Museo de Carrozas de Palacio).

Gabriel Miró, o un joven levantino que se le parecía. Azorín, que no es que trasnochase, sino que se había levantado de noche, como toda la vida, y se había llegado hasta allí a desayunar e ir esperando que abrieran la librería paredaña de Fernando Fe, su librería, para buscar algún libro con el que sin duda se había desvelado toda la noche.

Carrere, muerto dentro de su capa, sólo con el ojo loco y fijo y vivo dentro de la general escombrera fisiológica de su cuerpo, que los médicos habían diagnosticado y la prensa publicado.

Eduardo Alonso, que olía a almacén, a *containers* y a café reciente de poeta tardío y triste. Se iba a morir en seguida, si no se había muerto ya. Me acerqué, por alegrar un poco al muerto, y le dije unos versos suyos: «Bajo la tierra también hay mares / pero sin puertos y sin cantares / y navegando, los esqueletos...» Etcétera. Caramba, joven. Ya ve usted. Esto es la gloria, Emilio, el joven se sabe mis versos. Tome usted una copita, joven. No, si no le importa, mejor un pepito y tarta de manzana, o sea cenar. Los jóvenes estudiantes y las jóvenes estudiantes se intercambiaban prohibidos: Aranguren y Alberti.

Con Salvador Jiménez, inevitablemente, hablé de César, como después toda la vida. Víctor de la Serna (entrañable amigo desde aquel día hasta su muerte), me dio mejores vinos que el blanquito de Eduardo Alonso. (En España no hay vinos blancos.) Goñi seguía dibujando, Camba se fue en seguida, a morirse de economía, a morirse económicamente (vivía en el Palace porque no le cobraban, o apenas). Eran las cinco de la mañana.

Todo, ya digo, muy Soutullo y Vert.

* * *

Guadamacileros, perales, sombrereros, buhoneros, organistas, organilleros, curtidores, pianistas, charlatanes, ebanistas, trujamanes, registradores, meretrices, concejales, abrecoches, párrocos, guardias, coadjutores, niños, cantautores, mieleros, serenos, afiladores, encajeras, planchadoras, bordadoras, camareros, echadores poetas, piernas, parias, madrileños, chamarileros, locos, taxistas, filatélicos, podólogos, funcionarios, cómicas, extremeños, académicos, abortistas, telefonistas, heladeros, churreros, traductores, jubilados, parados, cibernéticos, sindicalistas, mozas, perreros, matarifes, alarifes, agentes de seguros, vendedores a plazos, dependientes, horteras, vinateros, cátedros, camastrones, fondistas, diputados, pintores de escalera y persianistas, herreros, tundidores, pinchadiscos, pasmados, gente reciente, personal, cabecitas locas, boquitas pintadas, corazones solitarios, travestís, putarazanas, chinos,

alcarreños, camaradas, feligreses, gallofa, maricas, inmigrantes, tías, cachondos, eruditos, choricillas, quinquis, mecheras, cineastas, peatonales.

En el arroyo Abroñigal había cromañones, gitanos y grosetos. Los cromañones, para entendernos, venían a ser quinquis, payos que habían adoptado las costumbres y las hablas del gitano.

Los cromañones vivían de robar la gallina, trajelar el traje, putear a los gitanos, que ya es difícil y tiene ciencia, y de entrar y salir en Carabanchel como en una cura de aguas. Los gitanos eran los gitanos.

Los gitanos iban a lo suyo, como han ido toda la vida, durante siglos, que es vender un burro en las ferias y fiestas de los pueblos de la periferia —San Sebastián de los Reyes, Pozuelo de Alarcón, Los Molinos, Vaciamadrid, Madrudejos, Villanueva del Pardillo, Las Rozas—, o vender un corte de traje en los cafés y cervecerías con banderilleros retirados, de las calles de la Cruz y Sevilla, al costado de las revendedurías de balconcillos para los toros.

Muy de mañana, los quinquis/cromañones salían a robar hilo de cobre o gallinas recién peladas en los mercados de Barceló y Cebada. Muy de mañana, los gitanos salían con su corte de traje o su burro. El corte de traje, doblado al brazo del gitano señorito, hacía reaparecer todos los viejos cafés desaparecidos, y aún el Café de Levante, en Sol, donde entré poco, y el Café Flor, también en Sol (un preludio de violines menopáusicos para enredar de lujo al pardal que se llevaba el traje), hacían realidad en sus espejos con anuncios de campari la escena eterna y fugaz del trato. El burro era seguramente el asno de oro de Apuleyo, burro de todos los tiempos, burriedad sujeta con alfileres, el hombre como pastor heideggeriano del ser del burro, el tierno burro, retornado siempre, al que yo daba paja en la mano y apretaba tiernamente las orejas, por la noche, a la luz de la hoguera gitana, porque el burro vendido a un señor de Albacete por la mañana, en Postas, le era recomprado por otros gitanos o los mismos, a la tarde, a mitad de precio, cuando el señor de Albacete comprendía que un burro es compañía casi tan incómoda como una vicetiple del Martín para andar callejeando por Madrid, y que, por otra parte, él no necesitaba para nada un burro en Albacete, donde prácticamente no hay distancias.

El burro eterno, intemporal, abuelo del caballo, me servía también para pasear a la Envidita, que la subía yo en brazos, arrodillando al animal, y luego la llevaba de la mano, no muy fiado de su cabecita perdida, y ella paseaba el arroyo Abroñigal, entre hogueras y televisiones robadas, sonriendo horriblemente, con corona de flores en la cabeza, las flores que había arrancado por la mañana, en el cementerio civil, de la barba carlomagna de Salmerón o de la barba menestral de don Pablo Iglesias, que había sido un obrero con don.

El paseo la mareaba completamente, a la Envidita, y el mareo se le hacía sueño y yo se la entregaba en brazos, ya dormida, a su padre, un groseto de bien, como creo tener dicho, y él se la llevaba a la cueva, a la cama, en esa hora en que el Madrid lejano, estrella de tranvías, se estilizaba en orquestas y orquestinas de los nuevos españoles, primeros sesenta, salas de fiesta del Manzanares, y nosotros sólo veíamos en lo alto, entre los luceros, el luminoso del hospital de toreros, por donde habían pasado o iban a pasar *el Cordobés, Palomito Linares y Cocherito de Madrid*.

Los grosetos eran la aristocracia funcional del arroyo, gentes que querían llegar a más, que querían salvarse de las termas de Caracalla de la miseria mediante la Escuela-Radio Maymó o la venta de televisores a domicilio y a plazos, que estaba empezando a entrar el televisor (blanco y negro) en todos los hogares.

Yo vivía con aquella familia de grosetos de bien que eran los padres de la Envidita, él siempre a su trabajo de electrotornero, ella a sus labores, lavando la ropa en el arroyo seco del Abroñigal, y me subía las cuestas de tierra, verticales, hasta una taberna de Ventas, para escribir a mano un reportaje que luego pasaría a máquina en la academia

Santa Bárbara, en Fuencarral, como tengo contado, o para escribir un cuento, o para leer un libro, alguna cosa más ligera que Proust, o más cercana, por ejemplo las poesías (casi) completas de José Hierro, poeta y amigo al que admiraba mucho, o para buscar en el *ABC* de la casa, húmedo sobre el cinc del mostrador, el artículo de César González-Ruano tipografiado de moscas, que aquél fue verano de muchas moscas.

Esto, cuando no me tomaba vacaciones en el cementerio civil, de la mano de la Envidita, como ya he contado, respirando el aire saludable de los muertos.

Al sanatorio de toreros, u hospital o lo que fuese, que nos quedaba cerca (ya se ha dicho), subía de vez en cuando, si el *ABC* de la taberna traía alguna cogida grave y la especificación de que el diestro estaba en aquel sanatorio madrileño, que era como un chaletito de maestro de obras muy bien tenido por su señora, pero que albergaba a los hombres secos y legendarios del toro, como sotas de la baraja con un gran testiculario.

Allí le hice un reportaje al *Cordobés*, desnudo sobre la cama, entre extranjeras trastornadas, que sin duda habían ido más por el desnudo que por el albur. (También había nacionales, que ya para entonces se estaban perdiendo las costumbres.)

Más friolero yo que la familia de Envidita, tenía un hornillo breve que me seguía de pensión en pensión hasta aquella cueva del arroyo Abroñigal, hecha en la tierra misma, y un día que no había nada en la casa para comer nadie (al electrotornero, o lo que fuese, le habían robado el billetero en el tranvía), me hice todas las revistas de Madrid donde tenía algo pendiente de cobro, pero en ninguna era día de pago, de modo que ya en el tranvía de Ventas, a la vuelta, lo tenía decidido:

—Vendo el hornillo en la calle de San Marcelo, que he visto un chamarilero.

Saqué el hornillo en un paquete, forrado de libros y envuelto en periódicos. Nada, unos libros que le llevo a un amigo enfermo en el hospital. El chamarilero me dio algo, poco, casi nada, por el hornillo de mis fríos, dije en la cueva que había cobrado una colaboración y pudimos comprarle una lechuga a la Envidita, que la portaba como un ramo, a la puerta soleada de la cueva, y la iba mordisqueando con gusto y fundamento, mientras su madre le ponía un poco de sal y hasta un poco de aceite, que le prestara una gitana, porque los gitanos le tenían distancia y miedo a la Envidita, que la veían niña misteriosa, como embrujada, y pensaban, quizá, que era el demonio de los payos. Había que respetarla.

Mientras Envidita estaba fuera, con la lechuga, como una lámpara verde bajo la lámpara del sol, yo estaba dentro, tirado en mi manta, soñando con una gran nevera abierta, vacía, fresquísima, aliviadora, en la que lucía un único tomate rojo y casi monstruoso, de grande, que yo quería levantarme a comer, porque tenía hambre y sed y porque me gustan los tomates (y quizá, de paso, por cerrar el frigorífico —aquella familia tenía un frigorífico—, que estaba empezando a enfriarme la tripa). Pero no podía levantarme. Me lo impedía el sueño, el cansancio, la debilidad o no sé qué trabazón que debía de ser la pobreza misma, o la atracción excesiva, paralizante, del tomate brillando a la luz fluorescente y helada del frigorífico. Cuando me desperté, de pronto, vi muy claro que el frigorífico estaba cerrado (y yo sabía que vacío), que me había quedado sin infiernillo, que me iba hundiendo en las cuevas del arroyo Abroñigal como en una lentísima catástrofe geológica, que Madrid nos enterraría alguna vez con una capa de asfalto, de mierda o de olvido, y, por lo tanto, había que huir.

Cambiar de sitio, buscar una pensión muy barata, dejar a aquellas gentes, no hacer más ensayismo en el cementerio civil, sentado en la tumba de Baroja, que no sabía escribir, intentar una nueva aproximación al centro, mirar las pensiones del *Ya*, algo.

A la noche, cuando el arroyo entero tomaba la fresca, salvo una hoguera remota y casi litúrgica de los gitanos, se lo dije a la familia:

—Me parece que los voy a dejar a ustedes, y me iré de mañana, antes de que se despierte la Envidita. Le dicen que estoy fuera, para un reportaje. De todas maneras, alguna vez vendré a verla.

Ellos callaban y yo lloraba por la niña.

—A la Envidita llévenla a pesarse de vez en cuando —dije—. A la Envidita le gusta pesarse. Y no es más que una peseta.

Prolongación de Ibiza, pasado Doctor Esquerdo, una de aquellas colonias que hizo la República (hay otras por el final de Velázquez, en Prosperidad, y por todo Chamartín de la Rosa). Estas colonias, espiritualmente salvadas del banusismo, tienen ya el encanto intemporal de un Madrid que mirase para los barrios residenciales de Londres, pero con sol de Madrid, y el pasado, detenido en ellas, les da una dimensión geométrica y fantasmática, entre Chirico y Méndez Bringa, entre un vanguardismo viejo y un costumbrismo que vuelve. En uno de aquellos chaletitos, pero en el sótano, vivía una familia con muchos niños y suegra, que me alquiló una habitación estrecha, húmeda y con ventana al nivel del jardincillo, que era como hospiciano, pero me metía tipográficas y adorables lagartijas en el cuarto.

El baño no tenía agua, pero los muchos niños de ambos sexos estaban todo el día metidos en él, desnudos, bañándose en su propio sudor, jugando. El baño seco era su parque. Viniendo del arroyo Abroñigal, que era como venir del Neolítico, con cromañones, grosetos y razas cobrizas, leer y escribir en aquel sótano me resultaba una rareza grata y británica, como de lord inglés que tiene toda la casa de campo por arriba, y se mete por capricho en el comfortable sótano, para estar más solo con su grandeza.

Coloqué mis libros, mi funda de máquina de escribir (siempre cerrada y llena de libros, para que pareciese que tenía máquina) y la suegra total me trajo una estufita cuando supo de mis fríos, supliendo sin saberlo el hornillo que yo había vendido para comprarle una lechuga a la niña loca.

Pero yo, evidentemente, no tenía dinero para pagar aquello, aun cuando no era caro, de modo que me propuse relanzarme (uno se ha pasado la vida relanzándose) para tener más colaboraciones, más trabajo, más ingresos, y poder pagarme aquella tumba alegre.

El padre de familia, que se llamaba Sergio, era chato de puñetazo, o sea chato fabricado (eso se nota en seguida, es como las que se hacen la cirugía estética), y había tenido una juventud de Campo del Gas, viviendo en la estela fugaz y luciente de Fred Galiana, a quien me llevó a ver al bar que el ex campeón poseía en la calle de Alcalá. Le hice una entrevista que se vendió bien.

También me llevó Sergio a ver a Luis Folledo, que estaba en su casa de la carretera de Aragón, lavándose los pies en una palangana, y le hice asimismo una entrevista, en plena gloria y en plena juventud. Todavía no era la sombra dormida y pálida, con bagaje de oro, que rondaría años más tarde un palacio de los Deportes vacío. Incluso a Pedrito Carrasco le hice una entrevista en el parque de Berlín, cuando iba a pelear con Velázquez.

Sergio vivía de la reventa, se buscaba la vida, y como los ídolos se iban quedando sonados y el Campo del Gas era un simpósium de fantasmas con suéter de antes de la guerra, se pasó a la reventa taurina en la calle de la Libertad, adonde me llevaba a echarle una mano, hasta que hice un reportaje costumbrista sobre este trapicheo y ya no pude asomar más por allí.

—A ver si me vas a joder todos los avíos, Umbral.

La calle de la Libertad, entre la Cruz y la Carrera, era el tranco caliente y breve de un Madrid que ya no estaba, o que estaba sólo para los turistas, los franquistas sociológicos y las madame Bovary taurinas de provincias. En una acera daban cocido y en la otra entresijos. En una acera se tomaban chopitos a la hora del alterne y el mucho picar, y en la otra oreja de cerdo. En una acera tenían la foto de Antonio Bienvenida en todos los bares, aún con el sepia de los cuarenta, y en la otra un *Cordobés* adolescente y virginal. En una acera estaban los lobos esteparios de la reventa,

cincuentones y secos como una sota de don Heraclio Fournier con mucho testiculario. En la otra acera estaba la taifa culona de los parados, los perezosos y los que no vendían una escoba.

Haciendo cola en las taquillas, los legitimistas de la fiesta, con el dinero estrujado en un puño, como se lo diera su señora, los que no pagaban reventas ni estraperlos ni balconcillos bajos del establishment, que ya empezaba a decirse así, como si las dictaduras en inglés fuesen menos dictadura.

En la calle de la Libertad tenían tertulia, algunos veranos, con la fresca, don José María de Cossío, con su risa verde de sapo de cuento, y don Antonio Díaz-Cañabate, que andaba chancleteando los zapatos de contrafuerte pisado y escribía las crónicas de toros en el *ABC*, con apuntes de Antonio Casero.

Yo miraba para los cincuentones alobados de la reventa y comprendía que uno puede terminar así en Madrid. Comprendía que yo mismo estaba en reventa y no me compraba nadie.

Nadie.

2/LOS ALUCINADOS

La vida es una lectura del yo.

MICHELET

Puente de los Franceses, puente de los Franceses, ya nadie pasa, ya nadie pasa, ay Carmela, ay Carmela. Flor, marquesa apócrifa de las Landas del Guadalaviar, cabeza romana y trágica, como de una piedra hermosa comida por el vicio, esos vicios secretos de la piedra, Flor, alta, insegura, apresurada, borracha, enamorada, acelerada, operada, reina casual y sin diadema de Oliver, el club/pub intelectual de Marsillach, primeros sesenta, Flor, histérica porque en Liria/Alba le habían cerrado la puerta (como todas las noches), sólo soy mi melena con canas y el riñón que me falta, ojos locos y bellos, nariz quebrada de insultos nocturnos, como la Mariblanca, desnudo de mujer de fuente, boca besadora y malhablada, manos inseguras, largas, fumadoras, conversación drapeada de historias y mentiras, decires de El Pardo/Caudillo y minuciosas enfermedades familiares, mujer de la que ya se habla en el prólogo de estas *Memorias*, mujer/prólogo de mi vida madrileña, aunque ella estaba ya viviendo/sufriendo todos sus epílogos.

Se muere de epílogo más que del pílolo u otra miseria cancerable.

Flor era la que me había llevado al Club de Campo, al Club de Golf, al Club Puerta de Hierro, al Hipódromo (aparte tardes de reportaje con el difunto Basabe que en paz descanse). Desde el coche de Flor —PMM, automóvil oficial de Lugón, su ministro/amante— habíamos visto la querrela de los estudiantes con los caballos de los grises, cruzando la Universitaria, la contestación al cuarentañismo, y a mí me parecía recordar la mañana nublada en que salvé a María del Té del encierro asambleario en el bar de Letras, fingiéndome informador del ABC, y aquel tranvía vertiginoso entre los chopos de la Universitaria, como huyendo de la dictadura, y lo felices que éramos/fuimos, y hasta me parecía entrever a María del Té (perdida ya, casada por la familia, huida al extranjero) en alguna de aquellas chicas de melena esbelta que caían sobre el césped del campus y eran azotadas en el culo del vaquero, con despropósito sadicoanal, por la porra de los grises.

Flor se intoxicaba periódicamente, y entonces iba a verme el chófer ministerial, que hay que llevar a la señora a López Ibor, y entre el chófer y yo la llevábamos, por detrás de Puerta de Hierro, y le hacían curas de sueño y desintoxicaciones, y, cuando ya conocía, íbamos a verla por las tardes unos cuantos parias, piernas, rojos y poetas socialrealistas de los que ella colocaba en el Ministerio del ministro Lugón (que tenía la esposa con cáncer en los dos pechos), diciéndole a su viejo amante que eran buenos chicos de provincias necesitados de ayuda para no perderse en Madrid y caer en las garras del Partido Comunista.

O sea que toda la poesía social, marxista, antifranquista, revolucionaria, toda la poesía de la resistencia, o casi, se hizo en el pupitre de los Ministerios franquista/cuarentañistas. Una cosa mala.

Flor se levantaba de la cama, en camisón courreges transparente, entre la tertulia y la grisalla de sus amigos rojos, y me preparaba el café como a mí me gustaba, sin dejar que me lo preparase la camarera de la clínica, y los demás sonreían sabiendo que yo era, en aquellos momentos, el favorito. Se iban antes que yo, todos, para dejarnos un momento solos, y ella volvía a ponerse en pie para despedirme con un alto beso (los dos éramos altos), y tenía la cabeza de una Melina Mercouri desestructurada:

—No me quieres, cabrón.

—Que sí, mujer.

—Ven mañana, anda.

López Ibor me dijo entonces, por primera o segunda vez, que yo tenía una letra muy interesante para un psiquiatra. Le hablé del psicoanálisis y le dio asco como cosa de rojos, cuando Freud y Jung (por no hablar de Groddeck o Tausk) son lo más

reaccionario del mundo.

Claro que no dirigían rosarios a medias con el padre Peyton, como nuestro gran doctor. El ministro Lugón, historiador o así, merendó una tarde en El Pardo, con su señora cancerosa, el chocolate histórico del Caudillo, el de «Garrote y prensa», pero sin prensa, y le dijo a Flor en seguida:

—Nada que temer, Su Excelencia ha estado hasta simpático.

A la mañana siguiente recibió en su casa al motorista de la muerte, o sea del sobre, o sea del cese. Los ministros de Franco morían de motorista, como el *Orfeo* de Jean Cocteau.

* * *

Los poetas socialrealistas, los poetas de la resistencia, como Gabriel Celaya o Ángel González, estaban por las noches en el club Villamagna, calle de Villamagna, entre la Castellana y Serrano, en aquel sotanillo de sombra e intimidad a cuadros escoceses, bebiendo whisky, escuchando el jazz ciego de Tete Montoliu, conspirando contra el sistema.

Era un recodo donde ardía la música y transcurría la conversa.

Cándidos pájaros de la noche, que quizá se sentían más a resguardo a esa hora que, sin embargo, era la hora sospechosa.

A Celaya, después de mucho leerlo, lo había conocido yo en el Aula de Poesía de José Hierro, en el Ateneo, y luego nos habíamos ido a beber vino a las alcantarillas del vino de la plaza Mayor.

—Siempre leyéndole, maestro...

—Todos somos camaradas.

Tenía como una dulzura húmeda en los ojos azules, nordestales, Celaya, y una como blandura de rostro que se desmentía a diario con la energía de sus versos. José Hierro era un cruce de Rilke proletario y miliciano de la República, físicamente, y a mí era el que más me gustaba como poeta. Tenía las manos cortas y el bigotillo altivo. Ángel González era astur y tranquilo, craso y resignado, lúcido y bueno. El jazz ha sido la música de nuestra juventud, y había sido la música de la suya.

El jazz, canto de esclavos o melopea de raza marginada, iba bien con el alma conspiratoria y sufriente de los antifranquistas españoles. Había otro sitio de jazz —Bourbon Street, en Diego de León—, adonde iba Nuria Torray cuando todavía era una musa progre, antes de partirse la calavera en un kart y enmaridarse con directores de escena.

Uno anduvo muy enamorado de Nuria Torray.

Ella hacía *Dulce pájaro de juventud*, en el Alcázar, con Ana Mariscal, que era la madura con sed de hombre y de whisky, o sea la transposición de Tennessee Williams, el autor, otra Blanca du Bois, y Nuria era la nómada loca, joven y jodedora, vestida con piel de serpiente.

Yo mismo era, quizá, para Flor, marquesa de las Landas del Guadalaviar, un dulce pájaro de juventud.

Con el tiempo, toda esta basca dispersa del teatro, la poesía, el enchufe cínico y ministerial, la resistencia y la noche, o sea la izquierda festiva, acabarían reuniéndose en Oliver, pub de Adolfo Marsillach, que, con su decoro de cortinas y oros falsos, resultaba menos sospechoso, para la pasma, que el ya muy peinado Café Gijón.

En Oliver, como creo se ha dicho, conocí una noche a

Flor, y en Comodore, una tarde, en la tertulia de Ava Gardner (ya con las ojeras del alcohol y la papada de los siglos) le expliqué a la marquesa que lo nuestro no podía seguir.

Ava Gardner iba y venía al teléfono, que la llamaban mucho de Nueva York. Aquella tertulia de Ava Gardner, que solía prolongarse hasta la hora de la cena —cena temprana de los yanquis—, era para mí un venero inagotable de información

periodística para la prensa del corazón.

Ava, sin saberlo, me había resuelto el problema.

Flor, como otra Ava con menos suerte, me lloraba su amor y su heroína, y yo me había puesto un suéter sin mangas, luciendo brazos jóvenes de macarra, muy en mi papel de darle marcha a la carrozona. Le expliqué que salía con una niña, una estudiante, María del Té.

—¿De esas que vemos cuando vamos al Club de Golf, que les pegan los guardias en el culo, con la porra?

—Sí, una de esas. Un día tuve que salvarla de un encierro.

—Ah, el príncipe azul. Si quieres le hablo a Lugón para que les peguen menos. Aunque a lo mejor les gusta.

—El juego del cinismo es muy aburrido, Flor, y ya nos lo sabemos. Estoy enamorado. Adiós.

—Lo podías haber hecho con un poco más de clase —me dijo.

Las marquesas y las meretrices vivían obsesionadas con la clase, siempre le reprochaban a uno el tener poca clase. Besé la mano de Magnolia/Ava. Bajé andando por Serrano, liberado de aquello —aquello era Flor, con su marquesado apócrifo, sus marismas y su río afluente, su heroína y su ministro o ex—, hasta encontrarme con María del Té en Portosín, donde estábamos citados. La encontré en la barra, o sea que la entrevista iba a ser corta.

—Me caso —dijo.

—¿Y cómo es el tipo?

—Lo más parecido que he podido encontrar a ti.

Maravilloso e imposible dandismo femenino, tocado de ternura. En algún libro he contado que sólo me quedó de ella un billete de Metro que encontré en un libro que le había prestado.

METRO 121

Sirve para cualquier trayecto desde la estación indicada. — Será intervenido en la revisión de Entrada, conservado a disposición de los empleados y entregado a la

SALIDA.

Don Blas Piñar, notario notorio de Madrid, tenía un mandamiento contra Ava Gardner, a quien se le iba el dinero en póquer y whisky.

Don Blas Piñar, presidente, además, del Instituto de Cultura Hispánica, organismo dependiente de Asuntos Exteriores, se fue al chalet de Ava Gardner para proceder en consecuencia, pero le echaron los perros guardianes y la estrella le llamó «español de mierda».

A los pocos días, el señor Piñar publicaba en la tercera de *ABC* —«la tercerita», como decía Miguel Pérez Ferrero, entre el pitillo y el flequillo: «mándame una tercerita, majo»— un artículo titulado «Hipócritas» que fue conmoción en toda España, y donde se denunciaba salmódicamente a los americanos.

Franco cesó sigilosamente a Piñar, como consecuencia de lo cual, ese señor notario decide pasarse a la figura de José Antonio, a quien mimetiza incluso en el peinado, y funda 10 que sería una ultraderecha, y luego su revista/órgano, *Fuerza Nueva*, cuyo primer director fue un hombre bueno y apolítico, un profesional, Jesús Mora. En cuanto a su encendida denuncia de los yanquis, a la vez precisa y retórica, el señor Piñar no ha vuelto a repetirla nunca, sino que más bien se ha mostrado partidario de la integración en el bloque defensivo del Pentágono.

* * *

José María de Areilza me había invitado a almorzar en Jockey, con alguien más. A José María de Areilza, conde de Motrico, lo había conocido yo en el Museo Naval, Ministerio de Marina, museo que llevaba el almirante Guillén. Una vez, don José María

estuvo explicándonos el museo a un grupo de periodistas, no recuerdo por qué ni para qué. Pero él no se acordaba de eso.

Luego, yo iría alguna vez a su casa de Aravaca, como él acudió a algunas de mis primeras requisitorias literarias. Tanto al servicio del franquismo como al servicio de la democracia, a mí me pareció siempre Areilza un desaprovechado, el gran desaprovechado de la política española. Y yo se lo decía en las entrevistas:

—Es usted la persona que mejor vende España. Incluso la España invendible.

Se veía que agradecía el elogio, pero no llegaba a sonreír. Le observaba a uno con sus ojos claros y su gesto serio, como sopesando la calidad del elogio. Vendió mucha España invendible, sí, y parece que Evita Perón dijo una vez, mientras le hacía esperar en la antecámara, siendo él embajador en Buenos Aires:

—Que espere el gallego de mierda.

Areilza se fue diciéndole al pasante:

—Que el gallego se ha ido y que se quede ella con la mierda.

Se ha dicho que Castilla hace sus hombres y los gasta. Es una frase de rudeza y simplismo militar. Lo que ocurre, más bien, es que España es una gran desperdiciadora de hombres. A España le nacen los hombres (que tampoco los hace, sino que, en todo caso, los deshace). Y no los gasta, sino que los derrocha.

El Gran Capitán es, ante todo, un gran derrochado.

A Quevedo se le derrocha en intrigas de *condottiero* o se le usa como preso, en San Marcos de León.

¿No había otra joya que guardar en el estuche arquitectónico de San Marcos que el gran barroco Francisco de Quevedo? Nuestro siglo derrocha a Unamuno en una cátedra de provincias. Derrocha a Machado en institutos intransitables. Derrocha a Valle-Inclán desgastándole de hambre. Derrocha a Ortega y D'Ors en el periodismo.

No es que no salga nada. Es que todo lo derrochamos.

A don Manuel Azaña no se le puede derrochar («quemar», se dice ahora en política) en el Ministerio de la Guerra. Vengamos a lo de ahora, que más o menos dijo el clásico. Tierno Galván, presidente nato de un sistema constitucional, se queda en alcalde de Madrid.

Franco, por entonces (por los entonces de este libro), derrochaba a Areilza como embajador ante la Perona. Luego, la democracia le derrocharía mucho más. Claro que él ha cometido errores. Aliarse con Fraga, por ejemplo. (La cosa acabó, en nuestros días, cuando Areilza se salió del hemiciclo, en mitad de un discurso *fáctico* de Fraga.) Otro error de Areilza, que no llegó a cometer porque no le fue dado, es que él nunca hubiera legalizado el Partido Comunista. Y no se trataba de cambiarle las ideas, claro, a su edad. Los que legalizaron el pecé eran tan anticomunistas como él. Se trataba de comprender que un pecé en la clandestinidad siempre resultaría más peligroso para la derecha —causa indubitable del conde—, y más potenciado, aún. Aparte de que su exclusión dejaba manca la democracia.

Llegada, en nuestros días, la transición, Areilza la vendió magistralmente en el mundo, como ministro de Exteriores. E incluso escribió un Diario de esa etapa que es un bello, veloz, rico y luminoso libro.

Siempre había leído yo los artículos de Areilza, en la tercera de *ABC*, con el placer con que se lee a un diletante que lo hace mejor que muchos profesionales, pero cuyo perfume es precisamente ése: el diletantismo. Me lo imaginaba en Aravaca (desde que estuve allí), por la mañana temprano, «estando ya mi casa sosegada», escribiendo con el sol en la alfombra y la cultura descendiendo sobre el texto político como un artesonado tenue y bello.

No era en absoluto el tipo de escritor que yo quería ser, pero cuando abría el *ABC*, en mi pensión, y encontraba un artículo suyo, le imaginaba a él en aquella astronomía de consolas y relojes, entre Richelieu y Charlus, entre Montesquieu y Montesquieu,

precisamente en ese matiz difícil, fútil y delicado en que un conservador ilustrado y un estilista más voluntario que inspirado coinciden dentro de una chaqueta cruzada, impecable y, por intemporal, pasada de tiempo. Vivía yo entonces la envidia altruista y saludable de lo que no quería para mí, pero me gustaba que existiese. Resultaba tranquilizador saber que no todo era fascismo en la derecha española. «Siempre recuerdo aquella frase de usted, Umbral: “Piniés, qué tosco y qué fino.” Siempre la recuerdo.»

Y me distraía yo en soñar, desde mi pensión o mi suburbio, con el almuerzo en Jockey o la copa en Aravaca, cuando aquel hombre había descendido, como de los cuadros del XVIII, o había avanzado hacia mí, como de entre las páginas de Proust, para hablarme de algún artículo mío perdido entre la prensa de provincias, que era donde yo más publicaba por entonces.

Con el ABC delante, abierto por la tercera página, que venía en hueco sepia, leía yo la prosa de aquel hombre, serena y espaciada, más nacida de la cultura que de la locura (creadora), y, tan entreconfundido como andaba yo con la izquierda natural y de barrio, imaginaba una derecha española así: culta, dialogante, armoniosa, que continuase su minué después de la Revolución, como en Francia, pero teniendo ya en cuenta la Revolución, y, sobre todo, que el pañolito de espuma bordada que se van pasando las manos en el minué, estaba ya anagramado con una gota de sangre. Aquí la revolución era siempre contrarrevolución ecuestre, que arrastraba a todos en su ola, hasta que unos cuantos hombres serenos, inspirados por la ecuanimidad —Tierno en la izquierda, Ridruejo en el sincretismo, Areilza en la derecha, por ejemplo—, se metían otra vez en sus despachos, con luz naciente del Norte, con frío esquintero del Este, con vendaval abierto y ominoso de la Universitaria, a meditar la famosa pregunta de Laín, a qué llamamos España.

Y a escribir sobre ello.

Se lo había oído yo a don Pedro Murlane Michelena (quien a su vez se lo había oído a Eugenio d'Ors, quien a su vez lo había entreleído en sus culturas afrancesadamente alemanas):

—No sabemos todo lo que cabe en un minué.

En un minué cabe la Revolución francesa. El minué sigue con los danzantes descabezados y el pañolito sangriento, ya digo, pero el país no se para, y cuando el minué termine, la Monarquía será ya una República. De por medio, amartillando la República, Napoleón Bonaparte.

El Napoleoncito de El Pardo no bailaba el minué, no sabía encarnar la República o el nuevo Estado, por más que se subiese en los caballos de bronce de Juan de Ávalos, escultor trabajador y fiel, calvo y amable, que tanta mitología confusa metió en Cuelgamuros, y que se estaba en el café, con su señora, sonriendo a todo el mundo, como dejando claro que Cuelgamuros era un faraonismo donde él sólo había puesto arte y no ideología.

La mejor prueba: que estaba allí, en el café, hecho un bohemio, con la señora llena de brillantes. No ya por la izquierda, que no paraba, y que me la tenía yo tan sabida, sino por la derecha mejor, veía uno despuntar una España posible, «la España que no pudo ser», la España del minué continuado después de la Revolución, con todas las cabezas en su sitio y los pañuelos de la consigna erótica lavados por el viento del Guadarrama.

Digamos que lo de Areilza era un minué parado. España era un bloque mudo de tiempo ahistórico. Complacerse en esa derecha resultaba culpable, cuando la angeología de la izquierda andaba gimiendo por los cielos inversos. Cerraba yo el periódico para ponerme a escribir algo muy violento (que luego autocensuraría) y Areilza, Aravaca, el minué, todo eso quedaba ya muy lejos, anacrónico e inútil, borrado por la luz de estraza de mi barrio.

* * *

Algunas mañanas salía del chalet y tiraba para arriba, alejándome del centro, hacia el parque de la fuente del Berro, que era un parque de agua negra con escalinatas de piedra como encaje antiguo, una puerta estrecha, como de convento, y un abandono de pavos reales y chicas solitarias que leían a Blas de Otero o a Mao Tse-tung en los bancos.

Yo paseaba solitario por aquel parque, como por un continente desconocido, dentro de Madrid, y sabía que no muy lejos estaba el arroyo Abroñigal, del que me había librado por un gesto de voluntad, pero no por un progreso real de mi trabajo o mis finanzas. Seguía viviendo, en realidad, de las colaboraciones para provincias.

Porque había descubierto uno (y lo meditaba un poco en aquel parque) que Madrid se vende bien en toda España, con dictadura o con democracia, que toda la península tiene un complejo sadicoanal respecto de Madrid, que odian y aman esta capital de cinco siglos.

Yo, en mis crónicas, naturalmente, me fabricaba un Madrid revuelto, fascinante, canalla, putrefaccionado por la dictadura y perfumado por el rock-and-roll. Un Madrid que, realmente, veía de lejos, intuía en los periódicos. Que todavía no era mi Madrid.

Aquel parque de la fuente del Berro, con el romanticismo duplicado por el abandono, era muy propicio al encuentro con las muchachas rojas y solitarias de los bancos, con las lectoras de Blas de Otero, Neruda o Mao. Nunca ha sido uno muy asediador de la mujer, porque eso me parece una vileza, pero cuando un pavo real iba y venía de ella a mí, de mí a ella, como un mensajero áulico que nada tenía que decirnos, salvo su chillido de ave desgraciada y hermosa, la chica no podía evitar la risa.

Así es como empezaba la relación con aquellas muchachas de la fuente del Berro, rojas de revolución y antidictadura, románticas de agua negra, lagos ciegos y aves cargadas de ojos de Argos (Gide). Aquellas muchachas vivían en calles cercanas, en las buhardillas donde la resistencia tenía sus cuarteles, detrás de una puerta amarilla o color butano, entre sociología marxista, ropa húmeda del invierno anterior, trenkas hombre/mujer, pósters del Che, de Fidel, de Trotski (luego vendrían los de Allende), bragas puestas a colgar en una cuerda y frigorífico desguazado, que sólo tenía dentro un tomate para los dos.

(Exactamente, lo que yo había soñado una tarde, en la siesta, cuando vivía en la cueva del Abroñigal.)

Pasé alguna temporada viviendo con alguna de aquellas chicas, hasta que la cosa se acababa como se acaban estas cosas. Leíamos libros juntos, en la cama o en la cocina, confundíamos la revolución con nuestra propia biografía, y yo trabajaba en la maquinita de escribir que generalmente tenían ellas en un rincón, entre medias de punto y fotos de políticos y actores *engagés*: Bogart, Brando, etc.

—Cuánto trabajas, chico.

—Ya ves.

—Y qué constante eres. Lo que más me gusta es lo constante que eres.

—Ya ves.

Ellas eran constantes de ideas, ideas revolucionarias y amorosas, pero inconstantes para el trabajo o el estudio, como casi todo el mundo. Yo tampoco iba a ser el jefe de fila e imponerles una disciplina. Cada cual a su aire.

—Bajo por la lombarda y en seguida me pongo a estudiar y pasar unos apuntes.

—Bueno, mujer.

El invierno traía a aquellos buhardillones su heráldica de harapos y buitres de viento. El verano traía unas mañanas dolorosamente luminosas, como una inundación de mar con sol, a aquellos buhardillones y a nuestra vida. Viejos tejados, caserío manchego al este de la ciudad. Los vecinos andaban por entre las tejas, arreglando la antena de la tele, y se saludaban de lejos, como los labriegos en el campo.

Noches de verano en la fuente del Berro, cuando el agua era el pájaro más misterioso y estrellado de los que dormían en el parque, un murciélago bellissimo y extenso, y el olor remoto de Aldebarán y las fogatas llegando desde el Abroñigal, ya como el olor estremecido, gitano y remoto de otro tiempo de mi vida, que estaba tan cerca y aún me daba miedo. Si pensaba en Envidita, lloraba. La mujer es una patria para el hombre y yo tenía que hacerme mi patria en la literatura. O sea que volvía al sótano de Sergio, entre fotos de boxeadores, trapicheos de reventa y niños que tenían por parque el baño seco y sucio de la casa. Algún artículo hice sobre las «progres», que era el convencionalismo usado para hablar de las muchachas rojas.

Otras mañanas tiraba para abajo, como hacia el centro de la ciudad, y, por Sainz de Baranda o alguno de aquellos bulevares que bajaban al Retiro, llegaba a la calle Narváez, y me metía en un bar sotanillo, a escribir mis artículos y entrevistas, casi enfrente del diario *Pueblo*, que todavía no se había trasladado al edificio feo y germanoide —un germanismo de ladrillo pobre— del paseo del Prado, como respuesta nacionalsindicalista al museo.

Pueblo estaba en un caserón tambaleante y casi desguazado, con murales que habían sido modernos en los años cuarenta, y Emilio Romero vivía allí sus días heroicos de hombre terrible del Régimen, en una conspiración con fondo de rotativas trepidantes y forzadas, conspiración en la que entraban toreros, folklóricas, reporteros trincones, rojos vendidos, ministros secretarios generales del Movimiento y mujeres marchitas, cenicientas, agresivas y frías, que eran como la guirnalda del director, algo así como la sección por libre de la Sección Femenina.

Nunca quise entrar en aquella nave de los locos interesados a pedir trabajo, y sólo años más tarde, trabajando yo por libre en una agencia de prensa italiana, con Gianni Ferrari y el gran fotógrafo Gigi Corbetta —altísimo, rubio, lleno de la tristeza de los gigantes—, salieron algunas cosas mías en *Pueblo*, pocas, compradas a la agencia. Los críticos literarios eran ensayistas/solapistas de horas/culo, o mozañones rurales que a las cubiertas de los libros las llamaban «las pastas».

Me estaba yo en el bar de enfrente, ya digo, tenaz y anónimo, con la tenacidad de los anónimos, haciendo mis cosas con pluma estilográfica, en cuartillas, por pudor del folio llamativo, y no podía sospechar la formidable y espantosa máquina del periodismo falangista, que tenía tan cerca una solitaria pluma escribiendo a su compás, pero en dirección opuesta. A mediodía, regresaba a casa de Sergio a comer, también andando. Ahora recuerdo aquello como una época corta, pero tranquila. No sé.

Lo que pasa es que con las maquinatas de mis amigas progres de la fuente del Berro le había cogido el vicio a la ligereza y facilidad de la olivética portátil. Estaba seguro de que con una máquina de aquéllas produciría más y mejor, sin esfuerzo, y sin correr la aventura de la academia Santa Bárbara, como falso opositor o estudiante de mecanografía sospechosamente raudo.

Como iba guardando cuatro perras (siempre en el bolsillo trasero del pantalón, y por la noche en el pijama, que no me fiaba de Sergio ni de la Virgen del Pilar), una tarde, a primera hora, tomando una de esas grandes decisiones que se toman cuando los demás están durmiendo la siesta, cogí tres mil quinientas pesetas, que es lo que había visto que valía el invento, en la tienda de la plaza de España (tienda hoy desaparecida), y bajé hasta el centro en uno de aquellos tranvías rojos que iban y venían por Narváez como la sangre por las arterias, según las fisiologías en movimiento que utilizan algunos médicos y catedráticos.

Acababan de abrir la tienda y en la plaza de España pegaba un sol que tenía a don Miguel de Cervantes dando la cabezada sudeante sobre la gola, a la sombra de su invención de hierro o bronce o lo que sea. Los de provincias meaban en los urinarios de la parte de la Gran Vía y Nicole Blanchery, la gran vedette francesa, se ponía de pechos en su alto ventanal del rascacielos de la Torre de Madrid. Entré en la tienda y

me fui a mi máquina.

Pagué en el acto, con el dinero sudado de bolsillo, impaciencia y verano. Se notaba mucho que no tenía más. Me llevé la máquina en su funda marrón, de la mano, por los tranvías y los bulevares. Estaba seguro de no haber hecho una mala inversión. Hoy, casi un cuarto de siglo más tarde, escribo estas *Memorias* del año sesenta en aquella, en esta máquina, aunque tengo otra flota de ellas por todas mis casas, máquinas de todos los colores y nacionalidades, eléctricas, electrónicas y manuales.

Ninguna va mejor que esta olivética pluma.

Su rumor ligero y casi doméstico, como de máquina de coser bien aceitada, como cuando mi tía aceitaba la máquina de coser, allá en la infancia y la provincia, en la posguerra costurera, fue para mí un placer como ningún otro, entonces, y lo sigue siendo hoy. Efectivamente, comencé a producir de una manera continua, sencilla y desconcertante, porque la máquina me convertía un poco en mi tía modista, como ya he dicho o sugerido, y yo también cosía para afuera, siguiendo la tradición pobre de la familia.

A Vallecas llegué por un suceso del periódico. Había ardido una chabola en La Celsa, mientras los padres estaban fuera, y se habían abrasado todos los niños. Allí estaba la crónica/denuncia del día siguiente para provincias. Tomé muchos tranvías, algún Metro y, al fin, un taxi —qué remedio—, con el dinero que no tenía, hasta llegar a Vallecas, la ciudad sagrada del marxismo, y luego a La Celsa y La China, dos campamentos del lumpen de latón, ignorancia, uralita y peste que estaban a media hora de Madrid y reunían en una hectárea toda la mierda secular de la India.

—Yo ahí no entro —me dijo el taxista.

Entramos Roldán y yo.

Eduardo Roldán era un pintor goyesco, congestivo, enamorado y lanzado que había yo conocido en las exposiciones *engagés*. Llevaba una máquina para hacer fotos, pero tuvo que guardársela. Los chicos le tiraban piedras a la máquina y los adultos querían robarla por el sencillo procedimiento de pedírsela. Aquí sólo entra el cartero de los giros, me dijo un vallecano, y no siempre sale.

Había niños poliomielíticos montando en bicicletas mohosas, como si también la máquina tuviese su poliomielitis, y viejas que compartían el almuerzo con una mula seca. Los hombres expandían una vaga agresividad oscura y quieta. Las mujeres lucían esas abundancias que da el sedentarismo de la miseria, ya que no la comida.

Sobre La Celsa y La China el sol del verano premanchego era un mar de latón con hogueras secas y duras de miseria. La chabola abrasada estaba hecha con cartonajes USA y a su costado, rozándola, pasaban los trenes expresos y los cables de alta tensión.

Vi un niño desnudo que iba a por agua, con un botijo en la mano, panzudo como él, a un borbollón que surgía espontáneo e inexplicable, en el secarral. Pasaron trenes por el cielo y conferencias con Barcelona por el hilo del telégrafo. La crónica estaba más que hecha y la profundidad de la dictadura, con su avilantez y sus miserias, vertiginosamente diagnosticada. Roldán les hacía dibujos a los chicos, en papel de periódico, retratos rápidos, para mantenerlos un poco distraídos. De vuelta nos paseamos por Vallecas, Entrevías, Palomeras Sureste, el Pozo, la barriada del Huevo, el pueblo viejo de Vallecas, hasta coger un tranvía de vuelta:

—¿Y esto vas a poder publicarlo? —me decía Roldán.

—Es cosa de ponerle mucha literatura. Un costumbrismo envenenado. A ver si así pasa.

(El lirismo como coartada de la denuncia.)

El tranvía buscaba, entre barrios y multitudes, la Luna general de Atocha, que era como la Venecia de los tranvías.

Pero había visto yo Vallecas, me había fascinado la miseria (como a Picasso) y decidí

irme a vivir allí, siquiera por una temporada, aunque bien sabía que esto era una nueva huida, un alejamiento del centro, un salto atrás en la espiral madrileña que habla que recorrer completa hasta llegar al centro del centro y haber dominado Madrid.

En Vallecas me acogieron como uno de aquellos estudiantes/obreros que iban por entonces a hacer el diletantismo del proletariado. Un chico que leía y escribía. Que bajaba a Madrid en los tranvías, que pagaba su comida y su cama en una chabola con patio o corral o jardín o lo que fuese: un rectángulo de tierra medio cerrado por una tapia de panderete en la que una vieja ponía tuestos que los chicos, durante la noche, derribaban a cantazos.

—¡Ya han vuelto a eschacharme una petunia esos gamberros!

La crónica de La Celsa y la chabola incendiada salió sólo en los periódicos más audaces de provincias. Había cuidado yo de no sustituir la denuncia social por un sentimentalismo caritativo, mediante un lirismo de rosa y látigo, que es fórmula que no falla.

En el atardecer, cuando todo el inmenso poblado era un balanceo casi marino de la blancura albañil frente al cielo marítimo, con lagos de azules húmedos, del atardecer, nos estábamos en el corralón. Había una vieja, una joven preñada, una caballería, dos hombres oscuros que trabajaban el carbón de la vía y un cura obrero que los visitaba de vez en cuando.

Yo ni me acordaba ya de Sergio y su nostalgia paralizante del Campo del Gas, el clima del *Marca* que respiraba aquella casa y el olor a pis de niño que lo perfumaba todo asquerosamente. ¿Era esto un volver al arroyo Abroñigal? ¿Estaba yo practicando la miseria y la marginación como una cobardía frente a mi futuro literario?

El yo se hace innumerables trampas a sí mismo, de modo que nunca se sabe. Pero algunos atardeceres, como digo, si me quedaba yo en el barrio, respirábamos una paz de mula feliz, cardos celestes y hambre matada a lo bruto. De lejos veíamos un vagón de ferrocarril absurdamente varado en el campo, entre trigos estériles, y los niños negreaban por aquel vagón, entrando y saliendo, subiendo y bajando, como termitas blancas.

Mi periodismo, por entonces, se hizo un poco más proletario y revolucionario, claro. Si supieran los arzobispos de las respectivas provincias desde qué fondo de agua dura y revancha justiciera estaban escritas mis crónicas. Todo lo absolvían, supongo, por el lirismo.

A Miguel Mihura comencé a visitarlo en seguida, en su casa de la calle que entonces era del General Pardiñas, estribaciones este del barrio de Salamanca. Miguel me hizo muy generosos elogios en la prensa. Aparte su milagroso teatro, a mí me interesaba su periodismo, su prosa, su labor en *Gutiérrez* y *La Codorniz*, por donde trajo una escritura nueva, no mediante la acumulación, que es lo que suele pasar (los barroquismos, a veces, son un «sálvese quien pueda»), sino por simplificación y reducción infantil al absurdo. Es uno de nuestros pocos genios de la época. Vivía solo con la criada, enfermo ya de las dos piernas, cojo doble: «Me dice el médico que pasee, Umbral, pero me siento un pobre paseando por General Pardiñas, de modo que me voy a pasear al Corte Inglés.» Veía mucha televisión: «A la criada le digo que se ponga al lado y me explique los seriales de la tele, porque yo es que no cojo bien el fondo.» Convaleciente de su último amor, convaleciente de la pierna buena, que estaba malo, le iban a hacer académico, muchos años más tarde, y le dije que tenía por contrincante a un militar, Diez Alegría. «¿Un militar? Ah, claro: tiene que enseñarles a decir ¡Pum!» Y, a finales de los setenta —pum— se murió.

* * *

Mira, Umbrá, yo zoy niña de Jeré, y hazta tengo una calle ya en mi pueblo, cómo lo ve tú ezo, cómo lo ve, hija del dueño de un bar, que vendió el bar mi padre, ya lo vé, por ayudarme mayormente, lo cual que yo empiezo en provincias en y 1942, o sea el

cuarenta y dó, la posguerra como si dijéramo, me vengo al Madrí del hambre, los gasógeno y el hambre, para hacer un flim con Marchena, *Martingala*, a los catorce año yo les enviaba a las productora unas fotos de cuerpo entero, con la boca y las uñas muy pintadas, falda midi y zapatos blanco con puntera oscura, después de *Martingala* vino el fracaso, las hambres, lo de siempre, hice una gira por provincias y luego Carcellé me despidió, Madrí se me venía encima, mi madre y yo estábamos perdidas en Madrí, hasta que me ofrecieron un cabaré de Sevilla, por alterná, y los cafés cantantes de la parte del Norte, Coruña, Gijón, Bilbao, Santander, treinta canciones diarias por treinta duros, así nació el lerele, mi famoso lerele que luego triunfaría en Madrí, tratantes y metalúrgicos, Umbrá, que personá, hasta que hago el lerele en Cabalgata, con un público de etiqueta, y el Tebiarrumi, o como si diga eso, me consagra en el *Informaciones*, ya de aprendiza me decían que no se podía conmigo, porque aprendía los pasos y luego los bailaba como me daba la gana, eso es personalidad, me parece a mí, tú dirás, Umbrá, y luego, oyes, Caracó, qué hombre Caracó, Zambra, Petenera, Niña de Fuego, Salvaora, ¿tú te recuerdas de Zambra, Umbrá?, Cesáreo González era otra cosa, muy formá, firmamo el papel en el museo bebidas de Chicote, y así hasta Antonio González, mi guitarrista, ya ves tú, ya tú vé, que lo tenía tan cerca, nos casamo en el Escoriá, lo más solemne, de madrugá, sin azahar, los cabales, sólo los cabales, y luego el Lazo de Isabel la Católica, ya tú vé, Umbrá.

Aquella entrevista se vendió bien porque era una entrevista fónica, claro, lo que nunca se les había ocurrido a los reporteros que entrevistaban a Lola a diario, que describían su manera de hablar —conocida del público por la radio, la tele o en directo—, pero no la reproducían tal cual.

Primeras casas de María de Molina, con vistas a la Castellana. La casa de Lola Flores era como un campamento gitano —o una teoría de campamentos— sobre un hogar burgués de clase alta rampante, con bargueños y boj. Pero había tribus trashumantes de un salón a otro, y yo diría que habían prendido hogueras campamentales sobre las alfombras persas de Ispahan (cientos de niños se quedan bizcos tejiendo esas alfombras, el enredo del hilo, para que los burgueses de Occidente pisen blando).

La entrevista, claro, aunque fue un éxito, no le gustó nada a Lola Flores, que, cuando me veía, en la alta noche, me gritaba de acera a acera:

—¡Umbrá, Umbrá, a ver si otra vez te llevas un magnetofón! Que yo no hablo así, Umbrá.

Ay si ella se hubiese oído en un magnetofón. Nadie se ve a sí mismo. No se veía Descartes, que creía dudar de todo cuando todo lo afirmaba. Cómo iba a verse la moza renegría de Jerez.

Luego le he hecho muchas entrevistas a Lola, y un día me dio dos besos en el Eslava y me dijo cómo te comprendo, Umbrá, ahora sí que te comprendo, a Caracol íbamos a verle el pintor Manuel Viola y yo «esto es un pintor religioso, un gran pintor», había dicho de él Dalí en París, revisando una muestra internacional con Malraux, y a mí me gustaba su voz rota de hombre todo corazón y el corazón hecho una braga. Luisa Ortega, su hija, casada con Arturo Pavón, el pianista, hacía un flamenco espeso y triste. La otra hija de Caracol, más pequeña, rubia y graciosa, bailaba peor, pero me gustaba más. Mucho. Los abrazos de Manolo Caracol eran confortativos para mí, como si me hubiese abrazado el rey madre de la noche. Viola citaba a santa Teresa y a Bergamín, en su ronquera, poniéndoles a los místicos clásicos y modernos una oscuridad de voz que les iba muy bien. En el flamenco, como en el jazz, siempre me han gustado más las voces masculinas que las femeninas. Como la de Caracol no ha habido otra.

En mujeres, la Paquera, que era bollaca, me resultaba emocionante. La fui a visitar al camerino desgualdrado del Calderón. Me invitó a cerveza y bebíamos de la misma

botella, a morro. Estaba con las piernas muy separadas, como un hombre, bajo el faralae.

Con la muerte de Caracol hubo leyenda: que había muerto en la cama, del corazón, pero alguien, para cobrar el seguro de accidente, metió el cadáver en un coche y lo estrelló. A mí me parecía que era un invento más del fario gitano, y me negué a hacer el reportaje negro que me pedían de todas partes, y que me habría sacado de muchos apuros.

A don Ramón Menéndez Pidal, cuesta del Zarzal, Chamartín de la Rosa (hoy la cuesta lleva el nombre del maestro, y hasta hay una urbanización que se llama Predio Menéndez Pidal), fui a hacerle una entrevista en su huerto de los olivos laicos, y me encontré con mi abuelo muerto hacía muchos años, así como en los felices cuarenta.

El Cid, sí, la biblioteca, la agilidad con que el viejo subía y bajaba las escaleras, el paseo por el huerto, huyendo ambos —más que posando— del fotógrafo, pero aquel señor de gafas redondas (una de ellas era opaca y brillaba como la armadura del Cid, al sol de la tarde), barba aquea y nariz judea, aquel señor era mi abuelo, que había sido institucionista católico y yo creía que se estaba pudriendo, desde hacía quince o veinte años, en el cementerio de Valladolid.

No.

Mi abuelo estaba allí, con la misma barba como rubia, quizá era el sol, aquella cosa de hombre recto, una virilidad de estameña, habían vivido como los moralistas de la Iglesia o los místicos, pero sin superstición. Hablábamos de cosas, yo tomaba notas, Alfredo hacía fotos, la entrevista era un encargo, estaba previamente colocada, y eso siempre da seguridad, pero don Ramón era mi abuelo Claudio, y nunca imaginé que el destino, la profesión, la vida, me llevaran a hacerle una entrevista a mi abuelo, que, en lugar de estarse quieto en el panteón familiar, vivía su cielo de erudición y olivos en el norte de Madrid.

—¿Y no cree que el padre Las Casas tenía algo de razón?

—No.

—Bueno, pues no.

—Verá usted. Hay una forma de locura leve que consiste en eso: en que uno es normal en todo, menos cuando se le toca el punto o asunto de su locura. Las Casas padecía esta enfermedad referida al indio americano.

—Ah.

No me parecía muy erudito ni histórico el argumento, pero don Ramón hasta hizo un libro sobre/contra Las Casas: don Ramón, en sus mil años, se reventaba de conservador, inevitablemente, y esto le aproximaba más a mi abuelo, que había sido filósofo consumero, pensador de fielato, como tengo contado en algunos libros, y rezador de rosarios a pie.

Sentía uno que tenía la Edad Media con chaqueta cruzada, allí delante, pero no sabía uno qué preguntar, porque resulta que don Ramón ignoraba libros desconcertantemente fáciles, y en cambio nos hablaba de libros romanceados e imposibles.

Después del jardín, que le hacía un viejo épico, estuvimos en un rincón de su biblioteca, y creo que volví alguna otra vez.

Don Ramón tenía poco que decir, aparte su rollo cidiano, y no me pareció que la literatura moderna, actual, le interesase mayormente.

Se había metido en la Edad Media como en un convento. Había entrado en religión, siendo muy joven, y en un chalet cercano tenía a Dámaso Alonso, como amigo y seguidor, pero me parecía a mí que don Ramón no participaba de las aperturas de Dámaso al mundo y la poesía moderna.

Lo bueno de Dámaso es que ya no era/es un institucionista.

Volvimos en un tranvía vertiginoso, el fotógrafo y yo, y comprendí la sentencia de mi

abuela (ya metidos en abuelos): «A mal Cristo, mucha sangre.» A poca información, mucha literatura.

La entrevista no fue de las mejores, porque incluso la literatura sale más literaria cuando sobra el material que cuando falta. La escritura no está hecha para suplir la verdad, sino para potenciarla.

Pero siempre es confortativo ir a hacer una entrevista de encargo y encontrarse uno a su abuelo, muerto veinte años atrás, tan puesto de chaqueta cruzada y barba aquea. Don Ramón me dio, sin saberlo, una alegría casi familiar. Mi abuelo Claudio, con más lectura y menos rosarios, podría haber sido una cosa así como aquel señor, como aquel sabio. Luego le vi alguna vez en la Academia y, ya cuando el señor se moría, fuimos una noche Raúl del Pozo y yo, contra el ventalle, a ver si le sacábamos algo.

Los hijos nos echaron de cualquier manera. Raúl me decía, de vuelta al Gijón:

—Es que llevan esto, oyes, como si fuera la bomba atómica.

Los jóvenes y el Arte. *Los crepúsculos*. Crepúsculo del marqués de Bradomín: «Aquel renacimiento de nuestros amores fue como una tarde otoñal de celajes dorados, amable y melancólica.»

Todos habían aprendido el esdrújulo en Baudelaire, como el alejandrino.

Incluso en Vicente Aleixandre están los esdrújulos baudeleriano/parnasiano/simbolistas. «Sobre las finas hojas del otoño, Mariano Rodríguez de Rivas animó *Los crepúsculos*.» Eran cosas que hacían los poetas de derechas durante la República.

A Rodríguez de Rivas lo alcancé y entrevisté en el tardofranquismo, como queda consignado en este libro. En *Los crepúsculos* hubo veinticinco disertaciones, a cual más redicha, salvo la de Ruano, invitado de honor que le metió un poco de marcha a un tema que estaba muerto. Que nacía muerto. En el otoño de 1935, la derecha lírica se repartía por varios jardines madrileños.

Pronto cambiarían la pluma torpe por la pistola rápida, amartillada, para defender sus crepúsculos fucsia y magenta con un crepúsculo de sangre que duró tres años. «Un objeto lírico ha reunido en un haz original las cuatro reuniones verificadas: la conmemoración del ocaso a esa hora poética de la caída de la tarde, en jardines notables y bellos.» Antonio de Obregón había escrito sobre François Villon, «poeta del viejo París», sobre cine y sobre cosas.

Fue cronista cotidiano en el *Madrid* de los Pujol. Una vez fuimos juntos, con Ramón Escohotado, otro que tal, a ver unos Grecos falsos del mejor falsificador de Grecos del mundo.

No se ocultaba la falsificación, sino que se vendía. Toda la cultura franquista había tomado conciencia de que era una cultura apócrifa, tomada con reservas de la verdadera cultura española —judía, mora, castellana, republicana, borbónica—, y habían hecho de lo apócrifo un cinismo. «Antes de la puesta del sol.» Este preludio a *Los crepúsculos* fue leído por Alfredo Marquerie en la Alameda de Osuna. La derecha iba de exquisita, como siempre que hay una izquierda en el poder.

Cultura fundamentalmente cínica, la del franquismo, quienes se entregaban ciegamente a ella perecían —el caso que se ha contado, tan representativo, de Antonio Iglesias Laguna—, y los maestros del cinismo florecían:

Pérez de Ayala.

Sánchez Mazas.

Eugenio d'Ors.

Mourlane Michelena.

Eugenio Montes (*La estrella y la estela* es un canto casi homosexual a José Antonio).

Foxá.

El propio Ruano.

30 de noviembre de 1935, sábado. Entre ramas y vivas estatuas desnudas, allí donde

se para el agua verdosa de los estanques, y hay un panal de miel en la oreja de mármol de un fauno.

Comprendo que es amargo llamarse Dolores Catarineu, con todo el amargor de la *u*, pero mientras ellos se hacían crepúsculos y cementerios (se les olvidó, naturalmente, el cementerio civil, al que yo iba con Envidita, hospital de Pablo Iglesias, Salmerón y la frase en mármol de Clemenceau), mientras ellos hacían crepúsculos y cementerios, ya digo, según el desamado, desplanchado y homosexual Rodríguez de Rivas, los generales de África hacían el Alzamiento.

Toda España ha sido siempre una duda poco metódica entre los pintores del Prado y los generales de África. La guerra civil del 36 fue la guerra entre un general de África y un crítico de arte, don Manuel Azaña.

Naturalmente, ganó el general.

En el principio eran el silencio y el mar (filosofía jónica, o sea filosofía hembra, que la filosofía macho es dórica).

Comprendo que llamarse Dolores Catarineu perfuma toda una época.

Toda una épica.

Gracias a aquellos crepúsculos cementeriales, Huberto Pérez de la Ossa fue notable director de teatro en los cuarenta/cincuenta, sin mayores méritos para ello. La República no mataba a nadie por mirar el crepúsculo. Incluso don Manuel Azaña, aquel niño de derechas, los había mirado mucho desde el jardín de los frailes.

Lo que estoy escribiendo es una memoria *total* de Madrid. Con perdón.

El primer partidario de *Los crepúsculos* era Horacio Pedrazzi, embajador del Rey de Italia en Madrid. (Mussolini iba a secuestrar en seguida al Rey.) El último partidario, o la última partidaria, la señorita Pilar Zorrilla y Contreras, de Santander.

Azaña huía de burocracias, entre el Prado y Gredos. Los generales de África, ya que no ganaban una guerra colonial, querían ganar la última guerra contra los españoles, sus hermanos.

Y la ganaron.

Todo muy crepuscular.

* * *

Francisco Nieva, crepuscular, aunque no alcanzó aquellos *Crepúsculos* —o sí—, venía de La Mancha, con una manta de carretero que todavía conserva, y que a mí me recordaba el poema de Alberti, si tienes un carro, ¿por qué me miras, carretero?

Francisco Nieva, estilizando cada día su condición manchega, llevaba y lleva la manta como un chal, con levedad y escalofrío de chal, y esto de los chales me recuerda una cosa que dijo Cayetana de Alba, en Liria, una vez, mientras las damas presumían de sus versicolores colecciones de chales:

—Pues a mí el chal se me cae.

Con su voz obvia y deliciosamente sosa, dijo lo único que puede decir una reina o una duquesa de Alba. Hubiera sido ocioso, en ella, exhibir «de Cachemira chales». Una de las limitaciones del lujo absoluto es que no se puede presumir de lujo.

Paco Nieva, que había vivido el París de Bataille y la Venecia de Thomas Mann, mucho antes de *Muerte en Venecia*, paseaba su manta/chal, de carromatero, por el alba madrileña, con levedad y gracia. Nieva, como Larra y otros dandies españoles, se había quedado bajo. El dandismo español se frustra por la estatura. Al duque de Suárez, siglos más tarde, le pasaría lo mismo. Paco Nieva, cuando la posguerra, vivió con Carlos Edmundo de Ory y otros ingenios la bohemia controlada de Cuatro Caminos. Luego, se pasó del postismo de Ory a un estudio/rectángulo del barrio del Niño Jesús, en los altos de Menéndez Pelayo, frente al Retiro y sus finales.

En el postismo —un insólito surrealismo cuarentañista—, el mejor poeta era el más loco —puesto que se trataba de una escuela/elogia de la locura, al margen de Erasmo—. O sea, Jesús Juan Garcés, marino, nieto del gran actor alfonsino Emilio

Mario —siempre me enseñaba los telegramas de don Alfonso XIII a su abuelo— y coleccionista de ánforas romanas falsas, obtenidas del fondo del mar, las auténticas ni le interesaban nada.

*El ángel blandible,
musa trimembrible*

Estaba entre el surrealismo y Tristán Tzará.

Era el mejor de todos, pero no le tomaban en serio porque era marino militar y porque era garcilasista, imperialista de García Nieto.

Una vez, cuando le ascendieron a almirante, por escalafón, Garcés tuvo que ir a ver al Caudillo —demonios del protocolo, que hubiera dicho *la Chata*, glosada por Duyós—, y me contó que Franco tenía la mano herida —la mano de la caza, la mano del disparo— aferrada al asiento, «como una mano de águila».

—Yo, Excelencia, además de almirante de la Gloriosa Marina Española, soy poeta.

Y se disponía a recitarle al Caudillo, en su oficina de Caudillo, lo del ángel blandible, pero el César Visionario (que había escrito el ya citado Federico de Urrutia, y que aprendíamos en la escuela los niños de derechas, con foto de Franco a caballo, en contratipo), el César Visionario, digo, le cambió el tercio:

—¿Y usted no ha estado nunca en África, almirante?

El postista/almirante se quedó desconcertado.

—Pues no, Excelencia.

Franco ya estaba en su terreno.

—Pues un militar español debe pasar siempre por África, joven.

Puesto que no había estado en África, descendía de almirante a «joven» (con cincuenta y tantos años). Garcés, en su locura postista/imperial, comprendió que había que irse.

Paco Nieva, ya digo, no tomó nunca en serio a Garcés, ni siquiera el postismo. Él era un manchego pasado por Bataille, que se ponía de madrugada la manta, como un chal carromatero, para aparecerse (en realidad se había quedado en casa), irreal de maquillaje, empolvado, en las buñolerías del alba, los zocos de efebos y las cenas de Solé. Una temporada fue de negro, con el pelo gris, y luego ya se puso de dandy marrón, ignorando a Miquelarena —«un caballero jamás se viste de marrón»—, y publicó cuentos imaginativos, como uno de un dragón que vivía en una casa de clase media, y comedias entre Valle-Inclán y Ramón, como *La carroza de plomo candente*. Todo demasiado fino para el oído de estraza del espectador español.

Francisco Nieva salía siempre maquillado, y como sus salidas eran mayormente nocturnas, la cosa quedaba bien, fina y nada escandalosa.

Paco Nieva vivía en el estudio/rectángulo que ya se ha dicho (un bajo que había sido pensado para local comercial, sin duda), con la chimenea de Mata-Hari, algunos maniqués equívocos, las ediciones francesas de la *Historia del ojo*, de Bataille, ilustradas por aquel alemán exquisito, y un teatro recortable, donde él había representado, de niño, *Don Álvaro o la fuerza del sino*, del intolerable y mediocre duque de Rivas, y yo también.

Lo que pasa es que a Francisco Nieva se le había quedado dentro la infancia como vivencia —y no como conciencia—, y soñaba con montar en un teatro el *Don Álvaro*, a toda galleta. El duque de Rivas es un Byron sin grandeza ni marcha, y su obra resulta letárgica, en recortables o al natural, pero de estos sueños infantiles vivía Paco Nieva. Los había complicado de Bataille, Ramón y surrealismo, pero seguían siendo los viejos proyectos infantiles.

Y esto se le notaba mucho cuando estrenaba una de aquellas obras.

Había tres maquillados en Madrid: Paco Nieva, Santo Floro y Antonio Gala.

Paco Nieva, maquillado de siglos, era quien mejor lo llevaba, y su condición teatral parece como que redimía su afición a empastarse el rostro. El marqués de Santo Floro,

que hizo la revista *Gran Mundo* (donde nunca conseguí meter un artículo, o sea que voy a ponerle a parir), se maquillaba de barón de Charlus y nos saludábamos en la cola de los teatros, hasta que yo le solté cuatro frescas a su santa hija, Natalia Figueroa, en un artículo, y entonces Santo Floro hacía como que se escondía dentro de su maquillaje, para no saludarme.

Era de los que esperaban que con la vuelta de la Corona les iba a ir de puta madre, pero resultó una Corona ascética, intelectual y progresista, o sea que se quedaron tiesos dentro de sus maquillajes.

El tercer gran maquillaje era Antonio Gala, sí, y a mí, que le conocía desde que llegó a Madrid, presumiendo de varias carreras universitarias, un servicio militar y un Adonais que sólo era un accésit, no podía ocultarme la doña Coral de sus tiempos malos (una especie de estanquera madura que le protegía), sus versos y sus cuentos buenos —*Solsticio de invierno, Meditación en Queronea, Enemigo íntimo*—, presumiendo de una Córdoba lejana y sola que sólo era Abrazatortas (Ciudad Real), a mí, digo, no podía engañarme, de modo y manera que yo creía ciegamente en aquel andaluz apócrifo de vanguardia que bailaba flamenco de madrugada en casa de Solimán Salom, poeta y ferretero turco, o en casa de una sudoca, Torre de Madrid, alto piso del rascacielos, donde vivía una novia del pintor cordobés —éste sí que sí— Rafael Álvarez Ortega, que le había hecho un hijo a la cuarterona.

Los amigos metieron a Gala en el teatro, que no era lo suyo, le falsearon la vocación y dejó de ser el escritor exigente —vanguardia de los sesenta—, para ser el don Jacinto sin malicia y el Paso sin oficio del eterno público español, que, como me decía Fernando Fernán Gómez, «son unas señoras»:

—Mira, Umbral, el público del teatro, en Madrid, son unas señoras.

Para esas señoras han escrito Moratín, Echegaray, don Ramón de la Cruz, Benavente, el peor Mihura, Ruiz Iriarte, Paso y Gala.

Esas señoras de Embassy y visión necesitan un autor redicho, a media tarde, que les dé la realidad de la verdad de la vida en frases de ida y vuelta que a ellas les parecen filosofía de oro, y sin ese personaje no puede vivir la farsa del madrileñismo. Pero yo sabía que debajo del Gala triunfante había un auténtico escritor.

Yo sabía que debajo del maquillaje había un hombre.

Maquillaje que no era tal, en Antonio Gala, sino ese moreno de cuarzo —«el cuarzón», decían los eternos picaros madrileños— que finge unas vacaciones en Cortina d'Ampezzo o

Baqueira Beret (lugar este último que pondrían de moda los Reyes de España siglos más tarde).

Los tres grandes maquillados de mi Madrid —Nieva, Santo Floro, Gala (maquillado de luz)— fueron las tres máscaras ilustres contra una Corte de los Agravios en que la máscara era la propia cara.

Hay ocasiones en que salir maquillado es la manera más sincera de salir.

La historia del Régimen habría que irla contando como fue. Ya me iba yo haciendo una idea del franquismo, que habría que estudiar como se estudia una solanácea. A lo que más se parece una dictadura tan larga es a una de esas catedrales de la antigüedad, que se empezaron románicas, se prosiguieron góticas y se terminaron renacentistas.

El símil es tan cabal que me parece mucho más que un símil.

Se ajusta exactamente, incluso arquitectónicamente, a lo que era/es/fue el cuarentañismo.

Veamos.

El cuarentañismo, en efecto, tiene tres etapas, y la primera es románica en cuanto a tres elementos, a su vez:

—Herencia del mussolinismo residual.

—Voluntad de Imperio.

—Imperio (relativo) de la Falange dentro del Sistema.

La segunda etapa del cuarentañismo es gótica, sí, que de esta manera iba Franco construyendo su catedral, su panteón, su faraonismo nacionalcatólico, que concretaría luego, tectónicamente, en Cuelgamuros (Valle de los Caídos):

—Años cincuenta: autarquía, aislamiento internacional de hecho, aunque parte del mundo se muestra convencionalmente solidaria de Franco. Complejidad y enriquecimiento de los ritos y ritmos del cuarentañismo mediante natural acumulación tempoespacial de signos, cadáveres, episodios, nombres. El Sistema se esbeltiza góticamente hacia un futuro monárquico rudamente definido/indefinido, pero al fin apersonado en la persona del Príncipe Juan Carlos. Enlaberintamiento —gótico asimismo— de las tendencias políticas (que luego se llamarían «familias», huyendo siempre el nombre tradicional y democrático de partidos). Sucesión de peripecias aisladas a la manera del relato gótico, cuyo paradigma, queramos o no, irónico o no, es el *Quijote*. El Régimen empieza a tener pasado y, por lo tanto, nostalgia de sí mismo, mitologías, muertos en la cama y no sólo muertos en campaña, víctimas y no sólo caídos. El Régimen, en fin, pese a su simplicidad de planteamientos, se complejiza sociológicamente.

Es su momento gótico.

Si los hombres/nombres del primer momento fueron Suances o Jordana (románicos), los del segundo momento (góticos) son Ullastres y Arrese.

Etapa tercera y última (renacentista) del cuarentañismo:

—Felices sesenta.

—*Prosperity* americana inducida, o su reciclaje para países en vías de desarrollo.

—Apertura espontánea al mundo, porosidad de la sociedad española en general, juventud viajera, invasión del turismo (invasión de consecuencias que superan en mucho lo turístico).

Hay un renacimiento secreto —secreto a todas voces— dentro de la dictadura. La Historia es un vasto animal que se explica mejor por Linneo que por Toynbee.

Nombres del renacimiento español interior y concéntrico a la dictadura:

—Tierno Galván.

—Aranguren.

—Isidoro (Felipe González) en la Universidad.

—Marcelino Camacho (Comisiones Obreras, lucha de clases, proletariado) en Carabanchel.

—Tamames. Sus libros de economía, que circulaban por nuestras manos jóvenes como peces entre lotos, eran libros donde venía explicado, incluso, lo que costó cada bala disparada en la guerra civil.

Tierno o el azañismo de izquierdas.

Aranguren o el unamunismo de izquierdas.

Felipe González o el besteirismo de izquierdas.

Camacho o el soviétismo atemperado, más dialéctico que revolucionario.

Tamames o el marxismo de laboratorio.

Lo que ocurría, organigramas aparte, era que Franco, ya en Burgos, había elegido, en una terna, como jefe de la Falange, al más tonto, o sea Fernández Cuesta, tanto por eliminar rivales en el poder como por desteñir su Sistema de connotaciones fascistas (el fascismo iba mejor por dentro).

Agotados el autarquismo franquista y la retórica falangista, se entrega el poder al Opus Dei, que trae la modernidad de los números, el método y la norma, contra el romanticismo de derechas, locatis e inoperante, que fue el joseantonianismo sin José Antonio.

Fracasados los Lópeces, con Ullastres como el solterón de Europa, López Rodó como deán de Castellana, 3, y López Bravo como *latin lover* del Dios de los oleoductos,

fracasados los Planes de Desarrollo, que nada desarrollaron, la Historia por sí misma, la prosperidad germano/yanqui y la lasitud de una larguísima dictadura, más el tiro en la mano de Franco, cazando, y sus primeras enfermedades, se termina la catedral cuarentañista (una catedral hecha sólo de tiempo) en estilo Renacimiento, con la eclosión de las mocedades europeas y americanas, el drugstore Marcuse/Marx, la ordalía adolescente de *Hair*, el Mozart coloreado a lápiz de los Beatles y los movimientos anarco: mayo/68, hippies, beatniks, yeyés, LSD.

El renacimiento sociológico español es anterior en diez años a la muerte de Franco. Yo leía a Henry Miller, Nabokov, Kerouac, Marcuse. Y empezaba a beneficiarme las primeras turistas repescadas entre el Palace y el Museo del Prado, entre el Gran Café de Gijón y las verbenas con sangría de sangre. Si alguien nos pintaba, era el Tintoretto, versión crítico/veneciana de Tiziano. O sea, Ginovart/Genovés.

* * *

La Historia y este libro se serenán en don Manuel Azaña. Antes de los crepúsculos de lirio triste y flor de trapo, que he contado en estas *Memorias*, don Manuel Azaña miraba crepúsculos del Guadarrama, desde el jardín de los frailes, El Escorial, donde fue niño de derechas, y el estilo de su libro así llamado —*El jardín de los frailes*—, estilo entre clásico y modernamente sintético, le dicta (que no al contrario) un serenado y dolorido sentir España.

«Quien posea menos humanidad que espíritu crítico fallará adversamente si el primer encuentro de un mozo con lo grave y lo serio de la vida se diluye en frívolos devaneos de colegio.» De modo que Azaña, pese a su gran espíritu crítico, pone por delante su humanidad —y su humanismo— para no consentir que «lo grave y lo serio de la vida» se le diluyan en frívolos devaneos de colegio.

Y esto, sin renunciar para nada a «los frívolos devaneos de colegio». Y de fuera del colegio. Siendo ya hombre público con poder, la «prensa canallesca» publicaría este chiste: don Manuel, inclinado, de espaldas, en un quiosco, pidiendo el periódico progresista: «Deme *Ahora*».

La derecha le acusaba, sí, de homosexual.

Azaña viene del institucionismo, de Giner de los Ríos y hasta de Unamuno. Unamuno va a Gredos y se arranca la chaqueta para increpar a Dios, de cerca y en chaleco. Cree que eso del chaleco es un gran gesto que va a turbar a Dios. Pero Dios se calla. Eran unos ingenuos.

El fruto más logrado —y nunca se ha dicho— de la Institución Libre de Enseñanza, la Residencia de Estudiantes —«colina de los chopos»— y la Junta de Ampliación de Estudios, es Juan Ramón Jiménez.

A Juan Ramón no le ha entendido nadie, nunca. Ni siquiera mi querida Aurora de Albornoz, hoy desertizada por el tiempo, siempre bella, ahora lentificada por la vida y el saber.

Juan Ramón no es más que un poeta ético.

Sólo que al bien, la bondad, la paz, la confraternidad, la igualdad, los llama Belleza, Luz, Ideal, Absoluto, con unas versales que desconciertan un poco al lector.

Juan Ramón no es más que un gran poeta místico y en sus últimos tiempos, en Puerto Rico, cruzaba la casa sola clamando:

—¡Dios, Dios, y hasta cuándo durará esto...!

Juan Ramón es el lírico de la austeridad institucionista. Yo le veía en Rosales, en cuyas sillas de hierro —vivas como ferromagnetales— se sentaba, no a oír la mala música de templete y banda de música, como Machado, sino a mirar el crepúsculo, como hoy miramos la televisión.

Crepúsculos unamunianos de Gredos.

Crepúsculos éticos de Francisco Giner de los Ríos (a quien Juan Ramón dedica página primoreante).

Crepúsculos líricos de Juan Ramón en Rosales.

Crepúsculos de Azaña chico en el jardín de los frailes, El Escorial.

Crepúsculos decadescuentes de los poetas de derechas, en los cementerios, durante la República, con el iniciático Mariano Rodríguez de Rivas, cuya entrevista periodística ya se ha recreado aquí.

Qué difícil muñir una ética sin metaforizarla en una estética. Hasta Kant necesita de la paloma para poner un ejemplo.

Azaña es el resumen del institucionismo/juanramonismo/unamunismo —el Yo, el Yo— anterior.

Sólo que en Azaña, como queda dicho más arriba, todo se serena —hasta este libro nada sereno, sí—, y ya de adolescente mira el crepúsculo, angulando la verdad de España.

A don Manuel Azaña alcancé a verlo en la escalinata del Ateneo que sube entre lápidas a la biblioteca. Cincuenta mil volúmenes donde Cánovas del Castillo quiso encontrar la verdad de España (un crepúsculo de quinqué, y no de sol), y no la encontró.

Grande, pesado, lento, solemne, feo, la derecha le llamó «monstruo frío». Era, casi, una tanagra caliente, Azaña.

No le conocían.

Azaña, gozne humano del siglo xx español, y quizá de más siglos, es la Revolución francesa que España no ha hecho. Es la revolución burguesa de un solo hombre.

Lo que en Francia hicieron un friso histórico y las masas, en España, siglo y medio más tarde, tiene que hacerlo un hombre solo, un funcionario, un madrileño periférico, un alcalaíno, un pasante feo, agnóstico y sentimental. Se ha hablado del «resentimiento» de Azaña. ¿Y por qué no?

Yo veía en él —escaleras del Ateneo, hombre lento, blanco y solo— la rebelión/revolución de las clases medias, el «resentimiento» de una clase que lo ha dado todo en España, de Cervantes, alcabalero, a Severo Ochoa, de Cajal a Picasso, de Goya al 27, generación de profesores, de opositores, de clase media ilustrada. ¿Y por qué no el resentimiento?

La aristocracia desprecia el número y el campesinado lo ignora. Las clases medias, que nutren la administración, la prensa, la política, la ciencia, la universidad, cristalizan de pronto en un hombre humilde y soberbio, introvertido y ambicioso, sentimental, sensible y matemático: Azaña.

A partir de Azaña, perdida o ganada la guerra civil, se generan muchos Azañas en la vida española (hijos intelectuales, ya que no dejó otros), y luego hablaré de algunos.

Gracias a Manuel Azaña, la burguesía tiene unos títulos de nobleza profesional que no tenía y que no siempre ha sabido agradecerle. Rivas Cheriff, su cuñado, le hace un mal retrato literario, porque no es escritor, aunque luego dé mucha guerra teatral en las cárceles del fascismo. Azaña, de pasante a presidente, hace escapadas con Lolita, su mujer, y Cipriano, su cuñado, a anotar la España minutísima del geranio y el pájaro, un pueblo de Segovia o el Museo del Prado. Azaña lleva dentro toda una Revolución, y la serena.

El primer y más caracterizado azañista que conocí la noche en que llegué al Café Gijón, era Ramón de Garciasol, por nombre de pila Miguel Alonso Calvo, guadalajareño feo y recio, con algunas verrugas, como Azaña, hijo de zapatero remendón, que estudió con mucho provecho en las mismas aulas que Buero Vallejo —amigos de toda la vida—, sufrió cárceles franquistas y fríos/hambres de posguerra, embozándose en ese seudónimo un poco excesivo, más por razones políticas que literarias, pero que suena a don Ramón de Campoamor y Campoosorio.

Y, en efecto, algo de didactismo/moralismo ingenuo había en Garciasol por abajo, algo de dolores de izquierdas, mientras que había mucho Unamuno, Machado y Azaña por arriba.

Con el viento persecutor de los cuarenta, Garciasol se mete en la cama, en la pensión, y escribe su primer y más lozano libro, sobre Rubén Darío —no recuerdo ahora si era ya *Lección de Rubén Darío* o este título corresponde a una versión posterior, corregida y aumentada, que obtuvo el premio Fastenraht de la Academia.

El libro primerizo sobre Rubén era vivo, fresco, saltante, exaltante, directo, agudo, ligero, desenlazado, y Garciasol —ay— no ha vuelto a escribir así, en la poesía ni en la prosa, porque esa lozanía se pierde con la adolescencia literaria.

A todos nos pasa.

Precisamente porque a Garciasol —feo, noble y corporal— no se le han concedido, a través de los siglos del cuarentañismo, ni después, todos los brillos que su constancia y trabajo merecen, veo yo en él —y lo vi ya el primer día, después de mucho haberle leído de lejos— ese azañismo que quisiera diagnosticar como perdurable y soluble en la clase media de Madrid, en cierta clase media, ilustrada y honesta, que tuvo su más alta ocasión en don Manuel Azaña. Y se la perdieron.

Garciasol, perseguido de cárceles por las calles, miope de estudiar Derecho, nervioso de tocarse las verrugas, tranquilo de leer a Azaña/Unamuno/Machado, Sapiéntísima Trinidad, Garciasol, digo, que jamás saliera de España (ni quiso) y que apenas dio importancia a pensadores extranjeros del momento, como Sartre, es recomendado un día por el doctor Marañón, su amigo, a José María de Cossío —de quien ya se ha hablado aquí, y que almorzaba todos los miércoles en casa del doctor—, para entrar en Espasa-Calpe, donde Cossío tenía mucha mano, como corrector de pruebas.

Espasa-Calpe tenía, por entonces, sus talleres y oficinas en Ríos Rosas, con luz norte, y Garciasol se dejaba los ojos en las galeradas, mañana y tarde, y luego se iba a la pensión a seguir leyendo y escribiendo, ya por cuenta propia, salvo las horas de café y humor antiguo.

Casa con Mariuca, viuda, que es una como vasca de facciones y cordialidad, y montan, cerca de Espasa, para que él pueda ir a pie por las mañanas, un piso de skay y libros, de muebles estilo español y recuerdos de Guadalajara, donde son felices y donde él escribe diariamente sus poemas, ensayos y cosas. Le vi/veo siempre, en el pretérito y en el futuro, y cuando convivía con él, como el azañismo chafado y persistente, ya digo, de las clases medias españolas, y por él supe (le pongo como metáfora de tantos otros que andaban huidillos por aquel Madrid) que don Manuel Azaña había dejado una sementera copiosa de hombres y libros, mejores o peores, eso qué importa, en la vida española.

A Miguel Alonso Calvo, guadalajareño ilustrado, con regüeldos intelectuales de la Alcarria, no acababa de irle aquel seudónimo musical y como decimonónico, pero quizá por eso estaba escribiendo unos «Cuadernos de Miguel Alonso», secretos, clandestinos, impublicables en vida de Franco, que lo cierto es que tampoco ha publicado después. Por entonces, todo el mundo —Pilares, Azcoaga, tantos— estaba haciendo sus cuadernos secretos.

Escribo esto a casi diez años de la muerte del dictador y nadie ha sacado unas memorias monstruo, más dilatorias que delatorias, a lo que veo.

Quizá es que, con la muerte del muerto, perdía sentido todo lo que le escribieron cuando vivo.

Media España y media de la otra media muere con Franco.

En la prosa del Garciasol están Machado y Unamuno. En el ensayismo lírico y ético, Azaña.

La miopía le dejaba ciego, Vicente Aleixandre le prestó unos miles y García Castellón, el gran oftalmólogo de todos nosotros, le operó, quitándole unas cuantas dioptrías:

—Pasee usted por lo verde, Garciasol, que eso le descansará la vista.

Es cuando escribe *Herido ver*.

Por las mañanas va a Espasa-Calpe, comparte un despacho con el Cossío prefinal

(que ya ha sido descrito en este libro), por la tarde baja al café, en tranvía, y no deja de ironizar sobre el mundanismo cultural de su valedor, el citado Cossío. Siglos más tarde, enterrando a Blas de Otero, en el cementerio civil (adonde yo había ido tanto con Envidita), en una mañana de lluvia, me lo dijo: «Paquito, ahora sí que me quedo ciego para siempre y ya no tiene operación.» Se había dejado una bella barba rubia y cana. Don Manuel Azaña cerraba los ojos en él.

PRÓLOGO A «LOS ESPAÑOLES EN GUERRA», DE MANUEL AZAÑA

Cuatro discursos de don Manuel Azaña: cuatro discursos en que la voz de España suena, desde el más alto peldaño del poder —en Madrid, en Valencia, en Barcelona—, con timbre inconfundible, clara y viril, sin la menor jactancia, para ser escuchada por todos: en el frente de combate, más allá y más acá de la línea de fuego, más allá y más acá de nuestras fronteras.

.....

Leed los cuatro discursos de don Manuel Azaña, medítad sobre ellos y preguntad si vosotros también ocupáis el puesto que os corresponde en la contienda.

ANTONIO MACHADO

He puesto el mayor conato en ser leal a mi asunto, respetando, a costa de mi amor propio, los sentimientos de un mozo de quince a veinte años y el inhábil balbuceo de su pensar, en tal cruce de corrientes y tensión que en otro espíritu pudieran mover un giro trágico. No gusto yo, con afición egoísta, del tiempo pretérito. Me apiado de la novedad verdadera, ignorante de su virtud: los placeres en proyecto son el origen del infortunio.

1926. Azaña relee/resume así su *Jardín de los frailes*. Hay un libro paralelo a éste, de mi entrevistado Azorín: *Confesiones de un pequeño filósofo*. Ni pequeño ni grande. Azorín no tiene nada que decir, en el pensamiento ni en la lírica, sobre su adolescencia. Ni sobre nada. *El jardín de los frailes* es muy superior al *Artista adolescente* de Joyce. Lo que pasa es que Azaña no contaba con la Mala Real Inglesa para difundir su ideación por el mundo y los mares.

La lengua —ay— compañera del Imperio.

Nebrija tenía un tenderete de palabras en el Rastro.

«He puesto el mayor conato en ser leal a mi asunto.» Hay arcaísmo en Azaña. Pero arcaísmo artísticamente manejado. No el arcaísmo por el arcaísmo, como en Azorín. «Su asunto.» Su asunto no sabía él, entonces, que era España toda y el cambio de nuestra historia, pues que Azaña gana la guerra perdiéndola y le da a la burguesía una conciencia histórica como Lenin se la había dado al *proletariat*. Eso no se ha perdido.

El prólogo de Machado a *Los españoles en guerra* es de lo último y más emocionante del poeta, a quien yo no había vuelto a ver desde los conciertos de Rosales, enlutado aún de Leonores. Cansado ya de honores. La clave de nuestra última guerra civil, como de todas las anteriores, es municipal. Lo del 36/39 no fue una guerra civil, sino, menos aún, una guerra municipal. La República viene por unas municipales y los tres años de contienda giran en torno a la toma de Madrid, o sea, de un municipio.

«En tal cruce de corrientes y tensión que en otro pudieran mover un giro trágico.»

Azaña, nada romántico, o romántico interior —*quién que es no es romántico*—, se hace pronto con el gobernalle de su adolescencia loca. Lo diría Roland Barthes siglos más tarde: «La que está loca es la sintaxis.»

La sintaxis enloquece con Rimbaud, Maiakovski y Mandelstam, de una vez para siempre. Azaña, contemporáneo del 27 —que he conocido en vivo y casi entero, y luego los entrevistaré—, no quiere que la sintaxis le enloquezca, por gusto de lo clásico, por afán de orden y porque sabe, secretamente, que su prosa lírica acabará siendo la prosa decretativa del *Boletín Oficial del Estado*, donde se manda quitarles borlas a los generales, hasta que los generales le visitan para pedirle más borlas, Azaña se las concede y se van tan contentos con sus fajines borleantes.

No es Werther, no es Larra. Es Azaña. A él le ha angulado el alma Juan de Herrera

para escorializar España y la Historia. Y lo va a hacer. Salvo la llamada de África. Siempre la llamada de África. Durante el 36/39 los vecinos de aldea se matan de casa en casa o se ahorcan el perro. Todo es cruenta anécdota municipal. Azaña, tan europeo, se ve presidiendo una revuelta de aldeones y odios pedáneos. Todo esto, la verdad, le da un poco de asco. «No gusto yo, con afición egoísta, del tiempo pretérito.» Es de lo único que gusta. No de su pretérito personal, sino del pretérito de la Historia y la Cultura:

—El Museo del Prado vale más que la Monarquía y la República juntas.

Su gran preocupación, cuando la guerra, es salvar el museo.

¿Más preocupado por las personas de óleo que por las personas de odio? No. Pero los españoles tenían pies para para qué os quiero, pies en polvorosa, y los cuadros había que sacarlos o esconderlos. Rafael Alberti escribe su *Noche de guerra en el Museo del Prado*, y pone los cuadros en vivo. Español pretérito, Azaña —y modernísimo entre nosotros—, porque lo que trae es la revolución burguesa, ilustrada, europea, a un país de frailes y gente armada.

No le entienden, claro.

Los seudofuturistas de Marinetti y el fascismo estético encuentran en él un ateneísta como un queso. Los pasatistas a calzón quitado no entienden su reforma/recorte militar. «Me apiado de la novedad verdadera.»

Alcalaíno/cervantino, las novedades improvisadas de España, que no correspondían a un fondo social, le producen piedad en las inminentes víctimas.

«Los placeres en proyecto son el origen del infortunio.» ¿Y cómo este pesimista previo iba a gobernar España? Así le salió.

¿Por qué se mete en política?

Había mucho morbo en saltar de *La Pluma*, revista familiar, al auditorio redondo de las plazas de toros. Y sin perder el estilo, como un buen torero. Un día que le vi de cerca, en un mitin, comprobé cómo se perfilaba, barrigón y palabrón, echado adelante, como un don Luis de Mazzantini.

Qué hombres aquéllos.

La guerra municipal, como persisto en llamar a nuestra guerra civil por su origen, lo es, sobre todo, por su fijación obsesiva en la conquista de un municipio: Madrid, castillo famoso. Se ha dicho que Franco pudo liquidar la guerra en tres meses y persistió en prolongarla por eliminar a todos los «rojos» en campaña, evitándose hacerlo fríamente, ya en la paz. Falso, puesto que su represión de posguerra fue larga y concienzuda, con su famoso «garrote y prensa», dictado numerosamente a la hora del chocolate, con/sin soconusco. La verdad es que Madrid —una municipalidad— resistió de modo inverosímil y heroico o alucinado, tres años. Tres años de guerra y un millón de muertos por la conquista de un municipio nos revelan que nuestras guerras intestinas, como nuestras revoluciones, nunca han pasado de municipales. Sagunto/Numancia son *municipios* que aguantan. Azaña, así, se va quedando en el alcalde beligerante de una municipalidad en guerra. Una cosa no más que de Lope o Calderón. Azaña es el Pedro Crespo del honor municipal.

Música planetaria, aire del mundo, sillar de roca, allí estaba Aleixandre, Vicente Aleixandre, en el paisaje de *La destrucción o el amor*. Él mismo me lo dijo:

—Éste es el paisaje de *La destrucción o el amor*.

Y sólo era Miraflores de la Sierra, según se desvía uno de la carretera de Burgos y sube. (Un pueblo donde luego veranearía el presidente socialista Felipe González, jugando a la petanca con los lugareños.)

Visitas a Vicente, en Madrid, en el parque Metropolitano, aquella calle Velintonia, que ahora lleva su nombre. Pero Vicente se merecía calle más céntrica y, por otra parte, no había que quitarle el perfume de flor a su rincón de barrio nordeste, universitario y medicinal. Vicente, tendido en la cama, viviendo en eterna siesta despierta,

«despertísima» hubiera dicho él, el poeta que ha aportado, entre tantas otras cosas, el superlativo a la poesía, poniéndole más luz que tamaño, más música que gramática.

Y siempre, de fondo, aquella visita a Miraflores de la Sierra, alto pico donde él tenía algo de águila y algo de diosa: nariz aquilina y ojos de una claridad que reflejaba sólo la blancura del mundo, un mundo *blanquísimo*. También tenía algo de mayor inglés, elegante y retirado, rubio y exquisito.

Yo era el que le había llamado por teléfono, frustradamente, desde las pensiones en sombra (esa enorme sombra que proyectan las cucarachas de pensión), buscando la máxima luz, la luz toda de la poesía, las alturas de la sierra, que están en él aunque él esté —o estaba— hundido en una poltrona de enfermo y poeta lacio.

Cuando le visitaba alguna vez, prima tarde, me venían confundidos aromas de arroz a la cubana, con el nauseabundo plátano frito, y aromas de flores que miraban la sierra, con ese sentido común de las flores que sólo miran hacia donde hay sol.

Y más atrás, aún, siempre, en la infancia y la provincia, los poemas de Aleixandre, «aquella boca tenía unas alas del tamaño de la nieve», emblanqueciendo tanta borrosidad de posguerra, saber que había, en algún sitio de España, un poeta horizontal, flotante en su silencio político, acusador, en su concentración lírica, genitora, en el oleaje mismo que movían sus manos de morenez y pausa, al hablar. Eso nos consoló mucho a los niños de derechas.

Dalí es el primer surrealista del mundo porque la pintura no se traduce. Aleixandre hubiera sido el primer surrealista del mundo si la poesía no necesitase traducción/traición, como dicen los propios traductores.

Yo, desde mis graneadas y modestas colaboraciones, pedía de vez en cuando el Nobel para Aleixandre, veinte años antes de que se lo dieran, porque me parecía justo y por joder al Régimen. Vicente entre una hermana de sombra y un poeta joven, Bousoño, el asturiano más estilizado que haya dado nunca Asturias, cabeza y ojos rasgados de príncipe iraní, poesía pasada por el pensamiento y la cultura, ensayismo poético que fue «lo último», hasta que vino la pedantería de los nuevos bárbaros (pedantería/barbarie siempre llegan juntas) a decir que esa manera de crítica estaba superada. Aleixandre, en el pueblo, me llevó a ver el árbol más viejo y más grueso, en tomo del cual se sentaban los jubilados.

Nos hicimos una foto juntos.

Hay poema de Vicente a ese árbol, que tiene algo del sentimiento telúrico de Rilke al comunicarse profundamente con un árbol, en Ronda, y pasar «al otro lado de las cosas». Al anochecer, en el chalet madrileño de Vicente, tertulia de jóvenes poetas. Un día llegó el judío argentino Marcos Ricardo Barnatán contando su primer viaje a Londres, las visitas que había hecho —el cultísimo Barnatán es muy visitador—, los espectáculos que había visto. Y Vicente, de pronto, le hizo la pregunta difícil:

—¿Y amor entre hombres? ¿Ha visto usted amor entre hombres?

Mediada la década de los sesenta, Gimferrer y los novísimos de Castellet volvieron a Aleixandre, en cierta medida, ignorando al fin la poesía socialrealista.

—Rubén, Umbral, todo está en Rubén.

No entendí bien a Aleixandre cuando me dijo eso. Yo, que había visto a Rubén borracho de cerveza, con Cavia, en Hileras, aún no sabía entreleer la luz rubeniana en la luz de Aleixandre. Hoy me parece muy claro. Rubén, o sea, la modernidad.

Es decir, Francia. Es decir, Baudelaire. Van como alejandrinos de luz perdidos en la hermosísima poesía fluyente de Aleixandre. Ahora sólo le encuentro en los oftalmólogos, que, después de tanta luz, los dos nos estamos quedando ciegos.

Jorge Guillén venía, a veces, a casa de su hijo Claudio, plaza del Conde del Valle de Suchill, justo enfrente de donde estaba *Triunfo*.

Guillén, en pie, en el pequeño cóctel doméstico, su bella esposa, y el fondo de aquellas visitas vallisoletanas —lluviosos cincuenta, siempre cantado bajo la lluvia—, y ese otro

fondo, caligráfico, de sus cartas vibrantes y brillantes, escritas letra a letra, desde Estados Unidos o desde Italia —premio Taormina— o desde Málaga.

*Villa por villa en el mundo,
cuando los años felices
brotaban de mis raíces,
tú, Valladolid profundo.*

Fue una locura casta de juventud. Luego fue un amigo, un hombre frente a frente, la cabeza pequeña, reptil y lúcida, como ya observara Aleixandre, y sólo la vejez en los dientes. Todo lo demás muy conservado e, incluso, «americano». He dado unos versos sencillos en que Guillén se emociona. Guillén no se emocionaba con facilidad.

Quiero decir que no «recordaba» —que es pasar las cosas por el corazón—, sino que lo pasaba todo por la cabeza. De ese *Valladolid profundo* y guilleniano me siguen manando libros.

Guillén, sí, fue una locura casta de juventud. «Cima de la delicia, todo en el aire es pájaro.» La poesía como laconismo. La poesía como monacato. Un puritanismo estético y mental que venía a sustituir en mí los puritanismos religiosos desertados. «Qué alacridad de mozo en el espacio airoso, henchido de presencia.» Las palabras imprescindibles. La sustitución de la metáfora por el silogismo poético.

Todo un hallazgo.

Ese hallazgo me pudo matar como escritor para siempre.

«Hueste de esbeltas fuerzas. El mundo tiene cándida profundidad de espejo. Las más claras distancias sueñan lo verdadero.» Ni fantasía, ni barroquismo, ni imaginación. Lo que sueña el paisaje, y el ojo que lo mira, es *lo verdadero*. «Lo tan real, hoy lunes.» La cotidianidad estilizada por la inteligencia. ¿Era ése mi camino? Cuando volvimos a encontrarnos en Madrid, en casa de Claudio Guillén, como digo, yo ya sabía que no.

Pero Guillén me dejó una suerte de geometría interior, de rigor mental, de capacidad para ordenar estéticamente lo estético, que ha sido el varillaje, quizá, de mi escritura. El barroquismo vino un día, bulto de sombra y ruido, a rescatarme. Jorge Guillén, así, vestido de negro, cabeza fina, gafas inteligentes, sonrisa del eterno optimista, traje negro, quedaba elegantizado y al margen.

Era un maestro imposible de pubertad.

¿Ser riguroso o ser generoso? Comprendí que lo mío era la generosidad literaria, el derroche, mejor que esta pulcritud escueta y lectiva.

Cartas de Guillén, durante toda una vida, desde todas partes, con esa jota elegantísima de su nombre, que él trazaba como un alfanje moro en la austeridad goda/Valéry de su verso y su prosa.

Dijo Gide aquello de que con los buenos sentimientos sólo se hacen malas novelas. Las vanguardias, Apollinaire, Guillén, consiguen hacer buenos poemas con el optimismo, huyendo del pesimismo romántico o del tenebrismo surrealista.

Ésa era la lección.

Yo me aprendí muy bien la lección Guillén, para olvidarla. Si fuera de esos escritores que guardan, archivan, seleccionan y exhiben, hoy podría sacar todas las cartas de Guillén —o de Aleixandre— y empedrar estas *Memorias*, con lo cual nos habríamos cargado el libro. Prefiero, como mucho, la memoria prenatal, que me permitió, por ejemplo, conocer a Galdós, o la memoria casual, que me trae aquel Guillén alto y sonriente, preguntándome por recónditas calles vallisoletanas, o hablándome de mis artículos —él hizo un pulcro periodismo desde París, en los veinte—, como si fueran sonetos. Juan Ramón Jiménez, siempre malvado y preciso, le alaba los artículos —«tan trabajados, tan puros».

Es una manera de ignorar al poeta.

A mi me harían eso mismo con los libros:

—Sí, muy bien, pero los artículos...

—Váyase usted a tomar por el culo, reverendísimo señor.

Gerardo Diego daba conferencias/concierto por provincias y yo aprendí que no había que decir «don Gerardo» ni «Gerardo de Diego», sino, sencillamente, Gerardo, como Napoleón o Julio César. Una tarde llegó al café un hombre alto de pelo blanco, con un libro en la mano:

—Perdón, ¿don Gerardo de Diego?

—Gerardo Diego —puntualizó Gerardo, en su laconismo parpadeante.

—Perdón, soy Severo Ochoa.

Gerardo pegó un salto en la silla y se fue a un aparte con el Nobel asturiano, le firmó el libro y hablaron. Yo le había leído en provincias:

*La novia de manos ojivales
da de comer a las estrellas.*

El médico ilustre, literato y provinciano, había anotado al margen del libro que me dejó su hijo —el *Romancero de la novia*—: «Esto no son versos: esto son berzas.»

La berza lírica de la que nació la nueva poesía española, como los niños en los países de Calvino. Con Gerardo, aparte encuentros de provincias, viví diez años tomando café, día a día. Él tomaba el Metro en Alonso Martínez —vivía en Covarrubias— y se bajaba en Colón. Luego hacía andando el breve trayecto por Recoletos, de Colón al café; sus enemigos íntimos decían que por economizar. Yo creo que por pasear un poco, por hacer ejercicio. No en vano tuvo un hijo médico que llegaría a atenderme en Puerta de Hierro. Éste sí que se firmaba «el doctor De Diego».

En el centenario de Lope, Gerardo me dio unos viejos libros del poeta, para que los pusiera yo a máquina, y en castellano actual, y lo hice en una de las patéticas máquinas de escribir que me parece ya he descrito en estas *Memorias*, y Gerardo me dijo en el café, cuando revisó el trabajo:

—Esto está muy bien hecho, por una persona que conoce a los clásicos y conoce la poesía.

La edición/homenaje la pagaba un banco, y nuestro hombre en ese banco era José María Jove, escritor frustrado, finalista del Nadal, asturiano rubio, tipo que hizo carrera en la Banca. Lo mío eran mil pesetas y no me las pagaban nunca. Se lo dije un día en el café:

—¿Es que el Banco Ibérico no tiene mil pesetas para un escritor hambriento? Es fácil hacer ediciones de lujo, guarnecidas de hambre.

Al día siguiente me dio las mil pesetas.

Jove, enamorado de la pintura de Pifióle, el viejo paisajista astur, y la prosa de Eugenio Noel —cuyo nalgatorio excesivo y triste había visto yo correr por la Puerta del Sol, como aquí se ha contado—, murió en accidente de coche y fin de semana, volviendo de su segunda residencia. Era alto, rubio, de ojos azules, con puro de banquero. Una vez le propuse, para la editorial que entonces era del Ibérico, Taurus (aquí las editoriales siempre son de los bancos, salvo Lara), un libro sobre el bailarín Antonio, con buenas fotos y texto mío:

—Espero que tus ideas para Taurus sean más brillantes en el futuro —me dijo.

A los pocos meses sacaban un libro con fotos de Gyenes y textos cursianónimos sobre Antonio.

Se lo dije y me dijo que había sido un compromiso.

Su accidente letal me parece a mí que era un suicidio encubierto y freudiano.

Tenía, como hubiese dicho Eusebio García Luengo, contertulio y peculiar, «el resentimiento de los vencedores». El resentimiento de haber vencido en lo que no quería.

Hay que elegir a tiempo.

Gerardo daba cincuenta céntimos de propina al camarero, y un día que los dos cuproníqueles se le cayeron entre las mesas, las tarimas y el polvo, le dijo a Pedro, el que nos servía, al irse:

—Bueno, los cincuenta céntimos andan por ahí caídos. Los coge usted cuando salgan. La poesía de Gerardo —gran dotado verbal— lo que pasa es que no evoluciona. Se plantea un tema religioso, amoroso o estético y lo resuelve brillantemente. Pero en él no hay progresión lírica. El poema está resuelto «existencialmente» de antemano. Resulta así, Gerardo, un hagiógrafo, un poeta plano —pese a tanto relieve verbal. Machado, con mucha menos brillantez de escritura, es alto lírico porque en sus mejores poemas siempre está ocurriendo algo (algo poético), y el verso final queda en movimiento, abierto, «palabra en el tiempo», objeto léxico abierto al devenir. La falta de conflicto, en Gerardo, es consecuencia de una mentalidad inmanentista, inmovilista, conservadora, que lo da todo por resuelto de antemano. El mundo está bien hecho por obra del Creador. No hay sino cantarlo. Pero poeta es el que encuentra el mundo mal hecho, y lo rehace. «Es la sintaxis —sí— la que se vuelve loca» (Barthes). Porque también el idioma está mal hecho.

Decían que Gerardo no hablaba. Los famosos silencios parpadeantes de Gerardo. Yo creo que no le dejaban hablar. Cuando me tocaba en la silla de al lado, yo le entraba por directo en Lope, un suponer, y Gerardo me daba una sabia conferencia. En España ha habido unos cuantos grandes que han tenido fama de no saber hablar. Lo que pasa es que los españoles no sabemos escuchar.

* * *

A Dámaso Alonso me mandaron a entrevistarle a su chalet de Chamartín de la Rosa, hoy Alberto Alcocer, antes avenida de la Luz, una cosa saneada y bien, cerca de su maestro Menéndez Pidal, como me parece que ya se ha dicho aquí.

Luego, Dámaso ha vivido en su chalet como el protagonista de *Muerte de un viajante*, de Arthur Miller, viendo cómo los restaurantes chinos, los rascacielos horteras y las inmobiliarias celestiales levantaban bloques de sombra en torno de su luz. A Dámaso lo encontré leyendo *El siglo de las luces*.

—Oiga usted, Umbral, este Carpentier está muy bien.

A Carpentier lo había conocido yo de mis escapadas a París, como embajador de Fidel Castro, en la calle de la Faisanderie, recoleta y estrecha, pero cercana a la plaza de la Estrella. Carpentier tenía algo de diplomático sombrío, que es una cosa como contradictoria, pero luego se abría, se esponjaba, hablando del barroco castellano y el surrealismo francés —en que él participó—, y ya era otra cosa.

Fuimos buenos amigos y siempre que pasaba por Madrid me invitaba a almorzar en el Palace, con su esposa. El día que me habló de mi primer y lontano libro, un libro sobre Larra, sentí el rubor del orgullo o el orgullo del rubor. A mí me parece que era el mejor de los latinochés.

A Dámaso también.

Dámaso me enseñó su biblioteca alta como se enseña una muralla romana, y me enseñó su biblioteca subterránea como se enseña una bodega de vinos.

En sucesivas visitas, me ponía mucha vodka con fanta

—Ya está bien, Dámaso.

—Lo que usted diga. Umbral. Y venga más por esta casa. Eulalia, Eulalia...

Llamaba para todo a la dulce y discreta Eulalia Galvarriato.

Gerardo lo mete prematuramente en su antología del 27 y no se equivoca: muchos años más tarde, Dámaso, el crítico de esa generación, el inquisidor de Góngora, daría grandes poemas. Gerardo le puso a Cernuda, en la ficha de su antología, los dos apellidos: Luis Cernuda Bidón.

—No le perdono a usted, Gerardo, el que haya aireado mi segundo apellido. Me perjudica.

—Pues agradézcame, Cernuda, el que haya dado su foto de frente. De perfil tiene usted una nariz impresentable.

Gerardo se defendía con la audacia de los tímidos.

Garcés, el imperialista/postista, visitó una vez, en Londres, a Cernuda, que tenía al pintor Gregorio Prieto como criada para todo.

—Aquí estoy, planchándole unas camisas a Luis... ¡Luis, Luis, que aquí hay un poeta español que quiere conocerte!

Pero Luis no salía de sus intimidades y quimeras desoladas, siempre entre la realidad del efebo que cobra y el deseo hecho lenguaje.

Luego fui vecino de Dámaso Alonso. Me lo encontraba en el banco o por los jardines del barrio, dando un paseo agotador, de sombrero y cuello de porcelana.

—Me ha dicho el médico que pasee, Umbral.

—Le acompaño un poco, Dámaso.

—En su libro *Los males sagrados*, Umbral, es ambigua la edad del protagonista narrador.

—La ambigüedad es deliberada, Dámaso, como usted sabe, y me parece que eso le añade poesía, por decirlo de alguna forma, al relato. Lo salva del costumbrismo. Del historicismo.

Tantos días, tantas mañanas, viendo a Dámaso pasar por mi calle, por mis calles, nordeste logrado de Madrid, con el sombrero duro y negro, puesto o en la mano, sudante y delgado: «El médico me manda pasear.»

Fernando Lázaro Carreter me lo decía a veces, en los cócteles:

—Dámaso y yo tenemos proyectos sobre ti. Qué bien escribes, coño.

O sea, cuando Dámaso era presidente de la Academia.

A mí me parecía un cumplido y un cumplido era. Yo seguía siendo un cromañón del arroyo Abroñigal. Un burlado por el fascista y miserable señor Berelly.

Tengo escrito mucho sobre mi vecino Dámaso.

—¿Y por qué no decir «señalización», Umbral? Yo estoy abierto a todo.

Otras tardes, me leía en culto catalán a Carner, Maragall, Sagarra. Y qué bien *recitaba*.

Dámaso se paseaba todas las mañanas por mi barrio de entonces, de hoy, norte final de Madrid, y yo, mientras estaba en casa, arriba, escribiendo, me sabía rodeado por una cinta de erudición y luto que era ese anciano caminando sin rumbo hacia la nada, haciendo la larga travesía del paseo medicinal, preso en la elipse médica, inmortal y enlutado.

El 27. El 27 es lo más grande que ha dado el siglo, en España. El 98 es voluntarista, nacionalista y prefascista. Los más avisados del 98 —Valle-Inclán— se salvan en el modernismo. El 27 es naturalmente europeo, hijo de Ortega y Juan Ramón. Lo de la deshumanización del arte, que es sólo un diagnóstico, lo toma el 27 como una consigna.

Góngora. La emoción estética antes que la pasión ética. El 98 se había proclamado «archieuropeo» por Baroja (el menos europeo de todos). El 27 es naturalmente europeo, sin proclamas, como Ortega.

El surrealismo: Aleixandre, Lorca, Cernuda, se enteran en seguida.

La poesía pura así llamada: Guillén y Salinas también se enteran en seguida.

No la poesía de la poesía —culturalismo—, sino la poesía de la vida, pero muy pasada por la cabeza: puesta a enfriar. Guillén suple esta frigidez con muchos signos de admiración. El exceso de signos de admiración —tan molestos para el lector—, en Guillén, está queriendo dar la emoción tipográfica que el contexto no da.

¿Y por qué no lo da? Porque se ha decretado que la sentimentalidad es hortera y hay que quedarse en la emoción poética pura, como si lo poético pudiera ser algo no humano.

Lirismo es confesionalidad.

De todo este mogollón me salvaría a mí Pablo Neruda, *Residencia en la tierra*, edición de Losada, veinte duros que yo no tenía, hermoso ejemplar, impar libro, el surrealismo

francés más el exotismo de Birmania, o lo que sea, más el barroco castellano, más el caos original y originario de América, «continente sin terminar», según Hegel.

Ni la guitarra de Lorca ni la geometría de Guillén, sino la enumeración caótica de Neruda, que guarda y libera —aún— la música de Rubén (o sea, de Baudelaire):

*Peregrinó mi corazón y traje
de la sagrada selva la armonía.*

Suena ya a pre/Neruda.

Neruda viene a Madrid y se sienta en la terraza del Recoletos —sillas del paseo o de las terrazas de los cafés, con agujeritos en el hierro, como los ojos múltiples de los ferromagnetales—, y le hace dibujos José Caballero, y es un hombre cordial, lento y elefantiásico al que le crecen las orejas y la nariz sin cesar. Vive en una casa de Argüelles, «la casa de las flores», y ve los mercados de Altamirano como una multitud de tomates que se extienden sin límite, «hasta el mar».

El mar era el horizonte ferroviario del paseo de Rosales, donde habían visitado crepúsculos Juan Ramón y Machado, cada cual por su sitio.

Residencia en la tierra, que es la enumeración caótica y la palabra en libertad, me descubre la escritura como generadora de contenidos, la fornicación gozosa y gloriosa de las palabras con el mundo, la fundación de la cosa por el nombre, lejos de rigores y puritanismos de Valéry o Guillén.

Comprendo que puedo ser escritor:

*Sucede que me canso de ser hombre,
sucede que entro en las sastrerías y en los cines,
marchito, impenetrable, como un cisne de fieltro
navegando en un agua de origen y ceniza.*

Estos versos me salvaron.

El caos sagrado de Rimbaud más la libertad existencial, agónica, de mi parvulario sartriano. Neruda en el verso y Quevedo en la prosa me trajeron la libertad.

Yo entrevistaba a Neruda:

—Viajo siempre en barco. Amo el mar y odio el avión.

Coleccionaba en Isla Negra, ya se sabe, cariátides de galeón.

—¿Cómo se llamaba, en realidad, la mujer de los *Veinte poemas de amor*?

—Una de ellas se llamaba Albertina y ahora debe de tener muchos años. Pero la novia de los *Veinte poemas* son todas mis novias de estudiante, como los burros de *Platero* son todos los burros que tuvo Juan Ramón en su infancia y adolescencia de Moguer.

Poesía es laconismo. Todos los burros en un burro. Todas las novias en una. No como arquetipo —horror—, sino como metáfora. Metáfora es decir muchas cosas en una. Neruda hablaba despacio, cansino, y siempre acababa pidiendo más cerveza.

Dámaso, con sus paseatas, acababa siendo la solitaria «mujer con alcuza» de su famoso poema, sombra pegada a la pared. El barco de Neruda, durante el cuarentañismo, sólo tocaba el puerto de Barcelona.

La generación del 36 es una generación cimarrona y guerracivilista.

El modelo lo aporta Miguel Hernández, que, entre las cabras, los jesuitas de Orihuela y el autodidactismo, acierta con un libro gongorino/surrealista: *Perito en lunas*. Luego se pone a ejercer de hombre bueno, de campesino honrado, de Chamizo con la cultura más allá de los castúos —sus casillos son el 27—, y ya pierde interés.

Es lo de Gide, repetido en esta *Trilogía*: «Con los buenos sentimientos sólo se hacen malas novelas.»

Y malos poemas, aunque sean buenos técnicamente.

Miguel Hernández es el César Vallejo de Alicante, pero vuelve loca la sintaxis hacia atrás —hacia el barroco— y no hacia adelante —hacia las vanguardias de París—, como Vallejo.

A mí me encargaron una conferencia sobre Miguel Hernández y la titulé, motivándome en un verso suyo, *Miguel Hernández, agricultura viva*. Se publicó en separatas. La di

algunas veces. Le saqué un pequeño dinero al paleta Miguel Hernández. Pero a mí no me iban ni su bondad ni sus dramas interiores de aldea, como no me van los de *El extranjero*, de Camus, o el *Pascual Duarte*. Las tragedias ágrafas de los analfabetos no son las tragedias de los dioses y semidioses griegos.

Lo de los paletos se curaría con una buena escolarización. No son semidioses. Son niños sin escolarizar: Vallejo, Miguel Hernández, el Pastor Poeta.

Miguel Hernández viene a Madrid y pasea por los parques con Vicente Aleixandre y Gabriel Celaya. Se sube a la copa de los árboles municipales, y es difícil bajarle. Vive en casa del escultor Víctor González Gil —éste me lo ha contado—, y se sube a la parra del patio (Castellana, orilla izquierda) hasta la hora del almuerzo. A los primeros edificios de la arquitectura racionalista de Madrid los llama «rascaleches».

Víctor González Gil, de pelo negro partido blandamente en dos, como dos alas, acababa de sacar una cátedra de dibujo en Bellas Artes, cuando el Glorioso Alzamiento. Le dejaron en la puta calle. Mientras rehacía su expediente, durante cuarenta años, fumaba en pipa, era santero ateo con muchos encargos en pueblos importantes, por Semana Santa, y explicaba su filosofía de «la mortencia», que era como denominaba él al cuarentañismo, frente a su creación mental del *vivencialismo*, de ingenuas resonancias sartrianas. Seguramente no había leído a Sartre.

Los escultores, cuando razonan, son así.

Al final le reconocieron algunos derechos.

Miguel Hernández era visto y no visto. Se volvía mucho al pueblo, de pasante de notario. Murió después de la guerra, comunista y tísico, en una cárcel/hospital, dentro de un pulmón de acero, escribiéndole a su hijo las *Nanas de la cebolla*, hoy tan fijadas en la poesía española como el *Romance del conde Arnaldos*.

Todavía vivió el agravio póstumo de que Juan Guerrero Zamora escribiera una biografía sobre él, hecha sigilosamente desde el lado de la Victoria.

Hay que respetar y leer a Miguel Hernández, pero yo creo que su desarreglo fundamental está en que es un marxista agrario, y el marxismo fue pensado, en principio, para las masas industriales.

Era más bien un arcadista virgiliano y un revolucionario pastoril.

Lucha y enferma en una guerra que, quizá, en el fondo, no es la suya, porque es la guerra de las masas proletarias y ciudadanas contra la explotación industrial y también ciudadana.

Y todo esto, bien mirado, tenía poco que ver con Orihuela.

Pero a partir de él se continúa el 27, y se renueva, y vienen, del otro lado, Luis Rosales, Leopoldo Panero, Dionisio Ridruejo, Luis Felipe Vivanco.

Hombres entre la ciudad y el campo —burgueses ilustrados de provincias: Granada, Astorga, Soria, la Sagra—, conservan la música del oriolano y le meten unos contenidos de paz, hogar, casa encendida, «contenidos del corazón», en fin, o sonetos a la piedra, o romances donde Ridruejo sigue viendo al obrero, sin querer, aureolado de gremialismo/paternalismo: así habla del molinero:

Por sutiles harinas pulcro y encanecido.

¿Y la maquilla, qué? ¿Y el Servicio Nacional del Trigo, tan fascista, qué?

Pero eran buenos, como el propio Miguel, que les había dejado su música para siempre: «Tu piel tiene costumbre de paloma» (Panero).

Cuánto puede un poeta, incluso cuando es una buena persona.

Uno ha escrito siempre mediante el trance, la transverberación o el encargo. Por entonces, año sesenta (el año sesenta tuvo muchos inviernos y veranos), como los encargos no abundaban, había que recurrir a más altas instancias, o sea el trance creador o la transverberación casi mística.

El trance consiste en que uno se levanta con ganas, está en forma, muy puesto, como decían los novilleros de los Carabancheles, y escribe medio transido, dejando que el

idioma hable por uno, como quieren los nuevos bujarrones de la lingüística, a partir de Saussure. El trance es, sencillamente, un estar con las facultades.

La transverberación, a manera de las de santa Teresa, ya requiere un querubín (que bien pudiera ser una adolescente de Vallecas, violentamente morena, posible e imposible), un punzón, que bien pudiera ser mi propio falo, clavado contra mí mismo (hay fornifollaciones en que uno parece hacerse el harakiri con su propio miembro, más que clavárselo a la interesada), y una idea un poco teológica de la literatura, o sea la trascendencia, que uno va a quedar en el Diccionario Espasa, no sé, en una plaza pública, donde queda la gente que escribe, cosa que tampoco está muy clara.

El encargo, por el contrario, es cosa mucho más natural y usadera.

El encargo es la literatura en estado puro.

Todas mis angustias literarias de entonces, cuando las tenía, no eran sino la falta de encargos. La inspiración, el estilo, la técnica, la construcción faulkeriana y el mensaje sartriano se ordenaban por sí solos en un texto siempre que hubiera un encargo, un editor o un redactor-jefe esperando el libro o el reportaje.

Porque, desde Rilke a Sartre, los escritores han hablado mucho de hacer libros «necesarios», y el propio André Gide, al que admiraba y admiro todavía, dice que sin cada libro anterior no habría podido escribir el siguiente. A uno le parecía, por entonces, que su prosa sólo era necesaria cuando alguien la necesitaba, cuando allá lejos, en el Madrid de las imprentas, las editoriales con moqueta y los anticipos de mierda, se les ocurría llamarle a uno a la tienda de comestibles, que era el teléfono más cercano, en la chabola de Vallecas, para urgirle, que a ver para cuándo eso, pollo, todavía quedaban gentes que hablaban como antes de la guerra, como si la guerra no hubiese bombardeado el idioma, y le llamaban a uno pollo.

Pollo o no pollo, el encargo era la literatura como necesidad metafísica de escribir, y se salía de la tienda de comestibles —gracias por el aviso, oiga, y perdone la molestia, no hay de qué, joven, qué finos son estos estudiantes que les da por los pobres— perfumado de coloniales y ultramarinos finos, seguro de la vida, galvanizado por la urgencia del encargo.

Las guerras, sí, bombardean los idiomas, y, por eso, después de la guerra del catorce tomaron más fuerza el surrealismo y todas las vanguardias, porque el francés, el alemán, el italiano, el español, estaban en escombros. En Rusia pasa lo mismo tras la Revolución de Octubre. Las vanguardias se ponen a tope con Ossip Mandelstam y Andrei Biely y Maiakovski, porque los versículos novelados de Tolstói ya no sirven, aunque Lenin había dicho: «Nadie ha descrito a un mujik como ese maldito conde.»

En la posguerra mundial de los cuarenta, Hubert Fichte en Alemania, los jóvenes airados en Inglaterra, Miller y los beats en Estados Unidos (leía yo mucho a Miller en Vallecas, ediciones clandestinas de Losada con olor a nafta y huevos con panceta, hostia qué mierda de traducción), Bertolt Brecht y el existencialismo trajeron al mundo una nueva escritura. La prosa del mundo había cambiado una vez más gracias a una guerra, como cambia la música, que de la guerra europea nos queda el jazz y de la siguiente el rock.

O sea que la guerra y los encargos son las dos maneras más eficaces de inspiración que tiene el escritor, los dos motores de la literatura, y se sabe que Balzac y Dostoievski escribían para pagar deudas. Eso es profesionalizarse y lo demás es diletantismo.

Luego, mucho más tarde, viene la época en que uno ya no acepta otros encargos que los que se hace a sí mismo, y ése es el momento feliz del escritor, al que suceden los encargos que le hace la posteridad, que es la recaída en la trascendencia, lo panteónico definitivo, el gregoriano laico, el pudridero y la leprosería gloriosa del precadáver.

Una cosa que hacíamos mucho en Vallecas era tocarnos las narices.

O metemos el dedo en la nariz.

Mientras allá en el centro tiraban plazas históricas, como una moneda cartaginesa acuñada por el tiempo, o palacios como el de Medinaceli, con bañeras de oro como embalsamamientos egipcios —todo a mayor provecho de la dictadura—, mientras Marisol cantaba su popularismo falso por todas las radios de Felipe IV, cruce Alcalá/Goya, mientras en algunas puntas de Madrid empezaban a levantar los raíles del tranvía, como volviéndole las uñas del revés a la ciudad, en una tortura más de la policía, mientras la gente hacía cola para *el Cordobés* y oposiciones a empresariado, que eran las de más porvenir —van a venir los yanquis, macho, y el que no sepa empresariado va de culo, lo que se dice de culo—, mientras estas cosas y otras aún más asombrosas pasaban en Madrid, en Vallecas podía uno pasarse la tarde a la sombra medieval de una mula estática, metiéndose los dedos en la nariz, que era el vicio del barrio y la gestualidad de la ciudad sagrada del proletariado.

Se empezaba hurgándose la nariz innecesariamente, con el pulgar y el índice, por obtener alguna costra. Pero ésta es operación torpe e infructuosa. Las solteras sin malicia se metían el índice, verticalmente, y luego, como salía limpio (qué limpia de orificios es la fontanería de la mujer), se lo chupaban un poco, como el caramelo o el falo de la tarde aburrida.

Tenían así el primer sabor de su propia salazón femenina y húmeda, que luego gustaría algún hombre por otras geografías de la misma moza, y que incluso gustaría ella misma, en ese intercambio de miserias que es el amor, y en el cual se encuentra uno, una, de pronto, consumiendo fruitivamente los propios desperdicios: quizá el amor sea eso:

Lo que nos devuelve el sabor de nosotros mismos.

Los viejos y las viejas, tocadores del aire de flauta de la nariz, como un Sócrates de Jaén, con refajo, se iban metiendo todos los dedos alternativamente, en ambos orificios, pero sin pasión ni emoción, sino de una manera fundamental, higiénica y puede que un poco aburrida y monótona.

Los viejos y las viejas es que no saben en qué dar.

Durante un tiempo, uno vive en la inocencia y cree que el dedo fundamental es el anular, con el cual explora bastante bien las capas geológicas de su mucosidad reseca, hasta haberse limpiado por dentro concienzudamente, que después oye uno mucho mejor, como si se oyese por la nariz.

El paro y el hambre llevan a estas alucinaciones.

El paso del anular al meñique, en el arte de tocarse las narices, es tan importante como el paso del arrastre a la rueda, en la prehistoria, o del gótico al manierismo, porque supone un refinamiento, una estilización, un matiz cultural e intelectual, una nota más fina en el dodecafonismo moral que somos, que es el hombre.

Cuando uno había descubierto los placeres del meñique (mejor aún el izquierdo que el derecho, menos seguro, pero más cuidadoso), ya podía pasarse las mañanas enteras, mientras Madrid se daba a la carga y descarga, haciendo ejercicios puramente mentales, metiéndose los dedos en la nariz y viendo, por el ventano de la chabola, a la vecina de enfrente, que enseñaba un poco las corvas cuando se inclinaba a coger la ropa del balde para colgarla.

Las tardes eran interminables, aldeanas, pacíficas y hambrientas, pero el acorazado de la gran ciudad nos rozaba a intervalos, con su ruido y su furia, traídos por el viento, y era cuando el corazón a cuadros de Vallecas se llenaba de santo odio.

Alejado el barco, venía otra vez el mar, como pasa en el mar mismo, una ola larga y lenta de luz, de calor, de frescor, de sal, espacio, vacío y mierda. El meñique izquierdo deshollinaba cuidadosamente ambos orificios y, como digo, no sólo mejoraba el olfato y la respiración, sino la vista, los oídos y el alma. Teníamos todos la nariz muy limpia, de tanto tocamos las narices, y éramos los grandes olfativos de una revolución que nunca

llegaba. Agosto olía a pólvora, o julio, pero en La Granja estaban Sus Excelencias tomando rosolés con la Corte consorte y Lola Flores, viuda de varios futbolistas vivos, bailaba para un auditorio de caídos, para un Cuelgamuros de Víctores, donde nadie osaba meterse el meñique, tan plácidamente, en la nariz, porque eso podía costar una vicesecretaría general. De mi remota estancia en Vallecas me ha quedado, aparte otras sabidurías, el arte antiguo, hospiciano y hambriento de tocarme las narices, arte que le convierte a uno en el solista de flauta de su nariz.

Al Rastro me llevó un hombre de Vallecas, Alejandro Gómez Rosario, alto, fuerte, joven, abierto, que parecía un cura salido, usaba gafas innecesarias y cargaba santos en las *antiquités* de galerías Piquer.

Un día me lo dijo, mientras nos andábamos en nuestras respectivas narices:

—Tú que has salido de escribir en los periódicos, Umbral, puedes ganarte unas calas si te vienes conmigo al Rastro.

No explicaba muy claro lo que era, pero una mañana llamó a mi puerta, cuando yo aún dormía (había leído a santa Teresa hasta el alba), y cogimos un tranvía madrugador para bajar a Madrid, o sea al Rastro.

Allí, el estibador de imágenes me presentó a su jefe.

Su jefe era un hombre alto, tembloroso, casi elegante, de buena clase, de buena familia, yo qué sé, un hombre que hablaba tartamudo y accionaba con mano insegura. Vivía entre lámparas de Riofrío, de La Granja, de Aranjuez, lámparas reales que, durante la dictadura de Primo de Rivera, no se mandaban arreglar, cuando se les caía una lágrima, sino que se le vendían al chamarilero por cuatro perras. El chamarilero hacía el arreglo y volvía a vender las lámparas a palacio. No sé quién, aparte el chamarilero, naturalmente, se ganaba un montón de duros con este juego.

En el chiscón de mi nuevo jefe, las lámparas llegaban del techo al suelo, de modo que íbamos y veníamos como por un bosque lácteo de lluvia esmerilada y quieta, mientras el anticuario me explicaba, con elocuencia tartamuda, como la de los lores en la Cámara de los Lores, que mi trabajo de periodista consistía, digamos, en hacer como que le hacía a él una entrevista cuando entrase un yanqui comprador, y precisamente una entrevista sobre la pieza románica o goticomodéjar que le interesaba vender.

Entrevista con fotos, claro. El fotógrafo lo ponía él, que lo tenía en la tienda de al lado, arreglando máquinas kodak de antes de la guerra. Mucho flashazo al santo, mientras el anticuario tartamudo y elegante se sentaba en un sillón «Remordimiento» y me explicaba a mí, ágil reportero que tomaba notas, la antigüedad y el valor histórico y artístico de aquel ángel barroco o goticoflamígero (envejecido con perdigones y robustecido con cemento).

El yanqui de Kansas, solitario o con esposa mormona de Salt Lake City, en seguida reparaba en el número periodístico y en la pieza, por consiguiente. El anticuario se negaba a preguntas, y un segundo de la tienda, Alejandro Gómez Rosario, le decía en spikinglis, al yanqui, que no podían interrumpir aquella *cover/story*.

La pieza, naturalmente, estaba vendida antes de entrar en trato.

Mi señorito, liberado del fusilamiento de los flashes, quitándose y poniéndose las gafas con mano insegura que nunca acertaba con la cara (pues que la cara del anticuario, a su vez, cambiaba mucho de sitio), les explicaba a los yanquis, en un inglés un poco más oxfordiano que el de Alejandro Gómez Rosario, que se trataba de una pieza única, subastada por la catedral de Burgos —«oh, Buggos, catedral como Colonia, yes»—, y que le estaban haciendo un reportaje para la prensa de la tarde (los grandes tratos, desde los fenicios, se han hecho en este país por la mañana).

Seguidamente se le hacía una foto al matrimonio de Kansas con la Virgen expectante en medio, dando por supuesto que ya era la inquilina heterodoxa de su granja fecunda y mormona o lo que rayos fuese:

—Dos millones de pesetas, una miseria para usted, mister.

La pieza le había costado a mi señorito cien mil pesetas en una parroquia románica abandonada de la provincia de Burgos, más veinte mil al envejecedor, que era un artista abstracto, de barba crespa y roja, ojos claros y acento macarra, que no triunfaba en los grandes circuitos del arte madrileño, como Tapies o Viola, porque, según él, no le protegía Pérez Embid ni le daba exposiciones en Santa Catalina ni le hacían glosas Camón Aznar y Areán, «los monstruos sagrados de la crítica fascista», decía.

Los arzobispados y arcedianías de provincias mandaban ya circular a los grandes anticuarios madrileños para que acudiesen a subasta cerrada de un ángel aún no secuestrado para el serrallo hermafrodita de Gregorio Prieto, o de una santa Bárbara barroca, fea e impresionante.

Los conservadores que habían ganado la guerra, es que no conservaban nada. Desde las bañeras de oro del palacio de Medinaceli a las vírgenes expectantes del viejo cristianismo románico y rural, toda España estaba en venta, incluso los castillos de la Reconquista, que los yanquis se llevaban por piezas numeradas, como denunció Cela en su revista.

Yo podría publicar de verdad algún reportaje de éstos —le dije un día a mi señorito, por darle un poco de autenticidad a mi periodismo (cobraba mil pelás por aquella parodia de reportaje, y había semanas que salían tres, o sea un dinero).

—No, deja, no es necesario. Estos yanquis se van en seguida y, además, no leen periódicos españoles. Tampoco me interesa que la prensa de verdad investigue mis antigüedades.

Yo —ay— no era prensa «de verdad».

O sea, que había como un ir y venir de una población estofada en oro, de un personal románico, gótico, goticomudéjar, goticoflamígero, manierista, barroco, rococó, churrigueresco, con aureola de orín y manto de carcoma, yendo y viniendo entre el personal del Rastro, el tío de los neumáticos viejos, el tío de los pantalones usados, el tío de las lavativas, y los turistas rubios, al amparo de los acuerdos Franco/Eisenhower (año anterior o así), y los matrimonios de la naciente *prosperity* de los sesenta, madrileños del franquismo democrático que querían ennoblecer un poco su confort hortera de grandes almacenes con un quinqué romántico que quizá fue el de don Ramón de Mesonero Romanos. Manolo Summers había comprado la cama de Cánovas del Castillo para tirarse tías.

Yo viví el Rastro largamente, enlaberintadamente, y veía cómo aquella población de oro y polilla, de purpurina y perdigonada, entraba y salía en el zoco madrileño, en una desamortización religiosa que estaban realizando los religiosos mismos, sin un Mendizábal que lo controlase, y las vírgenes de campamento romano/aldea agraria castellana se quedaban preñadas en una noche, cuando le ponían la inyección de cemento a la madera conventual y la madera se agrietaba en una raja patética, estética y hermética. Los santos de la santa España ya no necesitaban que Alejandro Gómez Rosario los llevase a hombros, como si fueran una lámpara o un reloj de pared, sino que se venían solos desde el pueblo despoblado de inmigración obrera, en un tren de la Renfe, en tercera, multiplicando panes sin margarina y peces sin estroncio entre los viajeros que, mientras duraba el viaje, eran un poco como rehenes del revisor franquista. Y se venían, digo, a prostituirse y secularizarse en el Rastro y las *antiquités* de la calle del Prado y la Carrera, ellas, las santas, como vicetiples de la teología que traían ya puesto el oro falso, y ellos, los santos, como políticos del Antiguo Testamento o Tablas de la Ley o Principios Fundamentales del Movimiento.

Así era como, más o menos, el sistema iba almonedizando y malvendiendo la España por la que —decían— se había hecho una guerra con un millón mal contados de muertos.

Y como se deshacían los palacios de la Castellana entre los dedos gordos y duros del contratista/estraperlista, que era un hombre de zamarra que realizaba sin saberlo,

lejanamente y malamente, el modelo Barreiros.

Y como empezaban a talar los bulevares, levantarle a la ciudad sus uñas de acero (que eran las vías del tranvía, ya se ha dicho) y soñar un paso elevado, como una poderosa y monstruosa equis de cemento armado portland El Cangrejo que tachase la circunferencia comunal e iluminada de Atocha.

Y como se soñaba —hazaña de alcaldes absolutistas— con tirar abajo el Viaducto, arquivolta mayor de la ciudad/ciudad, porque el alcalde feble y de puro priápico se sentía más hombre y más alcalde derribando el viejo dragón racionalista al que se habían asomado, como suicidas de la poesía nueva, Vicente Huidobro, Gerardo Diego, Jorge Luis Borges y Cansinos Assens, moro de la morería madrileña, el día que tú naciste qué mala estrella lucía.

Como que tuvimos que hacer alguna tertulia/cuestación literaria para socorrer a la viuda marrón y discreta quienes nos habíamos quedado para siempre sin el Socorro Rojo. Pero se iniciaba la *prosperity* en España y en el mundo, ya digo, lo que luego ha quedado como los felices sesenta, y los santos de palo y las doncellas de oro de la Contrarreforma viajaban en tercera con los últimos viajantes de comercio catalanes —aún no ejecutivos—, y el cadáver de un estraperlista de quince años antes (la posguerra) que se pudría en la redecilla de las maletas con el anagrama de la Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles, Renfe.

Por aquel oro errante comprendí yo que algo se iba a coger siempre al vuelo y que el hambre estaba salva. Pero un día asomó por la tienda del Rastro un turista alto, gordo, con puro, chato y malencarado, que tenía una novia albiónica y aviónica, joven y delgada. Ya se disponía mi señorito a entrarle con su temblor elocuente, cuando le advertí:

—Que es Orson Welles, el tío ese del cine.

—¿Quién dices?

—A éste me parece que no le vamos a hacer el número fácilmente. Los números los hace él.

Y salvé a mi señorito de que Orson Welles (que venía borracho matutino de vino caliente) le diese dos hostias por falsario, estafador y tartaja.

Hasta que, un día, mi señorito, elegante y deflagrado, quiso venderle un retablo montado con maderas antiguas, pero absolutamente inventado, o copiado de otro, a una señora de un ministro (era la época de «las señoras», que lo denunciaban lodo y gobernaban el país a través de sus maridos: a lo de El Pardo se le llamaba «la conspiración de las bragas»). Ni él ni yo ni nadie sabíamos quién era la señora, pero ella trajo un perito y por culpa del perito fue a la cárcel mi jefe y desaparecimos del Rastro Alejandro Gómez Rosario y yo, que, según me dijo Alejandro Gómez Rosario, «tienen hasta nuestra dirección de Vallecas», de modo que viré hacia los Carabancheles, muy bien comunicados en tranvía por General Ricardos, y donde tenía yo un paisano soldado que de día estaba en el cuartel y a media tarde salía a dormir, realquilado en una casa aldeana de cuando los Carabancheles aún no eran Madrid.

Yo le comía al soldado la longaniza que le mandaban del pueblo y hablábamos de nuestras infancias comunes de posguerra, y en Carabanchel conocí a Boliche, artista viejo y dúplice, hombre currinche, un poco señoruco, que tenía dos pares de gafas, dos relojes en la misma muñeca, dos barbas como algunas cabras, y dos artes o maneras de expresión: la pintura y la escritura. Boliche había estado en todas las guerras de África y hacía un pop/naïf donde metía todos los enseres del compañero muerto en combate: machete, plato y cucharra de hierro, cartas de la novia, foto de la madre, carnet de algo, recortes de prensa donde se contaba la batalla, que era precisamente en la que había muerto el anónimo compañero de Boliche, aunque esto sólo lo sabía él. Boliche lo ponía todo pegado directamente en el lienzo, enmarcado. A veces hacía dibujos, que eran mapas imaginativos del África española, con detalles infantiles de las

batallas en que había intervenido, desde el año veintiuno (desastre de Annual) para acá, y el mar que rodeaba esas tierras amarillas, visto de cerca era caligrafía, la escritura de Boliche, explicando todo lo que había pasado, una crónica como un oleaje. Fernando Guereta, un gran marchante madrileño, le daba una cantidad a Boliche mensualmente, para quedarse con toda su obra cuando se muriese. Boliche tenía alquilado un garaje cerca de su casa, que era un piso bajo en unas viviendas protegidas, y al garaje/museo íbamos a fumar y charlar, presididos por un torero perfilero y numerero, de trapo y espantajo, que quizá era la mejor obra de Boliche.

—¿Y como cuánto lleva usted escrito en prosa, Boliche?

—Unos cinco quilos, hijo.

—¿Y como cuánto lleva usted escrito en verso?

—Unos catorce quilos, hijo.

Se ve que el verso siempre les ha salido más de corrido que la prosa a los ingenios españoles. Somos un país de sabios ágrafos y rurales, con manta, y naifs ex legionarios y versificadores.

Ingenieros de neutrónica parece que damos menos.

Los Carabancheles tenían como interés periodístico, mayormente, la plaza de toros, que por entonces era de Luis Miguel Dominguín, me parece, y daba en ella unas nocturnas para aficionados donde la gente cenaba bocadillos de tortilla y los capas se hundían en la doble tiniebla del anonimato y el anochecer, cuando ya no se veía el toro o todo el cielo era toro atroz del suburbio.

Pero entre aquellos capas ahogados en su propia inexistencia se reveló *el Platanito*, que era como la caricatura de la caricatura del *Cordobés*, un chico bajetillo que se alimentaba de las sobras que le daban las mozas de General Ricardos y hacía toda clase de números con el toro, menos torearle. En seguida llamé por teléfono a Gigi Corbetta, el gran fotógrafo italiano, mi compañero de tantos reportajes, con su cara de arcángel engolfado y su estatura inmensa, llena de toda la tristeza de los gigantes, como ya se ha dicho. Estuvimos un día entero con *el Platanito*, yo escribí una cosa informativa y literaria, como si *el Platanito* fuese un Belmonte de barraca esperpéntica, y Gigi le hizo unas fotos vistiéndose de luces que, pese a la mala impresión del periódico, estaban miniadas como un torero de Zuloaga. Fue una de las cosas que nos quedaron más bonitas. Pero los Carabancheles, con ser tan grandes, no daban para mucho, entre cárceles y fábricas.

(Aún no existía el suburbano.)

Así que de los Carabancheles pasé a Getafe, siempre preocupado porque me cogieran los inspectores como falso periodista que hacía falsas entrevistas para ayudar a vender falsas antigüedades.

—Te pueden quitar el carnet de periodista —me dijo el entrañable Florencio Martínez Ruiz, con un pulmón comido por los lobos del frío del seminario de Cuenca.

—No, eso no, Florencio, porque lo que pasa es que no tengo carnet.

En Getafe había mucho humo y muchos guardias civiles. En Getafe había unos jóvenes barbudos de la resistencia que me hablaban de Silverio Lanza, «el hombre raro de Getafe», visitado por Corpus Barga y Gómez de la Sema, y que es un heterodoxo del 98 que desapareció, yo creo, cuando la guerra civil. Es mejor lo que se ha escrito sobre él que lo que él mismo escribiera.

Silverio Lanza participa del espíritu regeneracionista del 98, cuando el regeneracionismo les parecía la revolución, sólo que le mete a todo eso un poco de ciencia, de misterio, de relojería y de soledad.

Pero no escribía bien.

De los Carabancheles me había llevado yo el reportaje taurino sobre *el Platanito* y otro sobre el pintor Boliche, el hombre dúplice, con unas gafas en la frente y otras en los ojos. De Getafe arranqué en seguida un reportaje retrospectivo, que primero causó

una como indecisión, porque nunca se había sabido bien si Silverio Lanza era rojo o no (éste era mi tema), pero luego lo dieron en una revista con fragmentos del pensador getafeño, que tenía, como Baroja y casi todo el 98, algunos momentos de nacionalismo inverso y exaltado que la Falange hiciera suyos en seguida.

De Getafe me iba yo andando al puente de Toledo, barroco, deshecho y hermoso, con soles de mañana o de tarde, siempre dorado, y bajo el cual vivía una tribu de gitanos criando cerdos, mientras todo el barroquismo, el plateresco o lo que fuese, del bello puente, parecía derrumbarse como las copas de un aparador, cada vez que lo cruzaba un camión.

El río por allí era escaso, por todas partes, y yo me sentaba en uno de los entrantes del puente, o en la balaustrada, junto a una farola, a ver pasar las mozas, a mirar la curva del tranvía, que allí daba la vuelta, muy bellamente, o a discurrir el Madrid lejano que, como una acuarela sucia mezclada con el cielo, se iba perdiendo o dibujando a lo lejos. ¿Y qué coños hacía yo allí, pescador sin caña en el Manzanares del tiempo madrileño, para cuándo la gloria, la fama, el dinero, la conquista del centro?

La verdad es que no tenía mucha prisa, porque se estaba bien allí, con el culo caliente de la temperatura mitológica que el sol les había dejado a las viejas piedras, y lo que me iba haciendo más falta, urgentemente, era una novia con la que pudiera uno pasear por los vertederos de la orilla del río, cogiéndola de la mano que había movido agujas industriales toda la tarde, y dándole un beso de despedida, cuando el cielo traía un poco de campo al suburbio industrial.

La literatura estaba en mi máquina de escribir, yo lo sabía y la máquina era y es esta misma en que escribo veintitantos años más tarde, cuando los mediocres sueños se han cumplido, los libros de uno le aburren a uno, los artículos se venden como a uno le da la gana y las novias suburbanas, heráldicas, cómicas y líricas, le han llevado a uno por todos los vertederos de oro, lujo, mierda, hojalata, espuma industrial, menstruación ducal y lo que ustedes quieran.

La literatura, sí, dormía en este teclado, dispuesta a cantar en cualquier momento.

Sabía yo que con estas dos filas de letras blancas sobre teclas negras, dulcemente hundidas para la yema del dedo, podía tejer todos los alfabetos del castellano, la más inesperada prosa lírica, realista, periodística, narrativa o imaginativa.

Por la falta de prisa y por una especie de urgencia en la calma es por lo que mejor se reconoce al reclamado por el oficio, y lo mío era una autorrequisitoria inapelable, una cita conmigo mismo a la que no podía faltar y a la que no he faltado en un cuarto de siglo. Por tanto, bien podía permitirse uno aquellas vacaciones de puente y río, aquel ocio de plateresco, cerdos y atardecer, aquel haraganeo solitario y doliente, mientras una muchacha rubia, alta, desconcertantemente perfecta, se bajaba del tranvía todas las tardes a la misma hora y seguía a pie hasta su casa. Pronto me acerqué a ella y empezamos a salir, eso que se llamaba salir. Yo cogía el tranvía en la curva, donde ella solía dejarlo, y volvíamos juntos al centro, adonde la invitaba a una caña de cerveza o una cocacola en un baile/bolera. Aparte de estrecha, era tonta, aburridísima, y tuve una de las experiencias más sosas, descorazonantes y tristes de la vida: la mujer hermosísima que no sirve para nada, porque además se le nota que es frígida. Una pena.

Un día, cuando el tranvía giraba delante de mí y ella tenía sus ojos atlánticos asomados para mirarme, yo no me moví del puente, no subí al tranvía, de modo que la chica, aunque era tonta, lo comprendió todo. Se bajó en la parada, que era el comienzo de trayecto, y cruzó el puente delante de mí, por la otra acera, de perfil.

Había muerto un amor que jamás naciera. El puente de Toledo, recalentado y a punto de caerse, me ponía el alma plateresca y con ganas de irme a cenar.

* * *

Uno que se había quedado en el Rastro (ya se me olvidaba), haciendo manierismo y

puntillismo en su alto buhardillón, era Cristino de Vera, vagamente canario, entrañable y entrañado, alto, estrecho, caído de alma, doliente de acento. Cristino era la víctima de su lucidez.

Cristino de Vera había comprendido en seguida que el hombre tiene que estar solo, soltero, buscándose la aventura de cada atardecer, y dedicando el resto del día al monacato de su creación, que lo suyo era una cosa como de monje medieval que hubiese asistido a las vanguardias de entreguerras. Hacía calaveras, velas, pañitos, soledades, resplandores de llama, conos de sombra, todo mediante un puntillismo/manierismo que martirizaba hasta la locura, y aquello lo exponía una vez cada cinco años, si es que lo exponía, porque lo suyo era, habiéndose elegido tan libre, la prisión del color sin color, la línea sin deleite y el ascetismo romántico, religioso y ateo de sus cuadros.

Cristino de Vera, en su buhardillón del Rastro, se llenaba de vino y palabras, y yo le iba viendo (encontrado luego en tantas otras atmósferas madrileñas) el verdugón del alcohol, el moratón traidor del vino en lo más puro de su expresión de hombre feo y bueno. Seguía peinándose como un niño, con la raya a un lado y el pelo cortito, cuando el amor, el vino, la pintura, la soledad y los años le habían echado siglos sobre la espalda un poco cansada.

Cristino de Vera aparecía y desaparecía en los bosques de alemanas (que no bosques alemanes) que tiene Madrid donde los tiene, entre el Museo del Prado y el Rastro, entre un café y una casa de citas, y su elegancia de hombre inelegante, su tristeza de falso alegre, me devolvían a un presente duro y puro, sin posible progreso, en el que en realidad nos movíamos todos.

—¿Y cuánto crees tú que nos queda, Paquito?

—Pues no lo sé, Cristino.

(Me incluía abusivamente en su generación, que era la anterior a la mía.)

—Ya nos va quedando poco, Paquito.

(Y esto, siempre, con el acento doliente y canario de su soledad, que le doblaba el guanche.)

—Sí, Cristino.

—¿Pero poco de follar o poco de vivir?

(Y me transfería a mí, de pronto, toda la complejidad existencial que era él quien había desencadenado.)

—Ni se sabe, Cristino.

—Ay qué poco nos queda, Paquito.

—Lo que tú digas, Cristino.

Siempre me gustó mucho su pintura seca y mística, porque Cristino era el Juan Gris de la transverberación atea y puntillista, más que cubista, el hombre de tema limitado y técnica segura, pero siempre la misma, el obsesivo de un rincón del cuadro o de la vida que podía trabajar hasta agotarlo o agotarse.

—Que nos va quedando poco, Paquito.

Pero yo creía que me quedaba mucho, porque aún no había empezado, en aquel año sesenta, que tuvo tantos inviernos y veranos (como que a lo mejor fueron varios años), pero yo no quería llevarle la contraria a Cristino de Vera, pintor consagrado y minoritario, como no quería llevarle la contraria a nadie, a mí qué más me daba, oiga, yo había venido a Madrid para darle la razón a todo el mundo, no te jode, que había que colocar un artículo donde fuese, como fuese y con quien fuese, y había que levantar un dinero por las ventanillas, a fin de mes, para pagar las siete pesetas de realquilado en Getafe (que era lo que pagaba don Antonio Machado, de realquilado en Segovia, tiene cojones esto de la literatura).

—Tiene cojones esto de la pintura, Paquito.

—Yo decía de la literatura, Cristino.

—Es igual, Paquito, hijo, es igual, qué más da una cosa que otra, lo cierto es que tiene cojones.

Cristino de Vera, febril en frío, lejano y cercano de Máximo de Pablo o Tino Grandío, el gallego tardo que murió de cáncer de la picha, Cristino de Vera, solo en la vida, entre mujeres, citándose siempre por la otra punta de Madrid, Corea, Costa Fleming, todo eso, con extranjeras gilipollas o señoritas bien menores de edad.

Cristino de Vera, solitario, genial y conventual, de quien aparecía un bodegón macabro, con los años, en las mejores casas de Madrid.

—¿Y cuánto crees tú que nos queda, Paquito, hijo?

Otro que andaba enredando en su alto estudio de la calle de Ayala era (ya se ha hablado de él) Eduardo Roldán, quien me acompañara en mi primera visita a La Celsa y La China, con su máquina de retratar, que los chinos querían quitarle por el sencillo e ingenioso procedimiento de pedírsela. Eduardo tenía en Ayala (la casa en que viviera don Melchor Fernández Almagro, a quien yo visité alguna vez como entrevistador, en su soledad asfixiada de libros y periodicotes) un alto estudio de pintor expresionista, goyesco y regoyesco, y pienso ahora y pensaba entonces que así estaba todo Madrid, pasadito de pintores geniales y hambrientos, cada uno en su alta torre (torres de Dios, pintores, qué coño de Dios, el Dios del dinero, en todo caso), cada uno haciendo su blanco España para pintar España en negro, mientras los arcedianos bendecían a los perros de la feligresía y los síndicos daban la mano a los obreros que habían acertado una quiniela.

Eduardo Roldán, reconcentrado y congestivo, congestionado en blanco (mucho más peligroso que la congestión sanguínea), era una melena gris, unos ojos rápidos, unas manos obreras y agilísimas, un algo de Goya recalentado a quien le venían a comer en la mano las malcasadas y malmaridadas de los bares con almendritas y teléfono rojo.

Eduardo Roldán pintaba y pinta genial, pasaba y ha pasado del anecdotismo goyesco y esperpéntico (militares de viento y marquesas de pelo de cerda) a un expresionismo lírico que está en De Kooning y el grupo Cobra de Amsterdam. Yo le veía, en el calor agostero de su alto estudio con música clásica, periódicos como hojas secas y perfume de ciclamen, dibujar directamente con el tubo de pintura, modelar el cuadro con los dedos, como un barro, ejercitar su absoluto dominio del oficio, de la gracia, de la sorpresa y la violencia. El que este hombre no triunfase, no llegase al Madrid de los críticos con cuello de porcelana y las aristócratas a quienes se enciende el cigarrillo egipcio con un candelabro falso, era para mí un síntoma descorazonador de que me podía pasar lo mismo, pues yo me había dicho muchas veces, interiormente, en el viaje en góndola de los tranvías, aquello de que el que tiene una moneda la cambia, y he aquí un hombre que tenía una moneda reventona de oro y plata, mucho más visible que la del escritor, como lo es siempre la del pintor, y no triunfaba nada.

—Es igual, Paco, es igual, esto es una tristeza, me aburre mucho eso de ver críticos y marchantes, es igual, Paco, da lo mismo, nada, muy triste, muy triste, mucha pena, que les den por el culo, yo pinto, Paco, y luego ya se verá, que queden unos cuadros, no sé, para mis hijos, o para vosotros, los amigos, cómo está el mujerío, Paco, dime, cómo está el mujerío, ¿tienes tú algo?, yo no tengo nada, a ver si hay una dama que nos quiera, ya me jode pintar, esto es muy triste, nada, deprimente, sí, te lo prometo, a ver qué mozas andan por ahí, vamos a ver las mozas, que este cuadro lo mancho en cuanto vuelva, y lo vuelvo a pintar, es una mierda.

Cogía periódicos arrugados, páginas del *Informaciones*, y frotaba con aquello sus rojos primaverales, sus verdes tan alegres, sus negros funerales españoles, y todo iba quedando empastado, cálido, verdadero.

Era, es tan importante como Barjola o García Ochoa, que triunfaban por aquellos entonces. ¿Por qué él no? Le hice algunos reportajes. No había manera. Se vendía algo, y hasta conseguimos alguna exposición, pero vi muy claro en Eduardo Roldán

—siempre se ve más claro en los demás que en uno mismo, y no hay otra cabeza donde escarmentar que la ajena— que lo que el público consume es un nombre, una aureola, una figura, una imagen, una firma, y que la gente no sabe una puta palabra de nada, incluidos los críticos, que son los más inseguros, y que la aureola tiene que preceder a la obra, porque el esnobismo de media tarde vive de aureolas y nadie vivió de su estela, porque nadie deja estelas, ni siquiera los muertos, que lo que dejan es un artículo en el hueco del *ABC*, con una foto de cuarenta años antes.

A Eduardo le faltaba eso: saber vender la mercancía, porque era esquivo como un búfalo e inconveniente como un pardillo, de modo que yo decidí que había que echar por delante una imagen, que es lo que el personal compra y consume, por comodidad y, más profundamente, por instinto natural y caníbal de la especie.

El hombre necesita adorar a otro hombre.

A mí empezaban a adorarme en algunos cafés llamándome señorito, evasionista, esteticista y frívolo. Esto me llenó de confort por dentro. La cosa estaba en marcha. Mientras Roldán o Cristino miniaban su alma en el lienzo, yo iba siendo un gamberro literario que empezaba a molestar. Cojonudo, me dije, cojonudo.

Otro más que esbeltizaba su arte en aquel Madrid del ferragosto perpetuo era Óscar Estruga, catalán de Villanueva y Geltrú, judío fenicio con perfil de Leonardo, parecido que se afinó cuando él se dejó barba, y que era ingeniero industrial, confeccionador de prensa, dibujante, pintor, escultor y cineasta que iba al Rastro, un domingo, tomaba todos los colores inéditos de la miseria, las muecas mil de la mueca del hambre, y le ponía a la cinta, como banda sonora, un diario hablado de Radio Nacional, con mucho Franco, mucho pantano, muchas inauguraciones del Régimen, muchas realizaciones oficiales, mucha democracia orgánica y mucho fascismo negro uniformado de blanco.

Óscar Estruga vivía solo en una buhardilla de Atocha, haciendo dibujos líricos de imaginativa caligrafía, óleos que pintaba sobre los armarios viejos, por el revés de las puertas, en cualquier parte, con lo que se ahorra los lienzos que no tenía y decoraba la casa, aquel buhardillón de vacías piezas con goteras, que sucedían a otras vacías piezas con goteras, creo que alrededor de toda una vieja manzana de pisos.

Las fuerzas de Estruga eran el dibujo y la imaginación. Sus fuerzas personales (nunca le conocí desmayos), una suerte de contención fenicia y una callada obstinación de ojos claros de lobo de mar adentro.

Con el tiempo, lo que mejor le iba saliendo eran las esculturas, unas piezas de mediano tamaño, entre caballo egipcio y mujer lírica.

Lo que pasa es que Estruga no tenía dinero para fundir aquello, ni apenas barro para moldearlo. Hablaba poco, trabajaba mucho e hizo alguna exposición tipo Griffé & Escoda, con ese garabatito anglicano que parece que le pone un sello de internacionalismo a las cosas, pero que luego era más bien como el nudo corredizo de donde ahorcarse, como de hecho lo ha sido para tantos banqueros de Wall Street, en la realidad y en las películas.

Una vez que me invitó a una exposición y le vi dando lumbre a las damas con un candelabro y paseando su cabeza rubia y crespa de Alighieri/Leonardo catalán por sobre los cardados femeninos del año sesenta, pensé que mi amigo venía pegando, pero luego tardó en triunfar, en abrirse camino, en hacerse un nombre, quizá porque no sabía vender la mercancía o, lo que es más importante, venderse a sí mismo.

En todo caso, era y es un artista de primera magnitud, y luego empezó a vender a los alemanes, cuando tuvo algún dinero para fundir sus piezas, de un exotismo muy actual y muy romántico. A los alemanes, lo que les toca Schiller de cerca o de lejos, siempre los conmueve. Estruga me regaló algún dibujo y algún óleo que yo llevaba de pensión en pensión.

Madrid —ya se ha dicho— se me aparecía calado de buhardillas con su hombrecito dentro, como un monje en su monja, haciendo arte, un arte del momento, que nadie

compraba, porque los ricos de la situación estaban en López Mezquita, Moreno Carbonero, Sotomayor, Segura, y, cuando se ponían modernos, se compraban un torero de Vázquez Díaz.

Vázquez Díaz, que vivía y tenía su estudio en los altos de María de Molina, muy cerca ya de la autopista de Barajas, hacía por entonces un cubismo como de cartonaje industrial, en el que había amortajado a Manolete y a toda la mitología de los cuarenta/cuarenta. Los periódicos oficiales le sacaban todos los días y el Opus Dei le encargó unos murales en La Rábida con mucha carabela, mucha estrella polar, águila imperial, monjes de Zurbarán empaquetados de tiralíneas cubista y otras bobadas y frescos.

La pintura me interesaba y me interesa mucho, y siempre le ha dado color y bulto a lo que escribo, cosa que nunca han visto los críticos, porque los críticos se mueven entre la solapa del libro y la solapa de su chaqueta, o sea que la mayoría, no todos, son unos baldados.

Me gustaba, pues, asistir al milagro de la creación pictórica, aunque fuese la creación de aquellos creadores desconocidos. Luego, el arte tiene otra cosa que siempre me ha fascinado: se puede pintar *Las Meninas* silbando. Es una cosa de muñeca. ¿*Mentale?* Pero poco. Cuánto hubiera dado yo por escribir mis cuentos y reportajes mientras silbaba Esperanza, Esperanza, sólo quieres bailar chachachá, que era lo que se bailaba y silbaba y cantaba aquel verano. De todos modos, si uno ha elegido la literatura, es porque para escribir no hay que pensar. Ya lo dijo Ortega, más o menos: —O se hace pensamiento, o se hace literatura o se calla uno.

Qué hermosa chulería madrileña y filosófica. Como yo no iba a hacer pensamiento, porque eso me congestionaba, ni tampoco podía estarme callado, pues hacía literatura. Mucha literatura.

* * *

Ramón era el Rastro, o sea, Ramón Gómez de la Sema, y yo le había visto por Madrid como el hombre/Rastro, como el que llevaba dentro todos los pantalones meados de soldado de Filipinas, todas las consolas que se decían del marqués de Salamanca, como si hubieran sido amantes tuyas, y todos los libros viejos, con una escritura de polvo y tiempo sobre la escritura tipográfica, todos los libros que sólo él había leído.

A Ramón lo trajo mi amigo Pedro Rocamora para pasearlo por el cuarentañismo, sacarle mucho en el *Arriba*, delante de la Puerta de Alcalá, y que fuese a visitar a Franco. Yo veo/recuerdo aquel Ramón entre dos luces, con el pelo blanco, que buscaba desesperadamente un frac, para visitar al Caudillo, en el Rastro a punto de cerrar.

Entraba y salía de las tiendas, iba de unas en otras, quería que le recordasen, hablaba de su libro *El Rastro*, su mejor libro, ya digo, que nadie ha leído (a mí me regaló una edición príncipe el cultísimo reaccionario y periodista cubano Gastón Baquero: me la han robado).

Lo que hacía, sobre todo, Ramón, era probarse fracs, smokings, chaqués, cosas, algo para estar presentable ante el *César Visionario* de Federico de Urrutia.

Pero Ramón era hombre de cuerpo difícil, gordo y patiocorto, y las viejas ropas de gala no le entraban.

César, con su prodigiosa pupila (el escritor no es más que pupila y muñeca: lo demás, las ideas, son de todos, son mostrencas, aunque sean de Sócrates), le había encontrado a su «Ramón del alma mía» —come cantaban las niñas improbables del crepúsculo monárquico de la plaza de Oriente— el parecido con Godoy, parecido que se encuadraba en las patillas chisperas. Así eran ambos.

Ramón entraba y salía de las tiendas, como un ángel con la pipa apagada que era mismamente la pipa de Foucault, que no es una pipa, como un ángel gordo, y Luisa Sofovich le seguía destaconándose en el destaconamiento del Rastro, lleno de rampas

y adoquines.

Ella era la sombra judía, esbelta y pálida del godo/gordo genial de pata corta.

(Ya Ortega explica por qué tienen la pata corta los españoles.)

Se probaba fracs como un ángel se prueba alas antes de descender a la Tierra para alguna Anunciación. Se probaba alas negras, él, que había escrito que «el murciélago es el espíritu santo del Demonio».

Las alas cortas y tristes del frac.

Estaba angustiado de protocolo y pruebas. Como siempre se había burlado de la Academia, no tenía el uniforme académico, que le hubiera servido. Yo le veía desde mi chiscón del Rastro. (No digo «zaquizamí» porque zaquizamí no parece castellano: parece euskera.)

Ramón sufría en cada tienda el infarto del traje estrecho, pero se reponía e iban a otra tienda. Luces y tiendas del Rastro se iban apagando en esta búsqueda anginosa. Había una locura de fracs y miocardios en la hora.

Ramón era infiel a su anarquismo estético, yendo a visitar a Franco, pero por debajo, involuntaria y valedera, estaba la fidelidad a sí mismo, el ir a El Pardo con un frac de muerto, de médico de la Real Academia de Medicina, con un frac que olía a formol, porque en esto seguía siendo Ramón. Con un frac que olía a hospital Provincial.

Seguía siendo Ramón, sí, embarnecido y canoso (el pelo blanco le daba una dignidad física que nunca había tenido), e iba a hacerle a Franco la payasada de presentarse con un frac de otro.

(En mi libro sobre Ramón hablaría yo, siglos más tarde, del payasismo genial del escritor.)

Al fin encontró la ropa y se vistió de muerto, en un zigzag de tiendas, y un muerto anónimo y revendido le vestía cuando visitó a Franco, lo cual anulaba toda la abyección de la visita. Estaban allí, Franco a contraluz, sin tener nada que decirse, el payaso sangriento y el payaso de la vida, literario y genial. Fue lamentable.

Ya no bajaba Azorín por la Ribera de Curtidores, con su monóculo y su paraguas rojo, inmerecidamente glosado por Ramón. Son dos escritores puros, sólo escritores. Sólo que Azorín acaba teniendo un cargo —Maura, La Cierva— con derecho a frac, y Ramón alquila un frac de muerto por visitar a un muerto.

Ramón es prometeico. (Su primera revista se llama *Prometeo*.) Veo tres hombres prometeicos en mi memoria, en mis *Memorias*: Ramón, Azaña, García Lorca.

Ramón, que inventa todas las vanguardias y todos los ismos antes que nadie, o simultáneamente, en unas entrecalles madrileñas, confluyendo con París o Petersburgo (el Petersburgo de Biely y Mandelstam), está encadenado al madrileñismo, al casticismo y al torero Caracho.

Ramón se pasa la vida dudando entre resignarse a Madrid, con lo que Madrid tiene de aldeón castellano, o instalarse en Europa (se instaló varias veces).

Por eso su obra es una obra de ida y vuelta, un acarreo literario entre Madrid y París, Roma, Nápoles o aquel Berlín «de hombros altos».

Podríamos decir que el escritor español —el artista en general— resulta siempre prometeico, pues que parte de un casticismo que está en el ambiente y, sobre todo, viene de la tradición cultural, o sea, de otros hombres que también *tuvieron* que ser casticistas.

Sólo el prometeico genial supera el casticismo asumiéndolo y universalizándolo —Quevedo, la picaresca, Cervantes, Valle-Inclán—. El que opta definitivamente por «lo europeo», queda desarraigado y como desleído, aunque tenga mucho talento. Don Manuel Azaña es, ya está dicho, otro prometeico.

Don Manuel Azaña, del que anteriormente se ha escrito aquí, no quiere españolizar Europa, como aquel bárbaro cultísimo que fue Unamuno, sino europeizar España.

Pero Azaña, tan europeo, es el español que se queda quedo ante un gorrión casual de

un alféizar, en Segovia, o ante un niño de Velázquez. Azaña entiende, quizá mejor que nadie, con Ortega, aunque tan lejos de Ortega, que España es prometeica, que España tiene que romper sus cadenas históricas, mientras el buitre teológico le come del costado.

Pero Azaña es un Prometeo con verrugas, y a Prometeo se le supone legendario y apolíneo. Azaña fracasa, claro. También Ramón fracasa, porque sus libros jamás se vendieron. Son hombres que quieren levantarse en vilo a sí mismos, de manera mitológica, y no tirándose de las orejas (manera grotesca), como el barón famoso.

Lo que no saben —o saben demasiado— es que con su prometeísmo están queriendo redimir también al país todo, a sus contemporáneos, a sus antepasados y, sobre todo, a los españoles que han de venir.

Dijo Goethe —me parece que fue Goethe— que España es un país de antepasados. Lo que no dijo Goethe (no podía decirlo) es que, encima, nuestros antepasados son castizos.

Ramón tiene que salvarse del madrileñismo. Azaña tiene que salvarse del burocratismo (la derecha sólo quería ver en él un pasante resentido). García Lorca tiene que salvarse del gitanismo.

Sabemos que García Lorca sufrió mucho con la leyenda gitana y con el lorquismo/gitanismo que le rodeó en seguida. Todavía duran los imitadores.

Hasta Lola Flores se cree lorquiana.

Pero el *Romancero gitano* es un libro surrealista, no otra es su clave. De gitanos, nada. Para hacer evidente su vanguardismo, Federico se va a Estados Unidos y escribe *Poeta en Nueva York*. Pero, en Nueva York, cambia los gitanos por los negros, lo cual es pasar de Prometeo a Sísifo: o sea, una nueva caída. Ni sus gitanos ni sus negros son pintorescos, pero, como la gente busca lo pintoresco, aun cuando lee poesía lírica, Federico no se salva. Antes de que le asesinasen en su localidad, ya le había matado «lo local», el localismo literario.

El afedericado Federico, prometeico quizá como ninguno, va depurando su teatro hasta el punto de que *Bernarda Alba* parece más una tragedia griega que un «drama en los pueblos de España», como él lo llama.

El intelectual español, pues, el escritor, el creador, ha de encontrar un delicado equilibrio entre el cuervo localista que le come del costado y el perfil clásico, universal y perdurable de Prometeo.

Eso lo han conseguido Cervantes, Unamuno, Ortega, Lorca y quizá nadie más.

Uno siempre ha visto Madrid entre el Prado y el Rastro. Madrid no tiene otras opciones: u organizarse en Museo del Prado o desorganizarse en Rastro (del que tanto vengo, ahora, hablando aquí). El Rastro, para mí, era un Prado del revés. Si alguien pusiese orden y catálogo en el Rastro, tendríamos otro Museo del Prado. Cuando por el Prado pasan las revoluciones o las contrarrevoluciones, le queda un aire desolado de Rastro. Yo soy el que lo tengo visto todo.

Esto quiere decir que Madrid selecciona por arriba lo que tiene o consigue de mejor, cuadros y reyes, y echa al basurero del Rastro lo que tiene de peor (o así lo cree: despojos coloniales, moblajes venidos a menos, uniformes sin un embajador dentro). Me lo decía Joaquín Calvo Sotelo:

—Mira, Umbral, un embajador, destituido de su embajada, se queda en muy poca cosa, en casi nada.

Tenía razón.

Ortega dice que el embajador es el hombre/casi.

Casi todo cuando le dan destino. Casi nada cuando no le destinan.

O sea que Madrid tiene un cielo y un infierno. Los buenos, artistas o aristócratas, van al cielo del Prado. Los malos, embajadores o marquesas mediocres, acaban en el infierno del Rastro, que es la Sacramental de las cosas, más que la Sacramental de los

mueritos que hay en la Sacramental.

El Rastro, ¿infierno o purgatorio? No lo sé. Yo creo, en cierta medida, que el Rastro es el purgatorio de las cosas y de los nombres, puesto que hay cosas y nombres que suelen salir de él, en un miércoles carmelitano o en un domingo turístico, hacia las casas bien, en una redención mediante talón al portador.

Madrid, con cielo, infierno y purgatorio, es una ciudad teológica, por lo tanto.

Y una ciudad dictatorial.

Toda dictadura es una teología aplicada.

Por entonces —felices sesenta— vivíamos el teologismo entorchado de un general africanista.

Esto era tan así que hasta había nobles que vivían instalados en su Rastro/Prado personal, un suponer Duarte Pinto Coelho. Duarte Pinto Coelho, en la calle de Don ■ Pedro, La Latina, camino de Las Vistillas, tenía un palacio lleno de cosas, desde las cornucopias mordoré al abstracto de Manuel Viola.

Era una casa fastuosa, donde cené muchas veces, como reportero audaz, primero, y como amigo de la princesa Tessa de Baviera o de Sisita Milans del Bosch, después.

Pero no era una casa, sino una tienda.

Duarte Pinto Coelho, entre portugués y brasileiro, entre aristócrata y anticuario, lo tenía todo en venta. Vendía y compraba. Su hospitalidad era un comercio, sin dejar de ser una exquisita hospitalidad. Volveré a hablar de Duarte en la tercera parte de esta *Trilogía*. Duarte Pinto Coelho vivía en el río de Heráclito.

Quiero decir que, en su casa, todo fluía: las consolas, los confesonarios, las princesas y los andróginos. ¿Adónde iba este hombre? Y yo qué sé.

Un día encontré, en mi vagar por Madrid, en una tienda exquisita de bragas femeninas, un Viola vertical, bellísimo, tirado de precio.

Llamé rápidamente a Lorenza, la francesa que Manolo había conocido en un campo de concentración nazi, y con la que vivía por entonces.

Lorenza le llevaba a Viola toda la cosa comercial, aparte de criticarle lo que pintaba antes de que lo viera nadie.

—Me levanto al alba y pinto. Lorenza se levanta a mediodía, con sueño, se restrega los ojos y me dice vale o no vale. Si no vale, tacho el cuadro y pinto otro encima.

Esto me decía Viola con su voz ronca de místicos y cantaores, de Caracoles y santateresas.

Nos presentamos los tres en la tienda de bragas finas, y Lorenza habló con la dueña, la encargada o lo que fuese. Acabamos por averiguar el origen del cuadro y su bajo precio, muy por debajo de las tarifas del Viola de entonces: un criado de Duarte Pinto Coelho había pedido el cuadro a su señor, como regalo, y lo había vendido de cualquier manera.

Lorenza recuperó el cuadro, porque lo que no interesaba era alterar las cotizaciones del artista.

De modo que todos nos bañábamos dos veces, y hasta mil, en el río de Heráclito/Pinto Coelho. Era la picaresca madrileña de los grandes de España o Portugal. O sea, la que nunca se ha contado.

Veo a la princesa Tessa de Baviera, rubia, esbelta y ultrajada, dentro de un confesonario de trinitarias del XVIII, por intimidad y discreto, tomándose una copa con el político/periodista de moda.

Madrid, quiero decir, todo lo transforma en Rastro o Museo del Prado. Tiene alma sucia del Rastro. Pero un alma que quiere subir al cielo guadarrameño de Velázquez.

* * *

Luis Rosales vivía por entonces en Altamirano. Luego se cambiaría a Vallehermoso (también Argüelles). Luis Rosales tenía, debajo de su piso de Altamirano, otro que había alquilado como estudio, donde leía, escribía y oía música. Allí me recibió y

estuvimos regando los tiestos, que los tenía en la pila de la cocina —una cocina que no se usaba, claro—, con el agua del grifo.

La calle de Altamirano baja, como todas las que salen de Princesa hacia el parque del Oeste, a un mar de amanecidas y crepúsculos que sin duda es lírico, pero que se frustra en su viaje, a mitad de camino, con los mercados, los mesones y los colegios de los maristas/baberos, que educan a los chicos para nacionalcatólicos.

Luis Rosales tenía unos ojos de piedra clara y rápida, quizá azul, en un rostro oscuro, acumulado y un poco rubendariano.

Luis Rosales era gran poeta en verso y prosa, pero quizá, como dijeran Fernández Flórez y luego Haro-Tecglen, los escritores de derechas habían perdido la guerra, creyendo ganarla.

Aquella generación del 36 —Rosales, Panero, Ridruejo, Vivanco—, todos nacidos de Miguel Hernández y de los clásicos, descubrieron que les hacía falta la libertad contra la que ellos mismos habían luchado.

Descubrieron, quizá, que la guerra de un poeta no es nunca la misma que la guerra de un guerrero. Fernández Flórez, paseante loco y pulcro de los bulevares, ya no podía escribir relatos inmorales ni volvoretas, y entonces criticaba el fútbol y cosas así, y al buido Haro le confesaba que no podía ser. Luis Rosales, poderoso de verbo y de cultura, enredando erudiciones en su pronunciación granadí, que tanto me recordaba a la de Fernández Almagro, el moro amigo, se movía entre América y España, entre Madrid y Cercedilla, entre el verso y la prosa, entre el contenido del corazón y la casa encendida, entre el intimismo lírico y lo meramente doméstico, entre Cervantes y la libertad, qué libertad.

A Leopoldo Panero le había visitado yo en su despacho hispanoamericano, y tenía ya las manos moradas y hinchadas, estaba como infartado de vida/muerte, y hablamos de poesía y a poco se murió, siendo verano.

Y regresaba siempre adolescente.

Tenía la elegancia de hablar siempre de su hermano Juan Panero, muerto en la guerra, como gran poeta, al igual que don Antonio tenía la elegancia sobria de hablar de Manuel Machado como poeta de verdad.

—Mi hermano, ése sí que es poeta.

A Vivanco lo vi poco, y luego traté algo a su viuda, mujer rubia, grande, entrada, culta, inteligente, que también moriría en seguida. Importa ser olivo después de vareado. Eso me había gustado mucho en la pubertad.

Importa ser olivo después de vareado

y restaurar su copa de cielo con estrellas.

No sabía yo, en la pubertad, que aquello era el alejandrino de Baudelaire, meritoriamente incorporado por Rubén a las medidas españolas.

De Ridruejo me parece que ya he hablado en estas *Memorias*. En su última firma de libros, en el Retiro, tenía el whisky debajo del mostrador, aunque se lo habían prohibido, por el corazón. Moría casi después de un banquete. Importa ser olivo después de vareado y restaurar su copa de cielo con estrellas. Rosales, con ojos de joya intelectual. Panero, con manos de muerto que conduce. Ridruejo, ahogándose el corazón bajo los suéters. Vivanco, como un pastor protestante.

De los prosistas de la generación del 36 ya he hablado. Les pasó lo mismo: creyeron demasiado en su oficio literario como arte compensatoria de las limitaciones de una dictadura. Acabaron todos escribiendo sus artículos con tinta invisible. «Duran las cosas sencillas, su vivir triste y honrado, dura el paso sosegado del Duero por Tordesillas.» Panero y Ridruejo paseaban por la calle de Ibiza, del otro lado del Retiro, discutiendo el *Canto general*, poderoso, de Neruda. Panero contestó a Neruda con un canto personal de pocas páginas. Uno, por entonces, virgen de políticas, los leía a los dos. Pero uno, sin saberlo, se nutría de Neruda, como de un hipofosfito: «Sucede que me canso de ser hombre...»

El primer exiliado que vino fue Alejandro Casona. Casona era mítico y todos habíamos hecho obras suyas, por la radio, atribuyéndoselas a Alejandro Rodríguez, que era su verdadero nombre —Casona es seudónimo tomado de las casonas asturianas—, para que la censura no se enterase, porque era más una censura de nombres que de ideas. Más una persecución del hombre que de su filosofía. La posguerra fue la guerra civil por otros caminos, y en la guerra civil no se mata por una idea, como tanto se ha dicho, sino por el perro que ladra o el gallo de Sócrates, que se lo debía al vecino, cuando murió.

Yo a Casona lo había leído casi entero, y, contra lo que ocurre con la mayoría de los comediógrafos, quedaba mejor en libro. Una cosa entre lírica y vanguardista. Cuando vino y traje *Nuestra Natacha*, obra legendaria, y Nuria Espert se llevaba tanto las manos a las entrañas, y nos decían que socialismo era hacerse uno el pan que va a comer, con sus propias manos, comprendimos que aquello era un socialismo acientífico de maestro de escuela, pues si todo el mundo estuviera haciendo pan, si todos panificásemos, este país de panaderos se iría a la mierda.

Entrevisté a Casona. Estaba calvo y vestía, efectivamente, como el maestro de pueblo asturiano, rojales, que era. Nada más. Le iban a operar del corazón.

—El médico me ha dicho que sólo tiene que meterme un dedo en el corazón. Le he mirado a ver cómo era el dedo.

—¿Beckett o Ionesco?

—Beckett hace milagros. Ionesco sólo hace malabarismos.

—¿Me deja usted sacar fotos del estreno?

—No. Sería como si me pidiese permiso para disparar una pistola varias veces, durante la representación.

Tenía un sentido sacral de su teatro. En todos los estrenos se sacan fotos. Tenía un sentido sacral de su exilio, de su republicanismo y, por supuesto, de sí mismo. Pero subió al palco de honor a besar la mano de su paisana doña Carmen Polo de Franco. Yes.

Jardiel y Mihura, con ser de derechas, eran mucho mejores que Casona. Qué le vamos a hacer. Jardiel y Mihura, como los poetas que he dicho antes, creyendo ganar la guerra, la perdieron. Pero eran mucho más escritores que algunos exiliados. Esto de la política y la literatura no siempre casa, aunque no hago memoria de si en estas *Memorias* se dice otra cosa en algún momento. A Casona lo operaron y se murió. Tuvo una temporada irónica de ser el autor de moda entre las señoras bien, con sus sirenas varadas y sus lirismos de los treinta. Era un Giraudoux aldeano. Una hija suya casó con Felipe Santullano, solitario, galerista y suicida que fue muy amigo de María Antonia Dans, la pintora. Santullano, los domingos por la mañana, paseaba un caniche blanco por la Gran Vía, cuando no había nadie de Madrid en Madrid, entre hindúes y tibetanas.

Santullano iba de pantalón rojo y ceñido.

No sé si heredó algo de los Casona, pero se mató en seguida.

Había llevado la galería Biosca después de Juana Mordó.

Antes de morir. Casona hizo su último esfuerzo con *El caballero de las espuelas de oro*, que era Quevedo. Roderó y una Goyanes hicieron lo que pudieron, pero aquello era muy malo. Del mismo modo que he dicho que Jardiel y Mihura eran superiores al mitificado Casona, Cela era muy superior a Sender y Delibes muy superior a Barea.

Qué le vamos a hacer, pero el exilio, la distancia histórica y marítima había mitificado muchas cosas a lo tonto. Lo grande seguía siendo lo grande, con o sin exilio. Lo de llevarse la canción, de León Felipe, no vale ni para él. Pues sólo faltaría que un dictador cuartelero pudiese partir la historia de la cultura en dos.

Eduardo Zamacois había compartido un chiscón de Jacometrezo con Rubén Darío, cuando Ganivet, un poco por encima de ellos, escribía sus rudos regeneracionismos,

ya con tinta de sífilis. Cerca estaba, en la plaza de Santo Domingo, frente al Café Varela, la casa donde Zamacois sitúa *Punto negro*, que dicen —me lo dijo él mismo— que es su mejor novela.

Los embajadores/poetas vivían entonces como zapateros de portal, y eso era Madrid. Zamacois había tenido una popularidad de sábado, una aureola verde y un dinero semanal que se quedó en nada. Zamacois, que fue bello, había tenido mujeres. Madrid era una portada de Baldrich, entre el cubismo aplicado y el parisismo provinciano, y en ese clima aperitivo y venéreo había reinado Zamacois. Se lo dijo Ruano a uno que hacía la glosa de Zamacois, en Teide: «Sí, pero hoy queda de cretona.»

Esta teoría de la cretona me parece a mí que es válida para casi todo el mundo, en literatura. El propio Ruano, formulador de la misma, queda hoy, casi todo él, de cretona.

¿Y quién se salva de la cretona? ¿Y qué es lo que se vuelve cretona en un escritor: las ideas o el estilo, la manera o la *maniera*, la época que en él palpita o el querer salvarse de la época?

No sé. Tenemos ejemplos para todo. Ricardo León, por querer salvarse de lo epocal en el arcaísmo, queda todo él de cretona. Una cretona de hierro. Paul Morand, por querer ir con su tiempo, es hoy la cretona vistosa, apolillada e ilegible de unas cortinas de los veinte.

De Ortega se dice que se le ha podrido el estilo. Galdós, o Baroja, que no tenían así como mucha voluntad de estilo —y les he visto escribir—, quedan de cretona con sus realismos de primera mano.

El Rubén que vivía en un chiscón con Zamacois y se emborrachaba de cerveza con Cavia, en Hileras, queda de cretona en lo propiamente modernista. El modernismo no es sino la purga previa de su corazón, para empezar luego a ser Rubén.

Aquí está toda la diferencia entre el creador y el que se deja llevar. El creador utiliza la escuela de moda, quizá creada por él mismo, para purgarse de la cretona de la época (gitanismos de Lorca, de que ya se ha hablado aquí), y empezar a ser él. (Modernismo de Juan Ramón, abandonado en seguida por una poesía agudamente estética, o sea ética, como se ha señalado en este libro, incluso referida a la ética concreta del institucionismo.) Valle-Inclán hace unas sonatas de cretona (el modernismo es la cretona del 98, en lo que tiene de peor). Luego, Valle se encuentra, se purga, hace el contramodernismo canalla del *Ruedo ibérico* y los esperpentos.

Eso parece que todavía no se ha convertido en cretona.

Son cretona mística e imperialista los libros serios de Quevedo, la *España defendida* y todo eso. El Quevedo que escribe «moscos tudescos de los sorbos finos», tiene calor de este verano.

En Cervantes, todas las novelas intercaladas en el libro, por abultar o por salvarlas, son cretona muerta. No parece tan fácil salvarse de la cretona.

Lo malo es el que, a los veinte años, empieza ya con un estilo de cretona, y a los cuarenta, sigue.

Eduardo Zamacois, de cuya cretona literaria no había soportado yo una sola página, me pegó un madrugón, cierto domingo, y nos fuimos al Rastro con su mujer, una anciana que era como una mosca endomingada.

—Pero éste es un Rastro sin miseria. Esto ya no es el Rastro.

La España progresista tenía nostalgia de la mierda. Lo que tiene uno siempre es nostalgia de sí mismo, claro. Caminábamos por Madrid y Zamacois hacía frases:

—Ah la fascinación de la acera de enfrente.

Se ha dicho de mil maneras. Siempre es más hermosa la que va con el otro.

Salimos retratados juntos en periódicos y revistas. Pero a mí aquel viejo, al que no había leído, me daba igual. Volvió a Buenos Aires y murió.

De Corpus Barga, que también volvió por entonces, ya he hablado.

Ramón J. Sender, que jamás me había interesado nada, anduvo por aquí, llevado y traído por Castillo Puche, hospedado por Cela, metiendo mano a las azafatas que le ponía televisión. El hombre de los *Siete domingos rojos* se había vuelto proyanqui y conservador.

Pasa siempre.

Estuve con él en la televisión y parece que se extrañaba de que yo no le preguntase nada, pero es que no me había interesado nunca, ya digo. Del mismo modo que los escritores de derechas perdieron la guerra, creyendo haberla ganado, algunos exiliados perdieron el exilio.

Escribían en el castellano de los años veinte/treinta, por mantenerse ilesos, y eso sí que quedaba de cretona. O se habían inficcionado de pegajosos americanismos que en ellos quedaban imperdonables.

Fueron otros damnificados de Franco.

Rosa Chacel, en la novela sensible de Proust, era más aburrida que sensitiva. Volvió y la llevé una noche a Boccaccio. Le pregunté por sus cosas y quise ponerme al corriente de todos sus proyectos. Contestaba como desde el desprecio, pero en ningún momento se interesó por aquel joven escritor español, que a lo mejor también estaba haciendo algo. En sus diarios y memorias se ha visto luego que no le importábamos nadie nada. Unos, Zamacois, echaban de menos la mierda del Rastro, y otros, como quizá la Chacel, se decepcionaban de no encontramos vestidos de mierda franquista.

Francisco Ayala parecía, humanamente, la sombra gris de sí mismo, con una voz que era la sombra de una voz y una prosa que era la sombra de una prosa. Escribí que era el profesor español mejor pagado en Estados Unidos (lo que él y otros me habían dicho), y se me cabreó mucho.

Los exiliados, en general, no perdonaban, a su vuelta, que España hubiera seguido sin ellos, al margen de las intrigas de El Pardo. Querían no incorporarse a nosotros, sino implantarnos sus años veinte. Pero sus años veinte eran pura cretona.

Una tarde, en un café, un fantasma femenino y enlutado, sólo con vida/luz en las gafas de alambre: Ernestina de Champourcin, de tan fáciles y adolescentes resonancias en mi oído medio, que es el de la literatura. Ernestina era viuda de Juan Rejano, poeta y comunista, que había muerto en Méjico. Charlamos mucho. Gerardo Diego me dijo que Rejano hacía magníficos sonetos. Aquel luto de café, aquella vieja delgada, aquellas gafas de alambre recogiendo una luz que quizá daba en otro barrio de Madrid, o de Méjico, era el dulce y mínimo harapo en que el cuarentañismo había dejado al exilio.

* * *

Un día, una tarde, una vez, no sé, me llamaron de la *Revista de Occidente*, para encargarme un pequeño ensayo, y yo llegué allí lleno de intemporalidad e indecisión.

¿Quién era el que estaba en aquella penumbra azul, en aquel clima de meditación y tipografía, en aquel silencio moviente y paseante? Ortega, Vela, Garagorri. No lo sé, no lo supe, yo qué sé.

Lo que quería la voz, una voz que no es que saliera de la penumbra, sino que *era* la penumbra grata y azul, lo que querían, en fin, era algo mío sobre Federico García Lorca, porque mis cosas sobre Lorca le habían interesado a alguien, en la *Revista*, y me fui a casa con el encargo, tembloroso y contento (nunca más me han llamado, debió de ser usa mierda lo que les mandé). Pero el encargo era lo de menos.

Lo importante, para un escritor novel de provincias, era haber entrado en el pecho inmenso de Ortega, en un pecho de sombra y pronunciación, sereno e interrogante, en un hombre/edificio que tenía osatura de libros, imágenes, cuadros, fotografías, historias, fechas y muebles sólidos y ligeros.

Me bañé en Ortega, fuese quien fuese el que me había llamado, comprendí que Ortega había sido una patria para los intelectuales de varias generaciones, según el cómputo generacional que él hacía (una cada quince años, biológicamente, históricamente), y

luego escribí una serie de ensayos que mandé a Barcelona y Giménez Frontín me los devolvió «por orteguianos».

¿Es que eso es malo?, le pregunté. Hoy, y siempre, España sabe de Ortega, y hasta sabe un poco de Umbral. De Giménez Frontín nunca más se supo.

Lo flipante, ya digo, fue la llamada a casa, y luego el encargo, y haber vivido media hora en el seno silencioso y verbal de Ortega, y haber visto que allí se trabajaba como en cualquier otra revista madrileña, sujetando los artículos inéditos con una bola de cristal (juraría que azul), y sujetando los artículos de periódico, los recortes, con otra bola de cristal, o quizá con algo de plata o hierro.

Anotando en los originales, en lo alto del folio, el tipo de letra y un antetítulo puesto por la *Revista*. A Ortega lo había leído yo siempre, por su engañosa facilidad, que nutría al adolescente de metáforas e inquietudes. A Ortega le había visto hablar en los cines.

Era el Ortega prometeico y dominical de que ya se ha hablado aquí, debatiéndose entre el señorito madrileño y el pensador francoprusiano. Se iba a los mítines de Ortega, al cine, como a una matiné del *Acorazado Potemkin*, y Ortega, efectivamente, montaba su acorazado de palabras, y luego se salía a la calle de los años veinte, con luz de domingo, a ver pasear el dandismo asturiano de Pérez de Ayala, que le dijo a Ortega una cosa en la que está todo el resentimiento de su generación de ensayistas, porque el monstruo crea toda una generación y la devora:

—Escribe usted cada día mejor, Ortega, llegará usted a escribir como su padre.

No me dolió porque Pérez de Ayala no me había importado ni interesado nada, nunca (hoy ya ni existe para mí), pero comprendí de pronto cómo, en la política y en la literatura, toca un genio por generación, y los demás se tocan las pelotas. ¿Iba yo a ser ese genio de la mía —me parecía que no— o iba a andar de epígono de algún cráneo privilegiado con chalina?

Decidí, en el cuarto de la pensión, ser una generación que constase de mí mismo y de mí solo y sólo.

Decidí ser un solitario.

Son decisiones, éstas, que sólo se toman en las pensiones baratas.

Aquella media hora en la *Revista de Occidente*, dentro del pecho intemporal de Ortega, pecho de sombra y palabras, lámpara de silencio, que difundía el silencio en redondo, como las lámparas la luz, hombre que había comprendido que el escritor es pupila y muñeca, más las ideas que se le van ocurriendo al paso.

Pero si no hay pupila y muñeca, o hay lo uno sin lo otro, va uno de costado.

A este recuerdo, a esta media hora que se sale de todos los horajes de mi vida, la puedo llamar Garagorri, Ortega, Vela, como quiera. Son ganas de ponerle a los momentos mágicos, líricos, nombre y apellido.

A esos momentos que no son minutos ni constan de tiempo, sino más bien de espacio. Ortega era un espacio donde se estaba bien, confortabilizado por todas las ideas de Ortega y, mayormente, por todas sus palabras, que me habían enseñado como nada el juego de muñeca del escritor, juego inacabable y fluyente que dura hasta la muerte.

Don Eugenio d'Ors andaba por Madrid vestido de Goethe. Una vez, la marquesa de O'Reilly, mi querida Aurora Lezcano, dio una fiesta de disfraces, y D'Ors se presentó de Goethe, que era su flipe. Aurora —en cuya casa he dado alguna conferencia/tertulia con azucarillo gótico en vaso esbelto y bandeja de plata— tenía su palacio en la calle de Sacramento, donde asimismo vivía D'Ors.

O sea que eran vecinos.

D'Ors se vistió de Goethe, cruzó la calle y ya estaba en Weimar. Luego, con el tiempo y sus desamortizaciones, o sea, Aurora perdió el palacio y se cruzó a vivir en una casa de vecindad de la calle Mayor, muy cerca de donde había tenido palacio y precio. Precio inapreciable. D'Ors, desde entonces, anduvo de Goethe por Madrid.

Si el propio D'Ors había escrito, con sutil espíritu minimizador, que el dandismo de

Valle se limitaba a prolongar el uniforme de los estudiantes de Coimbra, él mismo prolongaba otro uniforme, el universitario de Frankfurt.

D'Ors era el que hacía las visitas oportunas al cardenal, al ministro, al académico. D'Ors era el que hizo todas las visitas oportunas, pero el príncipe madrileño que todo lo aprendió en los libros (más la vida) era Ortega, de modo que Eugenio d'Ors, con toda su cultura y todo su talento, tuvo que colaborar en *Blanco y Negro*, *El Debate* y sitios así.

Ya se ha dicho en otro momento de esta *Trilogía*: que se joda Madrid. Madrid se lo perdió. Alemania hace compatibles a Goethe y Schiller (no sin celos de Goethe). Francia hace compatibles a Gide y Paul Claudel.

España, por inercia monoteísta, hace incompatibles a Ortega y D'Ors.

Ésta es la ciudad donde se ha apuñalado a uno en la calle de la Victoria (ya he contado cuando yo andaba a la reventa) por ser de Joselito; frente a Belmonte, o por ser de Aparicio, frente al *Litri*.

A D'Ors se le confina en la derecha/derecha, que no lo lee ni le entiende, y el menos culpable de eso, claro, es Ortega.

Pero a la derecha, que no tiene valores, que vive del metacrilato intelectual, quince años más tarde (una generación orteguiana más tarde), le gusta contar con D'Ors, que explica la Santísima Trinidad y lo explica tan culto. O sea que la cultura no es sólo cosa de rojos. Luego les ha pasado con el ilegible Zubiri, que también se puso de moda y hasta los ujieres de Cultura Hispánica tenían un Zubiri sobre la mesa, en el pasillo, con las quinielas dentro, para ir las rellenando cuando empezaba a marearles un poco el tanto reflexionar sobre la esencia.

Reflexionaban sobre el Real Madrid.

Madrid es ciudad que no ha podido vivir nunca sin un gran pensador, como Weimar.

«El pueblo español es el último pueblo con personalidad» (Stendhal).

«España es un país de antepasados» (Kant).

Sí, muy bien, pero los organillos castas nunca le han bastado a Madrid. Ha necesitado, además, el organillo metafísico de un pensador puro/impuro.

Cervantes/Quevedo en el XVI/XVIII. Moratín/Jovellanos en el XVIII. Larra en el XIX. El 98, Ortega y D'Ors en el XX.

Madrid necesita de alguien que piense por Madrid, y lo curioso es que luego lo asimila.

Ésta es una de las cosas que quisiera dejar claras en este libro. Eugenio d'Ors acude vestido de Goethe, peluca y calzones, medias magenta, al Salón de los Once, a la Academia Breve, a la Sala Biosca, al Instituto de España (creación académica suya).

D'Ors se pasea por un Madrid pregolpista o posgolpista queriendo hacer del aldeón castellano un Weimar ilustrado, y en alguna medida lo consigue. Aunque alguien me lo dice con malicia:

—Como no descubre a Picasso, D'Ors tiene que conformarse con descubrir a Pruna.

D'Ors no *vio* el abstracto ni el surrealismo, como Goethe no *vio* la Revolución francesa ni el romanticismo verdadero de Schiller o la poesía de Hölderlin. Los genios sólo ven su genialidad.

Pero D'Ors se presentaba en el Lyon, en la tertulia de Cossío, Domingo Ortega y Díaz-Cañabate, vestido de Goethe, y pedía un rosoli, porque en el fondo del clásico ilustrado había un barroco romántico. Los de la barra no sabían ya lo que era un rosoli.

Laín Entralgo, más orteguiano que dorsiano, con un toque de marañonismo, es la figura más hamletiana de los cuarenta/cuarenta.

Replica al Calvo Serer de la *España sin problema* con su *España como problema*.

Aquellos que habían empezado como «falangistas liberales», se quedan luego en liberales, simplemente, y se debaten contra sí mismos y son Prometeos en otro sentido que el que he dicho antes. Ruiz Giménez podía ser una vida paralela de la vida política de Laín, en este sentido, sólo que Ruiz Giménez presenta un aura y un aire de san

José joven, con una botella de agua de Lourdes en el bolsillo, un poco como la petaquita de whisky que llevaba Hemingway en la culera, sólo que todo lo contrario. Laín, siendo católico, no se socorre tanto del cielismo, y la duda metódica llega a ponerle el pelo blanco en seguida, y es un poco el hombre/metáfora de todos los intelectuales españoles que primero quisieron darle un contenido ideológico al cesarismo, luego decidieron *estar* en la vida pública, pero sin mancharse para nada en lo personal, y finalmente desertaron.

Incluso, muy tardíamente, Laín escribiría un *Descargo de conciencia*.

De una equivocación asumida sale siempre un hombre de buena fe, batallador y moralizador, y en eso vendría a parar Laín.

Yo le veía por la Universitaria, en cielos marceños, con su pelo blanco, su cabeza noble, su cabeza firme y suave a la vez, y me parecía que era un hombre que iba siempre pensando en lo mismo. Dudando en lo mismo.

Una vez estuve en su casa a hacerle una entrevista para *Destino*. Se había caído en la bañera y andaba con muletas. Tenía un hijo también médico que me atendió alguna vez. Laín, tan frecuentado luego en la vida social madrileña, tenía concéntrica a las virtudes interiores, la virtud *exterior* de la representatividad. ¿Qué es un hombre representativo?

Un hombre representativo puede ser un sabio, un genio o un fantasmón. Laín no era un fantasmón. Pero era representativo. ¿De qué?

El *representativo* no representa a nadie, aunque represente a muchos, no representa nada, aunque lo represente todo. Tampoco es, el representativo, el que se representa a sí mismo, que eso ya sería el dandy o su intención: otro tema. El representativo lo es porque puede representar cualquier cosa. Cualquier cosa digna, se supone.

La ciencia.

La moral.

La cultura.

Lo cívico.

Lo colectivo.

Un día lo escribí: Laín, siendo representativo de tantas cosas, resultaba más bien la pura representatividad, así, en general o en abstracto.

Se me cabreó bastante.

¿Qué es tener representatividad? Una virtud entre social e intelectual. Ahora, los políticos lo llaman carisma o capacidad de liderazgo. El carisma no es exactamente la representatividad, y el liderazgo es más activo: la representatividad puede ser un liderazgo incluso pasivo.

Marañón, del que tanto viene Laín, era un hombre representativo.

¿Y qué es un hombre representativo? Yo no lo sé. Se suman todas sus virtudes, actividades, carreras y distinciones, y la suma, naturalmente, no es igual, en su resultado, a los componentes analizados uno por uno: es todo eso y algo más; la representatividad.

Insisto en este concepto no por nada, sino porque me parece que Laín —y esto no se ha dicho ni visto nunca, claro— es la víctima eterna de su representatividad. Fue el intelectual representativo del franquismo y del antifranquismo, del liberalismo orteguiano/marañoniano y del liberalismo —ya se ha dicho— «falangista». ¿Es que era más que los demás o hacía más cosas? Es que era más representativo.

Le pasa un poco, al hombre representativo, como a la guapa del colegio o del barrio, que siempre la elegirán para todo.

Ni siquiera el propio Laín, en su autobiografía de madurez que he citado, repara en esto. Pero no tiene sentido decir «ni siquiera el propio Laín». Estas cosas, y otras, uno mismo es el que menos las ve.

La verdad es que nos vemos muy poco por dentro (ni aun por fuera), tenemos una

concepción fragmentaria del que somos, y con eso nos vamos arreglando. De ahí que no se pueda hacer uno demasiadas ilusiones sobre el yo propio o ajeno.

Laín ha redimido su media vida con la otra media. No necesita defensa ni soy yo el más llamado a hacerla, pero me gusta poner el énfasis en este matiz: Laín ha sido la víctima de su representatividad, para bien y para mal.

No podía ser un intelectual más de Burgos. Era ya algo así como el maestro venidero. Seguramente el más dubitativo, el más hamletiano, ya lo he dicho, el más concienzudo, el más honesto, incluso, pero también —ay— el más representativo.

No había que atribuirle mayores culpas, sino mayor representatividad. Espronceda es más representativo del romanticismo, pero Cadalso es mejor romántico y mejor escritor.

No siempre el más representativo es el mejor, aunque pueda serlo, *pese a su representatividad*.

* * *

La noticia llegó al café a primera hora de la tarde, que están tirando el palacio de Medinaceli, ahí mismo, en Colón, no hay derecho, esta gente tan conservadora es que no conserva nada, se están cargando la Castellana, están vendiendo Madrid a sus ricos protegidos, luego levantarán un rascacielos, país de mierda, y el lumpen del café, Carlos Oroza, gran poeta galaicovallejiano, con gola sucia de suéter flojo, y su entrañable Novoneyra, poeta del Caurel, que era como su sancristobalón protector, y Pepito Quereda, el mejor poeta de Albacete y el más grande, palmero en los colmaos privados del alba, suites del hotel Velázquez, tan taurino, y Manolito Vidal, cuya especialidad erótica era recubrir a las jais de dentífrico y luego lamérselo con la lengua, me encanta el dentífrico, y aquel cojo sin nombre, como ave herida y buena, y Elena Fernán Gómez, que no tenía nada que hacer, salvo estar a tope, y Mauro Fernández Dios, traductor y barbado, y aquel gigantón bamboleante y sin nombre, abandonado por una esposa lesbiana, tonto y suicidado, musical, y el profesor depurado que hacía sonetos taurinos en latín, y la americana pobre, que era judía blanca y triste, con la que me acosté alguna vez por las pensiones de Fuencarral, sin éxito, y algunos indalianos que eran el rastro perdido de Perceval, almeriense, dorsiano y sordo, y que soñaban el Sur como el paraíso de un surrealismo caliente, y yo mismo, nos fuimos todos a la inmediata plaza de Colón, a ver el derribo.

Por ver lo que salía.

Salió grifería de oro, salieron baños napoleónicos, salieron lienzos y Riberas, con ese ennegrecimiento que el tiempo le ha dado al mediocre Ribera, mejorándolo, todo allí, repartido, expuesto y disperso, mientras cantaba la piqueta albañil de las demoliciones y el apellido Medinaceli, lo más español de España, iba siendo demolido por una inmobiliaria, y nosotros, sentados en un banco de madera, banco de Recoletos que algunos gamberros nocturnos habían trasladado hasta la plaza, más las sillas metálicas con agujeritos, como ojos de ferromagnetales, veíamos los muros de la patria nuestra y no encontrábamos cosa en que poner los ojos que no fuese recuerdo de la muerte, que al poeta, del haberse rozado tanto con los príncipes, le queda un regusto vil y distinguido por la estética de la nobleza, por la poesía de los grandes apellidos, «poesía a la que los propios nobles son insensibles», según Proust.

Salían tapices enrollados como felpudos para los pies y sillerías de los Luises, como colegios de niños ricos de madera. Salía España desguazada por el presunto salvador de España. Salía un Goya con niño y pájaro, atónito en la luz crudiza, de estraza, de la media tarde madrileña, tras siglos de penumbra.

Así fue todo.

Carlos Oroza, tocándose mucho la cara vallejjiana y cenceña, maldecía:

—Esto es el horterismo. Se apropian de Machado para los paradores y ahora tiran palacios para hacer conserjerías, un rascacielos de conserjerías.

Novoneyra, gallego cerrado, tamañón y lúcido, lloroso, comentaba:

—Madrid es la mentira y la piqueta. Yo me vuelvo al Caurel. Madrid es la mentira y la piqueta.

Poco más tarde sacaba sus *Elegías del Caurel*, de un lirismo malva y depurado.

Pepito Quereda tenía siempre en la boca una colilla y un palillo. Se cambiaba de comisura la colilla y el palillo con un hábil movimiento de lengua.

—Esta noche me pimpro bien pimplado y le hago a Medinaceli una elegía —dijo.

Manolito Vidal, listo y menudo, se lo tomaba con más calma:

—A lo mejor hacen apartamentos baratos donde podamos venir a follar todos. Aquí en Medinaceli sólo follaban las embajadoras.

Manolo *el Guapo*, alto y de belleza aceitunada, soso, se reía de la salida del otro.

Mauro Fernández Dios, recién venido de provincias, anarco y sabio, decía todo el Siglo de Oro, en verso, sobre el ritmo laboral de la piqueta.

El viejo taurolatino decía cosas en latín, que yo no entendía.

A la judía pálida, a la americana pobre le daba igual y sólo quería meterme mano.

Estábamos sentados los dos en una sola silla de herrumbre.

Yo pensaba en la posibilidad de hacer un reportaje sobre aquello, donde la crítica al urbanismo salvaje quedase velada por las glorias de los Medinaceli. Los indalianos/percevalianos, que soñaban con la Almería nunca vista, tuvieron un arranque árabe inferido (eran godos) y dijeron que alguna vez tenían que caer los cruentos caballeros castellanos. De vez en cuando pasaba un tranvía, tomando grácilmente la curva de la plaza para enfilar Recoletos, y lo borraba todo y nos borraba con su brochazo de velocidad roja o amarilla.

Todos en el café, Ignacio Agustí, con sus ojeras de cardíaco, con esa lentitud de los enfermos del corazón, que a veces se toma por bondad y, a veces, efectivamente lo es, con su *Mariona Rebull* (película y todo) y su *Viudo Rius*, con su prestigio un poco aburrido de novelista de toda la vida, tradicional y formal, cuando en la vida española había irrumpido ya la violencia de Cela, hecha de oro del Siglo de Oro y de mierda de posguerra.

Todos en el café, José María Alfaro, altiricón, raneante y bueno, escritor ininteresante, ni bien ni mal, hombre ininteresante a quien ni siquiera se le tomaba en cuenta el falangismo, ni para bien ni para mal, que hay gente así, tan ininteresante que no interesan ni para denunciarlos.

Todos en el café, José Alfonso, escribiendo despacio sobre Azorín íntimo, sobre la despaciosidad de Azorín, Pepote Altabella, gran patache del periodismo que me dio un premio a un artículo sobre la lotería, fortuna que siempre he odiado y jamás practicado. El poeta Carlos Álvarez, como un ir y venir de prisiones andantes. Manuel Andújar, regresado, cojeante y pasado de moda. Juan Aparicio, napoleónida y mussolinizante, con muchos bolsos/cartera en una especie de guerrera civil, ordenando editoriales sobre la uva a toda la Prensa del Movimiento, sólo porque a él le iban creciendo bien las parras que tenía en Guadix o por ahí, que debía ser como paisano de Rivas, Alarcón o uno de éstos. Juan Emilio Aragonés, con la cabeza abierta de accidente de coche con Ponce de León, escribiendo sus crónicas de teatro mientras cables y motores le zumbaban dentro de la herida. Augusto Assía, coruñés de Londres, liberal de la revista *Mundo*, aliadófilo que luego, considerando que el mundo, al fin, estaba bien hecho —liberalismo de derechas en toda Europa—, se retiró a su pazo a ordeñar vacas y escribir crónicas sin ritmo ni medida ni el oreo, ya, del mundo. Don Luis Astrana Marín, de bonete y resentimiento.

Eduardo Aunós, presidente por entonces del Tribunal de Cuentas, haciendo el trapicheo con el *negro* que le había escrito su *Autobiografía de París*. Enrique Azcoaga, exiliado voluntario, regresado voluntario, buido y en pito, gran ensayista verbal, como tantos, mejor que por escrito, evocando siempre cuando él había sido

secretario de D'Ors.

Rafael Azcona, sólido y bienhumorado como un futbolista de segunda con posibilidades de pasar a primera, que dibujaba en *La Codorniz* «el repelente niño Vicente», que publicó alguna novela y luego se metió en el cine, con Saura y Berlanga, a ganar mucho dinero y hacer buenos guiones. Balenciaga, paso fugaz de una tarde, con su corte de amor de bellas modelos e inexplicables efebos.

Ramón de Basterra, tomándose su café de muerto y escribiendo sobre el velador sus sonetos duros, crudos, imperiales, industriales, de un vascuence dificultoso y sólido. Antonio Bienvenida, ya culón y lleno de cicatrices, que me enseñaba para la entrevista torera. Tomás Borrás, alto y joseantoniano, como un Alfaro con mejor prosa y una estatura en la que no cabía su casticismo ultramadriles.

Manuel Bueno, fusilado por los rojos en Barcelona, cuando él se creía más a salvo en su hotel practicando un dandismo antiguo y no muy logrado entre el espejo y el teléfono, entre el artículo y la señorita de Baldrich/entreguerras que venía a buscarle.

Pero, con señorita y todo, se le notaba mucho que estaba muerto. Fue el que le partió el brazo a Valle.

Buero Vallejo, muerto/vivo del otro lado, condenado a muerte por los nacionales, vivo de café con leche, verde de cárcel, famoso de teatros.

Los muertos, sí, eran los que le daban más vida al café. Basterra, Bueno, Antonio Buero. Dos de un lado y uno del otro.

Dos muertos certificados y uno improbable —Buero Vallejo—, pero el que quedaba más acusatoriamente cadavérico. Había otros varios muertos, claro, de la derecha y de la izquierda, y eran los que más se levantaban a orinar, a llamar por teléfono, a pedir recado de escribir, a saludar a un amigo casi olvidado de cuando la Restauración/Regencia, porque había hasta muertos anacrónicos, o que tenían amigos anacrónicos y repentinos. Los muertos, rojos o nacionales, estaban en el café un poco como a resguardo de los enterradores, los jefes locales del Movimiento, los escritores frustrados que habrían vuelto a matarlos por resentimiento literario, disfrazando eso de política, como Pedro Luis de Gálvez, y los reporteros demasiado audaces.

Al café le daban cuerpo los vivos, pero le daban vida los muertos. Hasta don Francisco Bonmatí de Codecido, cronista de la Villa, noble y cianótico, que casi se nos muere sobre el velador, como sobre su lápida.

Pablo Cabañas, tan moreno, tan español, tan londinense y tan poeta. Joaquín Calvo Sotelo, en la tertulia de Fernández Almagro. Alfonso Canales, poeta, malagueño y exquisito. Casariego, asturiano y bibliófilo (de vender, no de comprar). Vizcaíno Casas, acompañante de famosos antes de ser famoso él mismo. Capuleto, pintor, hombre de acción, español que hizo las américas, regresado con la euforia del que regresa, a la tertulia de los poetas, y cerciorado de pronto, tristemente, de que era un muerto —otro— y ya le habían olvidado. No hay que irse, porque partir es morir un mucho. Todo. Camilo José Cela, abanicándose con el abanico de Sagrario Torres, poetisa muy amiga suya, mujer de rostro hermoso y macareno, mujer de cuerpo enfermo y sufridor.

Todos en el café, sentaditos en el café, Cirlot en una nube de humo y surrealismos, Clavé, a punto de mandarnos a la mierda para triunfar en París (me parece el mejor abstracto español, el más catalán y el más goyesco al mismo tiempo), Cortés Cavanillas, como un áulico de La Corte de los Milagros, Pancho Cossío, como un Turner santanderino, canoso, cojo y menudo, a quien yo visitaba algunas mañanas en su estudio de Callao, Palacio de la Prensa, en el cruce de caminos de la Gran Vía, alto palomar de blancos cantabrosajones. Tenía en casa un jaleo de amantes y boxeadores, y hablaba a gritos con otro pintor ya citado aquí, Viola, demasiado ronco para la sordera de Cossío. Luis Delgado Benavente, dramaturgo de pipa, gafas negras y bigote, que había inventado la tertulia de uno solo.

Díaz-Cañabate, chancleteante como me parece que ya ha salido en esta *Trilogía*,

pariente pobre de los Garrigues, escritor casticista para quien D'Ors llegó a pedir la Academia.

Los hermanos Díaz-Plaja, grandes y un poco sobrantes. Manuel Dicenta, actor antiguo de voz profunda, con sombra llorosa de mujer no propia, tras él, y que de vez en cuando nos hacía el Crispín de *Los intereses creados*, y daba un poco de pena verle, tan mayor, vestido de payasito pseudoshakesperiano, pegando pingaletas cansadas en el escenario.

Diez Crespo, con una mujer muy guapa, y Durancamps, el pintor, con su cosmopolitismo de vuelta, a lo Anglada Camarasa, como todos los catalano/españoles que habían triunfado fugazmente en París. El café era el sitio donde se terminaba, de ida o vuelta de la gloria. Vicente Escudero, flamenco vallisoletano que vivía en un hotel de la Gran Vía o por ahí (o en una tal pensión Dardé de los aledaños, donde le hice alguna entrevista). Vicente Escudero era un figurín del pasado que se comportaba como figura del presente, pero el presente —ay— ya no era suyo.

Otro muerto que daba mucho la lata. Escudero.

De pronto se ponía de pie en un velador, o en mitad del café, y hacía un martinete con los pies, sin mover el cuerpo, para recibir la ovación de los mendigos que empañaban los espejos. No hay como un muerto dispuesto a triunfar.

En este mismo plan venía Pío Muriedas, recitador del 27, santanderino, paisano de Gerardo, a que Gerardo le pagase un café, pero acababa pagando él el café de los dos. Los muertos de provincias alborotaban aún más que los autóctonos.

Esplandiú, gran dibujante de un Madrid reblandecido, con las esquinas arrugadas, hombre con mal de orina, que iba todo el rato a los servicios. Era gris, irónico y bueno. Ilustró toda una época con ilustraciones de la anterior.

María Félix, oscura, hierática, cobriza, hombruna, hecha de un fuego como frío, fumando los puros de *Enamorada*, evocando los amores de Emilio Fernández, *el Indio*, Jorge Negrete y Agustín Lara. Estaba buena y vieja, pero yo iba a otra cosa.

Fernando Fernán Gómez, rubio, palabrón e inteligentísimo, con las Cortes de Aragón de los actores, en tomo, siempre escuchándole, y Perico Beltrán y Manuel Pilares tomando nota de sus frases para meterlas en el guión que iban a hacer con él. Fernández Almagro, al que ya he citado, oscuro, morabí y educadísimo, que me recibió muy siglo XIX, cuando le abordé para la entrevista, y luego en el Café Lyon, y luego en su casa de Ayala, entre palomar y hemeroteca.

—No se deje usted llamar Paco, Umbral. Usted se llama Francisco.

Fernández Flórez, paseante y vecino de los bulevares, que se había bajado por Génova, sin darse cuenta, loco ya como estaba, hasta el Gijón, buscando a su amigo Ruano:

—Ruano ya no para aquí.

Gamallo Fierros, asturgalaico, correspondiente de la Academia, gordo, bajo y bueno, que trashumaba por las provincias con el cadáver de Bécquer a hombros, como doña Juana la Loca con el féretro de Felipe el Hermoso.

—¿Adónde vas, Dionisio, con el muerto?

—Hazte para allá, que le siento un poco aquí. Y no sabéis lo que pesa el jodío tísico.

Sentaba a Bécquer en un diván, entre dos, para que no se cayese, muy tieso, y aquel Bécquer me recordaba a mí a Mariano Rodríguez de Rivas, con su desplanchamiento de muerto. A lo mejor era don Marianito, un muerto disfrazado de otro.

Gamallo extendía las rimas, el arpa, las alas del ángel y toda la parafernalia becqueriana, en tomo, pedía un carajillo, que es lo que se pide en provincias, y nos recitaba entero todo su libro sobre Bécquer, jamás publicado, con notas de pie de página y otros apéndices.

Ya habíamos matado la tarde.

* * *

Estábamos todos allí, sentaditos en el café, García Escudero, que hacía en el *Arriba* una sección llamada «Cultura», que iba de ala liberal del Régimen, rama nacionalcatólica, pero que luego se tomaría duro y tardofranquista, desde la jurisprudencia o la milicia, ya ni sé, con su pelo a cepillo y su cara de boxeador intelectual. Estábamos allí, sentaditos en el café, don Emilio García Gómez, hablando de árabes muertos, José García Nieto, hablando de novias y garcilasos, Federico García Sanchiz, a quien ya había visto yo en el bar Flor de la Puerta del Sol (me parece que antes se ha contado), viviendo del verbo *españolear*, un verbo que ni siquiera había inventado él, sino que venía de la izquierda, como casi todo.

Estábamos allí, sentaditos en el café, Rafael García Serrano, el Cela de la Falange, que luego se volvería golpista, con su aire entre tuberculoso y legionario, gran prosa, Ildfonso Manuel Gil, lleno de la humildad *do* los soberbios, de la soberbia de los humildes, poeta y poco, Giménez Caballero, explicando lo del huevo que le faltaba a Hitler —ciclán se llama, en castellano, el que tiene un solo testículo, pero esto no lo sabía Giménez Caballero—, y de la frustrada boda Hitler/Pilar Primo de Rivera, que él tanto había propiciado, así como de otras locuras que decidieron a Franco a enviarle a remotos paraguayes, de embajador, para que no marease, a sitios donde él inauguraba iconografías mediocres de olvidados misioneros.

Estábamos todos allí, sentaditos en el café, José María Gironella, recién llegado de Barcelona, en tren, todavía con su espesor de Renfe y kilometraje, con aspecto de médico de pueblo y registrador de la Propiedad frustrado en algo, y había venido al café a vivir la gloria de sus novelas sobre la guerra, cuyo segundo volumen, me parece, *Un millón de muertos*, aún se discutía en las tertulias, y al que Bartolomé Soler, el realista tardío de *Patapalo*, replicó con *Los muertos no se cuentan*, un esfuerzo final, desesperado y equivocado por ponerse al día.

Ramón Eugenio de Goicoechea era ese marido frustrado por la mujer, más lista y famosa que él, Ana María Matute, gran novelista catalana o así, y Ramón Eugenio hablaba, borracho, de *Dinero para morir*, su novela corta, su novela más leída, pero ya por todos olvidada, y se volvería en seguida a Barcelona, porque el café que él había conocido ya no era aquel café.

Don Pedro Gómez Aparicio, teorizante del Régimen, explicaba en una mesa la pirámide informativa —lo suyo era el periodismo— y las «razones de su inversión». Era una cosa que había explicado por la mañana a los alumnos de Periodismo, y a mí me miraba de entrerrejo, como sin comprender que aquel joven periodista por libre, entre quinqui y señorito, no estuviera en sus clases matinales o en Carabanchel, en una celda.

Grandmontagne, a quien nadie había hecho nunca caso, pero que iba de gran señor de las letras, se estaba en un rincón del café, sin quitarse la chistera de tubo bajo ni el pañuelo blanco del cuello, y yo nunca me acerqué a él para saber si estaba vivo o muerto, porque no había leído ningún libro suyo y no tenía cómo entrevistarle. De todos modos, era el único muerto digno del café, el que no mareaba ni andaba siempre por en medio, el que no abusaba de su condición ruidosa de muerto, como los otros.

El maestro Guerrero silbaba zarzuelas para unos cuantos. Jorge Guillén pasó una mañana por el café y volvimos a saludarnos y Francisco de Cossío me dijo que le encontraba muy americanizado, con la dentadura postiza y las gafas/Truman.

Eduardo Haro-Tecglen, alto, dormido, vigilante, vigente, espabiladísimo, judío, sombrío y triste, irónico siempre, moreno de tangerismos, curtido de exilios parisinos, entrañable en su distancia y su estatura, y escritor de quien me parece se hablará por extenso en la tercera parte de esta *Trilogía*, ya que la edad nos ha acercado/hermanado (quizá todo se deba —con la amistad no hay que hacerse muchas ilusiones, como con el amor— a que somos igual de altos y podemos comunicarnos fácilmente por encima del

resto de los madrileños).

Adolfo Marsillach. Creó Oliver, donde conocí, entre otras fabulosas gentes, a Flor, cuya desventurada historia ya se ha contado aquí. Ismael Herraiz, director de *Arriba*, con pistola al lado de la taza de café, como en el periódico la tenía en el cajón. Hoyos y Vinent, a quien en estas *Memorias* he presentado vivo, pero que en el café reaparecía muerto, de tanto como Ruano había hablado sobre él, y aún quería seducir a un joven poeta hambriento de posguerra por un paquete de lucky. Café de vivos/muertos, como se ve, café donde vivaqueaba la muerte, quitándole carteras y empleos a los vivos, puesto que ella es más rápida y ubicua. Café sacramental del artista adolescente.

Todos allí, sentaditos en el café, los beneficiados de don José Ibáñez Martín, ministro de la Cultura o algo así, que llegaría a tener una dignidad estatutaria y falsa con el Régimen, Jaime Ibarra, el último de la bohemia y el hambre no política, el hambre de siempre, el hambre metafísica, las hambres clásicas, José Janés, editor fino y catalán, ofreciendo buenos contratos a los autores golfos del café, Jardiel Poncela, que encontró en el absurdo la salida para un teatro que no quería meterse en nada, como si el absurdo no pudiera, no tuviera que ser también absurdo crítico: Ionesco, que se estrenaba por entonces enfrente del café —*El rinoceronte*—, en el Recoletos, con dirección de José Luis Alonso, y que revolucionó el teatro como nada, y no sólo el teatro, pues que el rinocerontismo —fascismo, sovietismo, franquismo, lo que fuese— era lo que vivíamos y padecíamos todos a diario, la rinocerontización de la sociedad.

Jardiel, que era el escritor que más escribía en el café, se queda en el absurdo/evasión, como mi querido Mihura. Ionesco nos traía ya el absurdo/crítica.

Ledesma Miranda, fino, rico, estilista y solitario, que allí iba a charlar, porque donde él escribía era en los cafés de la calle de Alcalá.

Pedro de Lorenzo, eterno adolescente por fuera, y adolescente eterno en su prosa, fijo para siempre en las primeras influencias, una escritura entre un D'Ors sin ideas y un Miró sin emoción. Juan Ramón Masoliver, transeúnte, catalán, aragonés, despectivo, erudito y loco.

Honorio Maura, un desastre.

Leocadio Mejías, el gacetillero lírico del *Madrid* de los Pujol.

Mourlane Michelena, que era a D'Ors lo que los duros sevillanos de Romanones a los duros del Rey. No le faltaba plata, pero le sobraba hoja.

Federico Muelas, tan atento a hacerse un personaje que con frecuencia se olvidaba de su persona. Me llevaba a las tiendas de anticuarios y a una tienda de muñecas viejas que hay en Barquillo. Hablaba todo el rato, era lento en todo, a contracorriente de la velocidad visual que su melena hacia atrás le daba a la cabeza. Un día se quedó ciego y fui a verle al Instituto Oftalmológico o algo así.

Pero yo quedaba allí fuera de lugar.

Luego se puso bien, pero ya no volvimos a encontrarnos, de modo que la última vez que me vio, me vio ciego, o sea que no me vio.

Manuel Mur Oti era así como el Orson Welles de una seudorresistencia al franquismo. Hizo películas como *Un hombre va por el camino* y escribió novelas como *Cielo negro*. Uno de sus últimos ensayos de genialidad fue *Milagro a los cobardes*, con guión de Manuel Pilares, interpretada por Escrivá y Paloma Valdés, una rubia actriz vallisoletana de la que anduve así como algo enamorado, aunque ella, naturalmente, nunca se dio por enterada. El otro hombre terrible del cine español era Nieves Conde, que había hecho *Surcos*, una medida denuncia del campo español y su nivel de vida, y *Balarrasa*, con Fernán Gómez y María Asquerino, o sea la denuncia del otro medio, el urbano.

Martínez Novillo, el pintor de la escuela de Vallecas, empastado en el paisaje, hombre bajo, entre fino y basto, que, pese a no ser retratista, me hizo un retrato, quizá por amistad o admiración. Benjamín Palencia, manchego acordobesado (como tantos

manchegos), entre el paisajismo violento y la homosexualidad crudiza. Jesús Pardo, exquisito, europeo y santanderino, con carteras londinenses en las mangas de la chaqueta. Pemán.

Pemán iba poco al café, pero en cuanto entró le abordé. Era jueves y estaba haciendo tiempo para la sesión de la Academia. Venía de un almuerzo oficial. Quizá de El Pardo. A mí, como articulista nato que yo me consideraba, siempre me interesó Pemán, aparte su ideología, doctrina, catecismo o lo que fuese, tan poco interesantes, porque tenía el secreto del artículo. Quizá sólo Ruano y él lo tenían, tan diferentes. Pemán estaba entre Ortega y D'Ors, con mucho menos calado intelectual que ambos, pero con un valor añadido de gracia gaditana y un muy bien aprendido ludismo de las ideas, que viene de Voltaire hasta André Gide. Me dijo así:

—Mire usted, joven, hay que creer sólo en dos o tres cosas fundamentales y burlarse de todo lo demás. Así se hacen los artículos.

Estaba yo de acuerdo con la fórmula, sólo que mis dos o tres cosas fundamentales no eran exactamente las de Pemán, sino las contrarias, quizá.

Físicamente, Pemán era como una mala copia de Manuel de Falla. Algo así como el pianista del articulismo. Franco le sabía monárquico activo y tampoco le hacía mucho caso. El propio Pemán me lo contó:

—Adapto un griego, por encargo del Estado, lo monta Tamayo en Mérida y la noche del estreno tengo que sentarme en una piedra romana cualquiera, perdida. No tengo localidad. El Pardo no me saluda. Lo único que quiere Franco es que le montemos *Marina*. Se lo ha pedido a Laín y me lo ha pedido a mí.

Jesús de Perceval, almeriense, indaliano y sordo. Vino un cierto surrealismo recalentado de Almerías tercermundistas, que incluso Perceval terna los ojos espantados y equinos de Dalí, y don Eugenio d'Ors, por encontrarle a todo tradición, para salvar el plagio, refirió la escuela a los indalos, primitivos habitantes de aquel Sur, y hasta se recuperó para ellos un remoto hombre sintético, no tan afortunado como el cazador de bisontes de Altamira, pero bello. Perceval pintó algo así como una degollación de los inocentes, entre Chirico y Dalí, en la que salían él y el propio D'Ors, vestido de blanco (por aquí asoma su cubanía originaria), y, quizá con esto, D'Ors creía haber reinventado un Dalí dentro del Sistema, o sea la dictadura, como creía o quería creer que había reinventado un Picasso con Bueno o Pedro Pruna.

Pero luego Perceval se dormía, con ese sueño profundo de los sordos, en la mesa del café, y don Eugenio, en el último Congreso de Poetas de Segovia, se hacía sus necesidades por encima, acabado ya físicamente.

De modo que el indalianismo fue un surrealismo sin fortuna. A mí me queda de todo ello un cuadro a la aguada, que me regaló Perceval, y que es como un Dalí de provincias.

Pérez Comendador hacía esculturas para el Régimen, Franco o el Cid, ecuestres e intercambiables, Pérez Ferrero, peinado para abajo, como un romano, y siempre con pulserita, empezaba a pedirme, de vez en cuando, «terceritas» para el *ABC*, y yo no sabía si eso era la consagración. El cura Polo era como el confesor aldeano de la aldeanía literaria. Los escritores del Régimen le tenían de capellán porque decía las misas muy rápidas.

Gregorio Prieto, otro manchego acordobesado, como Palencia (ya he dicho que hay muchos, no sé por qué), se me definió un día, entre su perilla y sus manos menudas de anciana de Tomelloso que sabe hacer el gazpacho:

—Yo, Umbral, soy un hombre de sillita baja.

Y es que, en las altas sillas del café, los pies apenas le llegaban al suelo.

Gregorio Prieto estuvo en la Residencia de Estudiantes, pintó a Lorca con ojos de mujer, en una calumnia pictórica y adivinadora. El retrato ha quedado.

Gregorio Prieto estuvo de valet/amigo de Luis Cernuda, en Londres, planchándole los

pañuelos y las camisas a aquel dandy remendado que era Cernuda.

Un día se presentaron en Londres Garcés y otros postistas a ver a Cernuda (lo he contado ya en este libro), y Gregorio, levantando una cortina, avisaba al poeta yacente: —¡Luis, Luis, que hay aquí unos chicos españoles que quieren verte...!

Pero los chicos no eran precisamente del gusto del poeta desolado y quimérico.

Gregorio Prieto me dijo una tarde en el café:

—Vente esta tarde por Urbis. Presento mi colección de veintiún arcángeles barrocos. Y si vienes tú, seréis veintidós.

Había que hacerse un poco el sordo y el loco y el sueco, un mucho, contra estas proposiciones arcangélicas, que no faltaban en el café, porque el café tenía, al fondo, bajo los grandes espejos, un zócalo, friso, cenefa o greguería de viejos maricones carrozonas, el que decía haber sido pianista de palacio con don Alfonso XIII, el que decía haber asistido a los comienzos de la Zúffoli —Eurípides Escoriaza—, el que decía amar el amor de los marineros que besan y se van, y que estaba allí, como un macró paulmorandiano, hasta que llegaba a buscarle la vieja querida que le protegía, como una caricatura de Marlene en papel maché, y se lo llevaba a merendar a Embassy, al otro lado de la gran calle, entre marquesas del franquismo y marquesas de verdad.

Pedro de Répide, don Pedrito de Répide, otro vivo/muerto del café, estaba allí en el fondo, entre la greguería de las mariconas, cronista de Madrid en la época del tacón rojo, caballero de una Azcoitia rara y madrileña que no era la suya, y llamaba «histrionaje» a los actores del café, y recordaba entierros de cómicas ilustres y explicaba las calles de la ciudad —Pasa, Sombrerete, Jesús y María— al coro babilónico y lamerón de las reinonas.

Rodríguez Moñino llegaba de tarde en tarde al café, desde su Madrid entregaldosiano y lleno de libros, donde yo le había visitado alguna tarde. Protegía mayormente a Ignacio Aldecoa. Don Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones, grande de España, ex alcalde de Madrid, presidente que fuera de las Cortes, decían que había paseado alguna vez su cojera por el café, repartiendo sus duros falsos y sevillanos entre los cronistas políticos, pero yo nunca lo vi ni nada me tocó de aquel reparto.

Ruiz-Iriarte se estaba quieto en una silla, como un adorno del café.

Una periodista golfa, comunista y falangista, con buena pluma y mal cuerpo, lo contaba a gritos, aludiendo al tamaño no desmesurado de Ruiz-Iriarte:

—Yo se la he mamado alguna vez y es como beber en botijo.

Allí estábamos todos, sentaditos en el café, Sáenz de Heredia, primo de José Antonio Primo de Rivera y enamorado de Concha Velasco, con la que filmaba comedias del neorrealismo madrileño en las pescaderías, espectaculares como puertos, de la calle de Alcalá.

Don Pedro Sainz Rodríguez, de pelo prematuramente blanco, exiliado de derechas, antifranquista monárquico, hombre bajo, suave y grato, como un canónigo beneficiado de la catedral de Burgos o así.

Don Pedro entraba y salía del café con el sigilo del conspirador de derechas a ojos vistas, y ni la pasma ni la madera se atrevían con él, porque era un sabio, un académico y un valido del Rey de España, don Juan de Borbón, que estaba en Estoril pilotando yates e inventando cosas para inquietar el quietismo de Franco.

Don Pedro Sainz Rodríguez, que tenía una mujer interesante y como de un cetrino rubio, me lo decía de vez en cuando:

—Estoy haciendo su incipiente bibliografía, joven, y ya ha publicado usted mucho más de lo que parece.

José María Salaverría era a la prosa lo que Ramón de Basterra al verso: o sea, el vasco tórpido y tenaz que se obstinaba en cantar España desde el recodo fabril y febril de su vasconía litográfica.

Litografía, sí, como de Sáenz de Tejada, aquel ilustrador del Movimiento, entre el Greco y Durero, donde aparecían, de alféreces provisionales con boina carlista, los rostros entreconocidos de Basterra, Salaverría, Víctor de la Sema, Sánchez Mazas o Foxá. A mí, como articulista nato, me había interesado conocer el articulismo de Salaverría, pero me arrimaba a su mesa de muerto, en el café, por encima del hombro, le leía lo escrito y no me emocionaba gran cosa.

Pedro Salinas no volvió nunca, pero María del Té y yo le habíamos leído en el café y en Teide, a la sombra cipresal de Ruano:

*Esta corporeidad mortal y rosa
donde el amor inventa su infinito.*

Aunque, cuando yo hice mi libro sobre María del Té, hube de titularlo con verso obtenido de un poema de Rafael Montesinos que me gustaba mucho:

*Y descubrir de pronto que el mundo está bien hecho,
si hubiéramos sabido que el amor era eso.*

.....
El ángel del noveno mandamiento.

«Si hubiéramos sabido que el amor era eso.» Fue la historia de María del Té, con muchos besos de jazz meloso y muchos caballos dictatoriales de por medio. Libro donde yo comenzaría a ensayar la narración lírica, que en realidad es la única que me interesa, y donde el lirismo no estaba dado tanto por las palabras o las emociones como por la minucia de las cosas, la secuencia primorosa de lo vulgar.

Juan Sampelayo, feo, elegante e informado. Para una vez que se retrató con Ortega, en la revista correspondiente consideraron que Sampelayo no era compañía digna del maestro, y el ilustrador/confeccionador transformó al periodista en un árbol de la calle de Alcalá sobre la foto.

Así, Ortega aparecía explicándole elocuentemente la razón vital a un árbol.

Sánchez Bella. Gordo, niñoide, lleno de ese despotismo chillón de los bajitos, había hecho mucha diplomacia franquista en Roma, como un cardenal asacristanado de paisano, y se había aprendido la maña mussoliniana del Imperio (los soldados de Mussolini tenían las botas con suela de cartón, y no lo sabían) como solución o superación de problemas interiores más reales y acuciantes. Aplicó la fórmula a España, cuando tuvo aquí algún poder, mucho, y encontró en Latinoamérica una vasta cartografía para sus elocuencias, sus poetas, sus carabelas fletadas sobre el mantel de una sobremesa y sus eternos juegos florales con la miseria y la dictadura del Cono Sur. Era niñoide, ya digo.

Tuvo una editorial con Ruiz Giménez, en la que me parece ya he contado cómo me estafaron con un libro sobre Valle-Inclán. Cuando a Sánchez Bella le hicieron ministro de Información, su gran momento estuvo en traer a Rossellini, que, sobre ser amigo suyo de Roma y uno de los creadores del neorrealismo, arrastraba por el mundo y por la prensa del corazón y de la matriz la leyenda verídica de haber sido abandonado por Ingrid Bergman. Estuvo en el Ateneo, embarnecido y torpón. No tenía nada que decir a la multitud joven. Después, a Sánchez Bella no se le ocurrieron más cosas y hubo que cesarle.

José María Sánchez Silva, alto, malhumorado y enfermo, escribía en una mesa su *Marcelino, pan y vino*, que se vendió mucho, con y sin dibujos de Goñi, y hasta hicieron una película, muy mala. Sánchez Silva, cuando su cosa empezaba a decaer, montó una vez, en la Feria del Libro del Retiro, frente a las casetas de editores, una caseta —la única— de escritor.

No sé si es que quería ser el distribuidor de sus propios libros para quedarse con todo, con el pan y el vino y el Cristo, o que deseaba hacerse la publicidad. En todo caso, cuando yo le miraba, por encima del hombro, escribir *Marcelino, pan y vino*, o me sentaba a su mesa por si se pagaba un café, no podía sospechar que aquel señor con dignidad como de úlcera de estómago —la úlcera de estómago es una cosa que da

mucha dignidad de gesto— iba a triunfar tanto y, luego, a ser tan olvidado.

Luys Santa Marina, catalán, fascista y estilista, venía mucho por el café. A mí me había gustado, en la adolescencia, su *Retablo de Reyna Ysabel*, por el estilo sabiamente arcaizante (es difícil hacer un arcaísmo que no quede de cretona, y la teoría de la *cretona* literaria me parece que ya la he explicado en otro momento de estas *Memorias*).

Pero Luys Santa Marina escribió otras cosas, *Tras el águila del César*, donde aparecía, sencillamente, como un fascista/imperialista sanguinario, y dejó de interesarme. Como todos los sanguinarios, se presentaba en el café muy planchado de pensión y muy fino de maneras y aseado de palabra.

De Drácula a *Monsieur Verdoux*, de Chaplin, película por entonces de moda en Madrid, entre los chicos de la escuela de Cine, que estaba en Génova, esquina Monte Esquinza, los sanguinarios y vampíricos han sido siempre muy aseados y cuidadosos de sus corbatas. En aquella escuela de Cine estaban Manolo Summers, Carlos Saura y gente así. Summers, andaluz, niño y cínico, como lo son todos los niños, se hizo famoso en *Del rojo al amarillo*, película que comportaba toda la lozanía de un ejercicio estudiantil.

Saura, intelectual y entrañable, como un Arthur Miller joven, acababa de rodar *Los golfos* y separarse de su mujer, para vivir con Geraldine Chaplin y una serpiente muy hogareña que tenía Geraldine.

A Esteban Sanz lo conocía yo de Valladolid. Era un mal pintor de escuela de Artes y Oficios, que procuraba meterle literatura a los temas, por ir de moderno, ya que su técnica no podía ser más antigua. Es, en síntesis, y rebajando mucho, el secreto de Dalí: un pintor académico embozado de poeta surrealista.

En Dalí lo que está claro es el dibujante y el poeta. El pintor es, como Magritte, mediocre. Y como Delvaux y como casi todos los surrealistas.

Felipe Sassone, latinoché de monóculo y capa, casado con la cómica María Palou, había hecho en el *Blanco y Negro* de antes de la guerra una sección muy leída: «A través de mi monocle.» Pero después de la guerra civil dejó de llevarse el paulmorandismo currutaco y Sassone lo pasaba mal.

Tan mal, que casi se nos muere en el café.

Jesús Suevos, de ojos claros y fijos, de pelopincho, tenía el prestigio reciente y milagroso de aparecer en aquella primera televisión, barraconera y fascista, del paseo de La Habana.

Fue uno de los primeros bustos parlantes del Régimen. Después de comer, nos asestaba unas charlas políticas, patrióticas y sociológicas que nos dejaban tiesos.

Todo el mundo llegaba al café, después de comer, como un poco envarado de haberse tragado el sable/escoba de Suevos, un sable léxico que ponía espanto en el epigastrio. Sus ojos incoloros, rectos y vacíos, hipnotizaban un poco a los españoles, en el saloncito de su casa o en el bar de abajo, y sólo con mucho vaso de agua, mucho café revuelto, mucho coñac de garrafa (gran reserva) y mucha conversa, llegaba a hacerse soluble en el alma de nardo del árabe español el sable léxico de aquel fascista hierático de paisano.

Pero los intelectuales más avizor se preguntaban ya, con espanto, qué efecto hipnótico tendría Jesús Suevos sobre los españoles entredormidos de la sobremesa, qué imagen de poder absoluto, ubicuo y permanente, metería el periodista de Franco hasta el fondo de sus cocinas.

La televisión, evidentemente, llegaba a tiempo de rubricar, mediante su magnetismo de feria, la fuerza de un Régimen que la iba perdiendo.

Sólo el café, entre todos los establecimientos de Madrid, tuvo el buen gusto o el asco de no instalar un televisor en su salón. Sólo por eso merecería el café un libro entero, como el que yo, más tarde, le dedicaría: o, a ser posible, un libro mucho mejor que el

mío. Jesús Suevos era la inmanencia/insistencia de la dictadura poniendo tiesura y tensión en el café. Con aquello no había contado la resistencia.

Don Miguel de Unamuno y Jugo entraba, se tomaba un café, hincaba el Yo encima de la mesa, como dijera de él Ortega, revolvía mucho los posos del café con agua calentorra de la jarra y un terroncillo de azúcar, decía unas cuantas frases de ida y vuelta y se iba a recorrer Madrid, a andar la gran ciudad, como buen provinciano. De esas paseatas han quedado unos artículos sobre Madrid que son prodigiosos de velocidad y erudición dejada caer, dejada perder en reguero, sin altos pedantes en el camino, como esos parones que hace el didáctico para levantar un dedo como una vela, como la llama de una idea, que en seguida apagará el viento de la prisa cotidiana. Bueno, la verdad es que don Miguel era de los que se paran mucho en la paseata, pero eso lo hacía en la clara carretera de Zamora.

Aquí, en Madrid, presuroso de andar y ver, lleno de «la alegría de andar», no se paraba apenas, porque además iba solo. A Unamuno, de Madrid, le gustaban cosas tan raras como esa fuente seca con peces/dragones, o así, que hay en Hortaleza, esquina a una callecita, en chaflán.

Él, naturalmente, se sabía la historia de la fuente. Sus zapatones cuadrados, de campesino catedrático, de Heidegger de la Selva Negra de Vasconia, que había abandonado, quizá, para llevarla más dentro, dejaban en Madrid una huella fuerte y fija, como cuando se reblandece el asfalto, con el calor, por el verano, y quedan impresas para siempre, eternas en alquitrán y anonimato, las huellas de un particular o, preciosísimas, las de un niño, como un niño que hubiese cruzado con sus sandalias escolares el mar de los Sargazos que tiene orilla en la Telefónica.

Miguel Utrillo, moreno de un moreno catalán, cosmopolita de Sitges, explicando siempre el lío familiar del otro Utrillo, el pintor montparnó y mediocre, a quien más se parecía era al postista Jesús Juan Garcés, marino y misógino. Y quiero recordar aquí, a propósito de Garcés y el postismo, que los fundadores de este movimiento fueron Chicharro y Gregorio Prieto. Miguel Utrillo me lo dijo un día en el café:

—Este José Luis de Vilallonga, que ahora viene por España, hijo del barón de Segur, no tiene ninguna nobleza genealógica y además es rojo.

—Ah.

—Ah.

—Y tú bebe campari, que es el aperitivo más gustoso y más fino.

—Ah.

Miguel Utrillo cobraba de Campari y se hacía todas las vueltas ciclistas de Europa, como hombre/anuncio y cronista ilegible.

Eduardo Vicente era la contrafigura de Esplandiú. Eduardo Vicente había pintado un Madrid estilizado, una cochambre a la aguada, haciendo lirismo y ensueño de las esquinas más atroces. Si Esplandiú era un Solana pequeño burgués de dominical de ABC, Eduardo Vicente era un Matisse provinciano de esa capital de provincia, con entreluces parisinas, que es Madrid. En el fondo, los dos hacían lo mismo: estilizar Madrid por arriba o por abajo.

Hay la estilización idealizante/ensoñante: el Greco, Matisse. Hay la estilización degradante: Brueghel, Solana, Esplandiú. Todo lo que sea sacar la realidad, la cotidianidad —¿qué es la realidad?— de sus quicios, es estilizar.

Solana estaba convencido de que estilizaba los cerdos colgados de la cerdería, cuando lo explicaba en el café:

—Estoy pintando un cuadro muy elegante con unos colores muy elegantes, que son unos cerdos colgados de un gancho, en una tienda, y todavía sangrientos.

No creo que hubiese ironía en Solana. Los locos no son irónicos y Solana estaba loco. A él le parecía elegante el cuadro, el rosa del cerdo, el púrpura de la sangre. Nuestros grandes ilustradores vienen de nuestros grandes pintores, como ya he explicado que

Sáenz de Tejada viene del Greco.

Y Baldrich/Penagos/Rivas, del cubismo de Picasso.

Pero aún sería más interesante estudiar cómo nuestros grandes pintores vienen de nuestros ilustradores: pueden encontrarse estampas religiosas anónimas e infames en las que se ha inspirado la gran pintura religiosa española, ya que en algo tenía que inspirarse, pues que la iconografía católica está hecha por hombres bárbaros, arríanos o ateos.

Los pintores del café, sin encargos religiosos, ya, esperaban un encargo de la francesa Juana Mordó, internacional, laica y mujer fumadora, como un Toulouse-Lautrec apócrifo, ella misma.

Así que, ya digo, allí estábamos todos, sentaditos en el café, rojos y nacionales, funcionarios y depurados, ricos y pobres, listos y tontos, perseguidos y condecorados, de Buero Vallejo a López Anglada.

Los muertos, los fusilados, los entremuertos, los condecorados y los de la grisalla que no había interesado a nadie en la guerra, ni para mártires cristianos ni para mitos revolucionarios. Hay gente que no apetece ni matarla.

Allí, sentaditos en el café, estábamos todos: los alucinados.

* * *

Lo que uno llevaba de un lado a otro, por Madrid, del Manzanares al barrio de Salamanca, de Ventas a La Celsa, del arroyo Abroñigal a La China, de los Carabancheles a Getafe, y así siempre, era un cuarto, el cuarto interior, «el cuarto de estudiante», como me dijo una vez una estudiante de psicoanálisis, cuando me la llevé a tirármela al cuarto.

Una habitación rectangular, con luz de cualquier parte, menos norte, que no tiene sol y me estropea la tripa y los bronquios y la garganta. Una habitación encalada, monacato de la literatura, cenotafio del novel, con algunos libros, un rincón de periódicos que perfuman a letra impresa (más que nada estaban por eso), una máquina de escribir, un mazo de folios, qué hermosura, qué gozada, qué tarta literaria de merengue escrito para/por el escritor. Y poco más. Las fotos que la vida nos va dejando.

Desde que se inventó la fotografía (que no sé si es un arte, pero se ha metido minuciosamente en nuestras vidas), la huella digital del tiempo es una foto. Yo mismo cuando era un adolescente poeta provinciano en mis tentativas de adolescencia. La niña Envidita, cuya foto me dieron sus padres, vestida de primera comunión, que si no hacía la primera comunión no le llegaba camiseta de la parroquia.

—A ella, como es simple, qué más le da —me decía el padre, que, como se ha dicho, era un groseto rojeras y ateo—. No le deja huella.

Otra foto mía, ya hecha en Madrid, posando de escritor, como un Valle-Inclán castellano o un Larra de provincias. Algunas caricaturas que habían empezado a hacerme en la prensa, con mi poco de melena y mis gafas (en televisión tenían archivado a Einstein en la ge de «Gamberros», por la melena). Algunas miniaturas familiares. Fotos de gatos arrancadas de las revistas, en lo que iba pudiendo tener un gato propio. Otra foto de Envidita, de la que —ay— ya apenas me acordaba. Y alguna chica guapa de la que había proyectado enamorarme, porque a mí me parecía que el amor es una cosa que se proyecta. Bolsas de Galerías Preciados con los barrocos castellanos, los segundos románticos franceses y los surrealistas, que son el tesoro literario de mi vida.

Siempre, guías de teléfono en una habitación y una casa sin teléfono.

Pero me gustaba mirar la guía de Madrid, su grosor, su espesor. Aquello era la profundidad, el bosque de páginas y nombres y números, como grabados a navaja en los árboles, que había que penetrar, ganar, conquistar, vencer. La guía telefónica de Madrid, bien en sus apartados de calles, nombres, profesiones o lo que fuese, era una cosa que me enardecía mucho, recién llegado, porque, una vez dentro de aquel

espesor, era imposible salir.

Eso aseguraba la permanencia.

André Bretón, el surrealista, una vez, arrancó de la guía de París la página de los Bretón, donde estaban todos, perfumistas y abogados y lañadores y jueces y fontaneros y dentistas y esteticos y carboneros y detectives y matarifes, todos menos él, que no tenía teléfono. Firmó la página y la publicó como un poema propio.

Éstas eran cosas exaltantes que había que hacer. Yo no estaba en la guía de Madrid porque no era nadie, y sigo sin estar, pero recuerdo que en aquellos tiempos el grueso libro estúpido era como una tarta de papel que a uno le hubiera gustado comerse, para tener la ciudad digerida, resuelta.

En las pescaderías de la calle de Recoletos envuelven el salmonete en hojas de la guía, y en los bares de Progreso cuelgan la guía del gancho del retrete, nada más recibirla, dando por supuesto que es un servicio de la Telefónica para limpiarse el culo.

El cuarto, sí, el cuarto interior, mental, que viajaba conmigo por la ciudad, el cuarto de estudiante sin estudios que yo iba reproduciendo por todas las pensiones, casas particulares, buhardillas, apartamentos de amigas, ese rectángulo de cal y silencio: nunca he necesitado más en esta vida para ser feliz, escribir a gusto, leer despacio y dormir bien.

Sólo me faltaba el gato, que tuve algún tiempo más tarde, y que fue gata. El gato es el depositario de nuestra infancia y el que no tiene un gato es que no tiene alma, corazón, sentimientos ni, lo que es más grave, sentido estético, porque el gato, como me dijo un día el catalán oriental Josep Pía, cuando fui a entrevistarle, es una maquinaria tan perfecta que ya no puede evolucionar. Tiene cuatro cerebros.

Uno, sí, va proyectando por la vida su cuarto originario o necesario, como los hombres primitivos acotaban su territorio mediante armas, fuego o excrementos. Mediante excrementos lo siguen haciendo los animales.

Aquel escritor novel, cuyas memorias del año sesenta estoy escribiendo, llamado Francisco Umbral, acotaba un espacio interior, mágico, pobre y seguro, proyectaba un cuarto interior en el exterior decepcionante de cualquier hogar obrero adonde entraba de estudiante realquilado. Así fui conociendo por dentro al proletariado de Madrid, yo, que había sido proletario toda la vida, en provincias, y comprendiendo que el motor de explosión de la Historia, queramos o no, es hoy este personal.

Cree uno tener escrito, en el capítulo de Vallecas, que el encargo es la literatura en estado puro, o sea, la literatura sin connotaciones de necesidad, como la querían Rilke o Sartre, que eran dos estrechos, uno en función de los ángeles y otro en función de los soviets.

Del mismo modo y como continuación de esta idea (si es que fuese una idea, que no lo creo) quisiera volver sobre otra cosa que nace de la primera, y uno no recuerda si se ha dicho ya: o sea, que uno escribía y escribe para no pensar. Pensar congestiona mucho y hay filósofos que han dicho que el pensamiento metódico, sistemático, va en contra del funcionamiento natural y normal de la cabeza, que siempre es divagatoria y asociativa, y se ciñe mal a esquemas. Con lo que tenemos el carácter artificioso, como de prótesis intelectual, de toda filosofía o novela que aspira a ser «sistemática».

El sistemático castiga la mente como el místico castigaba el cuerpo. Son dos casos, dos variantes del complejo sadicoanal de los intelectuales, y el sadoanalismo se traduce siempre en masoquismo.

En puritanismo, a fin de cuentas, ya que dejar en libertad el cuerpo o la mente les parece pecado a estos individuos, que son los que han hecho la filosofía, la Historia y la cultura. Así les ha salido.

Son los que creen que por ser libre hay que pagar. Pagarle a Dios —Dios qué palabra— un tique de sufrimiento y rigor.

Cuando llegué a estas conclusiones, más o menos, es cuando comprendí que había

que optar entre pensar o escribir. El que lo piensa todo primero no escribe nada. Del penseroso de Rodin no consta que dejase ni una cuartilla. La manera natural de pensar (de no pensar) es escribir, y de ahí la virtud salvífica de las lenguas, que son de fuego no por ningún privilegio apostólico o cristológico, sino porque el hombre que escribe se realiza incluso físicamente (se escribe con todo el cuerpo), mientras que el hombre que piensa o cree pensar, no hace sino tejer para sí mismo una trampa para su elefante interior.

De esto sale que las ideas nos nacen del lenguaje, pues que el lenguaje es muy anterior a nosotros, y los cuatro dialectos griegos son ya la cuadratura del círculo inmenso del hablar humano, prehistórico, animal. Una idea geométrica, o sea muy griega.

El hombre que pretende pensar por sí mismo es un pedante y un inconsciente. Todo está pensado por el pensamiento escrito y no hay que invertir la relación de términos. El que borra el lenguaje, el inmenso papiro del saber, para empezar a pensar a partir de cero, es un necio insensato. Así es como se malogran muchos escritores, no sólo filósofos, sino novelistas, poetas y otros pretensos creadores. Alguien dijo, a efectos políticos, que ignorar la Historia es condenarse a repetirla.

Ignorar la cultura es condenarse a repetir lo que han dicho los demás. Por el contrario, partir no del pensamiento propio, sino del lenguaje general, de un idioma, es, aparte un acto de humildad intelectual, un camino seguro para tejer algo personal con un hilo del tupido tapiz de los saberes y pensamientos que, referidos al idioma, llamamos etimologías. Mi estilismo era entonces y ha sido toda la vida, no un esteticismo, como creerían los críticos que se mueven entre la solapa del libro y la solapa con fideos de su chaqueta, corto espacio mental, sino un humilde acogimiento a lo que ya está bellamente codificado.

Partir del idioma, para pensar, es mejor que partir del pensamiento. (Partir de otro pensador es también partir del idioma.) Sólo partir del pensamiento propio, tan dependiente de los jugos gástricos del día, me parece locura. Por eso digo que yo, una tarde, sentado en el puente de Toledo, sobre ese idioma plateresco o barroco, o lo que sea, de la piedra, comprendí que escribir es mejor que pensar, que escribir es inscribirse humildemente en el pensamiento codificado de las civilizaciones, mientras que pensar en seco resulta tan ridículo como lavarse los pies enjutos en el enjuto Manzanares, que me pasaba justo por la entrepierna, sentado yo en el puente hermoso y ruinoso.

La habitación/tipo, el cuarto/piloto, eso que llevaba uno por delante, en la vida, rehaciéndolo siempre, monacato de cal, monjía de libros, olivética y pobreza. Como el presidiario de muchos años procurará ya, siempre, rehacer su celda en los palacios que le alojen, o se ahogará de palacios, de libertad.

Quizá es una manera de prepararse mentalmente el nicho en la Almudena. Yo quiero que quemem mi cadáver, cuando me muera, y no sé si el ponerlo aquí sirve para algo. Pero yo quiero ser ese muerto que ardía en los crudos mediodías de agosto, fuego contra el fuego del cielo, años más tarde, porque cuando Franco no dejaban quemar los cadáveres, que los quemaba él como escarmiento.

Como si quemasen un cadáver cada día, en el quemadero municipal, yo veía arder el cielo, entre las doce y las dos, allá hacia el Este, desde mi lejano Getafe, y a lo mejor era un reactor que había pasado, hacia Torrejón, o un globo/sonda, pero la llamada blanca, roja en lo rojo, silenciosa en el silencio impronunciable de la luz, me llegaba todos los días.

Como único tapiz del cuarto/monasterio, el idioma, los mil hilos del castellano, hilo femenino y grato de Teresa —«estando yo enemiguísima de ser monja...»—, hilo de oro oscuro de don Francisco de Quevedo, gran señor de todas las germanías, hilos barrocos y brillantes de Vélez, de Rojas, de Torres, hilo romántico y sangriento de

Larra, hilo bordado y desgarrado de Valle, hilo rizado de Ramón.

Escribir es fundamentalmente, ya digo, no pensar, evitar el pensamiento, porque el pensamiento es lo que nos pudre desde la cabeza o desde los pies (también se piensa con los pies), y escribir, así, resulta saludable como pegarse carreras, pasear por el campo, practicar algún deporte o subirse a los altos picos.

A los que escriben para pensar o piensan para escribir o escriben pensamientos, a éstos se les nota mucho y la prosa o el verso les nacen putrefaccionados de pensamientos, que no son sino una exudación del yo, una sudoración del ego que ni siquiera elimina toxinas, porque el escritor/pensador vuelve a beberse todo lo que ha escrito, para poder soltarlo en el café como Sócrates en la plazuela de Atenas. Hay que escribir y dejar que la prosa se oree, que viva con todas sus toxinas, porque la redacción (literaria) es una purificación, es como unos pediluvios de la cabeza, y luego anda uno más ligero...

El hombre que escribe para explicar el mundo es que no sabe jugar. Cada hombre tiene su juego salvador, como lo tuvo de niño, y la cuestión está en encontrarlo. El juego del escritor es la escritura, pero a la escritura hay que ir a bañarse, porque viene de manaderos remotísimos y fríos, y sólo es buen escritor el que sabe ponerse en el turbión, dejar que le coja de lleno. Una vez conseguido eso, olas de la mar me llevan.

Escribir para explicar el mundo o los precios del mercado sería —es— como tocar la *Quinta* de Beethoven para ahuyentar a las visitas. Comprendo que las visitas huyan ante semejante provocación. Yo sería el primero en huir, como huyo de las novelas que quieren probar demasiadas cosas, o una sola, pues nunca he olvidado la frase del surrealista André Bretón, leída en mis lecturas de pensión: «Ninguna novela, pese a sus pretensiones, jamás ha probado nada.» Había que escribir novelas que no probasen ni siquiera que eran una novela.

Y qué difícil esto, en aquellos años del socialrealismo. A mis amagos narrativos, cuentos y capítulos sueltos y brillantes de novelas que nunca se iban a escribir, los adustos críticos verbales de los cafés lo llamaban «literatura de evasión».

Creían que iban a matar a Franco con sus sonetos entre Machado y Unamuno, pero un Unamuno y un Machado de garrafa, que era lo que ellos servían. Yo disparaba contra el presente la ballestería de mis artículos, de mi periodismo, pero no renunciaba a ese artificio de las altas ruedas que es la literatura, según Garcilaso, porque la literatura es, más que una manera de escribir, una manera de vivir, y el que escribe nunca está solo, pues que le asisten todos los que ha leído y le gustan, más las multitudes del idioma que usa, ingentes áreas de población que hicieron entre todos la herramienta de la palabra, como las mujeres hicieron todas las herramientas de la agricultura primitiva, sin las cuales no sería posible el Land Rover. El idioma habla por nosotros, según los hablistas, pero en el escritor se transmuta, como en un filtro raro, de modo que cada palabra significa ya otra cosa o pierde la memoria de su significado.

Eso vi que era la literatura, meditando en el puente de Toledo: un lenguaje de palabras desmemoriadas. Un lenguaje hecho con palabras que, como damas líricas, se olvidan de lo que iban a decir y dicen otra cosa, mucho más bella por extemporánea.

El lenguaje literario es un lenguaje que ha perdido la memoria colectiva.

* * *

Bajo el puente de Toledo vivían algunos gatos que cazaban ratas de río, procurando que las ratas no los mordiesen a ellos a traición, porque eso es rabia segura, o peste. El gato, como dice André Gide, tiene paciencia infinita y «pata de terciopelo» para esperar su presa. Yo los veía vivir y cazar. Yo los amaba.

Había una gata menuda, esbelta, alta de ancas, larga de cuello, oblicua y turbia de mirar, sin duda enferma, blanca con manchas rubias y negras. Se paseaba por las escorias de la orilla, rozándose amorosa contra los cardos de leche.

El día que decidí cogerla y llevármela a casa, comprendí que la resolución la tenía

tomada tiempo atrás, porque alguien decide siempre por nosotros, y dentro de nosotros. Bajé del puente, me acerqué a la gata, que no me huía, la cogí de entre el bosquecillo de cardos de leche donde se guarecía, y la llevé contra mi pecho, hasta mi habitación de realquilado. La gata rozaba mi cabeza contra la viscosilla de mi niky y ronroneaba con placer y hasta euforia. Quizá tenía fiebre.

—¿Un gato nos trae usted?

—No teman. No molesta.

Lo primero le puse nombre y comida. Se lo comía todo. Pedazos de pan duro. Monedas rancias de chorizo que había en mi armario de realquilado. Leche condensada que me compraba yo a veces, para sobrealimentarme. La gata era cariñosa, amorosa, quizá lujuriosa. Debía de tener como un año y medio mal contado.

Yo estaba, por entonces, leyendo *Candy*, libro de dos nuevos periodistas norteamericanos, que le habían llamado así a su heroína por homenaje al Cándido de Voltaire, y que pretendían hacer la burla de la literatura pornográfica como Cervantes hizo la burla de las novelas de caballerías con su caballero.

El libro estaba de moda, pero era malo y, en la traducción latinoché, quedaba nauseabundo cada vez que el traductor aludía a las bragas de Candy como «el pantaloncito blanco». Qué asco. Pero a la gata le puse *Candy* y la llevé a un veterinario de Getafe que veía los perros perdigueros de los cazadores y furtivos del pueblo.

—Qué femenina, qué pequeñita, qué mariposita.

Pero tan pequeñita, tan femenina, tan mariposita, hubo que rajarle la tripilla porque tenía cuarenta de fiebre, tres gatos muertos, calcificados, dentro, y cinco tumores que no parecían cancerosos. Luego, cosida, mareada de la anestesia, fajada, arrastrándose como una mosca sin alas, venía hacia mí.

Me la llevé en brazos, andando, hasta casa, un mediodía, mientras a lo lejos, hacia el Este, se veía arder un muerto luminoso en el cielo calcinado del ferragosto. En los puntos de la operación le daba una pomada azul, que ella se lamía. También se arrancaba los puntos, se los mordía, tiraba de ellos con las uñas.

Luego se le formó una bolsa de pus, en la herida, que hubo que eliminarle con antibióticos. Yo me iba con la gata convaleciente en brazos hasta el puente de Toledo, sentía su calor, su temblor de ave, su costillar, fragilísimo contra mi pecho. Me sentaba en el puente, como todas las tardes, y veía a la gata ir y venir, pasearse por el puente.

A veces miraba hacia abajo, como añorando su vida anterior de caza, enfermedad, fornicaciones y cardos de leche, pero luego, quizá arrepentida, venía a mí por el alero de la vieja piedra dorada, rozaba el bigote y el lomo palpitante contra mi muslo y al fin se sentaba en mi regazo, a ver pasar los coches. Me había elegido. En la casa donde estaba realquilado tuve que ocultar a medias las muchas enfermedades de la gata —parásitos, tumores, etc.— pues temían que les contagiase a los niños. El gato es un animal aristocrático, egipcio y faraónico, que el pueblo no acaba de entender. El perro les parece más inteligente porque es más dócil.

Qué ganas de quedarme allí, «contra las viejas hélices del crepúsculo», con aquel ser débil, vivísimo y moribundo, en los brazos, viendo pasar el tiempo que no pasa y la degradación einsteniana de la luz, que lucha contra el tiempo y el espacio para acercarse —ya rojiza, extenuada— a nuestro pecho. Quizá la luz, ternura del universo, también era una gata enferma.

La gata tenía los ojos largos, claros, oscuros e intencionados de Lauren Bacall. La gata enferma era otra Envidita, la niña del arroyo Abroñigal, toda la debilidad femenina del mundo, sufriendo en un pequeño ser.

Lo que menos le gustaba a la *Candy*, la gata, es que yo le pusiese el termómetro en el culo, tirándole del rabo. Entonces se volvía y me mordía dulcemente una mano.

Entre Getafe y la carretera de Toledo había unas viviendas protegidas, unos solares del

fútbol analfabeto y unos chicos que robaban motos y pinchaban las ruedas de los coches. En aquellas viviendas protegidas, de ladrillo visto, vivía Lola Machado, muchacha alegre y violenta, comunicativa y bellísima, canalla y sensible como una infanta.

A Lola Machado la conocí en una verbena del barrio, bajo las estrellas de culo de vaso que tiene la verbena en la madrugada, bailando, y en seguida supe que era la de ojos como llagas de luz y hermosura en la cara, la de ojos que se abren demasiado, bellamente demasiado, a la vida.

Lola Machado, morena y habladora, inventiva y compacta, era la adolescente/mujeraza del barrio, o de aquella colonia, y tuve una noche mareada de oler su pelo negro, joven y tirante, su piel morena, saludable y proletaria, su bata de un percal que ya no era percal, sino alguna cosa comprada con buen ojo en El Corte Inglés de Preciados, dejando el tranvía en Sol. Lola Machado iba para artista.

—¿Y eres tú periodista?

—Claro, Lola.

—Qué poco nombrado.

—Valgo poco, Lola.

—Yo conozco al Yale, al Tico, al Olano. Y, como más serio y maduro, a don Leocadio Mejías.

Don Leocadio Mejías había hecho un periodismo lírico, ingenioso y fácil sobre artistas, teatros y cómicas, en el *Madrid* de los Pujol. Era un hombre que creía aún en la bohemia, caía alguna mañana por la tertulia de Ruano, en Teide, y murió de muerte natural, pero como un gorrión atropellado por un tranvía.

(Mejor aún, en Leocadio Mejías había, cuando estaba vivo, un gorrión atropellado por un tranvía, que cantaba en su interior.)

—¿Ha escrito algo sobre ti don Leocadio, Lola?

—Todavía no, pero me lo tiene prometido, para cuando debute yo con la Nicole Blanchery.

La Nicole Blanchery —queda dicho en otro momento de estas *Memorias*— se ponía de pechos a ver, desde la alta ventana de su rascacielos de la Torre de Madrid, unas monjas hortelanas que hacían su hortelanía en el huerto paredaño, protegidas por una tapia de adobe, en el corazón ya descorazonado y cosmopolita del Madrid de los sesenta.

Luego anduvimos por la verbena y Lola Machado me presentó a sus padres, un matrimonio maduro, casi todavía joven, con la salud del suburbio y la miseria, él de pelo corto y blanco, ella de sonrisa e ironía. De aquella madre le venía a Lola su cachondeíto fino.

—Tú siempre con periodistas, hija —le dijo.

Nos alejamos hacia un bar con máquinas.

—Parece que a tu madre no le gusta mucho que yo sea periodista —le dije.

—No creas. Lo que pasa es que conoce el género. Todos quieren acostarse conmigo, por lanzarme, y si te he visto no me acuerdo. Lo que pasa es que esta hija de mi padre no se acuesta por un pie de foto y si el día de mañana tengo que ser puta, pues puta, pero de momento va una para artista, oyes, un respeto. Lo que no quiero es que me confundan los papeles, como a otras.

—¿Quiénes son las otras?

—¿Me estás haciendo un reportaje, cabrón?

Y la Lola reía con aquella risa suya, infantil y canalla al mismo tiempo, apretando los ojos chispeantes hasta tener bolsitas, y dando toda la dimensión saludable, hermosa y carnívora de su boca joven de loba del suburbio esteparío. Tenía cara de Virgen canalla de los Desamparados.

—Tienes cara de Virgen canalla de los Desamparados.

—Qué cosas más cojonudas dices. A lo mejor llegas tú a escribir como don Leocadio Mejías.

—No creo, mujer.

Los camiones ronroneaban camino de Toledo, de Extremadura, de Andalucía. La noche era una buñolería del cielo con aguardiente de odio y chocolate de humo. Getafe y los Carabancheles ardían, campamentales, en la distancia. El viento era seco, cálido y populoso como sólo lo es en las noches del ferragosto madrileño.

—Qué tío, el Umbrales. ¿Eres Umbrales o Umbral?

—Como tú prefieras, Lola.

Y la Lola comía pipas, niña y sabia, camino del bar de las máquinas.

En el bar de las máquinas, Lola Machado me pidió unas pesetas rubias para seguir jugando, cuando se le acabaron las suyas.

—Déjame unas pesetas rubias, Umbrales, cosa, que se las ha llevado la máquina.

Las máquinas peseteras estaban prohibidas en Madrid, pero aquello ya casi no era Madrid. El propio sistema nos ponía al margen de la ley.

La Lola Machado tenía una cabeza redonda y perfecta, de un murillismo canalla y popular. Lola Machado tenía un cuerpo joven y recio, lábil y firme. Lola Machado tenía unas piernas firmes y duras. La miré con su rebequita y su casi *minifarda*.

(Las del suburbio llevaban *minifarda*, así, con *erre*, que era como lo cantaba Manolo Escobar.)

Me acerqué a ella para darle las pesetas rubias, y le dije por encima del hombro, asomándome a su oreja redonda, pequeña y cálida:

—No me gusta que a los toros te pongas la minifarda.

—Qué cachondo eres, Umbral.

Y se reía entre la población de pipas de su boca y los dientes purísimos y crueles de futura estrella. Yo estaba acodado en la barra de cinc, tomándome un blanquito, y junto a mi blanco estaba la cerveza de Lola Machado. Yo veía a Lola Machado jugando con la máquina de las pesetas rubias, admiraba su cuerpo de miss proletaria, la seguridad de sus formas, la juventud de sus movimientos, la gracia obstinada e infantil con que peleaba contra la máquina.

—Están hechas para ganar, Lola.

—Y una mierda.

Los trenes silbaban velozmente, camino de algún sitio, pasando entre chabolas y un barrio de negros, del que ya habían salido unas negras cantantes, gemelas, para el *show business*. Los camiones ronroneaban lentamente, como gatazos llenos de mercadería y coñac malo, por la carretera de Andalucía, la carretera de Toledo o alguna otra carretera. De Getafe venía un aliento de fábrica y de los Carabancheles un aliento de cárcel.

Los familiones entraban a rachas en el bar, con los niños borrachos de sueño y las preñadas borrachas de sangría. Montaban su juerga melancólica en la barra, pidiendo los últimos vinitos, y languidecían en seguida. La verbena se iba muriendo de muerte natural y algunas sillas del bar estaban ya acopladas patas arriba, sobre otras sillas.

Lola Machado se vino de la máquina.

—Que le den mucho por culo a la máquina, Umbrales. ¿Tú eres Umbral o Umbrales?

—Como tú prefieras, Lola, ya te lo he dicho.

—Están hechas para ganar, tenías tú razón. Se me ha quedado con todo el pesetamen, la hija de puta.

—A ver.

—Y encima se me ha recalentado la mahou. La hostia.

—Te pedimos otra mahou, Lola. ¡Marchando mahou fresquita, yes!

A Lola Machado le hizo gracia mi pedido. Se vino contra mí, con la botella calentorra en la mano, y bebimos del mismo gollete, en una confusión de espuma que era ya toda la

promiscuidad de nuestro amor.

—Cuánto vicio, Umbrales.

Y reía de sus palabras con una risa grande, fuerte, sana, violenta, sexual, infantil, como no la he vuelto a ver en mi vida.

Con los espasmos de la risa, Lola Machado, puesta contra mí en el mostrador de cinc, me apretaba un muslo con sus muslos grandiosos y me pegaba el pubis al pubis. Llegué a estar muy excitado. Hubiera querido que hiciésemos el amor aquella misma noche.

—Cómo me gustas, Lola.

—Pues la niña es de su papá y de su mamá.

—Me vas a volver loco, Lola.

—Ya estás haciendo periodismo, macho.

Trajeron la mahou fresquita con dos vasos, pero Lola me dio a beber el primero, del gollete (finuras que había aprendido en el mundo de las estrellas), y luego bebió ella, levantando un poco el mentón y dejando al aire su cuello largo, fuerte y fino, moreno, clareante por esas zonas de la mujer poco vistas, como si lo que pone morenas a las mujeres fuesen las miradas de los hombres.

—Tengo que hacerte una gran entrevista, Lola.

—Deja. Cuando haga algo importante. Vosotros los periodistas sois muy dados al blablablá.

—Mujer.

—Y luego, como no hay noticia, todo se queda en enseñar el ombligo en *Pueblo*, en bikini, para que se ponga cachondo el Romero ese, tan fósil.

Terminamos la mahou fresquita y acompañé a Lola Machado hasta su casa, entre un planetario ya difunto de carruseles de verbena.

Me dio un beso en la boca, de despedida.

—Que nos vemos nomás, Umbrales.

Todavía entre las actricillas se llevaba hablar un poco de mejicano.

* * *

Por la tarde, el *Pueblo* traía una foto de César, incorporado en su lecho de Ríos Rosas, contra la cabecera barroca, y una breve entrevista de Jesús Hermida.

Jesús nos dejaba entreadivinar delicadamente que César se estaba muriendo, precisamente el día en que le habían hecho la mejor foto de su vida.

Era un esteta de la muerte y se lo había dicho, meses antes, a Manuel del Arco, en Barcelona, a punto de entrar en el quirófano para que el doctor Puigvert le abriese la próstata, la viese podrida y le mandase a casa, porque no quería muertos en su clínica.

—Comprendo, querido Del Arco, que para ti sería un éxito profesional el que yo me muriese en la operación, pero voy a hacer lo posible por evitarlo.

Anduvo un tiempo de pie por su «caliente Madrid» y luego se metió en casa, en la cama, e iba al baño, a hacer las deposiciones, a gatas, por el dolor de la próstata, porque en aquella casa de Ríos Rosas —pobre millonario pobre de la literatura—, con tantas mujeres y tantos criados y tantos valets, no había nadie dispuesto a sacarle el orinal de la alcoba.

Al final de sus *Memorias* se define a sí mismo como «un pelele lamentable», y confiesa que no ha escrito jamás nada digno. Si estas confesiones no merecen un respeto, es que somos, efectivamente, «una tribu con pretensiones».

Y lo somos.

Cuando Francisco García Pavón le mostró un día a Laín, siendo Paco director de Taurus, el gran manuscrito de los *Diarios* de César, que pretendía publicar, y que le había entregado Salvador Jiménez, Laín hizo un gesto.

Pero César, y lo siento, era más grande escritor que nadie, desde Ramón, escritor puro, y había luchado honestamente, heroicamente, entre sus *deshonestidades*

sociales, burguesas, por conquistar la sencillez y la verdad partiendo del barroquismo fácil de su *Baudelaire* y de los años treinta de su juventud.

Lo que conquista, en verdad, es una sencillez entre Azorín y Baroja —sus dos queridos y admirados amigos y maestros—, sólo que con el estilo añadido que le falta a Baroja y con la gracia añadida que le falta a Azorín.

Mal podemos perdonarnos a nosotros mismos si no perdonamos a los demás.

César era monárquico liberal de don Alfonso XIII, o, mejor aún, libérrimo.

César se murió de cáncer de próstata, y seguramente sabiéndolo, en un sanatorio de Francisco Silvela donde estuvo unos días. (Quizá la calle fuera Joaquín Costa, no recuerdo ahora.) La monja no le dejaba escribir, pero él se enchufaba el oxígeno, alternándolo con el cigarrillo, y escribía sus últimos artículos incorporado en la cama.

Entraba la monja a reñirle:

—Es usted muy malito.

—Hermana, yo soy escritor como usted es monja.

Termina su último artículo, que el *ABC* publicaría después de muerto César, en una de las famosas «terceritas» de Pérez Terrero, o las últimas páginas de su *Diario*, con un patetismo visual, porque era hombre de pupila y muñeca, o sea escritor: «El miedo es blanco. La soledad es blanca.»

En el café tardó en formarse perezosamente una lenta comitiva para ir a ver al muerto. Hermida le había hecho la última entrevista —y la última foto— por la mañana, cuando aún su debilidad tenía fuerzas para incorporarse y posar. Seguramente, más que salir él, le gustaba que saliese en el periódico la cabecera de la cama. Todos pensábamos, en el café, dejar la visita a la casa para última hora, ya en la noche total.

Era (no sé si lo he dicho ya) diciembre de 1965.

Hay una afinidad magdalenense, remota, entre la muerte y la noche.

Todos parecíamos esperar la etiqueta de la noche, su esmoking fúnebre, para ir a ver al muerto que ya no podía vernos ni juzgarnos. Pero los muertos nos juzgan, nos rigen —él lo había dicho de otra forma, de muchas formas—, y no nos atrevíamos a presentarnos en Ríos Rosas con el conjunto banal de media tarde. La hueste visitadora, admiradora y funeral, se iba engrosando en el café, de mesa en mesa, de boca en boca.

—Que Sandra también viene.

—Y Guillermo Marín.

—Y Manolo Viola.

—Y Raúl del Pozo.

Era ya como una conspiración. Era como si, más que a verle muerto, fuésemos a matarle. ¿Y no es cierto que se va siempre a matar al muerto, en los velatorios?

Como el grueso manuscrito de los *Diarios* estaba ya comprado, las nuevas gentes de Taurus tuvieron que publicarlo un día, en una feria del libro, y le pusieron un eslogan infamante: «El escritor más *camp* de España.»

Pero el escritor más *camp* de España había hablado de Barbey d'Aurevilly, Villiers de l'Isle Adams, Laforgue, Gilíes de Rais, el dandismo y todo eso, antes que nadie en España, y en los escarpados y sequizos años cincuenta, cuando aquí todos los forzados de la literatura estaban en el socialrealismo y le tenían por señorito cínico, alfonsino y muy de derechas. Hoy, los jóvenes novísimos y «venecianos», los que llevan ya treinta y tantos años de jóvenes —hay que joderse—, no hablan de otra cosa que de esos autores, incluido Sade, por arriba, y el detestable Hoyos y Vinent (que algo ha salido en esta *Trilogía*) por abajo.

Eran los amigos literarios o personales de Ruano. José Julio Perlado, promesa intelectual frustrada del Opus —Péguy, el «existencialismo cristiano» de Gabriel Marcel y todo eso—, me dijo un día:

—Ruano, en Teide, enjoyado y contando viejas historias, parece una cómica antigua y

loca.

Lo moderno/tecnológico/funcional era el Opus Dei. Hay que joderse, repito.

¿Cómo puede haber vuelto hasta el infecto Hoyos y Vinent y no haber vuelto César?

Los cuarentañistas no le perdonaban que fuese mucho más escritor que ellos, y nada fascista oficial de Burgos, y la izquierda (salvo Meliano Peraile, de cuyas tareas matinales y paralelas ya he hablado) no le perdonaba que fuese un señorito pobre que tuvo que inventarse «el conjunto Ruano», que consistía en alternar la única chaqueta y el único pantalón presentables que quedaban en casa, para salir a la calle.

Los viejos escritores republicanos, los conversos, expulsados y autoexpulsados del Partido Comunista, estaban también volviendo, con el desengaño histórico y el mero desengaño autobiográfico (son desengaños concéntricos), a los valores de juventud, a los mitos de adolescencia, a la adolescencia del siglo XX, que se hace púber con los segundos románticos europeos. De modo que se entregaban, al fin, liberados de *engagement* (Sartre andaba de anarco/maoísta, su teatro llegaba a España, traído por Nuria Espert, y resulta que era malo), a eso que se entrega el hombre entre los cuarenta y los cincuenta: a recrear forzosamente la lozanía de su efebismo literario.

Una cosa, sencillamente, que César no había abandonado nunca, fiel, en sus infidelidades, a la literatura primera y última, más cultivador de una cultura adolescente y personal que simulador de una cultura entreleída y obligatoria. ¿Por qué vuelve —me pregunto hoy, a la altura de estas *Memorias*— todo el mundo de Ruano y no vuelve él? La noche se espesaba de diciembres. Nos metimos diez en un taxi, del café a casa del muerto.

Había la algazara espontánea que, a pesar de todos, a pesar nuestro, se producía, se produce siempre en una acumulación humana, y más si esta acumulación de vivos está incendiada por el contraste de la muerte.

Raúl del Pozo dijo la frase definitiva:

—Y pensar que ya no nos divertiremos tanto hasta que se muera Azorín.

(Azorín moría al año siguiente, con pompa oficial y crónica de Castillo-Puche.)

En casa del muerto, lo que yo recordaba: cortinillas de saco dando paso a salones con chimenea y grandes colecciones de cajas orientales, caras e inútiles. Guillermo Marín se paseaba de un lado para otro, impecable y con su perrito, que siempre me pareció el perrito/corderito blanco de Norit. Enrique Azcoaga, raudo y circunspecto, con los vivos como con los muertos.

Cómicas, muchas cómicas, no sé por qué todas aquellas incoherentes cómicas, haciendo su planto de comicantas, cuando César era un hombre que no había tenido nada que ver con el teatro e incluso yo creo que le daba un poco de asco. De joven estrenó alguna comedia, como todo el mundo —recuerdo ahora *La luna en las manos*—, pero nada más. Manuel Viola, su vecino, iba y venía tratando de poner un orden ronco y bronco en los barullos de la muerte.

El otro famoso de la casa —era una casa de famosos—, Camilo José Cela, estaba en Mallorca, supongo, y tenía cerrado el piso de Ríos Rosas. La verdad es que a Ruano, ya, le saludaban todos y no le quería casi nadie.

No creo que Ruano sea la hostia. Creo que ésta es una tribu con pretensiones que ignora o sacrifica a sus hombres más finos, porque aquí sólo funciona lo que está escrito con almagre rojo/negro de Dios, Muerte, Patria, Amor, Moral y otras versales nauseabundas. El entrefino a lo Proust, aquí no ha funcionado nunca. Lo nuestro es el griterío de Unamuno o el clamoreo ominoso de la derecha. Juan Ramón, Gabriel Miró, García Baena, son gentes de quien este país apenas si se ha enterado o no se ha enterado nunca. A Miró quiso meterlo Azorín en la Academia y sacaron a un particular que hoy nadie sabemos quién era.

Azorín se retiró de la Academia para siempre, y mantuvo su retirada hasta la muerte, y éste es quizá el gesto más ético de Azorín, y el más duradero, máxime si tenemos en

cuenta que Miró era paisano suyo y contaba el mismo paisaje levantino mucho mejor que él. En el piso de César, aparte el mogollón que he explicado, estaba él, el muerto, tendido en el santo suelo, tal como había pedido, con las manos atadas sobre el pecho, para que no se le cayesen, y un pañuelo por la mandíbula, para que no se le saliese la dentadura postiza.

La sensibilidad, la emocionalidad funciona a su aire y no cuando uno quiere, de modo que aquel muerto, tieso en el suelo, como un condestable, en su último orgullo de muerto, que no quería caja, estatua yacente de la estatua que nunca logró ser en vida, aquel muerto, digo, del que yo había sido tan contertulio, no me emocionó nada.

Casa de valets y perritos, casa de chimeneas encendidas y colecciones inútiles.

Piso pequeñoburgués puesto por César con un tono de bohemia dorada y artista que ya no era —ay— el tono de 1965. Pero estábamos, ya lo he dicho, en 1965.

Las chimeneas se apagaban, los espejos se nublaban, las colecciones de joyas se enmortecían, los retratos de Mery se enjambraban, confusos e ilegibles, con la muerte del muerto. Allí no había nada que hacer.

Creo que ni siquiera escribí artículo para provincias. El *ABC* sólo le dedicó un cuarto de página, en el interior del hueco, al día siguiente, para dar la noticia de su muerte, y me parece que en la parte de abajo. Él lo había predicho:

—Me harán una semana del duro, cuando me muera. Pero fui de primera, y casi de primera A.

Sí, pero «fuera de lugar y época, como un carnaval romántico», que habría escrito JRJ. Su teoría de la *cretona*, que ya se ha explicado en este libro, le era —ay— perfectamente aplicable. Había nieve en Madrid, aquella noche, y era como si, en lugar de Ruano, se hubiese muerto Lermontov en Petersburgo, cuando volvíamos al café andando. Algunos me miraban de reojo, como al heredero de todo aquello, pero yo no quería ser el heredero de nada.

De nadie.

La juventud es poco testamentaria.

Manuel Bueno, uno de los modelos de Ruano, lo había dicho a tiempo, pero sin aplicarse sus propias palabras:

—Hay que hacer algo más que ser encantador y escribir en los periódicos.

Bueno no hizo otra cosa que ser encantador y escribir en los periódicos, hasta que la revolución le pegó un tiro.

Ruano conocía esta verdad de su amigo maduro, pero la gloria esquinera del periodismo le había quitado tiempo, ganas y hasta tinta de la pluma para hacer algo más despacio. Aparte de que *la-obra-bien-hecha* requiere vida interior, y él, vida interior no tenía como mucha.

Esto nos lo confesó a veces, en una profesión de frivolidad que, ya por eso mismo, no era frívola. Pero, por una honestidad que casi nadie podía sospechar en él, no había llegado a descubrir, en su madurez, algo que yo tenía muy claro, a saber, y que no me atrevía a decirle por respeto: que la vida interior se inventa.

Amiel, Gide, Montaigne, Pascal, Kierkegaard, Unamuno. Los más furiosos o pacientes geógrafos de su vida interior, hasta el honestísimo Rousseau.

Cuánto hay ahí de literatura, de *sentimientos* inventados o engrandecidos para sentirse uno a sí mismo profundo, y para que lo sientan como tal los siglos. La mayor ficción son los géneros no ficcionales. Ruano, que era bueno —cosa que nadie sospecha—, creyó que había que hacer intimismo de verdad, visceralismo, y no se atrevió a falsearse. No sabía, tan cínico, que el yo es siempre una puesta en escena del yo. El *acontecimiento* interior, jungiano, de que ya he hablado aquí. Escritor sin género, no se paró a pensar que el género es el hombre.

A la tarde siguiente, decembrina y samainiana, Gerardo Diego me llevó al entierro en un taxi. Dos motoristas municipales y Acacia Uceta llorando por César a la puerta de la

iglesia del barrio. Una cosa desertizada y desertizante.
Ni siquiera lloré.

* * *

Pasa la guerra civil por el Museo del Prado como *La caza de Meleagro*, Poussin, 1594/1665, con su luz flechada de caballos blancos, cuerpos desnudos, y una mitad de luz y otra de sombra, en el apaisamiento de la contienda. Museo del Prado, álbum de España, aunque muchos pintores sean extranjeros, y lugar de encuentros del tiempo con el tiempo, bajo la luz de percal de Atocha, donde realmente está sucediendo siempre la historia de España.

O una España sin historia.

Parnasianismo de la pradera del Santo, luego recogido por Goya, esos momentos de Watteau que tiene el Retiro, sólo visibles algunos miércoles de invierno, con sol, hacia las seis de la tarde, mujeres de Vallecas como Vírgenes de Andrea del Sarto, con el pañuelo en pico por la cabeza, cardenales de Rafael Sanzio, fríos y fijos, como aves, reconocidos oficialmente por el Caudillo antes que por Dios, y cuya foto salía al día siguiente del reconocimiento, en el *Ya*, y el huecograbado del *Ya* había conseguido, efectivamente, una luz seca y sin calor, que debe ser la luz teológica, los cielos del Greco, saliéndose del Prado, saliéndose de Madrid, saliéndose del cielo, en una alucinación cárdena con entrevisiones verdebizantinas, caballeros de la mano en el pecho, que se paseaban por el Prado (paseo), o sea por fuera, al atardecer, y que sin duda eran coroneles retirados, por la manera de buscarse la condecoración inexistente sobre la chaqueta civil, con la mano distraída (no otra cosa, quizá, se busca el caballero del Greco, o, de hecho, juega con un dije que le cuelga).

Magdalenas y penitentes de Pedro de Mena, como las que uno podía ligar en la calle Preciados, a la salida de dependientas de Galerías.

Y ese barranco en que se resuelve Madrid hacia el Oeste, atroz de fusilamientos de todas las guerras, gusanera inconfesable, pudridero del río, mi río, puente de los Franceses, ya nadie pasa/ya nadie pasa, ay Carmela ay Carmela, todo ardido de tres de mayo y retama salvaje, mientras la familia de Carlos IV, de espaldas a ese Sur equivocado y otro, que es Poniente, posa para Goya, 1746, y hay, subiendo hacia la vía del tren, entre alfares y sidrerías, un cementerio pequeño, resignado, geométrico, bello, triste, verde y gris, donde están algunos caídos del 2/3 de mayo de 1808, entre ellos Clara del Rey, la manolita/marianita del madrileñismo defendido con tenacillas ardiendo de rizar las camisas, tenacillas esgrimidas contra los propios encamisados elegantes, 1828.

La Maja vestida, con los pechos divergentes y la falda entremetida en el sexo, es como la excursionista golfanzona, joven y cachonda que en seguida se tira al suelo por cualquier cosa.

Excursión por las salas del Prado, bajo el sol de justicia de Goya, hacia los altos herbazales de los grandes paisajistas del norte de Europa.

Fábrica neoclásica del edificio, como puerta al campo de la pintura y sus escenas, que casi siempre son campestres. Cristo de Velázquez, que tiene, como el tigre de Kipling, una «peligrosa simetría», demasiada simetría para aquel romántico que era Cristo.

Madrid le ha rezado poco o nada a este Cristo de Velázquez, geométrico y *mentale*, y en cambio le ha rezado y agraviado mucho al Cristo de Medinaceli, como se cuenta en esta autobiografía de la ciudad, por decirlo así. Y es que el pueblo se comunica mejor con el arte de palo y el palo pintado que con la perfección/absorción del genio. Los ídolos y fetiches de las tribus primitivas eran así, y así sigue siendo —palo y tierra— la religiosidad medrosa de los países más avanzados.

Añadir cultura es añadir cultura, pero no añadir piedad. A la Iglesia le debemos el mecenazgo de Miguel Ángel y el Greco, pero, del mismo modo que el niño monta su mejor caballo en una escoba, desoyendo los caballos de juguetería, que sólo le

deslumbran un momento, el pueblo diviniza mejor una imagen tosca que una divinidad refinada, de escuela, y, por refinada, falsa.

El pueblo no cree en otra cosa que la que él se inventa.

Don Miguel de Unamuno, de cuyas paseatas por Madrid —todo zapatones— ya he hablado, se movía —se movió toda su vida— entre el Cristo de Velázquez (que hasta Juan Ramón dice que es bueno el poema que le hizo Unamuno: a mí me parece insoportable en su hegelianismo cristiano) y el Cristo de las Claras de Palencia, que es una momia de tierra. Porque Unamuno no es que no tuviese resuelta su religiosidad, sino que no había resuelto si Dios era una momia de tierra o un transparente óleo refinado de Velázquez. Se murió sin saberlo, claro, porque trataba de elucidar como ético lo que no es sino un problema estético.

¿Y qué otra cosa puede ser Dios sino un problema estético?

En sus paseatas de provinciano en Madrid, Unamuno acababa siempre, sí, ante el Cristo de Velázquez, mientras estaba escribiendo su poema, o sea que entraba en el Prado como en una parroquia y se ponía ante el Cristo como en una capilla.

Era el palurdo sapientísimo de provincias que había venido a hacer su superstición hegeliano/cristiano/velazqueña, como otros venían a la superstición del Cristo de Medinaceli, de la que he dejado en estas páginas minucioso detalle, como contraposición a este culto de un solo feligrés —Unamuno— que tenía el otro Cristo.

Y Unamuno le dejaba su exvoto al Cristo velazqueño/hegeliano, que era su largo poema *El Cristo de Velázquez*, que a mí no me ha interesado nunca como poema, como Unamuno, como Cristo ni como Velázquez.

Después de la visita, Unamuno, al que los ujieres como sacristanes habían visto arrodillado (el Prado es la catedral que Madrid no tiene, con mejor pintura que muchas catedrales), se santiguaba y se iba.

Las tentaciones de san Antonio y todas las cosas del Bosco, parece que pasan en el Retiro. El madrileño de Madrid tiene solamente dos nociones de naturaleza: la naturaleza aseada, civilizada, del Retiro, y la naturaleza salvaje de la Casa de Campo.

Como los paisajes del Bosco están recortados, ordenados, geometrizados, sin duda por mantener un equilibrio de fondo para la bacanal de las formas, el madrileño remite inconscientemente los jardines diabólicos y presurrealistas del Bosco a los jardines municipales del Retiro, donde, por cierto, hay una estatua al Demonio, cosa que ya convierte todo el parque en jardín del Bosco. Las mujeres que descubren sus pechos, en el Tintoretto, son, sin saberlo, de la tribu golfa y baratera, de la taifa nocturna y femenina de las mujeres que, un poco más allá del Prado, contra las tapias del Botánico, primero enseñaban los pechos y luego masturbaban a los clientes, generalmente viajeros manchegos hacia la estación de las Pulgas. O sea, pajilleras. Cuando quitaron las pajilleras de ese lugar, vinieron los libreros de viejo. La cultura ha llegado siempre a la Historia unos minutos más tarde que la prostitución.

Unos cuantos minifundistas de la Dehesa de la Villa se reúnen un domingo de agosto, se aligeran de ropa por la calor y se disfrazan de cualquier cosa, sobre el disfraz del vino. Ahí tiene Velázquez el tema para *Los borrachos*.

Ahí, 1629, aprende Velázquez lo que traía o llevaba aprendido de Italia: a reinventar los viejos mitos clásicos. Lo hace muy mal.

Velázquez, 1660, es mediocre en sus escenificaciones, en sus *teatralizaciones* de Baco, Vulcano o las hilanderas, porque Velázquez es un realista sin imaginación, y aunque su pincelada sea larga y soberana como ninguna otra de la Historia, su cabeza no le permite teatralizaciones como la que el Greco hace del entierro del conde de Orgaz, del martirio de san Sebastián y de cosas así.

Aquellos pintores de composición tenían que ser un poco directores de escena, un poco teatreros, y Velázquez de eso no tenía nada. (Tampoco Goya, para mi gusto, resuelve siempre satisfactoriamente la puesta en pie de los mitos: quizá lo que hay que

hacer con los mitos es dejarlos en paz y que ahí se pudran.) Estas cosas y otras las hablaba yo con Antoñito López García, el hiperrealista de Tomelloso, el único genio de mi generación, quizá, mientras tomábamos un refresco en casa de García Pavón o tomábamos un whisky en casa de Ginés Liébana, cordobés de Montparnasse, brujo, manierista y sabio.

—Tú eres Velázquez más la poesía, Antoñito. Velázquez no es poeta.

Antonio López García, de familia manchega de pintores, se había venido a Madrid con sus surrealismos sencillos y como naïfs, con sus vasares del pueblo y con sus neveras abiertas, donde los tres huevos restantes adquirirían para siempre calidad de ojiva gótica.

Antonio López andaba por Madrid como un pastorcillo angélico, como un ángel con zurrón, desasistido de sus cabras, que seguramente se habían quedado en un vagón varado de Atocha, y se veía que lo que le faltaba a este genio tan natural, silvano y honrado no eran amigos, novias —hombre casto y fiel— o maestros/discípulos de Bellas Artes, donde cursó pedanterías, sino que le faltaban las cabras.

La calle de Alcalá es vía pecuaria y de noche puede uno pasear rebaños de cabras y ovejas por debajo de la puerta Carolina y neoclásica de Alcalá, que Ramón decía que era el perchero de Madrid, pero algo debió de pasar, un percance de burocracia ferroviaria, cuando el arcángel pedáneo, de nombre Antoñito López García, de Tomelloso, provincia de Ciudad Real, llegó a Madrid, y desde entonces anda desnortado por la ciudad, con el pelo al cero —se lo corta su mujer para que esté fresco, como si se fuera de viñador—, el zurrón lleno de mendrugos y titanlux y la sonrisa clara, inteligente, irónica, buena y distante.

No hay genios en mi generación, no hay un genio en nada, salvo Antonio López, genio absoluto de la pintura, con tanta pincelada como Velázquez, pero con una sensibilidad lírica —relativista— de nuestro tiempo que a Velázquez, claro, le faltaba.

—Mira, Antonio —comíamos pan y queso de las casas bien donde nos invitaban—, a Velázquez nunca se le hubiera ocurrido meter un jergón enrollado en una habitación vacía, cerrar por dentro y pintar eso.

—Es otra sensibilidad, es la sensibilidad de nuestra época.

Lo sé, lo sabía, lo dijo Eliot: «Lo que tenemos sobre los griegos son precisamente los griegos.» Lo que Antoñito tiene sobre Velázquez es precisamente Velázquez, y encima ese sentido de la soledad, la provisionalidad, la náusea, «lo arrojado», la relatividad y la asimetría que son puro siglo xx, pura modernidad.

—Velázquez es el último pintor antiguo, Antoñito. Después viene la modernidad.

—Qué error, Paco. Velázquez inaugura la modernidad, tiene una gran generosidad de mirada, ennoblece una cabeza de ajos, todo lo que toca. Lo que pasa es que yo te leo y a ti te van más el Greco o Goya, que son interpretaciones de la realidad. Pero la realidad es superior a todo.

Argumentaba contra sí mismo. Él era y es mucho más que un realista, porque su realismo afiebrado, exasperado, como el de Dalí (sólo que el oficio de Dalí es muy rudo, enfrentado al de Antonio López), va más allá de la realidad, supone una realidad alucinatoria, un surrealismo.

Era emocionante, de todos modos, era estremecedor estar haciendo bohemia con un genio, porque yo siempre tuve conciencia de que me había tocado partir el pan y el vino con uno de los genios fundamentales de la pintura española de todos los tiempos. Era irreductible como los genios y como los ángeles. Ponía su sonrisa distanciadora de blancura y había que dejarle. Se iba con el zurrón y el pelo al cero, hablando de un tío suyo del pueblo, que ése sí que era buen pintor.

Cuando decidió pintar la Gran Vía, arranque/bifurcación de Alcalá, se iba de madrugada con el caballete, para coger el primer pájaro de luz en el más alto cristal de nuestra calle cosmopolita.

Tardó años y años. Una vez le cambiaron el color del paso de cebra, del blanco al amarillo, y estuvo a punto de rehacer todo el cuadro asombroso. Era y es un alucinado de realidad.

Las galerías lo venden por el mundo a niveles de Bacon o Pollock. Se abrieron los cielos abundantes del abstracto —única pintura posible bajo el franquismo— y el ángel de no sé qué señor nos anunció la realidad. Este ángel era Antonio López. Hoy vive por los nortes de Madrid, con su mujer y sus hijas, en una casa como de pueblo, en un pequeño Tomelloso doméstico. Todavía se enrolla las mangas de la camisa hasta por encima del codo.

* * *

Antoñito López/Juan Barjola. Velázquez/Greco. Goya/Bayeu. Picasso/Juan Gris.

En España se han estudiado mucho las parejas taurinas, pero no las parejas literarias o artísticas. Y el caso es que son lo mismo. Joselito/Belmonte. Lo apolíneo y lo dionisiaco, que diría un cursi.

A mí me parece que del norte europeo baja lo godo, lo visigodo, lo franco, todas las razas germánicas. Y eso, pasado por el catolicismo español, da el caballero de la mano en el pecho (toda una metáfora de Felipe II, de un Felipe II civil), da la represión de Velázquez, la austeridad de Antonio López, el castellano de Cervantes, el buen oficio cortesano de Bayeu y el monacato de Juan Gris (que de alguna manera se ha evocado, en esta *Trilogía*, mediante el puntillismo ascético de Cristino de Vera).

A mí me parece que del meridionalismo español nace el costado rico y loco de nuestra manera de ser (y no quisiera incurrir ni un momento en don Hipólito Taine). Putas chepudas de Juan Barjola, desnudos verdes del Greco (aparte arrastres bizantinos que no habrían podido oxigenarse en Toledo si Toledo no recibiera un secreto oxígeno de Bizancio, aunque muy mezclado), ordalías castizas de Goya, con mujeres desnudas, hechas de tortilla de patata, optimismo formal/fundamental de Picasso, quizá el único arte optimista del museo universal. España negra, sí, pero es que hay dos Españas negras, si no queremos quedarnos en el turismo.

España negra de Antoñito López, Velázquez, Bayeu (que hasta salía en los billetes de Franco), Juan Gris y Joselito. Es la España enlutada de austeridad, rigor, Habsburgo y fe. La España que baja del Norte triste pasando por Roma.

España negra de Barjola, el Greco, Goya, Picasso y Belmonte.

Un negro reventón de colores.

España negra en lo formulario y el protocolo, la primera. España negra en el concepto y la sangre que se va quedando negra en el alegre charco con moscas, la segunda. La España negra de los hispanistas gilipollas se desdobra en dos. Negro ritual y negro festival.

Negro monárquico y negro carbonero.

Ambas Españas, tradicionalmente, se han acuchillado una a la otra de negrura.

Juan Barjola vivía camino de los Carabancheles, detrás de la calle que por entonces se llamaba General Ricardos. Juan Barjola era como un Góngora que fuese carpintero. Se parecía a Góngora, quiero decir (aunque estas cosas no hay que decirlas), pero en artesano.

Juan Barjola hacía perros cheposos, putas viejas, policías tuertos y clientes demediados con una precisión en lo observativo y una calidad en la pintura que me hicieron sacarle del café, dentro de su gabardina de pobre, y pedirle que me llevase a su casa/taller, cambiando varias veces de tranvía (del rojo al amarillo, y vuelta), porque ninguno iba directo.

—Es que ninguno va directo, Umbral.

—No importa, Juan. Me interesa mucho lo tuyo y este reportaje se vende, Juan.

—¿Tú crees?

—Lo tuyo es que es la hostia, Juan, o sea el copón.

Juan Barjola vivía a trasmano de General Ricardos, en un primer o segundo piso con ventanas a unos talleres de coches, o mecánicos, en todo caso, donde los obreros andaban trasteando entre motores y reostatos, ya a la luz incierta de los carburos, que eran como estrellas caídas y metalúrgicas del firmamento que empezaba a poblarse de luces.

Caído se le ha un clavel. Barjola me iba mostrando sus cuadros de tristeza y expresionismo mientras la soldadura autógena zumbaba allá abajo. Hoy a la aurora del seno. Niñas poliformas perversas, Goya pasado por Bacon, Barjola pasado por sí mismo, extremeño de Torre de Miguel Sesmero.

Qué glorioso que está el heno. Y yo asistía a mi propio deslumbramiento de estar descubriendo el eterno barroco de España, el avizor implacable de meretrices, perros enfermos y niños con tracoma: Murillo, Goya, Solana, Nonell, Barjola. Porque ha caído sobre él.

Era un clavel autógeno que había caído sobre el seno humilde, extenso y oscuro del barrio. Me asomé a la ventana. Yo no tenía que cenar y Barjola no era precisamente el rico Camacho, el de las bodas cervantinas. Pero lloré, contra las estrellas de soldadura autógena, de haber descubierto la continuidad genial y renovada de España. Barjola.

Veo, al hilo de estas *Memorias/Trilogía*, que mi vida ha transcurrido entre pintores como el Duero transcurre entre paisajes. Ginés Liébana, cordobés en voz baja, menudo y pronto revenido, inteligente y sensitivante, pertenecía al grupo de «Cántico», con Pablo García Baena, Ricardo Molina, Manuel y Rafael Álvarez Ortega, etc.

Ginés, en Madrid, entró en intimidad con Paco Nieva (otro caso de fusión manchego/cordobesa, inexplicable para mí, y realísima, de la que ya he puesto algunos ejemplos). No se sabía quién era más cordobés ni quién era más manchego de los dos. Liébana hace decoración teatral, ilustra algunas revistas de posguerra y retrata a Antonio Gala, joven, de camisa abierta y cuello como con un cierto bocio sensual, a Antonio López (asimilando curiosamente la técnica del propio Antoñito), a Nieva (uno de sus mejores retratos de hombre) y a mucha gente conocida. Mantiene una intensa relación con la duquesa o condesa de T'Serclaes, siempre a niveles más sensitivos que sentimentales, y más sentimentales que sensuales, pienso, y luego casa con una sobrina propia, inesperadamente: María Liébana.

María Liébana, con una gracia como voluntariamente desgraciada en su aspecto de huerfanita de París, autouniformada de huérfana con unas capas negras que se hacía ella misma, es aún hoy criatura muy joven y sensible, aunque, como tantas mujeres, no haya concretado en nada sus intuiciones: más receptiva que creativa.

Cuando tuvieron su único niño, Mateo, lo llevaban a todas partes en una especie de carretón que quizá había hecho el propio Ginés, de madera, y que sonaba entre sombrío e ilusionado por las noches de Madrid.

Se instalaron en buena casa/estudio, por los nortes de la ciudad, y se redimieron un poco de su bohemia sepia, puntillista y tardía.

Ginés, tiempo más tarde, me haría un retrato.

El mejor de los que tiene en su autocollección es uno de los que le hizo a su mujer/sobrina, María, que está entre el manierismo natural de este artista y un casi misticismo como de haber mirado mucho a Leonardo.

Entre los retratos sociales de Ginés, quiero decir, entre los que yo he visto en distintas casas de Madrid, el mejor, sin duda, es el de Sisita Milans del Bosch, que Ginés, retratista de mujeres, preferentemente, ha virado hacia Catherine Deneuve, sin olvidar las perspectivas de su Córdoba lejana e —inevitablemente— sola.

Siempre me pareció como muy literaria la vida de esta pareja, la historia de este tío/sobrina, distanciados por la edad y aproximados por el parentesco, que repetían en el gran piso moderno el estilo/buhardilla, abrumados de lujo como de miseria (son abrumaciones muy parecidas), con demasiados cuadros y demasiados cortinajes y

demasiados cuadros entre los cortinajes, más esa luz místico/cenital que le sacan al cielo los pintores, abriendo un agujero en el techo de su casa, y que es como el pozo en que viven, de donde sacan agua celestial, la hoguera inversa en torno de la cual se agrupaba la sagrada familia de una niña/madre, un pintor/poeta disfrazado de viejo y un niño serio, sabio y educado.

Así como creo haber dicho en algún momento de este libro que yo iba reproduciendo por las pensiones de Madrid el cuarto de estudiante de la adolescencia (porque alguien me lo hizo observar), los Liébana reproducían, sí, el modelo/buhardilla en su piso caro y grande.

Roland Barthes, muchos años más tarde, advertiría autobiográficamente que los fines de semana, en el campo, reproducía el cuarto de trabajo de París, incluida la ubicación del lapicero. Pero sobre esto, como digo, me parece que ya he escrito antes. Los animales acotan un territorio y las pandillas primitivas, de hombres, monos o de hombres/monos, también lo hacían, mediante los excrementos o el fuego.

Los estructuralistas verían luego en esto que la mente genera naturalmente estructuras. Es desdramatizar demasiado. La explicación psicoanalítica o la existencialista servirían lo mismo, pero aproximándose más a la condición trágica del hombre: buscamos seguridad en la repetición, porque nada en torno nuestro es seguro. La repetición es una seguridad de tercer orden. De ahí nacen todos los rituales.

De estas cosas, sí, hablaba yo también en casa de los Liébana, mientras él me hacía un retrato. Ginés, como se ha dicho, era más retratista de mujeres. Tan retratista de mujeres, que los hombres, yo creo, le quedábamos como un poco «amujerados». Claro que también puede ser que uno tuviera una idea excesivamente viril de sí mismo.

A los retratos tiene una obligación de parecerse, y no el pintor de sacar el parecido. También me calmaron Ginés y María (suena como Jesús y María) algunas hambres con sus sabrosas lentejas manieristas.

Francisco Otero Besteiro se había paseado por aquel Madrid de los sesenta con un mono que le trajo de un safari por África la marquesa de Villaverde.

Otras veces, Otero Besteiro se paseaba por el Retiro en su Rolls negro, conducido por una monja de blanco.

—Nada, Paquito —me decía—, que he puesto un anuncio pidiendo un mecánico y me ha venido la monja. Parece que con el sueldo ayuda a la comunidad.

Yo no recuerdo, desde Mateo Hernández, un animalista tan imaginativo en la escultura española. Otero Besteiro hacía vacas de su tierra galaica para Lucía Bosé, hacía elefantes sagrados de la India, inventados en granito, para Bartolomé March, hacía cabezas a Rita Hayworth y Deborah Kerr cuando pasaban por Madrid. Hacía joyas para Yul Brinner.

Otero Besteiro tenía cara de paleta gallego. Lo decía él:

—Mira, Paquito, qué cara de paleta.

Otero Besteiro vestía de negro, llevando al cuello unos grandes collares que, naturalmente, se había hecho él mismo, pero que hipotéticamente estaban en venta, lo que le convertía un poco en el hombre/vitrina, como de Pinto Coelho se ha dicho aquí que su casa, con la más refinada hospitalidad lusa, no era sino un Rastro elegante.

Otero Besteiro hacía lavabos de piedra, camas de agua, pájaros inventados, acuarelas de levedad gallega, joyas dalinianas, con estuche laberíntico, y el marqués de Villaverde le operaba de vez en cuando el corazón joven y enfermo, y le abría las válvulas que se le cerraban. Otero Besteiro fue el que me llevó a ver a Pérez Jiménez, el dictador latinoché y exiliado, viviendo en Comodore con dos policías que le había puesto Franco.

Otero Besteiro estaba entre leñador luso, ogro celta, escultor de moda y Dalí de Orense. Cantaba bien flamenco, hacía imitaciones e ironizaba sobre el mundo suntuoso y hortera de la aristocracia franquista, que era su mundo. Su modelo humano

yo creo que era Luis Miguel Dominguín, con quien jugaba mucho al parchís. Sólo que Otero odiaba la fiesta de los toros. Eran, quizá, igualmente putañeros (Luis Miguel más afortunado en mujeres, claro), y el torero se lo decía al escultor:

—Otero, tú eres el único español que se ha tirado a todas las putas de la Gran Vía.

Venido a Madrid para estudiar en Bellas Artes, casado con mujer rica y mayor que él —una aristócrata de la Sección Femenina, amiga de Pilar—, Otero se separó pronto y llevaba una vida de putas caras y revistas del corazón. Cuando se ponía teológico, o mejor contrateológico, para explicar la no existencia de Dios, había que coger la gabardina y marcharse.

Esto de Dios se lo explicó a López Bravo, que quería tener negocios con él, siendo López Bravo ministro, y, tras la cósmica explicación del vacío del universo, se acabaron los negocios y los beneficios (si es que llegó a haber alguno) para Besteiro.

Jorge Antonio, el banquero de Perón, también le dio algún encargo. Todo esto hacía que Otero, siendo un singular artista y poderoso trabajador —pese a su lascivia siempre encendida, como la de su mono—, tuviera buenas entrevistas en la prensa de la tarde y malas críticas entre los críticos de la izquierda, que madrugaban más.

De vez en cuando veía a Franco en una fiesta y me lo contaba:

—Yo no creo, Paquito, que ese viejo sea tan listo. Está lleno de miedo y condicionamientos. No habla porque no tiene nada que decir o teme decir lo que no debe.

Cansado de aquella Corte franquista de formol y whisky de contrabando, de safaris y toreros con orla de putas, un poco zurrado por los críticos de la resistencia estética, Otero se retiró a los nortes de Madrid, entre la ciudad y la sierra, a una isla de verdor que era/es como un hueco en el tiempo, como el agujero negro —sólo que verde— en el sol de los días, a cuidar sus naranjas, enredar en los motores de sus grandes coches, estudiar la vida de las arañas, en el jardín/autoexposición, y recibir viejas amigas o jóvenes inexplicables a las que, si podía, se beneficiaba en su cama de agua. Creador y autosuficiente, aldeano desconfiado, mundano resabiado, solitario, hoy, cuando escribo de él, está como a cincuenta árboles de mí, en su retiro, con medio siglo de invención y representación sobre el pecho que se le va haciendo de piedra irrespirable, y en el que late un corazón cansado con latidos que son como inútiles puños de niño contra esa piedra.

El mono *Manolo* murió en el viejo zoo del Retiro, de tristeza y abandono.

* * *

Camilo José Cela, Víctor de la Serna hijo y yo cantábamos jotas maliciosas en el reservado de lujo de Zalacaín:

*Tú estás metida en la cama
con las teticas calientes,
y yo aquí muerto de frío,
con la chorra hasta los dientes.*

A Camilo me lo presentó José García Nieto, mediados los sesenta, en su casa de Ríos Rosas, por donde paseaba su barriga desnuda de ballenato blanco, como un Moby Dick de la literatura española:

—Han venido upas monjitas de esas que piden por las puertas, les he abierto en pelotas y se han ido corriendo, escandalizadas. Pero yo iba a darles limosna. ¿Por qué se han ido?

Aquel Camilo de barba y testiculario era demasiado, se conoce, para las monjitas.

A mí me daba igual. A mí, lo que me fascinaba era su prosa.

Camilo iba a crear Alfaguara, con dinero del constructor Huarte —Camilo siempre ha sabido putear buenos mecenas—, para mandar más, aún, en la literatura española, y, sobre todo, para editar/reeditar sus propias obras por sí mismo, liberándose de los vejantes tantos por ciento de los editores. A mí me sacó tres libros de golpe. *Larra. Anatomía de un dandy*; que era una pura intuición de Larra cuando yo aún no lo había

leído completo, ni todo lo que sobre él se había escrito, *Travesía de Madrid*, mi primera novela larga, de trescientas páginas, donde recogía, mediante la simultaneidad —como aquí y ahora, después de tantos años, pero ya sin prótesis novelística—, cinco años de intensa vida callejera y madrileña. Antonio Valencia, buen crítico, dijo que equivalía a *La busca*, de Baroja.

Como yo no había leído a Baroja, y sigo sin leerlo, porque su castellano —que no puede, apenas, llamarse castellano— me produce rechazo, entendí el elogio o el paralelismo, en cuanto que yo también recogía un Madrid golfo, esquinero y suburbial. Pero yo, desde antes de nacer, escribía mucho mejor que Baroja.

El tercer libro que me publicó Camilo, de una tacada, fue la novela corta *Balada de gamberros*, que quería recoger mi adolescencia vallisoletana y rebelde, dudando entre el socialrealismo que me aburría y un *realismo mágico* que, pese al tópico de la expresión, era lo mío, quizá. También me dijo Camilo que yo tenía que dirigir un semanario que iba a editar Alfraguara, y me encantó la idea, porque uno, quizá, sólo es periodista. Yo le dije:

—Sí, pero con la condición de que tú hagas la colaboración que yo te diga: un diccionario de tacos.

El semanario no salió nunca, pero Camilo publicaba, tiempo después, su *Diccionario secreto*. Pienso que, tan capaz como soy de identificarme con un escritor que admiro, llegué a coincidir con él, por anticipado, en el proyecto.

*Tú estás metida en la cama
con las teticas calientes,
y yo aquí muerto de frío,
con la chorra hasta los dientes.*

Con Camilo he viajado por Mallorca, por Castilla, de Madrid a Valladolid, de Salamanca a Madrid, de modo que sé algo sobre la manera de viajar del último e ilustre andariego a pie de las Españas.

Ya en mis tiempos iba en coche de mecánico o llevado por su hijo piloto. Camilo y yo hicimos un horario minucioso, para nuestro primer viaje, en su piso de Ríos Rosas, y se cumplió el horario, porque Camilo llevaba el papel en la mano y lo miraba siempre y me señalaba los leguarios.

—A las doce en Ávila, tomando café en Casa Pepico.

Era un vagabundo con cabeza de ingeniero. Cuidaba el protocolo de sí mismo. Una vez fue a verme en una redacción donde yo estaba, decidió que cierta pared de panderete era absurda, antifuncional, y empezó a tirarla a patadas.

Es el último escritor que ha ido de escritor por la vida española. A mí me gusta estar con él, porque dejo que queme la primera traca de efectos especiales, muy preparados, y luego sale el Camilo auténtico, cordial, ingenioso, observador y plástico, que es igual que su obra. «Ay, Paco, qué alma de puta tengo.»

Tú estás metida en la cama. Cela lo tiene muy claro desde pronto, desde que escribía sus versos y prosas en una oficina. Con las teticas calientes. Los clásicos, el Siglo de Oro, los barrocos, la picaresca. Torres Villarroel, aunque Torres es de párrafo largo y oración compuesta, y Camilo va paso a paso, con mucho punto y seguido.

Y yo aquí muerto de frío. Luego, el 98. Hacer vida de 98. Ser el nieto del 98 o el último 98. Con la chorra hasta los dientes. Baroja como referente para los críticos. Es una manera de borrar sus huellas. Por paisanaje y por raza de escritor, su maestro es Valle. Dice Baroja porque lo conoció, porque lo visitó, porque, efectivamente, de Baroja ha aprendido a ser preciso y sobrio. Pero la música de Valle no hay quien se la quite. A Baroja se lo oí una vez en su casa:

—Este Cela está bien, pero tiene poca cuerda.

Para mí, dicho por Baroja, esto no era peyorativo, y sigue sin serlo, aunque para Baroja lo fuese. Valle, comparado con Baroja, tenía poca cuerda. Y Valle, quizá, forma trilogía con Cervantes y Quevedo en la purísima trinidad de los grandes prosistas españoles.

Lo de que Cela tiene poca cuerda, visto por el revés, o sea positivamente, lo ha expresado bien Julián Marías, a otros efectos:

—Ortega tiene calidad de página.

Camilo tiene calidad de página.

Una página suya siempre es buena.

Camilo empezó con un libro de versos, *Pisando la dudosa luz del día*, y es mucho más poeta que narrador. No quiero decir que no narre, sino que, en lo que narra, le importa más el efecto estético que el efecto dramático. Eso es ser poeta en prosa.

Eso es Valle.

Lo que más diferencia a Cela de Valle es el furor moral. Cela es un liberal apacible, en política, y Valle llegó, en *Luces de bohemia* y *El ruedo ibérico*, al anarquismo absoluto, sin perder dandismo.

Camilo es el que puede empezar así la presentación del libro de un amigo, en este caso Ridruejo:

—Este desmedrado mozo que veis aquí no ha hecho otra cosa en la vida que equivocarse...

Pero Cela, muy vivo para lo que venía, no ya del futuro, sino sencillamente del extranjero, que siempre es nuestro futuro, en su segunda novela, *La colmena*, ensaya la manera de Dos Passos en *Manhattan Transfer*. Claro que esa manera está ya en *Las guerras carlistas* de don Ramón, que no había leído al yanqui, o sea que no sé.

Pero todos los libros posteriores de Cela pertenecen al experimentalismo, y esto por dos razones: porque se sabe narrador no tradicional, que ha de buscar nuevos caminos a la novela, y porque no quiere quedarse en un Galdós con mejor estilo, sino que lee mucho y pretende estar al día.

Y lo está.

A mí me gustan, en el «cazador de iberismos», que le llamó Ortega, las series de las nuevas escenas matritenses, de las putas y de los toreros de salón. De las novelas, lo que más me gusta es *San Camilo* y *Oficio de tinieblas 5*. El *San Camilo* es otra vez *La colmena*, pero con el disco acelerado, puesto a una velocidad que no es, en un ensayo de discurso interminable, continuo, que me parece está logrado. En la presentación de *Oficio de tinieblas 5*, Camilo, muy puesto en lo que hoy se lleva, llegó a proclamarse hijo de William Blake y de todos los malditos, con olvido de sus viejos maestros pardales del 98.

A mí esto no me parece mal. El libro, efectivamente, es un pajar lírico de primera calidad donde se puede entrar y salir libremente (no es obra para leerla seguida), gustando unas cuántas *mónadas* y dejándolo.

El poeta/oficinista de *Pisando la dudosa luz del día*, se permite, ya en la gloria, escribir un larguísimo poema en prosa, dividido en estrofas que él llama *mónadas*, por ironía leibniziana.

Y, de paso, queda moderno.

Cuando se publique esta *Trilogía*, ya habrá salido una nueva novela de Camilo, *Mazurca para dos muertos*. Camilo es el hombre que se anticipó a su estatua. Albéres le llama «anarquista de derechas».

Tú estás metida en la cama con las téticas calientes, y yo aquí, muerto de frío, con la chorra hasta los dientes.

* * *

Una vez me dijo Camilo, al anochecer:

—Escucha a ese ciego.

El ciego pregonaba tabaco, piedras de mechero, lotería, cosas. Y, de pronto, hablando en voz alta consigo mismo:

—Qué coño de lotería, si no tengo lotería.

La inercia le llevaba a repetir una y otra vez el pregón de la lotería que se le había

acabado.

La sensibilidad de Camilo para el pueblo es enorme. Su oído para escuchar lo que se habla en la calle es finísimo, aunque ahora apenas ande por la calle (y eso se nota).

Cela nunca ha sido un realista, aunque haya contado cosas muy reales. Realista es el que cree ciegamente en la realidad y trabaja en función de ella. Para Cela, la realidad es un enriquecimiento estético de la obra literaria.

Por eso no es realista, como no lo es Valle.

Realista es el galdobarojianismo.

Y no es que me parezca malo el realismo, sino la manera de traducirlo. Me gusta el realismo de Aldecoa, porque es una orfebrería hecha con la realidad. ¿Quién ha decretado que a la realidad de primer grado le corresponde una escritura mostrenca?

¿Por qué la realidad de primer grado —si es que queremos pararnos ahí— no puede estar servida por una buena escritura que, de paso (y sólo por eso es buena), obtendrá mayores y mejores matices de la realidad?

Es lo de Cela.

Yo creo que Camilo ha dudado siempre entre ser Blasco Ibáñez (en la instalación grandiosa, me refiero) y ser Baroja o Valle.

Le gusta la bohemia y el andurrialismo, pero le gusta ir de escritor consagrado (se autoconsagró tanto como le autoconsagraron) que se mueve entre el mecánico del coche importante y el helicóptero.

Camilo pasó de andarse las Españas y la Alcarria a viajar sólo en coche y con chófer. Esto se ha notado en su literatura.

Hemingway vendía aventura porque vivía la aventura. Cela, que ha sido o querido ser otro caso de escritor/acción, cuando dejó de vivir aventuras, tuvo que inventárselas o escribir libros de recreación poética, como el citado *Oficio de tinieblas 5*.

Cela no es escritor de ideas, ensayístico, aunque sí sea experimentalista, que no tiene nada que ver, de modo que no podía despegarse de la vida. Se ha despegado y esto deja un vacío que sólo él, con su talento, ha podido salvar.

Cela es un nudo de enigmas. ¿Por qué no siguió sus memorias, de las que sólo se publicaría el primer tomo, leve y bellissimo, *La rosa*?

¿Por qué no siguió la trilogía que iba a ser *La colmena: Caminos inciertos*? Ahora ha sacado la *Mazurca*.

Ni muy ideólogo ni muy fabulador, lo suyo es observar la vida de través —en esto sí que hay Baroja— y traducirla a un castellano que suena a Siglo de Oro. Madrid no es más que una concentración de «tribus alcarreñas», como decía Azaña.

Si Madrid fuese algo más que una concentración de tribus alcarreñas, tendríamos numerosos estudios solventes sobre Cela.

Así, no los tenemos: ni sobre Cela ni sobre Delibes ni sobre Aldecoa.

Aquí no se estudia a los vivos. Sólo las tesis redichas de alguna latinoché menopáusica, que a veces salen en libro, quizá por gestión del autor.

Nuestros grandes lingüistas, académicos, catedráticos, científicos de la literatura, no han pasado de Moratín, y, ya los más audaces, se meten con el 98 (generalmente en lo ideológico, no en lo literario, como el admirable libro de Laín, que nada tiene que ver con lo que vengo pidiendo). En Estados Unidos, por cada novela de Hemingway —por seguir con el ejemplo— salían veinte tomos tupidos de crítica estructuralista, formalista rusa, conductista y literaria.

Aquí no se estudia a los vivos porque estar vivo es una insolencia que no perdonan las tribus alcarreñas. Es escandaloso, sencillamente, pensar que, a casi medio siglo de la aparición de Cela, no hay un solo libro solvente, de autoridad española, siquiera sobre su estilo. Quizá por eso él cantaba jotas obscenas, desesperadamente, aquella noche, en el reservado de lujo de Zalacaín, con Víctor de la Serna hijo y conmigo:

Tú estás metida en la cama

con las téticas calientes...

* * *

Las cartas de Miguel Delibes, desde que llegué a Madrid, me han acompañado, durante más de veinte años, y me siguen acompañando, con su caligrafía monótona, como una lluvia de palabras y sensatez.

En las cartas de Miguel, nunca una solución deslumbrante para mis problemas, pero sí una fijeza, una adhesión, un sentido común —se puede alcanzar la genialidad del sentido común— que sólo él tiene en la literatura española.

Ya he contado, creo, cómo al principio, quizá, él no me entendía, y cómo me devolvió un cuento —publicaba uno dominicalmente en su periódico provinciano—, sencillamente «porque no me lo había pedido», cuando no sabía en qué necesidad hambrienta estaba yo de quinientas pesetas, o no sabía el espesor que uno iba a alcanzar en lo literario: virtudes mías literarias que él, luego, ha cantado tanto.

Sobre *Mortal y rosa* o *El hijo de Greta Garbo*, quizá mis mejores libros, me ha escrito cartas memorables.

¿Por qué eso no lo da a la imprenta, que además lo cobraría?

Es lo que he dicho de Cela en el capítulo anterior. Aquí, si uno escribe *A la busca del tiempo perdido*, se gana la confianza y la amistad de los amigos, pero ni Dios publica una línea.

¿Qué le había costado a Miguel escribir sobre *El hijo de Greta Garbo*?

No es mala fe, claro. Es que no se lleva.

No se lleva en España ni en Francia ni en ningún sitio. Marcel Proust, que ése sí escribió *A la busca del tiempo perdido*, encontró que Gide no le entendía, pese a tantas afinidades literarias y sexuales, que el Goncourt tampoco acababa de entenderle, y no digamos la Academia. Virginia Woolf tuvo en su editorial el manuscrito del *Ulyses* y se lo devolvió al señor Joyce, su vecino, porque tampoco acababa de gustarle.

Baudelaire no logró jamás sino una aceptación reticente y parcial de los grandes críticos, y un absoluto rechazo de la Academia.

Las Grandes Instituciones de la Cultura tienen por función parar la cultura. Azorín dejó la Española para siempre, como me parece se ha contado aquí, cuando le rechazaron a Miró por un particular. Miguel Delibes me mandaba sus cartas con una cadencia secreta, pero cadencia, y me llegaban llenas de amistad, como las cartas de un buen hermano mayor, llenas de sensatez, de equilibrio, de discreto consejo, de ánimo.

Y cuando Miguel guardaba silencio, su silencio era otra carta, la carta del silencio.

¿La carta del reproche o el disgusto?

No.

La carta silenciosa de la espera, del «a ver por dónde sale Paco».

Sus cartas, las cartas de Miguel, me perseguían por las pensiones de portugueses, por las pensiones de homosexuales, por las pensiones de argentinos, por todas las pensiones atroces de Madrid.

Llegaban, como una paloma del claustro de San Benito, perfumadas de provincia y honradez. Miguel hacía la crítica escueta y certera de un libro mío, o agradecía la crítica mía —barroca y pretenciosa— de un libro suyo. Las mejores cartas de Miguel eran —son— las que hablaban de enfermedades, de dinero, de los pequeños y grandes dolores de la vida, que sólo son patéticos porque se dibujan, inútilmente, sobre el fondo completo de la muerte. Las enfermedades vienen a miniar la muerte, que es la pieza general y total de nuestra cabecera de premuertos.

Las cartas de Miguel, ya digo, me han acompañado durante veintitantos años, con su caligrafía monótona, su luminoso sentido común y sus frases hechas: «Eso que vas a hacer me parece de perlas, Paco.»

¿Cómo el gran estilista del realismo español podía decir «de perlas», como mi tía?

Pues lo decía y lo dice. Ha asumido irónicamente, entrañablemente, el lenguaje de nuestros padres. Ése es uno de sus talentos.

Miguel Delibes escribe su primer libro incuestionable, me parece a mí, con el *Diario de un cazador*, donde logra muy sencillamente la síntesis campo/ciudad, con toda la poesía seca de los pinares castellanos, la crónica de la época —los cincuenta: referencias al cine, etc.— y la costumbre de la pequeña capital de provincias. Todo ello lampasado por un lirismo que no se atreve a decir su nombre.

A partir de ahí, toda la producción de Miguel puede repartirse en novelas de la ciudad (pequeña burguesía) y novelas del campo: gente rural.

Uno, por naturales afinidades, prefiere las novelas de la pequeña burguesía provinciana, y entre ellas *La hoja roja* (libro al que puse prólogo en una edición millonaria). *La hoja roja* tiene al fondo la sombra del padre de Miguel, muerto, y es lo que Miguel me había dicho alguna vez, de palabra o por carta:

—El descubrimiento del padre es tardío, Paco. Uno vive naturalmente encariñado con la madre, hasta muy tarde. Pero ay cuando se descubre al padre, y lo que el padre ha sido en uno, silenciosamente.

Sólo otra novela ciudadana ha competido decisivamente con ésta, dentro de la producción del propio autor: *Cinco horas con Mario*. Pero el *Mario* está lleno de moral y contramoral, de guerracivilismo y preocupaciones éticas.

Como Julián Marías le dijo a Miguel, en su discurso de recepción en la Academia, el afán de moralizar acaba en moraleja y puede matar al novelista. El *Mario* es un gran libro, pero *La hoja roja*, donde los valores y contravalores le llegan directamente al lector, como le llegan de la vida, es un libro no larvado de controversia moral. Nace, en fin, de una idea poética, novelística, literaria, y no de una idea moral, moralizante, que es de donde no debe nacer jamás una novela ni ninguna otra creación: ni siquiera, quizá, los tratados morales.

De entre las novelas rurales de Miguel, prefiero la penúltima, *Los santos inocentes*, que por cierto no transcurre en el campo castellano, sino en el extremeño, cosa que no ha visto ningún crítico: sería milagro que los críticos viesan/deslindasen algo, ni siquiera tratándose de magnitudes tan extensas como Castilla y Extremadura.

Los santos inocentes es una novela sintética y poética. El primer capítulo, el del tonto, lo había publicado Miguel como cuento, hace muchos años, cuando lo escribiera, a raíz de una estancia en Extremadura. Y hay que decir aquí, en desagravio de los críticos, que las estructuras feudales del campo español son tan semejantes en toda nuestra cartografía, que eso ha podido inducirles a error. Miguel tiene la sabiduría última, en este libro, no sólo de que el verdugo del culpable sea el tonto, el inocente, el «santo», sino que, además, la venganza no se ejecuta por las muchas maldades del señorito, sino por la circunstancia nimia de que el señorito le ha matado un pájaro al tonto.

Del realismo de Delibes puede decirse lo mismo que del realismo de Cela. Tampoco es tal realismo. Miguel me lo decía/escribía una vez, respecto de Galdós:

—Da risa la elementalidad del argumento. Parece una cosa para chicos.

Nuestros dos novelistas mayores de posguerra son hombres que participan, inevitablemente, del escepticismo/relativismo de nuestro tiempo, de modo que ya no creen ciegamente en las pasiones humanas. Primero dejaron de emocionarnos las pasiones de los dioses, como emocionaban a los griegos, y luego han dejado de conmovernos las pasiones de nuestros semejantes, que no son más que tristemente humanas (como lo eran las de los dioses, por otra parte).

La moral individual ha sido sustituida por la moral colectiva, y cuando tampoco ésta funciona, el creador deviene esteticista: en Delibes hay un tratamiento cuidadosamente estético del lenguaje rural o pequeñoburgués, de la peripecia y hasta de los nombres propios. Miguel no es un realista porque, antes que en la realidad, cree (o le importa) en el efecto estético (literario) de esa realidad. Nuestro último realista es Galdós, como

yo le reprochaba a don Benito cuando le hacía entrevistas, según se cuenta en estas *Memorias*.

(Baroja tampoco es realista: Baroja es un esteticista frustrado, torpe. Más moderno, por eso, que Galdós.) Quizá, consciente de tanto esteticismo «culpable», el hombre ético que es Miguel, ha exagerado en algunos libros la dosis moralizante.

Las cartas de Miguel, desde que llegué a Madrid, las cartas de Miguel Delibes, durante casi veinticinco años, cartas intermitentes, con más continuidad en el sentimiento que en lo postal, cartas de lluvia y sensatez, caligrafía monótona y sencilla, palabras de amigo, una amistad como para siempre, un camino o un puente de palabras, una apoyatura para mi pisar inseguro de cada día, quizá un camino a seguir (que no era el mío, ay), un camino que se me proponía sin querer.

Las cartas de Miguel, como venidas de los palomares arruinados que tenía en Valladolid el hidalgo del *Lazarillo*. Palomas postales de la provincia. Sólo la mala crítica suspiciosa ha podido creer que esos palomares no eran verdad, sino jactancia y trampa del hidalgo entrampado.

La fe ciega en aquellos palomares, desde que fui escudero de Miguel, se confirmaba de tarde en tarde, fijamente, con sus cartas zureantes.

* * *

Entrevistar a Aurora Bautista, tocar con mano temblorosa el celuloide inexistente de los cines de posguerra, toda una irrealidad Cifesa, dar con los nudillos en el camerino de madera vieja y perfume mitológico (colonia de primera actriz que combatía en el pasillo subterráneo del teatro con el olor directo del retrete), entrar en los reinos de Agustina de Aragón, Juana la Loca y Teresa de Jesús, a más de la tía Tula, frígida, reprimida y plateresca, de don Miguel de Unamuno.

La mujer, buen elemento conductor de la electricidad de la Historia, lo metaforiza todo y es fácil seguir el tiempo de España, cualquier tiempo, el tiempo, a través de una criatura femenina, Aurora Bautista, venida de los cines heroicos de los cuarenta (Ramón había dicho que Charlot es todo el domingo de los años veinte), a las comedias de Tennessee Williams, como Ana Mariscal, su hermana gemela, su pareja lejana en ese difícil emparejamiento de la mujer, refractarias como son ellas a ellas mismas. Hasta llegaría a hacer, con el tiempo, Aurora Bautista, comedias rotas y blasfematorias en vano (en el vacío) del tronante Arrabal, pero yo la había visitado en su casa madrileña de la burguesía media, sola junto a unos tulipanes, bondadosa y un poco cursi.

—El marido.

—En Méjico.

—¿Algún problema?

—No, ninguno. Sólo que está en Méjico.

—¿Suelen estar los maridos en Méjico?

—Bueno, a veces.

—Pero sin problemas.

—Sin problemas.

Olía a tulipanes de tía Tula, de mujer sola con un hijo crecidote y no visible, vaya usted a saber por dónde.

María Cuadra me dijo que la había visto con Silva Muñoz, en unos grandes almacenes de Roma, y que ella le probaba camisas, las últimas de la gran moda masculina italiana.

—Quedamos en que Méjico.

—Eso, Méjico.

Años, siglos más tarde, vendría la transvaloración española, histórica, que luego se dirá o no, años temblorosos de a ver qué pasa, con mucho jadeo en el acento de ese *qué*, y Aurora iba conmigo en las manifestaciones, entre Buero Vallejo y yo, cogida de

nosotros, y su mantilla de madroño blanco se enredaba en todo, en ese peine general y violento de gentes que es una manifestación popular. Silva Muñoz, quizá, hubiera dicho la horda, o la hidra marxista.

La mujer mítica del alegorismo franquista, se desnudó una tarde de alegorías para venirse con nosotros a la manifestación. Como ella, media España. Y la otra media en las aceras, viéndonos pasar.

Se cogía a mí, ya para entonces, como al hierro no demasiado ardiente del progresismo. Pero el niño que la había visto en los domingos temblorosos de Cifesa, el artista adolescente que la había entrevistado en los viejos teatros madrileños, hondos como urinarios, sonreía halagado por el calor íntimo y pegado de aquella mujer, en la intemporalidad de una manifestación entre dos luces.

Juana la Loca/tía Tula. Dos encarnaciones —la heráldica y la cotidiana— de la Juana de Arco imposible y nacional. Aurora Bautista, alegoría de España con nervios de estreno.

* * *

¿Quiénes eran los hombres de la generación del sesenta? Si miro los hombres de mi generación, si leo lo generacional de izquierda a derecha, veo a los barbudos de *Triunfo*, César Alonso de los Ríos, frequentadores de Carabanchel, judeomarxistas, marxistas liberales, unos hombres voluntariamente envejecidos por la barba, las gafas negras, el pelo largo en rizos, el suéter viejo, el pantalón de pana sin caída, la conversación sin voz, el acento de consigna que tenía todo lo que decían, incluso cuando estaban quedando para ir al cine, aquella visible y hasta vistosa clandestinidad. Eran los frequentadores de sí mismos. Eran los monjes del monacato de la intemperie, y realizaban su clerecía cuando iban a la cárcel, a una celda, porque el mundo dialectizado es geométrico como una inmensa celda y además, en Carabanchel, podía hacerse apostolado a media voz y, sobre todo, el apostolado más eficaz (que se vuelve salvíficamente hacia uno mismo), que era el del ejemplo, la conducta, la paciencia y la fe.

Les daban grandes hostias, pero eran los únicos depositarios del futuro en su interior de pana y castidad.

Luego estaban los ejecutivos, los bohemios, los hinchas del Real Madrid, los niños de Serrano, los que hacían chistes contra el Régimen, pero les daba igual.

Eran los que habían asumido la desideologización como ideología, que no otro mensaje tenía el sistema. Quemados por desgaste los autotópicos de la derecha, las cuatro creencias que habían sustituido a la España de las ideas, los tótems y los tabúes, quedaba la derecha total, la derecha de las cosas, recordándonos que las cosas siempre han sido de la derecha. Comprendía yo entonces que es preferible una derecha atendida a su propio sistema de ideas y creencias. Porque una derecha huérfana de ideologías —don Gonzalo Fernández de la Mora formularía esto años más adelante, astutamente— era una derecha salvaje, atendida a su dinero, su poder, sus lugares y hasta sus lagares. Algo que daba mucho miedo.

Finalizando mi lectura por la derecha, veía a los jóvenes trepas de mi generación, los fascistas de camisa blanca, los que nada más llegar a Madrid habían encontrado un pupitre ministerial o redaccional para sentarse a hacer horas/culo y despiezar los discursos del Caudillo en mil matices inventados que suplían la falta de pluralidad con un pluralismo convergente y meramente retórico.

Como gallinitas vestidas de tervilor, estaban en sus gallineros oficiales o periodísticos, esperando el grano a voleo —os, os—, para coger cada uno su granito, con el pico, e irlo picoteando pausadamente, a ver si les salía un artículo, un editorial, una metáfora, algo que venderle al jefe inmediato superior, para seguir trepando.

Eran los que pasaban en un mes del niky estudiantil al traje con chaleco de lo mismo, incluso en verano, y se ponían unas innecesarias gafitas que los hacían dignamente

miopes, y hablaban ya en un tono susurrado, abandonando para siempre el hostias, joder, leche, la madre que te parió y vete a tomar por retambufa.

Se peinaban para un lado, como volviendo al parvulario de la política, se ajustaban las gafas a la nariz con un dedo lento e impecable, se rascaban la futura calvicie con un meñique rizado que no desorganizaba su pelo, y las rayas de la camisa les brillaban de un almidonado como porcelana en los puños y el cuello.

Habían entrado en la prensa oficial, la prensa formal, la prensa católica, la política apolítica, cualquier otro invento madrileño. Ya no eran los colegas del no hacer nada en la plaza de Olavide (se podía subir a casa de doña Matilde Ras, la grafóloga, que vivía cerca, en Trafalgar, y hacerle una entrevista a la vieja), sino que le recriminaban a uno su periferismo:

—Bueno, esas últimas locuras que has publicado hay que perdonártelas porque todos te conocemos y sabemos que, en el fondo, tienes talento.

—Claro.

Así las cosas, prefería uno seguir en la periferia geográfica, ideológica, literaria y generacional de Madrid, esperando el momento —larga elipse hacia dentro— de instalarse en el corazón mismo de la manzana envenenada, para, desde allí, escribir con veneno y envenenarlos a todos de su propia mierda, más el oro, el verdín, la platanegra, el trigo, la blenorragia moral y la mística sexual que yo traía del suburbio, como Baudelaire pobló para siempre su poesía de las imágenes exóticas que había recogido en un corto y frustrado viaje a la India.

Mi generación iba de la clandestinidad a la locuacidad pasando por el franquismo sociológico o hedonismo hortera de creer que la felicidad se conserva más fresca en un frigorífico a plazos.

Yo prefería seguir escribiendo en mi cuarto *mentale*/realquilado, con la gata *Candy* en el regazo tiznándome dulcemente de la genciana que le daba en la tripa. O sentado en el puente de Toledo, sintiendo cómo la piedra dorada, febril y plateresca, o lo que coños fuese, me hacía feliz metiéndome en el cuerpo, con el quietismo, el buen mal de la piedra. Los tranvías pasaban llenos de productores, que era como llamaban Girón y Solís, en los discursos, a los obreros, proletarios y lumpen que se habían instalado más o menos abrigadamente en el miedo.

Lola Machado tenía un seiscientillos de segunda mano, tuerto de un faro, leproso de chapa, entre verde y sepia, con el que me bajaba a veces hasta Madrid, muy puesta ella de pamelita o sombrero de gángster, con la minifarda de vestir, para visitar banqueros, productores, gentes del espectáculo y managers.

—Hale, Umbrales, vente conmigo para la capital, que eres mi novio.

Pasábamos mucho calor en aquel cochecillo, pero la Machado conducía como le daba la gana, se pasaba los semáforos, los pasos a nivel, las señales de los camiones y el pito de los guardias.

—No te jode el hijoputa, aquí va una estrella mandando ya, vale.

Luego me dejaba en la Gran Vía, a la sombra de una cerveza fresca, en una terraza, ella metía el seiscientillos entre un cadillac y una camionetilla loca y se subía en los solemnes ascensores, como jaulones de oro, de los rascacielos de la Gran Vía, todos, ya, muy años veinte/treinta, muy precatálogo y muy racionalismo madrileño.

Yo me estaba con mi cerveza, viendo pasar a las indias con su sari y las yanquis con sus piernas de ángeles desnudados por un Greco multinacional de Manhattan. El tiempo iba que volaba.

A veces me parecía que Lola tardaba mucho, y la imaginaba en aquellas grandes oficinas con moquetas, maderamen negro y teléfonos blancos (mimetismos de Hollywood), que era donde se cambalacheaba el cine, un cine nacional que, aparte los folletines históricos, se iniciaba en la comedia así como americana, rodada en las nuevas urbanizaciones de Madrid, y donde siempre salía Carlos Larrañaga, casi

adolescente, como un James Dean local y parroquial.

A la Machado, con toda su fuerza, la imaginaba débil frente a aquellos hombres maduros y confusos del cine español, que sólo estaban pendientes de la llamada del director general con el cheque verbal de la subvención. Montestoril, Ibiza, cafés y cafeterías que luego han desaparecido de la gran calle, con los tranvías, eran los sitios adonde más íbamos, a mediodía, para alternar con la gente del cine y tomar el vermú, que era una cosa que se tomaba mucho entonces.

—Lola, te perjudica traerme contigo. Éstos quieren chicas libres, sueltas, disponibles. Van a creer que soy tu novio, tu hermano o tu chulo, y eso siempre es una complicación.

—Ya sé por donde vas, cabrón, pero te prometo que es mejor, Umbrales, cosa. El verme con un jovencito les crea más morbo. Alguno me ha hablado ya de dejarme de tonterías y romanticismos. Eso los encabrona y los anima a firmarme el contrato. Para que veas.

—Tampoco me traigas a mí de gancho, Lola.

—Vete a la mierda, señorito de mierda.

Y me daba un beso en la boca, siete besos en los siete espejos del cubismo de antes de la guerra que decoraba el local. En tanto, miraba con un ojo, como las liebres, la reacción de aquellos tipos.

Pero no acababa de salirle nada seguro ni firme ni esperanzador, porque la Lola, ya lo tengo dicho, lo tenía muy claro: o cómica o puta. A ella nada de andarle con engaños.

Y a aquellos hombres de pelo blanco y pecho viejo y curtido les preocupaba más cobrar la subvención del Sindicato que descubrir a Greta Garbo.

—Como está mandado, Umbrales.

Luego, como no había nada que celebrar, nos íbamos a comer a un restaurante modesto de la calle del Barco, entre maestros trasladados de destino, o venidos a Madrid para hacer unas oposiciones y ascender a inspectores, viudas de la vida, viudas de la guerra, viudas de un viudo y el poeta loco que desplegabamos un viejo e inmenso ejemplar del *New York Times*, apoyándolo en la jarra, por no ver a nadie y que nadie viera la mierda que él comía.

—No me saldrás tú poeta hambriento como ese piradillo, Umbrales.

—Tranquila, Lola, que yo sé dónde está el dinero de la literatura y voy a ganar lo que me dé la gana.

—¿Más que don Leocadio Mejías?

—Pues a lo mejor más.

Las tardes con Lola Machado, por el Madrid de Postas y así, eran una cosa como entre galdosiana y barojiana, si Galdós y Baroja hubieran sabido escribir eso bien. Lola me llevaba a La Camerana y a otras tiendas de felpa del siglo pasado, donde todo el siglo pasado, efectivamente, estaba como guardado en felpa.

Comprábamos botoncitos, herretes, estores, bordados, cenefitas, cosas con las que Lola iba adecentando minuciosamente su cuarto, con esa vocación de habitación propia de la que se va a ir pronto de casa. Lola Machado estaba siempre cosiendo unas cortinas o leyendo un premio Planeta, porque quería ser buena ama de casa y, al mismo tiempo, una estrella del cine con una cultura.

—¿A ti te van a dar alguna vez el premio Planeta, Umbrales?

—Para eso hay que escribir un libro.

—¿Y tú no eres de escribir un libro?

—Ni lo sé, Lola. Seguramente, no.

—Estos botones de nácar se los llevamos a mi madre y le decimos que se los has comprado tú. Le hará ilusión. Tiene muchísimos botones de nácar.

—Bueno.

Todo iba a parar al fondo del seiscientillos. Si había algún cóctel de artistas donde Lola

Machado estaba invitada, Lola solía llevarme con ella. Se besaba mucho con los hombres, entre las fuentes falsas y los espejos quemados. Al principio me presentaba a todo el mundo. Luego, como mi nombre no le sonaba nada a nadie, Lola desistía y yo me quedaba en un rincón, tomando apuntes mentales para hacer una crónica de todos aquellos famosos, para provincias. «Es el Madrid que les gusta leer en Orense», me decía yo. Y ya me cuidaría de meterle a todo una retranca antirrégimen, una ironía que esperpentizaba el establishment y que para los lectores era una novedad, una manera nueva de decir lo que no se podía decir.

—¿Y dónde escribe usted, joven?

—En un periódico de Burgos, señora.

—Ah.

Parece que a nadie le hacía como demasiada ilusión ser la comidilla de Burgos.

Así es como fui comprendiendo el atroz e incorregible centralismo de Madrid, fomentado por toda España mediante el complejo amor/odio.

Si la cosa era de bailar, Lola Machado me sacaba en seguida y bailábamos mucho, la yenka y el twist y Esperanza, Esperanza, sólo quieres bailar chachachá. Entonces yo me sentía más seguro, nos hacían alguna foto, porque la Machado ya iba siendo famosilla, y me parecía que no había perdido el tiempo.

—¿Y cuál es el próximo filme de la exuberante Lola Machado? —venía el engolado/angoleño reportero radiofónico.

—«La momia que mascaba pan rallado» —decía Lola por el micro.

Era una manera de mandarlos a todos a la mierda.

Algunas noches, metida en juerga, me decía a la salida del cóctel:

—Y ahora nos vamos tú y yo solos, en este haiga de la hostia, a la cosa tropical del Viaducto, a bailar a muerte y arrimamos taller y ponernos moraitos de martirio, cosa. Que es que esta noche el cuerpo me pide comisaría.

Me daba un beso en la boca, fresco y sincero, y partíamos en su seiscientos trucado y sin un faro, hasta el Viaducto, bajo cuya ojiva laica y grandiosa había algunos chiscones con música y luz roja.

Allí bailábamos lo brasileiro, o mayormente bailaba Lola y yo la veía tan hermosa y ágil. Otras tardes cogía la carretera de Extremadura y nos íbamos a robar loza a Talavera. Volvíamos con el seiscientillos lleno de cerámica y yo le decía los sonetos del toro, de Rafael Morales, que era amigo, a Lola Machado, y a ella le gustaba lo bien que sonaba aquello, pero le podía más la risa.

—Es que estoy matada de risa, Umbrales, los hemos dejado sin vajilla para las bodas y los bautizos de un mes, a los de La Menora.

Yo me sentía feliz y borracho, arrastrado en aquella ola de mujer, y me decía que si la Lola Machado no llegaba, con aquella fuerza, aquella garra, aquella gracia, aquella inteligencia silvestre y aquel cuerpo, no íbamos a llegar nadie.

Nos despedíamos en el crepúsculo sucio y grandioso del barrio, entre Getafe y la nada, en un cruce de carreteras, y Lola Machado volvía a besarme quizá con más amistad que amor.

—Hale, Umbrales, cosa, que te me dejan sin cenar.

* * *

Lola Machado tenía una urraquita que vivía en su ventana. La urraquita era de pico negro y alas negras y brillantes, con el revés verde muy claro. La cola la tenía verde oscuro y también muy brillante.

La urraquita le comía a Lola Machado las miguitas de pan en la boca.

—Mira la urraquita, Umbrales, qué puta me ha salido. Todo el día que nos estamos dando el pico.

Una mañana que no tenía ganas de escribir y me había cruzado hasta la colonia de Lola, entre trenes, cementerios de automóviles y campeonatos de liga de solar que

jugaban los chicos del barrio, me encontré a Lola muy triste.

—Que se me ha muerto la urraquita.

Y me la alargó en su mano, caída y fría, con el brillo de la pluma un poco mate.

—Así me la he encontrado esta mañana.

—Es lo que pasa con las urracas, Lola.

—Qué.

—Que se mueren.

—También nosotros nos morimos. Vamos a enterrarla.

Caminamos hacia lo que no era sino tierra inexplicable, arena de extrarradio, y la Lola venía de bata como de percal, aunque no sé si todavía se usaba el percal, y de pronto dijo:

—Aquí.

Yo llevaba el pequeño cadáver de la urraca, como un plumerito sucio y entrañable, entre mis manos. La Lola se dejó caer con sus rodillas hermosas y desnudas contra la tierra e hizo un agujero con sus manos ensortijadas de estrella. Metí el pájaro en posición fetal, que me parecía que reposaba mejor, y la Lola lo cubrió todo de tierra amorosamente.

—Espera —dije de pronto.

Corrí hasta la ventana de la Lola y volví con un geranio blanco, cortado de sus tiestos. Puse el geranio encima del montoncito de tierra.

—Qué poeta eres. Umbrales.

Y Lola Machado me dio un beso fresco, matinal, maternal, en la boca desprevenida.

Cuando volvíamos despacio, ella cogida de mi brazo, pisando un sol de arenisca y pedregullo, vi arder un muerto, puro y alto, en el cielo del Este y el mediodía.

Lo que le había dicho a Lola Machado de que yo sabía dónde estaba el dinero de la literatura e iba a sacarlo a punta pala, tenía su cosa de verdad.

Quiero decir que el trueque literatura/dinero nunca me ha parecido bajo, turbio, malo ni feo. Sólo me parece mal cuando se cambia una literatura mala por un dinero sucio. Si la literatura es buena y el dinero no quiere bajarle la testuz al escritor, me parece que el trueque es legal, la permuta necesaria, y que todo esto viene a prolongar mi reflexión sobre el encargo como literatura en estado puro. Poco más tarde leería yo en Neruda que los encargos le gustaban mucho.

Los admiradores escriben mal. Las admiradoras en seguida trasladan su entusiasmo del cerebro a la vagina. Los otros intelectuales (políticos, escritores, críticos, etc.) leen en uno lo que ellos llevan previamente escrito en su cerebro, y se ha dicho mucho, por eso, que la gloria es un equívoco.

Sólo el dinero, lacónico e imparcial, contable y convencional, sirve para expresarle al escritor algo más importante que una admiración humillante para todos, empezando por el interesado: el dinero sirve para expresar la aceptación social de una literatura.

El dinero da seguridad, como tanto se ha dicho, no porque nos asegure la comida de mañana, sino porque confiere a la vaguedad de la creación literaria la concreción contable, como he dicho antes, de su materia y su sentido. Es muy difícil que la sociedad esté dispuesta a dar dinero por nada que no sea táctil, practicable, inmediato. Incluso el teatro, tan caro, supone el ingreso en un acto social, en un recinto selecto.

Pero ¿y ese milagro de que la gente, no sé qué gente, el personal, cambien su dinero por unas metáforas, por unas palabras que son de todos y podrían encontrar igual en el diccionario?

Esto me hace creer en el banquero, el menestral, la empleadita, el universitario, la señora viuda, el ejecutivo y el ferroviario. No sólo estamos hechos de la materia de nuestros sueños, como dijo Shakespeare, sino que necesitamos comprar sueños vicarios, supletorios, añadidos (yo también compro libros, claro), y esto me hace creer en la condición esencialmente lírica del hombre y en la condición insólitamente

mercantil (social) de la literatura.

Mercados de Legazpi, mercado de la fruta, farolas encendidas en la madrugada, la cesta forestal de toda España volcada en aquellos grandes almacenes, bajo un cielo de pirograbado de don Ricardo Baroja —ay si la prosa de Baroja hubiera sido un equivalente estético de los grabados de su hermano, qué Madrid, qué invento, qué momento, pero no—, mercado de Legazpi, la cosa de la finita, carretillas, grandes camiones, repartidores, subastadores, mayoristas, detallistas, cargadores, las pirámides aztecas de las naranjas y las pagodas orientaloides, asiatoideas, de las cebollas, un revuelo de campo, como las sayas de una aldeana joven, girantes en el baile, perfumando aquel Madrid de los primeros tranvías, lleno de obreros sindicoverticales que iban al tajo con la tartera y el cabreo.

Alguna vez caí por allí, qué remedio, a ganar una pasta que decían fácil.

—A las once has terminado y todo el día para tocarse uno los huevos.

—Muchos huevos me parecen a mí ésos.

Había que levantarse a las cinco o las seis de la mañana, tropezando con los luceros gordos de la hora y el suburbio, como con el vaso caído de la mesilla.

Había que hacer un juego de Metros y tranvías hasta estar en Legazpi.

—Venga, que todas aquellas lechugas hay que pasarlas de este camión a ese otro camión.

A las once de la mañana o así, cuando había terminado todo, yo estaba, más que cansado, inexistente. Nos metíamos en un bar a tomar un bocadillo con otras gentes de la carga y descarga. En casi todas las mesas se jugaban el dinero. Había algunos que se dejaban a una puesta todo lo que habían ganado en aquellas cinco horas de trabajo bestial y sonámbulo.

Otros se quedaban en los grandes almacenes, entre una hoguera de banasta podrida y una pirámide de sol antiguo, eterno y joven, haciendo flamenco.

Alguna vez me quedé con ellos.

Luego estaban las putas, las pobres meretrices que no habían hecho un solo cliente en toda la noche y cuya última esperanza eran aquellos camioneros y descargadores de Legazpi.

Rondaban, viejas y emplumeradas, con la noche clavada en el cráneo como una peineta siniestra, por entre los camiones parados, dormidos, olorosos a gasolina y aceite quemado. Algún cliente caía, alguno que había confundido las ganas de cama con las ganas de hembra, porque lo que querían era dormir y, efectivamente, se decía que eran los clientes más cómodos, porque una vez llegaba la ilegible pareja a la cercana pensión, él se daba media vuelta, quitándose sólo los zapatos, y dormía profundamente.

A mediodía, perfumado él de puta vieja, se lavaba la cara en el palanganero, le daba a la gachí su pasta y se iba al bar de costumbre a tomar unos blancos para, luego, ir preparando el camión para el viaje de vuelta.

—Ha habido juerga, macho, que hueles a hembra fina.

—Y una mierda.

—Tranquilo, que no se le va a decir nada a la parienta.

—A la parienta esas cosas no se le comunican.

—Venga, otros vinos.

Mi cuerpo no soportaba aquello, por las tardes tenía fiebre, me dolía la garganta, me dolían los riñones, me dolía la voz.

Yo nunca iba a poder ganarme la vida con el cuerpo.

De modo que no volví, salvo, tiempo más tarde, cuando el periodismo duro de la época era ése: hacer mercados y mataderos.

La fruta de Legazpi, el pescado de la Puerta de Toledo, Puerta de las Lilas madrileña, los mataderos. Iba con un fotógrafo, generalmente el gran Gigi, lleno como siempre de

la tristeza de los gigantes, que seguía hablándome de las fotos de Cartier Bresson y el reportero de Hemingway, y aquello se vendía muy bien, pues, como digo, era el reportero duro de la época.

A mayores violencias no se podía llegar en el tratamiento del tema social. En el periódico le metían a mis lirismos una estadística en recuadro, donde se probaba que el madrileño comía más fruta y más carne, en proporción, que el berlinés, el parisino o el londinense, y las fotos de Gigi quedaban de puta madre.

En los mataderos, naturalmente, no trabajé nunca. Eso exigía mayor preparación, una recomendación municipal, muchas cosas, aparte de que yo hubiera sido incapaz de meterle la herramienta a una oveja. Hubiera sido como asesinar a una vicetiple.

Pero yo miraba las botas de sangre de aquellos hombres, sus delantales verdes, los grifos de sangre, los cazos de sangre, los guantes de sangre, un mundo a media luz en que la sangre era ya, simplemente, como agua roja, un agua que corría con naturalidad por entre nuestros pies. Gigi hacía fotos con flash, porque el entredosluces de los mataderos no permitía otra cosa.

Yo pensé siempre que se mataba animales así, a media luz, como si fueran ejecuciones humanas, porque, en el fondo, un ala de culpabilidad, violencia y crimen nos envolvía a todos en los mataderos municipales. Luego, yo titulaba aquellas cosas «Los vientres de Madrid», y a los redactores-jefes les gustaba mucho el título, porque ninguno había tenido ocasión, coño, de leer *Los vientres de París*, de Zola, ya que eran gente donada a la actualidad, a la noticia, y la literatura, chaval, no es más que un sueño que no conduce a nada.

—La literatura, chaval, no es más que un sueño que no conduce a nada.

—Y usted que lo diga. ¿Cuándo se cobra?

—Mucha prisa tienes tú por cobrar. Pásate el otro lunes.

Del pescado, en la Puerta de Toledo, mejor que el reportaje de la mañana, había que hacer el de la noche, cuando estaban de moda todas aquellas tabernitas de en tomo a la famosa puerta y al mercado.

Después de los clubs y los pubs, después de los cafés y los estrenos, allí estaban todos tomando pescadito frito, tan fresco y tan rico: Vicente Parra, con gafas negras, Marbel júnior, María Asquerino, Domingo Ortega, Lucía Bosé, Sara Montiel, Jorge Fiestas, Adolfo Marsillach, Tere del Río, Huguito Ferrer, lo que se dice todos, salvo los que habían preferido el chocolate de San Ginés o las tortillas de patata de por detrás de la Telefónica.

Alternábamos con los famosos, Gigi les sacaba unas fotos y luego salía todo en la prensa del corazón, y era una *high Ufe* limpia, correcta, graciosa, todavía castiza, nada sospechosa, que otra cosa no hubieran permitido los tiempos. Los famosos, como trabajaban de noche, pues también se esparcían de noche.

—¿Has probado el pescadito, amor?

—Está de sueño.

—Esta noche sí que lo han traído fresco.

—Fresco, dice. Fresquísimo.

Y se quitaban y se ponían mucho las gafas negras.

—Por favor, Maxi, aquí otra ración para la señora marquesa.

—¡Marchando...!

La señora marquesa estaba borracha de hombres, hambrienta de vino malo, ronca de tabaco rubio y besos macarras, y seguramente iba a ir a los servicios (con una guía de teléfonos por papel higiénico) a devolverlo todo en una vomitona gloriosa: pescaíto, besos de lengua, vino malo, whisky bueno, chivas de garrafa, flamenco repetido y el último sofoco de la última menstruación de su vida.

Pero le entraba a la racioncita de pescaíto, que a estos sarasas, mariquitas y mariposas no les puedes hacer un feo, que es que luego te despellejan.

—A estos sarasas, mariquitas y mariposas no les puedes hacer un feo, que es que luego te despellejan.

—Y que dominan toda la prensa, hija.

—Cómo te lo diría.

Llamaban «la prensa», claro, a la prensa del corazón, que era la única que ellas leían. La otra, o sea los diarios llenos de discursos, inauguraciones del Caudillo y editoriales sobre las ventajas de la democracia orgánica frente a la democracia masónica, era una cosa que ya ni leían, las tías.

—¿Y no te parece a ti que se está poniendo un poco pesado, Torcuato, con eso de la democracia orgánica?

—Yo es que paso la hoja.

—Mujer, si es que lo suelta hasta en las cenas.

—No me hables de cenas que me voy a devolver.

Y la señora marquesa se iba a devolver, según estaba largamente previsto.

Durante algún tiempo viví de alimentar discretamente la prensa del corazón y de los ovarios (aunque las marquesas no tenían ovarios, por entonces), y siempre era más descansado y más literario que cambiar de sitio una banasta de veinticinco kilos de lechugas, sin motivo ni razón.

—También son ganas de joder con las lechugas.

—La libertad de mercado, amigo, que va así.

—Ya lo veo, ya.

* * *

Tiempos en que anduve por Madrid descalzo, veranos de pisar el asfalto recalentado y municipal con las sandalias al hombro. ¿1970?

Hoy me parece tan milagroso como que Jesús anduviese sobre las aguas.

Milagro era, en efecto, mi caminar las aguas del asfalto y el adoquinado, ondulantes de luz de agosto, de sol reflejado y reflejante, de mañana lustral o tarde como un mar de oro sucio, líquido y alegre. Se pisaba la piel de la ciudad como el cuerpo de una mujer, se iba tomando posesión de Madrid mediante los pies, y alguna sabiduría de la vieja Corte me subía así por el cuerpo, hasta el nudo olvidadizo del corazón o el ventanal fijo de la cabeza.

Descalzo por Madrid, años sesenta.

En la noche de agosto, cuando uno volvía de la piscina El Lago —paellómetro de la casa y los cuarenta principales de Radio Madrid a toda aspirina, en los baffles, qué horrible palabra, teniendo «altavoces»—, con la hoguera del sol apagándose lentamente en el cuerpo, con la sexualidad del agua transformándose en sexualidad humana, entonces, los pies desnudos andaban el lago negro con fondo de gran ciudad vacía.

Pisar otro Madrid, descubrir el Madrid que se descubre por los pies, no por los ojos ni por las manos ni por los olores —no tienen nada que ver las ciudades de unos sentidos con las de los otros—, y llegar a Oliver, el club/pub que había abierto Adolfo Marsillach en Conde de Xiquena, esquina a Almirante, una cosa como inglesa, con chimenea y libros, más pensada para el invierno, pero que en verano era deliciosa de pisar en su moqueta frambuesa y fresca de refrigeración industrial, con los pies descalzos y recalentados de otras pisadas callejeras.

Oliver, refugio de montaña para cómicos y comicantas, periodistas, poetas de la resistencia y homosexuales de todo tiempo histórico/ahistórico.

Uno de estos homosexuales debió de inquietarse íntimamente, una vez, a la vista de mis pies desnudos, blancos y esbeltos, como de un Cristo ateo, sobre la moqueta frambuesa, y me lo dijo:

—Que no estás en Valladolid, Umbral. Ponte las sandalias, anda. Aquí la gente usa cosas en los pies.

Pero, ya de madrugada, llegó un amigo suyo, o enemigo privado, quién sabe, privadísimo, y vi cómo le instaba a quitarse las sandalias y poner los pies directamente en la moqueta o en el cristal negro y refrescante de la mesa. Oliver, cabaña en el bosque de la ciudad y la dictadura para hombres que gustaban de los pies de otros hombres. Ay.

No fue en verano, sino en el cerrado invierno, o así creo recordar, cuando salió un estado de excepción dado por Carrero Blanco, y allí estaba todo Oliver petrificado, colectivamente atónito, los rostros hechos espejo de otros rostros, entre los espejos.

En el diván rojo de la izquierda, Cuco Cerecedo, Raúl del Pozo, Eduardo Rico, pompeyanizados por el susto, sometidos a la lava psicológica del decreto: el uno irónico, galaico y sigiloso; el otro patético, con el gesto abierto y una como gañanía entrañable yéndole por la cara y las manos; el tercero, Eduardo Rico, comunista y tísico, expulsado de todo y readmitido en todo por la puerta de atrás, entrañable, lúcido y bebido, fumando en silencio con una sonrisa fija, blanda, ni siquiera irónica, que, fijándose un poco, se veía que tampoco era exactamente una sonrisa.

Encima de ellos, la iconografía y los libros de Bogart/Marilyn, los mitos para siempre de nuestra generación sin mitos.

En el sofá negro, o azul oscuro, que había contra el ventanal, María Asquerino, vestida aún de la doña Leocadia de Goya/Buero, hablando casi por señas, como su personaje, un poco perdido el rito de reina de la noche y fortuna de los hombres, fumando y bebiendo, con ese como fastidio de las mujeres ante las bobadas sangrientas de los machos.

—Y ahora un estado de excepción, no te jode.

En tomo de María, una hoguera de hombres: Carril, Amilibia. Valladares, Prada (el gran actor que murió prematuramente, de cáncer), actorcitos desconocidos y mujeres demasiado conocidas, una guirnalda de varios sexos, como esas coronas de muchas flores —Cándida Losada, Lola Gaos— que se tejen en tomo de las madres primeras, tribales y sexuales.

Oliver era una tribu.

(Don Manuel Azaña hubiese dicho que *una tribu alcarreña*.)

En el diván azul/negro, el de frente a la barra, el propio Adolfo Marsillach, vestido con la túnica de Séneca/Sócrates (seguimos teniendo una idea un poco romana, colonizada, de Grecia), según el filósofo que estaba haciendo en un teatro, entre cubos blancos y palabras que quedaban en el aire del escenario, cubiculares como entes de razón.

Adolfo hablaba, socrático, en voz baja y suya, teatral y catalana, con algunos actores, mientras su mujer. Tere del Río, de egipcia apócrifa, en claro anacronismo con su marido, del que tenía dos niñas —que quizá también llegarían a comicantas—, se iba sentando de unos grupos en otros, bella y joven, disfrazada y fumadora, con el perfil nada egipcio, sino bello/anodino. Un día se le perdió una sortija faraónica de entreoro no sé si dudoso y allí se vio a toda la resistencia, agachada como por el propio estado de excepción, Bueros y Rabales, Raúles y Montieles (Sara), a gatas por la moqueta, mirando bajo los sillones.

(El estado de excepción era la excepción al Estado, a un Estado que no existía, que era sólo la voluntad de un hombre voluntarioso y de sangre helada, como los peces que pescaba. Dice Dalí que el caviar es la gran experiencia vital del esturión. El estado de excepción era la gran experiencia política de Franco. Su poder lóbrego y absoluto, llegando a los límites de sí mismo.)

En el otro sofá, el que había entrando a mano derecha, Francisco Rabal, Gabriel Celaya, Amparo Gastón, *Amparixu*, Charo López, que entonces no era nadie y tenía un marido que realizaba cortos y bebía ginebra. Quizá, Damián Rabal, aunque los dos hermanos no solían coincidir en la misma mesa, Ángel González, poeta, comunista y funcionario del Ministerio de Obras Públicas, de los que colocaba Flor por influencia de

Vigón, que en otros momentos de estas *Memorias* he llamado Lugón, por confusionar un poco.

Y por entre medias, las mesitas pequeñas con sillas bajas y pufs, que eran las que tenían más gente. Y, yendo y viniendo por las mesas, de la barra o hacia la barra, la propia Flor, que se me decía marquesa consorte/divorciada de Cubas, hasta que le encontramos lo de las Landas del Guadalaviar, o Sandra, la doliente e hiriente Sandra, picuda de esquinas y desdenes, o las actricillas del momento, las que acabarían vendiendo carburante en una gasolinera (moda que ya se ha pasado).

Abajo, en el salón del piano, como en la bodega de un barco, los homosexuales que tocaban ellos mismos, desplazando al pianista, siempre canciones un poco retro, la nostalgia de Hollywood, la nostalgia del folklore español de posguerra, la nostalgia de ser mujeres, habiendo nacido hombres.

El agua turbia del piano tocado por manos más febriles que expertas, era al mismo tiempo bodega del barco de la noche —izquierda festiva, resistencia— y mares que surcaba ese barco.

Estábamos todos, arriba, surcando esa música como un mar nocturno.

Surcando ese mar como una música nocturna.

Surcando esa noche como una música marítima.

Los homosexuales, como las criadas y las palomas, gustan de meterse en todas las apreturas, de modo que allí abajo ni se cabía.

Luego había una población flotante que subía y bajaba mucho las escaleras, la escalera de caracol y oro, promiseando entre el salón de arriba y el de abajo. Eran chicos que pasaban modas y chicas que querían tener experiencias, acostarse con famosos, o, llegado el caso y la necesidad, con famosas.

O no tan famosas.

La escalera era la escala de Jacob, bíblica por los muchos vicios y lírica por las muchas chicas jóvenes que lucían la segunda minifalda del siglo (la primera fue en los veinte, la tercera vendría en los ochenta). Muslos de plata, muslos de oro, muslos de carne, con la esbeltez absoluta y dolorosa de la actualidad, bajando y subiendo aquella escalera de caracol, escalera de púlpito en la capilla roja de la resistencia y la izquierda festiva. Uno quería violar a las muchachas de los espejos, y, a ser posible, dentro del espejo.

(Los maricones andaban ahora con malas ejecuciones de Cole Porter, más aquel rumor que había circulado por Madrid, en los primeros sesenta, cuando vino Cary Grant, el Colé Porter del cine, de que se enamoró inútilmente de Carlos Larrañaga y de algún botones del Hilton.) Cosas que se dicen.

El que también vino fue Anthony Perkins, entonces adolescente y delgado, y la única exclusiva la tuvo Jorge Fiestas, para *Primer Plano*, revista de cine del Movimiento que dirigía, de modo incongruente, como casi todo, Adriano del Valle, poeta anacreóntico de juegos florales, viajante de comercio de tractores, hombre gordo y jocundo que yo no sé si había ido alguna vez al cine.

La revista se la llevaba, me parece, José Luis Gómez-Tello, falangista de bien, que titulaba su sección de crítica «El cine también es política», y que siempre que una comedia de Hollywood trataba de adulterios o divorcios, escribía que el filme nos quedaba lejos, con su problemática de países podridos por el libertinaje.

La familia española seguía siendo un modelo de contraste para esas comedias dobladas/censuradas, porque el doblaje —necesario o innecesario— era ante todo una forma de censura y manipulación que no se atrevía a decir su nombre.

También llegó una noche a Oliver el cantante gay de *Congratulations*, que había ganado lo de Eurovisión, y todos estaban nerviosos de inminencia, sabiendo que era «uno de los suyos». El chico resultó muy londinense. Cliff Richard.

Antoñísima Montiel, o sea la Sara, le contaba historias manchegas y rudas a Jorge Fiestas, que regentaba Oliver bajo la indiferencia de Adolfo, y que nunca habría

soportado aquellas historias rurales de la Antonia, de no tratarse de la Antonia. Antoñísima, a mí, me conoció tarde y mal, pero le hice una entrevista, en el tardofranquismo, donde se confesaba socialista y hablaba de sus parientes encarcelados o fusilados por Franco.

La publicación de aquella entrevista fue la hostia, o sea el copón.

Uno hacía guerra de guerrillas al franquismo utilizando cómo arma arrojadiza a la mujer, a las mujeres, cuyo mensaje siempre llega más, por vital, entrañal y veraz.

Había pasado Bourbon Street, en Diego de León, donde tocaban jazz y reinaba Nuria Torray. Había pasado también el Villamagna Club, del que ya se ha hablado aquí, bodega con buenos pellejos de música negra, que escanciaba al piano ciego Tete Montoliu.

Había pasado todo y quedaba, nos quedaba Oliver, que ya he definido como cabaña en el bosque de la dictadura y la gran ciudad —bosque de bayonetas y rascacielos—, bosque donde los periodistas, poetas y actores de la resistencia antifranquista se tomaban su petaquita de ginebra o whisky mientras teorizaban contra el franquismo.

Oliver fue algo que no se volverá a repetir, aunque siga abierto.

(El estado de excepción de Carrero Blanco era un privarnos de la persona —*máscara*— y de la personalidad a todos los españoles, incluso a aquellos españoles tan caracterizados que iban todas las noches a Oliver.

Por eso los encontré como sin rostro, hablando con voces pálidas, aquella noche en que los periódicos vespertinos traían el estado de excepción, y por eso Carmen Lozano era, más que nunca, la pepona goyesca, blanca de ojos negros, escote rendido, a quien le daban en televisión —TVE estaba entonces en el paseo de La Habana, y era un barracón de feria triste— papeles de mesonera de Lope.

El estado de excepción nos tachaba a todos con la equis de la palabra «excepción», y estábamos allí, tachados y bebiendo whisky, inexistentes, por más que los cómicos y comicantas subrayasen su personalidad con la túnica de Sócrates o el luto romántico de la última amante/ama de llaves de Goya.)

María Asquerino, sí, retroquelada entre Buero y Goya, mujer para quien inventé la palabra trasnochatriz, fumaba en silencio, entornaba el misterio de sus ojos sin misterio y era la señorita madrileña de escasos medios que, falta de educación sexual, como todas, se había lanzado a resolver su problema mediante la profusión de los hombres: Mistral, Fernán Gómez, Raúl, tantos y tantos. No había descubierto jamás, como les pasa a todas las seudofrígidas, que da mejores resultados el trabajo paciente, nocturno, asiduo y sabio de un buen monedero falso del sexo.

Así había sacado yo a algunas del purgatorio de llama fría de su frigidez.

A Oliver, ya digo, manigua civilizadísima de la libertad en represión, el teatro, el periodismo y la música, había llegado yo con pie descalzo, pisando las grandes plazas nocturnas de la ciudad como Cristo los lagos, y en Oliver me quedé por mucho tiempo.

(Marsillach anuncia hoy, siglos más tarde —qué alucinación, el tiempo—, que va a venir aquí al campo, a merendar.)

* * *

Los tranvías. Los tranvías, en los cuarenta, habían sido feos, un poco cuadradotes, y siempre iban enjambrados de chicos pobres, de golfos y funcionarios modestos que viajaban en la trasera porque no tenían dinero, por hacer un poco de deporte, porque habían llegado tarde a coger el tranvía o por salirse en algo del orden establecido.

Este algo siempre suele ser lo municipal.

Todos los tranvías, por entonces, parecía que hiciesen el trayecto Cibeles/Hipódromo/Cuatro Caminos, o que pasasen aún por una Puerta del Sol devuelta por la guerra y los bombardeos a su condición devastada de poblachón manchego, como si allí no hubieran estado nunca Alejandro Sawa mirando de frente al sol del mediodía, con sus ojos ciegos, ni Pedro Luis de Gálvez, o aquellos gallofones

atroces que llevaban un niño muerto en una caja de zapatos, durante días, y pedían para enterrarlo.

Madrid, digamos, terminaba en la carrera de San Jerónimo, con el lujo blanco del Palace, como un gran yate varado en la paramera castellana, en el secarral, y frente al que se alzaba ya la nave esbelta, ambigua, religiosa, y asimismo varada, de los Jerónimos. Eran como un barco pirata y un crucero de placer extemporáneamente coincidos en la mar de aquel cielo azul y rizado del ferragosto, que iba teniendo, por la tarde, el color homérico del vino.

Algo así.

Luego, los tranvías se estilizaron, se funcionalizaron, pasaron, digamos, de la diligencia a la góndola, como todas las especies, que cuando van a entrar en extinción es cuando aparecen más elegantes. Ya no tenían los asientos frente por frente, que era una cosa tan incorrecta, incómoda y maleducada, pues un peine de gente tenía que estar mirando para el otro peine.

Los tranvías, en el sesenta, tenían dos series de butacas, con un pasillo de por medio, ese pasillo hecho de largas y estrechas maderitas, donde jamás metían su fino tacón las madrileñas pisabién.

Ese suelo es lo que siempre le dio mayor optimismo a los tranvías. En vez de encontrarme a Rafael Alberti, con el billete del tranvía en la mano, como una margarita morada, camino del Museo del Prado, yo me encontraba a Juan Antonio de Zunzunegui, que me hacía crítica literaria sobre la marcha de toda la novela de posguerra, hasta el sesenta —Cela, Delibes, Aldecoa, Sánchez Ferlosio—, y me decía que ninguno sabía llenar los moldes, y por eso los rompía, pues era ésta una frase de no sé qué alemán que a Zunzunegui le gustaba mucho. Yo asentía a todo, pues lo que pasaba es que Zunzunegui, buen crítico de tranvía, me estaba dando hecha y sola la entrevista, y una cosa con Zunzunegui, por entonces, vendía. Zunzunegui se bajaba en el Gijón.

Aquellos tranvías, sí, se fueron estilizando hasta desaparecer. Se fueron haciendo cada vez más largos y delgados, más raudos y sutiles, más eficaces y eléctricos, más amarillo/Juan Ramón o más rojo/frambuesa, y así Ruano pudo llegar a decirme una vez, en la terraza de Teide:

—Hoy me molesta el tranvía que pasa y hasta el que no pasa.

A Lola Machado le había salido una cosa en La Latina, un papelito en una comedia arrevistada. Era un personaje que salía casi al final (y ya se sabe, en el teatro, que los personajes que salen a última hora son malos para el autor y para el actor, porque el público está ya cansado, no tiene ganas de identificarse con ellos y se pone vagamente hostil). Pero Lola tenía que irrumpir en bikini (era todo el desnudismo de la época) y desbaratar no sé qué enredos matrimoniales. Sin duda había sido la aventurilla de algún personaje.

—Nada, una cosa que me dan para que enseñe el culo.

Ni siquiera enseñaba el culo, aunque quedaba claro que lo tenía de escuela de Bellas Artes, pugnaz y teórico, joven y vivo, violento y alegre. Quizá el autor había confiado mucho en aquella irrupción póstuma de aire nuevo y risa fresca, cuando la mala comedia ya se le pudría entre las manos. Lola estaba brillante, espontánea, suelta, distinta cada noche, pero esto sólo lo sabía yo, que era el que la veía todas las noches. O era muy profesional o variaba el repertorio de gestos provocativos sólo para mí.

Antes de la función, después de la función, entre función y función, Lola y yo nos íbamos a un bar cercano, donde había futbolines, máquinas de pesetas rubias, televisiones, gatos, mierda, mierda de gato, gritos y esa gente oscura del teatro que da su luminosidad al espectáculo. Lola se recogía el pelo yegual, negro y torcido, en una violenta cola de caballo. Llevaba vaqueros, zapatos de tacón y una camisa o camiseta anudada siempre por encima del ombligo, aquel ombligo saludable y atroz, hermoso,

de chica dada a luz en el Seguro.

—Esta función no marcha, Umbrales.

—Tú darías juego en la revista, Lola. Tú, en la pasarela, te comes al personal.

—Antes que por la pasarela, hay que pasar por la cama del empresario.

—Cabrones.

—Ya lo ves. Umbrales.

Yo me envenenaba de café negro y de las tragedias tópicas, pequeñas y eternas del teatro.

Lola se estiraba mucho, bostezaba y, de pronto, transformaba el estiramiento en una cosa flamenca, en un zapateado o una samba.

—¡Juerga para este cuerpo, yes!

Y todos los hombres mirábamos aquel ombligo, obscuro y puro como un coño, en el vientre joven, duro, terso y teórico de la Machado.

Yo tenía tiempo de recorrer el viejo teatro, los pasillos, los camerinos, los altos recalentados por donde entraba a rendijas el sol amarillo como las cordelerías de la Cava Baja.

Era la moda de los cardados y todas las mujeres llevaban el pelo cardado: putas, amas de casa, ancianas bien, adolescentes, señoras de tomar el té en Embassy; todas. Lola y yo nos metíamos en un cine y, si la película era aburrida, ella se entretenía en descubrir y numerar cardados en el contraluz de la pantalla:

—Mira, Umbrales, otro cardado.

Dada la sociología de aquel cine, cada cardada era una meretriz.

—Ahí se ha puesto otra, mira.

Y la Lola reía, infantil y malvada.

Lola Machado era la mujer joven, morena y escorzada que no se iba a cardar nunca, que tenía aquel pelo negro y azul para hacerse grandes moños, o cola de caballo, o trencillas somalíes, o hermosas y derramadas melenas que luego se mordía a puñados como serpientes. Yo, claro, estaba enamorado de aquel pelo.

Una vez fuimos en el seiscientillos a un pueblo, cerca de Chinchón, donde se rodaba una película de época y Lola tenía un papel que consistía, como siempre, en que se la suponía desnuda dentro de un tonel, duchándose, hasta que caía dentro del tonel el espadachín tonto. Bajo las arcadas de un románico sin valor, estuve viendo a Lola hacer aquello con gracia, entusiasmo y fe. Por cómo la codiciaban/ignoraban los hombres crudizos del cine madrileño, comprendí que, como actriz, nunca saldría del tonel. Pobre Lola.

Tras almorzar en un mesón con los de la película, volvimos a Madrid en el seiscientillos, con todas las ventanillas abiertas para disfrutar la oleada cálida de los campos, que se levantaban en trigales y desgalgaderos, como si el campo, efectivamente, fuera a volar por encima de nosotros. Iba saliendo la luna grande del ferragosto.

—¿Qué te ha parecido la cosa, Umbrales?

—Que estabas maravillosa, como siempre. Y cómo te brillaban los ojos.

—¿Tú crees que queda esa secuencia?

—Queda de maravilla.

—Bueno, pues luego van en montaje, no les cabe, la cortan entera o la dejan hecha una braga.

Y Lola se reía de su propia desgracia.

—No creo, mujer.

—Dame un beso, cosa.

Y torcía la cabeza hacia mí sin perderle el reajo a la carretera.

A la entrada de Madrid, cenábamos en cualquier merendero al aire libre, entre familias y recepciones del Caudillo, que sonaban en la radio del aguaducho.

—Franco está en el Pazo, Lola, y ha recibido a monseñor...

—Que les den mucho por culo a los monseñores. Me jode la política.

Yo no quería estropear la noche explicándole que lo suyo, sus desgracias profesionales, eran también cosa política. Cenábamos tortilla de patata con pimientos picantes y vino tinto. No sé qué fulgores de otra luna (la Luna estaba del otro lado) ponían a Lola fosforescente, cachonda y sagrada.

Los pequeños reductos comunistas, Vallecas, Barajas/pueblo, Getafe, Coslada, Canillejas, Las Matas, Villaverde, sitios adonde había que ir, la gloria clandestina de aquellos traspacios, aquellos tabernones de pueblo, con haz de tute y obrero de la Perkins, con envés de jóvenes embozados en su barba, progres, comunistillas, viejos históricos de cuando el treinta y seis, que habían conocido a Díaz, yo era uno más para ellos, no siéndolo, porque estábamos en los tiempos —ah el año sesenta— de los compañeros de viaje, los tontos útiles, que decía Franco —ah, qué alegría ser útiles en algo—, y los intelectuales, universitarios y gente joven que se acercaban a la pila de hierro de la clandestinidad para ser bautizados con un agua aislada o, simplemente, como era mi caso, para bautizarlos a ellos de palabras, cultura, aire del mundo, modernidad, esperanza y vino tinto.

Pero había un equívoco de fondo, muy de fondo, que allí, en aquellos traspacios y traseras, quizá con los grises jugando al mus fuera, por la otra parte, en una mesita de la puerta, se resolvía en palabras torpes, tropezones verbales, toma más vino, te pongo más vino, ponme más vino, prueba un huevo duro, otro huevo duro, aquí para el joven un huevo duro, y así.

Y es que uno se resistía a que la literatura fuese una vez más la celestina de la política, la mera coartada para hacer una tertulia, en tiempos en que estaba prohibida toda expresión y reunión, salvo las reuniones de Franco en el Pazo, con diversos monseñores.

Si yo hablaba de Quevedo, de Torres, de Vélez, de Cadalso, de Larra, de Espronceda, de Valle, de Azaña, de García Lorca o Miguel Hernández, de los grandes escandalosos de la literatura española, es porque se había dado en ellos la trágica confluencia entre el estilismo y el terrorismo, no porque estuviese hablando encubiertamente de otra cosa. La literatura me parecía y me parece un arma de legítima defensa, no un adorno del político. La etimología última de Baudelaire significa puñal, y esto me parece significativo.

Por una vez, las etimologías tienen razón.

Pero este equívoco intelectual/pueblo, que en el cinturón industrial de Madrid, el cinturón rojo, el cinturón de miseria y otros cinturones se hacía soluble en vino tinto o cerveza helada, es el equívoco que nadie ha resuelto en la literatura universal. Lo que quizá lleva al suicidio a Maiakovski. Lo que acaba separando al surrealismo de la Unión Soviética. El escritor siempre teme ser utilizado por el político (mis compañeros generacionales de las oficinas de prensa de los Ministerios franquistas lo resolvían abriéndose de piernas), y el político es casi siempre un intelectual frustrado que mira con recelo y desprecio al intelectual, al escritor, a eso que para él es un «artista».

Una figura decorativa, un jarrón impar que en algún momento puede decorar una política de izquierdas o de derechas.

El escritor es un elegido de la libertad y el político es un fanático de la justicia (cualquier justicia, incluso la suya subjetiva y personal y arbitraria, como era el caso de Franco).

Entre el elegido y el fanático hay siempre un desencuentro, porque son exactamente opuestos. El elegido es alacre y el fanático es terrestre y pertinaz. El político es un fanático porque no ha podido ser un elegido. Es volitivo porque no es arcangélico. El elegido de la libertad sabe cómo repartir libertad a los hombres, pues no hay cosa más fácil, pero el político lo hace todo difícil con la política, con su política, ya que no tiene el don y cree que las cosas, para ser posibles tienen que ser primero probables.

No es verdad, ya que la improbable libertad es lo más posible del mundo: una paloma que llevamos ahogándose bajo la camisa sudada. No hay más que abrirse la camisa para que vuele la paloma y se nos vaya el ahogo. Desde la libertad personal se ve clara la libertad general, y la libertad general es ya justicia.

Pero el político quiere hacerlo al revés: conquistar o implantar una justicia sangrienta (sea esa justicia justa o no), para luego, desde ella, dar la libertad, que es una cosa que no se da, sino que se tiene o no se tiene, que no se elige, siquiera, sino que nos elige (o no).

Todo este mogollón y malestar me andaba en la cabeza mientras volvía, con algunos estudiantes y obreros, en el tranvía de Arturo Soria, que corría entre pinos, hacia mis barrios. Pero me quedaba de la excursión literario/política, como dijera Miguel Hernández, «un olor de herramientas y de manos».

Y eso era reconstituyente.

* * *

Para la cosa de acostarnos, Lola me llevaba siempre a los apartamentos de las amigas y compañeras que estaban fuera y que, con más suerte en la profesión, tenían ya ese nido de mujer con espejos quemados, soles de purpurina y latón (Manufacturas Metálicas Madrileñas de doña Carmen Polo de Franco, que en seguida se fue a la mierda como gran industria modelo), e, inevitablemente, una gran cama cuadrada (había la que llegaba al sueño hortera de la cama redonda, ignorando que las metáforas no se visualizan ni corporeizan, porque entonces ya no hay una metáfora sino un mueble, y generalmente horrible).

Estos apartamentos solían estar por la carretera de Extremadura, en algún pueblo o urbanización del camino, cosas del Instituto Nacional de la Vivienda o de las inmobiliarias protegidas por el Ministerio, y Lola y yo, a la vuelta de Talavera, después de haber robado cerámica, nos metíamos allí a fornifollar.

De recuerdo y como detalle, a la anfitriona ausente, que seguramente estaba en Benidorm con un consejero nacional del Movimiento, le dejábamos un plato talaverano de La Menora, de aquellos que cocían las obreras mientras cantaban a coro al naciente/incipiente Raphael, que tenían recortado de todas las revistas y pegado en las paredes del taller.

También había apartamentos por el centro, o casas viejas en la confluencia Leganitos/San Bernardo, o por el barrio de Salamanca, pero lo que más recuerdo son aquellos apartamentos lejanísimos de la carretera de Extremadura.

—Si quieres. Umbrales, hacemos noche aquí, y mañana, fresquitos, pegamos el atraco en Talavera.

Qué obsesión con Talavera y lo talaverano. La verdad es que a Lola le tiraba el arte popular, la artesanía, y acabó trayendo cosas de Suramérica para venderlas en Madrid. Tenía amigas con boutique que le daban a aquello mucho color, lo ponían de moda y hasta lo vendían bien, aunque a mí no me parecía más que barro cocido por un indio que no sabía cocer el barro.

Me ha pasado siempre con la cerámica popular.

—Bueno, Umbrales, a ver dónde le dejamos este plato a la Luz para que lo vea en cuanto entre, como un detalle.

—Pues aquí mismo, mira.

Yo cogía el plato y lo estrellaba contra el suelo.

La Lola se desescoñaba de risa.

—Me jode la cerámica de Talavera y estoy harto de robar platos en La Menora.

—Que esta vez no ha sido La Menora, Umbrales.

Pero la Lola se reía tanto que tenía que irse a mear al baño de plastiqué que tenía montado su compañera, la Luz.

Luz era de las que habían optado por materializar la metáfora, de modo que tenía una

gran cama redonda, como la de Hefner, el de *Playboy*, pero sin tantos aparatitos y con más indicios de que allí se follaba mucho.

—Me parece que aquí se folia mucho, Lola.

Lola tenía un cuerpo popular y como eterno. Era un poco a la manera de esas musas castizas que esculpían los artistas modernistas/casticistas del principio de siglo. La Lola, con el pelo suelto en la cama, los hombros de bronce joven, el pecho leve, las caderas poderosas, aquel ombligo homérico de que ya se ha hablado aquí, el pubis encrespado, los muslos como dos delfines esbeltos, raudos y en seco, los pies toscos y los glúteos teóricos, geométricos, cartesianos, de un cartesianismo cachondo y proporcional, la Lola, digo, iba diciendo, era sobre todo aquella carita de Virgen de pueblo, empequeñecida por las latitudes del cuerpo, empalidecida por el remoreo de la came/came.

La Lola se reía mucho en la cama, lo cual yo sé que es síntoma de frigidez o algún otro trastorno, como la conversación o el llanto. El sexo es trágico, qué vamos a hacerle, y la que no se pone trágica es que no siente o siente poco.

Pero a fuerza de trabajos y sabidurías recíprocas, la Lola acababa sumiéndose orgásmicamente en el tragicismo sexual. Lo que más le gustaba era ponerse encima de mí y hacer ella de hombre.

—Así nunca podrás decir que me has violado, Umbrales. Te violó yo a ti.

Lola Machado, cuerpo moreno y popular, amor violento, ternura de madre del suburbio, pelo entero y cuajado. Y luego, ya en la calle, su disfraz de starlette, la mirada alta, el pantalón con la trencilla de arriba abajo, los hermosos pies grandes y obreros, desnudos en unos zapatos de plástico invisible de los que sólo se veía el alto tacón rojo.

Y la raja de sandía que nos comíamos a medias.

Puente de Toledo. Las tardes sin Lola ni trabajo, cansado de leer en mi cuarto de Getafe, con la gata *Candy* sobre el vientre, me iba al puente de Toledo a pensar en mis cosas, por ejemplo el carisma.

Yo sabía que antes o después iba a tener trabajo, trabajo fijo o, mejor, trabajo abundante, una pequeña pasta, algo: «el que tiene una moneda la cambia, el que tiene una moneda la cambia».

Yo sabía que antes o después iba a cambiar mi moneda, pero ¿y el carisma? Carisma, por entonces, lo tenían Emilio Romero, Sánchez-Juliá, don Manuel Aznar, en la profesión, y pocos más. Claro que era el suyo un carisma más político que periodístico, pero me preguntaba yo, sentado en las piedras blandas y duras del puente de Toledo, viendo trazar al tranvía su hermosa curva de vuelta, si todo carisma —el de Machado, el de Unamuno, el de Azorín— no había sido a medias político. La literatura por la literatura no la lee nadie en este país. Salvo los críticos que se mueven entre la solapa del libro y la solapa de su chaqueta, condecorada de fideos (corto espacio mental).

En cuanto el hombre ve en camino los problemas del cuerpo, comienza a plantearse los del alma. Yo había llegado a Madrid buscando un empleo y ya quería un carisma. En aquella España sólo tenían carisma algunos políticos, algunos militares, algunos escritores y algunos periodistas, más el carisma en cuatricromía de las folklóricas, que era una cosa que no me preocupaba nada, naturalmente, o me preocupaba, en todo caso, por la Lola. El carisma es esa aureola de los santos que uno gana en vida mediante los pecados profesionales, personales y políticos. Era lo que la sociedad Restauración/Regencia, en aquel, en este mismo Madrid, había llamado «una leyenda».

Los románticos y los segundos románticos tenían que tener una leyenda, o en su defecto «una cabeza». Espronceda tenía una cabeza, y Larra, menos agraciado, tenía una leyenda. Los periodistas que además eran consejeros nacionales del Movimiento, en el año sesenta, tenían carisma. La cabeza había dejado de llevarse, porque Franco

obligaba a un pelo tirante, corto y discreto, con las estribaciones de la nuca rapadas. Y la leyenda estaba prohibida casi por decreto. Tener una leyenda era haber tenido amantes, intrigas, duelos y quebrantos. La leyenda que daban las biografías de los recién nombrados algo, en los periódicos, consistía en situarlos como números uno de su promoción, padres de familia numerosa y modelos de laboriosidad callada en lo suyo.

Una antileyenda.

Entonces se inventó lo del carisma. Carisma sí podía tenerse, porque la palabra venía del lenguaje sacerdotal de la época, tan imperante, y porque el carisma suponía como unas propiedades curativas mediante imposición de manos.

Pemán, Aznar, Suevos, Ismael Herraiz o así, imponían su mano a un joven periodista, en un almuerzo o un acto oficial, y aquel joven periodista ya estaba salvado del hambre, las pensiones de la calle de la Madera, el arroz a la cubana, las traseras de la Gran Vía, el plátano frito, los restaurantes con cuarterones y maestros de escuela, los reportajes cansinos en las noches de Riscal, Pasapoga, Chicote, Morocco, el Cisne Negro y Alazán.

Uno empezaba a hacer artículos o editoriales sobre la luz del Imperio que tenían las acacias, o mejor algún árbol de hoja lanceolada y brillante. Como yo no me veía por ese camino, pues no me veía el carisma, aquel carisma puramente literario, personal, que yo quería tener, y que en aquel momento sólo tenía Cela, quizá, prestigiado por la censura y la distancia.

—Lo primero, Umbral, es no dejarse ver sino por temporadas —me dijo Cela en una entrevista.

Pero yo, en cambio, estaba dando vueltas a los círculos exteriores de la espiral de Madrid —cinturón de miseria, cinturón rojo, cinturón industrial, cinturón de inmigrantes—, hasta acertar con la curva que me llevase al kilómetro cero, al corazón de la manzana podrida y barroca que era, que es Madrid.

Uno es que tenía como una vocación de podredumbre. Yo sabía cómo conseguir el trabajo, el dinero, la profesionalidad, cierto renombre interno al oficio. Pero el carisma ¿cómo se conseguía? Me imaginaba sin carisma por siempre, opaco y tenaz, laborioso y marengo para toda la vida, echando mi propia sombra sobre todo lo que escribiera. Y yo lo que soñaba era el carisma como una aureola de santo del Infierno, echando rayos y centellas de gloria en torno de la cabeza. Me imaginaba luminoso mientras en el puente me iba eligiendo la sombra nocturna que venía.

El mes iba como muriendo y, en una tarde nublada, Lola Machado y yo estábamos otra vez en el bar de las máquinas.

—Umbrales, ¿me dejas más pesetas rubias para esta máquina hijaputa?

Venía a mí, rozándome su tripilla, y se llevó otro puñado de rubias.

Yo, en la barra, tomaba mi blanco fresquito, mi tinto entintado —«tudescos moscos de los sorbios finos» (Quevedo)—, no sé, cualquier cosa, un vino barato con moscas como Damas de las Camelias, estas que fueron pompa y alegría, y drapeado barato y pegajoso de un verano que no sé si se iba. La cerveza, a la Lola, se le estaba quedando calentorra en la barra, con tanta máquina.

—Toma, Lola, que ya la tienes caldorra.

Me acerqué a ella con el vaso. Bebió con la mano izquierda mientras seguía trasegando rubias con la derecha. Estaba caliente y la escupió:

—¡Bah!

Nuestro silencio de enamorados tenía un fondo metálico y chillón de palancas y timbres de la máquina.

—Umbrales, que me han quitado el papel.

—No jodas.

—La Luz, que se acuesta con el de contaduría.

—Así ya puede ponerse pisos a lo Liz Taylor.

Lola estaba de perfil, atenta al juego, reflejando en su bello rostro todos los incidentes de la máquina.

—No te metas con la Luz y su apartamento, que bien lo has disfrutado, cabrón.

Tuve un presentimiento.

—¿Y qué vas a hacer, Lola?

—Irme a Venezuela, ya sabes.

—No sé nada.

Yo tenía mi vaso en la mano (había ido a por él a la barra), y Lola había dejado el suyo en un saliente metálico de la máquina.

—Esta cerveza sabe a pis, Umbrales.

—Te pido otra. ¿Qué vas a hacer en Caracas?

Dejó la máquina, se volvió hacia mí, me miró de frente, con sus ojos de Virgen de pueblo.

—Ya lo sabes. Joder. Meterme puta. Joder por dinero. No me queda otra cosa.

Y se bebió de un trago toda la cerveza caldorra.

Iba a decirle que para eso podía quedarse en Madrid, que a mí no me importaba, bueno, sí me importaba, pero no quería perderla. No dije nada porque me parecía todo ello de un melodramatismo psicologista o de un melopsicologismo dramático, y uno, hasta en la vida, elige sus géneros literarios. Pero la Lola lo adivinaba todo.

—No les voy a dar a estos cabrones el gusto de verme tirada y puteada. Allí no me conoce nadie, sabes que ya he estado. Me llaman andaluza, creen que todas las españolas, y más las morenas, somos andaluzas. Bueno, pues se van a joder aquellos caraqueños constructores de rascacielos horteras y van a pagar andaluza.

—Lola.

Lola había vuelto muy tranquilamente a la máquina y de pronto un manantial de oro, un chorro de pesetas rubias, le cayó en el cuenco románico y obrero de las manos. La Lola rió con aquella risa niña que le corría por toda la larga y hermosa dentadura.

—Bueno, ya ves que no todo se te da mal, Lola.

—Te invito a otro vega Sicilia de garrafa, Umbrales, cómo se nota que eres de Valladolid, cabrón, y a ver si me suben una cerveza helada.

Nos acercamos a la barra.

—La Luz es una puta —dije, comprendiendo que acababa de decir una bobada, o varias bobadas en una.

—Como tiene mala conciencia, me ha dejado el apartamento para esta noche. Umbrales, por última vez. Allí nos pegamos un homenaje de muerte, cosa, y si te he visto no me acuerdo, macho, y si te vas y nos dejas, hasta luego, Canalejas.

Lola tenía el sentido irónico de la adversidad que tiene el pueblo español. Lola me hacía creer en el pueblo mucho más que mis contertulios de reunión literario/política/clandestina en cualquier barrio de la periferia.

—Eres cojonuda, Lola.

—¿Me estás ligando, Umbrales?

E hizo el mohín caprichosito y justo de la gran actriz que no iba a ser nunca.

—Te prometo que escribo algo denunciando esta injusticia.

(Yo me sentía cada vez más infantil y más tonto.)

—Que no soy la Carmen Sevilla, Umbrales, que no soy noticia. Como no quieras que le hagamos a la Luz, en el apartamento, una cachiza de cerámica de Talavera...

Y era la única persona en el mundo que sabía reír su propio humor. La amé de golpe. Salimos del bar y el mes iba muriendo en una tarde retardada y como pretoñal, en la que algo se pudría, por el cielo o por la tierra.

Caminamos el pedregullo muy juntos y muy despacio.

* * *

Carmen Sevilla. Entrevistar a Carmen Sevilla era el sueño y la ventaja de todo reportero literario (al margen gacetilleros de sus amores y amoríos), porque Carmen Sevilla, entre Lola Flores y Paquita Rico, era como más verdad que las otras dos, más mujer española del pueblo español. Era, entre faralaes y argots andaluces, algo así como la más veraz.

Carmen Sevilla, separada ya de Augusto Algueró (Algueró había heredado de Luis Miguel Dominguín una sobrina rubia y mariví, lista y trepa), vivía en un chalet del Viso, y como yo iba teniendo ya traje de terciopelo, abrigo Pierre Cardin, botas de tafilete y una cierta firma en la prensa, me decidí a la entrevista con aquella mujer que era la única que me enamoraba de entre todas las folklóricas, como madre buena del pueblo, celuloide virgen y cera de novia fiel.

Su chalet de separada era una continuación de los decorados Cifesa, única referencia suntuaria e inmediatamente anterior que tenían aquellas mujeres de lo que pudiera ser una vida de estrella. Había un gran vestíbulo redondo (ella diría *hall*, seguramente, pronunciándolo bien, en el inglés de las productoras), y la circunferencia se abrió, como en las comedias americanas de mejores efectos escénicos.

Carmen Sevilla, sencilla y de largo, esbelta y madura, afinada por los años que le pesaban en alguna parte, quizá sólo en la sonrisa.

—Hola.

—Hola.

(Uno ha tenido siempre la fascinación, más literaria que otra cosa, creo yo, por las bellas mujeres del pueblo, y que no debe pasarse al haber de mis populismos o lo que fueren, ya que la fascinación por una criada, cuando funciona selectivamente, es tan esnob y culpable, tan estetizante como la fascinación por una marquesa.)

—Y qué me vá a haser, siquiyo.

Ni yo le iba a hacer nada ni yo contaba con que Carmen Sevilla hablase andaluz, efectivamente, como en las películas, ni yo, finalmente —ay—, era ya un «siquiyo». Pero dijo siquiyo toda la comida.

Había conseguido, sencillamente, almorzar con ella, a solas, para escribirlo luego. Carmen Sevilla tiene los ojos claros. ¿Tiene los ojos claros? ¿Tenía? Hoy debe de ser una anciana.

No sé.

Almorzamos en una mesita, en un comedorcito como tangente a la gran circunferencia del *hall*.

—¿A ti te gusta que te metan mano, Carmen?

—¡Pero, Umbrá! A mí me habían dicho que tú era un gran periodista, bueno, o sea, un gran ezcritó.

—Perdona, Carmen, es para la entrevista.

Tenía el pelo de llama herida, los ojos de otro claro distinto a los claros ojos del aperitivo (hay mujeres que reflejan mucho en sus ojos el color de los aperitivos).

Tenía el cuerpo, los hombros, los pechos, el regazo, todo, de un espesor y proporción que son los que gustaron a los griegos y a los reclutas, y que a mí me hacían dudar, entre plato y plato, de todo lo aprendido (y gustado) sobre la belleza moderno/ baudeleriana, las asimetrías y la delgadez.

Aquello era una madre del pueblo sobre cuyo regazo uno hubiera dormido, gañán, después de cometer incesto con ella sobre las maquilas trigueñas y familiares.

—Carmen.

—Qué.

—Que dónde te gusta más que te toquen.

—Umbrá, hijo...

Lola Flores, que ya ha pasado por estas *Memorias*, me parece, era mujer/fetiche, con más significaciones que incitaciones.

Paquita Rico, o cualquiera de sus clisés intercambiables, no era nada, nadie. Carmen Sevilla aportaba una densidad de mujer al hecho de servirme ella misma el relleno del cocido que era lo que uno hubiera esperado siempre de la madre exquisita que tuvo, y que no servía rellenos ni nada.

—Perdona, Carmen, pero a lo mejor es que uno es un follamadres.

—¿Y no me preguntas ná para la interviú?

Lo más tercermundista y entrañable de las grandes folklóricas es que aún decían «interviú», como el día que les hicieron la primera.

—¿Y qué es lo que tienes más sensible, Carmen, la boca, los pechos o los muslos?

—Los muslos, por la parte de dentro.

Había entrado ya en el juego. La entrevista empezó a perder interés.

La publiqué aproximadamente como va aquí. Rebajada, claro.

Con la copa ventruda de coñac en la mano, después de los postres, como peonza de alcohol que nos iba mareando en su giro quieto (Carmen Sevilla servía buen coñac a los invitados, Magno, Torres o así), hablamos de muchas cosas y procuré pasar del terreno convencional de la entrevista al mundo estrecho y personal de la conquista.

Para nada.

—¿Te llamo, Carmen?

—Cuando quieras, hijo.

La llamé mucho, claro. Unas veces se ponía y otras no. Hasta que me cansé y comprendí lo que ya sabía: que no había nada que hacer.

¿Y qué había buscado yo en aquella mujer, durante un mes o así de obsesión? (Tampoco le han durado mucho más a uno, nunca, las obsesiones.) Pues seguramente había buscado a la mujer solitaria en cuya carne abandonada empezaba a palpase la grama de la edad y el silencio. Más, como ya he dicho, la fascinación literaria, nada popular, por la moza del pueblo: Carmen Sevilla seguía tan alpestre como cuando la descubrí, no sé en cuántos sentidos, Cesáreo González.

Salí de aquella casa, con la peonza de coñac en la tripa, enamorado y frustrado, dispuesto a hacer una entrevista fuerte, erótica, sobre todo, para lo que era aún la censura del tardofranquismo. La entrevista, en efecto, fue muy comentada.

Y yo me corroboré en mi idea (uno no va haciendo otra cosa en la vida que corroborarse, porque nacemos programados) de que lo mío eran las Marías del Té, las estudiantes contestatarias de primero de Letras. O las marquesas como Flor, que sentían por los escritores la misma fascinación que los escritores —socialrealistas o no— por las marquesas. O Lola Machado, periférica, frustrada y puta, que era ella, a la inversa, quien había descubierto el *glamour* del intelectual, digamos, habiendo vivido siempre entre albañiles. Para fascinarse por alguien hay que tener imaginación: inventarse ese alguien, aunque exista.

Carmen Sevilla no tenía —ay— imaginación.

* * *

¿A qué olía Madrid en el año sesenta, a qué olía mil novecientos sesenta en Madrid? A Gran Vía y labranza celestial, al cuerpo aldeano e incorrupto de san Isidro, a romería eneolítica de los yacimientos del Manzanares, a laureles heráldicos, a tranvías dejando un rastro de electricidad en el puente de Segovia, serenísima geometría de Herrera, al mudéjar de San Pedro, a cartografía y gambas a la plancha, a los perros llagados de Alfonso XI, a árabes podridos en la cuesta de la Vega, a madrileño mísero, a código donde las letras son ya termitas, a 1346, a alcázares con cenefa de moros, a camisa de Reyna Ysabel en viernes, a luto tintorero de Felipe II, a óleo de Pantoja, puesto esquintero de la plaza Mayor, viento con sol de la plaza de Oriente, caserío manchego, tinta pútrida de Texeira, que nunca acababa el plano, vagas artillerías, almidón de la Restauración/Regencia, que fue un régimen que se sostuvo por el almidón, Casa del Ataúd, adoquinado con raíles, solares con gatos sacralizados por el Egipto de la

miseria, por el faraonismo del hambre, gas de farola, hortera perfumado de semáforos, aquella cosa que se daba en el pelo el conde de Peñalver, sótano de Banco, oratorio, trajes usados de Antonio Palacios, el arquitecto, Chicago desolador. Red de San Luis, casinos mercantiles, mendigos estofados de sol en Callao, cines que olían a la axila desodorada y cálida de Sofía Loren, la prensa en sus palacios, con la aureola ácida de la tinta, farallón de libros en la Casa del Libro, magnesio de fotógrafos artistas, con estudio, tudescos moscos de los sorbos finos y quevedianos, en la afluyente calle de Tudescos, familiones que iban mucho al *Actualidades*, precatálogo, ángeles de los reaseguros, efébicos y sudados en bronce, el río podrido y en seco de San Bernardo, que cruza por donde quiere, la braga con lentejuelas de Silda Legrand, *la Perla de Cuba*, coladas de patio y lunes entre los rascacielos, esa cosa torrefacta que sube de la calle de la Montera, marisquerías como puertos cubistas, buzones de correos con su efluvio de tinta mal ortografiada, la sífilis de Ganivet en su pensión de Jacometrezo, los sexos trajinados de las chicas del Fontalba, la halitosis de don Ramón de Mesonero Romanos, la menstruación escandalosa, acuática y monumental de la Cibeles, los perros que orinan en la Puerta de Alcalá, la sangre seca del torturado en Sol, las lociones que siguen de moda desde los felices veinte, más cerdo asado a la manera criminal, domingo con frío, bohemios orinando en San Ginés, Juan Ramón masturbándose en el parque del Oeste, Daoíz y Velarde en coro de costureras, por Malasaña, Franco/Franco/Franco, estanques alfonsinos de la plaza de Oriente, generaciones, el blusón viejo del farolero, fotos del día de la boda, cuchillo muy afilado, no se sabe para qué, marroquinería, el jubilado en su mundo de migas de tabaco, sellos Juanse para las preciosas con caries, churrerías de churreros ilustrados, peluquerías cubistas de Lavapiés, mierda de *Rocinante*, melancolía de la calle de Puñonrostro, albañiles de la Almudena, sindicoverciales, libros viejos de Arenal, mariconadas de Sabatini, tranvías perfumados de colegiala, espontáneos del saxofón, braserillo del de las quinielas, fragancias del mercado de San Miguel, sobacos solterones de La Chata, vivienda protegida, suela de llanta, sol jubilado, abecé de anteayer, clavel íntimo y femenino de Villa Rosa, mus de viejos en el parque del Oeste, marlboro de la esquinera, chispa del trole, alabarderos interiores de la República, que se los veía venir, la caja del limpia, llena de cremas como chinas, la flauta y el tambor, que no pegan nada, Tetuán de las Victorias, otra ciudad sagrada del marxismo, el renuevo de niñas rubias, esa maravillosa que sale entre una y otra generación, imposible de historiar, única, y que es la que más perfuma, cine Doré, modernismo desvencijado, cafés de barrio, con su escritor de la vuelta a la manzana (qué miedo quedarse en eso), café de músicos, cafeterías, un rastro de sangre y dólares, hemingwaiano, en la cervecería Alemana, donde las chicas follaban bajándose un poco la cremallera, el vestidor más íntimo de Galerías Preciados, patines adolescentes de la Ciudad Deportiva del Real Madrid, poniendo unas alas de escarcha en la pantorrilla lírica de la colegiala, organillos de música con tracoma, la hierba de debajo de los bronceos ilustres, más húmeda y con otro olor, siempre sin luz, el olor a modistas del Museo del Prado, el Metro, el Metro, oliente a electricidad y sopa, las estaciones, una mandarina de hierro en la que entraban y salían trenes como gusanos, el mesón del Segoviano y la gran posada de San Pedro, hija de Santiago González, plaza de la Ópera, perfumada de Metro y de Beethoven, Puerta Cerrada, olor a callos y siglo XVIII, Casa Paco, Conde de Barajas, plaza de la Paja, colegialas y gorriones, condestables y el buen tabaco que siempre fumó Mur Oti, el del cine, por entonces nuestro Orson Welles nacional.

Churrería de Churriguera, en Fuencarral, que da un perfume violento e ilustrado contra los legajos rancios del Tribunal de Cuentas. Calles de la Amnistía y de la Unión, olorosas a asonada madrileña, y esa esquina que hacen la calle del Biombo y la de San Nicolás, ladrillo viejo ilustrado de arañas y lagartos, bronceos desnudos y femeninos

de las plazas, que sudaban un agua municipal y uno se la bebía como el sudor de la mujer bella después del amor, plaza de Puerta de Moros, perdido el pote oliente de las morerías, la Mariblanca, oliendo a la cebolla que la aureola, como chica para todo de Madrid, Neptuno, entre el Palace y el Ritz, aséptico de hoteles y turistas, Colón, de donde aún se levantaban olores a audiencia con tapices y grifería de oro con agua aromática, antes de que tirasen el palacio de Medinaceli, Puerta de Hierro, galernazo de cielo y gasolina, la Moncloa, entre el 98 y el fascismo, el Rastro, con vírgenes románicas, preñadas y destruidas, que daban por sus grietas una luz medieval para la pituitaria, barro, barro, secreta alfarería, ese clima de alfar sepultado que da Madrid, don Nicanor tocando el tambor, trampa y cartón que olía a calderilla, la estudiantilla en ráfaga, perdida para mí entre dos tranvías, cuesta de Moyano, riada en seco de libros muy leídos por el sol de cada tarde, el Rastro, disueltos sus olores históricos, cívicos, sociológicos, en una vulgaridad de marroquinería, las noches del buen Retiro, cargadas de astronomía y de sexo, la bolsa de pipas, el clavel tieso y sin perfume del madrileñismo convencional y último, como una llaga inversa, de plastiqué, heráldicas de cerveza en la plaza Mayor, corralas con isetas y mesillas de noche, altarcitos barrocos de la Paloma, palomas en su nido, de verdad, visitando el horizonte gastado de los abanicos, el césped del Bernabéu, que olía a recién cortado en la mañana, cuando no había nadie, un olor que jamás gustaron los futbolistas embrutecidos de embrocación, la plaza de las Ventas, que ya he dicho, siempre sangrando novilleros enfermos, la pintora argentina al aire libre, todo un poco vagamente falso y parisino, viento de chica rubia en las discotecas, la lata de Cascorro dando un petróleo sangriento y azufrado que ponía espeso Madrid y paraba el motor de los autos, los dulces del Riojano, Madrid abierto de piernas hacia la plaza de Castilla, los callos del restaurante Oliveros, la frutería La Julia, abrumando de plátanos el barrio, la nieve que traían entre las piernas las chicas deportivas de Concha Espina, en invierno, el palacio de Cristal, cisnes y lago, un olor a modernismo que era quizá el olor mismo del lejano ropero de mi madre, una lata vieja de sardinas eternizándose al sol en la Casa de Campo, el Manzanares, el Manzanares, donde nació este libro y al que vuelve, volverá, el sol neo/neomudéjar perfumando como un árabe limpio en las escuelas Aguirre, una bicicleta de chica, esperando, abandonada, con todo el mundo leve y oloroso de la chica, que debe de estar sacando la matrícula de algo, los refrescos de Casa Alberto, o del bar La Terraza, reinas hospicianas con pergamino de piedra.

Madrid olía al burro de los traperos, que pasaba temprano, tirando del carrillo, hacia Cuatro Caminos, y al orujo del aire, que templaba la espada interior y ya oxidada de los pobres.

* * *

Después de lo de Lola Machado, me quedé un poco solo en mi mundo de Usera, Móstoles y el cementerio de Leganés (por donde también había tenido algún paseo romántico con la Lola). Pasaba el tiempo pensando en ella y rascándole la hernia a la gata *Candy*, que tenía una hernia bajo el fino pelo blanco de la tripa, y disfrutaba mucho con el rasquen.

Un día vino a verme, inesperadamente, el homínido/cromañón/groseto padre de la Envidita, los del arroyo Abroñigal. La Envidita había muerto, naturalmente. La Envidita era de durar poco, eso ya se veía. Sí, la Envidita murió, me decía aquel hombre honrado y sin ventura, aquel rojo de la rojez de la vida, más que de la rojez de los partidos. Lo cual que tú, Umbral, nos ayudaste mucho cuando entonces. Bueno, nos ayudamos todos, para eso estaban los tiempos, decía yo, sin dejar de rascarle la hernia a la *Candy*, la gata, y sintiendo ya como que le rascaba la palma de la mano a la niña muerta, juego que le había gustado tanto en vida. Y comprendía yo para siempre que necesitaría toda mi vida, ya, un ser débil, entrañable, dulce y estilizado por la felinidad o la subnormalidad, a quien rascar.

El caso venía a ser éste. Que a la Envidita, al día siguiente de muerta (imaginé el velatorio en la cueva del arroyo, entre cabos de velas robados en las iglesias por la tarde, por ejemplo aquella, muy de bodas y bautizos, que había en Manuel Becerra, mientras los entierros franquistas y los toreros de sangre pasaban por encima del arroyo, horizontales), al día siguiente de muerta, digo, a la Envidita la habían incinerado. Grosetos y cromañones temblando entre la sombra de las velas, como entre las sombras de la prehistoria: la prehistoria alienta aún en la miseria. A la Envidita la habían incinerado por disposiciones legales sobre los mongólicos, por capricho de la madre o porque era más barato, yo qué sé, no me enteré bien. ¿Y hacia qué hora la incineraron? Hacia el mediodía, dijo el padre de la Envidita, viéndose que le extrañaba un poco la pregunta. Hacia el mediodía. Comprendí por qué veía yo, muchos mediodías, hacia el cielo lejano y camposanto del Este, un fulgor momentáneo, como un cuerpo sagrado y de oro, ardiendo y extinguiéndose, angina de luz en la luz.

Lo cual que no nos dieron las cenizas, que son nuestras, lo cual que aquí en este país de mierda está legislado así, la puta Iglesia, ya sabes. Umbral, lo cual que a la madre le ha entrado la figuración de robarlas de la Sacramental, de tenerlas en casa, enterradas en el huerto, aunque sea, bajo la higuera estéril, no por rezarlas, yo creo, que ya sabes tú que tampoco somos de rezar, pero a lo mejor por tenerlas más cerca, en fin, un consuelo. Y he pensado en ti, Umbral, o sea que me he permitido, porque tú eras el único que tenías estudios, allí en el arroyo, ¿te acuerdas?, que los demás me dicen que eso es profanar la resurrección de la carne, el reposo de los muertos, la paz eterna, la hostia, todo eso que les han enseñado los curas a cambio de unos calzoncillos para el invierno, pero te estoy colocando el rollo, Umbral, y que es graciosa la gata, y se ve que te quiere. Se trataba, claro, de que el rojo/groseto padre de la difunta Envidita había pensado en mí —no podía contar con nadie más— para robar del nicho la urna municipal con las cenizas de la niña. No quise decirle que yo la veía arder en el cielo, algunos mediodías, allá muy lejos, sentado yo en el puente de Toledo, como un cometa o una estrella nova que pega su último estampido de luz ante nuestros ojos, como una rosa que se abre o se cierra. Fuimos a la Sacramental de la Almudena un mediodía de verano.

No había nadie, claro. Por eso habíamos elegido el día y la hora. De noche habría sido más peligroso. Mientras el groseto vigilaba la nada, porque nada teníamos en torno, sino muertos marmolizados, yo, subido en un tiesto que cogimos por allí, le iba quitando las viejas flores a la lápida del nicho, después que el otro me dijera «ése es», porque los nichos estaban en fábrica de albañilería pobre, como viviendas protegidas de los muertos que hubiese inaugurado García Carrés. Además, que en la lápida no habían escrito nada, por falta de dinero o por buen gusto del groseto, mi entrañable amigo. Quitar aquellas flores era como irle arrancando blandamente los pelos a la Envidita, que siempre se le despegaban en mechones. Con la navaja del padre, hice saltar las cuatro pellas de barro seco que sujetaban la lápida, y ésta se la pasé a él silenciosamente. Detrás había obra de cal y canto, con telarañas. Allí empleamos picos, palas y azadones. Lo poco que llevábamos. Despegada esta segunda lápida, metí la mano en lo negro y saqué una pequeña urna de no sé qué metal. Toma. Volvimos a colocarlo todo tal cual, porque no se advirtiese, y hasta nuevas flores, que el groseto las había llevado frescas. Me gustó devolverle la niña a su madre. Ya era yo un saltatumbas, y ahora estoy aquí, piso del Manzanares, donde comencé estas *Memorias* literarias. El río huele a cadáveres y la casa huele al melón tierno que he cenado. Es hora de sentarse en la terracilla a respirar miseria. Mañana seguiré escribiendo y escribiendo. A ver si me sale un libro bueno y se vende.

y 3/LOS CUERPOS GLORIOSOS

Toda nostalgia es un fervor decaído.

ANDRÉ GIDE

Diez años y cincuenta kilómetros más al norte del río Manzanares, entre Madrid y la Sierra (en qué mínimos perímetros tienen lugar nuestras vidas: Ulises resulta que apenas se había alejado de su casa, al final del poema), estoy aquí, forrado de jardín, y he visto pasar la Historia, con su ruido de sables, como una traslación de patios de cuartel, a través de los sauces gigantes de mi huerto volteriano. A partir del año 70 vivimos esperando el milenio con sus siete ángeles de fuego, música y trompeta: el ángel de la guerra, con espada de sangre. El ángel de caballería, con rocín de mierda. El ángel de infantería, con pies de fango. Etc. Redactando estas *Memorias*, que empecé hace tanto tiempo, que he escrito toda mi vida (la memoria no tiene por qué no anticiparse a lo memorizado), escribiendo en ellas todas las mañanas, me aproximo, en la venida hacia mí mismo (la historia de una época no es sino un rodeo autobiográfico), a aquellos años, todavía recientes, a aquellos años temblorosos del tardofranquismo, cuando yo era el que irrumpía en ciertos mundos como describiendo/desgarrando de golpe un cortinaje, y la *jet/set*, la *high/life*, la gente bien de toda la vida (pronúnciese *bian*, como en Serrano), se preguntaba qué iba a pasar después de Franco. El ángel de artillería, con la cruz de hierro de Muñoz Grandes. El ángel de la marina, con bandera negra.

Una noche, en una cena *privé* y drapeada de mujeres bellas, el doctor Zúmel, de quien ya se ha hablado en esta *Trilogía*, preguntó a los circunstantes, ya en el café y los licores, cómo preveía cada uno la vida española después del general, sin el general. Era éste un juego político de sociedad que se practicaba mucho por entonces. El ángel de la aviación, con testiculario de bombardero.

Casi todas las respuestas enseñaban pálida y torpemente los intereses propios y futuros del que contestaba, hombre o mujer. Hasta que habló Barreiros, el de los camiones, aquel gran protegido de Franco. Barreiros y su esposa, cubierta de joyas como al azar, sin demasiado orden ni organización en su tautológica y regia bisutería, habían estado toda la noche explicándonos lo ricos que eran. Él llegó a explicarme en cierto momento que el mantenimiento de un yate que tenía anclado en Puerto Banús le costaba un millón de pesetas diarios (hoy unos diez millones). Y encima no les gustaba el mar, como gente de carretera que eran. Dijo Barreiros:

—Yo lo veo muy sencillo. El Rey sucederá a Franco. Todo seguirá igual y aquí habrá una apertura, naturalmente, con dos partidos: la derecha, que serán los requetés, y la izquierda, que será la Falange.

Andábamos como por 1974. El ángel requeté/falangista, creado por Sainz de Tejada.

Fueron, sí, años temblorosos y conspiratorios en que la gente comerciaba con la nada. La aristocracia y los millonarios procuraban elegantizar el miedo, armonizar sus incertidumbres. Por entonces conocí, en casa del arquitecto Fisac, a Hafida Kelladi, embajadora de Argel en Madrid.

Hafida, de rostro africano y perfume parisino, de ojos escrutadores, como si todavía mirasen por encima del velo, y boca sesgada hermosamente de un como remoto canibalismo, fue criatura que me interesó en seguida.

Pronto estuve en sus cenas de Puerta de Hierro. Recuerdo ahora la primera o la última. El jardín tenía descensos, azoteas, terrazas, templetos, escalinatas verticales y estrechas, de piedra, y la leyenda de la hija que se le había ahogado a Hafida en la piscina, y había permanecido tres días en el fondo, hasta ascender a la superficie sana, salva y dormida.

Siempre quedaba la duda de si la niña seguía dentro de la piscina, entre dos aguas, como lámpara infantil y licual, dando fosforescencia a la noche y la fiesta. Allí, Vidal Beneyto y los hombres de la Platajunta, Luis Seara, Pacordóñez, Morado, todos esos

que parecían tener la Historia desnuda entre sus manos, y disfrutarla por turno.

Pepín Vidal era alto, chato, profesoral, cordial y *muy Sorbona*. Allí, quizá, alguna vez, Ignacio Camuñas o alguno de sus representantes en la Tierra (él vivía en los cielos de la soltería y las colonias buenas). Allí la Artajo, nuera del ya volado Carrero Blanco, mujer entre Melina Mercouri y niña bien de Serrano. Allí María Cuadra, sin acertar aún (no había acertado en toda una vida) a sacarle partido, o siquiera una parte, a su belleza original y para nada. Allí Antonio Garrigues, tendido en la hierba junto a mí. (A mí me había puesto Hafida, debajo, una capa argelina, bordada y oscura como una réplica del cielo agosteño y agostado que veíamos Antonio y yo sobre nuestras cabezas:

—Paco, que hoy me he hecho ocho horas de despacho, ocho de deporte y ocho de lectura.

—¿Y cuándo duermes, Antonio?

—Pues tienes razón. No había caído.)

Joaquín Garrigues, ya con su prestigio de premuerto, era el más elegante, el más irónico, el hombre a quien ya se le despegaba la ropa, como a Baudelaire en Bélgica: la corbata, los puños de la camisa y hasta el flequillo del pelo.

Esa manera que tienen las cosas, tan fanáticas de la vida, de huir del muerto interior inminente como del barco que se hunde (por eso atornillan las cosas en los barcos, y no para que no se caigan, claro). O Carmen Garrigues, con su temblor de manos, que primero me parecía nerviosismo, inseguridad ante la presencia del prefamoso (yo era prefamoso como Garrigues era premuerto).

Con el trato y la asiduidad he comprobado que a Carmen Garrigues, nacida Llanos o algo así, las manos le tiemblan siempre sin que eso signifique nada, ni enfermedad ni, por supuesto, rubor. Pero la petulancia masculina es inextinguible/incorregible. Por el temblor de esas manos, en todo caso, he visto pasar, invisibles, durante años y años, las corrientes contrapuestas de la vida y el sexo, de la familia y la cultura, de la «sublimación sobrerrepresiva», que diría Foucault, citando a los psicoanalistas.

Son manos de mujer, anilladas y muy dibujadas, que quizá no tiemblan, sino que están inmersas en corrientes que no vemos, en electricidades que no sabemos, mientras su marido, Juan Garrigues, reinaba en su propia apatía. Por el temblor de esas manos femeninas vi mejor que nada, más lírica y plásticamente, las penetraciones que atraviesan el gran mundo, los agujeros negros del sol de la gente bien, los vacíos que se hacen en lo lleno, y lo lleno que está el vacío de sus vidas. Mujer de belleza antigua, presentísima y un poco cruel. Me la decían enamorada en pubertad de líricos (más que heráldicos) infantados. ¿Era esa violencia que se hizo a sí misma en su corazón niño lo que la había dejado temblorosa para siempre?

Pocas criaturas tan interesantes (y perdón por lo inercial y vulgar de esta palabra: sé lo que me escribo) en la ininteresante vida social. Aunque dijo Ortega que el amor es un fenómeno superior de la atención, y yo no quería poner demasiada atención en Carmen Garrigues por no enamorarme, claro.

Luis González Seara, vecino mío, además, ha sido siempre como un ministro natural de la vida española, que a veces, como por casualidad, encima ocupa un ministerio. El cuscús intelectual/político de Hafida pasaba de unos a otros en una noche como de camelleros y somalíes desnudas bañándose en lagos de espejismo. Kelladi, el embajador, jugaba al ajedrez con el embajador francés, tirados los dos en la hierba, a la luz de una lámpara militar que seguramente había servido en la campaña de África.

El sueño de las colonias amotinadas es jugar al ajedrez (el ajedrez es un juego africano y no europeo), de igual a igual, con el embajador de la metrópoli.

Ésa es la verdadera reivindicación.

Sisita Milans del Bosch, prima hermana del general que luego daría el último golpe del XIX, ya a finales del XX, era una Catherine Deneuve de indiferencia e ironía rubia. La

quise en seguida. «Lo siento, Paco, pero he nacido en un cuartel y la corneta tocando diana es una cosa que todavía me emociona.» «Claro, Sisita, amor, ya lo dijo Rimbaud: *El metal amaneció clarín*». «Qué bonito, qué precioso eso que me dices: ¿de quién dices que es? Tienes que anotármelo que me lo compro.» Eran así, son así.

Adorables porque ni siquiera les suena Rimbaud.

Raúl Morodo fue muchas cosas, del partido de Tierno a la Universidad de Santander, a la Unesco en París, pasando por la Platajunta y otros peligros. Su mujer, hermosísima, o, por no utilizar superlativos, saludablemente hermosa.

Enrique Múgica tenía algo de la siesta del fauno después de la siesta. Su mujer, delgada y con flequillo azafrán, también estaba un poco como entre Debussy y Picasso. Aquella noche me lo dijo:

—Yo te sigo por tus artículos, Umbral, y me parece que tú acabarás algún día escribiendo un libro.

Carmen Garrigues estaba delante y el temblor de sus manos se tornó indignación bíblica y *mondaine*. Cogió a la otra por el brazo.

—Mira, rica, un día de éstos te vienes a casa y te enseño en mi biblioteca más de treinta libros publicados por este señor. No te inquietes, que no se va a morir sin dejar un libro.

(Ya por entonces —estoy hablando en presente histórico— uno había publicado unos cuarenta/cincuenta libros: la *múgica* era intuitiva, pero con cierto retardo.) De Sisita Milans vuelvo a recordar el precioso retrato manierista de Ginés Liébana, del cual me parece que hablo en el capítulo dedicado a este pintor.

Francisco Fernández Ordóñez, el político más culto, el socialista más socialdemócrata (hoy), el hombre que me hablaba de Rilke como de la última poetisa del Café Gijón, era el fumador de puros que no olía a puro, cosa difícilísima, y por debajo de nuestras conspiraciones políticas iba naciendo una amistad literaria y veraz, profunda, hecha de afinidades que no me atrevo a llamar electivas. Paco Ordóñez, como todos los hombres que hablan en voz muy baja para decir siempre cosas interesantes, acababa concitando la atención general.

Hoy, entre magnolios y ciruelos silvestres de bronce y lírica chatarra, cuando escribo a la luz de mi jardín (cada jardín tiene su luz propia), Paco es uno de los pocos y buenos y selectos y veraces amigos que a uno le quedan y no le sobran.

Mónica Randall, Aurora, estuvo alguna noche en las cenas de Hafida, y se sentaba en un gran sofá blanco a pintarse de malva las uñas de los pies, pasando mucho de todo.

Como era ella, y como los pies eran bellos, la cosa se constituía en un espectáculo y no molestaba a nadie. Mónica había ido con Carlos Saura, que estaba a su lado haciendo la parodia chaplinesca (Chaplin, no lo olvidemos, había sido su suegro) de una mujer pintándose las uñas de los pies.

Los curiosos y los fetichistas de pies femeninos —yo entre ellos— nos deteníamos un rato a mirar.

Mónica llegó al café en la década de los sesenta, hizo mucho diván y un poco de pasarela, y se estaba siempre con Paco Almodóvar, un entrañable amigo de Rabal, y con el perro de Paco.

¿Qué fue de Almodóvar, qué fue de tanta gente que fue y ni siquiera está? El llamado gran mundo (denominación que afortunadamente ya no se usa) se eleva unos centímetros de oro por encima del tiempo, de modo que nunca volví a preguntarle a Mónica por Paco Almodóvar, y no sólo porque ya no me importase demasiado a mí (que siempre me interesan estas cosas en función de cronista), sino por miedo de que no le interesase a ella.

Carmen Tamames, en el mejor momento de su estatura y de su edad, terminaba aquellas reuniones bailando música «andaluza», en el piso de abajo, con la propia Hafida, que tenía mucho folklore africano en discos. Era cuando las dos hermosas

mujeres —una tan madrileña, la otra tan sureña— concitaban un círculo ideal de miradas y Massiel la Massielona se metía en aquella improvisada danza del fuego del desierto o bolero de un Ravel negro, y ella, que era la profesional, quedaba un poco menos profesional que las otras dos.

Uno ha tenido siempre la sospecha y el espanto secreto de que si los grandes diletantes de la aristocracia, el poder o el dinero empezasen a actuar en sus diletantismos o formasen una orquesta con sus violines de Ingres, los profesionales nos íbamos a la mierda. Pero esto no hay que decirlo, sino sonreírles condescendentemente, para quitarles las ganas.

Ramón Tamames prefería quedarse en un diván, conmigo, discutiendo sobre Baroja. Ramón le ha hecho a Baroja una lectura marxista como Lukács se la hizo a Balzac, pero este tipo de lecturas sectorializadas no tienen nada que ver con lo que es la lectura, simplemente, la lectura literaria.

Ramón me defendía literariamente a Baroja por razones extraliterarias, y cuando yo anulaba al vasco mediante la gran literatura, eso le parecía a Ramón que era adorno secundario. Me parece que las lecturas «útiles», «aplicadas» de los literatos son un vicio de la burguesía decimonónica de derecha/izquierda, que no acaba de tolerar el arte por el arte. La aristocracia había consumido el arte como confort y la burguesía lo estaba consumiendo como «aprendizaje de la vida». Nada que ver con la literatura que no quiere ni debe ni puede servir para nada, ni ser «moral», porque su moralidad propia funciona dentro de sí misma, y consiste en no moralizar. Pero ni la derecha ni la izquierda tienen nada que reprocharse en esto: son igualmente culpables de la «militarización de la cultura».

Ramón acababa haciéndose soluble en la música y yo en el sueño.

Casi siempre, de madrugada, al despedimos, Hafida me mandaba envolver un paquete de dátiles de su país.

—Anda, que sé que te gustan.

Dátiles dulces, lechosos y enmelados, como de un Antiguo Testamento negro.

—Siempre te acuerdas —le dije una vez—. Eres una mujer buena.

—Soy una mujer liberada.

Algún mediodía, Hafida me llamaba para almorzar. Luego, en su coche diplomático, largo y azul, me llevaba al periódico o a pasear. Pero había en ella demasiados entrecruces de raza, idioma, profesión, historia, como para que nuestra amistad, tan fuerte y tan tenue, llegase a tener expresión ni siquiera oral.

Me queda el recuerdo de sus cestas de dátiles, como una cesta de besos.

* * *

Franco muerto en la plaza de Oriente. El cielo negro de la mañana. Noviembre era una candela sombría en manos de Nuria Espert, vecina de la plaza con bella cara de máscara y pantera. La ausencia de Bergamín, el eterno ausente/presente de la Historia, en su buhardillón que daba a la plaza. Alegorías de carboncillo y estatuas de espuma, ángeles de plomo, sin despegar las alas, por el cielo bajo de palacio, cielorraso de infantas y de incendios

Franco muerto en la plaza de Oriente. Su mandato había sido un plazaorientalismo, un asambleísmo de derechas por el que se tomaban las grandes decisiones nacionales ante los sabios ágrafos con manta y patriotas pedáneos, traídos en autocar de toda España. El muerto reinaba en lo que fuera su legitimidad. Otra no tuvo. Horda/hidra de mil cabezas con boina, por las esquinas, mirando el miedo. Pasaba en torno al féretro la anacrónica escolta de los moros, con grímpolas y gallardetes, cuando Solís y Cortina Mauri acababan de embarullar lo del Sahara. Augusto Pinochet, último espantajo desbadajado del cesarismo franquista, ponía su color mestizo y chileno en la palidez de las caras y las piedras. (Costó mucho que se fuese de España, después de aquella mañana: quería quedarse y recibir honores del Rey, que se los negó quedamente.) Era

una mañana a contratipo con los solos colores de la bandera roja y gualda arrojando la caja del muerto.

Iba yo (precauciones de aquellos días) emboscado de fotógrafos extranjeros. Había un gran silencio o un gran ruido por donde alguien arrastraba el sable colgadero de don Heraclio Fournier. El ataúd llevaba ruedas de neumático. El marqués de Villaverde, enlutado de corbata, cara de revista del corazón, se inclinaba vagamente sobre el féretro. Aún no se sabía si sus medicinas habían prolongado o atajado la agonía del agonizante. Algo como un estandarte de Valdés Leal, hecho de mueca, sobrevolaba las cabezas. A lo mejor sólo era el aire, pajarada de hojas secas. Era como si un carnaval de Solana se cruzase en mitad de la plaza con un artículo de Larra. El tiro de Larra resonó, efectivamente, en el silencio de los tiempos, en la cercana calle de Santa Clara. Un general que hubiera podido ser Berenguer, el del error, paseaba niñas de la mano. Hombres de boina roja y sisleros ensotados ponían caución en la multitud.

Franco Franco Franco. Arriba España. Vagas y ostensibles Isabelonas hacían el planto y el plante en la plaza, junto a la seráfica madre, transmutada con el siglo en san Pantaleón licuado (iglesia/convento muy cercanos). ¿En el santoral se cambia de sexo? Solitarios fiacres a lo Fernando VII se arriesgaban en la plaza llevando un llanto de niños enredado e interior al estruendo de las ruedas y los caballos, con un inútil farol encendido a cada lado, como campanillas de luz que no sonaban.

Buenos burgueses de mostacho y medio velito regresaban de mirar a Franco muerto como si saliesen de misa, confortados. Franco muerto en la plaza de Oriente. El cielo negro de noviembre.

El día todo era una candela sombría en las manos catalanas, fuertes y finas de Nuria Espert, vecindona de la plaza. La repetición infinita de los García Carrés/Girón/Fernández Cuesta/Piñar era como la orla histórica y violenta de aquella gigantesca miniatura. Se desvaneció un soldado y quedó un caballo suelto, manso, que partía entre el cortejo, tras el armón. Se dijo en seguida que era el caballo de Franco. La gente tenía ya, únicamente, una memoria televisiva, pues que algo parecido se había dicho en el entierro de Kennedy. El subconsciente jungiano y colectivo quería engrandecer/ennoblecere de alguna forma aquella muerte, aquel muerto. Aquel caballo descabalgado, detrás del muerto, daba por unos momentos altorrelieve y leyenda estética a un cesarismo que, en cuarenta años, jamás había alcanzado la leyenda, sino sólo el chisme y la delación. Hasta a mí me hubiese gustado que lo del caballo fuera verdad. Por deformación literaria, claro.

Me metí con los fotógrafos extranjeros, ido todo, a beber irnos cubatas en la tienda de vinos que dobla hacia Bailén. Aunque hubo que irse pronto, porque los jóvenes fascistas patrullaban la plaza.

* * *

Rafael Alberti vino después, sí, claro, mucho después, cuando ya la Historia, como he dicho, había hecho su relevo de armas y su cambio de centinelas entre Madrid y El Pardo, entre Madrid y El Escorial, entre Madrid y La Zarzuela, entre Madrid y Cuelgamuros.

Yo le había visitado en Italia. Luego cruzamos cartas y dibujos —suyos—, públicos y privados. En España, cuando volvió para quedarse (no sé si un poco a la fuerza, al principio), estuvo conmigo como con todos: distante, raro, displicente, amargo como el *Amargo* de Lorca.

¿Qué le pasaba?

Yo creo que este país atroz (y ya he hablado en estas *Memorias* de la vuelta masiva de los exiliados ilustres) prefiere los mitos muertos o distantes a los grandes hombres vivos. En seguida les mete las manos en el bolsillo y quiere emborracharse con ellos, dando por supuesto que ellos se emborrachan y buscando la triste confraternidad del vino, ya que no otra. Alberti parecía como un poco asqueado de todo eso. Unos

premios no se los daban y otros los rechazaba. En todo caso, Madrid ya no era su Madrid, y esto me lo dijo una tarde que fui a verle, saliendo del hotel Príncipe Pío:

—Esto está horrible, Umbral.

Andrés Amorós florecía por entonces, erudito en todo y nada indiferente a nada. Era como el cronista joven, puntual, culto y al día que nos estaba haciendo la necrológica en vida.

Arespacochaga, último alcalde franquista, se despidió del cargo con un beso a la Madona del despacho y un puro al urbano de guardia.

Con Julián Ariza, segundo de Comisiones Obreras, yo me veía en el drugstore de Fuencarral, un sitio entre estación de Metro y pirámide egipcia, y hablábamos del sindicalismo venidero.

Camón Aznar, que descubrió al pintor Toral, como gran hiperrealista, estando ya ahí Antoñito López, mucho antes, murió pronto. Nuestras últimas conversaciones sobre arte las tuvimos en las consultas de los oftalmólogos.

Todo había ocurrido muy sencillamente, aunque Arias Navarro tratase de dramatizarlo un poco con sus llantos. Circuló esa frase necia de que «las Instituciones han funcionado», como antes se había dicho: «Después de Franco, las Instituciones.» Pero las Instituciones sólo son las camisas de once varas de los hombres, y los hombres estaban siendo sustituidos a gran velocidad. Tras cuarenta años de gerontocracia, me encontraba, de pronto, con que todos los que hacían el futuro, del Rey para abajo, eran más jóvenes que yo. De modo que mi sentido de la propia madurez me lo dio, antes que el amor o la melancolía, la política. Fue, así, un sentimiento macho.

Un día, me habían invitado a almorzar en el Príncipe de Viana mis amigos Reguera Guajardo, entonces ministro de Información, y el editor Pepe Mayá. Ambos se habían conocido porque tenían la misma manicura. Reguera fue el primer o segundo ministro de Información después de Franco.

Al Príncipe de Viana sólo había ido yo una vez, años atrás, con Cela y García Nieto. Recuerdo que entró en el comedor Elola Olaso, un falangista alto, de pelo blanco, que llevaba toda la cosa deportiva del Movimiento.

Cela y él se dieron un abrazo y, luego, Camilo, sentado de nuevo a la mesa, nos dijo con su ironía seca:

—Ya veis cómo somos los políticos.

Con Reguera y Mayá estábamos tratando algún asunto editorial. En una mesa del fondo vi a Jesús Fueyo, presidente del Consejo Nacional del Movimiento, con Pío Cabanillas, que no recuerdo si por entonces era ministro de algo, ya que siempre ha estado entrando y saliendo.

Yo había escrito por aquellos días un artículo diciendo que el Consejo Nacional era la casa de la Bernarda, y no precisamente de la Bernarda Alba. Pero uno olvida lo que escribe y no relacioné para nada al personaje de la mesa del fondo con el personaje de mi crónica. Esto de disociar el mundo real del mundo escrito, pasa en quien escribe mucho. El ente escrito, aunque esté recién tomado de la realidad, es ya asunto de la prosa, no de la vida, de modo que puedo saludar conmovido hasta las lágrimas a quien acabo de insultar en letra impresa.

Y es que no se trata ya de la misma persona. Como decía Proust, ni siquiera el narrador es la misma persona que el autor en su vida particular. Pero esto nos llevaría a la escritura como generadora de contenidos (que es la única que yo practico), y si en estas *Memorias* hay algún amago de ensayismo, ahora no estamos en el momento de repetirlo. De modo que cuando Jesús Fueyo se levantó y vino hacia nuestra mesa, dando unos rodeos a los que supongo le obligaban las otras mesas, todas muy cerca unas de otras, tardé aún algunos segundos/milenios en reunir aquel rostro ancho, chato, como de buda que ha perdido la paz, con mi columna de unos días antes. (También ocurre que uno no puede ni debe, por muy petulante que sea —y lo soy—

andar con todas sus columnas publicadas en la cabeza: por el contrario, la petulancia lleva a olvidarse de lo hecho, por seguridad en uno mismo, ya que, naturalmente, estoy hablando de la petulancia interior, que es la que cuenta.)

Pío Cabanillas, desde la mesa donde se había quedado solo, le daba discretas voces a Fueyo para que volviese.

—¿Tú eres Umbral, verdad? Pues tú te vas a llevar dos hostias.

Reguera y Mayá tardaron en saber de qué iba. Creo que ni siquiera me puse de pie. Fueyo no era muy alto, de modo que su estatura apenas resultaba un elemento más de conminación. Parecía fornido, en cambio, y se le había fijado en el rostro una vaga brutalidad que yo no sabía si era obstinación, indignación o, sencillamente, efecto de la comida.

Reguera y Mayá, puestos en pie, caídas sobre el mantel las servilletas de la indignación, como guantes arrojados, sujetaban a Fueyo. Había un forcejeo blando, yo diría que sin crispación. Me puse en pie a mi vez, creo que más por deferencia hacia los tres luchadores que por adoptar una actitud defensiva contra el presidente del Consejo Nacional del Movimiento/Casa de Bernarda Alba.

En el aire guateado, gastronómico y reverencial del restaurante, se creó una vaga tensión expectante, sólo como un papel de celofán atirantado. Fueyo volvió a su mesa con Pío Cabanillas, y nosotros seguimos hablando de nuestras cosas, que era lo que imponía el buen gusto.

Pero sentí por primera vez, con aquel incidente, meditado más tarde, por una parte la inquietud política y por otra la inquietud literaria, que venían a ser la misma, pero no lo eran exactamente. Quería decirse que habla un enemigo de verdad, una España de verdad, o lo que fuese, dispuesta a darle a uno de hostias. Quería decirse que la lucha no era un juego o que el juego, en España, ha sido sempiternamente una lucha a muerte. Luego he tenido muchos otros incidentes, y más graves, pero aquél, por primero y vistoso, digamos, me parece especialmente significativo. Lo mío había sido un ir avanzando, con «dos pasos adelante y uno atrás», hacia la línea de fuego del enemigo.

Bueno, pues ya estaba frente a frente, en la bayoneta calada.

El franquismo en su esplendor, irónicamente, era más tranquilo. Me lo dijo una vez Eusebio García Luengo, gran escritor extremeño a quien conocí en el café y del cual he sido el primero, y quizá último, en escribir ampliamente y con atención, en otro libro de memorias literarias:

—Acuérdate, Umbral: lo bueno que tenía la guerra, aquí en Madrid, es que los amigos nos veíamos más.

(Luego han venido seudofilósofos de apellido Carléndez o cosa así, si es que eso es un apellido, y han descubierto, tarde y mal, o sea nunca, a García Luengo, que nada tiene que ver, por otra parte, con el episodio que he contado, y que fue como mi ruptura personal de hostilidades con el tardofranquismo, en uno de sus budas más significados.)

Reflexión literaria o moraleja: Pirandello no descubrió nada (como acabo de corroborar en una reciente representación de los *Seis personajes* que se ha dado en Madrid). El milagro de la literatura no es que los personajes se le aparezcan, de bulto, a Pirandello, ni que don Quijote se le aparezca a Cervantes. El milagro es que el ser real, tomado de la calle o la familia, se torna *nuestro* en cuanto escribimos de él, en cuanto le escribimos. El autor, así, no debiera llamarse autor, sino seductor o vampirizador. Una persona sobre la que hemos escrito mucho —o poco—, cuando se presenta, luego, a almorzar, como había anunciado, es ya para el escritor una alucinación.

Pero Jesús Fueyo, salvando todos estos hechizos y alquimias literarias, existía, tomaba fabada con vino y estaba dispuesto «a darme dos hostias» (quizá con toda justicia).

El aire azul y amarillo de la Castellana, a la salida, nos despejó mucho, a mis amigos y

a mí. Era un mundo sin fueyobudas. Un mundo de otoñada y futbolistas.

* * *

Jesús Aguirre, duque de Alba, había sido antes el cura Aguirre, un ex jesuita bien conocido de Aranguren, a quien hicieron director de Taurus y que imprimió a la editorial un alto tono filosófico e intelectual. La escuela de Frankfurt —Adorno, Marcuse, Benjamin, etc.—, más todo el pensamiento lírico muy del gusto de la juventud posmarxista: Bataille, Cioran y todo eso, entraron en el catálogo de Taurus, así como libros del propio Aranguren y alguna traducción de Aguirre. A Jesús Aguirre lo conocería yo luego, ya como duque de Alba, en el palacio de Liria, aquella casa a la que había ido yo bastante con Pitita Ridruejo, Carmen Diez de Rivera, Tierno Galván y gentes así.

Ve uno al ya duque de Alba, con melena hueca y canosa, con las gafas irónicas y la risa confidente, de pie en medio de la tertulia del salón de las chimeneas, el salón que tiene un Chagall y un Claudio Bravo y un Picasso.

—Cayetana compró el Picasso, en París, porque le gustó, y al día siguiente se moría el pintor. Figuraos qué negocio.

La Cayetana viuda, que vivía con un loro y un mono, como una virreina antillana, siendo la reina natural de todas ellas, daba cenas divertidas para aburrirse, y allí creo que logré algún prestigio en los juegos de prendas.

¿Cómo llega uno a los altos palacios? Ni se sabe.

Una vez que las damas hablaban de chales y cada una elogiaba sus colecciones, Cayetana dijo en un silencio, con su voz desfalleciente de siglos y corredores:

—Pues a mí el chal se me cae.

En eso se notaba que ella y no otra era la duquesa de Alba.

Comprendí lo que tópica y tórpidamente se ha llamado «la soledad del poder». La duquesa de Alba, como una reina, no puede presumir de chales ni de nada. Todo se le da por supuesto. Siglos de educación le han enseñado eso. Una gran ironía/enseñanza de la riqueza absoluta es que obliga a humildad: «Pues a mí el chal se me cae.»

Con la boda, Jesús Aguirre renovó en la casa algunos comensales y algunos cuadros. A mí seguían invitándome.

Pintura más moderna y comensales de mejor calidad intelectual. Qué lejos y qué cerca, antes o después en el tiempo, el día que Cayetana me preguntó, junto a la chimenea, después de cenar (siempre estuve convencido de que lo que se quemaba en aquellas chimeneas no era un tronco de árbol, sino el tronco de un hombre, de un criado o, quizá, de alguno de aquellos cadáveres de milicianos que habían muerto defendiendo Liria en la epopeya de Madrid):

—¿Y con esto de la legalización del Partido Comunista, Umbral, tú crees que me lo van a quitar todo?

Jesús Alba, duque de Aguirre, señor de los archivos de la casa, hablando mucho de su suegro, al que sin duda admiraba, era ya como el cronista/*coronista* de su propia dinastía inducida. Le hicieron director general de Música y un matalón de la política se lo quitó. ¿Y cómo había llegado yo a que Cayetana supiese y recordase siempre que el agua, para mí, tenía que estar natural, no helada, del tiempo, hasta el punto de calentar mi copa con sus manos delgadas y como desganadas? No sabría explicarlo en estas *Memorias*. Son epifanías sociales que se van produciendo muy paulatinamente. El azar nos elige o la sociedad nos sueña. Con la misma displicencia, un día nos meten en una sombrerera confundida y ya nadie volverá a acordarse de nosotros, ni falta que hace.

La literatura es un tocado que se ponen las grandes damas. Ni siquiera está el final en que el tocado se pase de moda. Simplemente puede ocurrir que, un día, el tocado, la obra, la literatura, el hombre y el nombre, el escritor, vaya a parar a la sombrerera que no es, o su libro entre los libros del desván, por error. Y ahí termina todo.

Mejor así.

* * *

En la niebla de la noche, en la noche de la niebla, volviendo de Liria, de la amistad privilegiada de los duques (que siempre se gusta como gustó don Quijote la de los suyos), volviendo de la nada hacia la nada, madrugadas madrileñas de invierno, José Luis Aranguren al volante de su coche rojo, conduciendo un poco inclinado sobre el parabrisas, acercando sus gafas, por las que ha pasado la cultura entera del mundo y sus lenguajes, al libro cerrado de la hora.

Automóvil lleno de escritores, esposas, amigos, gentes inesperadas, discípulos del maestro. ¿Máximo, Haro-Tecglen, el propio Alba, quién? Desde el fondo del coche, en mi rincón de calor y frío, dentro de una bufanda, concéntrico a una bufanda, veo a este viejo adolescente, que tiene la estatura de Unamuno y la fealdad de Sartre, conducir denodadamente contra la niebla y la tiniebla, y pienso que el símil es demasiado fácil: así ha viajado toda su vida, contra la oscuridad del Misterio, de la Historia, de la Cultura, contra las mayúsculas jesuitas con que le aherrojaron, más el aherrojamiento franquista y el destierro, y si dice Rilke que toda gloria es una demolición, este hombre se presta a su demolición voluntariamente, lúcidamente, se dispersa en conferencias, charlas, viajes, artículos, coloquios, simpósiums (horrible cosa), mesas redondas (otra bobada, porque ni son redondas ni suelen ser mesas), dispersándose, demoliéndose, como lo hiciera, por todo lo contrario, su lejano maestro Eugenio d'Ors, a quien dedicara tesis y seminario, y como los pensadores más últimos, cuando ya, hoy, se filosofa (Adorno, André Glucksmann) a partir de la imposibilidad de filosofar.

(Venimos, como tantas madrugadas, de una fiesta intelectual o una cena aristocrática, y el maestro nos conduce («te dejo en casa, Paco, que te me enfrías»), lúcido y obstinado contra la noche, en cuyo fondo luce una lámpara de whisky, que es el equivalente granciudadano de las lucecitas solitarias, lejanas y esperanzadoras del campo.)

Aranguren empezó criticando esa «gimnasia litúrgica» de la misa católica tradicional, en *El Ciervo* de los cincuenta, cuando le leíamos ávida/próvidamente en provincias. Ha acabado despegándose mucho del grupo generacional que teóricamente le correspondía: Laín, el más noble, preso, empero, en su *representatividad*, de la que ya he hablado en otro lejano libro de estas *Memorias*. Marías, que llegó a decirme, en una entrevista en un hotel, que «Marx no era otra cosa que un economista». Joder con el economista. Tovar, que, por saber tantos idiomas, nunca se aclaró en ninguno, y que a mi primera novela gorda, *Travesía de Madrid*, 1966, le hizo este comentario crítico y asqueado en *Gaceta Ilustrada*: «¡Uf!»

Demasiado sexo para quien había vivido y padecido (involuntariamente, pues que la inteligencia suele ir por delante de la voluntad, y nos mete en grandes cirios) la castidad del nazismo, más la castidad española del nacionalcatolicismo.

Un día, presentando Aranguren un ciclo ácrata de conferencias ácratas en un club ácrata, se le acercó al final la esposa de hierro de uno de sus compañeros de generación.

—No tienes que ser tan frívolo, José Luis. Has estado muy frívolo.

Las santas esposas creen que se le puede encontrar su punto a la frivolidad o a la intelectualidad como se le puede encontrar a la mayonesa. Aranguren conduce entre la ambigüedad de la niebla como entre la ambigüedad de Dios, toda su vida. Me conmueve que este viejo adolescente, ya lo he dicho, esté avanzando entre dos oscuridades adunadas, demasiado rápido para la peligrosidad de los semáforos intermitentes —de noche es cuando se matan los automovilistas en Madrid—, sólo por llevarme a casa y que no me enfríe.

Su santidad llena de whisky, mundanismo, admiración por las mujeres y curiosidad por lo venidero, es una santidad que se merecería que existiese un cielo. Últimamente le he encontrado a Aranguren, maestro de Ética, su profunda afinidad estética con Valle-

Inclán, su valleinclanismo teológico y existencial. Franco, expulsándole de España y de la cátedra, le permitió añadir, a su ecumenismo intelectual, un ecumenismo vital que le faltaba y que otros no tienen.

Hay que ser depurado a tiempo.

Si Aranguren empezó reflexionando sobre la «gimnasia litúrgica de la misa», a mí me parece que luego ha extendido esa reflexión —no como un plan, claro— a todo lo que la religión tiene de simplista ecología del alma, a todo lo que la teología tiene de *footing* de la mente (se tiende más a mantener la cabeza ocupada o el cuerpo corriendo que a llegar a parte alguna), a todo lo que la Iglesia tiene de gigantesca gimnasia ante el mundo; Dios es o sería el Gran Gimnasta que mueve el trueno o administra el rayo.

Que levanta en vilo la Historia.

Todo este sentido secretamente atlético que hay en el catolicismo y su prepotencia, atletismo reforzado por Roma, es lo que ha hecho a muchos católicos conscientes, a muchos cristianos, distanciarse de «la Iglesia triunfante».

Imagino que Dios, para Aranguren, es hoy, sobre poco más o menos, la libertad absoluta de ser absolutamente. Ácrata en Dios o ácrata en el vacío, las amplitudes son ya tales que viene a ser lo mismo. Si los estilistas encontraban la paz viviendo en una columna, en medio del desierto, nuestro moderno estilista, columnario él mismo, ha decidido bajar de la columna y transitar el desierto todo.

Dios, el Dios que necesitan quienes necesitan a Dios, puede entenderse mejor como infinitud del desierto que como equilibrismo pietista de la columna. Dios se traduce casi espontáneamente a extensión. Esto es lo que había hecho Aranguren y lo que no hacía ninguno de nuestros intelectuales católicos: bajarse de la columna.

El coche, sí, corre, corría por un Madrid que no estaba, pues ya se sabe cómo la niebla sustituye las ciudades. La niebla es la mano nocturna de un inmenso robador de ciudades.

Con Aranguren he tenido algunas intervenciones públicas: una vez hablábamos, con otros ingenios, sobre Eugenio d'Ors en una sala de conferencias, y al final intervino un señor del público, refutándonos a todos e insultándome a mí.

Era uno de los hijos de D'Ors, un hombre crespo, pequeño, como resentido de la gloria del padre, o de la ausencia de gloria, no se sabía si a favor o en contra. Aranguren le dijo:

—La verdad sobre D'Ors no la tiene nadie, y la verdad sobre nadie, tampoco. Y, menos que nadie, un hijo del propio D'Ors.

Luego intervino asimismo Conchita Montes, que estaba también entre el público:

—Don Eugenio me llamaba a veces a media noche. «Tengo que hablar con usted», me decía. «Ahora mismo.» Nunca olvidaré a aquel hombre...

El hijo de D'Ors la miraba de costadillo, como viendo venir alguna indiscreción o alguna calumnia por parte de la actriz. Luego me dijeron que este señor era del Opus Dei.

Aranguren, liberado de la retórica y los efectos de estilo, asombra siempre por la agudeza sin brillantez, digamos, voluntariamente rasa, de su inteligencia, y por su manejo de la cultura como cosa usadera y cotidiana, nunca como cita sacerdotal, que es lo de otros.

Uno diría que Aranguren, como toda la élite intelectual en la que reina, *pasó* mucho de democracia —de democracia a la española—, hasta el golpe de Tejero. Al guardia Tejero le debemos todos los españoles la concienciación política, histórica (entendiendo por Historia el presente absoluto), de unas minorías que no acababan de fiarse y juzgaban, mayormente, por el talante un poco hortera de la nueva democracia.

No era éste el caso de Aranguren, naturalmente, pero él había vivido en la patria de la democracia moderna —USA—, y, sobre todo, entre sus clases menos prevaricadoras, las intelectuales y universitarias. Y, por otra parte, estaba naciendo ya, en su cristiano

catacumbal, el anarquista primordial: eso que fueron los primeros cristianos.

El golpe de Tejero y la inminencia/inmanencia de otra dictadura le acercaron un poco a lo que se estaba haciendo, sobre todo cuando el socialismo llegó al poder. Fue cuando pudo vérselo, entre la luz acuosa de la primavera, en los jardines de La Zarzuela, armonizando su estatura con la del Rey.

Me parece que hasta llegó a sentarse en la hierba húmeda (como el viejo Russel se sentaba en el frío bordillo de la acera, entre los estudiantes). Era esto lo más ácrata que podía hacerse en palacio.

Debemos estar dando vueltas, en el coche, alrededor de mi casa, como la nave de Ulises alrededor de la suya. La noche de la Historia y la noche de la noche nos impiden encontrar el sitio.

Aranguren conduce, fijo y seguro, a una velocidad grande, que quizá domina mejor de lo que dominaría una marcha prudente (el vértigo es lo seguro cuando se ha elegido la vertiginosidad), y al mismo tiempo atiende a la conversación de los viajeros y hace las mejores bromas de última hora.

Pasa los semáforos en rojo como ha pasado, en brasa o peligro, en ascua o filo, todas las barreras que le separaban de sí mismo. «Y abrígate ahora al salir, Paco, que a esta hora ya refresca.»

El viejo parecía yo, porque, desde luego, el viejo no era él.

* * *

Luis Berlanga había hecho la película de la muñeca, *Tamaño natural*, y me había invitado a pasar alguna tarde por el rodaje, en un viejo piso palaciego del barrio de Salamanca.

Allí descubrí, por una parte, esa manera que tiene Luis de hacer el cine, como con desgana, esa blanda energía con que maneja a la gente, en el trabajo como en la vida, y el cámara le invitaba a mirar por el agujero, a ver si era el encuadre que él quería, y yo creo que Luis, inclinando un poco la cabeza y guiñando un ojo, ni siquiera miraba, decía que sí, que perfecto, y quizá lo confiaba todo, luego, a los milagros del montaje. En el montaje es donde el cineasta se toma escultor, pintor y escritor. Sobre una materia dada, el celuloide o lo que sea, compone un tiempo narrativo, como un escritor, arquitectura una armazón de imágenes, como un escultor, contrapone sentimientos a colores, colores a otros colores, como un pintor. En ese escribir a oscuras, sólo con imágenes, en la sala de montaje, está lo más literario del hombre que hace cine. Lo más literario y lo casi medieval, monacal, monasterial, del oficio.

La última de las bellas artes, el arte de nuestro siglo, tiene, así, mucho de libro medieval iluminado, de texto enriquecido por las *marginalia*.

En estas *Memorias* me parece que se ha hablado mucho de pintores. Viendo a Luis mezclar imágenes en el laboratorio de montaje, yo vivía exactamente la misma sensación de estar asistiendo al acto creador puro que en el taller de Viola o Antonio López.

Otra sorpresa —obvia, boba— que tuve en aquel piso donde se rodaba *Tamaño natural* o algunas de sus escenas, fue descubrir que había muñecas de goma —tamaño natural, claro— en todas las habitaciones, que la película se estaba haciendo con varios maniqués. Esto debiera haberlo sabido y entonces supe que lo sabía, como cuando nos enteramos de que tal escena la ha hecho un doble o un especialista, y que el culo de la famosa, en tal otra escena, no es el culo de la famosa (que en ese momento se lo está tostando en Marbella), sino el de una choricilla particular que cobra tres mil pesetas por enseñar el culo medio minuto. Las muñecas encargadas por Luis eran muy hermosas, y creo que ya entonces le pedí una para cuando terminase el rodaje.

—No sé, Paco, no creas, van a quedar muy estropeadas.

Luis, cuando no quiere, no es muy partidario de dar cosas (como todo el mundo, por

otra parte). Pero una tarde de primavera, triunfando ya la película por el mundo, en su chalet de Somosaguas, mientras los invitados prolongaban la sobremesa, le pedí ver las muñecas ya inútiles, que tenía en los bodegones y el arconaje de la casa. Salimos contra el viento y el sol frío, bajamos a aquellas bodegas, a aquellos corredores, y éramos ya, sí, los dos obsesos de la mujer, los dos maníacos que siempre hemos sido. Esto nos unía y nos une como tantas otras cosas. Pero lo «inconfesable» —tan confesado— une más que el golf o el tenis, por ejemplo.

Allí estaban las muñecas, dos o tres, con tules de telaraña, comida del costado su carne de goma por la podredumbre, sus caras de plástico, su belleza yacente en el fondo de baúles que eran la negación de cualquier urna cineraria griega, y por eso mismo valían como urnas. La putrefacción, la inutilidad de sus ojos claros, que miraban ya sempiternamente la tapa a oscuras del baúl, la luz que de pronto les entró, carnificando su carne imposible, me las hizo (nos las hizo) repentinamente deseables.

Luis, por uno de esos sistemas suyos de blandas defensas pertinaces, se negaba a regalarme una de las muñecas, pero esto era lo de menos. Nuestras fantasías se hacían realidad al enfrentarse la una con la otra, al reforzarse. Ligueros, pelucas, medias, zapatos, dulce lencería de la mujer, todo el alrededor de la muchacha, el aura de lo femenino, nos llegaba igualmente, como lo más parecido a una espiritualidad.

Esto, para mí, naturalmente, no tenía otro desenlace que la penetración (para volver a empezar en seguida el proceso). Luis, por el contrario, me decía:

—La penetración es falocracia, Paco, hombre. Parece mentira en ti.

Se conoce que yo no había llegado tan lejos (aún no he llegado hoy) en la religión de la mujer, que, desde luego, supone para el hombre un sacerdocio o no es nada.

Dice Foucault que primero fueron las artes eróticas y, ya en nuestro siglo, las ciencias sexuales. El amor hombre/mujer dura poco en la historia de la humanidad: del Renacimiento a los surrealistas. Pero de Sade para acá —por dar un nombre—, nace otra forma de espiritualidad imperecedera que es el culto fetichista de la mujer, sobre todo de la muchacha. Su perfume, natural o artificial (el artificio forma parte de la naturaleza femenina, siquiera sea de su naturaleza cultural), su sonido, todas las formas de su ausencia, como la luz o la sombra que ella deja en el lugar donde estuvo, ¿no son, pues, los signos inmediatos de su conciencia, por decirlo con Bergson, o la fenomenología de su espíritu, por decirlo con Hegel?

Quizá nunca he sido capaz (como creo que se confiesa en estas *Memorias*) de amar largamente a una mujer, pero he cultivado siempre, necesariamente, algo mejor: la devoción/obsesión por lo femenino, «lo esencialmente otro» de Machado, que acierta en esto, mi viejo poeta del café de Las Salesas, tanto o más que Juan Ramón, también obsesionado por la mujer, pero que, quizá, la «santifica» demasiado.

Y no es esto «por culpa de las fornicaciones», que dijera san Pablo, sino que, fornicaciones aparte, aquellas muñecas tenían ya para mí un pasado, el de la casa donde se hizo la película, *me habían traicionado* al presentarse múltiples, cuando yo la había imaginado una y casi humana. Marcel Aymé tiene un delicioso relato sobre la pluricorporalidad de la mujer, relato que no sé si he citado ya, y que le permite estar al mismo tiempo con su marido, en casa, viendo la televisión, y en una cabaña del bosque, con su amante.

Naturalmente, las dos cosas son verdad.

Ha buscado uno tanto en las muchachas, con o sin flor, ha lirificado uno tanto, como la abeja melífica (o como la mina de sal cristaliza, por decirlo ahora con Stendhal), que toda mujer ha acabado siendo para uno el atrio de la venidera. Se quiere clavar la nariz, como el pico de un pájaro, en el perfume final/esencial de lo femenino.

Y no sabe ya uno si buscarlo en el pasado o en el futuro (pero sospecho que, para mí, va estando más en el pasado).

Lo cierto era que allí estábamos los dos, inclinados sobre el baúl/ataúd, con una rodilla

en tierra, contemplando a la no/muchacha, y creo recordar que tomé una cabeza en la mano, cabeza acompañada de un solo seno: el otro, tan fungible, ya lo había devorado la nada. Habiendo visto ya la película y toda la fascinación de la muchacha prefabricada (muchachas, ay), estaba persuadido de que era una gran actriz, quizá la mejor que había visto yo nunca en la pantalla, y desde luego la más sexual. Todos los visajes de la película circulaban ahora por aquel rostro, dándole vida en la luz de gruta de la tarde. Otra cosa en la que no estábamos de acuerdo Luis y yo era en la masturbación. Él era muy partidario. Yo, no. A mí me interesa el cuerpo de la mujer, no el mío, aunque esto parezca ruda ignorancia del propio e inevitable narcisismo. Como narciso, me interesa, me fascina la respuesta sexual de la mujer, tan insondable. Hasta la muñeca de goma podrida tenía respuestas.

* * *

Carmen Diez de Rivera andaba entre los políticos del tardofranquismo y la transición, rubia y hermética, como las imágenes estofadas en oro que había visto yo callejear por el Rastro, entre buhoneros y hombrones del saco.

Carmen tenía leyenda y carisma. Leyenda tras de sí y carisma en torno a sí. Hubo un momento, cuando estuvo en la Moncloa, con Suárez, en que era para los españoles como una versión civil del «tanto monta», pero más a la izquierda.

Tanto montaba que se fue de la Moncloa, y luego me decía:

—Mira, Paco, yo allí no pintaba nada, porque no me dejaban, claro, porque a la mujer no se la deja pasar de cierto límite en este país. Además, yo ya no estaba conforme con lo que preparaban. Se lo dije a Adolfo muchas veces, que no formase un partido. Él ya había cumplido, y de sobra, con lo que hizo.

«A tenazón.» Me vino la frase remota de cuando Suárez me echó de su modesto despacho. A tenazón. A tenazón creó un partido de la nada, sin ideologías, sin doctrina. A tenazón ganó unas elecciones, otras, no sé. Y a tenazón cayeron sobre él sus cortesanos y le pusieron en la calle, no sin antes haberle asesinado políticamente, por la espalda, con un puñal de papel de barba. De modo que lo que dejaron en la acera, para que se lo llevasen los basureros de la Historia, fue un bocoy vacío, un pellejo de vino sin vino, o con un resto agriado que al propio Suárez debía de saberle a vinagre.

Carmen Diez de Rivera vivía en El Viso, disfrutando los árboles de los demás, ya que lo suyo era un apartamento. A Carmen se la leía al revés que los libros: de derecha a izquierda. Abandonada la Moncloa, anduvo cerca de Carrillo, cerca de Tierno Galván y su PSP, cerca del proletariado cristiano (luego *secularizado* por el marxismo) del padre Llanos, incluso. Huida de la pureza convencional de su origen aristocrático, lo de Carmen era un progresivo alejamiento hacia izquierdas cada vez más puras, exentas y marginales.

Buscaba la izquierda en estado puro, pero no sé si tanto por izquierda como por pura. Otra hubiera dado en un cielismo/angelismo de izquierdas. Pero Carmen —«qué gran político pierde la Historia, amor», le decía yo, y se cabreaba— era eso, ante todo, un político de pura raza (ignoro si le venía de familia ni de qué familia), o sea, una mujer con gran sentido de la realidad, que corregía siempre mis teorías con el dato concreto, con la observación precisa. Estaba siempre en lo cierto, en los dos sentidos de la palabra: en lo verdadero y en lo real.

O sea, que tenía la razón y, además, tenía la realidad con ella, en su mano, como un cóndor, como las diosas de alegoría tienen cualquier pájaro mitológico. Estuve a punto de enamorarme de Carmen.

Pero esta mujer fuerte, que tanta firmeza política comunicaba al exterior, era una mujer enferma, y yo veía, como todos sus íntimos por entonces, las caídas y recaídas de su cuerpo rubio, y quizá de su alma o temple, en hospitales, convalecencias, domicilios de amigas o en su propia cama con ventanas a los árboles frondosos de los demás, de los de su clase, y de entre quienes se había exiliado viviendo, exactamente, concéntrica a

ellos. Pero viviendo de otra forma.

—Mamá ha venido esta mañana, me ha dicho que estos curasanes son una porquería y me ha encargado otros de La Mallorquina o de Viena Capellanes. No creo que vuelva a verla en una temporada.

Su madre, la condesa, duquesa o marquesa de Llanzol, que no recuerdo el título, era así, por lo visto. Atendía a la salud de su hija mejorando los curasanes. Sobre todo, mejorando la firma de la tienda. Yo a Carmen le llevaba libros, primero de política, por identificarme con su pasión/obsesión, y luego, abiertamente, de literatura, iniciando así la contraofensiva, y, más que por traerla a mi terreno, por desintoxicarla de lo que respiraba en el suyo. Curiosamente, una cosa que le compré un día en un tenderete de Neptuno fue «Diario de una desintoxicación», o sea *Opio*, de Jean Cocteau.

En una cena de *El País* me regaló un pañuelo sencillo. En una cena de los Garrigues le prometí un abanico (y más tarde fuimos a comprarlo a la calle de Apodaca). Más que actividad política, Carmen tenía ya, por entonces, obsesión política, y esto la endurecía por sobre su hermosa dureza rubia, de manera que la sentía como más cercana —no diré más mía, ay— cuando estaba enferma y podía visitarla, verla horizontal, sentarme al borde de su cama y cogerle los pies con gruesos calcetines de bello dibujo (se le enfriaban) y apretárselos suavemente entre mis manos.

Algunos mediodías almorzábamos con el padre Llanos por los tabernones de Santo Domingo o Progreso. Algunas noches cenábamos con Tierno (a quien yo había conocido en casa de Morodo), que luego nos llevaba a algún restaurante noble y arruinado a buscar anís en rama. Carmen es/era muy bella. Tiene una inteligencia fría en los ojos. Tiene unas manos un poco infantiles, que pueden ser adorables. Tiene un cuerpo menudo, casi efébrico. Lo que a uno le gusta, en fin. Pero tiene la boca de labios finos, y eso supone no sé si frigidez, crueldad o pertinacia. Yo creo que, en Carmen, pertinacia. Lo que pasa es que su pertinacia se iba quedando sin destino. A mí no me restaba otra cosa que apretarle un poco los pies, cuando convaleciente.

Es quizá la única mujer madura de quien yo me habría enamorado. Conmigo, al principio, fue deliciosa, casi adolescente. Luego empezó también —era inevitable en ella— a hacer política dentro de nuestra amistad. Me llamaba a casa todas las mañanas y teníamos como una hora diaria de teléfono. No sé si me llamaba por afición a llamarme —aún no lo sé hoy— o por influir en mi columna a distancia.

Uno aprendió hace mucho a no creer que las mujeres creen en uno. Y es que es lo más frecuente. Si alguna cree, ya se verá.

Entre las enfermedades, las reticencias, su apartamiento del siglo, su búsqueda de una pureza política que no existe (pero ella era ante todo un político) y lo insostenible de mi juego sentimental en el que no jugábamos a nada, Carmen se fue retirando hacia sus playas de Almería o hacia las copas de los árboles de El Viso.

—Lo mejor de Carmen es la piel, qué piel tan blanca —me dijo una vez un político con brutalidad que no llegaba al cinismo. No me importó, no me interesó averiguar (hubiera sido fácil) si era una manera de demostrarme que la conocía físicamente mejor que yo. Teniendo en cuenta que estábamos hablando de Carmen/político, lo de la finura/blancura de la piel no venía muy al caso.

Cuando las primeras elecciones municipales, luchó por Tierno, llegando hasta pegar carteles por las calles, de madrugada. Quizá fue éste su último activismo político. Hace mucho que no la veo. Y me preguntan por ella, ay, como si yo tuviera o hubiese tenido alguna vez la llave de oro de su intimidad. No creo que ni siquiera exista llave. A veces íbamos a Vallecas, a la chabola de Llanos, y comíamos allí. La recuerdo bailando con el cura, él con una especie de solideo judío y en zapatillas de cuadros.

Tuvimos, Carmen y yo, con amigos de por medio —Tierno, Llanos, otros—, una amistad apasionada como un amor. Un amor, por mi parte, que sólo podía expresarse como amistad. Llegué una vez, ya digo, a apretar sus pies entre mis manos, contra mi

pecho, tendida ella en su siesta de convaleciente. Me parece bastante. Casi demasiado. He olvidado muchas tardes de sexo, pero aquella tarde de nada, sin nada, no la olvido.

En aquella redacción, calle de San Roque o así, barrio de Malasaña, en aquel rincón de penumbra, al lado de un balcón que le dejaba a él a un lado, y por donde entraba una luz sucia, Juan Luis Cebrián, diario *Informaciones*, finales de los sesenta o primeros setenta, arcángel rubio, menudo, de ojos claros, se estaba allí como con luz propia en los ojos, la sonrisa o el pelo, trabajando con la cabeza baja, levantándola para mirar irónicamente, silencioso.

Él me dice que no, que nos habíamos conocido mucho antes, que nos había presentado Hermida en *Pueblo*.

—Mira, Paco, cómo se me iba a olvidar a mí el día en que conocí a un señor tan alto.

Pero yo me acuerdo mejor, ya digo, de aquellas tardes del *Informaciones*, cuando el diario *Madrid* había sido volado (por Sánchez-Bella, en última instancia), y yo pregunté ingenuamente que si con los redactores dentro, y el *Informaciones* (por decisión de Botín o los de La Serna) había tomado el relevo de la resistencia periodística vespertina al pequeño hombre de El Pardo.

Trataba yo, puesto que aquello era lo progre, de colocar allí alguna cosa, iba sin que nadie me hubiese llamado, me parece que no me hacían ningún caso, y Cebrián, con el que nunca hablé, pues no era a él a quien iba a ver, creo que sólo una vez levantó la cabeza, desde su penumbra/hornacina de niño perdido y hallado en el templo del Cuarto Poder, para mirarme, y supongo que debía verme como un poetón viejo (andaría yo por los treinta) que aún quería hacer literatura en los periódicos, vencido vengejo (y lo que me quedaba por vencer) de todos los atardeceres. De algunos.

Él, Cebrián, venía de su carrera fulgurante/fulminante, de su aprendizaje en Washington, de su labor espectacular en *Pueblo* (donde Romero me parece que siempre le silenció), y ahora en *Informaciones*, donde sólo los iniciados sabíamos que era el ángel exterminador del viejo periodismo con recado de escribir y actualidad de recuelo, más el cafelito de Daoíz y Velarde.

Me equivocaba yo en mis previsiones, quiero decir, en mi visión interior de cómo me veía aquel chico rubio, porque luego, cuando estuvo en Televisión, me llamó, aunque no llegamos a nada, y cuando se inventó *El País* también me llamó, como es sabido. Me iba yo con mi cabreo, mi frustración y mi saeta en el pecho (de sobra conocía a los emboscados y viles saeteros del resentimiento, la envidia y la intriga). Pero lo que importa, aquí y ahora, es que, sin otra visión del mundo que la visión plástica, como tiene uno, Juan Luis Cebrián, un nombre que empezaba a pertenecer a la mitología secreta del oficio, se me aparecía en hornacina de sombra, ya lo he dicho, junto a un viejo balcón abierto, de cuya asquerosa luz no se beneficiaba, y él era la novedad, la patena, la cosa, en aquella redacción de colillas republicanas, colillas fascistas, colillas del SEU, críticos como boxeadores, columnistas como momias y momias que seguían haciendo columnas.

Todo olía a errata y pie (sucio) de imprenta.

Pero allí, empalado de sombra, prestigioso en secreto, rubio de dentro afuera, quedaba Juan Luis Cebrián (aún sin la perilla de perillán romántico), y ya se gestaba en él (como se gesta siempre el futuro, la Historia, en los rincones) una prensa venidera, una información mejor, una revolución informativa, una democracia de la palabra.

Se gestaba la libertad. Como en las entrañas heridas de Carmen Diez de Rivera. Como en el pecho único —adorable polivinilo— de las muñecas de Berlanga. Como en la elegancia desmayada e indesmayable de Aranguren. Nombres que vengo enhebrando en estos capítulos, enrosariando no al azar —y los que vendrán—, sino porque ellos eran, juntos o por separado, la conspiración general o unipersonal hacia la libertad, la crónica del alba venidera, crónica que algunos escribíamos anticipadamente. Juan Luis

Cebrián, relicario de sí mismo, era el chico milagroso que trabajaba en su mesa de redactor-jefe, subdirector o lo que fuese, y yo me iba hacia Los Mostenses, hacia las Cavas, hacia casa, con el presentimiento alegre, vago y melancólico de que ya había gente más joven que uno haciendo lo que uno no había sabido hacer.

Niño dickensiano, Cebrián, sometido a lo oscuro, imaginaba desde la tiniebla un periódico claro, como Saint-John Perse pudiera imaginar un pájaro inédito.

Puro lirismo. Lo dijo Ortega, Espíritu Santo del futuro *País*, y juraría habérselo oído en aquellas tertulias azules de la *Revista de Occidente*, donde todos estábamos como dentro de un lúcido, enorme y poliédrico pisapapeles:

—El hombre sólo tiene proyectos líricos.

* * *

Eduardo Haro-Tecglen pasea su perro. Todas las mañanas, por su viejo barrio de Chamberí, entre artículo y artículo, Eduardo Haro-Tecglen pasea su perro. El perro es grande, violento, esbelto, de cabeza chata y cuerpo muy curvado. Ya sabéis a qué raza me refiero.

Eduardo Haro-Tecglen, muy alto, con abundante pelo de plata plumiza, entre distraído y penetrante, recorre su barrio, su biografía, sus calles y tiendas, que son como los bolsillos del enorme cuerpo paternal de Chamberí. Principié a leer a Eduardo Haro en el *España de Tánger* de los cincuenta, y me esclarecían personal y profesionalmente sus artículos, en los que me parece que hacía política, teatro, de todo. Eduardo, tan madrileño, ha vivido los exilios históricos o voluntarios de Tánger, París, etc. Camina despacio, como caminan los hombres muy altos (sólo los enanos se apresuran), y tiene también, como Gigi Corbetta, con quien nada le une, la tristeza de los gigantes.

Eduardo roza el gigantismo.

Eduardo procede de una comunidad judeocastellana y el judío tan vivo en él ha conseguido que tamaña humanidad pase inadvertida, casi, físicamente, para el gran público, pese a tener una firma de primera línea en el periodismo desde hace muchos años. Empezó de chico de los recados en el *Informaciones*. Hoy es un maestro.

Durante veinte años hace *Triunfo*, convirtiendo un semanario más en la revista/contraseña de la resistencia intelectual antifranquista y en un gran negocio lleno de publicidad. Lo que más vendía, entonces, era el antifranquismo sutil, incluso entre los franquistas (sobre todo entre los franquistas). Haro-Tecglen, al que casi nadie conocía físicamente, según queda explicado, era un nombre legendario entre la juventud de toda España.

Eduardo Haro-Tecglen pasea su perro. El perro, con sus múltiples y afinados sentidos, que ignoramos, es como una prolongación de los sentidos naturales del escritor, que le ayuda a reconocer mejor los olores, los sabores, los colores, los días perdidos por el cielo abuhardillado de Chamberí. El perro, violento y exquisito, no se come los bocadillos escolares que tiran los niños. El verdadero barrio que pasea Eduardo cada mañana es su infancia/adolescencia.

Eduardo Haro está recuperando lo de Proust: un poco de tiempo en estado puro. El tiempo anterior a las normas, los interdictos, las consignas, los partidos, las estrategias, los éxodos y las desapariciones a voluntad. El tiempo natural, del que uno jamás se ha alejado del todo: quizá haya aquí otra clave para explicar por qué uno, seguramente menos dotado, ha escrito tanta literatura y por qué él, comprometido siempre con algo, ha evitado en su prosa —agudísima— «la literatura».

En su lote de recuperación del tiempo natural me parece que entro yo, con *La verbena de la Paloma*, el teatro bueno de derechas, el Madrid aquel que quería ser muy madrileño, las fruterías de San Bernardo y la izquierda espontánea de la calle, no consignada ni certificada por nadie ni para nadie, aún.

En todo caso, durante los veinte años de *Triunfo* la revista no se ocupó jamás de mí ni de mis libros.

Es hoy, quizá, el amigo más último y verdadero que tiene uno, pero no por eso deja uno de comprender que, como *escritor puro*, como creador de prosa generadora de contenidos, si es eso lo que soy, Eduardo encuentra en mí un resto de tiempo, vida y verdad, una escritura que supone una traducción directa de la vida, que es lo que él busca por las tiendas de abanicos de Apodaca y las tintorerías de la glorieta de Quevedo.

En pocas palabras, que entro en el lote por el mismo precio, entrañable y vencido, que *La Revoltosa* o Ramón Gómez de la Serna, *espantable fascista*.

Estábamos en Riscal, asistiendo a la presentación del libro *Niñas... ¡al salón!*, de Vizcaíno Casas, cuando Fernando Lázaro Carreter se me acercó y me dijo:

—Qué bien escribes, coño.

Desde entonces ha ejercido sobre mí un largo y laso magisterio y, sobre todo, me ha iniciado —reiniciado, mejor— en la pasión por la escritura en sí misma, como concepción o espejo del mundo. Fernando, aparte de un sabio, es un hombre que he conocido a tiempo. Estaba yo de vuelta de dos pasiones: la pasión del decir cosas y la pasión de vivir («furor», lo llamaron los americanos, referido a Marilyn Monroe y así). Fernando me descubrió que la literatura vale por sí misma, que la literatura es generadora de contenidos, como me gusta decir a mí. O, más bien, Fernando Lázaro vino a poner argumentación y abrir caminos a mi vieja y secreta convicción de que escribir es escribir. Decir cosas, siendo la misma cosa, es otra. Anteriormente, muy anteriormente, yo había tenido sobre mí, y no me ha abandonado nunca, la sombra larga, atenta y crítica de Francisco Yndurain, que le dio seguridad a mi insegura juventud y me garantizó también, con su sobriedad entre erudita y cordial, el poder y el valor de la palabra como valor de uso y valor de cambio. La palabra vale para usarla y vale para intercambiarla por otras palabras. A este intercambio es, sencillamente, a lo que llamamos cultura. Estas cosas me las enseñó, sin decírmelas, Yndurain.

Pero en Yndurain había distancia, y esta distancia me la aclaró él un día como sin querer:

—Mira, Umbral, Madrid es una gran concentración de ambiciosos.

Él huía de las concentraciones. Fernando Lázaro, aunque judío, académico e incluso —veleide de unos años— estructuralista, me parece a mí que se vela menos. Es también hombre alto y siempre como abierto, rendido a algo. (Sensación engañosa, naturalmente.) Educado yo en la escuela berroqueña del socialrealismo, por lecturas y por *vividuras*, como se habrá visto en estas *Memorias*, el cultivo de la palabra por la palabra seguía pareciéndome, quizá, pasión personal, inconfesable. Pero con la madurez y con Lázaro me han venido dos convicciones más gratificantes que beligerantes: que la literatura está en el *cómo* (textual de Lázaro), y que ya sólo nos queda la literatura. A mí y al siglo. El siglo se ha hecho escéptico, ha avanzado mucho en moral social, colectiva (herencia de los socialismos históricos, en fin), pero el hombre individual no ha avanzado ni mejorado nada.

Entonces es cuando se produce la asunción de las formas narrativas, la potenciación absoluta del *cómo*. El hombre que se confiesa hijo del siglo, como el romántico y como yo, sufre la misma crisis de convicciones, y entonces se salva en la escritura y sus leyes interiores, que nos revelan, en cada gran escritor, no sólo una gramática, pero un hombre.

A la inversa, que viene a ser lo mismo, el hombre/escritor desea hacerse soluble en lo que escribe. Es mi caso y en esto me ha ayudado mucho, sabiéndolo o sin saberlo, Fernando Lázaro. Al final, el escritor se salva en la escritura como el alfarero en sus alfarerías. Y no hay más ni esto tiene nada que ver con la detestable «experiencia de la vida» o prestación de servicio moral de la literatura como ejemplario. Una noche, cenando en El Espejo, Fernando Lázaro, después de ponerme a parir un libro mío reciente, me lo dijo:

—Eres como Apollinaire, Paco; puedes hacer lo que te dé la gana.

El elogio era suficientemente desmesurado como para resultar tónico. El todavía joven judío salmanticense lo sabía. Uno, ya que no judío, ha andado siempre entre judíos buenos que le han conducido bien.

—Gracias, Fernando, en nombre de Apollinaire.

Sisita Pastega, nacida Milans del Bosch, a cuyo retrato por Ginés Liébana ya me he referido, era prima hermana del militar famoso y pronunciado. A Sisita la conocí en casa de Luis Berlanga, a la luz nocturna y salvaje de la chimenea, cuyas llamas cultivaban y confundían en ella su belleza de Catherine Deneuve española y la fina piel de sus hombros y su espalda. La Milans del Bosch daba cenas en su casa de El Viso, y su marido, Pablo, era como un Cary Grant de los negocios, joven, que nunca hubiese visto una película de Cary Grant. De las cenas de Sisita recuerdo a mucha gente. Por supuesto, a Pitita Ridruejo o a César Manrique, el genio canario que quedó en las islas cuando hubo muerto, prematuramente, el genio de verdad, o sea Agustín Millares, quizá el abstracto más español, casi goyesco, y más universal al mismo tiempo. De las cenas de Sisita recuerdo, sobre todo —naturalmente—, a la propia Sisita. A Sisita me parece que ya la he sacado en otras *cenas* de este libro. Me gustaría encerrar/liberar su personalidad en este triángulo: el retrato que le hizo Ginés, manierista, el traje de Diderot que se ponía a veces para damos de cenar, y lo que me dijo una vez, cenando en el palacio de los Segrelles, en Puerta de Hierro:

—La fabada no se puede tomar, Paco. La fabada te cuenta su vida. Es una pesadez.

(Por supuesto que Paloma Segrelles no nos había servido fabada.) Rescatada de la amistad convencional de la llamada vida social, Sisita, como tantas mujeres de un mundo que se ha llamado frívolo, y lo es en conjunto, resultaba una mujer sensible, exquisita, irónica, imaginativa, con toda la sabiduría de su cansancio prematuro de vivir (o la sabiduría ejercida como cansancio, quizá). Tenía el alma rubia, y eso importa casi tanto como el oro del pelo y la piel, y una frigidez de mente, digamos para entendernos, que no sé si guarda relación con otras frigideces.

El miedo del macho ha troquelado el mito fácil de la mujer fría y mala. ¿Pero y la fría y buena? ¿La bondadosamente fría? Sisita era muy irónica y todo ironismo supone frialdad de pensamiento, distancia. Sólo que ella acortaba distancias con su entrañabilidad femenina. Me parecía, ya digo, uno de tantos tesoros enterrados en el espesor del gran mundo, como aquellas vírgenes clásicas que sacaba el arado casual de la campiña romana. Cuando se produjo la asonada decimonónica de Milans del Bosch, yo observaba de perfil a Sisita, pues que en ella, tan discreta sobre el caso, me era dado ver el aspecto *femenino*, digamos, de la conspiración. Lo que en ella era nostalgia lírica y épica de infantita de los cuarteles franquistas, en su primo hermano había sido convicción/confusión patriótica.

Hace falta una cierta cultura para distinguir las nostalgias personales de las necesidades nacionales, y no todos los militares la tienen. Imagino que «el metal amaneciendo clarín», como le había dicho yo a ella, citando al niño genial que murió en las Ardenas o por ahí, en Sisita se quedaba en emoción matinal y familiar. En su primo hermano era *la llamada de la Patria*.

No.

Recuerdo a Sisita en la terraza de su casa de El Viso, una noche de verano, en cena de final de la *season*, con túnica blanca de profundos cortes en los muslos, casi hasta la cadera. Tenía aquella noche ese erotismo en seco, cordial y musical, de las rubias hacia adentro. Ese erotismo que no molesta ni fatiga. Más la elegancia.

Pero el metal —ay— amaneció clarín.

Blas de Otero como Blas de Otero, en la terracilla de su casa de Majadahonda, allí donde el pueblo volvía a ser más majada, honda majada de polvo y sol. Blas de Otero en su ataúd, que lo pusieron en la pieza de abajo (se bajaba por una escalera larga y

estrecha, encerada, me parece). Blas de Otero en su idioma de piedra, hierro y cielo. Meliano Peraile, a primera hora de la tarde, a visitar al muerto, en un preverano de sol y malas cosechas. La gran mesa redonda contra el ángulo recto de la pared, en un desencuentro geométrico, antigeométrico, que inquietaba toda la casa y ponía malestar en la visita. Sabina de la Cruz, con nombre de mística, suave y doliente, como resbalando por su tristeza. Blas de Otero en la terracilla de mirar la gasolinera de enfrente. Parecía como si aún pudiese subir, el muerto, la escalera estrecha y empinada, y sentarse en la terracilla —tan parecida a la que yo tuve en el Manzanares— a leer versos. Blas de Otero, la toda y única vanguardia posible de los 40/40. De Quevedo a César Vallejo, pasando por Unamuno, aunque él me lo dijo una vez:

—Unamuno es una carraca.

Ángel fieramente humano es, sin duda, el libro más importante de cuarenta años de represión, años en que sólo la poesía era o parecía más libre que otros géneros. Y por eso de la libertad, en la poesía se experimentaba, y Blas luchó siempre con su verbo, hizo levantamiento de piedras —era vasco—, con las palabras, y le dio al castellano la violencia y la austeridad de su raza original no romanizada. Luego, toda la poesía social de varias décadas, decía venir de Blas, cuando era una poesía prosaica, incapaz de hallazgo, malamente narrativa.

Blas es el Vallejo vasco que no llega a diluirse en la frivolidad estilística de *Favorable/París/Poemas*, como Vallejo se diluyó en algún momento por influencia de aquel Moréas de rayadillo que era Vicente Huidobro.

Pero Blas de Otero había muerto.

Mañana del entierro, en el cementerio civil, bajo la lluvia celeste de la primavera (no todas las lluvias ciudadanas bajan del cielo: sólo las de ciertos abrils o mayos). Ramón de Garciasol, de quien en estas *Memorias* ya se ha hablado, López Salinas, Fanny Rubio, Alfonso Grosso, Sabina, poca gente. Garciasol me contaba lo de sus ojos:

—Otra vez las dioptrías, Paco, esto ya no aguanta. Y no es como hace veinte años, ya te acuerdas, que me operó García Castellón con dinero de Vicente.

Don Manuel Azaña cegaba en Garciasol, con la barba tremenda: rubia, blanca y crespa. Fanny Rubio se subió al montón de tierra, cuando todo había terminado, y dijo contra la lluvia unos versos de Blas. Se abrió el luto de los paraguas.

Plaza de toros de las Ventas. Mis viejos barrios del arroyo Abroñigal (ya inexistente), de la báscula municipal (ya inexistente), de la Envidita, cuyas cenizas tuve el placer de robarle al Ayuntamiento para devolvérselas a sus padres. Aquel día que me hice saltatumbas. España saltatumbas que todavía no ha dado, en medio siglo, un estudio detenido y veraz sobre el poeta más original desde el 27.

Homenaje a Blas en las Ventas. La plaza estaba hasta arriba de público. En el gran tablado, artistas, políticos, cantantes y poetas. Presenté el homenaje con un folio que, escrito aquella mañana, había quedado, digamos, vibrante, teniendo en cuenta la relativa vibración que ya puede dar uno. Hubo ese momento en que los versos, el sol, la música, el nombre del poeta, tantas veces repetido, todo fue como una inmensa llaga girante, todos fuimos aquella llaga, y sólo el anochecer pulcro, parco y dulce vino a serenarnos la frente alborotada de política y de versos.

Toda la nómina lírica oficial de derechas/izquierdas, o sea los cabeza de serie, estuvo ausente, claro. No le perdonaban la gloria al muerto ni la vida al poeta.

* * *

Pitita Ridruejo, Esperanza/Banesto, como fuere, bruja buena y maga sin magia de aquellos años de transición, mujer levitante, santa no del todo laica en las devociones del gran mundo, sutil visitadora de los fantasmas y los pobres, filipina apócrifa, embajadora.

Pitita me llevó casi de la mano a las cenas de los Alba (incluida visita a la capilla, donde había un muerto, claro, como en todas las capillas de todos los palacios, muerto tan protocolario como la armadura del vestíbulo), a las cenas de Loewe, a sus propias cenas, en la Embajada, con un confesonario a la puerta, un negro en el guardarropa, muchas criadas filipinas y un plano de la mesa, con los nombres de los comensales, para sentarse.

Pitita me llamaba desde Londres, desde Nueva York, desde Marbella:

—Paco, acabo de encontrar un libro maravilloso, fundamental; a ti te va muchísimo y tienes que leerlo en seguida: *El lobo estepario*.

Y cómo decirle que yo lo había leído a los catorce años. Me recordó la frase de Sánchez-Mazas, que se cuenta en estas *Memorias*, a Eugenio Montes: «Con el trabajo que te has tomado en fingir una cultura, podías haberte hecho una cultura de verdad.»

Pitita había elegido la cultura/incultura del esoterismo, la levitación, los orientalismos al día, las meditaciones trascendentales y todo un más allá hindú (un más allá al que se llegaba en avión) que ella hacía fácilmente, simplemente conciliable con su catolicismo crudo de señorita de Soria.

En su coche o en el de otros, en taxi, yo paseé largamente por la noche de Madrid aquella mujer/objeto (más en el sentido anticuario que en el sentido sexual de la expresión a la moda), y cenamos en casa de muy buenos estafadores, generalmente homosexuales, que llegaban a sacarle a Pitita hasta un millón (había heredado ella el instinto financiero de su padre, mi amigo el viejo Epifanio, y era una gran jugadora de Bolsa, que ganaba siempre, pero de esto hablaba menos).

Con los atuendos filipinos a que le obligaba la conyugalidad de embajadora, más su físico (Fellini la quiso contratar para *Roma*, en Roma), Pitita llegó a ser la Cruella de Vil de la transición, y los hijos de Berlanga y los hijos de Vizcaíno llegaron a dibujar unos comics donde ella salía en ligero negro. Los invitó a merendar y se quedó con los originales.

Al marido lo raptaban las embajadas (que no las embajadoras). La religión de misa de domingo, a las doce, en Soria, se le quedaba en poco. Aunque en mucho para impedirle juegos sexuales. De modo que se perdió en la subcultura (y no contracultura, como distinguía Aranguren) de los gurús por horas. Iluminados, estafadores, gestaltistas, parapsicólogos, estigmatizados, naïfs y homosexuales eran la estela agradecida, la gallofa nocturna que Pitita iba dejando por Madrid.

De chico, siendo yo botones de Banca, había pinchado diariamente, con chinchetas, a la puerta de la sucursal, las cotizaciones del Banesto, firmadas por Epifanio Ridruejo, que era toda la mitología de la Banca franquista, con el prestigio añadido de que no estaba muy claro que apoyasen incondicionalmente a Franco. Le apoyaban, pero con muchas condiciones. La vida, mediante una ironía que ni siquiera cabe comentar, llegó a hacerme amigo de este viejo (con el que he pasado las mejores noches londinenses, de copa en copa, envuelto él en una toquilla de su hija, por precaución de Pitita, no porque al indomable anciano le tocara para nada el frío del Támesis). «Déjame, hija, déjame, que estoy tomando una copa con mi amigo Paco.»

Se inventó el Banesto (que es un banco gótico) como otros se inventaron, efectivamente, las catedrales góticas. André Malby, curandero de Marbella, francés de la OAS, no sé si a favor o en contra, hombre de talento, con un aire al actor/autor Peter Ustinov, le decía una vez a Pitita, aquí en esta casa, en este jardín desvariante donde escribo:

—Tu padre me ha explicado de dónde proceden los cuadros y los cacharros que tenéis en casa, y todo es rapiña de usurero.

Malby torturaba a las grandes damas, quizá para curarlas luego mejor. Pitita tenía una corte de escapatistas y maricones que le ponían la aureola maldita que a ella, tan señorita de Soria, le faltaba.

Frustrada en el amor, en la religión y en el arte, Pitita había decidido, quizá, hacer una obra de arte de la propia persona, como Baudelaire y Oscar Wilde (sin haberlos leído, claro). Y esto último lo consiguió bastante bien. En este sentido he escrito que llegó a ser la mujer/objeto, la única mujer/objeto que uno ha paseado.

Pero objeto de arte.

Radiestesistas ingleses del alma en quienes ella creía, y que, efectivamente, diagnosticaban el alma de la mujer —María Jesús Berlanga, Pitita, tantas—, las dejaban muy tranquilas y hasta les curaban un poco el lumbago. Por aquellos tiempos de transición que vengo narrando a mi manera, aparecieron en la vida española los falsos profetas, los donatistas y dulcinistas en profusión, como en todo milenio. Porque la muerte de Franco se esperaba como el milenio y las siete trompetas (militares, ay, «el metal amaneció clarín», niño Rimbaud, maricón, rebelde, caprichoso, genial e insoportable) fueron sonando una por una, como luego se verá/contará.

Pitita/Esperanza Ridruejo, sin saberlo, fue la bruja buena, la máxima encarnación del irracionalismo de todo milenio, y en las cenas de la *jet/set* y la *high/life* adonde me llevaba, cuando se discutía la sucesión de Franco, a la manera sutil de Barreiros, que ya he explicado, o a la manera inteligente, elegante y con fundamento, de Areilza, Pitita introducía el elemento mágico, levitante, sobretemporal, que a todos les hacía ver la Historia como cosa de poco momento. (La derecha odia la Historia y no lo sabe, teme a la Historia y no lo sabe: cree rendir culto a la Historia rindiendo culto al bisabuelo preste, pero ha descubierto —tarde— que en la Historia están emboscados Voltaire, Marx y Nietzsche.)

Cenas en Joy-Eslava, íntimas, en honor de Pitita, viajes al mundo de los locos, con Vallejo Nájera, huidas a la periferia, en busca de naïfs o de fantasmas (la famosa «casa de los ruidos», torturada de trenes, de sótanos y de subnormales, adonde Pitita llevó al último alcalde franquista —de quien creo ya se ha hablado aquí—, Arespacochaga, para explicarle que las fuerzas soturnas y desatadas eran cosa de un adolescente mongoloide que vivía en una buhardilla).

Y qué tranquilo se queda el poder con estas explicaciones. Pitita, de vuelta de embajadas, Europas y Manhattan, se compró una casa/palacio en Fomento. Pero en los altos tenía unas familias mesocráticas, en los bajos el *Café de Chinitas*, de la Chunga, y en el principal una aristócrata que tampoco quería irse. Encima la casa era precatálogo. Intocable. Fuimos una tarde a verla y Pitita pasaba un dedo por las borradas cenefas, por las perdidas greguerías. Era el sueño imposible de la Liria particular de la Alba que ella no era. Ya con los socialistas en el Ayuntamiento, fue a ver a Tierno para contarle el caso. Tierno bajó luego con Pitita hasta la puerta de la calle. Pitita le agradeció la deferencia.

—Señora, lo hago igual con cualquier anciana de Vallecas.

Tierno Galván, a quien yo había conocido en casa de Morodo, como ya se ha dicho, en los tiempos del PSP, me sacaba a cenar, antes y después de ser alcalde, y luego caminábamos por la noche madrileña, él a cuerpo, como siempre, ajeno al frío y el calor, ajeno a la noche y el día —Tierno es uno de esos hombres/universo (se da mucho en los políticos) que se rigen por sí mismos y para quienes no cuentan las estaciones ni los calendarios—, caminábamos, digo, a la busca de una botella de anís en rama, que Tierno tenía capricho y gentileza de regalarme. De El Parrillón a las más insomnes y sobrias tiendas de vinos, esas tiendas que son como farmacias del vino, Tierno me llevaba, preguntando, y al fin teníamos nuestra botella, que él me donaba. Por algún sitio debía de haber guardas, escoltas, policías, guardaespaldas o asesinos. Cuando alguien se ponía demasiado teórico, Tierno me llevaba aparte.

—Umbral, hagamos greguerías.

Recuerdo su primera salutación en casa de Morodo:

—Usted, Umbral, es la ironía, y quién no está necesitado hoy de la ironía.

Alguien me invitó un día a hablar en la Casa de la Villa. Tierno llegó tarde, de viaje, en pleno debate sobre la cultura. Intervino en seguida:

—Cultura es todo lo que ignoramos.

Me dice Haro-Tecglen que Madrid es ciudad de alcaldes pintorescos. Tierno ha conseguido el pintoresquismo de la cultura, la imagen del sabio distraído y atento al mismo tiempo: *atento* en el sentido de educado y cumplidor, mediante su conducta y sus bandos.

Por los famosos bandos arcaizantes se le escapa el ilustrado que él es. Yo pienso que su marxismo teórico es una prolongación coherente de su enciclopedismo, antes que un economicismo beligerante. De los bandos se dijo a bulto que eran «quevedescos». De Quevedo, nada. Es un neoclásico a quien seguramente la repugna el barroco. En sus bandos hay enciclopedia, Cervantes, ironía personal, neoclasicismo y pastiche. Ha conseguido, sí, el pintoresquismo de la cultura, pues que la cultura siempre es pintoresca para el pueblo.

Antes de las primeras elecciones, antes de salir alcalde, cenábamos mucho y me asombraba su seguridad en el triunfo, que era a partes iguales indiferencia por el fracaso. Revolucionario hipotético e ilustrado, la facilidad verbal le ha llevado, me parece, a la vida pública, pues que sus ensayos de cuando la resistencia eran un poco duros de prosa, un poco despectivos de concepto —¿Azaña?—, un poco solipsistas (predicando comunismo). Quizá ha elegido la vía fácil para él, la oral, y yo creo que, en la duda, hay que optar siempre por el mínimo esfuerzo y la coordenada de menor resistencia. «Capto mejor los volúmenes que los colores, Umbral. De ser artista, hubiera sido escultor.» O sea, un clásico, un tectónico, un arquitectural. Las ideas también son volúmenes y no colores. Un hombre anterior a Baudelaire.

—Tengo que encontrarle a usted una botella de Machaquito, Umbral. Eso es un anís. Ya no se bebe Machaquito.

* * *

La movida, más o menos, fue así. Fraga Iribarne, a quien no le gustaba cómo iban las cosas ni que el Rey hubiese quitado a Arias Navarro (la estanquera de Ayala, bien, gracias), ni que a él le hubiesen quitado de Londres (guardó el bombín inglés en una sombrerera equivocada, de su mujer, y no ha vuelto a encontrarlo), Fraga Iribarne, digo, decidió que, muerto Franco, el franquismo era él, y reunió en tomo de sí siete ángeles o candidatos, los siete ángeles apocalípticos que al comienzo de este libro final le anunciaron, pero sin cruces de hierro interiores y con alas de tervilor o de terlenka. López Rodó, Arias, Fernández de la Mora y así, fueron los siete ángeles/grajos que llenaron España con su vuelo pesado, cargante de nostalgia, lastrado de continuismo. Las primeras elecciones generales y democráticas fueron como una quema de brujas en seco, quema a la que asistieron, en la plaza de todos los pueblos del país, incluso los muertos de la guerra civil (ambos bandos), creyendo que eran las fiestas. La guapa gente de derechas no comprendía aquello. Bajaron las persianas con buena cuerda del barrio de Salamanca y Suárez les parecía un rojo porque había legalizado a Santiago Carrillo «a tenazón».

Pero también la resistencia estaba un poco desconcertada, Oliver ya no era de Marsillach, Marcelino Camacho salía de Carabanchel y a su mujer la cogió con un jersey a medio calcetar.

Fue cuando los antifranquistas de *posse* comprendieron secretamente que ellos no habían nacido para vivir en libertad. Empezaron a secárseles las pilas de todos los timbres que vos apretás, y cerró *Cuadernos para el Diálogo*. El nacionalcatolicismo dialogante —Gil Robles padre/hijo, Ruiz Giménez— no sacó un voto. La izquierda recreativa descubría, tarde, que María Asquerino, más María que nunca, había dejado el rincón cinematográfico de Oliver por el rincón catalán/madrileño de Boccaccio.

O sea, que había un trajín de hombres perdidos, un ir y venir de un sitio al otro.

Fue cuando Fraga, Ruiz Gallardón y algún otro me invitaron a almorzar con Balmes en una marisquería lujosa y álgida de la Gran Vía. Balmes bendijo el centollo, se persignó ante la queimada y, cuando Fraga nos dejaba, hablábamos él y yo de *El criterio* y sus bonitas metáforas ferroviarias. Más tarde, el filósofo catalán desaparecería del grupo porque López Rodó lo encontraba un poco laico.

Fue, sí, cuando volamos con un cuerpo astral llamado Carrero por las cien mil leguas que distaban de la democracia. Los periódicos seguían el vuelo de lo que resultó cometa Halley de la transición como las estaciones seguidoras de satélites que hay en Robledo de Chavela. Hasta algún patriota dijo que a la Luna se había llegado desde Robledo, como a América desde Palos, porque si no se parte de España, no se llega a ninguna parte; Arias quiso darle una cartera, pero Arias ya no era primer ministro. Sonó música de órgano, por Carrero, en la catedral de Segovia, y los acratillas de Malasaña engordaron el porro por concelebrar.

Media España seguía poniendo a doña Concha Piquer para afeitarse. Querían, sin saberlo, cerrar el franquismo como lo habían abierto: con «La vecinita de enfrente». Santiago Carrillo tuvo su entronización millonaria de gentes en la primera fiesta del PCE, en la Casa de Campo, con vendedores de hamburguesas de todo el Tercer Mundo, Cono Sur y repúblicas/banana, ruedos inmensos de humanidad y ladrillo, como auditorio de Carrillo y Dolores Ibárruri, Rosa León como la niña de las monjas rojas, tocando la guitarra, y Hafida, la embajadora argelina, inolvidable, en un fragor de legendarios niños saharauis.

Mis viejas amigas marsixtillas de la fuente del Berro —tantos años—, con buhardilla o sótano de puerta color mierda, reaparecían hechas una mujerazas alegóricas de la Revolución, con una cándida llama/nube de algodón de azúcar en la mano, y nos dábamos grandes abrazos, quedando empegotados del pegote dulzarrón, como un velo nupcial barato y rompedizo que me casaba un momento con ellas, tan poco casanderas.

Hubo una matanza de abogados laboristas en Atocha, y el PCE, tan ruidoso en la clandestinidad, dio una panteónica lección de silencio en el entierro de los asesinados. Puso en el corazón de Madrid, entre Colón y el palacio de Justicia, un bloque inmenso y geométrico de elocuente mutismo popular.

Las divisiones acorazadas del silencio inerme y disciplinado tomaron aquella tarde Madrid.

La Iglesia empezó a fumar picadura y Tarancón hizo el discurso de la Corona, sobre el silencio pasado o venidero del entierro que he dicho, sobresaltando todos los transistores de España con su palabra de tabaco honrado y veraz. Del mismo modo que la gran sociedad sepulta y enmudece a sus mujeres más singulares —que habrían llegado lejos sólo con ser de la pequeña burguesía—, la Iglesia, con su formidable y espantosa máquina, entierra a un hombre, incluso sin quererlo, cuando en ese hombre sopla y suena la voz en arameo de Cristo.

Pero la Iglesia es así e incluso se fundó así. Los apóstoles, después de recibir la visita del Espíritu Santo y las lenguas de fuego, tuvieron fincas en Judea. La Iglesia, en principio, se ponía de parte de una revolución burocrática que llamaron Transición. El discurso de monseñor nos bautizó a todos de nuevo.

Los Reyes empezaron a recibir en La Zarzuela a intelectuales, profesores, escritores, dramaturgos. La Reina aparecía vestida de espuma roja, con sus ojos gris/gamuza, y quienes llevábamos dentro un republicano cauterizado, comprendimos de pronto aquello de Proust, aunque muchos no le habían leído: «La nobleza comporta unos valores poéticos a los que ella misma es ajena.» No es que fuera uno a cambiar de corazón político —y menos de chaleco, que yo no uso—, pero todos nos enamoramos un poco de aquella mujer hecha de Mozart y moaré, de poetas alemanes y genealogías centroeuropeas, de oro y protocolo. Sólo sus ojos de gamuza inteligente podían

templar y rasar un poco el corazón alborotado y transicional de los españoles.

Por los altos de Herosilla había un bar de posguerra, El Avión, donde daban pipas con el whisky, y César, el viejo pianista cojo, tocaba repetido en un espejo canciones de sus tiempos, siempre con una botella de cerveza bailando sobre el piano.

De pronto, hubo que dejar de ir a El Avión, porque se llenó de una adolescencia paramilitar peinada hacia atrás, muy recio, como los jefes fascistas de España, en los años treinta, más la gomina incongruente de Gardel, y quién sabe si, para ennegrecer aún más el pelo, las Gotas Divinas con que Jesús Juan Garcés, el poeta almirante, decía que José García Nieto se teñía las canas. Por lo de El Avión comencé yo a ver que el barrio de Salamanca se volvía hostil al resto de Madrid. Que las viejas familias de la Victoria querían prolongar ésta más allá del César Invicto, cuyas palabras testamentarias, ciertas o apócrifas, nos leía Arias Navarro a todas horas por televisión. La geografía de la ciudad volvió a ser geografía política. Me pregunté si yo volvería a pisar, descalzo y libre en mi anonimato, los lagos espaciosos de la noche de agosto.

Me temía que no.

Tribus terroristas de derecha/izquierda (venían a ser la misma cosa) alegraban Madrid, más la violencia cortés, la crueldad elegante, la amenaza perfumada de los chicos del barrio de Salamanca. Se hacían frecuentes visitas a la tumba de Franco, recién enterrado, y, desde mis jardines interiores y volterianos, veía yo pasar en la noche las antorchas de los violentos y las luces de sus coches. Paraban mucho para que el viaje les durase hasta la madrugada, se intercambiaban banderas y tabaco. Era la larga travesía del desierto franquista, ahora en dirección contraria.

Argentinos como Cesarsky, italianos de las *brigadas negras*, fascistas internacionales ilustraron Madrid con la variedad de sus armas y la plasticidad de sus crímenes.

Lo más espantoso de la violencia es que se gusta a sí misma, se encuentra «artista», digamos.

En la cervecería Alemana, plaza de Santa Ana, muy cerca del teatro Español, había quedado yo una noche con Carmen Platero. La Alemana había sido hogar de espejos sucios de mi remota amante Mariluz, asturiana y viajera, de Bárbara Logsdon, piel roja cherokee, dulce y pintora abstracta, con un gato en el hombro y un hermano paracaidista —Thimothy de nombre, como el gato— muriendo en Vietnam, de otra chica cuyo nombre no recuerdo, que iba siempre desnuda bajo su mono de cremallera. Nos metíamos en cualquier sitio, se bajaba la cremallera y ya estaba. Yo creo que aquella muchacha jugaba con la ventaja de la facilidad.

En la cervecería Alemana había estado Hemingway limpiándose los zapatos a manos de un viejo banderillero limpiabotas, había estado Manolete posando para Martínez Remis (también posó, en su estudio, para Vázquez Díaz, como me parece que se ha contado aquí, y que le sacó mediante un cubismo de cartonaje industrial que era una mierda). En la Alemana habíamos estado los accésit del Adonais y yo, echando versos y ligando turistas rubias con muslos de cinco cereales.

Carmen Platero, popular y violenta, lúcida e irónica, desgarrante, no acababa de llegar, y fue cuando mil fascistas y algunas Brigadas Negras me rodearon, me pusieron en el pecho un puño de boxeador de la mafia, me pusieron entre las piernas una cachava gorda y nudosa, de pastor alpestre, me sacaron fotos con sus ametralladoras de cañones recortados y me dijeron:

—Tú eres un muy malo periodista, lo peor periodista della España, tú ser la mierda una de periodista, la más peor el periodista della España.

—Sí, claro, yo soy una mierda.

—Siéntate con nosotros.

—No, nada. He venido buscando a una persona, no está, me voy.

—Siéntate.

—Me marchó.

Salí a la plaza de Santa Ana, en sombras, donde el mendigo de siempre pedía unas monedas por recitar versos de *La vida es sueño* junto a la estatua de Calderón, y esperé entre los árboles el pequeño coche de la Platero. Los hippies tardíos de la plaza y sus pensiones habían huido hacía mucho tiempo con sus flautas de gurús y sus serpientes de epatar burgueses. Eran los que iban a cambiar la Historia.

Y una mierda.

Cuando llegó la Platero, salimos en su coche, echando hostias.

—Ahí dentro había unos fascistas que me querían matar.

—También tú es que te pasas, Umbrales.

Tan revueltos andaban los tiempos que hasta un profeta con pelo a navaja fue Ignacio Camuñas, que me debía y me sigue debiendo bastante dinero de mi libro *Carta abierta a una chica progre*.

Camuñas, soltero de plata, llegó incluso a ministro, con Suárez. Era a Suárez lo que un maniqué Simago a un maniqué de El Corte Inglés, boutique planta caballeros. Editor que no creía en los libros, catálogo andante de buenas colonias, al pasar, alma *aftershave*, Ignacio Camuñas fue algo así como la democracia bajo mínimos. Adolfo Suárez, en el Congreso, se venía a veces al bar y tomaba un café con nosotros. «Que hay que intervenir más, presidente.» «Tranquilo, Umbral, que el día que hable a las Cortes te avisaré.»

Entre él y yo las cosas volvían a ocurrir «a tenazón». Sus largos ojos claros y su sonrisa de caimán bello sujetaban al personal. Por entonces, ya se veía en el Congreso que los socialistas —Felipe, Guerra, Gómez Llorente, Castellano, Múgica y así— trabajaban mucho, en serio y a fondo, no sólo como oposición, sino como futuro poder. Era la manera que tenían de acodarse en la barra para pedir un cortado.

Surgían líderes del milenio, profetas de barrio. Cela fue a ver al *Lute* a la cárcel. Felines, del Rayo Vallecano, recibió un homenaje que era una puesta en pie de la ciudad sagrada del marxismo. Ramoncín, en sus conciertos, sacaba la picha y se meaba en el whisky de la progresía:

*Cómete una paraguaya,
cómete una paraguaya,
cómete una paraguaya,
cómete una paraguaya,
cómete una paraguaya...*

Era su mejor letra, y además *dadá*. Tristán Tzará hubiese abrazado a este ángel de cuero negro como a su hijo natural. Para nosotros, «las carrozas con trenka», que decían las adolescentes morfinómanas de Malasaña y «Las hierbas de la abuela», la venida de la democracia fue una como segunda juventud. Para la izquierda y para la derecha. La democracia es lo que tiene.

Hubo una huelga contra la subida del pan, y allí estuvo uno —cronista/*coronista*, como Francesillo de Zúñiga— con la barra de pan como adarga de sol/Magritte. Los Alba entronizaban un Marc Chagall en el salón de las chimeneas y me invitaban a cenar para verlo. Burros con alas, violinistas sobre el tejado, novias/racimo y palomas/florero aleteaban en tomo de Cayetana, cuando tomábamos ya el café, y me alegraba ver cómo Jesús, el duque, cedía sus simetrías mentales de la escuela de Frankfurt —Adorno, Benjamín, Marcuse, etc.— ante las asimetrías sentimentales del judío, ruso, exiliado y centenario Marc Chagall, poeta.

Las fiestas del pecé, en la Casa de Campo, siempre tenían un cóctel dominical y matinal de lo que yo llamaba el Politburó, en el pabellón de los Hexágonos. A la puerta del pabellón estaba aquel prodigioso hierro de Alberto Sánchez, el mayor escultor del siglo, uno de los más grandes del mundo, toledano y comunista, místico de boina, panadero y forjador, escritor en prosa pedernal, coreógrafo del ballet de Moscú, muerto en el exilio.

Con la remoción de la tierra española, iban saliendo tesoros, las vírgenes renacentistas

que he dicho antes y piezas de arte como esta de Alberto Sánchez.

Las primeras elecciones municipales, de las que Carmen Diez de Rivera me informaba con mayor prontitud y veracidad que todo mi mundo informático, hicieron subir la verdad a la superficie: la UCD era un partido artificial, artificioso, oficioso, creado por Suárez a su mayor gloria, que venía a llenar el hueco del desconcierto. Pero, en la bayoneta calada de unas municipales (como las que trajeron la segunda República), el pueblo se manifestaba naturalmente socialista, o, por mejor decir, socialístamente natural. En España, que no hemos hecho la Revolución francesa, rusa, ni siquiera la revolución industrial anglosajona, hacemos periódicamente la revolución municipal, rebeldes pedáneos como somos, y generalmente nos sale bien.

Las segundas municipales, ya con el PSOE en el poder, fueron una romería pacífica y triunfal de un socialismo que apenas había leído a Pablo Iglesias. Así va avanzando este país, mediante modestas revoluciones municipales, mientras otros hacen la revolución total.

En la Facultad de Derecho de la Complutense apareció una señal de tráfico de «prohibido» y una advertencia: «Cuidado: patriotas sueltos.» Los patriotas adolescentes de Blas Piñar tomaban Madrid todos los diecinueves de noviembre. El 20 les daba el viento pedernal de Cuelgamuros y parece que volvían un poco más calmados.

Las señoritas putas de la Gran Vía me lo dijeron:

—Lo que nos tememos, señor Umbral, es que el socialismo nos ponga a joder gratis, y tampoco es eso.

En Neguri, calle de Goya, tuve otro incidente de media tarde con los beisbolistas adolescentes del nuevo fascismo madrileño. Y en Claudio Coello, saliendo de la galería de Fernández-Braso de ver unos picassos de libro. Y por los tabernones de Atocha, yendo yo de vinos con Guillermina José, alta, rubia, musical y traductora de todo Baudelaire. Se nos acercó un hombre rubio, delgado y treintañón, con cazadora, que primero se había mirado mucho en el espejo del mostrador.

—Soy guapo, falangista y de derechas; ¿vas a escribir mañana de mí en tu columna, Umbral?

Luego quiso ligar con Guillermina José. Era el no poder andar por Madrid. Salimos con prisa, pero sin perder la dignidad (sin duda, el tipo iba armado), hacia el hotel Victoria, hotel de toreros e historias sentimentales, adonde yo había alternado mucho, en mis tiempos de reportero —hasta revisterismo taurino ha hecho uno, Señor—, con Palomito Linares, los Lozano, que le llevaban, y mi querido vallisoletano Carril, que era algo así como su cronista. En Parsifal, de Concha Espina, estando yo con el catalán José Ilario, en negocios periodísticos y editoriales, me cercaron cinco funcionarios cuarentones como de una Acción Católica agresiva.

—¿Le damos ahora o le dejamos para otro día? —se decían entre ellos.

Se fueron. «No sé cómo puedes vivir así», me dijo Ilario. No se podía, claro, pero se vivía. Cómete una paraguaya, cómete una paraguaya, cómete una paraguaya, etc. Vino Berlinguer a hablar en las Ventas (mi vieja plaza de las verbenas de verano, en el ruedo, con don José Gutiérrez Solana arrimando taller a las criadas del pasodoble, según se ha contado en el primer libro de este libro), y con él hablaron Carrillo y Dolores. Yo viví el mitin a la sombra de las muchachas rojas.

Era cuando las feministas se encerraban en la Nunciatura, al costado de Sacramento, y las bodas tipo Corín Tellado tenían a los lados unos como caballones de progres en sacos de dormir y catalanas que habían venido de Barcelona para la movida. Los exquisitos invitados de la boda no entendían nada. La novia, con la inminencia del estupro sacramental, ni se enteraba.

Suárez era Lucien de Rubempré en un país que no ha leído a Balzac (sólo lo ha leído Ramón Tamames, a la manera sociológica de Lukács/Marx), y tuvo la muerte política

de Rubempré, como yo le había pronosticado en mi columna. El nuncio Innocenti estaba con la transición, claro, o estaba controlando vaticanamente la transición. Incluso podrían haberla llamado *Transición*, con mayúscula, y hubiese quedado como un enigma más de la Iglesia, como una de esas contradicciones que hacen a la Iglesia enigmática y, por tanto, fascinante: la Dormición de la Virgen, la Anunciación de María, la Asunción, la Transición. El socialismo, muy fuerte en la oposición, que era como una clandestinidad a ojos vistas, metió a Largo Caballero por Cartagena y colgó en el Congreso un retrato de Indalecio Prieto que había salido en los desvanes. Los retratos condenados, siempre salen cuando deben, desde Dorian Gray.

Cómete una paraguaya, cómete una paraguay/cómete una paraguá. Tejero, más que el Congreso, asaltó, entre el apellido Núñez y el apellido Encabo, los dos apellidos de Núñez Encabo, que votaba en ese momento, Tejero, digo, más que el Congreso, asaltó la Televisión Española, dio el golpe en cada televisor de España, dejando claro que la tecnología no es nada, sino una nueva y complicada sucesión de espejos para la eterna épica/mímica del hombre, porque aquello era puro XIX, y pasado por Galdós, ya que ni siquiera parecía de verdad. Galdós estaba convencido de que España era una pugna entre la Iglesia y el Ejército.

La Iglesia era el demonio negro que los tenía sujetos, y el Ejército liberal e ilustrado era el san Jorge que nos libraba cíclicamente del dragón teleológico. Lo elemental de esta teoría prueba que Galdós, a más de mal prosista, era mal historiador. El Mal y el Bien están más complejamente repartidos entre ambas instituciones, en España, aparte otras cosas que también cuentan.

Pero Galdós fue el personaje más antiguo, aunque en granito, que yo me encontré al llegar a Madrid, en el año sesenta, y la primera *entrevista* o la segunda que *hice* en la ciudad. Y que publiqué, como al principio queda contado. Y con Galdós vuelve a cerrarse, o casi, este libro, pues que todo tiende a la majestad de la esfera y Galdós (y yo, con perdón) somos recurrentes.

He hablado en estas *Memorias* del simultaneísmo de Madrid (única lectura que permite entender esta ciudad). Gracias a este simultaneísmo, yo pude coincidir todavía, más que mediado el XX, con figuras y gentes del XIX (hoy sigo encontrándome por la calle), como Menéndez Pelayo, Rubén o el citado Galdós. La historia de este tiempo nuestro no ha sido sino la de los sucesivos asaltos al siglo XX desde el XIX: el general Primo, Franco, Martínez Campos, Milans del Bosch, Tejero. La lámina decimonónica de Tejero ha sido como la carta de ajuste de una democracia fundamentalmente televisiva, como lo son hoy todas las del mundo, que se rigen por la imagen. Aunque parezca que no, seguimos con esa carta de ajuste.

La noche de Tejero la pasé, de casa en casa, en casa de algunas amigas, de algunas colegas de política y cama. La mujer es la mejor clandestinidad.

La mujer no es otra cosa que clandestinidad.

(Tardes del Palace con Gutiérrez Mellado, el general elegante, enfermo y fumador. Tardes de hablar de España, las cerámicas que él ama, el tabaco que le mata, la inteligente ambigüedad de sus misiones militares. Un intelectual de la guerra y un dandy de la milicia. Le gustaba oírme y yo veía que no acababa él de entender cómo se consigue el milagro, en prosa, de asimilar un general del siglo XX a Garcilaso, un hombre de escalilla a un dandy. Tampoco intentaba yo explicárselo demasiado. Así éramos más amigos, crecía mi fervor por el hombre de acción —tan tranquilo en el fumar— y pasaba Madrid, como un París esmerilado, por las vidrieras del bar del Palace.)

* * *

Jardín de Areilza, en Aravaca, del que ya he hablado, como un jardín romántico inglés en el secarral madrileño, aquella copa de aquella tarde —cuándo, cómo—, siendo uno ya (cómo ha sido, Dios mío, cómo ha sido) el que homenajean los diplomáticos y los

camareros con un tacto de codos.

Fuera del tiempo y del espacio. La división acorazada y bostezante de los mecánicos al pie de sus coches, o formando grupo, Areilza esperándome en la puerta de su casa, que estaba como en medio de un bosque concéntrico al jardín.

—Querido Umbral, en la Academia puede que haya pensadores, científicos, lingüistas, pero no hay un prosista como tú.

Antonio Garrigues-Walker, con la arrogancia no lograda de su porte arrogante y un vaso en la mano (ginebra, seguramente), viniendo hacia mí, tras haber hecho el saludo con la bebida en alto:

—Anda, Paco, vámonos a la Vaguada, que echan sainetes.

Siempre inquieto este hombre, por la política y por la vida, huyendo de algo sin tener que huir de nada. Huyendo, quizá, como el corredor de fondo que era: la huida como forma de vida. Pero así no se deja estela en la política.

Ni estela ni estrella.

Landelino Lavilla, el hombre que presidiría papalmente las segundas Cortes democráticas.

—Umbral, tú escribiste de mí una cosa cierta y atroz: «Lavilla es el gran estafado de la transición.»

Lo de Areilza no era siempre un minué parado, como he escrito antes. De vez en cuando, el conde daba cuerda a los carillones de la vida social, y he aquí que presidentes del Gobierno, presidentes de las Cortes, embajadores y damas, hacían su danza con la cabeza o la peluca cambiada.

Leopoldo Calvo-Sotelo (que quizá ya había sido presidente del Gobierno):

—Mi mujer y yo estamos devorando tu último libro. Hoy nadie consigue una prosa como la tuya. Pero hay cierta prensa que te está haciendo una fea campaña.

Cuándo, cómo. Yo había mordido por fin el corazón de la manzana, yo estaba en el cogollo del meollo del bollo.

Día a día, un lento mercancías de pensiones, artículos, libros, cafés, amistades, enemistades, novias y semanas de hambre. Luego, un día, de pronto, no hay más que llegar a un jardín cerrado para muchos, paraíso abierto para pocos, como el de Soto de Rojas, sentarse en un diván, tomar el whisky que llega como vaso de oro y observar el minué, preguntándose interminablemente si un día les cortarán —nos cortarán— las cabezas, y cómo será el minué de los descabezados. Joaquín Ruiz Giménez:

—Vengo a saludarte, Umbral, porque contigo conviene estar a bien.

Luego mi peligro es mi fuerza. ¿Y no estará mi peligro personal, precisamente, en esta fuerza que no conozco ni controlo?

Al catalán Senillosa le elogio sus últimos artículos. He llegado a la categoría de poder permitirme el elogio que no es halago. No necesito halagar. Hay el elogio/halago y el elogio/absolución. Uno se pasa media vida practicando el primero y la otra media difundiendo el segundo. Aquella tarde fuera de las tardes, en un verano fuera de los veranos, en un tiempo de destiempo, tomé conciencia de todo esto, que ya tenía biografía en mi autobiografía, que ya no era nada nuevo. Llega un momento en que sólo hay que sentarse a ver el minué. Es que uno ha triunfado.

Qué risa.

Las mujeres son estimulantes y los grandes políticos, los que han presidido el Gobierno o la vida nacional, los banqueros y los diplomáticos, vuelven la cabeza, en la rueda de su minué, para inclinarnos un saludo respetuoso.

Nadie sabe, sí, lo que cabe en un minué.

Tarde en el tiempo, tiempo en la tarde. Hay otras (tardes y noches), pero la memoria involuntaria —perdón— me trae ahora aquella tarde, no sé por qué, cuando los carillones y los minués de protoporcelana de la mejor derecha española y europea sonaban bajo la mirada gris, complicada y complaciente del conde de Motrico.

—Umbral, has escrito el otro día que andar por la vida social sin cuernos es como andar por la guerra sin casco, y la condesa —su mujer— me ha preguntado en seguida: «José María, ¿tú tienes casco?»

Antonio Garrigues, quizá con una secreta tristeza por dentro de su alegría deportiva o, mejor *sportiva*. Pesca de sirenas en Sotogrande, safaris en África con cronistas malos de sus hazañas, tardes secretas en algún paseo apartado del Retiro, dentro del coche, con una amiga, el gang aquel que tuvo: Nacho de Noche (Camuñas), Massiel la Massielona, su propia cuñada Carmen. Mañanas de vernos de lejos en Sotogrande. Tardes de vernos a diario en los cócteles políticos y culturales. Noches de tendernos en el jardín argelino de Hafida embajadora (Puerta de Hierro), sobre un rocío de estrellas, mirando al cielo todavía iluminado por la candela siniestra de El Pardo. Entre la muerte prestigiosa de Joaquín y la leyenda de padres y tíos, Antonio corría el peligro de ser el tenista de la política que nunca llegaría a Wimbledon.

Landelino Lavilla, despegado bruscamente del *Ya*, la Editorial Católica, la Biblia Nácar/Colunga y la Conferencia Episcopal, para presidir unas Cortes democráticas y, luego, dar unas batallas políticas agotadoras, incomprendidas e inútiles. Detrás de todo su *apparat* jurídico y hasta tomista, había una profunda ingenuidad de hombre que no había tragado la cicuta socrática de la política, que es una cicuta que hay que tragarse, y sobrevivir.

El que no sobrevive es que no vale. Landelino no había llegado ni a probarla.

Leopoldo Calvo-Sotelo, más alto de lo que daba en política, con un aire en el rostro, sobre todo el gesto entre la nariz y la boca, de raza altiva. Perdido en un dandismo marengo, entre los números y las buenas lecturas, *fracasó* en la política fáctica, que es la épica de nuestro tiempo.

—Yo empecé de poeta, Umbral.

¿Demasiadas vocaciones? También tocaba el piano. Todos empezamos de poetas. Hay que asesinar al poeta a tiempo, en la cocina de provincias, con el cuchillo de desescamar el pescado.

Joaquín Ruiz Giménez: le llevaba agua de Lourdes en un frasquito, a la clínica de Jiménez Díaz, a aquel falangista que resultó herido en las movidas universitarias de los últimos cincuenta.

Luego empezó a olvidarse el agua de Lourdes en el tocador, entre las colonias, sacó *Cuadernos para el Diálogo*, que conmigo no quiso dialogar jamás: ellos se lo perdieron, que se jodan, y, claro, en cuanto murió el muerto de El Pardo, su antifranquismo de derechas se fue a tomar por retambufa y cerraron la revista y perdieron las elecciones. «Vengo a saludarte, Umbral, porque contigo conviene estar a bien.» Senilosa, golfo elegante de los bares caros de Barcelona, con una cultura vasta y quizá inútil, hombre desperdiciado, pese a ser breve, por sus muchos talentos dispersos. Como Calvo-Sotelo (o todo lo contrario), demasiadas vocaciones.

Guido Bruner, embajador de la República Federal de Alemania:

—Haremos lo posible porque España entre en el Mercado Común.

Nunca han dicho otra cosa.

Y tantos. Aquella tarde, aquel minué de descabezados (elegantemente frustrados todos, descabezados políticamente por el tiempo que venía, guillotina de los tibios). El minué de Areilza giraba y los carillones de la casa hacían su concierto para nadie en algún sitio. Fue, sí, una de las veces que tuve más claro, más cierto, más vivido y vivido (con y sin acento) que yo, al fin, había penetrado el secreto brillante, susurrante y pueril de aquella ciudad.

Madrid rendía homenaje mundano al cromañón del arroyo Abroñigal.

Esto no sirve para nada, sino para envejecer y morir un minuto más tarde. Ese minuto detenido, ganado al tiempo, con sol en lo alto de los cipreses y monedas de whisky/oro en el fondo de los vasos.

* * *

Me he levantado temprano para terminar estas *Memorias*. Estamos en la frontera movediza de agosto/septiembre, con un sol cimarrón y poco cumplidor. Aquí en el campo han cortado el agua. El periódico trae que la tendencia actual de nuestra economía exige un plan de austeridad. Los ministros socialistas parece que van volviendo a Madrid, siempre según el periódico. El periódico moderno es gaviota de los mares del mundo, que vuela hasta la roca de silencio más escondida, cuando esa roca es un lector. Íbamos a hacer una revolución y sólo estamos haciendo una transición.

Aquí, ya digo, sólo hacemos revoluciones municipales, a estas alturas. Son las más modestas, pero también las más veraces. Los gatos, bien. *El Rojito* se pasa las noches en el jardín, cazando, matando y expoliando como un caudillo cartaginés. Dentro de un rato entrará a desayunar, con cara de golfo, y luego se esconderá a dormir en el armario de los chales, como todos los días. *La Punkita* (ay aquella *Candy* de mis días de Getafe, callejera y herniada) nos ha salido señorita de piso. Prefiere dormir en casa, cazar lagartijas al sol y, como toda señorita de derechas, que le rasquen mucho la tripa. El programa económico y los Presupuestos combatirán el peligro de insolvencia. Tenemos un socialismo que es una socialdemocracia. Los gatos y yo nos lavamos un poco a lo gato. Ellos con más esmero. Les echo de desayunar y yo me desayuno una vodka con naranja natural. En este libro/

Trilogía he tratado de contar un siglo de Madrid a mi aire. El que yo he vivido. Para uno, los siglos no tienen demasiado que ver con el calendario constantiniano ni con ningún otro calendario, salvo el que nos marca el corazón interior, pulcro y un poco leído. El siglo xx, en general, por ejemplo, para mí empieza con Baudelaire y termina con Sartre. Todo lo que viene después es electricidad y barbarie.

Los gatos, mis gatos, prefieren el friskis de perro. Ésta puede ser una de las claves de la historia del hombre. El funcionario preferiría alimentarse de sangrecilla, como los vampiros. Nuestra derecha preferiría alimentarse de fascismo, mejor que de democracia. Yo desayuno vodka, pudiendo beber agua (hoy no, que ya digo que la han cortado). España ha perdido una nueva —¿última?— oportunidad de hacer la Revolución. Los llamados intelectuales —qué vergüenza, llamarse uno a sí mismo intelectual, como ironizaba Baroja— nos vamos emboscando de bosque. El mío tiene, esta mañana temprano, un cielo que los altísimos sauces vuelven dubitativo. El jardín, de amanecida, es como el dulce campo de batalla del día anterior. Huele a sangre de rosas, al agua cadavérica de la piscina, a la revolución de los ciruelos silvestres y la majestad de la parra virgen, que se distribuye en colgaduras.

Por la espalda de la casa me asalta el fuego graneado de la fruta y sus olores. Quizá éste sea el libro que me ofrendo a mí mismo al filo de los cincuenta años. A los cincuenta años, tío, ya no se hace la Revolución. Ni siquiera una revolucioncita literaria de suplemento dominical de Artes. O sea que estás acabado, hijoputa. El país sigue siendo feo, católico y sentimental, según la fórmula que don Ramón (uno de mis primeros interlocutores válidos en este libro, como se recordará) se aplicó modestamente a sí mismo. Con países así lo tenemos muy crudo eso de hacer revoluciones. Parece que el Rey y Felipe González han estado reunidos tres horas, ayer. Me gustan estos dos hombres, ya que la Historia no ha apostado más fuerte. Jornaleros andaluces desalojados por la Guardia Civil de una finca sevillana. Lo de toda la vida. Sueño remotas mujeres madrileñas y sueño que me esperan, aunque para nada me esperan y seguramente ni están en Madrid, si es que aún queda Madrid. El viento viene casi Sur, destrozón y de estraça, grato. El verano muriente se entrega, como un muchacho bello y de oro, en brazos de un preotoño perverso, panteísta y carrozona. Todo es modestamente anacreóntico. Los gatos, después del desayuno, se lamen uno al otro. Diría que como Paolo y Francesca, si no supiese yo que los gatos obtienen sustancias nutritivas de la piel de otro gato. Como les pasaba, seguramente, a

Paolo y Francesca, cuando se chupaban. Uno, ay, es ya una Francesca sin Paolo.
Madrid, ¿septiembre?, 1983.

Índice onomástico

- Adamov, Arthur: 29.
Adorno, Theodor W.: 291, 293, 318.
Aguilar Muñoz, Manuel: 86, 105.
Aguilera, Alberto: 54.
Aguirre, Jesús: 291, 292, 293, 309, 318.
Agustí, Ignacio: 196.
Alarcón, Pedro Antonio de: 197.
Alba, María del Pilar Teresa Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo, duquesa de: 100.
Alba, Cayetana Fitz James Stuart y Silva, duquesa de: 54, 99, 139, 140, 292, 309, 312, 318.
Albéres: 240.
Alberti, Rafael: 113, 115, 151, 263, 288.
Albertina: 160.
Albornoz, Aurora de: 145.
Aldecoa, Ignacio: 38, 39, 40, 205, 241, 242, 264.
Aleixandre, Vicente: 20, 137, 149, 152, 153. 154, 155, 159, 161.
Alfaro, José María: 96, 196.
Alfonso XI: 276.
Alfonso XII: 98.
Alfonso XIII: 140, 205, 223.
Alfredo (fotógrafo): 136.
Algueró, Augusto: 273.
Almodóvar, Francisco: 285.
Alonso, Dámaso: 93, 137, 157, 158.
Alonso, Eduardo: 115.
Alonso, José Luis: 202.
Alonso Calvo, Miguel: 147, 148.
Alonso de los Ríos, César: 247.
Álvarez, Carlos: 190.
Álvarez de Mendizábal, Juan: 89.
Álvarez Ortega, Manuel: 234.
Álvarez Ortega, Rafael: 142, 234.
Álvarez Quintero, Joaquín: 71.
Álvarez Quintero, Serafín: 71.
Amiel, Henri Frédéric: 227.
Amilibia, Jesús: 259.
Amorós, Andrés: 288.
Andújar, Manuel: 196.
Anglada Camarasa, Hermenegild: 199.
Antonio, Antonio Ruiz Soler, llamado: 156.
Antonio, Jorge: 236.
Aparicio, Juan: 38, 87. 94, 114, 196.
Aparicio, Julio: 26.
Apollinaire, Wilhem Apollinaris de Kostrowitsky, llamado Guillaume: 34, 94, 154, 306.
Apuleyo: 116.
Aragón, Agustina de: 246.
Aragonés, Emilio: 62, 197.
Aranda, Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de: 90.
Aranguren, José Luis L.: 50, 72, 113, 115, 144, 291, 293, 294, 295, 296, 310.
Arco, Manuel del: 222.
Areán González, Carlos Antonio: 72, 167.

Areilza, José María de: 125, 126, 127, 128, 311, 321, 322, 324.
Arespacochaga, Juan de: 288, 311.
Arias Navarro, Carlos: 105, 106, 107, 289, 313, 314, 315.
Ariza, Julián: 288.
Arrabal, Fernando: 28, 103, 246.
Arrese José Luis: 144.
Asquerino, María: 203, 256, 259, 262, 313.
Assía, Felipe Fernández G. Armesto, llamado Augusto: 197.
Astrana Marín, Luis: 197.
Aumente, Julio: 97.
Aunós, Eduardo: 14, 197.
Aurevilly, Jules Barbey d': 18, 96, 224.
Ávalos, Juan de: 128.
Ayala, Francisco: 188.
Aymé, Marcel: 298.
Azaña, Manuel: 37, 71, 126, 139, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 180, 181, 242, 259, 267, 308, 313.
Azcoaga, Enrique: 148, 197, 225.
Azcona, Rafael: 197.
Aznar Zubigaray, Manuel: 89, 91, 270.
Azorín, José Martínez Ruiz, llamado: 17, 83, 84, 85, 113, 114, 149, 150, 180, 222, 225, 243, 270.
Bacall, Lauren: 218.
Bacon, Francis: 232, 233.
Bagaría, Lluís: 81.
Baldrich, Robert Martínez: 186, 211.
Baldrich, señorita de: 197.
Balmes, Jaime: 71, 314.
Balzac, Honoré de: 24, 40, 67, 164, 285.
Baquero, Gastón: 21, 178.
Barea, Augusto: 186.
Barjola, Juan: 176, 232, 233, 234.
Barnatán, Marcos Ricardo: 153.
Baroja, Pío: 15, 16, 17, 24, 25, 38, 39, 40, 63, 67, 84, 103, 110, 111, 112, 118, 159, 171, 187, 222, 238, 239, 241, 242, 245, 251, 285, 325.
Baroja, Ricardo: 254.
Barreiros. Eduardo: 281, 282, 311.
Barthes, Roland: 150, 157, 235.
Basabe (fotógrafo): 8, 11, 12, 25, 35, 121.
Basterra, Ramón de: 197, 206.
Bataille, Georges: 141, 291.
Baudelaire, Charles: 17, 18, 66, 68, 137, 153, 159, 184, 243, 249, 267, 283, 311, 313, 314, 325.
Bautista, Aurora: 246, 247, 285.
Baviera, Tessa de: 182, 183.
Bayeu, Francisco: 99, 100, 232.
Beauvoir, Simone de: 34.
Beckett, Samuel: 185.
Bécquer, Gustavo Adolfo: 86, 200.
Beethoven, Ludwig von: 39, 40, 216, 277.
Belmonte García, Juan: 171, 232, 233.
Beltrán, Perico: 57, 199.

Benavente, duquesa de: 100.
Benavente, Jacinto: 29, 142.
Benjamín, Walter: 291, 318.
Berceo. Gonzalo de: 40, 93.
Berelly: 158.
Berenguela, reina de Castilla: 64.
Berenguer, Dámaso: 287.
Bergamín, José: 37, 100, 101, 102, 135, 286.
Bergman, Ingrid: 207.
Bergson, Henri: 298.
Berlangua, Luis G.: 197, 296, 297, 299, 303, 306, 310.
Berlangua, María Jesús: 311.
Berlinguer, Enrico: 319.
Biely, Andrei: 163, 180.
Bienvenida, Antonio: 120, 197.
Blake, William: 240.
Blanchery, Nicole: 131, 219.
Blasco Ibáñez, Vicente: 14, 241.
Boccaccio, Giovanni: 95.
Bogart, Humphrey: 129, 259.
Boliche: 169, 170, 171.
Bonmatí de Codecido, Francisco: 198.
Borbón y Battenberg, Alfonso de: 97.
Borbón y Battenberg, Juan de: 206.
Borges, José Luis: 169.
Borrás, Tomás: 197.
Bosco. Hieronymus van Aeken, llamado el: 229, 230.
Bosé, Lucía: 236, 256.
Botín-Sanz de Santuola y López, Emilio: 302.
Bousoño, Carlos: 153.
Brando, Marión: 129.
Brecht, Bertolt: 29, 164.
Bretón, André: 41, 212, 216.
Brillat-Savarin, Anthelme: 113.
Brinner. Yul: 236.
Brueghel, Pieter: 210.
Bruner, Guido: 324.
Bueno, Manuel: 197, 204, 226.
Buero Vallejo, Antonio: 104, 147, 197, 211, 247, 259, 262.
Buñuel, Luis: 22.
Burgos, Carmen de: 105.
Byron, George Gordon, lord: 18.
Caballero, José: 159.
Caballero Audaz, José María Carretero, llamado *El*: 14.
Cabanillas Gallas, Pío: 289, 290.
Cabañas, Pablo: 198.
Cadalso, José: 194, 267.
Calderón de la Barca, Pedro: 43, 151, 316.
Calvino, Juan: 155.
Calvo Serer, Rafael: 192.
Calvo Sotelo, Joaquín: 181, 198.
Calvo-Sotelo y Bustelo, Leopoldo: 321, 323, 324.

Camacho, Marcelino: 36, 144, 313.
Camba, Julio: 114, 115.
Camoës, Luis de: 35.
Camón Aznar, José: 167, 289.
Campoamor y Campoosorio, Ramón de: 147.
Camprubí, Zenobia: 60.
Camuñas, Ignacio: 282, 317, 323.
Camus, Albert: 161.
Canales, Alfonso: 198.
Cánovas del Castillo, Antonio: 146, 168.
Cansinos Assens, Rafael: 86, 104, 105, 169.
Capuleto: 198.
Caracol, Manolo: 134, 135.
Caracho (torero): 180.
Caramán-Chimay, princesa de: 18.
Carceller: 134.
Carlos IV: 103, 228.
Carmona, Antonio Oscar Fragoso de: 32.
Camer, Josep: 158.
Caro Raggio: 112.
Carpentier, Alejo: 157.
Carrasco, Pedrito: 120.
Carrere, Emilio: 86, 96, 113, 115.
Carrero Blanco, Luis: 87, 258, 262, 282, 314.
Carril: 259.
Carrillo, Santiago: 299, 313, 314, 319.
Cartier-Bresson, Henri: 255.
Casas, Bartolomé de las: 136.
Casero, Antonio: 120.
Casona, Alejandro: 185, 186.
Castellano, Pablo: 317.
Castellet, Josep María: 153.
Castillo-Puche, José Luis: 84, 188, 225.
Castro, Fidel: 21, 129, 157.
Catarineu, Dolores: 138, 139.
Cavia, Mariano de: 187.
Cebrián, Juan Luis: 302, 303.
Cela, Camilo José: 38, 51, 101, 167, 186, 188, 196, 198, 200, 225, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 245, 264, 271, 289, 317.
Cela, Jorge: 101.
Celaya, Gabriel: 51, 123, 161, 260.
Cerecedo, Cuco: 12, 107, 259.
Cerezales, Manuel: 42.
Cernuda, Luis: 41, 158, 159, 204, 205.
Cervantes Saavedra, Miguel de: 15, 131, 147, 180, 181, 184, 187, 192, 217, 232, 239, 312.
César (pianista): 315.
Cesarsky, Jorge: 316.
Cézanne, Paul: 72.
César, Julio: 16, 155.
Cid, Pío: 97.
Cid, Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el: 52, 67, 136, 204.

Cierva y Peñafiel, Juan de la: 180.
Cioran, Edouard: 291.
Cirlot, Eduardo: 198.
Claudel, Paul: 191.
Claudio, abuelo: 136, 137.
Clavé, Antoni: 47, 100, 198.
Clemenceau, Georges: 139. Cocteau, Jean: 122, 300.
Coelho, Duarte Pinto: 182, 183, 236.
Coloma, Luis: 67.
Cooper, Gary: 83.
Coral, doña: 142.
Corbetta, Gigi: 92, 93, 130, 170, 171, 255, 256, 304.
Cordobés, Manuel Benítez, llamado *el*: 55, 63, 117, 120, 164, 170.
Corpus Barga: 103, 104, 105, 171, 188.
Cortés Cavanillas, Julián: 198.
Cortina Mauri, Pedro: 286.
Cossío, Francisco de: 198, 201.
Cossío, José María de: 55, 97, 98, 120, 148, 149, 192.
Cruz, Ramón de la: 142.
Cruz, Sabina de la: 308.
Cuadra, María: 246, 282.
Chacel, Rosa: 188.
Chagall, Marc: 318.
Champourcin, Ernestina de: 188.
Chaplin, Charles: 83, 208, 246, 285.
Chaplin, Geraldine: 208.
Che, Ernesto Guevara, llamado *El*: 129.
Chen, Manolita: 56.
Chicharro, Eduardo: 210.
Chirico, Eduardo: 204.
Chopin, Frédéric: 39.
Chumy Chúmez, José María González Castrillo, llamado: 22.
Dalí, Salvador: 135, 152, 204, 208, 236, 260.
D'Annunzio, Gabriele: 14, 96.
Dans, María Antonia: 72, 73, 74, 110, 186.
Dans, Rosalía: 74.
Dante Alighieri: 81.
Daoíz, Luis: 99, 112, 276, 302.
Darío, Félix Rubén García Sarmiento, llamado Rubén: 18, 38, 57, 82, 147, 153, 159, 184, 186, 187, 320.
Debussy, Claude: 284.
Delacroix, Eugéne: 100.
Delgado Benavente, Luis: 198.
Delibes, Miguel: 38, 186, 242, 243, 244, 245, 246, 264.
Delvaux, Paul: 208.
Deneuve, Catherine: 234, 284, 306.
Descartes, René: 135.
Díaz, José: 266.
Díaz Cañabate, Antonio: 97, 98, 120, 192, 198.
Díaz-Llano de Garrigues, Carmen: 283, 284.
Díaz-Plaja, Fernando: 198.
Díaz-Plaja, Guillermo: 95, 198.

Dicenta, Manuel: 198.
Diderot, Denis: 307.
Diego, Gerardo: 84, 85, 94, 96, 155, 156, 157, 158, 169, 189, 199, 227.
Dietrich, Marlene: 205.
Diez Alegría, Manuel: 134.
Diez Crespo, Manuel: 199.
Diez de Rivera, Carmen: 291, 299, 300, 301, 303, 318.
Dominguín, Domingo: 38.
Dominguín, Luis Miguel: 170, 236, 273.
Donne, John: 18.
Donoso Cortés, Juan: 71.
Dos Passos, John: 16, 240.
Dostoievski, Fiódor Mijáilovich: 164.
Du Bois, Blanca: 123.
Duarte de Perón, María Eva: 125.
Dumas, Alejandro (hijo): 67.
Dumas, Alejandro (padre): 67.
Durancamps Folguera, Rafael: 199.
Durero, Alberto: 206.
Duyós, Rafael: 140.
Einstein, Albert: 212.
Eisenhower, Dwight D.: 168.
Eliot, Thomas Stearns: 231.
Elola Olaso, José Antonio: 289.
Engels, Friedrich: 40.
Enrique y Tarancón, Vicente: 314.
Envidita: 46, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 63, 64, 65, 68, 69, 116, 117, 118, 119, 130, 138, 211, 212, 218, 279, 280, 309.
Erasmus de Rotterdam: 41, 140.
Ernst, Max: 47.
Escobar, Manolo: 220.
Escohotado, Ramón: 138.
Escoriaza, Eurípides: 205.
Escrivá, Vicente: 203.
Escudero, Vicente: 199.
Espert, Nuria: 103, 185, 224, 286, 287.
Esplandiú: 199, 210.
Espronceda, José de: 194, 267, 270.
Estruga, Óscar: 176.
Falla, Manuel de: 203.
Fe, Fernando: 115.
Feito, Luis: 100.
Felines (futbolista): 317.
Felipe I, el Hermoso: 200.
Felipe II: 232, 276.
Felipe III: 36, 98.
Felipe IV: 37, 76.
Felipe, León Felipe Camino, llamado León: 186.
Félix, María: 199.
Fellini, Federico: 310.
Fernán-Gómez, Elena: 195.
Fernán Gómez, Fernando: 142, 199, 203, 262.

Fernández, Emilio: 199.
Fernández Almagro, Melchor: 174, 184, 198, 199.
Fernández-Braso, Miguel: 319.
Fernández de Córdoba, Gonzalo: 126.
Fernández de Córdoba y Salabert, Luis: 90.
Fernández Cuesta, Raimundo:
Fernández Ordóñez, Francisco: 282, 284.
Fernández Sordo, Alejandro: 87.
Fernández Villa, Domingo: 87, 88.
Fernando VII: 76.
Ferrari, Gianni: 130.
Ferrer, Hugo: 256.
Ferres, Antonio: 86.
Fiestas, Jorge: 256, 261.
Figueroa, Natalia: 142.
Fisac, Miguel: 282.
Fitze, Hubert: 163.
Fleming, Alexander: 72.
Flor (marquesa de las Landas del Guadalaviar): 12, 13, 44, 79, 121, 122, 123, 124, 201, 260, 275.
Flores, Lola: 134, 135, 165, 181, 273, 274.
Folledo, Luis: 119.
Foucault, Michel: 179, 283, 298.
Foutrier: 72.
Foxá, Agustín de: 49, 50, 94, 95, 138, 206.
Fraga Iribarne, Manuel: 61, 62, 72, 73, 74, 106, 107, 110, 126.
Franco Bahamonde, Francisco: 28, 29, 30, 36, 49, 50, 58, 63, 72, 73, 75, 77, 79, 84, 85, 86, 87, 88, 90, 96, 103, 112, 121, 122, 125, 126, 128, 140, 141, 143, 144, 145, 151, 165, 168, 176, 178, 179, 188, 200, 204, 206, 209, 216, 227, 232, 236, 237, 248, 260, 261, 266, 267, 270, 277, 281, 282, 286, 287, 294, 310, 311, 316, 320, 323.
Franco Polo, Carmen: 87.
Freud, Sigmund: 56, 122.
Fueyo Álvarez, Jesús: 289, 290, 291.
Gala, Antonio: 141, 142, 143, 234.
Galiana, Fred: 119.
Galindo Herrero, Santiago: 97.
Galvarriato, Eulalia: 157.
Gálvez, Pedro Luis de: 198, 263.
Gallego Díaz, José: 67.
Gamallo Fierros, Dionisio: 199, 200.
Ganivet, Angel: 22, 97, 186, 276.
Gaos, Lola: 259.
Garagorri: 189, 190.
Garbo, Greta: 250.
Garcés, Emilio Mario: 140.
Garcés, Jesús Juan: 140, 141, 158, 204, 210, 315.
García, Félix: 25, 87, 89.
García Baena, Pablo: 225, 234.
García de la Barga, Andrés: véase Corpus Barga.
García Carrés, Manuel: 59, 61, 63, 280, 287.
García Castellón: 149, 308.
García Escudero, José María: 200.

García Gómez, Emilio: 200.
García Irurozqui: 91.
García Lorca, Federico: 54, 55, 93, 97, 98, 159, 180, 181, 187, 189, 267, 288.
García Luengo, Eusebio: 156, 291.
García Nieto, José: 42, 95, 98, 140, 200, 237, 289, 315.
García-Ochoa: 100, 176.
García Pavón, Francisco: 222, 230.
García Pintado: 28.
García Sanchiz, Federico: 113, 200.
García Serrano, Rafael: 200.
Garciasol, Mariuca de: 148.
Garciasol, Ramón de: 147, 148, 149, 308.
Garcilaso de la Vega: 95, 98, 216, 321.
Gardel, Carlos: 315.
Gardner, Ava: 124, 125.
Garrigues, los: 97, 198, 300.
Garrigues Walker, Antonio: 282, 321, 322, 323.
Garrigues Walker, Joaquín: 283, 323.
Garrigues Walker, Juan: 283.
Garrote (fotógrafo): 72.
Gastón, Amparo: 260.
Gayarre, Julián: 98.
Genet, Jean: 41.
Genovés, Juan: 79, 145.
Gide, André: 41, 129, 154, 161, 163, 191, 203, 216, 227, 243, 281.
Gil, Ildefonso Manuel: 200.
Gil-Robles Gil-Delgado, José María: 313.
Gil-Robles Quiñones, José María: 313.
Giménez Caballero, Ernesto: 17, 94, 102, 200.
Giménez Frontín, José Luis: 189.
Gimferrer, Pere: 153.
Giner de los Ríos, Francisco: 145, 146.
Ginés: 307.
Girón de Velasco, José Antonio: 61, 63, 73, 91, 249, 287.
Gironella, José María: 51, 200.
Glucksmann, André: 293.
Godoy, Manuel: 179.
Goethe, Johann Wolfgang von: 17, 67, 180, 190, 191, 192.
Goicoechea, Ramón Eugenio de: 201.
Gómez Aparicio, Pedro: 201.
Gómez Arcos, José Luis: 28.
Gómez-Jordana y Sousa, Francisco: 144.
Gómez Llórente, Luis: 317.
Gómez Rosario, Alejandro: 166, 167, 168, 169.
Gómez de la Sema, Ramón: 18, 104, 105, 141, 171, 178, 179, 180, 181, 215, 222, 231, 246, 305.
Gómez-Tello, José Luis: 261.
Góngora, Luis de: 58, 93, 159, 233.
González, Angel: 123, 260.
González, Antonio: 134.
González, Cesáreo: 134, 275.
González, Santiago: 277.

González Gil, Vicente: 161.
González Márquez, Felipe: 144, 152, 317, 325.
González Ruano, César: 25, 39, 40, 74, 75, 94, 95, 112, 115, 117, 118, 138, 178, 186, 199, 202, 203, 206, 219, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 264.
González Seara, Luis: 282, 283.
Goñi y Suárez del Árbol, Lorenzo: 113, 114, 115, 207.
Goya Luciente, Francisco: 46, 47, 54, 57, 60, 82, 83, 99, 100, 147, 175, 227, 228, 230, 231, 232, 233, 259, 262.
Goyanes: 186.
Gran Capitán, El: véase Fernández de Córdoba, Gonzalo.
Grandío, Tino: 174.
Grandmontagne, Francisco: 201.
Grant, Cary: 261, 306.
Greco, Doménikos Theotokópoulos, llamado el: 206, 210, 211, 227, 228, 230, 231, 232, 233.
Grimau, Julián: 79.
Gris, Juan: 174, 232.
Groddeck, Georg: 122.
Grosso, Alfonso: 308.
Guereta, Femando: 170.
Guerra, Alfonso: 317.
Guerrero (hermano del maestro Jacinto Guerrero): 107.
Guerrero, Jacinto: 107, 201.
Guerrero Zamora, Juan: 161, 162.
Guillén, Claudio: 153, 154.
Guillén, Jorge: 153, 154, 155, 159, 160, 201.
Guillén, almirante: 125.
Guiomar: véase Valderrama, Pilar de.
Gutiérrez Mellado, Manuel: 321.
Gutiérrez Solana, José: 14, 47, 56, 57, 58, 63, 80, 210, 233, 287.
Gyenes: 156.
Haro-Tecglen, Eduardo: 183, 184, 201, 293, 303, 304, 312.
Hayworth, Rita: 236.
Hefner: 269.
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich: 159, 298.
Heidegger, Martin: 209.
Hemingway, Ernest: 39, 112, 192, 241, 242, 255, 316.
Hermida, Jesús: 222, 223, 302.
Hernández, Mateo: 236.
Hernández, Miguel: 36, 106, 160, 161, 162, 184, 267, 268.
Herraiz, Ismael: 202, 270.
Herrera, Juan de: 150, 276.
Herrera y Ollero: 9.
Herreros, Enrique: 22.
Hierro, José: 58, 117, 123.
Hilda, Bernard: 85, 86.
Hitler, Adolt: 51, 60, 63, 103, 200.
Hölderlin, Friedrich: 192. Homero: 40.
Hoyos y Vinent, Antonio de: 202, 224.
Huarte (constructor): 238.
Huidobro, Vicente: 105, 169, 308.
Ibáñez Martín, José: 202.

Ibarra, Jaime: 202.
Ibarruri, Dolores: 314, 319.
Iglesias, Pablo: 63, 64, 116, 139, 318.
Iglesias Laguna, Antonio: 60, 61, 62, 63, 138.
Ilario, José: 319.
Imperio, Pastora Rojas Monje, llamada Pastora: 90.
Inesita: 42, 43.
Innocenti, Antonio: 319.
Ionesco, Eugéne: 29, 185, 202.
Isabel II: 8, 76, 90.
Isidro Labrador, san: 276.
Izquierdo de Machado, Leonor: 80, 81.
Janés, José: 202.
Jardiel Poncela, Enrique: 185, 186, 202.
Jesús de Nazaret: 87, 88, 258.
Jiménez, Juan Ramón: 12, 13, 17, 33, 60, 101, 105, 109, 110, 145, 146, 155, 159, 160, 187, 226, 229, 264, 276, 298.
Jiménez, Salvador: 113, 115, 222.
Jiménez Diez: 323.
Jordana de Pozas, Jorge: 87.
José, Guillermina: 319.
Joselito (torero): 63, 232.
Jove, José María: 156.
Jovellanos, Gaspar Melchor de: 192.
Joyce, James: 16, 149, 243.
Juan Carlos I: 143, 287, 289, 296, 313, 315, 325.
Juana de Arco: 247.
Juana la Loca: 200, 246.
Jung, Cari Gustav: 122.
Kafka, Franz: 67.
Kant, Immanuel: 192.
Kelladi, Hafida: 282, 283, 285, 286, 314.
Kennedy, John F.: 287.
Kerouac, Jack: 145.
Kerr, Deborah: 236.
Kierkegaard, Soren: 227. Kipling, Rudyard: 228.
Kooning. Willem de: 47, 175.
Laforgue Jules: 224.
Lagos, Concha: 21.
Laín Entralgo, Pedro: 49, 50, 72, 127, 192, 193, 194, 204, 222, 242, 293.
Laín Martínez, Pedro: 193.
Lanza, Silverio: 171.
Lara, Agustín: 199.
Lara Hernández, José Manuel: 156.
Largo Caballero, Francisco: 320.
Larra, Mariano José de: 19, 51, 92, 93, 103, 112, 113, 140, 150, 192, 212, 215, 238, 267, 270, 287.
Larrañaga, Carlos: 250, 261.
Lavilla, Landelino: 321, 323.
Lavirgen, Pedro: 108.
Lázaro Carreter, Fernando: 158, 305, 306.
Leal (fotógrafo): 35, 36.

Leblanc, Toni: 61.
Ledesma Miranda, Ramón: 202.
Ledesma Ramos, Ramiro: 94.
Legrand, Silda: 276.
Lenin, Vladimir Ilich Uliánov, llamado: 150, 163.
León, Ricardo: 17, 187.
León, Rosa: 314.
Lequerica, José Félix de: 89, 91.
Lermontov, Mijáil Yúrievich: 226.
Lévi-Strauss, Claude: 45.
Lezcano, Aurora: 190, 191.
Liébana, Ginés: 230, 234, 235, 284, 306.
Liébana, María: 234, 235.
Liébana, Mateo: 234.
Linneo: 144.
Litri, Miguel Báez, llamado: 26.
López, Antonio: 37, 234, 289, 297.
López, Charo: 260.
López Anglada, Luis: 211.
López Bravo, Gregorio: 87, 144, 236.
López García, Antonio: 230, 231, 232.
López Ibor, Juan José: 122.
López Mezquita: 177.
López-Pacheco, Jesús: 37.
López Rodó, Laureano: 87, 144, 313, 314.
López Salinas, Armando: 308.
Loren, Sofía: 276.
Lorenza: 182, 183.
Lorenzo, Pedro de: 202.
Losada, Cándida: 259.
Lozano, Carmen: 262.
Lugón (seud.), ministro: véase Vigón Suero-Díaz, Jorge.
Lukács, György: 24, 285, 359.
Lute, Eleuterio Sánchez, llamado el: 317.
Luz: 269, 272, 273.
Luzón, señores de: 86, 92.
Llanos, José María: 55, 86, 299, 300, 301.
Llanzol, María Sonsoles de Icaza y de León, marquesa de: 300.
Llavaneras, padre: 90.
Machado, Antonio: 27, 33, 63, 77, 80, 81, 82, 84, 105, 126, 146, 147, 148, 149, 150, 156, 160, 174, 195, 216, 270, 298.
Machado, Lola: 218, 220, 221, 249, 250, 251, 252, 253, 264, 265, 266, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 275, 279.
Machado, Manuel: 81, 105, 184.
Macho, Victorio: 24, 40, 82, 83.
Magritte, René: 47, 208, 318.
Maiakovski, Vladímir Vladimírovich: 40, 150, 163, 267.
Malby, André: 310.
Malraux, André: 135.
Mandelstam, Ossip Emílievich: 150, 163, 180.
Mann, Thomas: 140.
Manolete, Manuel Rodríguez, llamado: 55, 57, 177, 316.

Manrique, César: 306.
Manrique de Lara, José Gerardo: 27.
Manzoni, Alessandro: 93.
Mao Tse-tung: 128, 129.
Maragall, Joan: 158.
Marañón, Miguel: 88.
Marañón Posadillo, Gregorio: 27, 50, 72, 148, 193.
Marbel jr.: 256.
Marcel, Gabriel: 71, 224.
Marco, Eduardo: 106.
Marcuse, Herbert: 145, 291, 318.
March, los: 43.
March, Bartolomé: 236.
Marchena, José Tejada, llamado Pepe o el Niño de: 134.
María del Té: 74, 75, 76, 77, 78, 79, 86, 90, 91, 121, 206, 207.
Mariana de Austria: 89.
Marías, Julián: 50, 72, 239, 244, 293.
Marichalar, Antonio: 102.
Mariluz: 316.
Marín, Guillermo: 223, 225. Marinetti, Filippo Tommaso: 34, 151.
Mariola (amiga de Iglesias Laguna): 61, 62.
Mariscal, Ana: 123, 246.
Marisol, Pepa Flores, llamada: 63, 164.
Marqueríe, Alfredo: 138.
Marsillach, Adolfo: 12, 121, 123, 201, 256, 258, 259, 261, 263, 313.
Martín-Artajo y Saracho, Mercedes: 282.
Martin du Gard, Roger: 51.
Martín Recuerda, José: 28.
Martínez Campos, Arsenio: 32.
Martínez Mediero, Manuel: 28.
Martínez Novillo: 203.
Martínez Remis: 316.
Martínez Ruiz, Florencio: 171.
Martínez Sierra, Alejandro: 105.
Marx, Karl: 24, 40, 67, 96, 145, 293, 311, 319.
Masoliver, Juan Ramón: 202.
Massiel, María de los Ángeles Santamaría, llamada: 285, 323.
Mata Hari, Margaretha Geertruida Zelle, llamada: 141.
Matilla: 28.
Matisse, Henri: 88, 210.
Matute, Ana María: 201.
Maura Gamazo, Honorio: 202.
Maura Montaner, Antonio: 180.
Maurras, Charles: 71.
Máximo: 293.
Mayá, José: 289, 290.
Mayalde, José Finat Escrivá de Romaní, conde de: 36.
Mazzantini, Luis de: 151.
Medina, Escolástico Medina, llamado Tico: 219.
Medinaceli, duques de: 91, 196.
Mejías, Leocadio: 202, 251.
Mena, Pedro de: 228.

Menéndez y Pelayo, Marcelino: 25, 71, 81, 82, 83, 106, 320.
Menéndez Pidal, Ramón: 136, 137, 157.
Mercouri, Melina: 122, 282.
Merleau-Ponty, Maurice: 71.
Mesonero Romanos, Ramón de: 75, 168, 276.
Michelet, Jules: 121.
Miguel Ángel, Michelangelo Buonarroti, llamado: 103, 228.
Mihura, Miguel: 21, 133, 134, 142, 185, 186, 202.
Milans del Bosch, Sisita: 182, 234, 284, 306.
Milans del Bosch y Ussía, Jaime: 307, 320.
Millán Puelles, Antonio: 71.
Millares, Agustín: 306.
Miller, Arthur: 157, 208.
Miller, Henry: 145, 163.
Miquelarena, Jacinto: 141.
Miró, Gabriel: 52, 113, 114, 202, 225, 243.
Mistral, Gabriela: 22.
Mistral, Jorge: 262.
Mistral, Nati: 16.
Molina, María de: 135.
Molina, Ricardo: 234.
Monroe, Marilyn: 259, 305.
Montaigne, Michel Eychem de: 41, 227.
Montes, Conchita: 295.
Montes, Eugenio: 50, 93, 94, 138, 309.
Montesinos, Rafael: 206.
Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, barón de La Bréeele y de: 127.
Montiel, Sara: 256, 259, 261.
Montoliu, Tete: 123, 262.
Mora, Jesús: 125.
Morales, Rafael: 252.
Morales, Tomás: 105.
Morand. Paul: 14, 187.
Moratín, Leandro Fernández de: 142, 192, 242.
Mordó, Juana: 88, 186, 211.
Moréas, Jean Papadiamantópulos, llamado Jean: 18.
Moreno Carbonero, José: 9, 13, 177.
Moreno Villa José: 103.
Morodo, Raúl: 210, 282, 284, 301, 312.
Motherwell, Robert: 47.
Mourlane Michelena, Pedro: 95, 127, 138, 202.
Mozart, Wolfgang Amadeus: 99, 145, 315.
Muelas, Federico: 202.
Música Herzog, Enrique: 284, 317.
Muller (fotógrafo): 110, 111.
Muñoz Grandes, Agustín: 51, 281.
Mur Oti, Manuel: 203, 277.
Muriedas, Pío: 199.
Murillo, Bartolomé Esteban: 233.
Musil, Robert von: 16.
Mussolini, Benito: 139, 207.
Nabokov, Vladímir: 80, 145.

Napoleón Bonaparte: 16, 36, 82, 127, 155.
Nasser, Gamal Abdel: 59.
Navascués, Mery: 226.
Nebrija, Antonio Martínez de Cala, llamado Elio Antonio de: 34, 150.
Negrete, Jorge: 199.
Neruda, Pablo: 129, 159, 160, 185.
Neville, Edgar: 21.
Nieto, Anselmo Miguel: 22.
Nietzsche, Friedrich: 311.
Nieva, Francisco: 139, 140, 141, 143, 234.
Nieves Conde, Juan Antonio: 203.
Nijinski, Vaslav Fómich: 29.
Noel, Eugenio: 156.
Nonell, Isidre: 233.
Novoneyra, Uxio: 194, 195.
Núñez de Arce, Gaspar: 86, 92.
Núñez Encabo: 320.
Obregón, Antonio de: 138.
Ochoa, Severo: 147, 155.
Olano, Antonio D.: 219.
Olga: 33.
Olmet, Antón de: 14.
Olmo, Lauro: 26, 27, 28, 29.
Olmo, Pilar de: 28.
Ordóñez, Antonio: 55, 112.
Ordóñez, Belén: 55.
O'Reilly marquesa de: 17, 190.
Oroza, Carlos: 194, 195.
Ors, Eugenio d': 17, 33, 49, 51, 52, 83, 95, 96, 97, 102, 126, 127, 138, 190, 191, 192, 197, 198, 202, 203, 204, 293, 295.
Ortega, Domingo: 97, 192, 256.
Ortega, Luisa: 135.
Ortega y Gasset, José: 14, 30, 47, 50, 52, 59, 68, 72, 96, 97, 100, 101, 102, 104, 126, 159, 178, 179, 180, 181, 182, 187, 189, 190, 191, 192, 203, 207, 209, 238, 240, 303.
Ortega Munilla, José: 102.
Ory, Carlos Edmundo de: 140. Otero, Blas de: 85, 101, 128, 129, 149, 307, 308, 309.
Otero Besteiro, Francisco: 235, 236, 237.
Pablo, san: 298.
Pablo, Máximo de: 174.
Pablos, Juan de: 60.
Pacoaes, Teixeira de: 34.
Palacios, Antonio: 276.
Palencia, Benjamín: 203.
Palomo Linares: 319.
Palou, María: 208.
Panero, Juan: 184.
Panero, Leopoldo: 51, 96, 162, 183, 184, 185.
Paniagua, Domingo: 60.
Pantoja de la Cruz, Juan: 276.
Paquera, La: 135.
Pardo, Jesús: 203.
Parra, Vicente: 256.

Pascal, Blaise: 227.
Paso, Alfonso: 85, 142.
Pastega, Pablo: 306.
Patrocinio, María Rafaela Quiroga, llamada sor: 103.
Pavón. Arturo: 135.
Pedrazzi, Horacio: 139.
Péguy. Charles: 71, 224.
Pemán, José María: 95, 203, 204, 270.
Penagos, Rafael de: 211.
Peñalver, conde de: 276.
Peraile, Meliano: 39, 40, 224, 308.
Perceval, Jesús de: 204.
Pérez Agua, Ezequiel: 91.
Pérez de Ayala, Ramón: 102, 138, 190.
Pérez Comendador: 204.
Pérez Embid, Florentino: 70, 71, 72, 83, 167.
Pérez Ferrero, Miguel: 125, 204, 223.
Pérez Galdós, Benito: 15, 16, 18, 24, 25, 29, 30, 40, 67, 80, 81, 83, 155, 187, 240, 245, 251, 320.
Pérez Jiménez, Marcos: 236.
Pérez de la Ossa, Huberto: 139.
Perkins, Anthony: 261.
Perlado, José Julio: 224.
Perón, Juan Domingo: 236.
Pessoa, Fernando: 34.
Peyton, padre: 122.
Picasso, Pablo R.: 64, 100, 132, 147, 192, 204, 211, 232, 233, 284.
Pilares, Manuel: 148, 199, 203.
Píndaro: 74.
Pinochet, Augusto: 286.
Piñar, Blas: 124, 125, 287, 318.
Piñole: 156.
Piquer, Concha: 314.
Pirandello, Luigi: 291.
Pía, Josep: 51, 213.
Platanito (torero): 55.
Platero, Carmen: 316, 317.
Platón: 41.
Polo Martínez-Valdés, Carmen: 28, 63, 86, 87, 88, 89, 91, 103, 165, 268.
Polo Martínez-Valdés, Zita: 103.
Pollock, Jackson: 47, 232.
Ponce de León, Luis: 62, 197.
Portabella, José: 196.
Porter, Colé: 261.
Poussin, Nicolás: 227.
Pozo, Raúl del: 83, 137, 223, 225, 259, 262.
Prada, José María: 259.
Presley. Elvis: 86.
Prieto, Gregorio: 158, 167, 204, 205, 210.
Prieto, Indalecio: 320.
Primo de Rivera y Orbaneja, Miguel: 103, 320.
Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, José Antonio: 94, 125, 138, 144. 200, 206.

Proust, Marcel: 16, 24, 63, 65, 66, 67, 68, 117, 127, 188, 225, 243, 289, 304, 315.
Pruna, Pere: 192, 204.
Puigvert, Antonio: 222.
Pujol, Juan: 96, 219.
Quereda, Pepito: 57, 194, 195.
Quevedo Villegas, Francisco: 5, 13, 14, 18, 19, 21, 40, 54, 98, 126, 180, 186, 187, 192, 215, 239, 267, 271, 305, 312.
Rabal, Damián: 260.
Rabal, Francisco: 259, 260, 285. Rais, Gilfies de: 224.
Ramón y Cajal, Santiago: 82, 83, 147.
Ramoncín: 317.
Randall, Mónica: 285.
Raphael, Rafael Martos Sánchez, llamado: 268.
Ras, Matilde: 248.
Reguera Guajardo, Andrés: 289, 290.
Rejano, Juan: 188, 189.
Répide, Pedro de: 205.
Rey, Clara del: 228.
Ribas: 211.
Ribera, José: 195.
Rico, Eduardo: 259.
Rico, Paquita: 273, 274.
Richard, Cliff: 261.
Richelieu, Armand Jean de Piessis, cardenal de: 127.
Ridruejo, Dionisio: 49, 50, 51, 72, 96, 127, 162, 183, 184, 185, 240.
Ridruejo, Epifanio: 310.
Ridruejo, Pitita: 291, 306, 309, 310, 311.
Rilke, Rainer Marie: 94, 123, 153, 163, 213, 284, 293.
Rimbaud, Arthur: 150, 160, 284, 311.
Río, Tere del: 256, 259.
Ríos, Blanca de los: 59.
Ríos, Víctor de los: 90.
Rivas, Ángel de Saavedra, duque de: 141, 197.
Rivas Cheriff, Cipriano: 147.
Rivas Cheriff, Dolores: 147.
Robles Piquer, Carlos: 87, 103.
Rocamora, Pedro: 178.
Rodero: 186.
Rodin, Auguste: 24, 214.
Rodríguez, Amalia: 32, 33, 34, 35.
Rodríguez, Alejandro: 185.
Rodríguez Moñino, Antonio: 205.
Rodríguez de Rivas, Mariano: 91, 92, 113, 114, 137, 138, 139, 146, 200.
Rof Carballo, Juan: 53.
Rojas Zorrilla, Francisco: 215. Roldán, Eduardo: 132, 174, 175, 176.
Romanones, Álvaro de Figueroa, conde de: 92, 202, 205.
Romero, Emilio: 73, 87, 130, 221, 270, 302.
Rosales, Luis: 72, 96, 146, 150, 162, 183, 184.
Rossellini, Roberto: 207.
Rousseau, Jean-Jacques: 227.
Rubinstein, Arthur: 39.
Rubio, Fanny: 308.

Ruibal, José: 28, 29.
Ruiz Gallardón, José María: 106, 107, 108, 109, 110, 314.
Ruiz-Giménez Cortés, Joaquín: 18, 192, 207, 313, 322, 323.
Ruiz Iriarte, Víctor: 142, 205.
Russell, Bertrand: 296.
Sade, Donatien Alphonse François, marqués de: 224, 298.
Sáenz de Heredia, José Luis: 205, 206.
Sáenz de Tejada, Carlos: 206, 211, 282.
Sagarra, Josep María de: 158.
Sainz de Robles, Federico Carlos: 113, 114.
Sainz Rodríguez, Pedro: 206.
Salabert y Arteaga, Casilda: 90.
Salaverría, José María: 206.
Salazar, Antonio de Oliveira: 32.
Salieri, Antonio: 99, 100.
Salinas, Pedro: 65, 68, 159, 206.
Salmerón, Nicolás: 63, 64, 116, 139.
Sampelayo, Juan: 207.
San Juan, José María: 60.
Sánchez, Alberto: 318.
Sánchez, Antonio: 58.
Sánchez Bella, Alfredo: 18, 207, 302.
Sánchez-Camargo, Manuel: 56, 57.
Sánchez Ferlosio, Rafael: 264.
Sánchez-Juliá: 270.
Sánchez Mazas, Rafael: 49, 50, 93, 94, 138, 206, 309.
Sánchez Mejías, Ignacio: 55.
Sánchez Pedreño, Josefina: 28.
Sánchez Silva, José María: 207.
Sandra: 27, 223, 260.
Santa Marina, Luys: 208.
Santo Floro, marqués de: 141, 142, 143.
Santullano, Felipe: 186.
Sanz, Esteban: 208.
Sanzio, Rafael: 227.
Sarto, Andrea del: 227.
Sartre, Jean-Paul: 34, 38, 71, 148, 161, 163, 213, 224, 293, 325.
Sassone, Felipe: 208.
Saura, Carlos: 197, 208, 285.
Saussure, Ferdinand de: 113, 162.
Sawa, Alejandro: 66, 263.
Schiller, Friedrich von: 63, 177, 191, 192.
Segrelles, Paloma: 307.
Segur, barón de: 210.
Segura: 177.
Sender, Ramón J.: 186, 188.
Séneca: 259.
Senillosa, Antonio de: 322, 323.
Sergio: 119, 120, 130, 131, 133.
Serna, Víctor de la: 113, 115, 206, 302.
Serna, Víctor de la (hijo): 113, 237, 242, 302.
Serrano, Pablo: 81.

Serrano Suñer, Ramón: 51, 86, 103.
Sesmero, Miguel: 233.
Sevilla, Carmen: 33, 34, 273, 274, 275, 276.
Shakespeare, William: 95, 254.
Sigüenza, maestro de: 90.
Silva Muñoz Federico: 246.
Socorro, tía: 114.
Sócrates: 14, 178, 185, 215, 259, 262.
Sofía de Schleswig-Holstein Gottorp de Hannover, reina de España: 143, 315.
Sofovich, Luisa: 179.
Soler, Bartolomé: 201.
Solimán, Salom: 142.
Solís Ruiz, José: 26, 63, 87, 88, 249, 286.
Sotomayor: 177.
Soutullo, Severiano: 99, 114, 115. Stendhal, Henry Beyle, llamado: 192, 298.
Suances Fernández, Juan Antonio: 143, 144.
Suárez González, Adolfo: 69, 70, 140, 299, 313, 317, 319.
Suevos, Jesús: 208, 209, 270.
Summers, Manolo: 168, 208.
Tafur, José Luis: 72.
Taine, Hipólito: 232.
Tamames, Carmen de: 285. Tamames, Ramón: 144, 285, 286, 319.
Tamayo, José: 16, 203.
Tápies, Antoni: 47, 167.
Tausk, Víctor: 122.
Tebib Arrumi, Víctor Ruiz Albéniz, llamado El: 107, 108, 134.
Teixeira: 97, 276.
Tejero Molina, Antonio: 295, 296, 320.
Tellado, Corín: 319.
Teresa de Jesús, santa: 135, 162, 166, 246.
Terol, Pedro: 108.
Tierno Galván, Enrique: 51, 126, 127, 144, 210, 284, 291, 299, 301, 312.
Tintoretto, Jacopo Robusti llamado *il*: 145, 230.
Tirso de Molina, Gabriel Téllez, llamado: 59.
Tiziano Vecellio: 47, 48, 145.
Tolstói, Liev Nikoláievich: 61, 163.
Toral: 289.
Torrado, Adolfo: 51.
Torray, Nuria: 123, 262.
Torre, Guillermo de: 102.
Torrente Ballester, Gonzalo: 49, 51.
Torres, Sagrario: 198.
Torres Villarroel, Diego: 5, 98, 215, 239, 267.
Toulouse-Lautrec, Henri Marie Raymond: 88, 211.
Tovar Antonio: 49, 51, 293.
Toynbee, Arnold J.: 35, 144.
Trigo, Felipe: 14.
Trotski, Liev Davidovich Bronstein, llamado: 129.
T'Serclaes, condesa de: 234.
Turner Josep Mallord William: 63, 68.
Tzará, Tristán: 140, 317.
Uceta, Acacia: 227.

Ullastres, Alberto: 144.
Unamuno, Miguel de: 14, 52, 72, 100, 101, 126, 145, 147, 148, 180, 181, 209, 216, 225, 227, 229, 246, 270, 293, 308.
Urrutia, Federico de: 140, 178.
Ustinov, Peter: 310.
Utrillo, Miguel: 210.
Utrillo, Miguel (pintor): 210.
Valderrama, Pilar de: 82.
Valdés, Paloma: 203.
Valdés Leal, Juan de: 88, 287.
Valencia, Antonio: 238.
Valéry, Paul: 101, 154, 160.
Valverde, José María: 72.
Valladares, Francisco: 259.
Valle, Adriano del: 261.
Valle-Inclán, Ramón María del: 11, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 29, 33, 38, 40, 59, 80, 84, 93, 95, 96, 126, 141, 159, 180, 187, 197, 207, 212, 215, 239, 240, 241, 267, 294, 325.
Vallejo, César: 161, 162, 308.
Vallejo Nájera, Juan Antonio: 311.
Vázquez Díaz, Daniel: 57, 177, 316.
Vázquez de Mella, Juan: 71.
Vázquez Montalbán, Manuel: 103.
Vega Carpió, Félix Lope de: 82, 86, 90, 151, 155, 157, 262.
Vega-Inclán, marqués de la: 92.
Vela, Fernando: 100, 189.
Velarde, Pedro: 99, 112, 276, 302.
Velasco, Concha: 206.
Velázquez, Diego: 11, 37, 82, 120, 180, 183, 228, 229, 230, 231, 232.
Vélez de Guevara, Luis: 215, 267.
Vera, Cristino de: 173, 174, 176, 232.
Verlaine, Paul: 96.
Vert, Juan: 99, 114, 115.
Vicente, Eduardo: 210.
Vidal, Manuel: 194, 196.
Vidal Beneyto, José: 282.
Vigny Alfred, conde de: 18.
Vigón Suero-Díaz, Jorge: 122, 124, 260.
Vilallonga, José Luis de: 210.
Villaespesa, Francisco: 85, 105.
Villalobos, padre: 91.
Villaverde, Cristóbal Martínez-Bordiu, marqués de: 58, 87, 103, 287.
Villiers de l'Isle Adam, Aguste, conde de: 224.
Villon, François de Montcorbier, llamado François: 96, 138.
Vinci, Leonardo da: 47, 95.
Viola, Manuel: 48, 135, 167, 182, 183, 198, 223, 225, 297.
Vittorio Emmanuele II: 139.
Vivanco, Luis Felipe: 96, 162, 183, 184.
Vizcaíno Casas, Fernando: 198, 305, 310.
Voltaire, François Marie Arouet, llamado: 40, 50, 203, 217, 311.
Watteau, Antoine: 227.
Welles, Orson: 169, 203, 277.
Wilde, Oscar: 37, 104, 311.

Williams, Tennessee: 123, 246.
Woolf, Virginia: 16.
Yale, Felipe Navarro, llamado: 219.
Ydígoras, Carlos María: 51.
Yndurain, Francisco: 305.
Zamacois, Eduardo: 14, 186, 187, 188.
Zola, Emile: 14, 256.
Zorrilla y Contreras, Pilar: 139.
Zubiri, Xavier: 191.
Zuffoli, Eugenia: 205.
Zuloaga, Ignacio: 84, 171.
Zúmel, Mariano: 109, 281.
Zunzunegui, Juan Antonio de: 263. 264.
Zúñiga, Francesillo de: 318.
Zurbarán, Francesco de: 177.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.

Notas

^[1] Esto, como se ha visto, también lo decía Valle. <<